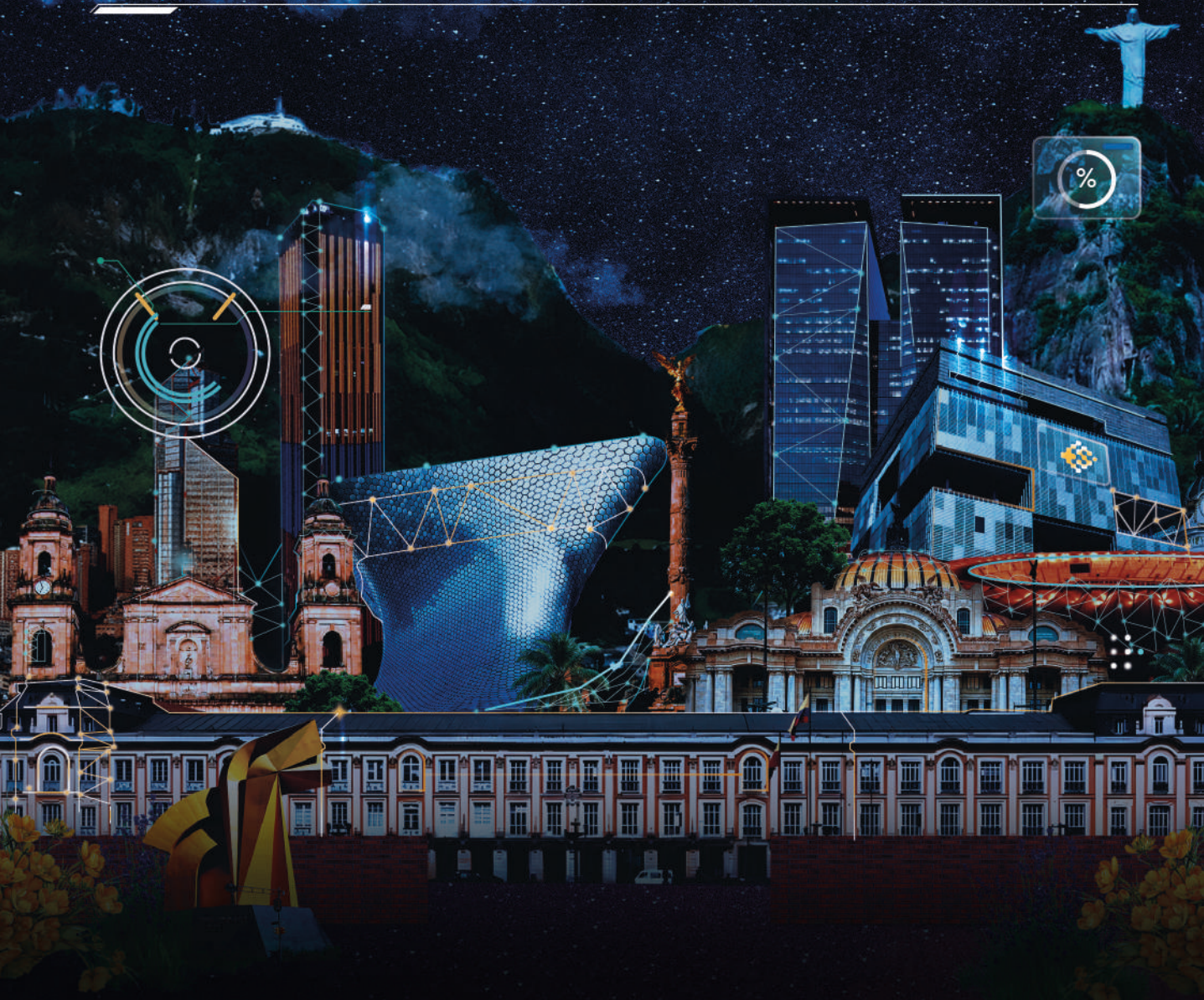


CIUDADES CONECTADAS: VIDA COTIDIANA, CULTURA Y TRANSFORMACIÓN DIGITAL EN IBEROAMÉRICA

BOGOTÁ

CIUDAD DE MÉXICO

RÍO DE JANEIRO



CIUDADES CONECTADAS: VIDA COTIDIANA, CULTURA Y TRANSFORMACIÓN DIGITAL EN IBEROAMÉRICA

◆ BOGOTÁ

◆ CIUDAD DE MÉXICO

◆ RÍO DE JANEIRO

Elaborado por la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte y
la Organización de Estados Iberoamericanos





Foto: Leopoldo Ramírez



Índice

	Prólogo	
1	Introducción	9
2	Marco teórico	12
3	Marco metodológico	24
4	Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá	34
	Nota introductoria	
	4.1 Resultados descriptivos	
	4.2 Resultados analíticos	
5	Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro	112
	Nota introductoria	
	5.1 Resultados descriptivos	
	5.2 Resultados analíticos	
6	Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México	192
	Nota introductoria	
	6.1 Resultados descriptivos	
	6.2 Resultados analíticos	
7	Ciudadanía digital, cohesión social, salud mental y cultura en tres ciudades conectadas	278
	Nota introductoria	
	7.1 Ciudadanía digital	
	7.2 Cohesión social	
	7.3 Esfera persona y salud mental	
	7.4 Cultura digital y vida cultural	
8	Agenda para la transformación digital con impacto cultural	330
	Bibliografía	

Bogotá, Río de Janeiro y Ciudad de México.

Alcaldía Mayor de Bogotá

Carlos Fernando Galán Pachón

Alcalde Mayor de Bogotá

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

Santiago Trujillo Escobar

Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

Angélica Martínez Torres

Subsecretaria de Cultura Ciudadana y
Gestión del Conocimiento

Ana María Boada Ayala

Subsecretaria de Gobernanza

Diego Fernando Maldonado Castellanos

Director Observatorio y Gestión del
Conocimiento Cultural

Natalia Sefair López

Asesora de Despacho para asuntos de
Internacionalización y Cooperación

Andrea García Albarracín

Líder de investigación cultura, recreación
y deporte - Dirección Observatorio y
Gestión del Conocimiento Cultural

Jorge Melguizo

Equipo de Internacionalización y
Cooperación

OEI – Organización de Estados Iberoamericano

Mariano Jabonero

Secretario General

Raphael Callou Neves

Director General de Cultura

Donatella Montaldo

Directora oficina Colombia

Carolina Serrano Serrano

Responsable de proyectos Oficina
Colombia

Fernando Vicario

Asesor Oficina Colombia

Comentadores

Felipe César Londoño

Vicerrector Académico

Universidad Jorge Tadeo Lozano

Convenio No. 629-2024 SCRD-OEI

Ivana Bentes

Profesora e investigadora en la Escuela
de Comunicación - Universidad Federal
de Río de Janeiro.

Convenio No. 629-2024 SCRD-OEI

Equipo de investigación

Diego Fernando Maldonado Castellanos

Director Observatorio y Gestión del
Conocimiento Cultural

Andrea García Albarracín

Líder de investigación cultura, recreación
y deporte - Dirección Observatorio y
Gestión del Conocimiento Cultural

Gisela Castrillón Moreno

Líder de estadística y analítica - Dirección
Observatorio y Gestión del Conocimiento
Cultural

Angela Gaitán Murillo

Investigadora - Dirección Observatorio y
Gestión del Conocimiento Cultural

Paulo Federico Martínez Ramírez

Investigador - Bogotá
Convenio No. 629-2024 SCRD-OEI

Héctor Sebastián Arcos Robledo

Investigador - Ciudad de México
Convenio No. 629-2024 SCRD-OEI

Raylson Raylson da Conceição

Investigador - Río de Janeiro
Convenio No. 629-2024 SCRD-OEI

Claudia Cerón Coral
Edición y corrección de estilo
Comunicadora Social - Periodista

Kevin Andrés Barón Bareño
Diseño y diagramación
Dirección Observatorio de Gestión de
Conocimiento Cultural

Diego Fernando Maldonado Castellanos
Andrea García Albarracín
Angela Gaitán Murillo
Paulo Federico Martínez Ramírez
Héctor Sebastián Arcos Robledo
Gisela Castrillón Moreno
Raylson Raylson da Conceição

352 páginas a color 19 x 26 cm.
Incluye referencias bibliográficas

Capítulo 1: Introducción
Capítulo 2: Marco teórico
Capítulo 3: Marco metodológico
Capítulo 4: Impactos de la
Transformación Digital en la Cultura en
Bogotá
Capítulo 5: Impactos de la
Transformación Digital en la Cultura en
Río de Janeiro
Capítulo 6: Impactos de la
Transformación Digital en la Cultura en
Ciudad de México
Capítulo 7: Ciudadanía digital, cohesión
social, salud mental y cultura en tres
ciudades conectadas
Capítulo 8: Agenda para la
transformación digital con impacto
cultural

Una producción de:
la Secretaría de Cultura, Recreación y
Deporte de Bogotá y la Organización de
Estados Iberoamericanos

Bogotá, abril 2026.
La Secretaría de Cultura, Recreación y
Deporte

Cra 8 # 9 -83, Bogotá, D.C., Colombia
Teléfono: +57 (601) 327 48 50
www.culturarecreacionydeporte.gov.co
[@culturaenbta](https://twitter.com/culturaenbta)

Está permitido citar apartes de los
textos, siempre y cuando sean una
reproducción parcial del mismo, citando
nombre del autor, obra y título del libro.

Las opiniones expresadas en este docu-
mento son responsabilidad exclusiva de
sus autores y no representan necesaria-
mente la posición oficial de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte de
Bogotá y la Organización de Estados
Iberoamericanos, salvo mención
explícita.

ISBN 978-958-5559-34-9

Esta publicación está bajo una licencia
de Creative Commons.
Atribución-NoComercial-SinDerivadas
4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Prólogo

En Bogotá (Colombia), un padre organiza desde el dispositivo móvil la salida de su hijo al colegio, responde un mensaje de trabajo, confirma una cita médica y revisa una conversación familiar. En Ciudad de México (México), una joven cruza la ciudad mientras escucha música, consulta un mapa, contesta mensajes y registra en video una escena que más tarde compartirá en redes sociales. En Río de Janeiro (Brasil), una persona mayor sostiene por videollamada una relación afectiva que la distancia volvería más frágil sin esa mediación. En un concierto, en una biblioteca, en una reunión de amigos, en un trayecto cotidiano, en el trabajo o en una mesa familiar, la vida transcurre hoy en las ciudades iberoamericanas entre prácticas que hace apenas unos años tenían otra forma, otro ritmo y otro alcance.

La transformación digital no se manifiesta únicamente en los grandes desarrollos tecnológicos ni en los discursos sobre el futuro. Se hace visible, sobre todo, en el transcurso de la vida cotidiana, esto es, en la manera en que nos informamos, nos relacionamos, trabajamos, creamos, consumimos, participamos y sostenemos nuestros vínculos. Es desde ahí que surge este libro: dado el avance y la profundidad de esa transformación, comprenderla con rigor y con evidencia propia deja de ser una opción para convertirse en una necesidad, una responsabilidad y una oportunidad de incidir en cómo las ciudades iberoamericanas habitan ese proceso.

Si la transformación digital ya forma parte de la vida cotidiana y de la vida social, la cultura ofrece una vía privilegiada para leerla. Mirar la transformación digital desde la cultura permite amplificar su comprensión no únicamente como un asunto de acceso, conectividad o infraestructura, sino como una reorganización de prácticas, significados, sensibilidades y vínculos. A su vez, posibilita situar su observación en el terreno donde los cambios que experimentan las ciudades adquieren forma concreta: la vida cotidiana de las personas y la experiencia urbana de las sociedades.

Ese anclaje en la experiencia cotidiana exige, al mismo tiempo, una mirada situada. No existe una única forma de vivir la transformación digital ni una sola manera de experimentar sus efectos. La comparación entre contextos permite reconocer un elemento central: esta transformación no ocurre en abstracto, sino en diálogo con condiciones locales, repertorios culturales, percepciones de beneficio individuales, desigualdades persistentes y formas específicas de vida urbana.

Asimismo, la magnitud de los cambios experimentados requiere no privilegiar en una lectura positiva o negativa de la transformación digital, sino en el reconocimiento de su complejidad. Sin duda, al mismo tiempo que amplía posibilidades de acceso, creación, circulación y participación, este fenómeno introduce tensiones, fragilidades y desigualdades que requieren ser comprendidas con atención y rigor. Por ello, este libro no pretende ofrecer respuestas únicas, sino aportar evidencia, interpretación y elementos de lectura que permitan comprender y dinamizar el diálogo sobre cómo la transformación digital se expresa en la cultura y en la vida cotidiana, y cómo esas transformaciones pueden pensarse desde la experiencia concreta de las ciudades.

El enfoque propuesto adquiere un sentido particular para la Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte de Bogotá y para la Organización de Estados Iberoamericanos. Ambas instituciones comparten la convicción de que producir conocimiento sobre estos procesos forma parte de una responsabilidad pública más amplia: contar con mejores herramientas para interpretar el presente, fortalecer la deliberación y el diálogo, y orientar decisiones con mayor pertinencia a partir de evidencia. En un momento en que la transformación digital atraviesa de manera creciente la vida cultural y social, se vuelve indispensable comprender no solo qué cambia, sino cómo cambia, para quiénes, bajo qué condiciones y con qué implicaciones para la vida colectiva.

Ese es, precisamente, uno de los mayores aportes de esta publicación. A través de la comparación entre tres ciudades, el libro ofrece una lectura rigurosa de las formas en que la transformación digital se inscribe en la experiencia urbana contemporánea. Permite observar cómo se relacionan las personas con dispositivos y plataformas, cómo se modifican las prácticas de consumo y creación cultural, cómo se expresan nuevas tensiones en la esfera del bienestar personal, cómo se reconfiguran los vínculos entre las personas, y cómo emergen posibilidades y límites para la participación y la ciudadanía en entornos digitales. Su valor, además, no reside únicamente en los resultados que presenta, sino en la posibilidad de situarlos dentro de una reflexión más amplia sobre la vida urbana, la cultura y los horizontes de la acción pública.

Comprender estos cambios es también una forma de proyectar el futuro. Este libro ofrece una base empírica para pensar con mayor cuidado las decisiones que hoy se toman en materia cultural, urbana y digital, y aspira a alimentar nuevas preguntas, enriquecer la conversación pública y ofrecer un punto de apoyo para que otras ciudades de la región puedan también mirar, con sus propios datos y desde sus propias experiencias, cómo la transformación digital está reconfigurando la cultura y la vida cotidiana.

En este marco, esta publicación expresa una apuesta compartida por la producción de conocimiento y el aprendizaje regional. Ese horizonte de aprendizaje y construcción compartida es, en última instancia, el que da sentido más amplio a estas páginas. Que este libro contribuya a abrir nuevas preguntas, a dinamizar conversaciones y a ofrecer herramientas para que diferentes ciudades de la región piensen estos procesos desde sus propias realidades es también una invitación a leer el presente de manera conjunta, a dialogar con mayor profundidad y frecuencia, y a imaginar, desde la cultura, el futuro de nuestras sociedades.

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte de Bogotá | Organización de Estados Iberoamericanos



Foto: Andrés Piscov



Foto: Gustavo Sánchez

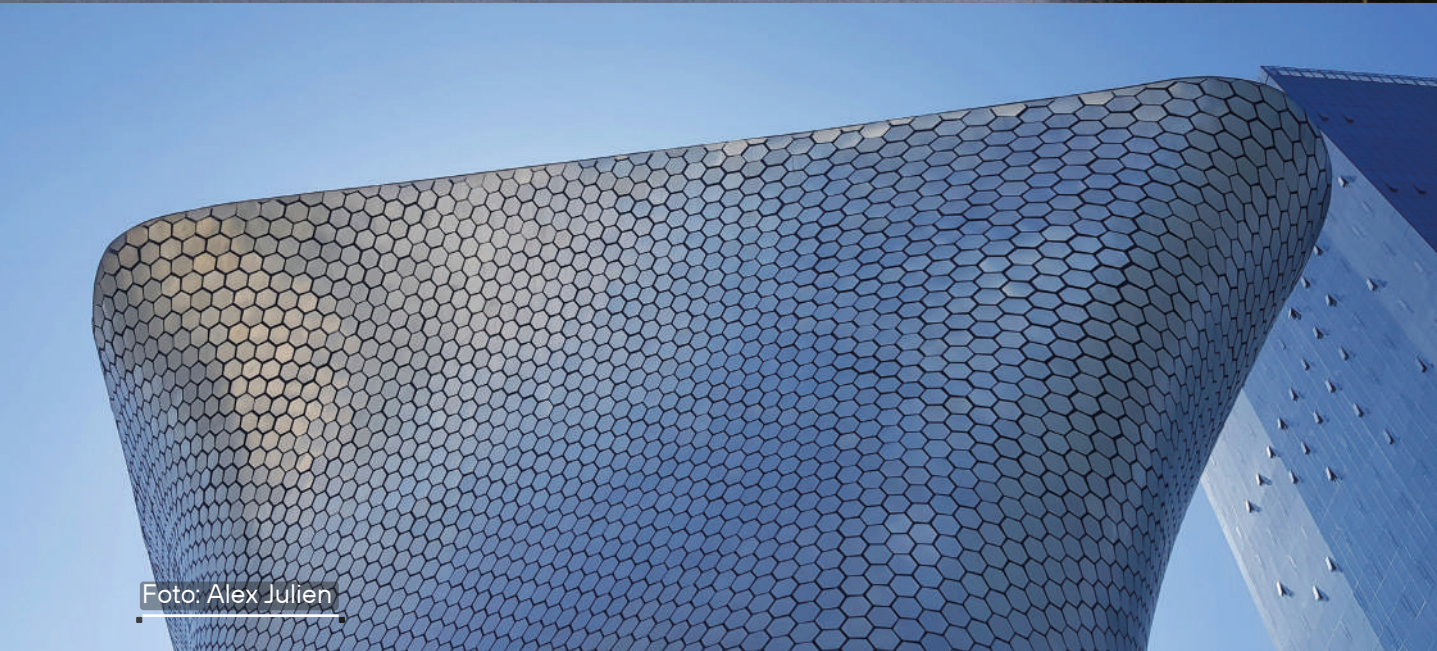


Foto: Alex Julien



1. Introducción

Cada transformación urbana deja huellas visibles e invisibles en la manera en que las personas se reconocen, se vinculan y se proyectan colectivamente. Comprender las ciudades implica, por tanto, atender a esos signos sociales, culturales y simbólicos que permiten leer cómo una sociedad enfrenta sus tensiones, redefine sus equilibrios y ensaya posibilidades de futuro.

Actualmente, esos signos se reconfiguran en medio de transformaciones profundas: transiciones sociodemográficas que alteran la relación entre generaciones, cambios socioespaciales que redefinen el uso y el significado del territorio, tensiones sobre la democracia y la participación, y desafíos persistentes para la cohesión social y la convivencia. En este complejo entramado, de la transformación digital atraviesa de manera transversal la vida urbana, modificando la forma en que las personas se informan, se relacionan, recuerdan, crean y participan.

Es así como la transformación digital se ha consolidado como uno de los procesos estructurales más determinantes de las últimas décadas, redefiniendo de manera profunda las formas de interacción social, la producción cultural, la circulación simbólica y la participación ciudadana en las ciudades contemporáneas. Más allá de la adopción de nuevas tecnologías, este proceso implica una reorganización de prácticas, valores, vínculos y expectativas que atraviesan la vida cotidiana y reconfiguran los ecosistemas urbanos.

Frente a estos procesos, la cultura ocupa un lugar central, no como un sector aislado, sino como el espacio donde las ciudades elaboran sentidos compartidos, nombran lo que duele, imaginan lo que aún no existe y activan capacidades colectivas para sostener la vida en común. En este escenario, analizar la transformación digital desde una perspectiva cultural y urbana permite no solo comprender lo que está ocurriendo, sino orientar decisiones públicas oportunas y responsables, capaces de incidir en el presente y no únicamente de reaccionar a sus consecuencias.

Desde esta perspectiva, la Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte de Bogotá y la Organización de Estados Iberoamericanos coinciden en la relevancia de comprender los impactos de la transformación digital en las ciudades de la región, porque sus efectos ya no se proyectan como tendencias futuras, sino que configuran de manera directa y cotidiana la vida de las personas y las trayectorias urbanas en la actualidad.

Comprender cómo la transformación digital impacta la cultura, entendida en un sentido amplio como el conjunto de prácticas, significados y relaciones que estructuran la vida colectiva, constituye así un desafío central e inaplazable para la formulación de políticas públicas, la gobernanza urbana y el fortalecimiento del tejido social. Ahora bien, este desafío no puede abordarse desde análisis aislados, sino como un territorio común de pensamiento y experimentación donde distintas ciudades iberoamericanas ponen en diálogo sus experiencias, preguntas y aprendizajes para comprender cómo los cambios urbanos se inscriben en la vida cotidiana y en los vínculos colectivos.

La inquietud por comprender los impactos de la transformación digital en la cultura, desde una perspectiva comparada, constituye el propósito de este libro.

El presente estudio aborda dicho desafío a partir de una investigación comparada en tres grandes ciudades iberoamericanas: Bogotá, Río de Janeiro y Ciudad de México. Estas ciudades comparten rasgos como la densidad urbana, la diversidad cultural y su centralidad regional, pero presentan trayectorias históricas, institucionales y socioeconómicas diferenciadas, lo que las convierte en escenarios privilegiados para analizar cómo la digitalización interactúa con contextos culturales específicos.

La investigación parte de una premisa fundamental: la transformación digital no es un fenómeno neutro ni homogéneo. Sus impactos dependen de las condiciones de acceso, de las capacidades individuales y colectivas, de los marcos regulatorios y de las dinámicas culturales locales. En este sentido, la digitalidad no solo transforma los modos de consumir y crear cultura, sino que incide en la forma en que las personas se relacionan, participan en la vida pública, construyen confianza y experimentan bienestar en su vida cotidiana.

Diversos enfoques teóricos han contribuido a comprender estas transformaciones. Desde la noción de sociedad red hasta los debates contemporáneos sobre capitalismo de plataformas, brecha digital, ciudadanía digital y bienestar subjetivo, existe un consenso creciente en torno a la necesidad de analizar la digitalización como un proceso social complejo.

Este estudio se inscribe en dicha aproximación, con un énfasis particular en su dimensión cultural y urbana, y con una orientación explícita hacia la producción de evidencia útil para la acción pública.

En este contexto, el libro tiene como propósito central analizar los impactos de la transformación digital en la cultura, a partir de cuatro dimensiones interrelacionadas que permiten capturar tanto los aspectos instrumentales de la digitalización, como sus efectos relacionales, simbólicos y emocionales:

1. La cultura digital y los usos de las plataformas.
2. El consumo y la creación cultural.
3. La cohesión social y la ciudadanía digital.
4. El bienestar y la esfera personal.

Un rasgo distintivo de esta investigación es su enfoque comparado y generacional. A lo largo del libro, los resultados se analizan diferenciando entre población joven y población adulta, reconociendo que la edad constituye una variable clave para comprender los procesos de apropiación digital. Asimismo, el enfoque comparado entre ciudades permite identificar regularidades y contrastes en los impactos de la digitalización, fortaleciendo la capacidad del estudio para generar aprendizajes transferibles entre contextos urbanos.

El estudio se apoya en la aplicación de la "Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura", diseñada a partir de un marco conceptual común y de un instrumento de captura de información aplicado de manera consistente en las tres ciudades con adaptaciones que no comprometen la comparabilidad. De igual modo, el levantamiento de información se sustenta en diseños muestrales

probabilísticos y en muestras representativas a nivel de ciudad, lo que permite ofrecer un diagnóstico sólido sobre la forma en que la digitalización atraviesa la vida urbana. Los diseños muestrales probabilísticos y muestras representativas a nivel de ciudad, permite ofrecer un diagnóstico sólido sobre la forma en que la digitalización atraviesa la vida urbana.

Más allá de la descripción de tendencias, el libro busca interpretar los resultados desde una perspectiva orientada a la toma de decisiones. A lo largo de los capítulos se identifican barreras y potencializadores de la transformación digital, se examinan asociaciones entre variables clave y se discuten implicaciones para la política pública. En particular, se pone énfasis en cómo la digitalización puede contribuir o no al fortalecimiento de la cohesión social, la ciudadanía digital y el bienestar.

Un elemento transversal del análisis es la identificación de tensiones inherentes a la transformación digital. Por un lado, las tecnologías amplían capacidades: facilitan el acceso a información, fortalecen redes sociales, diversifican las prácticas culturales y abren nuevas oportunidades de creación y participación. Por otro, generan riesgos y efectos no deseados: desgaste emocional, uso intensivo de dispositivos, aislamiento social, victimización en redes y profundización de desigualdades existentes. Reconocer estas tensiones resulta clave para evitar enfoques excesivamente optimistas o excesivamente pesimistas sobre la transformación digital.

Así, el libro adopta una mirada crítica pero propositiva. No se trata de evaluar la transformación digital en términos de éxito o fracaso, sino de comprender bajo qué condiciones puede orientarse hacia objetivos de bienestar colectivo, equidad cultural y fortalecimiento de lo público.

En un tiempo en el que las ciudades se transforman a un ritmo acelerado y las tecnologías digitales atraviesan de manera cada vez más profunda la vida cotidiana, comprender estos procesos desde la cultura se vuelve una tarea inaplazable.

No se trata solo de anticipar futuros posibles, sino de interpretar el presente y ampliar las capacidades colectivas para actuar sobre él. Este libro se inscribe en esa apuesta: ofrecer una lectura situada y comparada de la transformación digital en las ciudades iberoamericanas, con la convicción de que comprender cómo vivimos hoy es una condición indispensable para decidir cómo queremos vivir juntos nuestro futuro.

2. Marco teórico

La transformación digital, lejos de reducirse a un proceso de adopción tecnológica, se refiere a una dinámica más amplia en la que la conversión de información analógica a formatos digitales y el uso de tecnologías, datos e interconexión están redefiniendo, a nivel global y en múltiples planos, la manera en que vivimos, trabajamos y nos relacionamos con otros (OCDE, 2019, p. 19).

En la tradición de la sociedad red, Castells sostiene que la capacidad de operar en red, provista por las tecnologías digitales de comunicación y los sistemas de información, ha incrementado la escala, la velocidad y la complejidad de los procesos sociales contemporáneos (Castells, 2009, pp. 3, 24). En ese marco, la transformación digital no actúa como una capa que se superpone a la vida social, sino como el escenario que reorganiza la manera en que las personas se informan, trabajan, consumen, producen, se vinculan y participan.

Hablar de transformación digital, por tanto, no es simplemente constatar que hay más tecnología en la vida cotidiana, sino reconocer que experimentamos un fenómeno complejo que redefine las formas de coordinación e interacción social, las formas de producción y circulación económica e, incluso, las relaciones con el entorno natural que habitamos.

Si se acepta esta aproximación, la transformación digital debe pensarse también en relación con la cultura en su sentido más amplio, es decir, no solamente por sus implicaciones en las prácticas culturales, sino también en la subjetividad personal y los vínculos sociales de quienes habitan las sociedades contemporáneas o, dicho de otra manera, en sus efectos sobre "el conjunto de rasgos distintivos espirituales, materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o grupo social, incluyendo no sólo las artes y las letras, sino también los modos de vida, las maneras de vivir juntos, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias" (UNESCO, 2012, p 10).

Es desde este punto de partida que se construye el presente marco de referencia teórico que orienta el desarrollo de esta investigación. En las subsecciones siguientes se presentan algunos de los enfoques teóricos que permiten comprender, primero, cómo la transformación digital se materializa en un contexto de cultura digital atravesado por el uso de plataformas y por el rol social y personal que las personas asignan a la tecnología; segundo, cómo ese contexto reconfigura las prácticas de consumo y creación cultural en entornos digitales; tercero, cómo impacta esta transformación la esfera personal desde la perspectiva del bienestar y la vida emocional; y, finalmente, cómo evoluciona la manera en que las personas se relacionan con los demás y construyen cohesión social en sociedades contemporáneas medidas por entornos digitales.

1. CULTURA DIGITAL

Una de las expresiones más visibles de la transformación digital en la vida cotidiana de las personas es la cultura digital. En términos generales, esta puede entenderse como el conjunto de prácticas, significados, rutinas y formas de interacción que emergen cuando la conectividad, las plataformas y los datos se integran de manera estable en la experiencia diaria de las personas (Boyd, 2010, p. 39).

Desde esta perspectiva, entender la interacción de las personas con las plataformas y dispositivos de conexión no es un ejercicio aislado, sino la oportunidad de observar

cómo se expresa la transformación digital en prácticas concretas de la vida cotidiana urbana y cómo esa experiencia moldea la manera en que las personas evalúan el papel de la tecnología en sus propias vidas (van Dijck, Poell, & de Waal, 2018; O'Reilly, 2007).

1.1. Uso de plataformas digitales y redes sociales

La expresión más cotidiana de la transformación digital se materializa en el uso de plataformas digitales y redes sociales, las cuales se entienden como arquitecturas sociotécnicas que organizan, filtran y jerarquizan flujos de comunicación e intercambio entre diferentes actores, mediante datos, algoritmos y mecanismos de intermediación (van Dijck, Poell, & de Waal, 2018, p. 9). Visto desde esta aproximación, la medición del tiempo de uso de plataformas y redes sociales no se limita a registrar un hábito individual, sino que permite aproximar el grado en que la vida cotidiana ha pasado a desarrollarse dentro de entornos digitales.

Una parte importante de este nuevo contexto se explica por una doble dimensión de la cultura digital: las motivaciones para usar plataformas son, por un lado, el resultado simultáneo de necesidades reales de información, entretenimiento, creación y organización y, por otro lado, de arquitecturas tecnológicas diseñadas para amplificar y retener esas necesidades.

En efecto, siguiendo a O'Reilly (2007), una de las marcas distintivas de los entornos digitales del siglo XXI es precisamente su arquitectura de participación, la cual permite que los usuarios no solo accedan a contenidos, sino que intervengan en su producción, circulación y valorización. Esta idea resulta útil porque ayuda a entender que las motivaciones de uso no son marginales ni accesorias. Las personas recurren a las plataformas porque encuentran en ellas espacios para resolver necesidades prácticas, construir pertenencia, sostener redes y desplegar formas cotidianas de interacción que antes requerían canales diferenciados.

Sin embargo, esa arquitectura de participación no opera de manera aislada. Su funcionamiento se inscribe en una economía de la atención, es decir, en un entorno donde la abundancia de información convierte la atención humana en un recurso escaso y disputado. Simon advirtió tempranamente que en contextos de sobreabundancia informacional la escasez se desplaza desde la información hacia la atención (Simon, 1971).

La anterior observación resulta especialmente relevante para interpretar el uso intensivo de plataformas y redes sociales, ya que buena parte de los entornos digitales contemporáneos operan mediante ciclos de estímulo, acción, recompensa variable e inversión que actúan como incentivos para la consolidación de hábitos de uso y sostenimiento del tiempo de permanencia (Eyal, 2014, p. 8-9).

Ahora bien, si el uso de plataformas digitales y redes sociales evidencia una tensión entre dos dimensiones de la cultura digital, el dispositivo que materializa ese acceso en las grandes ciudades del mundo también: el teléfono móvil. En las sociedades contemporáneas, el celular ha dejado de ser un simple dispositivo de comunicación para convertirse en la principal interfaz de acceso a plataformas, contenidos, trámites, medios de pago, movilidad, estudio y trabajo.

El Banco Interamericano de Desarrollo (en adelante, BID) señala que los dispositivos telefónicos móviles han democratizado el acceso a plataformas en contextos urbanos donde el computador personal no está generalizado en todos los estratos socioeconómicos, reduciendo así la primera barrera de acceso a la vida digital (BID, 2023, p. 12). Sin embargo, esta democratización genera su propia paradoja. A medida que el celular se vuelve una puerta de entrada universal a la vida digital, se convierte también en objeto de dependencia funcional.

Bian y Leung argumentan que cuando actividades básicas como comunicarse, desplazarse, pagar, acceder a información, estudiar o trabajar se vuelven difíciles o imposibles sin el celular, lo que aparece no es solo una práctica de uso intensivo, sino una integración estructural de lo digital en la organización de la vida diaria que afecta de manera diferenciada a las personas de acuerdo a su nivel de alfabetización digital y la calidad del acceso a infraestructura digital (Bian y Leung, 2014, p. 3).

Así, la dependencia funcional del celular no es entonces un rasgo de conducta de las personas sino un indicador de hasta qué punto la vida cotidiana digital se ha convertido en condición estructural de la vida urbana contemporánea. En este contexto, cuando el dispositivo celular se vuelve llave de acceso a servicios, vínculos y oportunidades, su pérdida o ausencia no significa solamente una incomodidad tecnológica, a la vez, puede traducirse en exclusión temporal, interrupción funcional o restricción de capacidades.

1.2. Rol social y personal de la tecnología digital

A medida que las plataformas, las redes y dispositivos digitales se incorporan a las rutinas cotidianas, las personas construyen juicios sobre su utilidad, sus riesgos y el papel que la tecnología debería desempeñar en la vida social. Por eso, el contexto de cultura digital no se limita a medir cuánto se usan las plataformas y redes sociales, sino también cómo se evalúan, esto es, de las expectativas, preocupaciones y criterios normativos que les asignan quienes las usan.

La percepción ciudadana sobre la tecnología tiende a organizarse alrededor de la coexistencia simultánea entre el reconocimiento de beneficios concretos y, al mismo tiempo, la identificación de amenazas relacionadas con control, seguridad, confianza y desigualdad.

En su dimensión más favorable, la tecnología digital aparece asociada a mayores posibilidades de información, coordinación y participación. Escobar (2024) propone que las tecnologías no deben ser sólo herramientas, sino prácticas relacionales integradas en las comunidades y ecosistemas, repensando el diseño tecnológico desde principios éticos y sostenibles. A su vez, Ramos Chávez (2019) destaca que los entornos digitales han ampliado las posibilidades de acceso a información y de ejercicio de ciudadanía en contextos mediados tecnológicamente, y Calderón (2024) subraya que las tecnologías digitales pueden fortalecer la participación y la rendición de cuentas, ampliando espacios de interlocución entre ciudadanía e instituciones. Leídas en conjunto, estas perspectivas sugieren que la tecnología no sólo es percibida como herramienta funcional, sino también como medio para mejorar oportunidades, ampliar horizontes de acción y fortalecer capacidades de participación en distintos campos de la vida urbana.

Sin embargo, esa valoración positiva convive con preocupaciones persistentes. Zuboff señala que la expansión de servicios digitales también puede ir acompañada de concentración de poder, asimetrías de información, pérdida de privacidad y desconfianza por la captura de datos personales a gran escala (Zuboff, 2020). Por su parte, Calderon advierte riesgos vinculados con desinformación, polarización, exposición a contenidos dañinos y uso estratégico de redes para producir enojo, confusión o frustración pública (Calderón, 2024).

En este escenario dual, la interpretación de las prioridades que las personas asignan a la transformación digital es relevante. Cuando se pregunta por los sectores donde la tecnología debería enfocarse o por la influencia que tiene en los proyectos de vida de las personas, no se acude a solamente a una preferencia abstracta, sino a una evaluación práctica de su potencial. En términos de capacidades, Sen ofrece una perspectiva útil al afirmar que las tecnologías pueden ampliar libertades reales cuando incrementan opciones efectivas de educación, trabajo, información y participación (Sen, 1999). En contraste, la CEPAL sostiene que esa expansión no es automática y puede ser desigual, pues depende de condiciones de acceso significativo, calidad de conectividad y formación de habilidades digitales (CEPAL, 2024).

Finalmente, el rol social y personal de la tecnología también remite a una dimensión normativa. La pregunta por valores como cuidado, colaboración y sostenibilidad digital señala que la evaluación ciudadana de la tecnología no se reduce a su utilidad instrumental. Escobar (et. al) proponen pensar la tecnología desde una lógica relacional, en la que los vínculos entre personas, comunidades y entornos sean parte del problema tecnológico mismo (Escobar et al, 2024). En paralelo, la tradición de Freire (1970) recuerda que la apropiación crítica de herramientas y lenguajes es condición para una relación emancipadora con cualquier forma de mediación. Aplicado a la cultura digital, esto implica que no basta con usar tecnologías, pues importa también el tipo de relaciones, prioridades y horizontes de vida que estas favorecen o dificultan.

2. TRANSFORMACIÓN DIGITAL EN EL CONSUMO Y CREACIÓN CULTURAL

Si el contexto de cultura digital permite observar cómo las plataformas y los dispositivos se incorporan a la vida cotidiana, este estudio también centra la mirada en entender cómo esa transformación se expresa específicamente en el sector de la cultura. La transformación digital no solo ha amplificado los canales de acceso a contenidos, sino que ha reconfigurado de manera transversal la cadena de valor cultural. De acuerdo con el informe de UNESCO sobre transformación digital en el sector cultura realizado en 2022, en entornos digitales dicha cadena no funciona como una secuencia lineal, sino como una red en la que creación, producción, distribución, acceso y participación ocurren casi simultáneamente permitiendo oportunidades de innovación y circulación, a la vez que retos asociados a concentración y limitaciones a la diversidad (UNESCO, 2022, "The digital transformation and the cultural sector", s/p).

Desde esta perspectiva, el análisis del consumo y la creación cultural en entornos digitales supone la comprensión de un cambio más profundo del ecosistema cultural en el que aparecen nuevas formas de mediación en el descubrimiento y valoración de

los contenidos; cambian las herramientas disponibles para la creación y circulación, y se modifican las relaciones de visibilidad e intercambio entre lo local y lo global.

2.1. Consumo y creación cultural en entornos digitales

En este estudio, las preguntas sobre consumo y creación cultural digital resultan especialmente valiosas porque permiten identificar si la transformación digital está siendo vivida como un entorno de consumo o también como un espacio de producción simbólica. En otras palabras, permiten observar hasta qué punto las personas participan activamente en la cultura digital y con qué recursos lo hacen. En los entornos digitales, las condiciones de consumo y creación cultural ya no dependen únicamente de la disponibilidad de una obra o de la existencia de un canal de distribución. Esta transformación puede explicarse, entre otros elementos, bajo el concepto de plataformización de la producción cultural, entendida como la penetración de las plataformas digitales en los ecosistemas web y de aplicaciones y sus efectos en las operaciones de las industrias culturales (Nieborg & Poell, 2018, p. 427).

En efecto, las plataformas digitales han transformado las circunstancias materiales del consumo cultural. Lo que antes requería desplazamiento físico, infraestructura específica o determinados recursos económicos, hoy puede realizarse desde un dispositivo con conexión a internet. A su vez, la plataformización ha significado que el acceso a contenidos incorpore nuevos sistemas de intermediación que recomiendan, jerarquizan y personalizan su circulación a partir de datos y métricas de interacción fijando bajo qué condiciones los públicos acceden efectivamente a los bienes culturales (Nieborg & Poell, 2018, p. 4277).

En este contexto, consumir cultura digital implica hacerlo dentro de escenarios donde la atención está organizada por rankings, métricas de popularidad y estrategias de permanencia, posibilitando tanto la ampliación del acceso y la facilitación de la exploración de repertorios diversos, al mismo tiempo que puede concentrar visibilidad en unos pocos actores, favorecer formatos más competitivos para la economía de la atención y reducir la diversidad de expresiones culturales a la que se exponen los públicos (Van Dijck et al., 2018, p. 39).

Ahora bien, la transformación digital también ha impactado de manera significativa las condiciones de creación cultural. Herramientas de edición accesibles, plataformas de publicación inmediata, circuitos de difusión basados en redes sociales y nuevas posibilidades de monetización han reducido barreras de entrada y ampliado las oportunidades para que más personas puedan producir y compartir contenidos a título individual o mediante diferentes esquemas de colaboración, a la vez que intervenir en los de otros, comentarlos, remezclarlos y redistribuirlos.

En consideración a lo anterior, Jenkins señala que la creación cultural en entornos digitales sitúa a las personas más cerca de un rol dual de productores y consumidores activos insertos en dinámicas de cocreación y generación de narrativas diversas, que bajo un perfil tradicional de receptores pasivos de contenido (Jenkins, 2008, p. 11). A su vez, Lessig sostiene que las herramientas digitales han democratizado la capacidad de producir y circular contenido de tal manera que ya no depende exclusivamente de infraestructuras profesionales o institucionales, sino que pueden surgir de prácticas regulares y cotidianas de usuarios que producen contenidos,

experimentan con formatos y encuentran en las plataformas espacios para hacer visibles sus obras ante audiencias potencialmente amplias (Lessig, 2004).

Ahora bien, la creación cultural digital también debe leerse desde su cara menos optimista. Si bien la digitalidad supone una gran oportunidad para promover la diversidad cultural, facilitando la distribución de contenidos y superando barreras físicas, simultáneamente puede marginar expresiones, contenidos o colectivos locales, independientes o minoritarios (Villoro, 2024), en tanto que esa creación depende cada vez más de plataformas privadas, algoritmos de visibilidad y métricas de rendimiento (Fundación Karisma, 2024).

2.2. Internacionalización del consumo y la creación cultural

Un rasgo distintivo del consumo y la creación cultural en entornos digitales es la intensificación de flujos internacionales. Las plataformas conectan a las personas con repertorios transnacionales de diversas formas de producción simbólica como la música, la literatura digital, los videojuegos, entre muchos otros, ampliando el horizonte de exposición cultural más allá de las fronteras nacionales. Esto puede fortalecer la circulación de referencias globales, enriquecer repertorios y ampliar el acceso a bienes culturales. Sin embargo, también plantea tensiones sobre diversidad, visibilidad y sostenibilidad de contenidos locales o nacionales, particularmente cuando la competencia por atención ocurre en infraestructuras dominadas por actores globales (UNESCO, 2022).

En este contexto, la pregunta por la internacionalización del consumo y la creación cultural permite leer una dimensión más amplia de la transformación digital, es decir, la que se concentra en la reconfiguración de la relación entre culturas locales y flujos globales en sociedades donde la vida cotidiana transcurre, cada vez más dentro de ecosistemas digitales.

Desde una perspectiva de política cultural, esta tensión resulta central. Los debates recientes sobre derechos culturales en entornos digitales han insistido en que la transformación digital exige proteger no sólo el acceso a la cultura, sino también la diversidad de expresiones, la posibilidad de creación en contextos locales y la circulación justa de contenidos. La Fundación Karisma destaca, precisamente, que el desarrollo de este debate internacional ha obligado a comprender de manera más explícita las oportunidades y riesgos que los entornos digitales plantean para la diversidad cultural y los derechos culturales (Fundación Karisma, 2024).

3. TRANSFORMACIÓN DIGITAL EN LA ESFERA PERSONAL Y EL BIENESTAR

Las secciones anteriores centraron la atención en elementos conceptuales clave para entender, en el contexto de la transformación digital, cuáles son las interacciones que sostienen las personas con las plataformas y dispositivos de conexión, así como las prácticas de consumo y creación cultural. Ahora bien, en un entorno donde las notificaciones, métricas y flujos permanentes de información dinamizan las rutinas diarias de las personas, comprender la forma en que las personas regulan su atención, gestionan sus emociones y sostienen sus vínculos

es un esfuerzo central para la comprensión más amplia de los impactos de la transformación digital en las sociedades contemporáneas; esto es, el de la manera que reconfigura el bienestar personal.

El bienestar personal en entornos digitales no se explica únicamente por el acceso o por el tiempo de uso de plataformas, dispositivos o contenidos. Importa también la calidad de la relación que las personas establecen con estos entornos, es decir, cuánto tiempo permanecen conectadas, para qué los usan, bajo qué condiciones y con qué consecuencias percibidas. En este escenario, Turkle anticipó el surgimiento de una paradoja constitutiva de la era digital en relación con la esfera personal: las personas están más conectadas que nunca, pero con frecuencia se sienten más solas (Turkel, 2011, p. 1).

Al respecto, la OECD señala que una de las dinámicas más relevantes de los impactos de la transformación digital en el ámbito individual de las sociedades contemporáneas es la coexistencia entre ampliación de posibilidades y oportunidades de aprendizaje, creatividad y conexión, al mismo tiempo que los riesgos en el aumento de exigencias emocionales y cognitivas que afectan la salud mental como las dificultades para regular el tiempo en línea, la exposición a imágenes idealizadas, los daños materiales y simbólicos en línea (incluyendo el ciberacoso), y la comparación social intensa, entre otros (OECD, 2025, s/p).

Por ello, este apartado aborda dos elementos conceptuales clave para comprender cómo la transformación digital modula la vida cotidiana y el bienestar personal: las emociones asociadas al uso de plataformas y los efectos sobre el estado de ánimo, y la percepción de sustitución o refuerzo de relaciones presenciales y la desconexión digital.

3.1. Emociones y bienestar digital

Los efectos de los entornos digitales sobre el bienestar y las emociones de las personas no son homogéneos. Estos varían según el tipo de contenidos consumidos o creados, las motivaciones de uso y las características personales de quienes interactúan en estos (Valkenburg et. al, 2022, p 530–533). En consecuencia, más que asumir que las plataformas producen por sí mismas bienestar o malestar, es necesario entender que sus efectos emocionales resultan de la interacción entre tiempo de exposición, tipo de experiencia digital y forma de participación frente a los contenidos que se consumen, comparten o producen.

Dentro de este marco, la experiencia emocional asociada al uso de plataformas digitales tiene una doble mirada. Por un lado, las plataformas pueden ser espacios de encuentro, apoyo mutuo, expresión identitaria y construcción de comunidad que, en ciertas condiciones, pueden producir efectos positivos sobre el bienestar. Por otro lado, las plataformas pueden intensificar dinámicas de comparación social frente a versiones idealizadas de la vida de otros y reforzar la búsqueda de validación, factores que pueden influir en la regulación emocional. (Lembke, 2023, p47).

Los efectos del uso de redes sociales sobre el estado de ánimo son uno de los campos más activos de la investigación en salud mental digital, y sus hallazgos son consistentemente ambivalentes. Por un lado, la investigación documenta que el uso

frecuente y prolongado de redes sociales se asocia con perturbaciones emocionales —ansiedad, depresión, baja autoestima, insatisfacción corporal— exacerbadas por la comparación social, la búsqueda de validación y la exposición a estándares irreales (Vilchez Galarza et al., 2024, p. 3).

En el caso latinoamericano, esta discusión adquiere una resonancia particular. El PNUD ha advertido que la salud mental en América Latina y el Caribe se ha deteriorado de manera sostenida y que este deterioro se relaciona no sólo con factores económicos y sociales más amplios, sino también con una conectividad constante que desdibuja límites entre trabajo y descanso, incrementa exposición a comparación social y abre nuevas formas de ciberacoso y presión emocional (PNUD, 2025).

3.2. Relaciones presenciales, vínculos digitales y desconexión

Uno de los debates más persistentes sobre la transformación digital en la esfera personal gira en torno a si las formas de comunicación digital sustituyen los vínculos presenciales o, por el contrario, los complementan y refuerzan. La evidencia reciente sugiere que no existe una respuesta única. En un estudio sobre comunicación digital y tradicional con redes de parentesco, Danielsbacka, Tammisalo y Tanskanen encontraron respaldo para la hipótesis de refuerzo: en general, los contactos digitales tendían a asociarse positivamente con otras formas de contacto, incluyendo la interacción cara a cara, más que a reemplazarlas de forma automática (Danielsbacka et al., 2023). Este hallazgo resulta útil porque introduce una lectura menos simplista según la cual la mediación digital puede complementar vínculos ya existentes, pero sus efectos dependen del tipo de relación, de la frecuencia de contacto y de las condiciones sociales de quienes participan.

Sin embargo, esa complementariedad no elimina la posibilidad de tensiones. La OECD también ha señalado que existe preocupación por una posible reducción de las interacciones cara a cara en ciertos grupos, especialmente cuando el uso digital se vuelve excesivo o desplaza otras actividades vinculadas con descanso, juego físico o sociabilidad presencial (OECD, 2025, "Introduction and main findings", s/p). Más que optar por una oposición tajante entre sustitución o refuerzo, parece más razonable suponer que la transformación digital introduce una reorganización de los vínculos: en algunos casos los amplía y diversifica; en otros, los vuelve más fragmentados, más discontinuos o más dependientes de entornos digitales para su sostenimiento.

La desconexión digital debe entenderse en ese mismo marco. No se trata únicamente de apagar dispositivos, sino de una práctica de autorregulación frente a entornos diseñados para sostener la atención y la permanencia. La evidencia más reciente sobre desintoxicación digital muestra resultados matizados: una revisión sistemática y metaanálisis encuentra efectos estadísticamente significativos sobre síntomas depresivos, pero no efectos robustos y generalizables en todos los indicadores de bienestar, como satisfacción con la vida o estrés (Ramadhan RN et al., 2024).

De manera complementaria, una revisión sistemática sobre detox digital sugiere que sus efectos dependen del contexto, de la severidad inicial del malestar y del

tipo de intervención aplicada, más que de una desconexión genérica en sí misma (Ansari et al., 2024). Esta evidencia es especialmente útil para la lógica del instrumento, porque permite interpretar la pregunta por desconexión no como una solución universal, sino como un indicador de la necesidad o dificultad de establecer límites frente a entornos digitales de alta intensidad.

4. TRANSFORMACIÓN DIGITAL EN LA COHESIÓN SOCIAL

Si en la sección anterior se examinó cómo la transformación digital incide en la esfera personal, en este punto interesa observar sus efectos en la dimensión relacional y colectiva de la vida social. Esta pregunta es central porque la digitalización no solo reorganiza prácticas individuales, sino también formas de confianza, participación, conflicto, reconocimiento y convivencia. En ese sentido, la cohesión social puede entenderse como el conjunto de condiciones que hacen posible la cooperación, la pertenencia, la confianza interpersonal y la articulación de vínculos en una sociedad.

Leída desde esta perspectiva, la transformación digital no actúa sobre un vacío: interviene en espacios donde las personas se informan, discuten, se vinculan, se organizan y también se confrontan. Por eso, sus efectos sobre la cohesión social no son un resultado secundario, sino una dimensión constitutiva de la vida urbana contemporánea.

Desde esta perspectiva, las plataformas digitales introducen una tensión de base. Por un lado, reducen costos de coordinación, amplían posibilidades de expresión y facilitan formas de participación comunitaria y ciudadana que antes requerían infraestructuras más pesadas. Por otro, exponen a las personas a entornos donde la circulación de información, la interacción pública y la formación de opinión están mediadas por lógicas algorítmicas, incentivos de visibilidad y dinámicas de alta velocidad que pueden afectar la calidad del debate público y la confianza social. En consecuencia, este apartado parte de la siguiente premisa: la relación entre transformación digital y cohesión social debe leerse como un campo ambivalente, donde se amplían oportunidades de participación y conexión, pero también emergen nuevas formas de fragmentación, victimización y deterioro de la confianza.

4.1. Confianza, información y relaciones interpersonales

Uno de los puntos donde esta ambivalencia se vuelve más visible es la confianza. En la vida cotidiana digital, la confianza ya no se juega solo en vínculos cara a cara, sino también en la credibilidad de la información, en la legitimidad de las plataformas, en la percepción de seguridad del entorno y en la posibilidad de interactuar sin miedo a agresiones, manipulación o exposición indebida. En este escenario, las Naciones Unidas han advertido que los avances tecnológicos han revolucionado la comunicación y han permitido conectar personas y comunidades a escalas inéditas, pero también han habilitado la circulación de desinformación, discurso de odio y manipulación informativa con una "volumen, velocidad y viralidad" sin precedentes

(ONU, 2024). Esta observación es importante porque sugiere que la cohesión social digital depende no sólo de cuánto se participa, sino de la calidad del ecosistema informativo en el que esa participación ocurre.

Esta tensión repercute directamente sobre las relaciones interpersonales. Las plataformas pueden ampliar la frecuencia y alcance de los contactos, sostener vínculos a distancia y abrir espacios de apoyo e intercambio. Al mismo tiempo, la mediación constante de la interacción puede hacer más frágiles ciertas formas de confianza, intensificar malentendidos, exponer a conflictos públicos más visibles y alterar la manera en que se construye cercanía, reconocimiento o pertenencia. Por eso, las preguntas del instrumento sobre cambios en relaciones afectivas, confianza interpersonal y vínculos sociales no deben leerse como un juicio abstracto sobre las redes, sino como una aproximación a la forma en que la transformación digital reorganiza la textura cotidiana de la convivencia.

4.2. Participación comunitaria, ciudadanía digital y acción colectiva

La transformación digital también ha ampliado las condiciones de posibilidad para la participación ciudadana. Las plataformas permiten informarse, compartir causas, coordinar acciones, sostener comunidades de interés y ejercer formas de expresión pública con menores costos de entrada. En una revisión sistemática y meta-análisis reciente, Kurniawan, Arham y Muluk (2024) concluyen que el uso de redes sociales puede fortalecer la participación, aunque su efecto es moderado y altamente dependiente del contexto. Este hallazgo resulta útil porque evita dos simplificaciones frecuentes: ni las plataformas garantizan por sí mismas una ciudadanía más activa, ni son necesariamente espacios de apatía o pasividad. Su potencial participativo depende de condiciones sociales, institucionales y tecnológicas más amplias.

En este punto, el concepto de ciudadanía digital resulta especialmente útil para ordenar el análisis. El Consejo de Europa define las competencias de ciudadanía digital como el conjunto de valores, actitudes, habilidades, conocimientos y comprensión crítica necesarias para navegar responsablemente el mundo digital cambiante y para moldear la tecnología según necesidades propias, en lugar de ser moldeados pasivamente por ella (Consejo de Europa, 2022). Esta definición permite leer la ciudadanía digital más allá de una destreza instrumental. No se trata solo de saber usar plataformas, sino de hacerlo de manera crítica, ética y participativa, articulando acceso, bienestar, derechos, seguridad y capacidad de intervención en lo público.

Desde esta óptica, la participación y la ciudadanía digital no son dimensiones separadas. Las formas de organización barrial, apoyo mutuo, activismo temático o participación en causas sociales pasan crecientemente por entornos digitales donde se mezclan información, identidad, interacción y acción colectiva. Por eso, las preguntas del instrumento sobre participación comunitaria y ciudadana digital capturan una dimensión central de la cohesión social contemporánea: hasta qué punto las personas perciben que lo digital fortalece o debilita su capacidad de involucrarse con otros en asuntos colectivos.

4.3. Victimización en redes, seguridad y costos sociales del entorno digital

Las mismas infraestructuras que habilitan participación y vínculo también pueden facilitar hostigamiento, exclusión y retraimiento. La victimización en redes constituye, en este sentido, uno de los costos sociales más visibles de la transformación digital. El estudio de Pew Research Center sobre acoso en línea muestra que 41% de los adultos en Estados Unidos reportó haber experimentado alguna forma de hostigamiento en línea y que 25% enfrentó formas más severas, como amenazas físicas, acoso sostenido, acecho o acoso sexual (Vogels, 2021). Más allá de que estas cifras corresponden a otro contexto, son conceptualmente relevantes porque muestran que la victimización digital no es un fenómeno marginal: forma parte de la experiencia ordinaria de una proporción significativa de usuarios y afecta desigualmente a distintos grupos según edad, género, orientación sexual y posición social.

Para este estudio, esta discusión es importante porque las experiencias de victimización no sólo representan daños individuales, también afectan participación, confianza y disposición a intervenir en espacios públicos digitales. Cuando una persona es objeto de hostigamiento, puede modificar sus hábitos de exposición, retraer su participación o ajustar su comportamiento para reducir riesgos. En consecuencia, la victimización en redes debe interpretarse como una dimensión de la cohesión social digital dado que no sólo da cuenta de agresiones puntuales, sino de condiciones estructurales que pueden deteriorar la convivencia, debilitar la expresión y limitar el ejercicio de ciudadanía.



Foto: Andrés Piscov

3. Marco metodológico

El estudio adoptó un enfoque cuantitativo y comparado orientado a analizar los impactos de la transformación digital en la cultura en contextos urbanos iberoamericanos, con énfasis en las prácticas culturales, las relaciones sociales, la ciudadanía digital y el bienestar.

Para ello, se aplicó la Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en tres ciudades: Bogotá, Río de Janeiro y Ciudad de México.

3.1 Diseño de investigación

3.1.1. Tipo de estudio

La investigación correspondió a un estudio de carácter descriptivo y analítico, con alcances exploratorios y correlacionales, orientado a examinar tanto la distribución de las prácticas digitales como las relaciones entre distintas dimensiones de la vida social.

El análisis se estructuró en torno a dos ámbitos. En primer lugar, se abordó el impacto de la transformación digital en las prácticas y en los sectores culturales y creativos. En segundo lugar, se analizó su incidencia en los entornos de relacionamiento social, los comportamientos cotidianos y la convivencia ciudadana, en el marco de lo que se ha denominado *Cultura Ciudadana*.

La Encuesta se aplicó en las tres ciudades seleccionadas mediante encuestas presenciales en hogares, dirigidas a población joven y adulta, con tamaños de muestra inicialmente estimados en 1.060 y 1.200 encuestas para cada grupo, respectivamente, definidos para garantizar representatividad estadística a nivel de cada ciudad y una distribución proporcional por sexo.

3.1.2. Enfoque metodológico: cuantitativo, cualitativo o mixto

La presente operación estadística se estructuró bajo un enfoque cuantitativo de tipo probabilístico, orientado a garantizar inferencia estadística válida y comparabilidad entre contextos urbanos.

La Encuesta fue aplicada en las tres ciudades, mediante un diseño muestral probabilístico, estratificado polietápico, con selección aleatoria de unidades primarias de muestreo, hogares y personas, conforme a marcos muestrales actualizados en cada ciudad. Este diseño permitió estimar parámetros poblacionales asociados a prácticas vinculadas con la cultura digital, acceso y apropiación tecnológica, brechas digitales y percepciones sobre transformaciones digitales, con niveles de confianza y márgenes de error previamente definidos.

La estandarización conceptual y operativa del instrumento aseguró la equivalencia semántica y funcional entre las tres ciudades, lo que facilitó el análisis comparativo de los resultados.

Asimismo, se aplicaron factores de expansión y ajustes por no respuesta, para garantizar representatividad poblacional, así como controles de calidad en campo y en el procesamiento de datos, con el fin de asegurar consistencia, validez y robustez en los resultados obtenidos.

3.1.3 Unidades estadísticas:

Unidades de Observación y Análisis

Las unidades de observación y análisis corresponden a las personas de 14 años y más, residentes en las ciudades de Bogotá, Río de Janeiro y Ciudad de México.

Unidades de Muestreo

Las unidades de muestreo finales que se trabajaron en esta encuesta coinciden con las unidades de observación y de análisis.

3.1.4. Objetivo del levantamiento:

El objetivo del levantamiento fue recolectar la información necesaria para analizar la relación entre la transformación digital y la cultura en las ciudades de Iberoamérica participantes en el proyecto.

El instrumento buscó evaluar cómo la transformación digital impacta la cultura, entendida como un sistema que abarca prácticas de relacionamiento, creación, participación y bienestar personal. Para ello se indagaron incentivos, barreras y factores asociados al uso de tecnologías digitales en cuatro ámbitos: (i) la cultura digital y los usos de las plataformas, (ii) el consumo y la creación cultural, (iii) la cohesión social y la ciudadanía digital y (iv) el bienestar y la esfera personal.

La investigación se desarrolló mediante un enfoque cuantitativo comparado, basado en el análisis de información recolectada en distintas ciudades, con el fin de comprender las relaciones entre transformación digital y dinámicas culturales en contextos urbanos.

3.2 Instrumento aplicado (estructura, secciones y dimensiones)

3.2.1. Tipo de instrumento

El instrumento correspondió a una encuesta semiestructurada, que combinó preguntas cerradas con categorías de respuesta predefinidas y preguntas abiertas orientadas a profundizar en percepciones, prácticas y experiencias de la población encuestada.

Esta estructura permitió, por un lado, garantizar la estandarización, comparabilidad y tratamiento cuantitativo de la información —especialmente en variables

relacionadas con el acceso, uso y apropiación de tecnologías digitales— y, por otro, incorporar elementos cualitativos que enriquecen el análisis al capturar significados y matices asociados a la cultura digital.

El cuestionario se organizó en dimensiones temáticas definidas en el diseño conceptual, asegurando coherencia entre los objetivos de la investigación, las variables de análisis y los indicadores construidos.

Implementación del instrumento

La encuesta fue implementada mediante plataformas digitales de captura en cada ciudad, utilizando dispositivos móviles en trabajo de campo. Estas herramientas permitieron incorporar validaciones automáticas, saltos lógicos y controles de consistencia, lo que contribuyó a garantizar la calidad y trazabilidad de la información recolectada.

En Bogotá se utilizó la plataforma KoBoToolbox¹; en Ciudad de México, SurveySharks²; y en Río de Janeiro, CSPro³. Todas son herramientas especializadas en la recolección de datos en encuestas de campo, con capacidades para operar en modo *offline* y sincronizar la información con servidores centrales.

3.2.2. Estructura general: número de preguntas y lógica del formulario

El instrumento estuvo compuesto principalmente por preguntas cerradas, en su mayoría con escalas tipo Likert, lo que facilitó la estandarización de las respuestas y su posterior análisis. Asimismo, incorporó algunas preguntas abiertas orientadas a profundizar en percepciones y experiencias de la población encuestada.



1 <https://www.kobotoolbox.org/>

2 <https://surveysharks.com/>

3 <https://csprouers.org/downloads/>



El cuestionario estuvo conformado por 40 preguntas en su versión base. En el caso de Ciudad de México, se incorporaron dos preguntas adicionales relacionadas con el uso de YouTube, en función de los objetivos específicos del levantamiento en esa ciudad.

Estructura del formulario

El formulario se organizó en varios capítulos temáticos. En primer lugar, se incluyó un módulo de variables de control de la muestra, diseñado de acuerdo con las unidades de muestreo definidas en cada ciudad.

- Bogotá: localidad, estrato socioeconómico, manzana, dirección del predio y conformación del hogar.
- Ciudad de México: localidad, alcaldía, colonia y dirección.
- Río de Janeiro: ubicación (clasificada en zonas) y estrato socioeconómico.

Las variables incluidas en los capítulos temáticos siguientes se mantuvieron equivalentes entre ciudades, incorporando únicamente ajustes en la terminología y el fraseo para adecuarse al idioma y a las características lingüísticas de cada contexto.

A partir de este módulo inicial, el cuestionario incorporó un conjunto de capítulos comunes a las tres ciudades, organizados a partir de los ámbitos analíticos definidos previamente:

- Capítulo 1. Cultura digital y cohesión social
- Capítulo 2. Relaciones sociales, participación y confianza
- Capítulo 3. Salud y emociones
- Capítulo 4. Proyecto de vida
- Capítulo 5. Consumo, participación y creación cultural
- Caracterización sociodemográfica

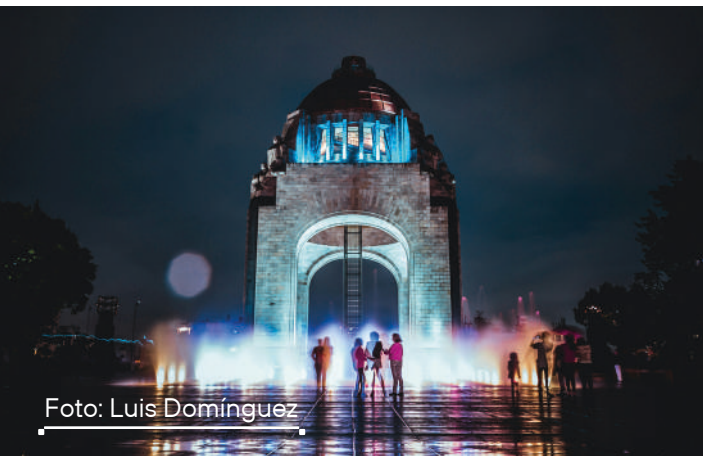


Foto: Luis Domínguez

La aplicación de la encuesta tuvo una duración aproximada de 25 a 40, dependiendo del nivel de uso de tecnologías digitales por parte de las personas encuestadas.

3.3 Diseño muestral y segmentación poblacional

3.3.1. Población objetivo

La población objetivo del estudio estuvo conformada por personas de 14 años y más residentes en las ciudades de Bogotá, Río de Janeiro y Ciudad de México, cuya selección muestral se realizó a partir de viviendas ubicadas en zonas predominantemente habitacionales.

La información fue recolectada directamente de la persona seleccionada en la muestra, quien debía cumplir con los criterios de edad establecidos y haber residido en la ciudad durante al menos dos años.

3.3.2. Marco muestral

La construcción de los marcos muestrales se realizó considerando las características específicas de cada ciudad y la información disponible en los institutos nacionales de estadística, entidades públicas y fuentes especializadas. En todos los casos, esta tarea fue desarrollada por las empresas contratadas para el levantamiento, bajo lineamientos orientados a garantizar la calidad y pertinencia del diseño muestral.

En particular, se establecieron criterios técnicos para asegurar la calidad de los marcos muestrales. Estos debían representar adecuadamente la población definida en el diseño conceptual, de modo que las unidades listadas coincidieran con la unidad estadística de análisis. Asimismo, debían incluir la totalidad de las unidades elegibles, minimizar los errores de cobertura, evitar duplicidades y contar con información suficiente para la localización de las unidades en campo.

Adicionalmente, se requirió que los marcos estuvieran actualizados —preferiblemente a 2024 o



2025— y que incorporaran variables auxiliares relevantes para la estratificación y segmentación poblacional, en coherencia con el diseño muestral de carácter estratificado.

Bogotá:

El marco muestral estuvo conformado por el listado de manzanas municipales de la base cartográfica del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), derivada del Censo Nacional de Población y Vivienda 2018. Este marco incluye información sobre la ubicación de las manzanas y el número de viviendas, y se complementó con proyecciones de población por localidad y sexo para el año 2024, publicadas por el DANE y la Secretaría Distrital de Planeación.

Ciudad de México:

El marco muestral se construyó a partir de la información estadística y geográfica por Área Geoestadística Básica (AGEB) urbana, proveniente del Censo de Población y Vivienda 2020 y de fuentes estadísticas complementarias del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) y el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL). Este marco corresponde a los residentes habituales de viviendas particulares habitadas en la ciudad, con información actualizada a mayo de 2025.

Río de Janeiro:

El marco muestral se basó en la cartografía disponible que permite la identificación de regiones, sectores y barrios. Esta información, actualizada a 2025 y utilizada previamente en estudios similares por la empresa contratada, permitió delimitar las unidades geográficas de selección y garantizar la cobertura del estudio.

3.3.3. Tipo de muestreo

La selección de las unidades de observación se realizó en todas las ciudades mediante un muestreo probabilístico, estratificado y polietápico, a partir de marcos geográficos de área disponibles en cada ciudad.

De acuerdo con las características del estudio y los marcos estadísticos proporcionados por los institutos de estadística de cada país, se tomó como referencia el muestreo aleatorio simple (MAS) para ciertos cálculos iniciales del diseño, dentro de un esquema muestral probabilístico, estratificado y polietápico, tomando como base el total de la población proyectada a 2024.

Las unidades de observación de la encuesta correspondieron a las personas residentes en las ciudades. El diseño se estruc-



turó en varias etapas de selección, adaptadas a la organización territorial de cada ciudad.

En **Bogotá**, la primera etapa del diseño correspondió a la selección de manzanas en las 19 localidades de la ciudad. En la segunda etapa se seleccionaron los predios o viviendas, y en la tercera etapa se seleccionaron las personas dentro de los hogares.

En **Río de Janeiro**, la primera etapa correspondió a la selección aleatoria de 32 regiones, seguida por la selección de barrios y, posteriormente, de predios o viviendas. Este diseño permitió adaptar la selección a la estructura territorial de la ciudad y garantizar la cobertura de las áreas incluidas en el estudio.

En **Ciudad de México**, el diseño incluyó una primera etapa de selección de alcaldías, seguida por la selección de Áreas Geoes-tadísticas Básicas (AGEB) urbanas; posteriormente, de manzanas y, finalmente, de viviendas. Adicionalmente, la estratificación consideró la agrupación de alcaldías en regiones definidas a partir de criterios geográficos y sociodemográficos.

3.3.4. Tamaño de muestra.

Los tamaños de muestra finalmente obtenidos en cada una de las ciudades se presentan en la siguiente tabla:

Tabla 1. Tamaño de muestra por ciudad y grupo etario

Ciudad	Muestra 14 a 28 años	Muestra 29 y más años	Error	Confiabilidad
Bogotá	1.489	1.678	2,8%	95%
Ciudad de México	721*	1.713	3%	95%
Río de Janeiro	976	1.311	2,1%	95%

*Nota: Para la Ciudad de México, se presentaron restricciones para aplicar la encuesta a población menor de 18 años, por lo que se acordó recolectar la muestra en población de 18 a 28 años. Posteriormente, se aplicó un ponderador para estimar el total de población del grupo de edad de 14 a 28 años solicitado en el contrato.

3.3.5. Estratificación o segmentación

Precisión deseada de las estimaciones

La precisión de las estimaciones se evaluó mediante el coeficiente de variación (CV), el cual permite medir el nivel de error relativo

Tabla 2. Calificación de la precisión según coeficiente de variación

asociado a los estimadores. Para su interpretación, se utilizaron rangos de referencia que permiten clasificar la calidad de las estimaciones (Bautista, 1998):

Valor del CV(R estimado) %	Calificación de la precisión
Menor a 2%	Excelente
Entre 2% y 4%	Buena
Entre 4% y 6%	Moderada
Entre 6% y 10%	Baja
Entre 10% y 15%	Para usar sólo con mucho cuidado
Superior a 15%	No se puede publicar información

Parámetros estimados

Los parámetros estimados en el estudio se expresaron principalmente en términos de totales y proporciones. En particular, varios indicadores se construyeron como la relación entre el número de personas que presentan una característica específica y el total de la población analizada.

Ponderadores y factores de expansión

El factor de expansión es un valor que se asigna a cada uno de los elementos seleccionados en la muestra con el fin de estimar los parámetros en el universo. Este factor depende del método de selección utilizado.

En este estudio, los factores de expansión se calcularon a partir de las estimaciones de población por unidad geográfica y por perfiles definidos en las etapas del diseño muestral.

Para un diseño MAS, el factor de expansión está dado por:

$$f_{exp} = \frac{N}{n}$$

Y para un diseño MAS Estratificado está definido por:

$$f_{exp} = \frac{N_i}{n_i}$$

Los perfiles aplicados están definidos por la combinación de las variables Zona - Grupo de edad.

De esta forma el factor de expansión final es calculado por:

$$f_{exp} = \frac{N_{mi}}{n_{mi}}$$

Donde N_{mi} corresponde al total de población de la manzana m_i , y la variable n_{mi} corresponde al total de población encuestada en la manzana m_i .

Esta metodología de cálculo aplica para los diseños estadísticos de las tres ciudades.

Uso de ponderadores en el análisis

En encuestas probabilísticas, los ponderadores permiten ajustar la muestra para que represente adecuadamente la estructura de la población objetivo. Su uso contribuye a corregir posibles desbalances en la composición muestral, derivados del trabajo de campo o de decisiones del diseño, mediante la asignación de pesos diferenciales a cada observación.

En este estudio, se aplicaron ponderadores adicionales en casos específicos. En Río de Janeiro, estos se utilizaron para ajustar la muestra debido a condiciones territoriales y operativas durante el levantamiento. En Ciudad de México, se implementaron para compensar la subrepresentación de personas entre 14 y 17 años, quienes no pudieron ser encuestadas directamente por restricciones asociadas a la participación de menores de edad.

En Bogotá, por su parte, no fue necesario aplicar ponderadores adicionales y se utilizaron únicamente los factores de expansión derivados del diseño muestral.

3.4. Campo y operación de encuesta

Las encuestas fueron aplicadas presencialmente en hogares, mediante dispositivos móviles de captura. Para la selección de las personas encuestadas, se realizó un listado previo de los miembros del hogar, con el fin de garantizar la selección aleatoria del informante.

Antes de iniciar los operativos de campo, en cada una de las ciudades se realizaron pruebas piloto orientadas a validar el instrumento, evaluar la comprensión de las preguntas y ajustar el flujo del cuestionario.

Las fechas de recolección de las encuestas fueron:

- Bogotá: 13 de enero al 24 de febrero de 2025

- Río de Janeiro: 17 de agosto a 29 de septiembre de 2025
- Ciudad de México: 6 de junio a 18 de julio de 2025

El trabajo de campo fue ejecutado por equipos especializados en cada ciudad, responsables de la implementación del diseño muestral, la recolección de la información y los controles de calidad en terreno:

- Bogotá: Equipo de mediciones de la Dirección Observatorio y Gestión del Conocimiento Cultural, en el marco del Convenio Interadministrativo 610 con el Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud (IDIPRON).
- Ciudad de México: EDC Consultores.
- Río de Janeiro: Contato e Instituto Ver.



Foto: Andrés Piscov

4

Conexión



Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá





Foto: Leopoldo Ramírez



Foto: Leopoldo Ramírez

Nota introductoria

La transformación digital ha adquirido un papel central en la vida cotidiana de Bogotá, modificando los modos de interacción, organización y expresión cultural de la ciudad. Aquí, la “cultura” se entiende en un sentido amplio como el conjunto de prácticas mediante las cuales, *los seres humanos se relacionan y construyen significados comunes y participan en la vida colectiva*. En este escenario diverso y desigual, la digitalidad redefine las rutinas individuales, transforma canales de información y reconfigura las formas en que se ejerce y se construye lo público.

Los datos de la encuesta ofrecen un panorama sobre cómo la digitalidad permea la vida cotidiana de las y los bogotanos en distintas esferas. El 69,6% de las personas utiliza su celular hasta seis horas al día, lo que da cuenta de la centralidad que este dispositivo tiene en la organización de la vida cotidiana. Los principales usos de las plataformas digitales se concentran en la comunicación con amigos y familia (56,7%), el acceso a información sobre actualidad y eventos (55,4%) y las actividades laborales o académicas (31,7%). Estas prácticas muestran que la tecnología opera como una infraestructura social que articula necesidades, vínculos y decisiones en la ciudad.

Sin embargo, estas transformaciones culturales deben analizarse desde un enfoque social. En palabras de Arturo Escobar (2024), las tecnologías deben comprenderse como “prácticas relacionales integradas en las comunidades”, y no únicamente como instrumentos de consumo. Esta perspectiva resulta importante para Bogotá, donde el acceso, las capacidades digitales y las formas de apropiación no son homogéneas. Dependiendo de estas condiciones, la digitalidad puede fortalecer vínculos y oportunidades, o, por el contrario, profundizar las desigualdades existentes. Por tanto, monitorear y fortalecer la salud del tejido social en el entorno digital no es una tarea secundaria, sino una preocupación central para la gobernanza de la ciudad.

Diversos autores han llamado la atención sobre las tensiones que atraviesan la vida digital contemporánea. Castells (2009) advierte sobre la persistencia de la brecha digital, entendida como la barrera que afecta el acceso y la participación en la cultura digital. Turkle, (2011) señala la paradoja de que las personas están más conectadas que nunca, pero a menudo se sienten aisladas, lo que pone en duda la calidad de los vínculos mediados por la tecnología. Y Zuboff (2020) alerta sobre la facilidad para consumir contenidos globales, impulsada por la concentración de poder en grandes plataformas, lo que puede marginar las prácticas culturales locales y las expresiones minoritarias (Villoro, 2024).

En conjunto, estos elementos muestran que la transformación digital puede ocurrir en medio de oportunidades y tensiones simultáneas: avances en conectividad, expansión de prácticas culturales emergentes, pero también brechas persistentes, desigualdades territoriales y desafíos de gobernanza tecnológica.

En este capítulo se analizan estos procesos con el propósito de aportar evidencia y orientaciones útiles para la política cultural distrital, especialmente en lo relacionado con la ciudadanía digital, la cohesión social y la circulación diversa de contenidos culturales en la ciudad.

El objetivo de este capítulo es analizar cómo la transformación digital impacta la cultura en Bogotá, entendida como un sistema complejo que abarca prácticas de

relacionamiento, creación, participación y bienestar personal. Para ello, se analizan los incentivos, barreras y factores que potencian el uso de tecnologías digitales en cuatro campos: (i) cultura digital, (ii) el consumo y la creación cultural, (iii) la esfera personal y (iv) la cohesión social.

La estructura del análisis responde a estos propósitos y se desarrolla en dos niveles. En primer lugar, la sección de resultados descriptivos ofrece una caracterización de los usos, prácticas y percepciones asociadas a la digitalidad en Bogotá, abordando su incidencia en el consumo y la creación cultural, la esfera personal y la cohesión social. Este nivel presenta resultados de carácter poblacional, basados en estimaciones ponderadas que permiten generalizar los hallazgos al conjunto de la ciudad.

Posteriormente, la sección analítica examina las relaciones entre distintas dimensiones de la vida digital, con el fin de explorar vínculos entre digitalización, bienestar, prácticas culturales, relaciones sociales y desigualdad. Este segundo nivel se orienta a la identificación de asociaciones y patrones dentro de la muestra, sin pretensión de establecer relaciones causales. De este modo, complementa la lectura general de los fenómenos con un análisis más detallado de sus dinámicas internas.

Un rasgo transversal del estudio es el enfoque generacional. Analizar los procesos digitales en clave de edad permite identificar diferencias en los usos, apropiaciones y significados de la tecnología, así como oportunidades estratégicas para la intervención pública. En particular, las etapas tempranas del ciclo de vida ofrecen mayores posibilidades para fortalecer competencias digitales, cívicas y creativas, y para reducir brechas futuras en acceso, uso y habilidades. Por ello, el análisis compara de manera sistemática los patrones de jóvenes (28 años o menos) y personas adultas.

La información analizada proviene de una medición probabilística basada en 3.167 entrevistas aplicadas a población de 14 años y más residente en Bogotá. Esta corresponde a una encuesta representativa de la población de estudio, con estimaciones diferenciadas para los grupos de 14 a 28 años y de 29 años en adelante.



Foto: Andrés Piscov

Ficha técnica

Lugar de recolección	La encuesta fue aplicada en las 19 localidades urbanas de Bogotá.
Universo	El universo de estudio está constituido por las personas de 14 años en adelante que habitan en las manzanas seleccionadas en las 19 localidades urbanas de la ciudad de Bogotá, en predios predominantemente habitacionales.
Periodo de recolección	Del 13 de enero al 24 de febrero de 2025
Periodo de referencia	2025
Población objetivo	Personas de 14 años en adelante, que se encuentran residiendo de manera habitual en la ciudad de Bogotá.
Diseño muestral	<p>La selección de las unidades de observación a encuestar se realizó mediante un muestreo probabilístico, estratificado polietápico, ya que cada ciudad cuenta con un marco geográfico de área para poder realizarla.</p> <p>Para Bogotá, la primera etapa del diseño correspondió a la selección de las manzanas en las 19 localidades de Bogotá, posteriormente la selección de predios y finalmente la tercera etapa fue la selección de las personas de cada hogar.</p>
Metodología de aplicación	Encuesta presencial en hogares
Tipo de instrumento	Encuesta semiestructurada
Total de preguntas aplicadas	El formulario cuenta con un total de 40 preguntas, incluyendo las sociodemográficas.
Tamaño de muestra	3.167 encuestas efectivas
Confiability	95%
Error de muestreo	2,8%
Aplicada por	Equipo de Mediciones de la Dirección Observatorio y Gestión del Conocimiento Cultural mediante convenio interadministrativo 610 con el Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud - IDIPRON



4.1 Resultados descriptivos

4.1.1. Cultura digital

Esta sección caracteriza la cultura digital en Bogotá a partir de dos componentes: i) el uso de las plataformas digitales y las percepciones asociadas a ellas, y ii) el rol que la tecnología cumple en la vida social y personal. El análisis aborda tanto la intensidad y características del uso de dispositivos y aplicaciones como las percepciones, motivaciones y valores asociados a estas prácticas. A partir de estos elementos se identifican formas de apropiación tecnológica en la ciudad y se analizan diferencias entre jóvenes y personas adultas, especialmente en la intensidad de uso y en el lugar que ocupa la digitalidad en sus actividades diarias.

Uso de las plataformas digitales

Las personas jóvenes presentan un mayor uso del celular y no podrían realizar varias actividades sin él.

En Bogotá, los beneficios de la digitalidad para la sociedad y el desarrollo personal coexisten con una fuerte centralidad del celular, entendida como la imposibilidad de realizar ciertas actividades cotidianas sin el dispositivo. Este concepto, distinto del término “dependencia” al no constituir un diagnóstico clínico, se relaciona con la intensidad del uso diario. En la ciudad, el 57,4% de la población utiliza el celular más de cuatro horas al día. Este comportamiento es más pronunciado entre las personas jóvenes, donde el 69,9% reporta este nivel de uso, frente al 52,7% en la población adulta (Figura 1).

Uso del celular según edad

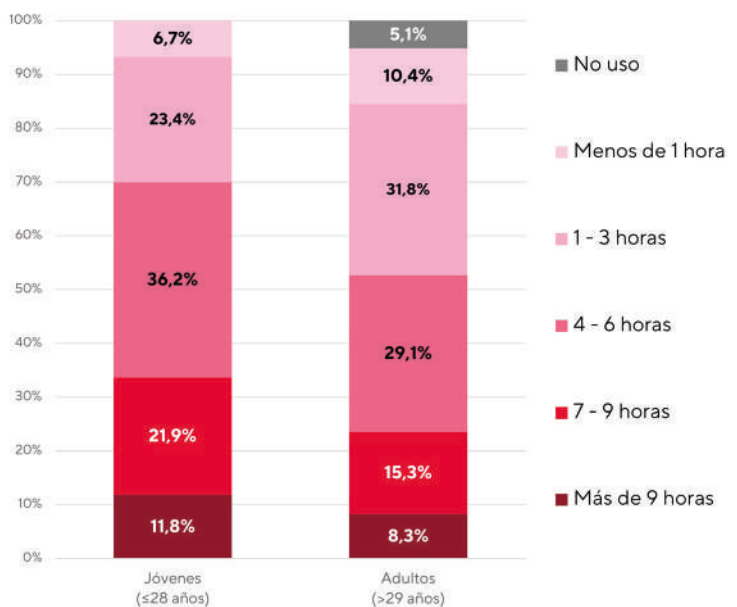
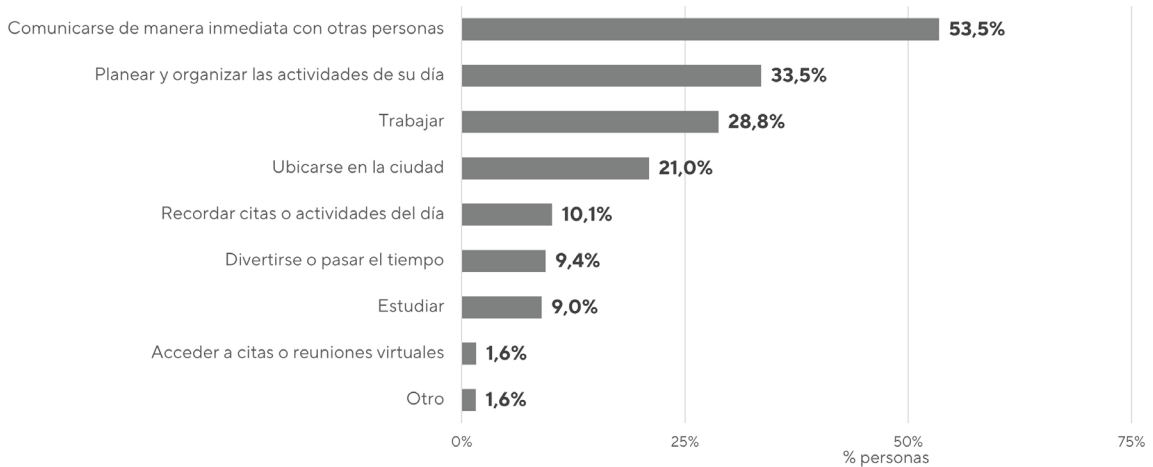


Figura 1 Pregunta: En promedio, ¿cuánto tiempo considera que destina usted al uso del celular diariamente? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

La centralidad del celular se extiende a las herramientas de productividad y organización. El 33,5% de la población no podría planear y organizar sus actividades diarias sin el celular; el 28,8% no podría trabajar sin él, y el 21% no podría ubicarse en la ciudad. Además, destaca que la hipercomunicación refuerza la centralidad funcional del celular pues el 53,5% de los y las bogotanas afirman que no podría comunicarse de manera inmediata con otras personas sin su dispositivo (Figura 2).

Figura 2 Pregunta: Si perdiera su celular en este momento, ¿cuáles de las siguientes actividades NO podría realizar definitivamente? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Actividades que no podía realizar sin celular



Los resultados de centralidad varían por edad. Los jóvenes son más propensos a reportar que no podrían realizar algunas actividades sin su celular, incluyendo comunicarse con los demás, ubicarse en la ciudad o divertirse o pasar tiempo (Figura 3).

Figura 3 Pregunta: Si perdiera su celular en este momento, ¿cuáles de las siguientes actividades NO podría realizar definitivamente? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Actividades que no podía realizar sin celular según grupo de edad



Plataformas que utiliza

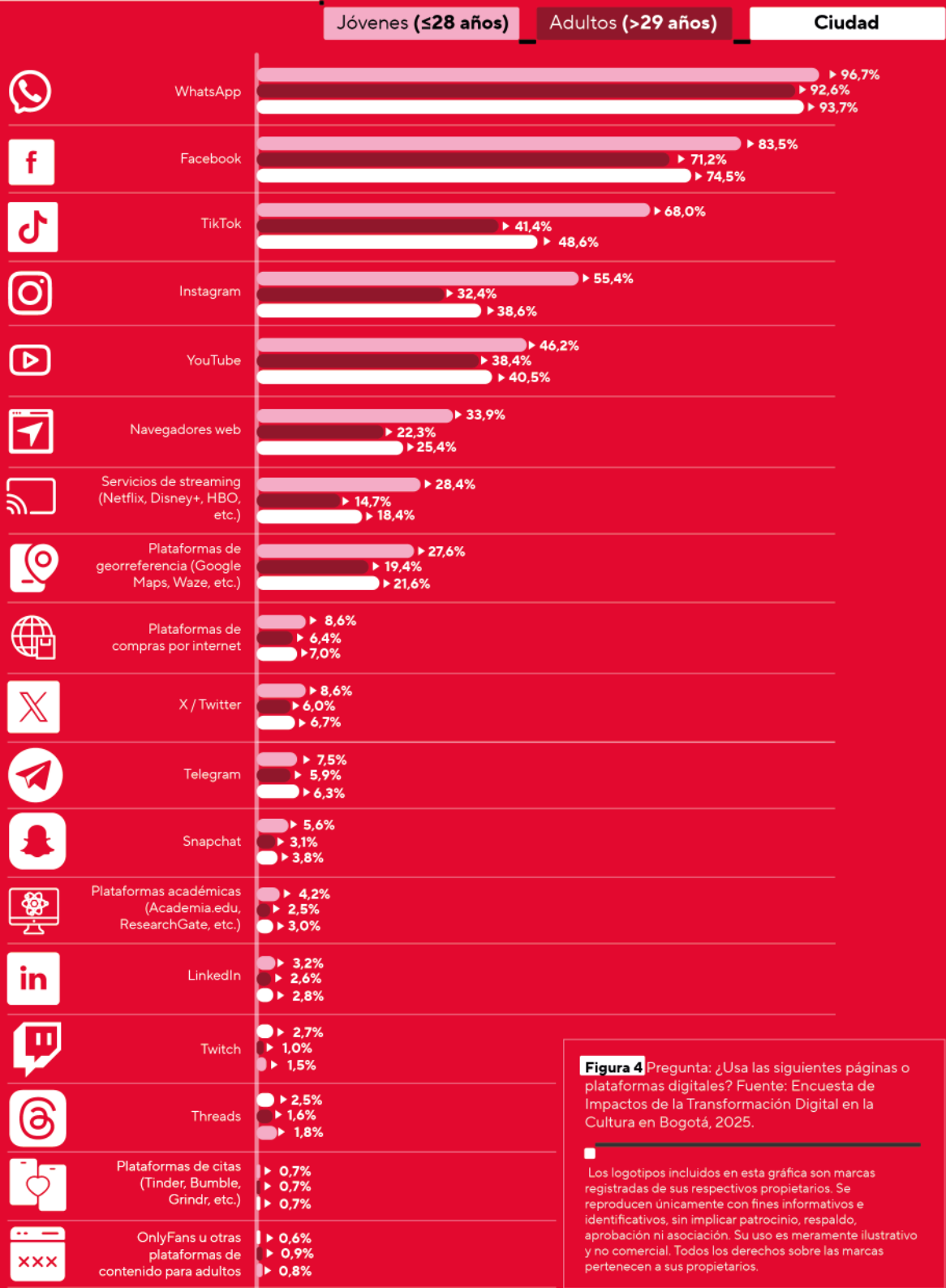


Figura 4 Pregunta: ¿Usa las siguientes páginas o plataformas digitales? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Los logotipos incluidos en esta gráfica son marcas registradas de sus respectivos propietarios. Se reproducen únicamente con fines informativos e identificativos, sin implicar patrocinio, respaldo, aprobación ni asociación. Su uso es meramente ilustrativo y no comercial. Todos los derechos sobre las marcas pertenecen a sus propietarios.

Estos hallazgos resaltan una discusión importante frente a las utilidades de la transformación digital: aunque la digitalidad amplía capacidades, también introduce una dependencia funcional que afecta de manera diferencial a grupos poblacionales. Esto plantea un reto para la ciudadanía, los gobiernos y los sectores de desarrollo tecnológico.

La centralidad del celular también se refleja en las plataformas digitales que utiliza la población bogotana y en el tiempo que dedica a ellas (Figuras 4 y 5). En términos de acceso, el ecosistema digital está claramente concentrado en unas pocas aplicaciones. WhatsApp aparece como la plataforma de uso más extendido, utilizada por el 93,7% de la población, con niveles cercanos a la universalidad entre jóvenes y adultos, seguida por Facebook, que continúa teniendo una presencia muy significativa en la ciudad (74,5% de la población). En un segundo nivel se encuentran plataformas de consumo de contenido como TikTok, Instagram y YouTube, cuyo uso es considerablemente mayor entre la población joven.

Mientras 68% de los jóvenes utilizan TikTok, solo 41,4% de los adultos lo hacen; en el caso de Instagram, la diferencia también es notable (55,4% entre jóvenes frente a 32,4% entre adultos). Otras aplicaciones —como Twitter (X), Telegram o Snapchat— aparecen con niveles de uso considerablemente más bajos, lo que sugiere que su papel dentro del ecosistema digital urbano es más especializado o de nicho.

Más allá de las redes sociales, el uso de plataformas digitales en Bogotá también incluye aplicaciones asociadas al consumo de contenidos y a la gestión de actividades cotidianas. Las plataformas de streaming —como Netflix, Disney+ o Amazon Prime— presentan niveles de uso relevantes, especialmente entre la población joven, lo que evidencia el papel creciente del entorno digital en las prácticas de entretenimiento. Algo similar ocurre con el uso de navegadores web y plataformas de georreferenciación como Google Maps o Waze, que cumplen funciones prácticas relacionadas con la búsqueda de información y la movilidad urbana. Estas aplicaciones cumplen funciones más instrumentales que relacionales mientras las redes sociales se orientan principalmente a la interacción y la comunicación, este conjunto de plataformas refleja cómo el ecosistema digital también se integra en la vida cotidiana como infraestructura de información, entretenimiento y servicios.

La intensidad de uso refuerza estas diferencias generacionales. En plataformas como WhatsApp, Facebook e Instagram, una parte importante de la población dedica varias horas al día a interactuar o consumir contenido, especialmente entre los jóvenes, quienes tienden a concentrarse en rangos de uso más prolongados (Figura 5). En contraste, otras aplicaciones —como LinkedIn, Telegram, Snapchat o Threads— presentan un uso más ocasional, concentrado mayoritariamente en menos de una hora diaria.

Tiempo promedio de uso de aplicaciones según grupo etario

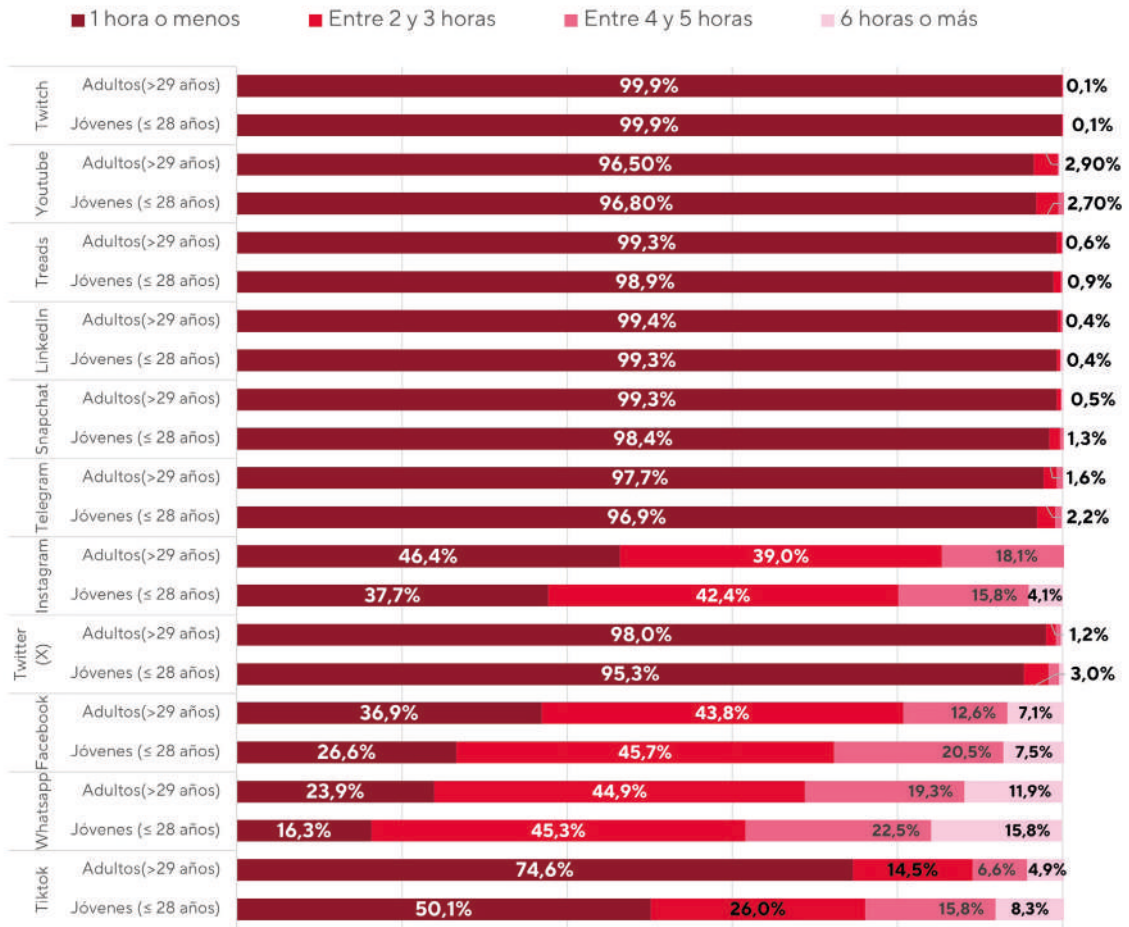


Figura 5 Pregunta: ¿En promedio, al día, cuántos minutos invierte usted en las siguientes páginas o plataformas digitales? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Estos resultados muestran que la centralidad del celular en la vida cotidiana se materializa principalmente a través de un conjunto reducido de plataformas que concentran la mayor parte del tiempo de interacción digital, mientras que el resto de aplicaciones cumplen funciones más específicas dentro del ecosistema digital de la ciudad.

Aunque la digitalidad presenta grandes beneficios, también genera preocupaciones frente al uso de redes sociales.

Aunque la digitalidad ofrece múltiples beneficios, también genera preocupaciones entre la ciudadanía. Las inquietudes más frecuentes se concentran en riesgos asociados a la seguridad y al bienestar emocional. El 35,3% señala preocupación por los engaños o fraudes en las interacciones en redes sociales, el 26,1% por la sensación de soledad y el 24,6% por la adicción a estas plataformas (Figura 6).

Preocupaciones de las interacciones en redes sociales



Al analizar las preocupaciones sobre las interacciones en redes sociales por edad, los jóvenes reportan mayores niveles de preocupación sobre los riesgos que implica la penetración de las tecnologías digitales en la cultura. Específicamente, los jóvenes están más conscientes de los temas de engaños o fraudes (36,1% de jóvenes frente a 34,9% de adultos) y de la adicción a las redes sociales (27% de jóvenes frente a 23,7% de adultos) (Figura 7).

Figura 6 Pregunta: Cuando escucha sobre el uso de tecnología digital, ¿con cuál de las siguientes afirmaciones se siente más identificado? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Preocupación de las interacciones en redes según grupo de edad

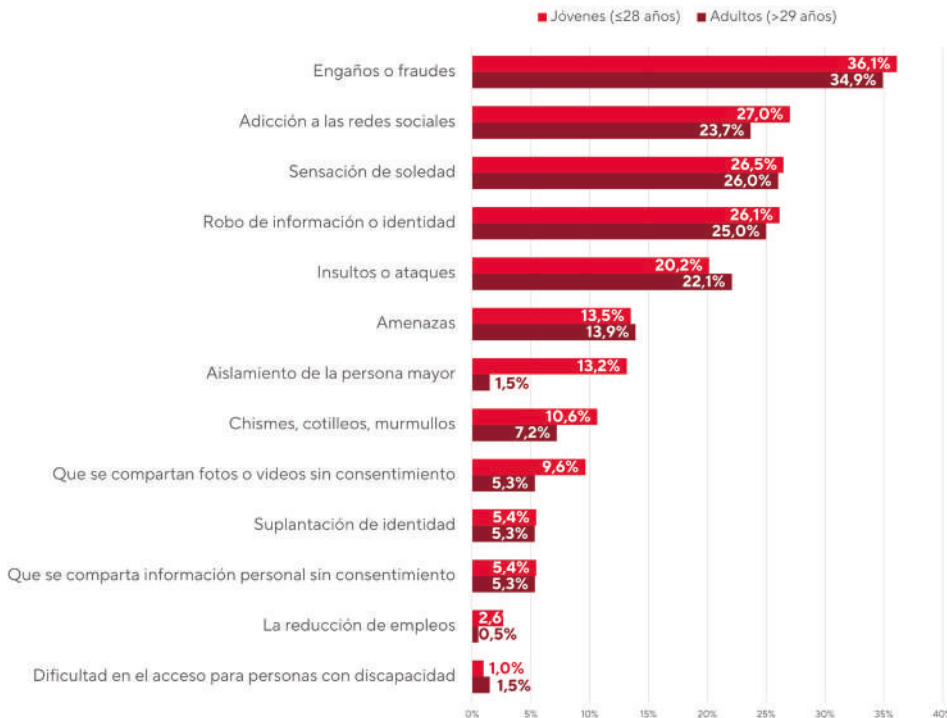


Figura 7 Pregunta: Cuando escucha sobre el uso de tecnología digital, ¿con cuál de las siguientes afirmaciones se siente más identificado? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Rol social y personal de la tecnología

La digitalidad introduce un potencial para fortalecer la cohesión social, ampliar la participación ciudadana y promover valores colectivos. Sin embargo, dicho potencial está mediado por la persistencia de la brecha digital y por patrones de uso predominantemente orientados a lo personal. Esta subsección caracteriza ese rol social, considerando valores, motivaciones y brechas sociodemográficas.

Antes de examinar los valores y motivaciones que orientan el uso cotidiano de la tecnología, resulta relevante observar en qué ámbitos de la vida social consideran los y las bogotanas que debería concentrarse el desarrollo y uso de las tecnologías digitales (Figura 8).

Los resultados muestran un claro consenso en torno a algunos sectores estratégicos para el bienestar colectivo. La educación aparece como el principal ámbito de aplicación, mencionada por alrededor de siete de cada diez personas, tanto entre jóvenes (69,9%) como entre adultos (70,9%). En segundo lugar se ubica el sector salud, señalado por cerca de seis de cada diez personas (60,2% de jóvenes y 61,6% de adultos), seguido por la seguridad, donde también se observa una valoración considerable, especialmente entre la población adulta (53,7%).

Sectores en los que debería enfocarse el uso de tecnologías digitales

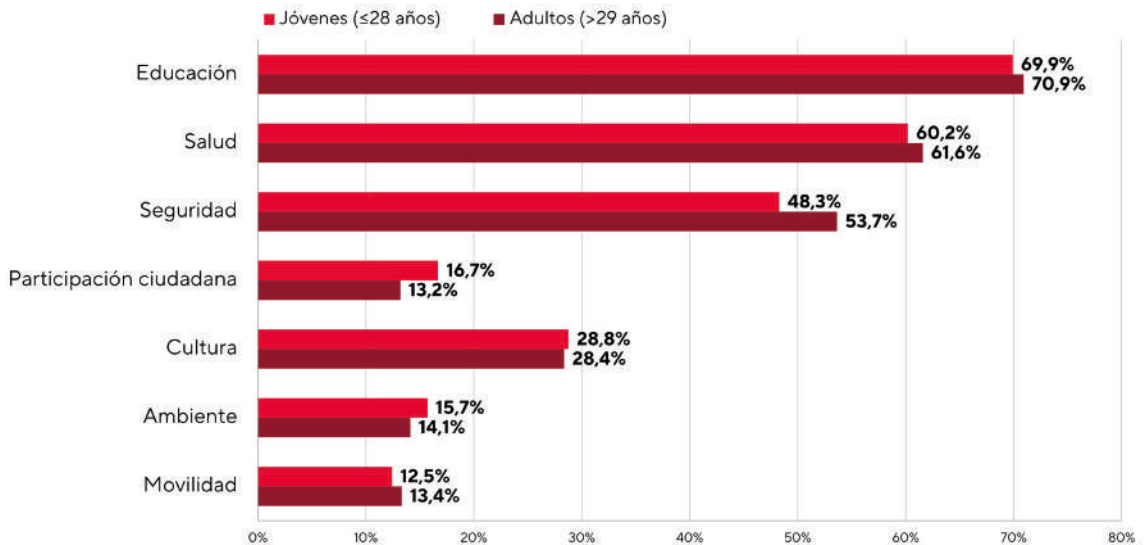


Figura 8 Pregunta: ¿En qué sectores considera que debería enfocarse el uso de tecnologías digitales para mejorar la calidad de vida de la ciudadanía? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

En contraste, otros ámbitos vinculados a la acción colectiva o al desarrollo comunitario reciben menor atención relativa. La participación ciudadana, por ejemplo, es mencionada por menos de una quinta parte de la población (16,7% de jóvenes y 13,2% de adultos), mientras que sectores como ambiente, movilidad o cultura aparecen en niveles intermedios o de baja priorización.

Este patrón sugiere que, aunque existe una expectativa clara sobre el potencial de la tecnología para mejorar servicios públicos y condiciones de vida, la ciudadanía tiende a asociar su impacto principalmente con ámbitos funcionales como educación, salud y seguridad, más que con procesos de participación social o fortalecimiento comunitario.

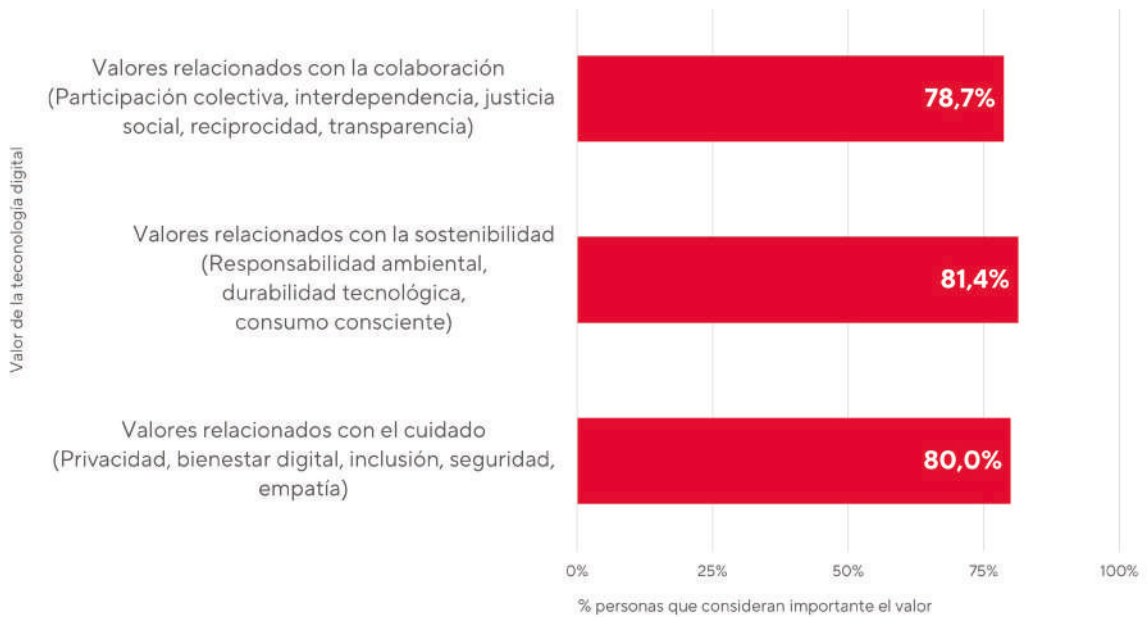
Preferencia por conexión digital frente a interacción presencial.]

Para aproximarse al uso ético y relacional de la tecnología, en línea con las nociones de prácticas relacionales (Escobar, 2024) y de inteligencia colectiva (Lévy, 2004), se indaga por la importancia atribuida a valores como la colaboración, la sostenibilidad y el cuidado en el entorno digital.

Los datos sugieren que en Bogotá se observa una valoración alta de ciertos valores asociados al uso social de la tecnología. Alrededor de tres de cada cuatro bogotanos y bogotanas consideran importantes estos valores. Destaca la importancia de los valores asociados con la colaboración (participación colectiva, interdependencia, justicia social, reciprocidad y transparencia) identificados como importantes o muy importantes por el 78,7% de la ciudadanía (Figura 9). Este hallazgo indica la presencia de condiciones favorables para que la tecnología digital contribuya a la cultura y a la formación de relaciones sociales, superando la visión de la tecnología como una mera herramienta individual.

Figura 9 Pregunta: Califique de 1 a 4, donde 1 es nada importante y 4 es muy importante, cada uno de los siguientes valores al usar las tecnologías digitales [sólo 3 y 4 “importante y “muy importante”]. Pregunta recategorizada para tomar sólo 4 muy importante. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Importancia de valores en la digitalidad



Las motivaciones sociales para usar las plataformas digitales son marginales.

Aunque los valores gozan de una alta valoración, las motivaciones que impulsan el uso diario de la tecnología se enfocan en lo personal y en lo inmediato, lo que reduce el peso relativo de las motivaciones de aporte social. Las razones principales para utilizar las tecnologías digitales son conectarse con amigos y familia (56,7%), informarse sobre actividades y eventos (55,4%) y actividades productivas, como las laborales o académicas (31,7%) (Figura 10). En contraste, las motivaciones relacionadas con el aporte cívico y ético son marginales: participar en temas sociales y políticos se ubica en sexto lugar (7%), y la reflexión sobre el impacto de la tecnología es la motivación menos citada, alcanzando menos del 1%.

Motivaciones para usar la tecnología digital

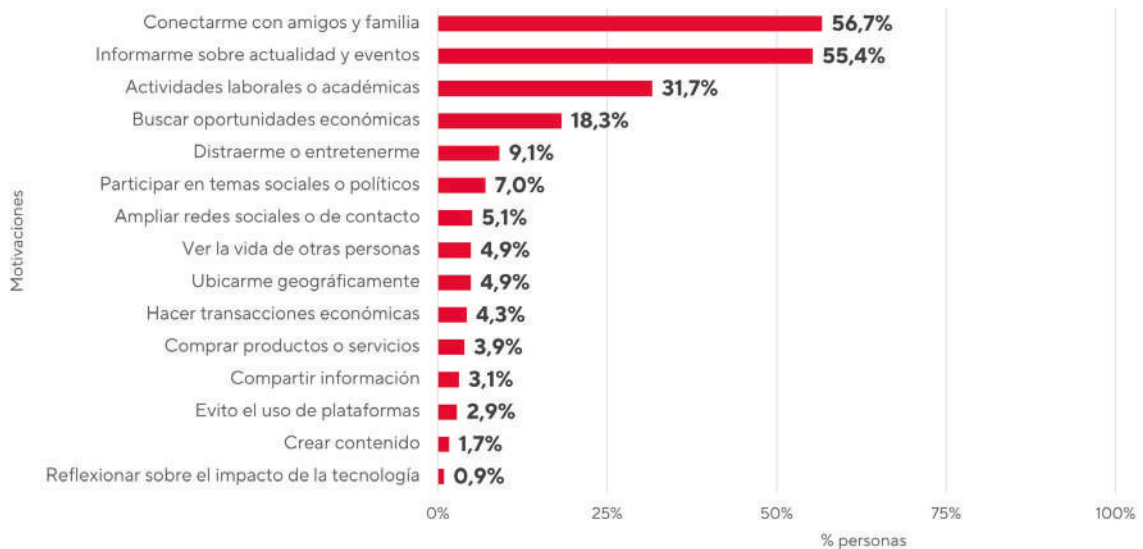


Figura 10 Pregunta: ¿Cuáles son las principales motivaciones que le llevan a usar plataformas digitales? (Seleccione hasta 3 opciones). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Estos hallazgos sugieren la conveniencia de fortalecer enfoques sociales, de equidad y de participación ciudadana en las estrategias de apropiación digital, con el fin de ampliar sus beneficios colectivos. En ese marco, podría considerarse el desarrollo de campañas, cursos y procesos formativos orientados a promover usos más reflexivos, relacionales y éticos de la tecnología. Esto refuerza la idea de que la alfabetización digital puede entenderse también como una práctica de reflexión y acción crítica (Freire, 1970). Asimismo, avanzar hacia un uso ético y social de las plataformas requiere la articulación de esfuerzos entre el sector público, las organizaciones multilaterales, las empresas tecnológicas y la ciudadanía.

El potencial social de las plataformas está limitado por la brecha digital entre los Niveles Socio Económicos bajos.

La posibilidad de que la tecnología digital contribuya a la cohesión social y al fortalecimiento de lo público se encuentra condicionada por la persistencia de la brecha digital. Los datos muestran que la importancia atribuida a los valores asociados al uso ético y colaborativo de la tecnología aumenta a medida que mejora el nivel socioeconómico (NSE).

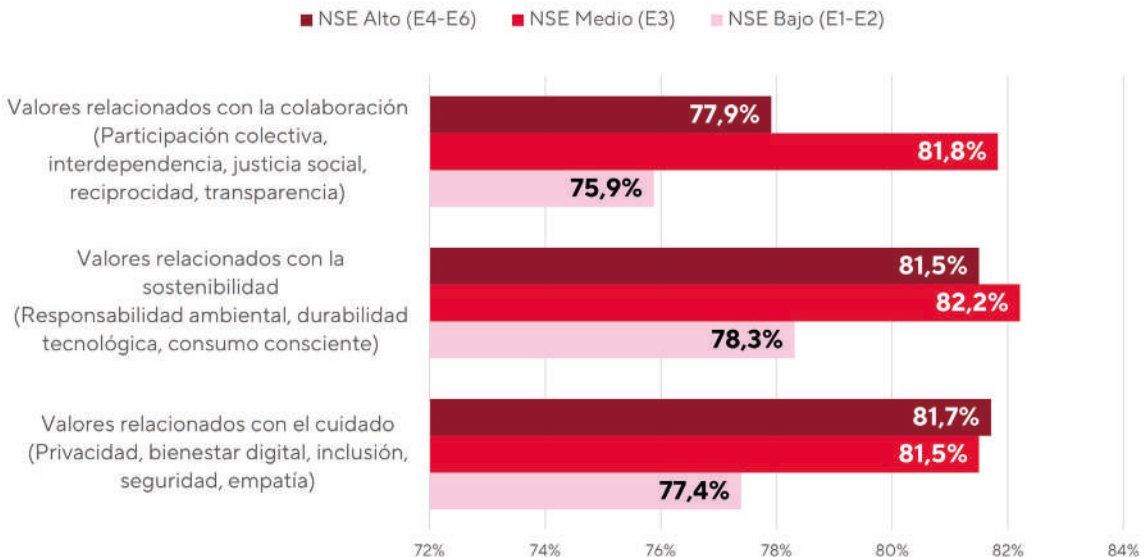
Lo anterior sugiere que las brechas no solo afectan el acceso y las habilidades, sino también ciertas disposiciones hacia usos socialmente orientados de la digitalidad.

Al observar específicamente los valores relacionados con la colaboración, el 77,9% de los NSE altos (estratos 4 a 6) los considera importantes o muy importantes, en el estrato 3, la cifra asciende a 81,8%, mientras que entre los NSE bajos (estratos 1 y 2) desciende a 75,9% (Figura 11).

Estas variaciones sugieren que las desigualdades socioeconómicas no solo afectan el acceso y las habilidades digitales, sino también la valoración y la orientación de la tecnología hacia usos socialmente orientados.

Figura 11 Pregunta: Califique de 1 a 4, donde 1 es nada importante y 4 es muy importante, cada uno de los siguientes valores al usar las tecnologías digitales [sólo 3 y 4 "importante y "muy importante"]. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Importancia de valores en la digitalidad según Nivel Socio Económico



Asimismo, se identifica una brecha entre los NSE altos y bajos al analizar las motivaciones para contribuir a la sociedad mediante la tecnología digital (Figura 12).

Por ejemplo, en la motivación de informarse sobre actualidad y eventos, que contribuye a la inteligencia colectiva, el interés es mayor en los niveles socioeconómicos altos (57,9%) que en los bajos (5,5%). De igual modo, la participación en temas sociales y políticos, aunque es un valor bajo en general, es aún menor entre los NSE bajos (7%) que entre los altos (8,3%). En contraste, las motivaciones asociadas con la búsqueda de oportunidades económicas, la distracción o entretenimiento, o la expansión de redes sociales o de contacto son más frecuentes en los sectores vulnerables.

Motivaciones para usar la tecnología digital según Nivel Socio Económico



Figura 12 Pregunta: ¿Cuáles son las principales motivaciones que le llevan a usar plataformas digitales? (Seleccione hasta 3 opciones). Sólo se muestran NSE bajo y alto para facilitar la comparación. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Estos hallazgos sugieren que la brecha digital no se expresa únicamente en el acceso o en las habilidades, sino también en los tipos de usos y en la manera como distintas poblaciones integran la digitalidad en su vida cotidiana. En ese sentido, los resultados apuntan a la conveniencia de diseñar estrategias focalizadas que fortalezcan el reconocimiento del potencial social de la tecnología entre los grupos más vulnerables y promuevan una participación digital más activa.

Los jóvenes tienen las motivaciones para liderar la transformación digital hacia valores éticos.

La juventud emerge como una población con un mayor potencial para desempeñar un papel relevante en la transformación digital en Bogotá, impulsando esta transición hacia la adopción de valores éticos y sociales. Esta capacidad se relaciona directamente con el concepto de ciudadanía digital, entendida como el conjunto de procesos de información, participación y comportamientos cívicos que se manifiestan a través de medios tecnológicos.

Los resultados muestran que la población joven es la que está elevando el promedio de la importancia de los valores de la tecnología digital, en especial los relacionados con la colaboración (Figura 13). Mientras que el 79,6% de los jóvenes considera que estos valores son importantes, el porcentaje desciende ligeramente al 78,5% en la población mayor de 29 años o más. Aunque la diferencia es reducida, sugiere una valoración ligeramente más alta entre la población joven en relación con los valores colaborativos

Figura 13 Pregunta: Califique de 1 a 4, donde 1 es nada importante y 4 es muy importante, cada uno de los siguientes valores al usar las tecnologías digitales [sólo 3 y 4 "importante y "muy importante"]. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Importancia de valores en la digitalidad según Nivel Socio Económico

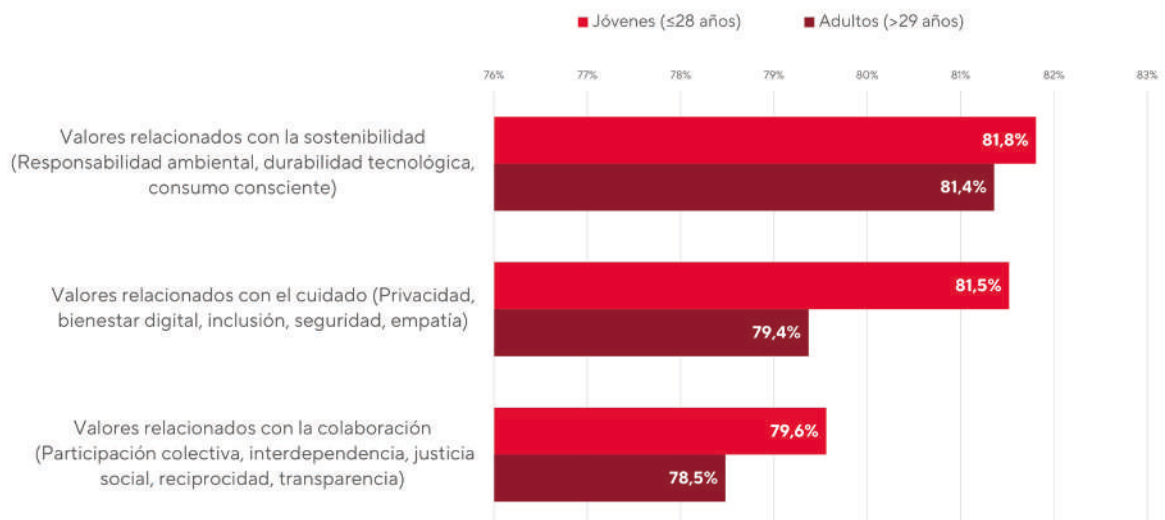
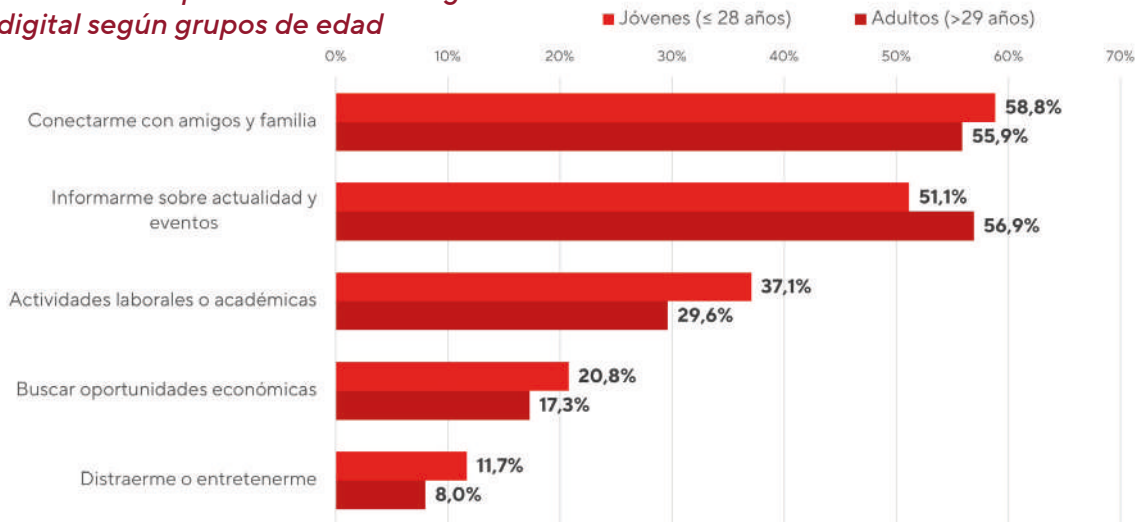


Figura 14 Pregunta: ¿Cuáles son las principales motivaciones que le llevan a usar plataformas digitales? (Seleccione hasta 3 opciones). Sólo se muestran las más relevantes. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Sin embargo, esto contrasta con las motivaciones cotidianas de uso. Las motivaciones de las y los jóvenes o están totalmente alineadas con usos más informativos de la tecnología. Aunque que la juventud muestra una mayor disposición a contribuir a la sociedad desde valores como la colaboración, las personas adultas están más motivadas para utilizar la tecnología digital con fines informativos sobre actualidad (56,9%), en comparación con el 51,1% de los jóvenes (Figura 14).

Motivaciones para usar la tecnología digital según grupos de edad



Para fortalecer el rol de los jóvenes en la transformación digital sería pertinente fortalecer esta mayor valoración ética con motivaciones que favorezcan la toma de decisiones informadas de la juventud. Las políticas públicas pueden contribuir mediante estrategias que fortalezcan las capacidades informativas, promuevan usos críticos de la tecnología y vinculen a la juventud con procesos de participación ciudadana mediados digitalmente.

La digitalidad expande capacidades, pero de manera desigual.

Los beneficios percibidos de la digitalidad reflejan la expansión de capacidades planteada por Sen (1999), tanto en el ámbito profesional como en el desarrollo personal. En el ámbito profesional, el 41,6% de las personas identifica una mayor eficiencia y productividad como principal beneficio, seguido del acceso a información y recursos globales (30,8%) y la facilitación del trabajo colaborativo y la comunicación (25,1%) (Figura 15).

Estos dos últimos aspectos fortalecen dinámicas propias de la *sociedad red* descrita por Castells (2009), en la que la información fluye de manera más ágil y el trabajo en red se vuelve un componente estructural de la vida social y económica.

En los proyectos de vida, los beneficios más frecuentes están asociados a la adquisición de habilidades técnicas o profesionales (54,5%), el acceso a oportunidades laborales o de emprendimiento (49,4%) y la conexión con redes de apoyo (46,9%).

Beneficios de la digitalidad en el ámbito profesional



Beneficios de la digitalidad en los proyectos de vida



Sin embargo, esta expansión de capacidades opera de manera desigual. La desagregación por nivel socioeconómico evidencia que la brecha digital limita el alcance de estos beneficios. Así, el acceso a la información y recursos globales, un aporte clave a la inteligencia colectiva <(Lévy, 2004), disminuye en la población más vulnerable: el 34,7% de las personas en NSE altos afirma que este es un beneficio del uso de la tecnología en el trabajo o estudio, en contraste con el 27,4% de los NSE bajos. Una tendencia similar se observa en la facilitación del trabajo colaborativo y la comunicación, lo que muestra una distribución desigual de los beneficios asociados a la sociedad red (Castells, 2009), al estar presente entre el 23,2% de los NSE bajos frente al 29,2% en los NSE altos.

Esta brecha se extiende a los proyectos de vida: el 50,2% del NSE alto afirma que la digitalidad le ha permitido replantear sus intereses de desarrollo personal, cifra que contrasta con el 38,4% del NSE bajo.

Estos hallazgos indican que la digitalidad está expandiendo capacidades de forma desigual y que esas ventajas son más limitadas entre los grupos socioeconómicamente más vulnerables, no solo en conocimientos, sino también en el desarrollo personal y en el replanteamiento de sus trayectorias de vida. (Figura 16)

Figura 15 Izquierda: ¿Cuál considera que es el principal beneficio del uso de tecnologías digitales en su trabajo o estudio? Derecha: ¿Cómo han influido las plataformas digitales en el desarrollo de sus proyectos de vida? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Beneficios de la digitalidad en el ámbito profesional según Nivel Socio Económico



Beneficios de la digitalidad en los proyectos de vida según Nivel Socio Económico

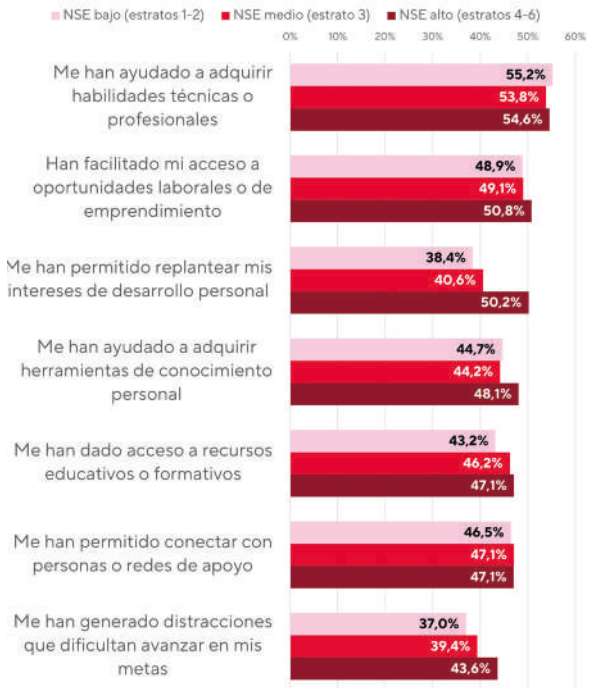


Figura 16 Izquierda: ¿Cuál considera que es el principal beneficio del uso de tecnologías digitales en su trabajo o estudio? **Derecha:** ¿Cómo han influido las plataformas digitales en el desarrollo de sus proyectos de vida? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

La población joven muestra mayores beneficios percibidos de la digitalidad en términos de formación, acceso a oportunidades y reorganización de trayectorias vitales.

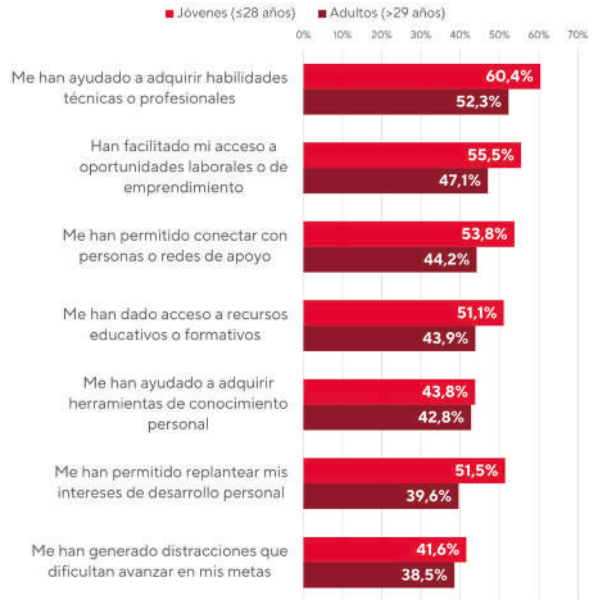
Las y los jóvenes perciben mayores beneficios de la digitalidad en todos los proyectos de vida evaluados en la encuesta. Esto se manifiesta de forma diferencial en la capacidad de replantear los intereses de desarrollo personal (51,5% de jóvenes frente a 39,6% de adultos). Además, los jóvenes reportan mayores beneficios en la adquisición de habilidades técnicas o profesionales (60,4% de jóvenes frente a 52,3% de adultos) y en el acceso a información y recursos globales (33,7% de jóvenes frente a 29,7% de adultos). Asimismo, es más frecuente que la población adulta no perciba beneficios de la digitalidad (12,9% en adultos frente a 7,6% en jóvenes), lo que sugiere una integración relativamente menor de estas herramientas en procesos de aprendizaje, bienestar y desarrollo personal (Figura 17).

La juventud está capitalizando la transformación digital para expandir sus capacidades.

Beneficios de la digitalidad en el ámbito profesional según grupos de edad



Beneficios de la digitalidad en los proyectos de vida según grupos de edad



4.1.2. Consumo y creación cultural

Esta sección analiza cómo las y los bogotanos participan en los circuitos culturales en entornos digitales, tanto desde el consumo como desde la creación de contenidos. El análisis examina las actividades culturales realizadas, las modalidades de acceso –presencial, digital o combinada– y los niveles de producción de contenido.

Asimismo, se exploran las motivaciones para la creación cultural, las herramientas utilizadas y la relación entre contenidos de origen local e internacional, con el fin de comprender cómo la ciudad se inserta en dinámicas culturales más amplias.

Consumo cultural digital

Bogotá presenta una baja participación cultural y se orienta principalmente hacia la presencialidad.

Aunque el consumo cultural es mayor que la creación, podría seguir considerándose reducido. Cerca de uno de cada tres bogotanos reportó realizar alguna de las actividades culturales en los últimos 12 meses, ya fuera en modalidad presencial o virtual. Las prácticas más frecuentes están relacionadas con el teatro (37%), seguidas por las artes plásticas (32,4%), y la danza (30,6%) (Figura 18).

Figura 17 Izquierda: ¿Cuál considera que es el principal beneficio del uso de tecnologías digitales en su trabajo o estudio? Derecha: ¿Cómo han influido las plataformas digitales en el desarrollo de sus proyectos de vida? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Actividades culturales como consumidor

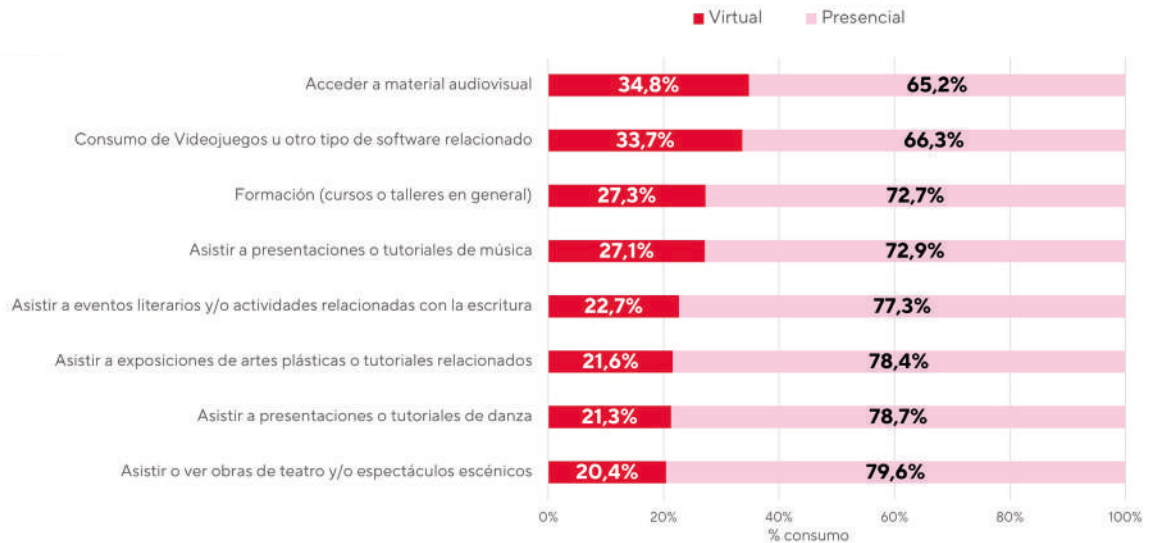
Figura 18 Pregunta: En los últimos 12 meses, usted ha realizado las siguientes actividades culturales ya sea como consumidor y/o como creador? (Marque todas las opciones que apliquen para cada actividad). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.



Al desagregar los datos por modalidad de quienes practican estas actividades, se observa que los y las bogotanas prefieren, en general, acceder a la cultura de forma presencial. Las actividades más frecuentadas también muestran una fuerte preferencia por la presencialidad: las obras de teatro y/o espectáculos escénicos (79,6% presencial frente a 20,4% virtual), las presentaciones o tutoriales de danza (78,7% frente a 21,3%), y las exposiciones o tutoriales de artes plásticas (78,4% frente a 21,6%) Esta tendencia sugiere que, pese a la acelerada digitalización, la experiencia cultural en Bogotá continúa anclada en la interacción física (Figura 19).

Figura 19 Pregunta: En los últimos 12 meses, usted ha realizado las siguientes actividades culturales ya sea como consumidor y/o como creador? (Marque todas las opciones que apliquen para cada actividad). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Actividades culturales como consumidor según modalidad

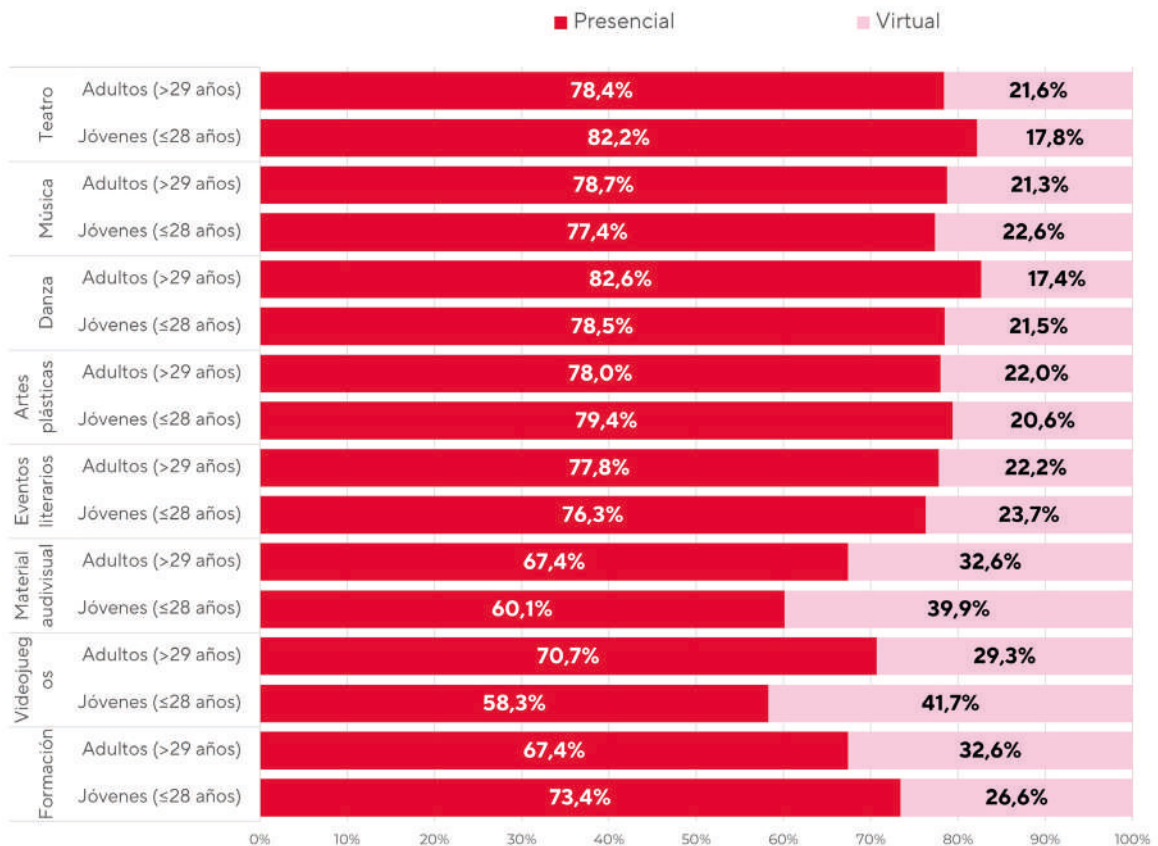


Los jóvenes no siempre prefieren más la virtualidad que los adultos.

Un hallazgo que contradice la percepción común es que la población joven no presenta una preferencia sistemáticamente mayor por la virtualidad, pese a la acelerada digitalización y apropiación de las plataformas digitales. En varias actividades culturales, quienes superan los 29 años tienen una mayor inclinación hacia formatos digitales que quienes tienen 28 años o menos. En temas como el teatro, las artes plásticas y la formación cultural, la virtualidad es preferida en mayor medida por los adultos que por los jóvenes. Por ejemplo, en el teatro, el 21,6% de los adultos prefiere asistir virtualmente, en contraste con solo el 17,8% de los jóvenes; en formación, el 32,6% de los adultos prefiere el formato virtual, frente al 26,6% de los jóvenes; y en artes plásticas, el 22% de los adultos prefiere la modalidad virtual, mientras que solo el 20,6% de los jóvenes lo hace (Figura 20).

Figura 20 Pregunta: En los últimos 12 meses, usted ha realizado las siguientes actividades culturales ya sea como consumidor y/o como creador? (Marque todas las opciones que apliquen para cada actividad). Esta pregunta fue recategorizada para excluir aquellos que reportan asistir de forma presencial y virtual simultáneamente. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Consumo cultural según edad y modalidad



Estos hallazgos sobre la preferencia de modalidad entre jóvenes y adultos indican que la virtualidad no se concentra de manera uniforme en la población joven. En Bogotá, ciertos consumos digitales culturales se encuentran más consolidados entre personas adultas, posiblemente debido a trayectorias de aprendizaje, rutinas laborales o la búsqueda de formatos más flexibles.

Las diferencias generacionales en la elección de formatos sugieren orientaciones diferenciadas:

- * Para juventudes: fortalecer la presencialidad en artes escénicas, plásticas y formación cultural, incorporando contenidos afines a sus intereses.
- * Para personas adultas: potenciar la oferta virtual como un complemento eficaz, especialmente en actividades educativas, artísticas y de actualización cultural.

Esta evidencia puede contribuir a afinar la oferta cultural de Bogotá, integrando el potencial de la digitalidad sin perder de vista que la presencialidad sigue ocupando un lugar central en las prácticas culturales de la ciudad.

Creación de contenido digital

Bogotá presenta una baja creación de contenido digital, y las herramientas se enfocan más en las artes visuales que sonoras.

Figura 21 Pregunta: ¿Ha creado algún tipo de contenido digital en los últimos 12 meses? (Seleccione una opción). Esta pregunta se presenta agregada para contenidos tanto virtuales como presenciales. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Uno de los principales hallazgos es que la creación de contenidos digitales en Bogotá es reducida, pues sólo el 3,9% de los y las bogotanas afirmó haber generado algún tipo de contenido digital durante el último año, al momento de aplicación de la encuesta, lo que evidencia un margen amplio para el fortalecimiento de capacidades creativas digitales en la ciudad. De esta manera, la creación de contenido se centra en teatro (7,3%), artes plásticas (6,8%) y formación (6,4%) (Figura 21).

Actividades realizadas como creador

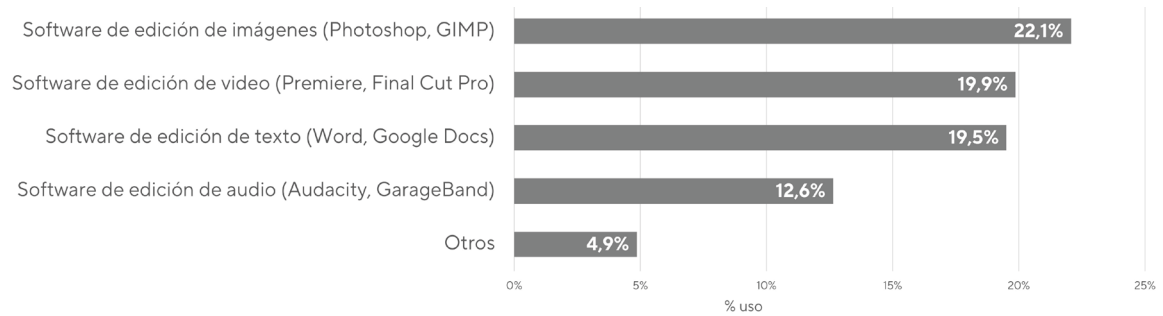


Las herramientas que utilizan los creadores de contenido se concentran más en temas visuales. Entre los creadores de contenido predominan software de edición de imágenes (22,1%), seguidos por edición de video (19,9%), y de texto (19,5%), mientras que las herramientas de edición de audio (12,6%), aparecen en último lugar (Figura 22).

Dada la reconocida diversidad musical que caracteriza a Colombia y el potencial de Bogotá como epicentro musical latinoamericano, estos resultados sugieren la conveniencia de fortalecer el uso de herramientas de edición de audio mediante incentivos formativos. Una posibilidad sería incorporar este tipo de recursos en rutas de formación, especialmente en aquellas dirigidas a la población joven, con el fin de ampliar sus conexiones con trayectorias educativas y laborales.

Figura 22 Pregunta: ¿Qué herramientas digitales utiliza para la creación de contenido? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Herramientas para la creación de contenido



Las personas jóvenes son las más creadoras y tienen mayor potencial para aportar a la inteligencia colectiva.

La creación de contenido digital en Bogotá se caracteriza por una baja participación general, aunque con un rol más activo por parte de la población joven. Si bien el 3,85% de los bogotanos creó algún tipo de contenido digital, la población joven impulsa la cifra: el 5,12% de los menores de 28 años crea contenido, en contraste con el 3,3% de los adultos (Figura 23). Esta mayor participación juvenil sugiere que las acciones para fomentar la creación de contenido digital podrían enfocarse en este grupo etario.

Figura 23 ¿Ha creado algún tipo de contenido digital en los últimos 12 meses? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

¿Ha creado algún tipo de contenido digital en los últimos 12 meses?

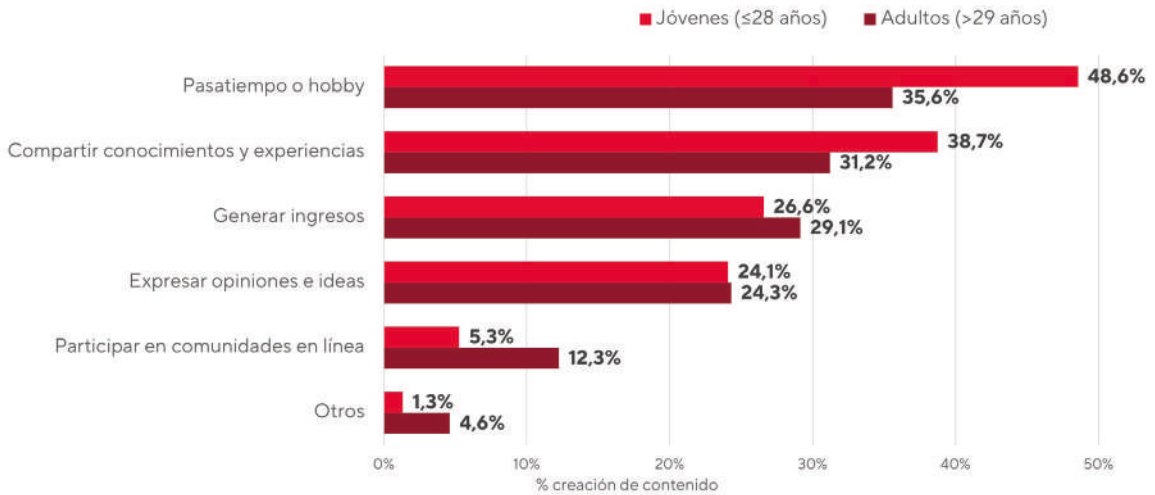


El concepto de inteligencia colectiva, formulado por Pierre Lévy (2004), es clave para interpretar este fenómeno. Según el autor, la colaboración facilitada por internet permite producir y compartir conocimiento de manera descentralizada. Este principio resuena con la necesidad de repensar la tecnología no solo como una herramienta, sino como una práctica integral que debe estar relacionada con principios éticos, como lo plantea Escobar (2024). Los hallazgos derivados muestran una aplicación directa de este concepto: la población joven se encuentra más motivada a generar contenido digital con el objetivo específico de compartir experiencias y conocimientos (38,7%) (Figura 24).

Figura 24 Pregunta: ¿Cuáles son sus principales motivaciones para crear contenido digital? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Estos resultados sugieren condiciones favorables para impulsar la creación de contenido digital desde enfoques sociales, colaborativos y de construcción de saberes compartidos. En esa línea, orientar las motivaciones juveniles hacia prácticas de creación con propósito colectivo podría fortalecer su aporte a la inteligencia colectiva y a la dimensión cultural de la transformación digital en Bogotá.

Motivaciones para crear contenido digital según grupo de edad

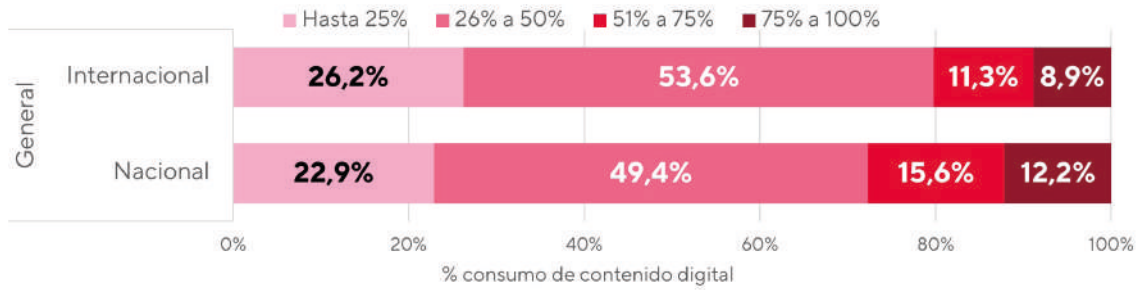


Internacionalización cultural

Las y los bogotanos aún consumen más contenido nacional que internacional.

De manera general, los resultados indican que las y los bogotanos tienden a consumir una mayor parte de su contenido digital de origen nacional. Esta tendencia se evidencia al comparar las cifras de consumo: mientras que el 27,8% de los bogotanos consume más de la mitad de su contenido de origen nacional, tan solo el 20,2% consume más de la mitad de contenido de origen internacional (Figura 25).

Origen del contenido digital consumido



Las personas jóvenes tienden a consumir más contenido nacional que el resto de los bogotanos.

Si bien tanto jóvenes como adultos tienden a consumir más contenido nacional que internacional, esta diferencia es más marcada para los jóvenes. Al analizar la penetración del contenido extranjero, se observa que el 23,8% de la población joven consume más de la mitad de contenido de origen internacional, frente al 18,9% de la población adulta (Figura 26).

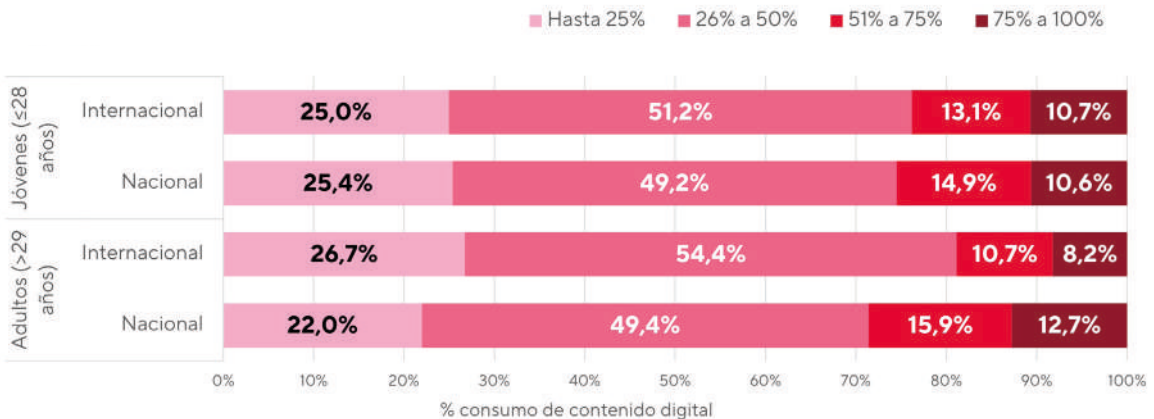
Este comportamiento sugiere que en la población joven pueden observarse tendencias hacia una menor centralidad relativa de los contenidos y expresiones culturales locales. En ese contexto, una mayor exposición a contenidos internacionales podría asociarse con riesgos de homogeneización cultural (Villoro, 2024), especialmente en el entorno digital.

En este sentido, una línea estratégica para las políticas públicas podría orientarse a fortalecer la circulación de contenidos culturales locales dirigidos a la población joven, utilizando formatos, lenguajes y plataformas afines a sus preferencias digitales.

Figura 25 Pregunta: En los últimos 12 meses, cuando usted ha consumido o creado contenido digital, ¿qué porcentaje de su actividad ha sido relacionado con contenido de origen nacional y qué porcentaje con contenido de origen internacional? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Figura 26 Pregunta: En los últimos 12 meses, cuando usted ha consumido o creado contenido digital, ¿qué porcentaje de su actividad ha sido relacionado con contenido de origen nacional y qué porcentaje con contenido de origen internacional? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Origen del contenido digital consumido según grupos de edad

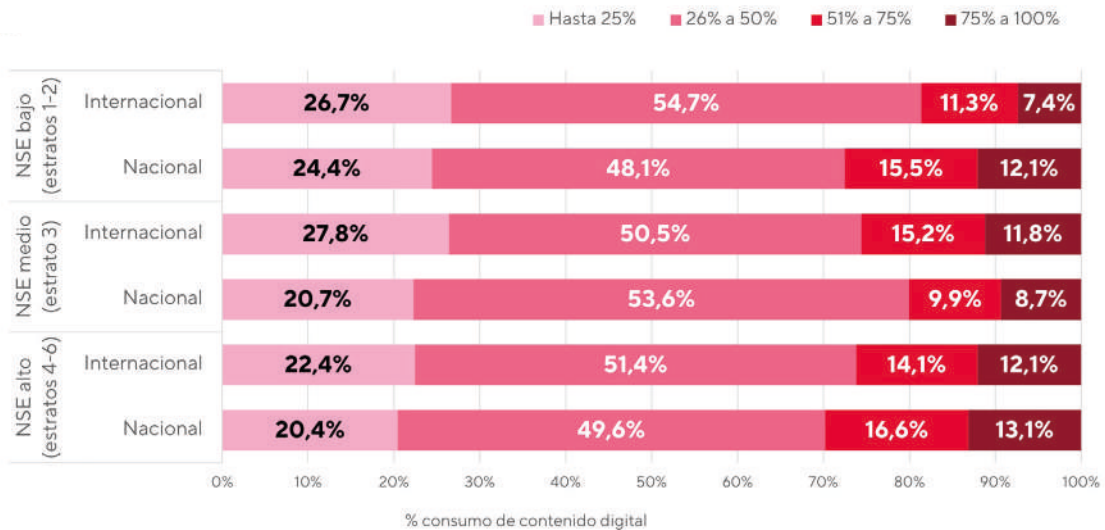


La clase media es un caso atípico de mayor consumo internacional.

Figura 27 Pregunta: En los últimos 12 meses, cuando usted ha consumido o creado contenido digital, ¿qué porcentaje de su actividad ha sido relacionado con contenido de origen nacional y qué porcentaje con contenido de origen internacional? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Al analizar la información por nivel socioeconómico se observa que el NSE alto mantiene una mayor proporción de consumo internacional. Sin embargo, un hallazgo relevante es el comportamiento del NSE medio (estrato 3), que presenta una tendencia particularmente alta hacia el contenido internacional y, a diferencia de los otros grupos, consume más contenido internacional que nacional. Específicamente, los datos indican que, mientras solo el 18,6% de las personas en estrato 3 consume más de la mitad de contenido nacional, el 26,9% consume más de la mitad de contenido internacional (Figura 27). Esta característica convierte a la clase media en un segmento atípico dentro del ecosistema cultural digital bogotano.

Origen del contenido digital consumido según Nivel Socio Económico



4.1.3. Impactos sobre la esfera personal

Esta sección explora cómo la digitalidad incide en la esfera personal de las y los bogotanos, particularmente en sus experiencias emocionales, sus formas de interacción y la organización de su vida cotidiana. El análisis aborda las emociones asociadas al uso de plataformas digitales, la relación entre interacciones presenciales y digitales, y las reacciones frente a la desconexión.

También se examinan prácticas de uso y regulación del tiempo en entornos digitales, con el fin de comprender cómo la vida conectada influye en el bienestar emocional y en las dinámicas de sociabilidad cotidiana.

Bienestar emocional y salud digital

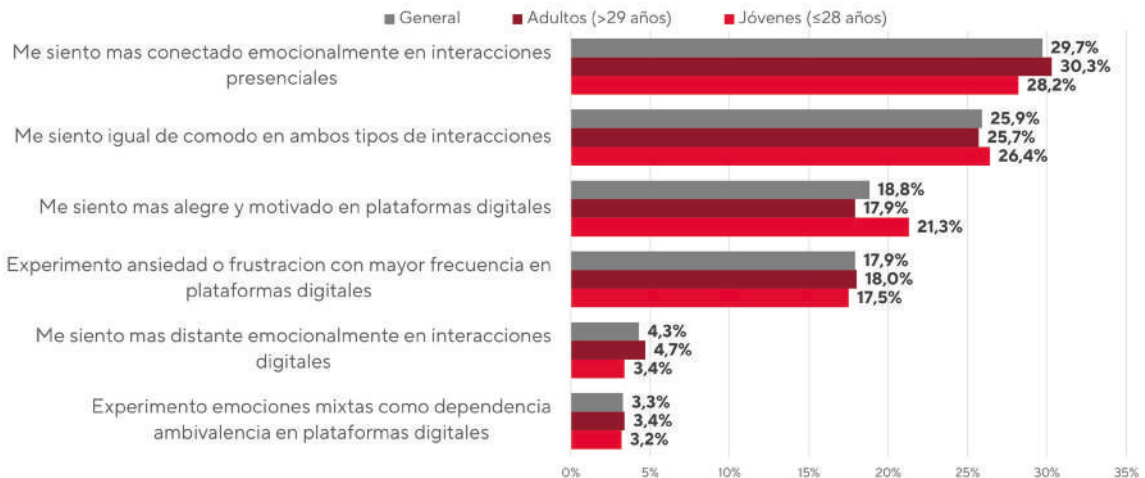
Para comprender los impactos del entorno digital sobre la esfera personal, resulta útil observar cómo experimentan emocionalmente las personas sus interacciones en plataformas digitales en comparación con la presencialidad. En Bogotá se observa un comportamiento relativamente equilibrado entre ambos tipos de interacción. Cerca del 30% de las personas señalan sentirse más conectadas emocionalmente en interacciones presenciales, mientras que una proporción similar (25,9%) afirma sentirse igual de cómoda en ambos tipos de interacción (Figura 28). Al mismo tiempo, una parte de la población reporta experiencias emocionales positivas vinculadas al uso de plataformas digitales. El 18,8% de las personas manifiestan sentirse más alegres o motivados en interacciones digitales, proporción que es ligeramente mayor entre los jóvenes.

La interacción mediada por la tecnología puede generar experiencias tanto de bienestar como de tensión emocional.

Sin embargo, también se evidencian señales de malestar emocional asociadas al uso de estas plataformas digitales: el 17,7% de la población manifiesta sentir ansiedad o frustración con mayor frecuencia. Las percepciones más negativas o de distanciamiento aparecen en proporciones menores. Mientras que, solo el 4,3% de la población señala sentirse más distante emocionalmente en interacciones digitales, y el 3,3% reporta emociones mixtas como dependencia o ambivalencia frente al uso de plataformas. Este contexto permite comprender mejor los efectos del uso intensivo de redes sociales sobre el bienestar emocional de la población, analizados a continuación.

Figura 28 Pregunta: ¿Con cuál de las siguientes afirmaciones relacionadas con las emociones sobre las interacciones en plataformas digitales comparado con interacciones presenciales, se siente más identificado?. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Emociones asociadas a las interacciones en plataformas digitales



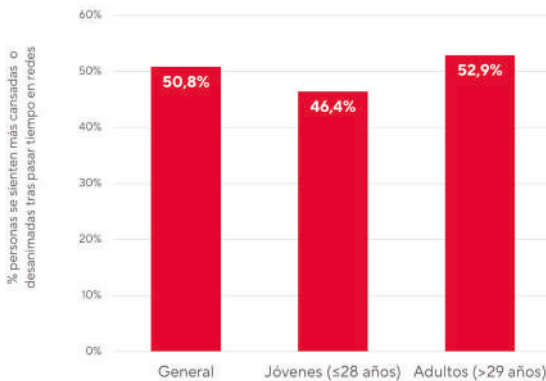
Las y los jóvenes presentan mayor nomofobia, pero menor desgaste tras utilizar redes sociales.

El uso de las redes sociales se encuentra asociado con el desgaste emocional de los y las bogotanas, manifestándose en síntomas como cansancio y desánimo, o en nomofobia. En la ciudad, más de la mitad de la población (50,8%) reporta sentir cansancio o desánimo después de pasar tiempo en redes sociales (Figura 29, izquierda). Este desgaste emocional asociado al uso de las redes sociales es más frecuente entre las personas adultas que entre los jóvenes, pues mientras que el 46,4% de los jóvenes manifiesta experimentar estos síntomas, la proporción aumenta al 52,9% en la población adulta.

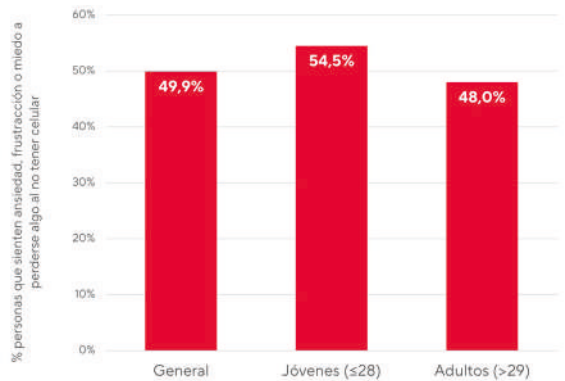
El panorama cambia al examinar la nomofobia. Casi la mitad de los y las bogotanas (49,9%) experimenta emociones como ansiedad, frustración o miedo a perderse algo (FOMO, por sus siglas en inglés) al no tener acceso al celular, internet o redes sociales (Figura 29, derecha). Se destaca que los jóvenes manifiestan mayores síntomas de nomofobia que los adultos, pues más de la mitad de ellos (54,5%) experimenta alguno de estos síntomas al no tener acceso al celular, en comparación con el 48% de los adultos. Aunque la proporción de adultos es menor, este dato sigue considerándose alto.

Figura 29 **Pregunta (izq):** ¿Qué cambios ha notado en su estado de ánimo después de pasar tiempo en redes sociales? | **Pregunta (der):** ¿Qué emoción principalmente experimenta cuando no tiene acceso a su celular, internet o redes sociales? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Cansancio y desánimo tras usar redes sociales según grupos de edad



Ansiedad, frustración y "FOMO" al no tener celular según grupos de edad



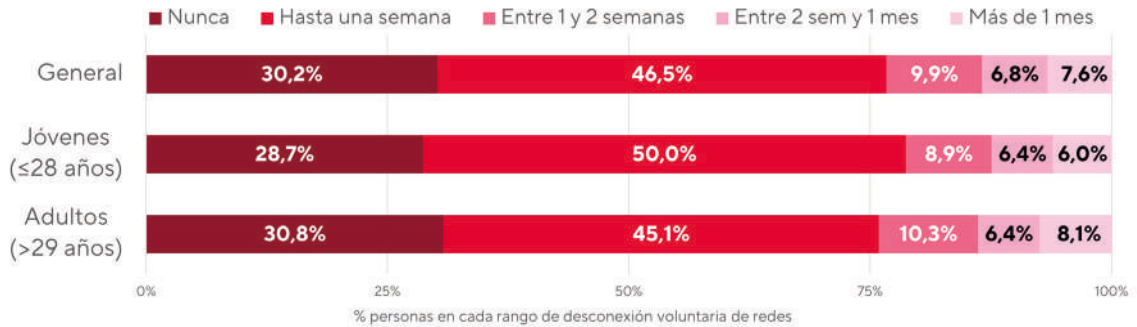
Los jóvenes realizan mayores desconexiones voluntarias de las redes sociales.

Un hallazgo interesante es que los jóvenes, quienes reportan una mayor sintomatología de nomofobia, también son quienes realizan mayores desconexiones voluntarias de las redes sociales. En términos generales, el 30,2% de los bogotanos nunca ha rea-

lizado una “dieta” o desconexión voluntaria en el uso de redes. Esta proporción es algo mayor entre las personas adultas (30%) que entre los jóvenes (28,7%), lo que sugiere que, al menos una vez, una fracción ligeramente mayor de los jóvenes ha intentado desconectarse de las redes sociales (Figura 30). Esto podría estar relacionado con la mayor sintomatología de nomofobia que reporta este grupo.

Figura 30 Pregunta: ¿Por cuánto tiempo ha realizado una desconexión voluntaria o dieta de redes sociales? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Tiempo de desconexión voluntaria de redes sociales según grupos de edad



Estas prácticas de desconexión voluntaria pueden interpretarse como estrategias individuales de cuidado frente al desgaste emocional y la nomofobia descritos previamente. En ese sentido, pueden ofrecer un punto de apoyo para las políticas públicas y las acciones de organizaciones multilaterales, que podrían promover campañas y programas que incentiven tiempos de descanso digital (especialmente entre la juventud) como parte de una agenda más amplia de salud mental y bienestar en la era de la hiperconectividad.

4.1.4. Cohesión social y ciudadanía digital

Esta sección examina cómo las plataformas digitales están moldeando las formas de relacionamiento de los bogotanos en tres vías. Primero, se revisan los impactos que ha tenido la digitalización sobre la confianza. Luego, se estudian las relaciones sociales en el círculo cercano, explorando las transformaciones en las dinámicas interpersonales cotidianas mediadas por la digitalidad. Por último, se analiza la construcción de ciudadanía en la era digital en un círculo más amplio de relacionamiento, vinculado con temas de participación ciudadana.

Confianza social

Aunque para la ciudadanía, la esfera digital tiene efectos positivos, especialmente en términos de comunicación con sus seres queridos y acceso a información, también existen aspectos que generan preocupación en la interacción en redes sociales entre

Figura 31 Pregunta: ¿Cuál o cuáles de las siguientes situaciones le generan mayor preocupación de las interacciones en redes sociales? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.



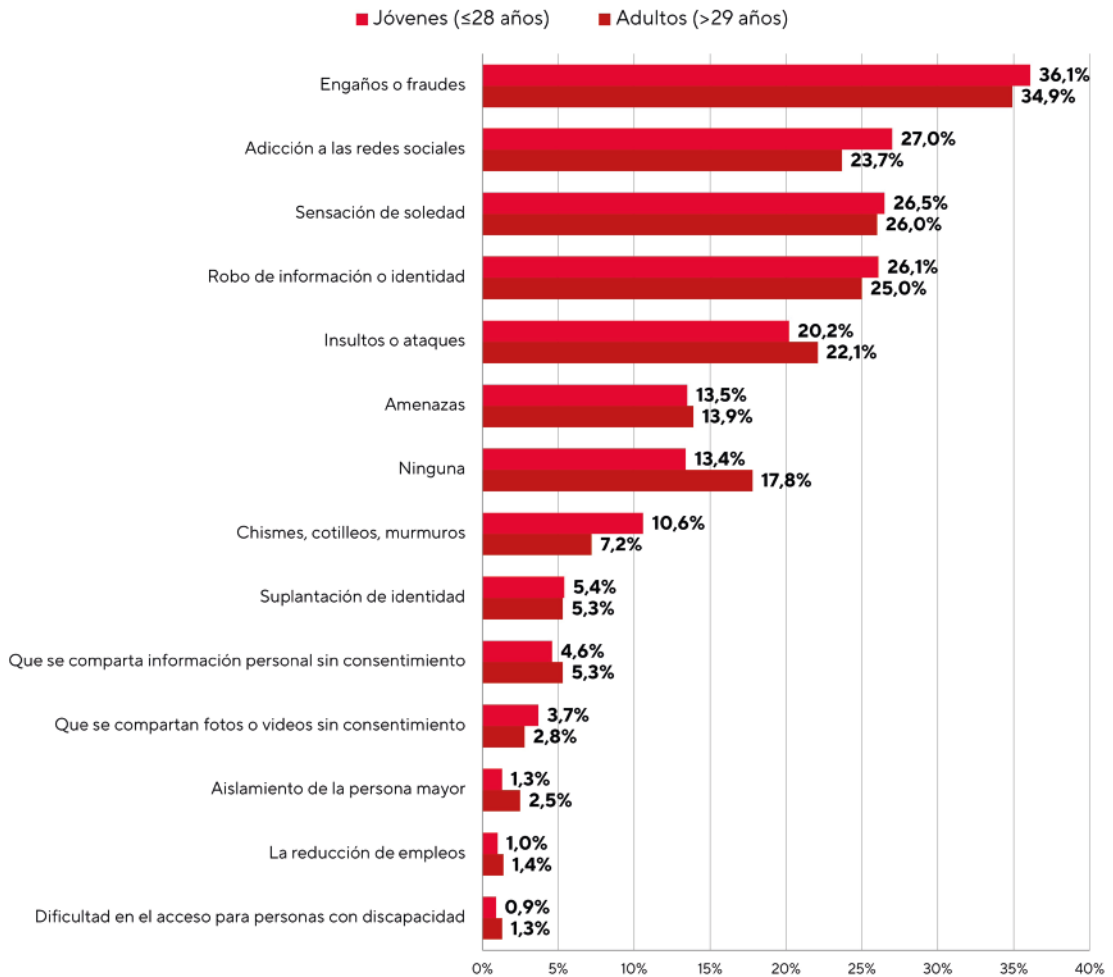
los y las bogotanas (Figura 31). Los resultados muestran que los principales temores están asociados a riesgos de seguridad y a efectos psicosociales derivados del uso intensivo de estas plataformas. Los engaños o fraudes aparecen como la preocupación más frecuente, mencionada por 35,3% de la población, seguidos por la sensación de soledad (26,1%), el robo de información o identidad (25,3%) y la adicción a las redes sociales (24,6%). En un segundo nivel se encuentran preocupaciones relacionadas con la interacción social en línea, como insultos o ataques (21,6%) y amenazas (13,8%). En contraste, otros riesgos asociados a la difusión de información personal sin consentimiento, la suplantación de identidad o la circulación de rumores aparecen en proporciones considerablemente menores.

Preocupaciones por las interacciones en redes sociales



Al examinar estas preocupaciones por grupo etario se observan algunas diferencias generacionales (Figura 32). Aunque los engaños o fraudes continúan siendo la principal preocupación tanto entre jóvenes como entre adultos, otros riesgos muestran variaciones relevantes. Por ejemplo, la adicción a las redes sociales es mencionada con mayor frecuencia por la población joven (27%) que por la adulta (23,7%), mientras que preocupaciones vinculadas a la interacción hostil en línea, como insultos o ataques, aparecen ligeramente más entre las personas adultas. Asimismo, los jóvenes reportan con mayor frecuencia inquietudes relacionadas con chismes o cotilleos en redes sociales, lo que sugiere una mayor sensibilidad frente a dinámicas de reputación o exposición pública en entornos digitales.

Preocupaciones por las interacciones en redes sociales según grupos de edad



Las preocupaciones sobre el entorno digital se concentran principalmente en riesgos de seguridad y en efectos asociados al uso intensivo de las redes sociales, más que en transformaciones estructurales del mercado laboral o en problemáticas de acceso tecnológico. Este contexto de riesgos percibidos constituye un punto de partida para comprender cómo la digitalización influye en los niveles de confianza social.

Figura 32 Pregunta: ¿Cuál o cuáles de las siguientes situaciones le generan mayor preocupación de las interacciones en redes sociales? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

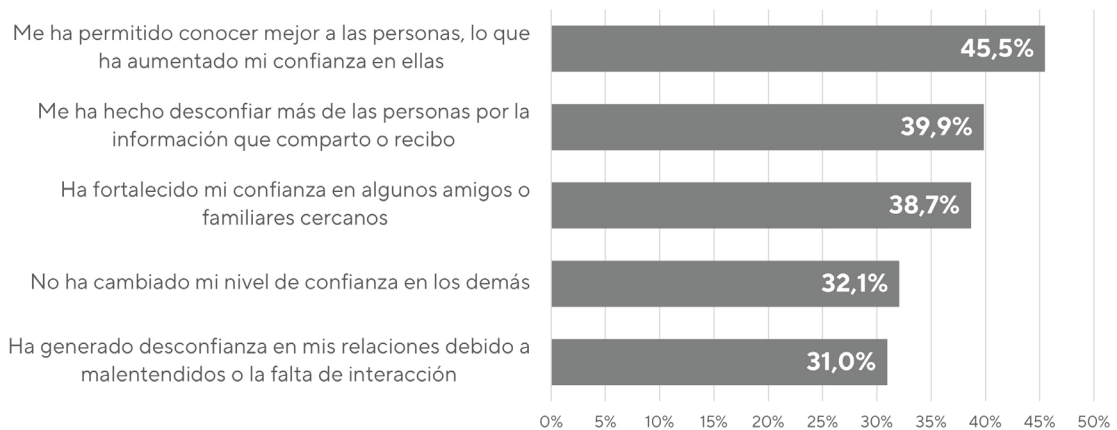
Los efectos de la digitalización sobre la confianza social han sido mayoritariamente positivos.

Al preguntar por los cambios en el nivel de confianza hacia los demás tras el uso de redes sociales y tecnología digital, se observa un panorama heterogéneo. Por un lado, el 45,5% de las y los bogotanos considera que la digitalización les ha permitido conocer mejor a las personas (Figura 33).

Figura 33 Pregunta: ¿Está de acuerdo con las siguientes afirmaciones sobre cómo ha cambiado su nivel de confianza hacia los demás con el uso de redes sociales y la tecnología digital? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Sin embargo, el 39,9% afirma desconfiar más de los demás por la información que comparten o reciben, lo que refleja la presencia de riesgos que pueden debilitar la cohesión social, al dificultar la creación de lazos importantes para la participación ciudadana. A esto se suma que un 38,7% señala que la tecnología ha fortalecido su confianza en algunos amigos o familiares cercanos, mientras que un porcentaje importante indica no haber experimentado cambios (32,1%) (Figura 33). Este conjunto de respuestas muestra que estos impactos en la confianza pueden estar en función de experiencias, contextos y trayectorias digitales de cada persona.

Impactos de las plataformas digitales sobre la confianza



Los Niveles Socioeconómicos altos y los jóvenes podrían estar viendo menores impactos en la confianza al haber interactuado mayor tiempo con las plataformas digitales.

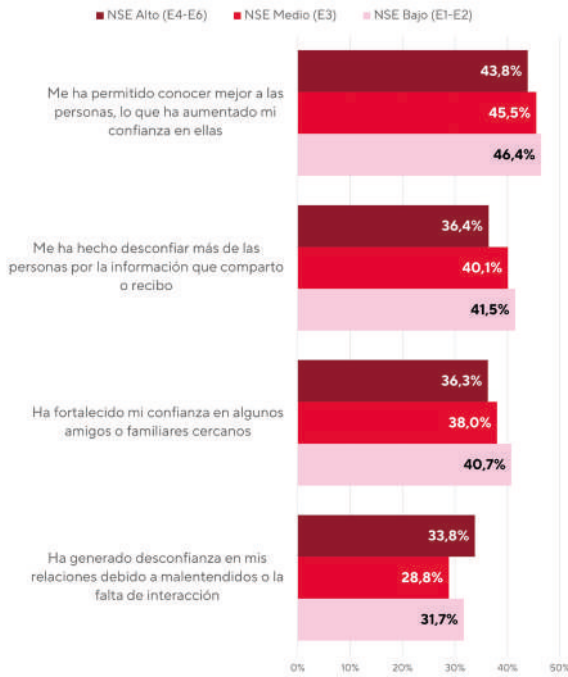
Al desagregar los resultados por NSE (Figura 34, izquierda), se observa que los estratos altos tienden a reportar menores cambios en su nivel de confianza, tanto positivos como negativos. La digitalización parece estar generando efectos más intensos entre los grupos con menor nivel socioeconómico, lo que podría relacionarse con procesos diferenciados de incorporación o uso de las plataformas. Por ejemplo, el 46,4% de las personas en NSE bajo afirma que la digitalización les ha permitido conocer mejor a los demás, y el 41,5% indica que les ha hecho desconfiar más por la información que comparten o reciben. Los NSE altos solo lideran una afirmación: la desconfianza generada por malentendidos o la falta de interacción (33,8%).

Al analizar los resultados por grupos de edad (Figura 34, derecha), se observa un patrón similar al identificado con los NSE: los jóvenes reportan menos variaciones en su nivel de confianza tras el uso de las plataformas digitales en comparación con los adultos. En todas las afirmaciones (positivas y negativas) los adultos

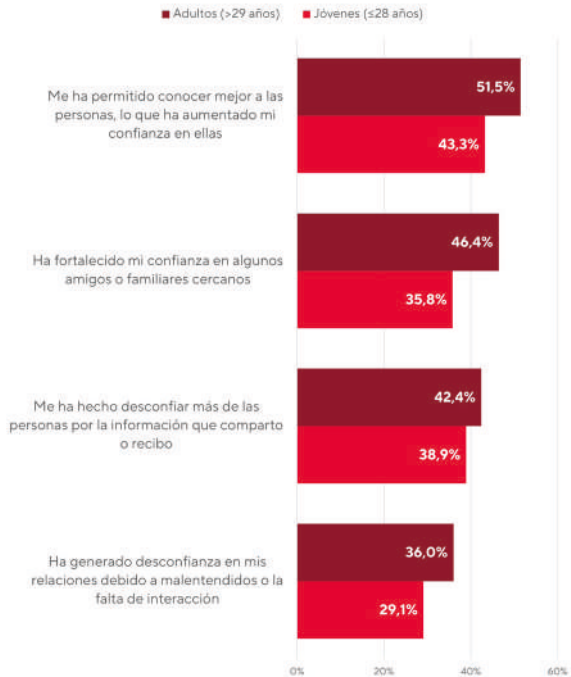
muestran mayores niveles de acuerdo. Una posible interpretación es que las personas adultas, al haber experimentado directamente la transición hacia la digitalización, identifican con mayor claridad los cambios en la confianza, mientras que la población joven, al haber crecido inmersa en estas plataformas, podría no percibir esas transformaciones con la misma intensidad.

Figura 34 Pregunta: ¿Está de acuerdo con las siguientes afirmaciones sobre cómo ha cambiado su nivel de confianza hacia los demás con el uso de redes sociales y la tecnología digital? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Impactos de las plataformas digitales sobre la confianza según Nivel Socio Económico



Impactos de las plataformas digitales sobre la confianza según grupos de edad

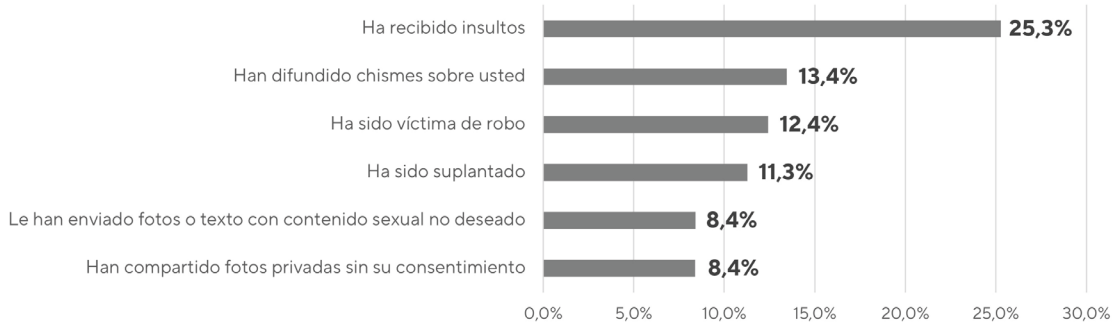


Múltiples bogotanos y bogotanas experimentan victimización en redes sociales.

Examinar la victimización en redes sociales es útil para este estudio, pues constituye una barrera para la confianza entre quienes interactúan en la digitalidad y, por tanto, para fortalecer la cohesión social y la ciudadanía digital. La relación entre victimización, confianza y participación ciudadana digital se examina en detalle en la sección 4.2.3

La situación negativa más experimentada por la población bogotana es recibir insultos: una de cada cuatro personas (25,3%) ha sido insultada en redes sociales (Figura 35). Le siguen la difusión de chismes (13,4%), robo (12,4%) y suplantación de identidad (11,3%). Estudios más detallados sobre tipos de victimización en redes pueden aportar insumos para políticas públicas hacia una convivencia digital más sana.

Victimización en redes sociales



La juventud experimenta mayor victimización que el resto.

Figura 35 Pregunta: Por favor indique si ha experimentado alguna de las siguientes situaciones a través de redes sociales en el último año. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Al analizar esta victimización por grupos demográficos, se destaca que los jóvenes han sido víctimas con mayor frecuencia en todos los tipos de victimización considerados (Figura 36). La brecha es particularmente notable en insultos, donde el 31,2% de los jóvenes los ha recibido, frente al 23,1% de los adultos.

Victimización en redes sociales según grupos de edad

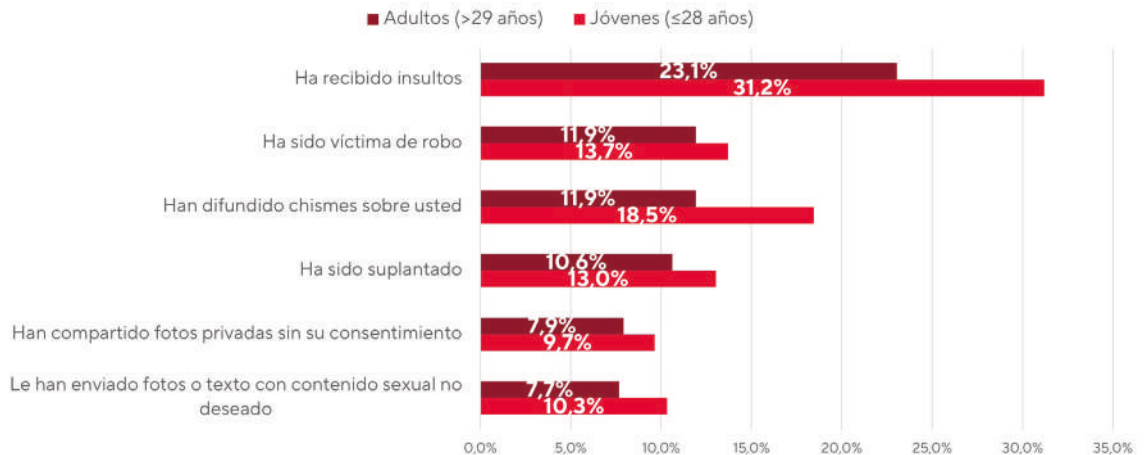


Figura 36 Pregunta: Por favor indique si ha experimentado alguna de las siguientes situaciones a través de redes sociales en el último año. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Lo anterior plantea una paradoja importante: si bien la población joven presenta factores que pueden favorecer la participación ciudadana en la digitalidad —como una mayor participación en comunidades digitales y una valoración más alta de ciertos principios cívicos—, también enfrenta mayores niveles de victimización. En ese sentido, la victimización aparece como una barrera para un grupo que, en principio, muestra condiciones relativamente favorables para fortalecer su participación ciudadana digital.

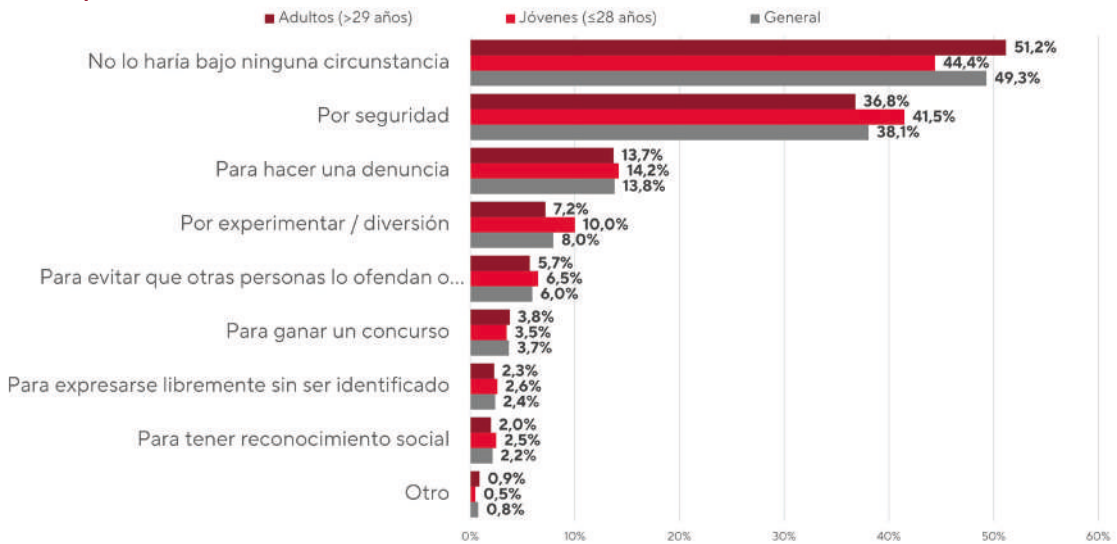
Se invita al lector a consultar la sección 4.3.3 para evidenciar cómo la confianza y la victimización se relacionan con la participación ciudadana en la digitalidad.

El anonimato digital aparece más como una estrategia de protección que como una práctica habitual de interacción.

En este contexto de riesgos y experiencias de victimización, resulta pertinente examinar si las personas recurren a estrategias de protección en su identidad digital (Figura 37). Los resultados muestran que casi la mitad de la población bogotana (49,3%) afirma que no cambiaría su identidad en redes sociales bajo ninguna circunstancia, proporción que es ligeramente mayor entre las personas adultas (51,2%) que entre los jóvenes (44,4%). No obstante, una proporción importante señala que sí consideraría modificar su identidad por razones de seguridad: 38,1% de la población lo haría para protegerse, una motivación particularmente frecuente entre la juventud (41,5%), lo que podría estar relacionado con los mayores niveles de victimización que este grupo experimenta en los entornos digitales.

Figura 37 Pregunta: ¿Por qué razón cambiaría su identidad o utilizaría una identidad ficticia en redes? Muestra: Adultos=1.678, Jóvenes=1.489. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Razones para cambiar la identidad en redes sociales



El uso de identidades alternativas en redes sociales responde principalmente a estrategias de gestión del riesgo en el entorno digital. Aunque algunas personas mencionan motivos asociados a la experimentación, el entretenimiento o la participación en dinámicas propias de las plataformas, estas razones tienen un peso relativamente menor frente a aquellas vinculadas con la protección frente a posibles conflictos en línea. En este sentido, el anonimato no parece configurarse como una práctica extendida de interacción cotidiana, sino más bien como un recurso ocasional

que permite a las personas proteger su identidad, evitar confrontaciones o participar en situaciones específicas sin exponerse públicamente. Esta dinámica sugiere que el uso de identidades alternativas funciona más como una forma de gestión preventiva de la exposición digital que como un mecanismo sistemático de ocultamiento de la identidad.

Relaciones interpersonales

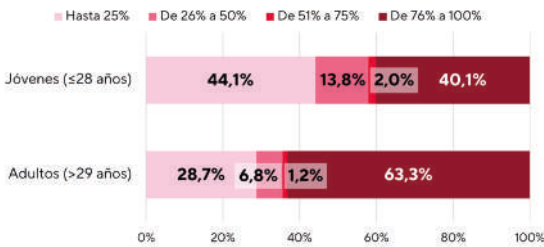
Esta subsección analiza cómo las plataformas digitales están moldeando las relaciones de las y los bogotanos con su círculo cercano, haciendo énfasis en la tensión entre la conexión digital y la desconexión social planteada por Turkle (2011).

La cercanía social en redes varía según la plataforma.

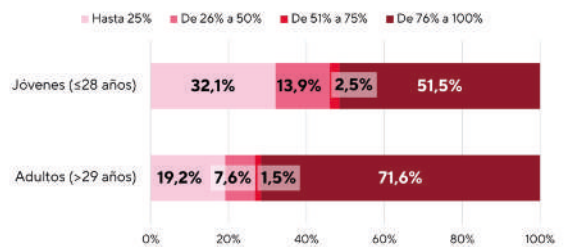
Al analizar el porcentaje de seguidores que las personas consideran cercanos en distintas plataformas digitales, se observa que las redes sociales no cumplen el mismo papel en la gestión de los vínculos interpersonales. En plataformas como Instagram y Twitter/X, una proporción importante de usuarios señala que la mayoría de sus seguidores pertenecen a su círculo cercano. Este patrón es particularmente marcado entre los adultos, entre quienes más de dos tercios indican que entre el 76% y el 100% de sus seguidores son personas cercanas en Instagram, mientras que en Twitter/X esta proporción supera el 90% tanto entre jóvenes como entre adultos (Figura 38).

Figura 38 Pregunta: ¿Cuántos contactos o seguidores tiene en las siguientes redes sociales y qué porcentaje de ellos los considera como personas cercanas? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

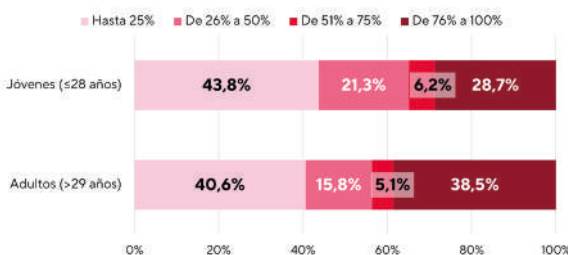
% de seguidores en tiktok que considera cercanos



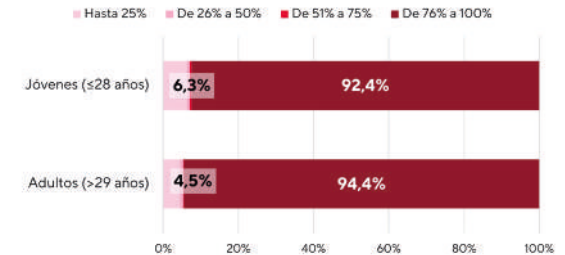
% de seguidores en instagram que considera cercanos



% de seguidores en facebook que considera cercanos



% de seguidores en twitter/X que considera cercanos



En contraste, plataformas como TikTok y Facebook muestran una mayor diversidad en la composición de las redes sociales. En estos casos coexisten usuarios que interactúan principalmente con personas cercanas y otros que mantienen redes más amplias donde una menor proporción de los seguidores corresponde a vínculos cercanos. Este patrón es especialmente visible entre los jóvenes, quienes presentan con mayor frecuencia redes más heterogéneas en términos de cercanía social.

La presencialidad sigue siendo central en los vínculos cercanos.

Cuando se analiza la modalidad de relación preferida con personas cercanas —familia, amigos y pareja—, la evidencia muestra que la presencialidad continúa ocupando un lugar central en la vida social de la población bogotana.

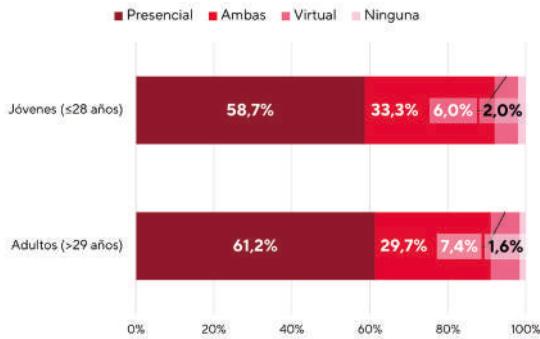
En el caso de la familia, la mayoría de las personas prefiere mantener relaciones principalmente presenciales o combinar la interacción presencial con la digital. Entre los jóvenes, el 58,7% señala preferir la interacción presencial, mientras que 33,3% opta por una modalidad mixta que combina encuentros presenciales y comunicación digital. Entre los adultos este patrón es aún más marcado: 61,2% prefiere relaciones principalmente presenciales y 29,7% ambas modalidades, lo que confirma que la interacción cara a cara sigue siendo el eje principal de los vínculos familiares (Figura 39).

Un patrón similar se observa en las relaciones de amistad, donde la presencialidad sigue siendo predominante, aunque una proporción relevante de la población valora la combinación de ambos espacios de interacción. Entre los jóvenes, 50,1% prefiere relacionarse principalmente de forma presencial con sus amigos, mientras que 35,3% señala preferir una modalidad mixta. Entre los adultos las proporciones son muy similares: 51,5% privilegia la interacción presencial y 32,1% combina espacios presenciales y digitales.

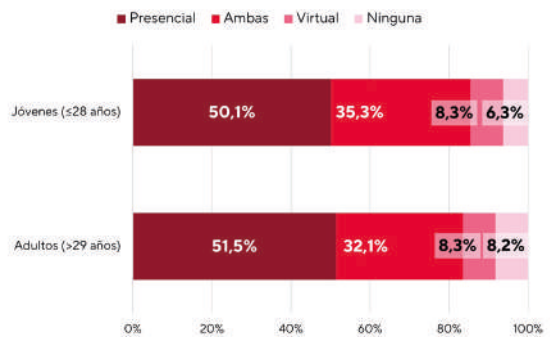
Las relaciones de pareja muestran una dinámica comparable: si bien la interacción presencial es ampliamente preferida (53,8% en adultos y 44,1% en jóvenes), las plataformas digitales funcionan como un complemento que facilita la comunicación cotidiana. En conjunto, estos resultados indican que, incluso en un contexto de alta digitalización, los vínculos más cercanos continúan sustentándose principalmente en la interacción cara a cara.

Las plataformas digitales modifican algunas dinámicas de interacción, pero no transforman radicalmente las relaciones cercanas.

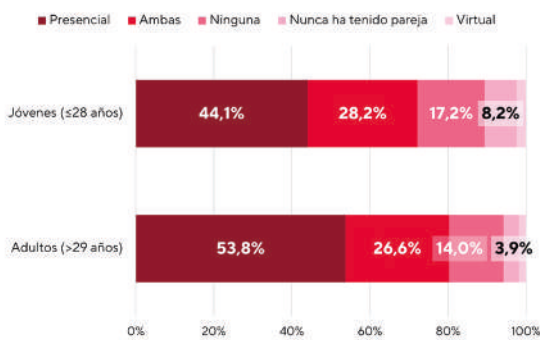
Preferencias en la modalidad de relación con familia



Preferencias en la modalidad de relación con amigos



Preferencias en la modalidad de relación con la pareja



Preferencias en la modalidad de relación con la compañeros de trabajo

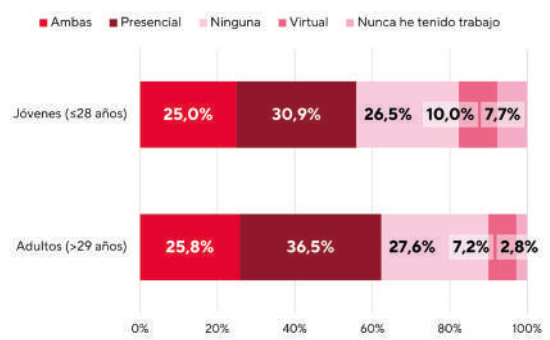


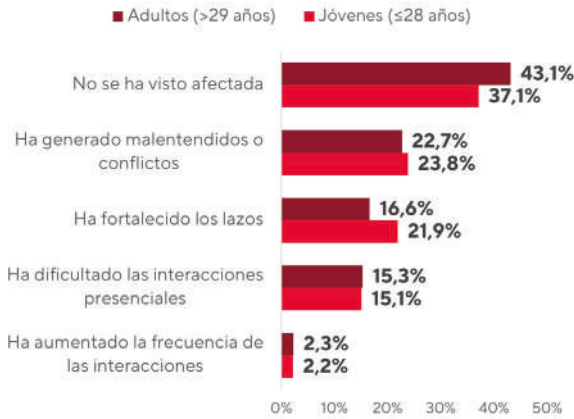
Figura 39 Pregunta: ¿De qué forma prefiere usted relacionarse con las siguientes personas?. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Al analizar el impacto de las plataformas digitales en distintos tipos de relaciones interpersonales, se observa que para una parte importante de la población bogotana estas tecnologías no han alterado sustancialmente sus vínculos sociales. En las relaciones con amigos y familia, por ejemplo, alrededor de cuatro de cada diez personas señalan que estas relaciones no se han visto afectadas por el uso de plataformas digitales (43,1% entre adultos y cerca de 38% entre jóvenes).

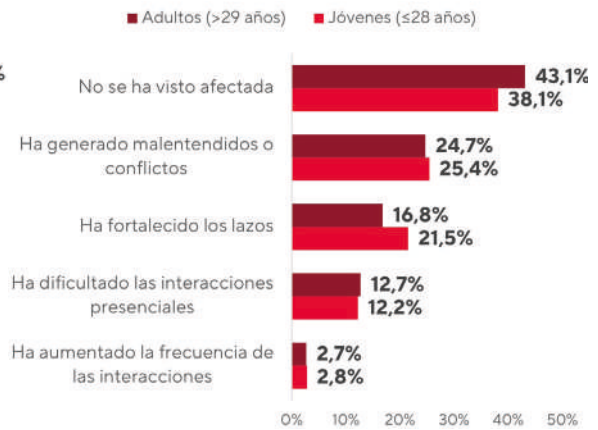
No obstante, también se identifican efectos positivos asociados a la digitalización. En las relaciones con amigos y familiares, cerca de una cuarta parte de la población considera que las plataformas han fortalecido los lazos (entre 23% y 25%), mientras que entre 16% y 22% señala que han aumentado la frecuencia de las interacciones, facilitando el contacto cotidiano incluso cuando no es posible encontrarse presencialmente.

En el ámbito laboral se observan dinámicas similares. Aunque alrededor del 40% considera que las relaciones con colegas no se han visto afectadas, una proporción relevante indica que las plataformas han mejorado la comunicación en el entorno de trabajo (14% entre adultos y 16,6% entre jóvenes) y han incrementado las interacciones laborales fuera del horario formal (18% entre adultos y 19,5% entre jóvenes).

Impacto de las plataformas digitales en las relaciones con amigos



Impacto de las plataformas digitales en las relaciones con familia



Impacto de las plataformas digitales en las relaciones con colegas del trabajo



Impacto de las plataformas digitales en las relaciones con vecinos y en la comunidad



En el plano comunitario, la digitalización también introduce algunos cambios en las formas de interacción cotidiana. Aunque para muchas personas las relaciones con vecinos o en la comunidad no parecen haberse transformado de manera significativa, las plataformas digitales sí han abierto nuevas posibilidades de comunicación y coordinación. En particular, estas herramientas facilitan la circulación de información, la organización de actividades colectivas y la articulación de iniciativas comunitarias dentro de los entornos comunitarios (Figura 40).

Los efectos negativos aparecen con menor frecuencia en la experiencia reportada por la población. Situaciones como malentendidos, conflictos o tensiones derivadas de la interacción digital existen, pero no constituyen la experiencia predominante. En general, los resultados sugieren que, si bien la digitalización introduce nuevas dinámicas en la interacción social, su impacto tiende a manifestarse más como una extensión de las formas de relación existentes que como una fuente generalizada de conflicto.

Figura 40 Pregunta: Principalmente, ¿cómo ha influido el uso de plataformas digitales en sus relaciones con los siguientes grupos de personas? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

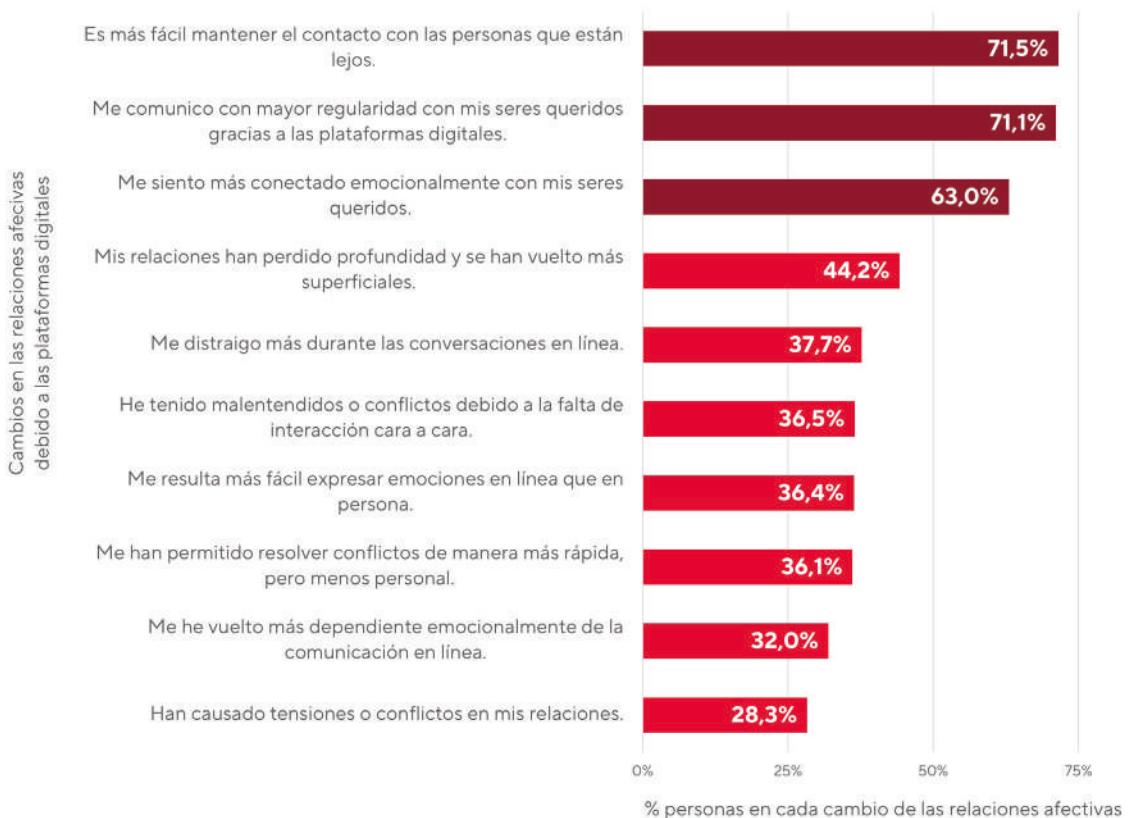
Los impactos positivos sobre las relaciones afectivas por las plataformas digitales son más frecuentes que los negativos.

Cuando se consultó a la población sobre cómo el uso de plataformas digitales ha transformado sus relaciones afectivas cotidianas (Figura 41), la mayoría reporta que es más fácil mantener el contacto con personas que están lejos (71,5%), que se comunica con mayor regularidad con sus seres queridos (71,1%) y que se siente más conectado emocionalmente con ellos (63%). Tras estas percepciones predominantemente positivas, aparecen efectos negativos, como que las relaciones han perdido profundidad y se han vuelto más superficiales (44,2%), o que han causado malentendidos por la falta de interacciones cara a cara (36,5%).

Figura 41 Pregunta: ¿Está de acuerdo con las siguientes afirmaciones sobre cómo el uso de plataformas digitales ha cambiado sus relaciones afectivas cotidianas? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Estos resultados evidencian la tensión planteada por Turkle (2011) entre la conexión digital y la desconexión social: dos fenómenos que ocurren simultáneamente. En Bogotá, la ciudadanía se siente, en su mayoría, más conectada, aunque en menor medida también experimenta aislamiento y malentendidos.

Cambios en las relaciones afectivas por las plataformas digitales

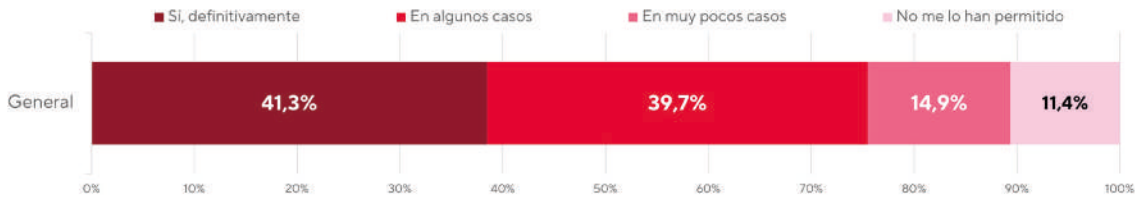


Aunque la mayoría ve beneficios como el fortalecimiento de lazos por la digitalidad, también suele aislarse por conectarse a internet.

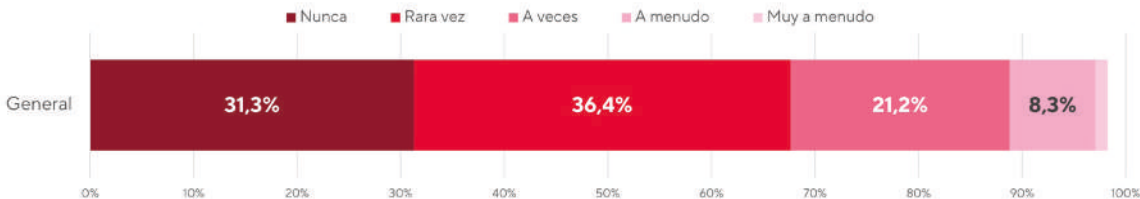
Si bien la mayoría de personas afirma que las plataformas digitales han fortalecido sus lazos, simultáneamente se observa un fenómeno de aislamiento que, aunque minoritario, resulta preocupante. Esto se evidencia en que los y las bogotanas afirman que las plataformas digitales permitieron fortalecer sus lazos definitivamente (41,3%) con personas que de otra forma no podría ver con frecuencia y en algunos casos (39,7%), pero un 11,2% reporta que a menudo o muy a menudo prefiere conectarse a internet en lugar de pasar tiempo con su pareja, hijos, padres o amigos (Figura 42).

Figura 42 Pregunta: ¿Las plataformas digitales le han permitido fortalecer lazos con personas que de otra forma no podría ver con frecuencia? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Fortalecimiento de lazos con personas lejanas por las plataformas digitales



Frecuencia de aislamiento para conectarse a internet



Este fenómeno, aunque minoritario, requiere atención por sus implicaciones para la salud mental, la calidad de los vínculos y la construcción de ciudadanía.

Los jóvenes experimentan con mayor intensidad la tensión entre la conexión digital y la desconexión social.

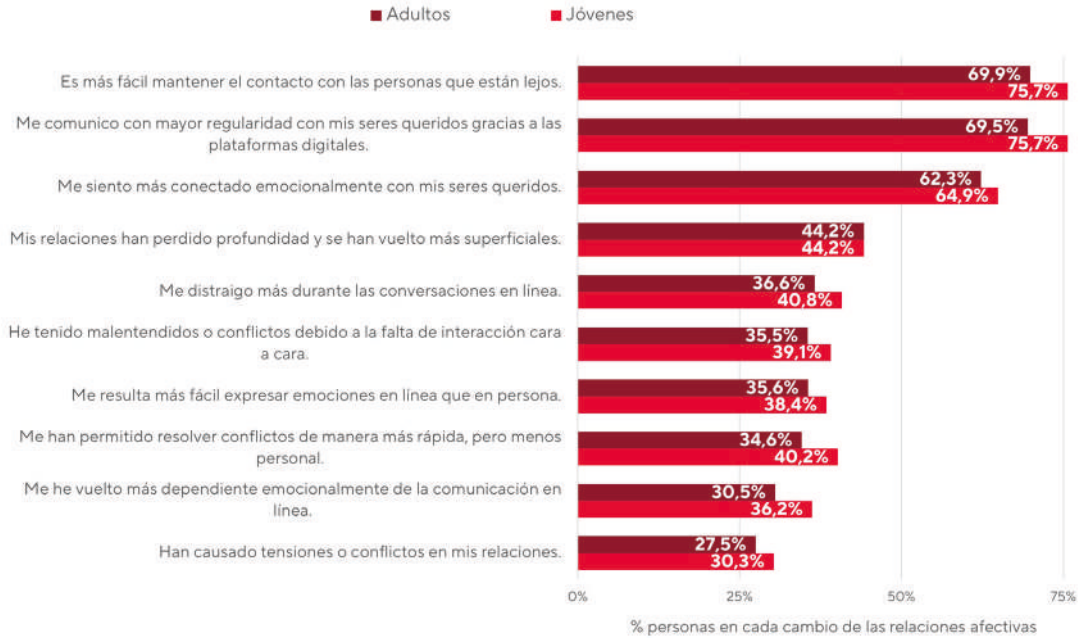
La tensión entre la conexión digital y la desconexión social se manifiesta con mayor intensidad entre las y los jóvenes (Figura 43). Esta población percibe más frecuentemente los efectos positivos sobre sus relaciones sociales que el resto, como la facilidad para mantener contacto con personas lejanas (75,7% frente a 69,9% en adultos), o comunicarse con mayor regularidad con sus seres queridos (75,7% frente a 69,5% en adultos). Sin embargo, simultáneamente experimentan con mayor frecuencia los efectos

Figura 43 Pregunta: ¿Con qué frecuencia prefiere conectarse a Internet en lugar de pasar tiempo con otras personas (como su pareja, hijos o padres)? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Figura 44 Pregunta: ¿Está de acuerdo con las siguientes afirmaciones sobre cómo el uso de plataformas digitales ha cambiado sus relaciones afectivas cotidianas? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

negativos, pues las y los jóvenes reportan resolver conflictos de manera más rápida pero menos personal (40,2% frente a 34,6% en adultos) y volverse más dependientes emocionalmente de las comunicaciones en línea (36,2% frente a 30,5% en el resto de la población) (Figura 44).

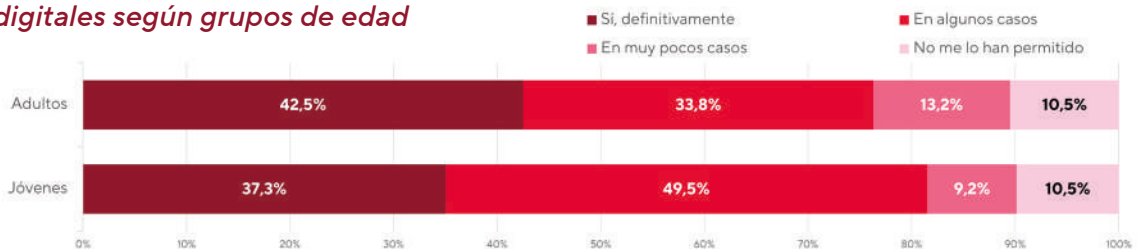
Cambios en las relaciones afectivas por las plataformas según grupos de edad



El análisis de quiénes perciben mayor fortalecimiento de lazos y mayor aislamiento por las plataformas digitales revela patrones diferenciados por edad. En la categoría "sí, definitivamente", las personas adultas reportan con mayor frecuencia que las plataformas les han permitido fortalecer lazos con personas lejanas (42,5% frente a 37,3% en jóvenes) (Figura 45). Sin embargo, la población joven presenta una proporción más alta en la categoría "en algunos casos" (49,5% frente a 33,8% en adultos), por lo que conviene precisar que la diferencia depende de la categoría analizada. Una posible interpretación es que las personas jóvenes, al haber crecido en entornos digitales, podrían no registrar este fortalecimiento como un cambio tan marcado, sino como parte de su experiencia habitual.

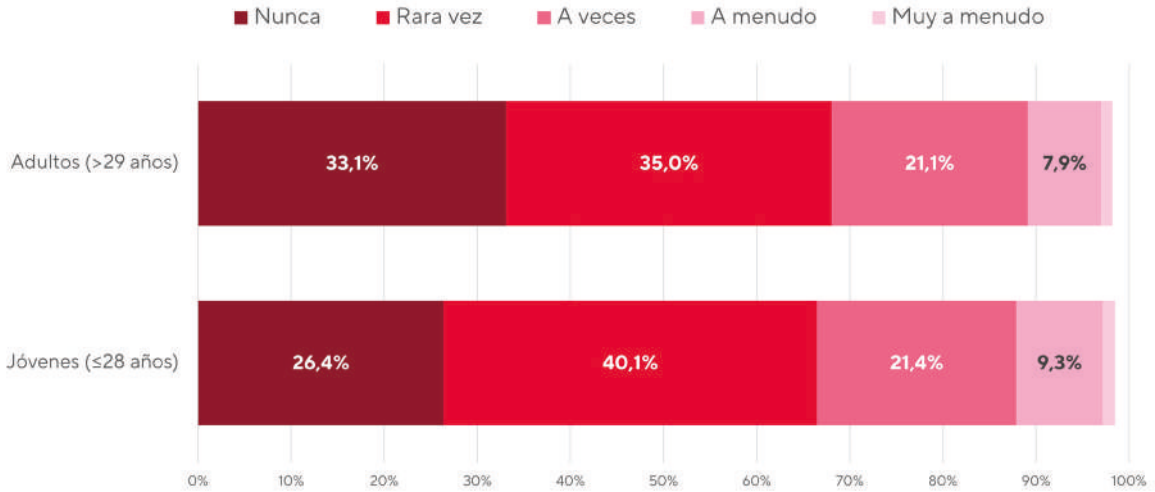
Figura 45 Pregunta: ¿Las plataformas digitales le han permitido fortalecer lazos con personas que de otra forma no podría ver con frecuencia? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Fortalecimiento de lazos con personas lejanas por las plataformas digitales según grupos de edad



Sin embargo, la población joven presenta una proporción más alta en la categoría “en algunos casos” (49,5% frente a 33,8% en adultos), por lo que conviene precisar que la diferencia depende de la categoría analizada. Una posible interpretación es que las personas jóvenes, al haber crecido en entornos digitales, podrían no registrar este fortalecimiento como un cambio tan marcado, sino como parte de su experiencia habitual.

Frecuencia de aislamiento para conectarse a internet



Este mayor aislamiento juvenil merece atención por sus posibles implicaciones multidimensionales: puede asociarse con afectaciones en la salud mental, con un debilitamiento de las relaciones con círculos cercanos necesarias para el desarrollo personal y el soporte emocional, y con menores condiciones para la participación ciudadana y la construcción de lazos comunitarios. En ese sentido, las políticas públicas podrían prestar especial atención a la prevención del aislamiento entre la población joven (Figura 46).

Figura 46 Pregunta: ¿Con qué frecuencia prefiere conectarse a Internet en lugar de pasar tiempo con otras personas (como su pareja, hijos o padres)? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Ciudadanía Digital

La juventud participa más en comunidades digitales, lo que podría fomentar la participación ciudadana.

La participación en comunidades digitales es un proxy relevante para evaluar la cohesión social en el entorno digital, pues estos espacios permiten la creación de vínculos, la circulación de información y la construcción de identidades colectivas, que son condición necesaria para la ciudadanía digital. En Bogotá, el 25,5% participa activamente en comunidades digitales, el 32% lo hace ocasionalmente y el 42,4% solo observa (Figura 47). Esto sugiere que, aunque una parte importante de la población está vinculada a estos espacios, la interacción activa no es mayoritaria.

Participación en comunidades digitales

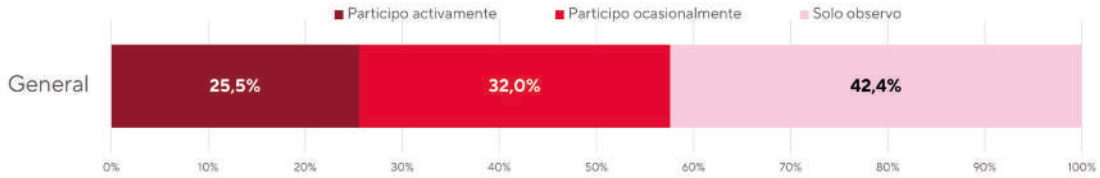


Figura 47 Pregunta: ¿Cómo describiría su participación en comunidades digitales o grupos en línea (como foros, grupos de WhatsApp, grupos de Facebook o plataformas similares)? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025

Los jóvenes destacan por su mayor participación en comunidades digitales. Mientras que el 27,7% participa activamente en comunidades digitales, el 24,8% de los adultos lo hace. Esto sugiere que la población joven presenta condiciones algo más favorables para involucrarse en dinámicas relacionales vinculadas con la ciudadanía digital.

Participación en comunidades digitales según grupos de edad

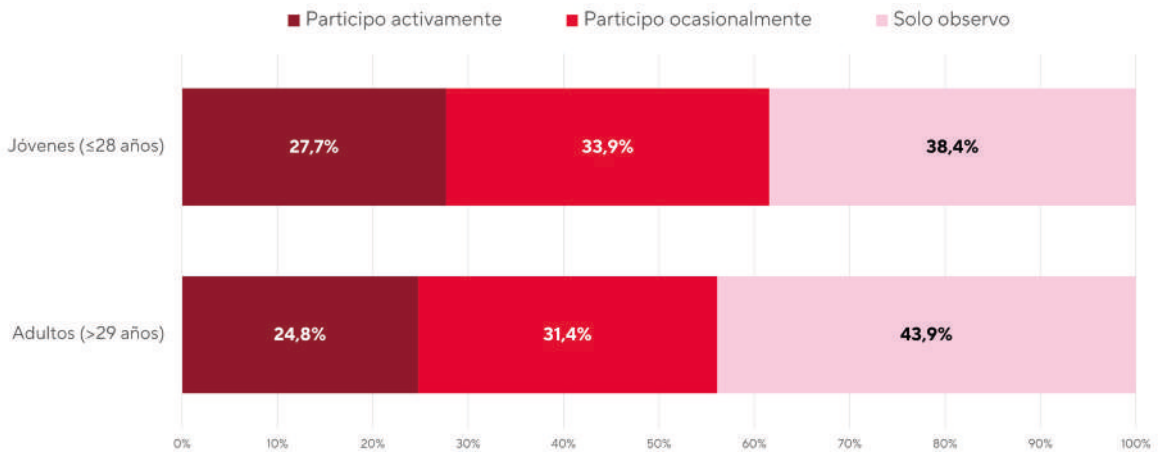


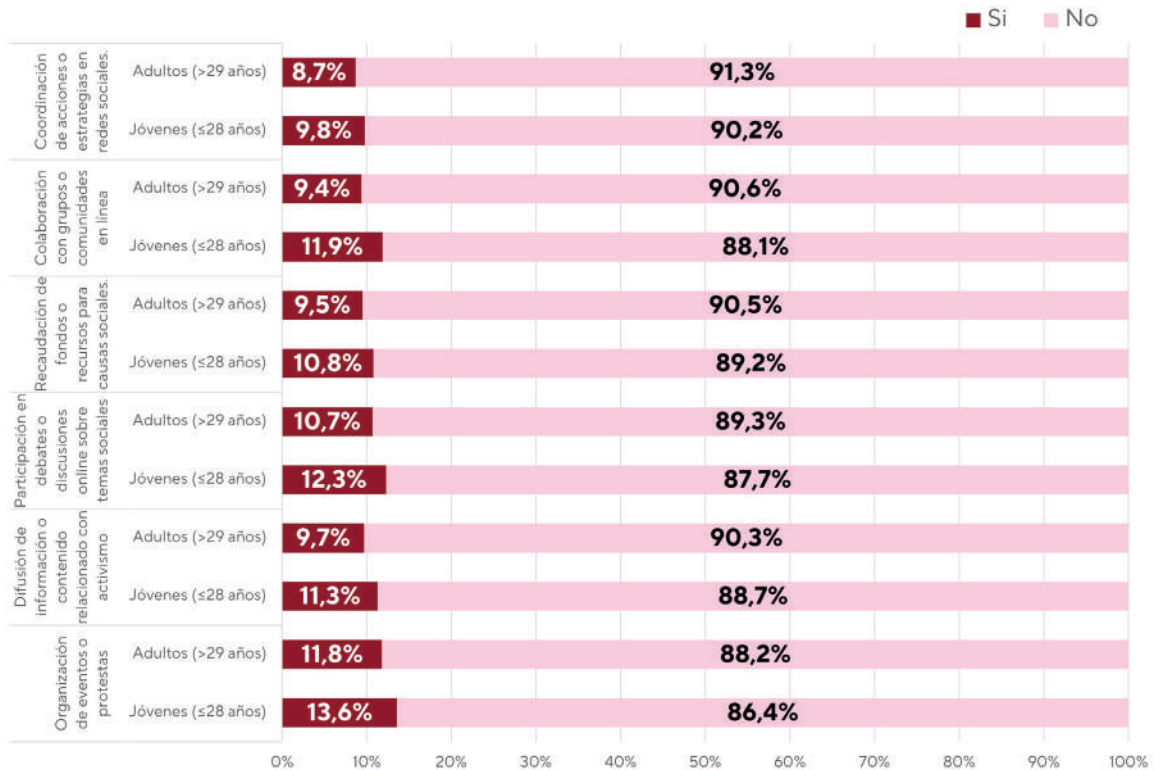
Figura 48 Pregunta: ¿Cómo describiría su participación en comunidades digitales o grupos en línea (como foros, grupos de WhatsApp, grupos de Facebook o plataformas similares)? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Frente a esta situación, las recomendaciones de política pública pueden tomar dos vías: fortalecer la apropiación de comunidades digitales entre adultos, prestando mayor atención al grupo con menor participación activa; y, al mismo tiempo, aprovechar la mayor disposición observada entre los jóvenes para fortalecer los lazos asociados a la ciudadanía digital (Figura 48).

La acción colectiva digital aún tiene baja participación.

Al analizar la participación en ejercicios de activismo social en plataformas digitales, se observa que estas prácticas siguen siendo relativamente poco frecuentes entre la población bogotana (Figura 49). En la mayoría de las acciones evaluadas —como la coordinación de eventos o estrategias en redes sociales, la colaboración con grupos o estrategias de incidencia en línea, la recaudación de fondos para causas sociales o la participación en debates sobre problemas sociales— menos del 15% de la población señala haber participado.

Participación en ejercicios de activismo social en plataformas digitales según grupo etario



Entre las acciones más reportadas se encuentran la organización de eventos o protestas (13,6% entre jóvenes y 11,8% entre adultos) y la participación en debates o discusiones sobre problemas sociales (12,3% entre jóvenes y 10,7% entre adultos). También aparecen, aunque en menor medida, actividades como la difusión de información o contenido relacionado con activismo (alrededor del 11,3% entre jóvenes y 9,7% entre adultos). En general, los jóvenes presentan niveles ligeramente más altos de participación en todas las actividades analizadas.

Figura 49 Pregunta: ¿Ha utilizado o utiliza plataformas digitales para participar en ejercicios de activismo social o movimientos sociales como...? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Las plataformas digitales abren oportunidades de acción comunitaria, aunque la participación sigue siendo limitada.

Un patrón similar se observa al examinar el uso de plataformas digitales para actividades comunitarias (Figura 50). Las acciones más frecuentes están asociadas con la organización de eventos comunitarios, donde cerca de una quinta parte de la población señala haber participado (22,8% entre jóvenes y 22,2% entre adultos). También se identifican niveles moderados de participación en actividades de voluntariado (17,2% entre jóvenes y 15,9% entre adultos), así como en el acceso a información sobre servicios y actividades comunitarias.

Actividades comunitarias con el uso de plataformas digitales según grupo etario

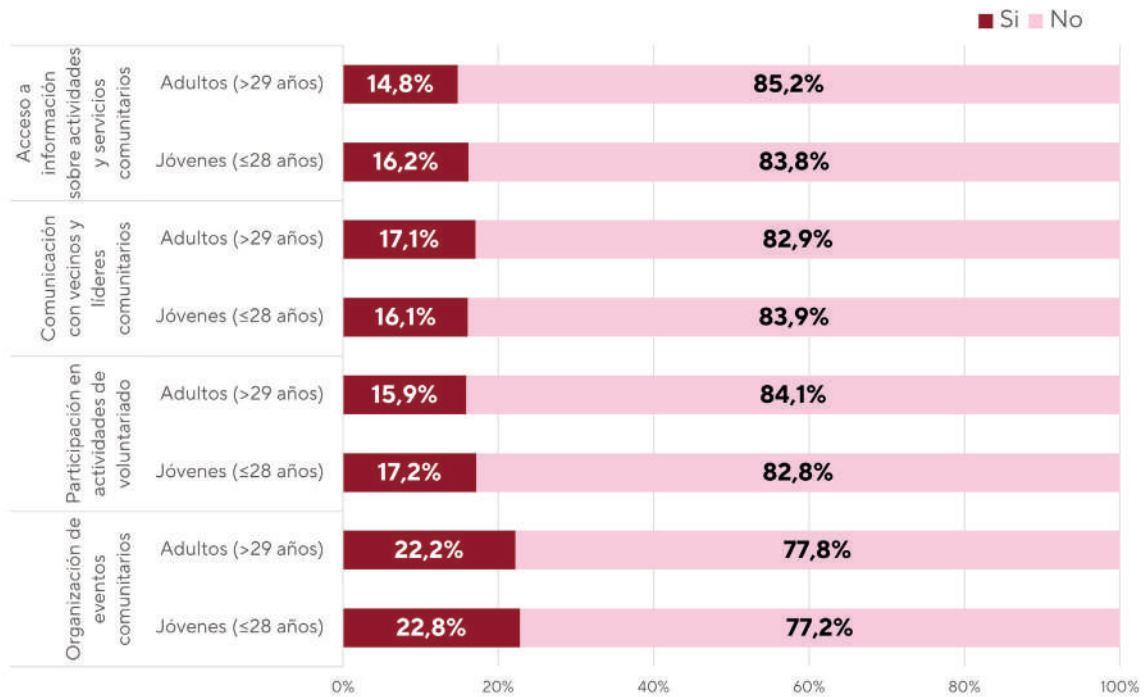


Figura 50 Pregunta: ¿Ha utilizado o utiliza plataformas digitales para realizar alguna de las siguientes actividades comunitarias? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

En contraste, otras formas de participación, como la comunicación con vecinos o líderes comunitarios a través de plataformas digitales, presentan niveles más bajos de interacción. Esto sugiere que, aunque las plataformas digitales ofrecen herramientas para fortalecer la organización colectiva, su uso como mecanismo cotidiano de articulación comunitaria aún es limitado.

Si bien las plataformas digitales han abierto nuevos canales para la organización social y la circulación de información, sin embargo, su potencial para fortalecer la acción colectiva todavía no se materializa plenamente. Aunque una parte de la población utiliza estos espacios para participar en debates públicos, coordinar actividades o apoyar causas sociales, la mayoría de las personas permanece como observadora más que como protagonista de la acción colectiva digital.

Este patrón sugiere que la ciudadanía digital en Bogotá se encuentra en una etapa de consolidación: existen condiciones tecnológicas y espacios de interacción, pero la participación activa en procesos de movilización y organización social aún es incipiente.



4.2. Resultados analíticos

El análisis de los datos permite examinar cómo distintas dimensiones de la vida digital se relacionan entre sí, con el fin de explorar los efectos de la digitalización en distintos ámbitos de la vida social en Bogotá.

En particular, se analizan relaciones entre el uso de tecnologías digitales y dimensiones como el bienestar personal, las prácticas culturales y las formas de cohesión social y ciudadanía digital, buscando identificar patrones que permitan una interpretación más integral de los resultados.

Para ello, se emplearon técnicas de análisis estadístico orientadas a evaluar la asociación entre variables categóricas. Específicamente, se utilizaron pruebas de chi-cuadrado de Pearson y pruebas de razón de verosimilitud, que permitieron determinar la existencia de relaciones estadísticamente significativas entre las variables analizadas.

Estos resultados deben interpretarse como asociaciones estadísticas y no como relaciones causales, ya que el análisis no permitió establecer direccionalidad en los efectos observados.

4.2.1. Digitalización y bienestar

Esta sección propone abordar la relación entre las plataformas digitales y las afectaciones en la salud mental con un foco en las diferencias entre la población joven y el resto de la población. Al igual que el resto del informe, el análisis se centra en encontrar las barreras y los potencializadores, pero esta vez sobre la salud mental en un marco de la tecnología digital.

Parte de la investigación se orienta a determinar cómo el uso de ciertas redes sociales y la centralidad del celular puede asociarse con malestar emocional, en especial frente a la *nomofobia*. En la literatura, este término suele reconocerse como un fenómeno emergente relacionado con la ansiedad o el miedo a no tener acceso a los teléfonos; sin embargo, aún no está reconocida como un diagnóstico formal en manuales internacionales como los de la Asociación Americana de Psiquiatría (APA por sus siglas en inglés) o la Organización Mundial de la Salud (OMS).

La centralidad del celular y el uso excesivo de ciertas redes sociales propician el malestar mental

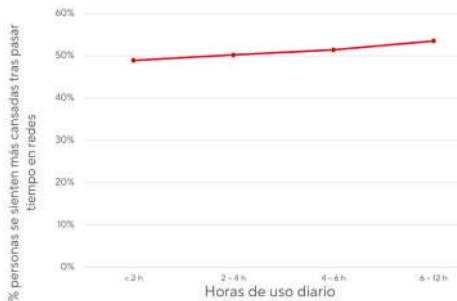
Si bien la ciudadanía reporta beneficios en la conexión instantánea que permiten las plataformas digitales, también se identifican signos de aislamiento social, mediados por factores como la centralidad del celular y el uso de ciertas redes sociales y la edad. Sin embargo, algunos resultados sugieren que los efectos

negativos podrían estar siendo atenuados por la concientización de los peligros de las plataformas digitales sobre el relacionamiento.

Un elevado uso de ciertas redes sociales se asocia con mayor desgaste emocional y mayor nomofobia.

A medida que aumenta el número de horas de uso diario de las redes sociales, mayores son los efectos en el cansancio o el desánimo posterior a su uso, así como en la ansiedad, frustración o FOMO cuando no se tiene celular (Figura 51).

Cansancio y desánimo tras usar redes sociales según tiempo promedio de uso de redes



Ansiedad, frustración y "FOMO" al no tener celular según promedio de uso de redes

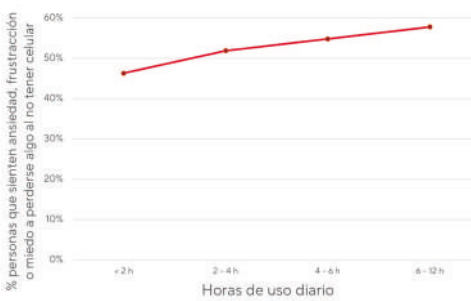
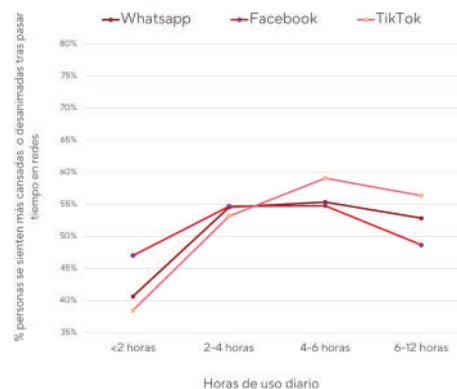


Figura 51 Pregunta (izq): ¿Qué cambios ha notado en su estado de ánimo después de pasar tiempo en redes sociales? Pregunta (der): ¿Qué emoción principalmente experimenta cuando no tiene acceso a su celular, internet o redes sociales? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

En específico, ciertas redes sociales se asocian con mayores niveles de desgaste. Por ejemplo, los usuarios que pasan mayor tiempo en TikTok manifiestan más cansancio y desánimo tras el uso de las redes sociales. En cuanto a Instagram, los usuarios que pasan más tiempo en esta plataforma son quienes presentan mayores síntomas de nomofobia, a comparación de otras herramientas como WhatsApp, Facebook y TikTok (Figura 52).

Cansancio y desánimo tras usar redes sociales según tiempo de uso de algunas redes



Ansiedad, frustración y "FOMO" al no tener celular según tiempo de uso de algunas redes sociales

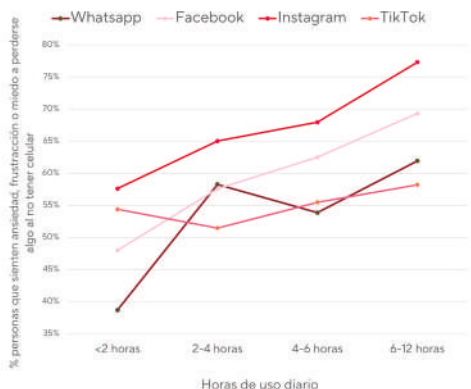


Figura 52 Variable dependiente (izq): ¿Qué cambios ha notado en su estado de ánimo después de pasar tiempo en redes sociales? Variable dependiente (der): ¿Qué emoción principalmente experimenta cuando no tiene acceso a su celular, internet o redes sociales? Variable dependiente: En promedio, ¿cuánto tiempo considera que destina usted al uso del celular diariamente? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Este panorama sugiere posibles orientaciones para la protección de la salud mental en la era digital. En lugar de plantear restricciones generales, las intervenciones podrían enfocarse en identificar usos intensivos y grupos con mayor exposición a afectaciones emocionales asociadas a determinadas plataformas, con el fin de orientar medidas preventivas y de acompañamiento.

La centralidad del celular para ciertas actividades se asocia con mayor nomofobia.

Figura 53 Variable dependiente: ¿Qué emoción principalmente experimenta cuando no tiene acceso a su celular, internet o redes sociales? Variable independiente: Si perdiera su celular en este momento, ¿cuáles de las siguientes actividades NO podría realizar definitivamente? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Las personas que reportan que no podrían realizar ciertas actividades sin celular también son quienes presentan mayores síntomas de nomofobia. En otras palabras, los síntomas de nomofobia están más presentes en los perfiles de los usuarios que reportaron mayor centralidad del celular. Así, quienes afirman que no podrían planear u organizar actividades de su día sin su celular reportan ansiedad, frustración o miedo a perderse de algo en un 60,1%, frente al 51,4% que presenta esta sintomatología sin esta dependencia (Figura 53). De igual modo, el 55,2% de quienes manifiestan que no podrían comunicarse de manera inmediata con otras personas sin el celular reportan estos síntomas de nomofobia.

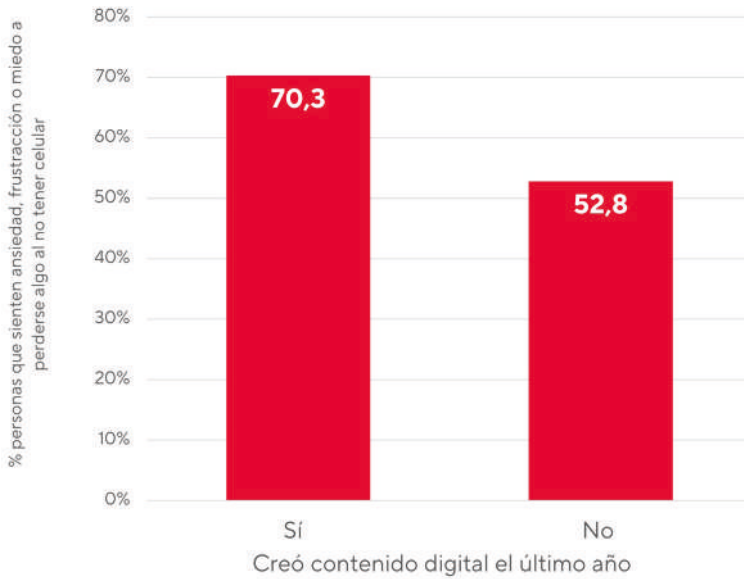
Ansiedad, frustración y “FOMO” al no tener celular según actividades que no podría realizar sin su celular



Los creadores digitales son más propensos a la nomofobia.

Se planteó la hipótesis de que las personas que crean contenido digital pueden desarrollar mayores síntomas de nomofobia. Los resultados muestran una asociación consistente con esa hipótesis. Mientras que el 70,3% de los creadores de contenido reportan sentir ansiedad o FOMO sin su celular, esta cifra baja al 52,8% entre los no creadores digitales (Figura 54).

Ansiedad, frustración y “FOMO” al no tener celular según creación de contenido digital



Estos hallazgos sugieren la conveniencia de que las políticas de fomento a la creación digital incorporen seguimiento y acompañamiento en salud mental para quienes desarrollan actividades creativas en la digitalidad.

La centralidad del celular y el uso excesivo de redes sociales propician el aislamiento social

Una mayor centralidad en el celular se asocia con mayor aislamiento social.

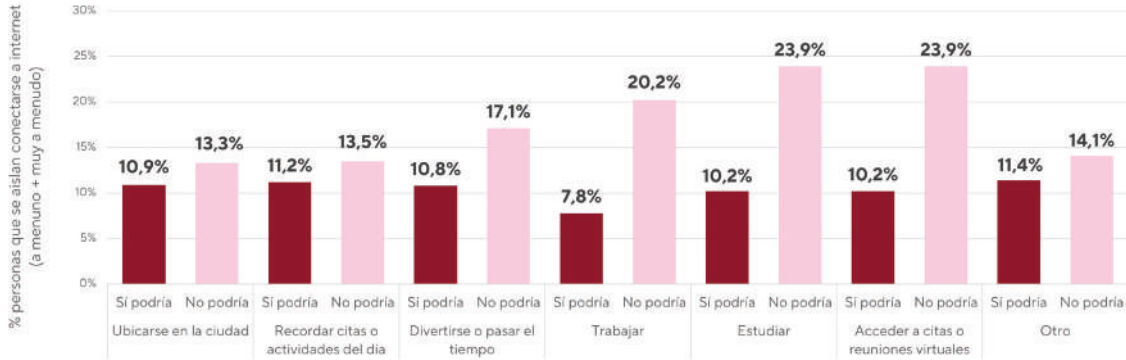
Las personas que no podrían realizar determinadas actividades sin su celular tienden a aislarse con mayor frecuencia para conectarse a internet. Los datos muestran consistentemente que, para múltiples dimensiones de centralidad del celular, la proporción de personas que tienden a aislarse es mayor entre quienes no podrían realizar estas actividades sin su celular, en comparación con quienes sí podrían.

Por ejemplo, el 23,9% de quienes no podrían acceder a citas o reuniones virtuales sin su celular reportan tendencia al aislamiento, mientras que solo el 10,2% de quienes sí podrían realizarlas sin el dispositivo presentan este comportamiento. Patrones similares se observan en otras centralidades vinculadas con el estudio, el trabajo y diversas actividades cotidianas (Figura 55).

Figura 54 Variable dependiente: ¿Qué emoción principalmente experimenta cuando no tiene acceso a su celular, internet o redes sociales? [Ansiedad, frustración, miedo de perderse de algo] Variable independiente: ¿Ha creado algún tipo de contenido digital en los últimos 12 meses? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Figura 55 Variable dependiente: ¿Con qué frecuencia prefiere conectarse a Internet en lugar de pasar tiempo con otras personas (como su pareja, hijos o padres)? Variable independiente: Si perdiera su celular en este momento, ¿cuáles de las siguientes actividades NO podría realizar definitivamente? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Aislamiento por conectarse a internet según centralidad del celular



Lo anterior sugiere que, para enfrentar el aislamiento social, podría promoverse una alfabetización en resiliencia digital. En ese marco, las intervenciones públicas podrían orientarse a fortalecer capacidades que permitan realizar actividades cotidianas sin depender exclusivamente de los dispositivos móviles y, al mismo tiempo, sostener conexiones personales.

Un mayor uso de redes sociales se asocia con mayor aislamiento social.

También existe una relación positiva entre las horas de uso diario del celular (medido por autorreporte) y su tendencia al aislamiento para conectarse a internet (a menudo + muy a menudo). Se destaca que el 17,6% de las personas que reportan usar su celular más de 12 horas al día manifiestan que frecuentemente prefieren conectarse a internet en lugar de pasar tiempo con su círculo cercano (Figura 56).

Aislamiento por conectarse a internet según tiempo de uso de redes sociales

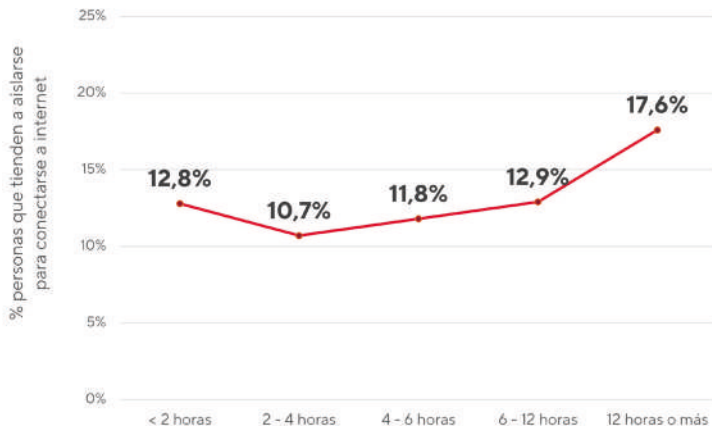
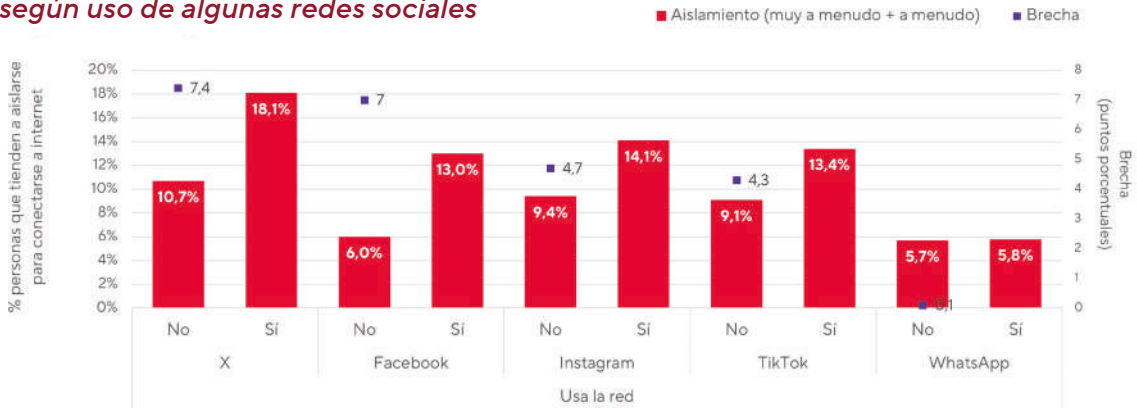


Figura 56 Variable dependiente: ¿Con qué frecuencia prefiere conectarse a Internet en lugar de pasar tiempo con otras personas (como su pareja, hijos o padres)? [Muy a menudo + a menudo] Variable dependiente: En promedio, ¿cuánto tiempo considera que destina usted al uso del celular diariamente? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

El uso de X, Facebook, Instagram y TikTok se asocia con mayor aislamiento social.

Ahora bien, no todas las plataformas digitales tienen el mismo impacto sobre el aislamiento social. Los resultados muestran que la red social X presenta la mayor brecha: mientras que el 18,1% de sus usuarios tiende a aislarse, solo el 10,7% de los no usuarios lo hace (brecha de 7,4 puntos porcentuales). Facebook muestra una brecha de 7 puntos porcentuales, seguido de Instagram con 4,7 puntos porcentuales y TikTok con 4,3 puntos porcentuales. En contraste, WhatsApp no muestra evidencia suficiente para establecer diferencias en aislamiento entre usuarios y no usuarios, lo cual sugiere que no sigue los mismos patrones de aislamiento que otras plataformas orientadas al consumo de contenido (Figura 57).

Aislamiento por conectarse a internet según uso de algunas redes sociales



Potencializadores y barreras para la salud mental

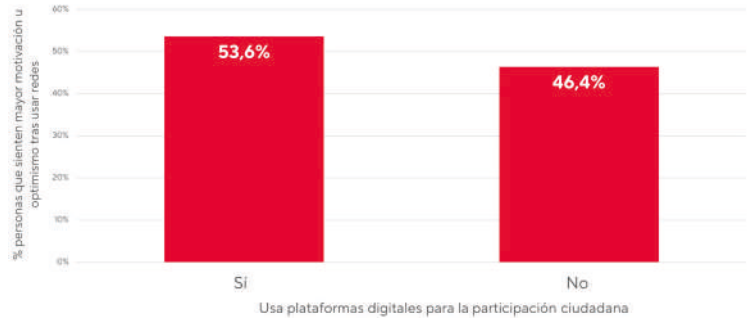
Las tecnologías digitales, al facilitar la conexión y la participación, tienen el potencial de fortalecer la cohesión social y la interdependencia en comunidades que comparten intereses comunes (Castells, 2009; Durkheim, 2005). De acuerdo con los resultados, en Bogotá, el uso de plataformas digitales para actividades de participación social se asocia con mejores estados de ánimo. El 53,6% de quienes sí utilizan las plataformas digitales para algún tipo de participación ciudadana sienten una mayor motivación en sí mismos tras el uso de las redes sociales, frente al 46,4% de quienes no usan las redes para la participación ciudadana (Figura 58).

Figura 57 Variable dependiente: ¿Con qué frecuencia prefiere conectarse a Internet en lugar de pasar tiempo con otras personas (como su pareja, hijos o padres)? Variable independiente: ¿Usa esta red social? [sólo se utilizaron las redes sociales con un número suficiente de observaciones para extraer conclusiones representativas]. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

La participación ciudadana digital se asocia con mejores estados de ánimo tras el uso de las redes sociales.

Motivación tras usar redes sociales según uso de las redes para la participación ciudadana

Figura 58 Variable dependiente (izq): ¿Qué cambios ha notado en su estado de ánimo después de pasar tiempo en redes sociales? [motivación + optimismo]
Variable independiente: ¿Ha utilizado plataformas digitales para realizar alguna de las siguientes actividades comunitarias o movimientos sociales? "sí" agrupa a todos los que utilizaron las plataformas para alguna causa] Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.



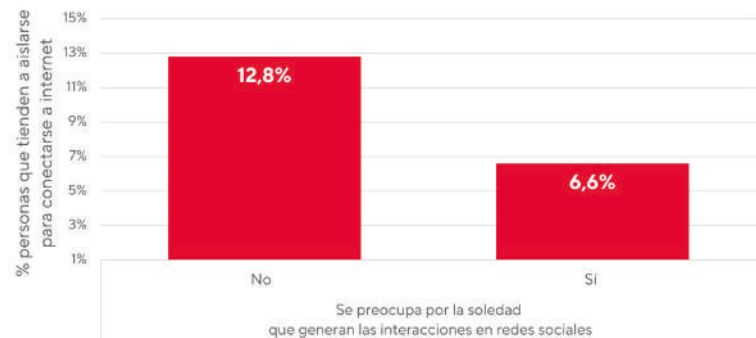
Lo que muestran los datos es que el uso de tecnologías con fines de participación social se asocia con menores afectaciones en la salud mental. Esto sugiere que la participación ciudadana en entornos digitales no solo no agrava estas afectaciones, sino que podría desempeñar un papel protector. En ese sentido, las políticas públicas no tendrían por qué limitarse a incentivar la desconexión digital, sino que también podrían promover formas de participación ciudadana que canalicen el uso de las plataformas hacia prácticas con mayor valor social. De este modo, parte del uso general de las plataformas podría orientarse hacia actividades que fortalezcan la participación social en la ciudad.

La concientización sobre la soledad causada por las interacciones en redes sociales se relaciona negativamente con el aislamiento social.

La preocupación por la soledad generada por las interacciones digitales podría estar funcionando como un factor protector. Los resultados muestran que quienes no se preocupan por la soledad en sus interacciones digitales presentan casi el doble de tendencia a aislarse comparados con quienes sí manifiestan esta preocupación (Figura 59).

Aislamiento por conectarse a internet según preocupación por la soledad en redes

Figura 59 Variable dependiente: ¿Con qué frecuencia prefiere conectarse a Internet en lugar de pasar tiempo con otras personas (como su pareja, hijos o padres)?
Variable independiente: ¿Cuál o cuáles de las siguientes situaciones le generan mayor preocupación de las interacciones en redes sociales? [Soledad]. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.



Este patrón sugiere que la concientización sobre los efectos de la soledad vinculada a las redes sociales podría asociarse con una menor tendencia al aislamiento en la era digital. Esto ofrecería un punto de entrada para intervenciones preventivas centradas en el desarrollo de conciencia crítica sobre las dinámicas relacionales en entornos digitales.

Recomendaciones para fortalecer la salud mental y reducir el aislamiento social en la era digital

Los hallazgos expuestos en esta sección derivan en los siguientes llamados a la acción de la política pública para prevenir y controlar el aislamiento social:

1. Dado que los jóvenes tienden aislarse más que los adultos por conectarse a internet, podrían considerarse estrategias que incentiven retiros voluntarios y descansos programados de las redes sociales con enfoque en jóvenes, particularmente entre usuarios con consumo intensivo mediante campañas de sensibilización.
2. Dada la relación positiva entre las centralidades del celular y la tendencia al aislamiento, podría promoverse una alfabetización en resiliencia digital para fortalecer las capacidades de realizar actividades sin celular y reforzar los vínculos presenciales.
3. Dado que X, Facebook, Instagram y TikTok son las redes que se asocian con mayor aislamiento, las intervenciones podrían priorizar acciones dirigidas a usuarios jóvenes de estas aplicaciones para modificar sus patrones de uso.
4. Dada la relación negativa entre la preocupación por la soledad causada por las interacciones en redes sociales y el aislamiento, podría fortalecerse la sensibilización de la población joven sobre los riesgos de aislamiento asociados al uso excesivo de redes sociales, como parte de estrategias de prevención de la desconexión social.
5. Dado que los datos sugieren una mayor vulnerabilidad ante interrupciones del celular, y que la población joven reporta mayores dificultades para realizar múltiples actividades sin este dispositivo, sería pertinente fortalecer la alfabetización en resiliencia digital con enfoque en población joven.
6. Dado que las y los jóvenes enfrentan mayor victimización en las redes sociales, podría fortalecerse el seguimiento de situaciones de acoso y suplantación con enfoque en población joven.

7. Dado que el 35,3% de los y las bogotanas se preocupan por engaños y fraudes en las redes sociales, el 26,1% por la sensación de soledad, y 25,3 por el robo de información, y el 24,6% por la adicción a las redes sociales, estos datos podrían orientar líneas preventivas de corto y largo plazo en las redes sociales.
8. Dado que los adultos (>28 años) perciben menores beneficios de las tecnologías digitales en su desarrollo personal y profesional que los jóvenes (≤ 28 años), podría ser útil promover una alfabetización digital con foco en productividad y desarrollo personal entre las personas mayores.
9. Un futuro estudio podría incluir indicadores de prácticas de desconexión saludable (tiempos de descanso digital, uso consciente, etc.).

4.2.2. Digitalización y cultura

Esta sección analiza la tensión entre dos procesos: por un lado, cómo las plataformas digitales pueden contribuir al rescate de identidades culturales y a la coexistencia de culturas locales en un entorno global; por otro, cómo la difusión que posibilita la digitalidad puede marginalizarlas. Específicamente, se enfoca en indagar por el origen del contenido digital para identificar en qué sectores de la población esta tendencia a marginalizar las expresiones locales y fomentar el consumo de la cultura internacional se está observando con mayor fuerza.

La literatura que sustenta los análisis de esta sección se basa en la tensión entre la difusión global y la homogeneización cultural (Villoro, 2024), un fenómeno que amenaza la diversidad y que puede marginalizar expresiones y contenidos locales. En contraste, la conectividad digital también podría permitir la coexistencia y el fortalecimiento de las culturas locales en un entorno global (Castells, 2009).

Desde una perspectiva de resistencia, Cusicanqui (2015) propone el uso de herramientas tecnológicas para el rescate de las identidades culturales, basándose en las epistemologías del Sur y promoviendo la resistencia cultural frente a la homogeneización impulsada por la globalización. En ese marco, conviene considerar que, si bien las plataformas ofrecen potencialidades para la distribución global (Baricco, 2019), también enfrentan el riesgo de la estandarización de narrativas causada por los algoritmos (Zuboff, 2020).

Esta sección permite identificar en qué sectores poblacionales sería más pertinente fomentar el consumo local y, por tanto, hacia dónde podrían dirigirse las políticas públicas. En ese sentido, las

políticas podrían orientarse a fortalecer la apropiación del contenido generado localmente, con atención especial a la población joven y, de manera llamativa, a la clase media, pues son los sectores con un menor consumo relativo de contenido nacional.

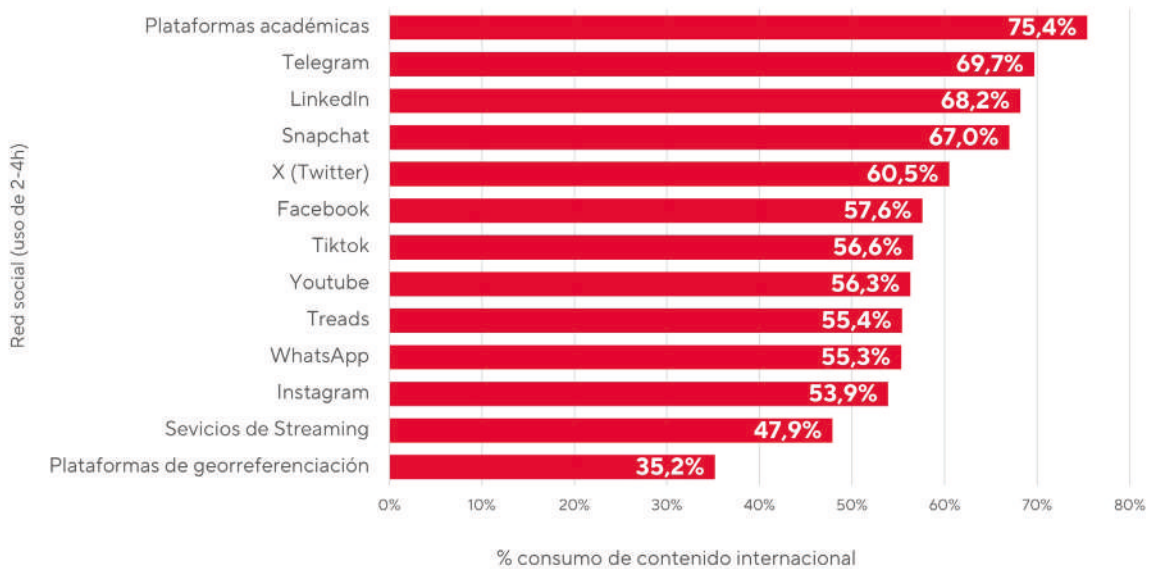
El consumo cultural internacional tiene nichos en ciertas redes sociales

Para determinar si el uso intensivo de algunas aplicaciones⁴ se asocia con un mayor consumo de contenido internacional, se analizó el origen del contenido según la red social utilizada. Como se observa en el consumo por tipo de red (Figura 60) las plataformas donde se registra un mayor porcentaje de contenido internacional entre usuarios frecuentes son: las académicas (75,4%), Telegram (69,7%), LinkedIn (68,2%) y Snapchat (67%).

Estos resultados ofrecen insumos para diseñar estrategias orientadas a impulsar el contenido local, especialmente en aquellas aplicaciones donde el consumo tiende a inclinarse hacia contenidos internacionales. Por ejemplo, en redes como LinkedIn o Snapchat, donde el consumo se orienta en mayor medida hacia contenidos de origen internacional, podrían considerarse pautas publicitarias específicas para promocionar contenido colombiano.

Figura 60 **Pregunta 1:** En los últimos 12 meses, cuando usted ha consumido o creado contenido digital, ¿qué porcentaje de su actividad ha sido relacionado con contenido de origen nacional y qué porcentaje con contenido de origen internacional? **Pregunta 2:** En promedio, al día, ¿cuántos minutos invierte en las siguientes páginas o plataformas digitales? pregunta recategorizada para sólo incluir entre dos a cuatro horas. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Consumo de contenido internacional según uso de red social



⁴ Definida como un uso diario de entre dos y cuatro horas. No se muestran resultados para OnlyFans, servicios de citas y exploradores web al no disponer de datos concluyentes

Potencializadores y barreras para la creación de contenido digital

En adelante se busca identificar qué elementos actúan como incentivos y desincentivos para la creación de contenido digital. Este análisis constituye un insumo pertinente para las políticas públicas orientadas a fomentar la creación cultural digital, que en el caso de Bogotá se encuentra en un nivel muy bajo, con solo el 3,9% de personas que generaron algún tipo de contenido digital en el último año.

Para estudiar este fenómeno, se plantearon varias hipótesis mediante cruces de información, en donde las variables dependientes giran en torno a la creación de contenido. Las variables independientes o explicativas consideraron barreras como la inseguridad en las redes sociales⁵, y potencializadores como la participación ciudadana, la participación en comunidades digitales, ciertos valores sobre la tecnología digital y la utilidad percibida de esta tecnología para fortalecer lazos con personas que de otra forma no se podrían ver con frecuencia.

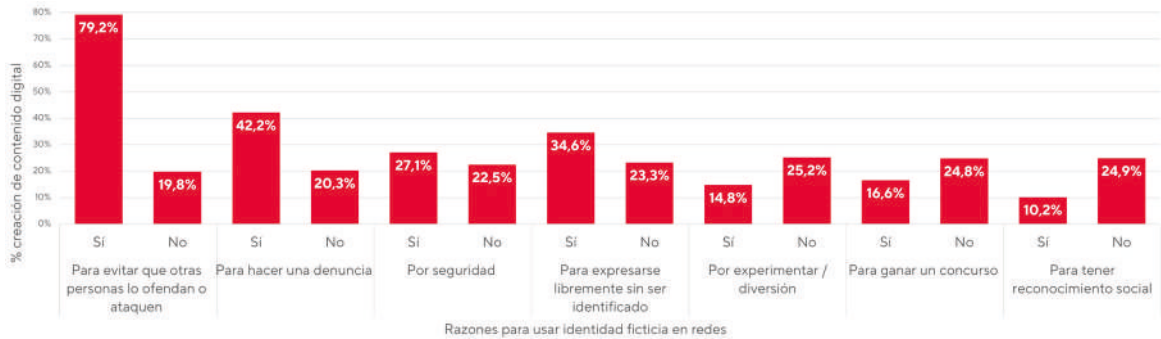
Los bogotanos prefieren camuflar su identidad al crear contenido social.

Un hallazgo interesante es que las y los bogotanos recurren al camuflaje de identidad al crear contenido digital de carácter social. Este comportamiento sugiere que hay un potencial para ver las plataformas digitales desde una perspectiva relacional, como lo muestra Escobar (2024), al referirse a su capacidad para generar algún tipo de impacto social, potencial que actualmente se encuentra limitado por la inseguridad digital.

Las personas que usarían una identidad ficticia en redes muestran una mayor asociación con formas de creación vinculadas a ciertas causas sociales. Por ejemplo, entre quienes camuflarían su identidad para hacer una denuncia, el 42% está creando contenido digital, frente al 20,3% de quienes no la camuflarían por esta razón. De forma similar, el 34,6% de quienes utilizarían una identidad ficticia para expresarse libremente sin ser identificados crean contenido digital, mientras que entre quienes no lo harían la proporción es del 23%. La diferencia es aún más marcada entre quienes camuflarían su identidad para evitar que otras personas los ofendan o ataquen: el 79,2% está creando contenido digital, frente al 10,8% de quienes no recurrirían a este camuflaje (Figura 61).

⁵ Se planteó una hipótesis para determinar si la victimización en redes sociales limitaría la creación de contenido. Sin embargo, los resultados no fueron concluyentes.

Creación de contenido digital para expresar opiniones e ideas según las razones por las que usaría una identidad ficticia en redes



Lo anterior sugiere que la falta de seguridad o de garantías en la digitalidad podría estar limitando el impacto social potencial de la creación de contenidos digitales. Por tanto, sería pertinente que los gobiernos, organizaciones multilaterales y empresas continúen fomentando acciones para garantizar la seguridad y promover que se pueda utilizar la tecnología para generar impactos sociales desde la creación de contenidos.

Figura 61 Variable dependiente: ¿Ha creado algún tipo de contenido digital en los últimos 12 meses? Variable independiente: ¿Por qué razón cambiaría su identidad o utilizaría una identidad ficticia en redes? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

La participación ciudadana digital podría impulsar la creación y consumo de contenido cultural.

La participación ciudadana en entornos digitales se asocia con mayores niveles de creación y consumo de contenido cultural. Quienes han utilizado plataformas digitales para actividades comunitarias o movimientos sociales son más propensos a crear contenido digital, aunque los porcentajes generales se mantengan bajos. Específicamente, el 6,7% de quienes sí utilizaron plataformas digitales para alguna forma de participación ciudadana creó contenido digital, mientras que solo el 2,5% de quienes no usaron estas plataformas generó dicho contenido (Figura 62).

Pueden desempeñar un rol social asociado a mayores niveles de creación. En ese sentido, este tipo de usos podría considerarse dentro de estrategias de política pública orientadas a fortalecer la creación cultural digital.

Creación de contenido digital según uso de plataformas para la participación ciudadana



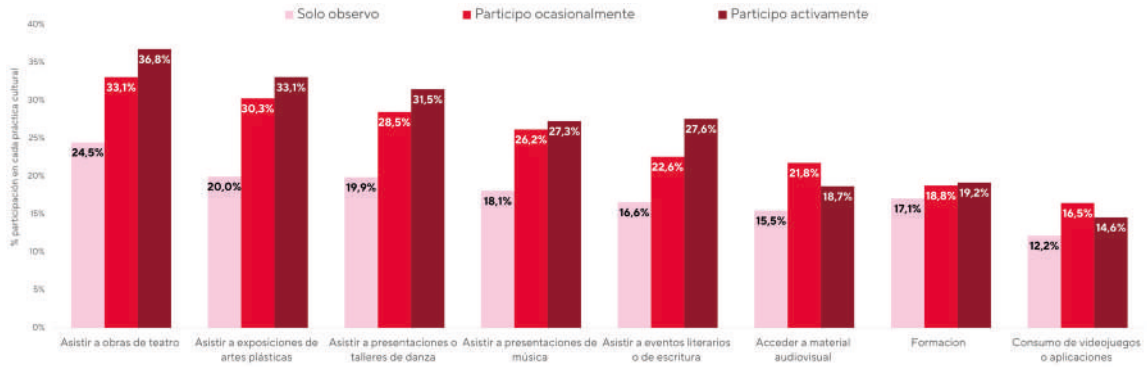
Figura 62 Variable dependiente: ¿Ha creado algún tipo de contenido digital en los últimos 12 meses? Variable independiente: ¿Ha utilizado plataformas digitales para realizar alguna de las siguientes actividades comunitarias o movimientos sociales? Esta pregunta se recategorizó de tal manera que “sí” agrupara a todos los que utilizaron las plataformas para alguna causa. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Al profundizar el análisis y revisar la participación en comunidades digitales, se observa una tendencia consistente: niveles más altos de participación en comunidades digitales se asocian con mayores niveles de consumo y creación cultural (Figura 63). Fomentar el uso de las comunidades digitales puede potenciar la cultura en general, observándose efectos mayores en la creación cultural que en el consumo. Este hallazgo complementa la observación previa de que las y los bogotanos buscan usar las plataformas para fines sociales, aunque a veces deban camuflar su identidad.

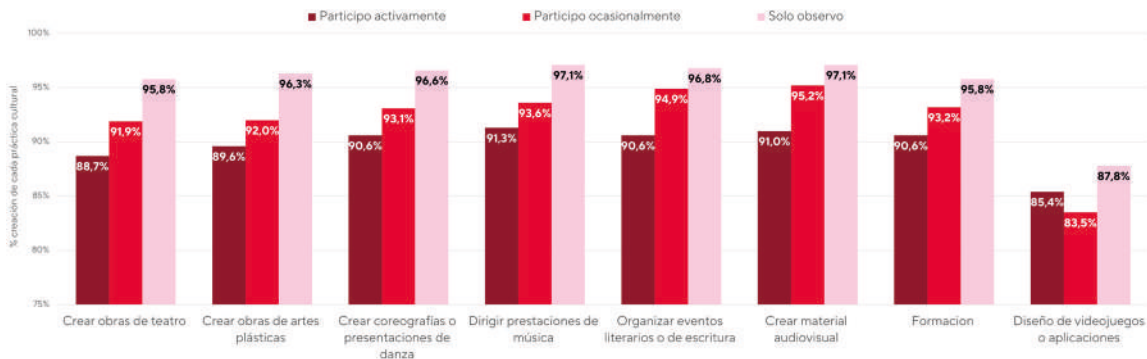
Figura 63 Variable dependiente: ¿Ha creado algún tipo de contenido digital en los últimos 12 meses?
 Variable independiente: ¿Cómo describiría su participación en comunidades digitales o grupos en línea (como foros, grupos de WhatsApp, grupos de Facebook o plataformas similares)? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

A partir de estos resultados, los lineamientos de política pública podrían orientarse a fortalecer la participación digital de las personas en temas sociales y en comunidades digitales, con el fin de favorecer la creación y el consumo cultural desde un enfoque social. Esta orientación es consistente con la perspectiva de Escobar (2024), según la cual la tecnología puede pensarse como una práctica relacional con potencial de impacto social.

Consumo cultural según grado de participación en comunidades digitales



Creación cultural según grado de participación en comunidades digitales



La concientización sobre el cuidado y la colaboración en la digitalidad podría impulsar la creación de contenido con enfoque social.

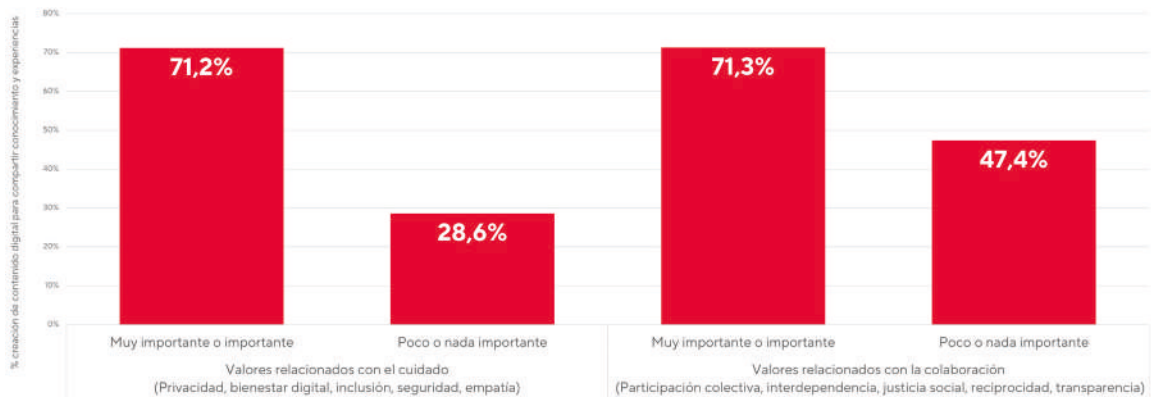
Los valores que las personas tienen sobre la tecnología digital están relacionados con la creación de contenido digital con un enfoque social, especialmente aquellos ligados al cuidado (como la privacidad, el bienestar digital o la inclusión) y la colaboración (como la participación colectiva, la justicia social o la transparencia)⁶. Estos valores se asocian con usos de las plataformas digitales para generar impactos sociales, específicamente en los que aportan a la inteligencia colectiva, en línea con lo planteado por Lévy (2004) sobre la importancia de la inteligencia colectiva para generar impactos sociales en la digitalidad.

Los datos muestran que entre quienes consideran muy importantes o importantes los valores relacionados con el cuidado, 71,2% crea contenido para compartir conocimientos y experiencias, mientras que entre quienes consideran estos valores poco o nada importantes, el porcentaje cae a 28,6% (Figura 64). Esta tendencia se mantiene con los valores de la colaboración: el 71,3% de quienes consideran la colaboración está creando contenidos para compartir conocimiento y experiencias, frente al 47,4% de quienes no les dan esa relevancia. Estos resultados sugieren que la valoración del cuidado y la colaboración se vincula con prácticas que pueden aportar a la inteligencia colectiva.

Figura 64 Variable dependiente: ¿Cuáles son sus principales motivaciones para crear contenido digital? Pregunta recategorizada para tomar sólo compartir conocimientos y experiencias.

Variable independiente: Califique cada uno de los siguientes valores al usar las tecnologías digitales. Sólo se toman cuidado y colaboración. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Creación de contenido digital para compartir conocimientos y experiencias según importancia de valores como el cuidado o la colaboración



A partir de esta evidencia, una línea de acción posible sería fortalecer los valores de cuidado y colaboración mediante campañas de sensibilización, lo que podría contribuir a expandir la creación de contenidos con enfoque social y con potencial de aporte a la inteligencia colectiva.

Las conexiones que permiten la digitalidad podrían potenciar la creación de contenido digital.

⁶ Los valores relacionados con la sostenibilidad no arrojaron resultados concluyentes.

Figura 65 Variable dependiente: ¿Ha creado algún tipo de contenido digital en los últimos 12 meses?

Variable independiente: ¿Las plataformas digitales le han permitido fortalecer lazos con personas que de otra forma no podría ver con frecuencia? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Además de los valores, la utilidad percibida de la tecnología también se asocia con mayores niveles de creación de contenido digital. Quienes han percibido beneficios en conectarse con personas que de otra forma no podrían ver con tanta frecuencia presentan mayores niveles de creación de contenido que quienes no identifican este beneficio, aunque los porcentajes sigan siendo bajos. Entre quienes consideran que las plataformas definitivamente les permitieron fortalecer estos lazos, el 5,4% creó contenido digital en el último año, frente al 1% entre quienes señalan que las plataformas no les han permitido fortalecer estos vínculos (Figura 65).

Creación de contenido digital según el fortalecimiento de lazos con personas lejanas



Recomendaciones para fortalecer la apropiación de la cultura local en la digitalidad

Los resultados evidencian que la digitalización no ha sustituido la presencialidad en las prácticas culturales, y que persisten brechas tanto en la creación de contenido como en la circulación de contenidos locales. En este contexto, las siguientes recomendaciones buscan fortalecer la apropiación cultural en entornos digitales, tanto desde la creación como desde el consumo:

1. Dado que, contrario al imaginario colectivo, los jóvenes sólo prefieren realizar cierto tipo de actividades culturales de forma virtual, se recomienda no descuidar las actividades presenciales y fomentar un acceso a la cultura desde enfoques de cercanía territorial.
2. Dado que solo el 3,85% de los y las bogotanas generó algún tipo de contenido digital se recomienda implementar políticas destinadas al fomento de creación cultural con enfoque social.
3. Dado que las herramientas que utilizan los creadores de contenido se concentran más en temas visuales y teniendo en cuenta la reconocida diversidad musical que

caracteriza a Colombia y el potencial de Bogotá como epicentro musical latinoamericano, podría fortalecerse el uso de herramientas de edición de audio mediante incentivos formativos, por ejemplo, incorporando su uso dentro de las rutas de formación, sobre todo aquellas dirigidas a la población joven, para así conectarles a trayectorias educativas y laborales. También podría plantearse la posibilidad de generar laboratorios de creación juvenil con foco en audio (podcasts, paisajes sonoros, música) para corregir el rezago de herramientas y capitalizar la motivación prosocial juvenil.

4. Dado que las personas jóvenes encuentran mayor motivación en crear contenido digital para expresar opiniones e ideas, motivación útil para la difusión de temas sociales, si las estrategias de fomento a la creación de contenido se enfocan en estos temas, se podría lograr un mayor impacto al aprovechar esta motivación reportada por la población joven.
5. Dado que quienes camuflarían su identidad en redes para temas como hacer denuncias, seguridad o expresarse libremente tienden a crear más contenido, sería pertinente que los gobiernos, organizaciones multilaterales y empresas continúen fomentando acciones para garantizar la seguridad y promover que se pueda utilizar la tecnología para generar impactos sociales desde la creación de contenidos.
6. Dado que quienes han utilizado plataformas digitales para actividades comunitarias o movimientos sociales son más propensas a crear contenido digital, los gobiernos podrían diseñar estrategias para fomentar la participación ciudadana digital desde su promoción y desde la garantía de seguridad digital.
7. Dado que los bogotanos que consideran importantes los valores relacionados con el cuidado están creando más contenidos para compartir conocimiento y experiencias, fomentar los valores de cuidado y colaboración mediante campañas de sensibilización puede ser una herramienta efectiva para expandir la creación de contenidos con un enfoque social que aporte a la inteligencia colectiva.

En relación con el consumo cultural, los resultados muestran tensiones entre la circulación de contenido nacional y la creciente presencia de contenidos globales, especialmente entre la población joven. Las siguientes recomendaciones buscan fortalecer la visibilidad y apropiación de la cultura local en entornos digitales:

1. Dado que en la población joven puede observarse una menor centralidad relativa de los contenidos y expresiones culturales locales frente a los internacionales, las políticas públicas podrían prestar especial atención a este grupo al promover el consumo local. Una estrategia posible sería difundir contenidos locales en formatos y temas afines a la juventud mediante redes sociales, con el fin de fortalecer su visibilidad y apropiación.
2. Dado que el nivel socioeconómico que más tiende a consumir contenido nacional es el NSE bajo (estratos 1 y 2), las políticas para el fomento del consumo cultural nacional deberían considerar las particularidades de cada Nivel Socio Económico para adaptar los contenidos a sus intereses.
3. Dado que el mayor consumo de contenido internacional ocurre en las plataformas académicas (75,4%), Telegram (69,7%), LinkedIn (68,2%) y Snapchat (67%), la recomendación puede ir en dos vías. Por un lado, pueden dirigirse campañas que orienten hacia el consumo local en estas plataformas en donde convendría reforzar la presencia de contenido local. Por otro lado, pueden dirigirse a las plataformas con mayor participación local al encontrarse ahí el nicho que está más dispuesto a consumir este contenido.

4.2.3. Digitalización y cohesión social

El propósito de esta sección es establecer un panorama sobre cómo se están utilizando las plataformas digitales en Bogotá con fines sociales. Las plataformas digitales cumplen un doble papel: por un lado, un rol social, orientado a la participación y la construcción colectiva; por otro, un rol facilitador de la vida personal. Esta lectura se alinea con la perspectiva de Arturo Escobar (2024), quien argumenta que las tecnologías deben ser prácticas relacionales integradas en las comunidades y ecosistemas y no únicamente en la esfera individual. Este enfoque invita a repensar el diseño tecnológico desde principios éticos y sostenibles.

El principal desafío para avanzar en esta dirección es la brecha digital. Esta disparidad, que refleja y refuerza las desigualdades existentes (Zuboff, 2020), condiciona la participación en la vida digital y afecta en especial a sectores económicos desfavorecidos. Para contrarrestar esta brecha, la alfabetización digital se posiciona como un elemento potenciador. La alfabetización digital no se refiere únicamente al uso de herramientas, sino que implica el cuestionamiento y la apropiación crítica de las tecnologías. Paulo Freire (1970) expone que esta debe entenderse como una práctica que fomenta la reflexión y la acción transformadora.

Los gobiernos podrían impulsar que la alfabetización digital se enmarque en un contexto social y apunte a la apropiación crítica de las tecnologías, permitiendo así que las plataformas digitales adquieran un rol ético y relacional que aporte efectivamente a la sociedad. Por esto, las recomendaciones al final de esta sección estarán orientadas a cerrar estas brechas en la alfabetización digital para fomentar un uso relacional de la tecnología desde un enfoque de equidad.

La confianza como determinante de ciudadanías digitales

Analizar la confianza y los factores que la moldean es central, pues permite identificar elementos para propiciar la cohesión social y fortalecer las ciudadanías digitales. Esto es clave para analizar cómo lograr que la evolución de las tecnologías tenga un uso relacional y sirva para fines sociales, en línea con lo planteado por Escobar (2024).

Los y las bogotanas suelen camuflar su identidad para ejercer la participación ciudadana digital.

De manera similar que sucede con el camuflaje de identidad para la creación de contenido social ver figura 61, arriba. quienes camuflarían su identidad por temas como hacer una denuncia o expresarse libremente sin ser identificados muestran mayor participación ciudadana digital (Figura 66). En este sentido, el 39,9% de quienes camuflarían su identidad para hacer una denuncia sí participa en causas o movimientos sociales, frente al 31,7% de quienes no lo harían. Igualmente, el 45,4% de quienes camuflarían su identidad para expresarse libremente sí participa, comparado con el 32,6% de quienes no lo harían. Esto sugiere que el camuflaje de identidad aparece asociado a mayores niveles de participación, lo que sitúa la seguridad y la protección digital como condiciones habilitantes para la participación ciudadana. En ese marco, el camuflaje podría estar funcionando como un mecanismo para sortear la falta de garantías y facilitar la vinculación a acciones colectivas en la digitalidad. Estos hallazgos refuerzan la relevancia de trabajar la confianza para fortalecer la ciudadanía en la era digital.

Estos hallazgos refuerzan la evidencia de que trabajar por la confianza es clave para fortalecer la ciudadanía en la era digital.

La confianza y victimización generadas por las plataformas impulsan la participación ciudadana

Participación ciudadana digital según razones para usar una identidad ficticia en redes



Figura 66 Variable dependiente: ¿Ha utilizado plataformas digitales para realizar alguna de las siguientes actividades comunitarias o movimientos sociales? Esta pregunta se recategorizó de tal manera que “sí” agrupara a todos los que utilizaron las plataformas para alguna causa. Variable independiente: ¿Por qué razón cambiaría su identidad o utilizaría una identidad ficticia en redes? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Al preguntar a las personas qué tan activamente participan en comunidades digitales y desagregar esto según los efectos en la confianza ocasionados por las plataformas digitales, se observa un gradiente de participación, aunque no muy marcado (Figura 67). Quienes experimentaron impactos más positivos en su confianza tienden a participar más. Por ejemplo, el 26,8% de quienes afirman que las plataformas digitales tuvieron un impacto positivo en su confianza porque les permitió conocer mejor a las personas participa activamente en comunidades digitales. De igual forma, el 25,6% de quienes afirman que fortaleció su confianza con algunos amigos o familiares cercanos también participa activamente. Por último, quienes desconfían más por la información que comparten o reciben, la participación cae ligeramente al 24,1%.

Participación activa en comunidades digitales según impactos en la confianza de las plataformas

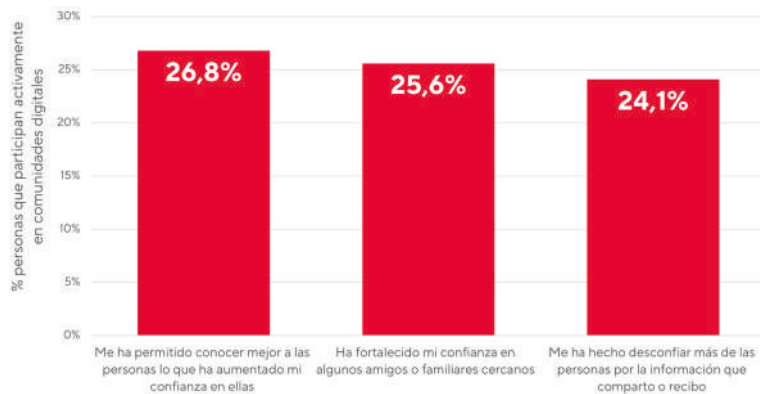


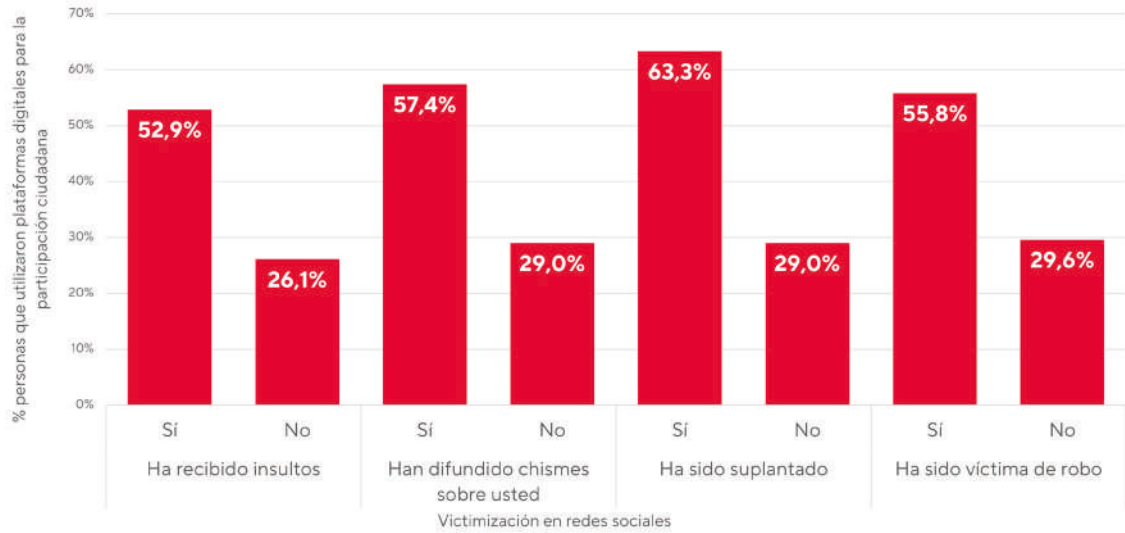
Figura 67 Variable dependiente: ¿Cómo describiría su participación en comunidades digitales o grupos en línea (como foros, grupos de WhatsApp, grupos de Facebook o plataformas similares)? [sólo “participó activamente”]. Variable independiente: ¿Está de acuerdo con las siguientes afirmaciones sobre cómo ha cambiado su nivel de confianza hacia los demás con el uso de redes sociales y la tecnología digital? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

La victimización muestra resultados interesantes. Aquellas personas que han recibido algún tipo de victimización en redes sociales también tienden a participar más en causas sociales desde la digitalidad. Por ejemplo, entre quienes han recibido insultos, el 52,9%

participa, frente al 26,1% que no los ha recibido. Y, entre quienes han sido víctimas de suplantación, participa el 63,3%, comparado con el 29% de quienes no lo han sido.

Una posible explicación es que estas experiencias podrían estar asociadas con una mayor disposición a involucrarse en temas de interés público, ya sea para visibilizar problemáticas o para proteger a otras personas (Figura 68).

Participación ciudadana digital según victimización en redes sociales



Recomendaciones para fortalecer la cohesión social

Los resultados de esta sección muestran que las plataformas digitales no solo median las interacciones sociales, sino que también configuran las condiciones bajo las cuales se construyen la confianza, los vínculos y las formas de participación en la vida cotidiana. En este contexto, las siguientes recomendaciones buscan fortalecer la cohesión social en entornos digitales, atendiendo tanto a las oportunidades como a los riesgos asociados a estas dinámicas:

1. Fortalecer entornos seguros de participación digital, protegiendo la identidad sin desincentivar la interacción colectiva, dado que el camuflaje de identidad aparece como un mecanismo habilitante de la participación. En ese sentido, sería pertinente avanzar en el diseño de entornos digitales que garanticen seguridad, privacidad y protección frente a riesgos como la victimización o la exposición indebida, sin limitar las posibilidades de interacción social.

Figura 68 Variable dependiente: ¿Ha utilizado plataformas digitales para realizar alguna de las siguientes actividades comunitarias o movimientos sociales? Esta pregunta se re categorizó de tal manera que “sí” agrupara a todos los que utilizaron las plataformas para alguna causa. **Variable independiente:** Por favor indique si ha experimentado alguna de las siguientes situaciones a través de redes sociales en el último año. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

2. Incorporar la alfabetización digital crítica como eje de la cohesión social, considerando que más allá del acceso a herramientas, la apropiación crítica de las tecnologías es fundamental para fomentar la participación y el uso relacional de las plataformas. En este sentido, sería pertinente promover procesos que integren competencias técnicas, pensamiento crítico y habilidades para la interacción respetuosa, priorizando poblaciones con mayores barreras de acceso.

4.2.4. Digitalización y ciudadanía digitales

El fortalecimiento del tejido social en la digitalidad como propulsor de ciudadanía digitales

Una vez examinado cómo la confianza es fundamental para fomentar la participación ciudadana, es necesario analizar un paso intermedio: el tejido social, es decir, con los lazos que conectan a las personas y que hacen posible la acción colectiva; pues ésta es una condición necesaria para que se transite de la confianza a la participación efectiva. La evidencia sugiere que un tejido social más fortalecido se asocia con mayores niveles de ciudadanía digital.

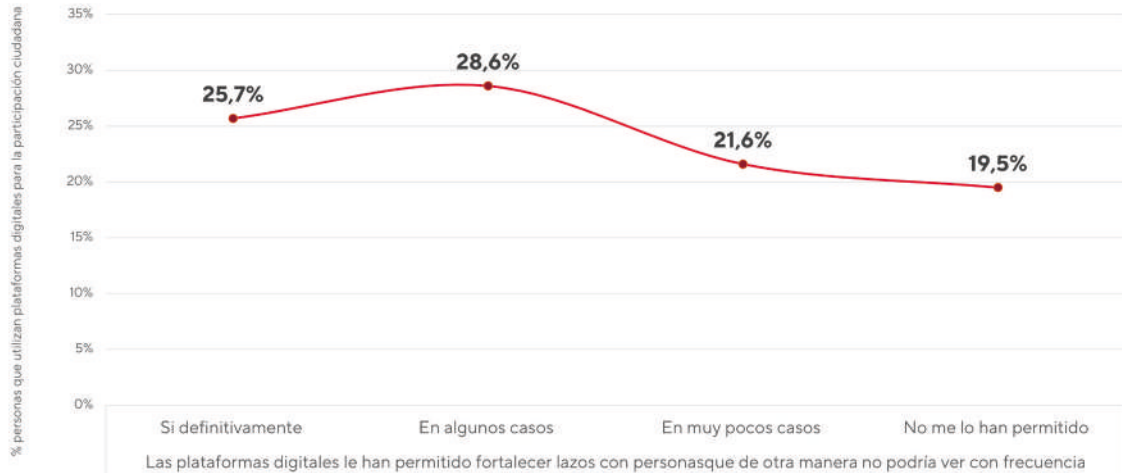
Un tejido social fortalecido promueve la acción cívica en la digitalidad.

La relación entre un tejido social fortalecido y la participación ciudadana digital es clara: existe una tendencia hacia mayor participación cuando las personas consideran que la digitalidad les ha permitido fortalecer sus lazos (Figura 69). Entre quienes consideran que las plataformas definitivamente fortalecieron sus lazos, el 25,7% participa en actividades ciudadanas. Este porcentaje aumenta a 28,6% entre quienes afirman que esto ocurre en algunos casos. A medida que la percepción de fortalecimiento de lazos disminuye, también lo hace la participación (21,6% y 19,5%, respectivamente).

Esto sugiere que las plataformas pueden actuar como mecanismos para sostener vínculos, especialmente cuando las distancias o los tiempos dificultan la interacción presencial. Ese tejido social digitalizado se convierte en una base para la participación.

Un tejido social fortalecido promueve la actitud cívica en la digitalidad.

Participación ciudadana digital según grado de fortalecimiento de lazos por la digitalidad



Esta relación también se manifiesta en la actitud cívica. Al evaluar la importancia que las personas otorgan a ciertos valores en la digitalidad (cuidado, colaboración y sostenibilidad), se observa que quienes han visto fortalecidos sus lazos por las plataformas digitales les dan mayor importancia (Figura 70). Así, mientras el 85,1% de quienes definitivamente vieron reforzados sus lazos con personas cercanas dan importancia a los valores relacionados con el cuidado, el 70,8% de quienes no vieron fortalecidos sus lazos sí otorgan esta importancia. La diferencia es similar en colaboración (81,5% frente a 74%) y sostenibilidad (86,3% frente a 75,9%).

Figura 69 Variable dependiente: ¿Ha utilizado plataformas digitales para realizar alguna de las siguientes actividades comunitarias o movimientos sociales? [Pregunta recategorizada para que "sí" agrupara a todos los que utilizaron las plataformas para alguna causa]. Variable independiente: ¿Las plataformas digitales le han permitido fortalecer lazos con personas que de otra forma no podría ver con frecuencia? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Importancia brindada a valores de la tecnología digital según grado de fortalecimiento de lazos por la digitalidad

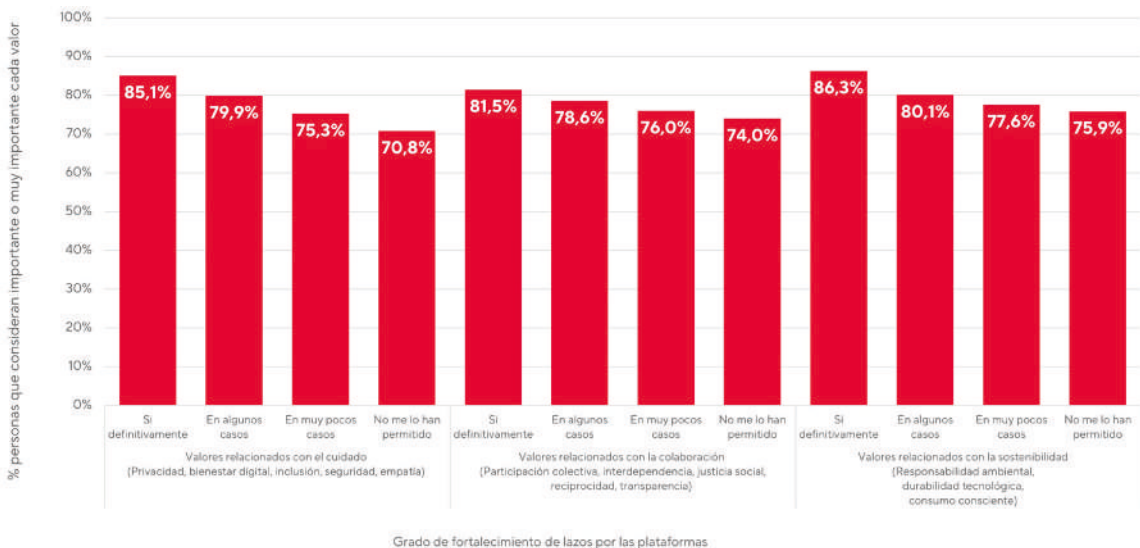


Figura 70 Variable dependiente: Califique de 1 a 4, donde 1 es nada importante y 4 es muy importante, cada uno de los siguientes valores al usar las tecnologías digitales [sólo 1 y 2 “muy importante” e “importante”]. Variable independiente: ¿Las plataformas digitales le han permitido fortalecer lazos con personas que de otra forma no podría ver con frecuencia? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

La brecha digital como limitante de la actitud cívica

Aunque el tejido social y la confianza contribuyen a fortalecer la ciudadanía digital, la brecha digital limita ese potencial. Los efectos no se observan de manera marcada en los niveles educativos más básicos, pero sí después de completar la educación escolar: quienes alcanzan mayores niveles educativos consideran más importante la colaboración, alcanzando sus puntos más altos en educación universitaria y de posgrado (Figura 71).

Esto sugiere que la capacidad de comprender, valorar y ejercer prácticas colaborativas en entornos digitales está condicionada por el capital educativo, lo que sugiere la conveniencia de fortalecer procesos de alfabetización digital inclusivos y contextualizados.

Importancia de la colaboración en la era digital según nivel educativo

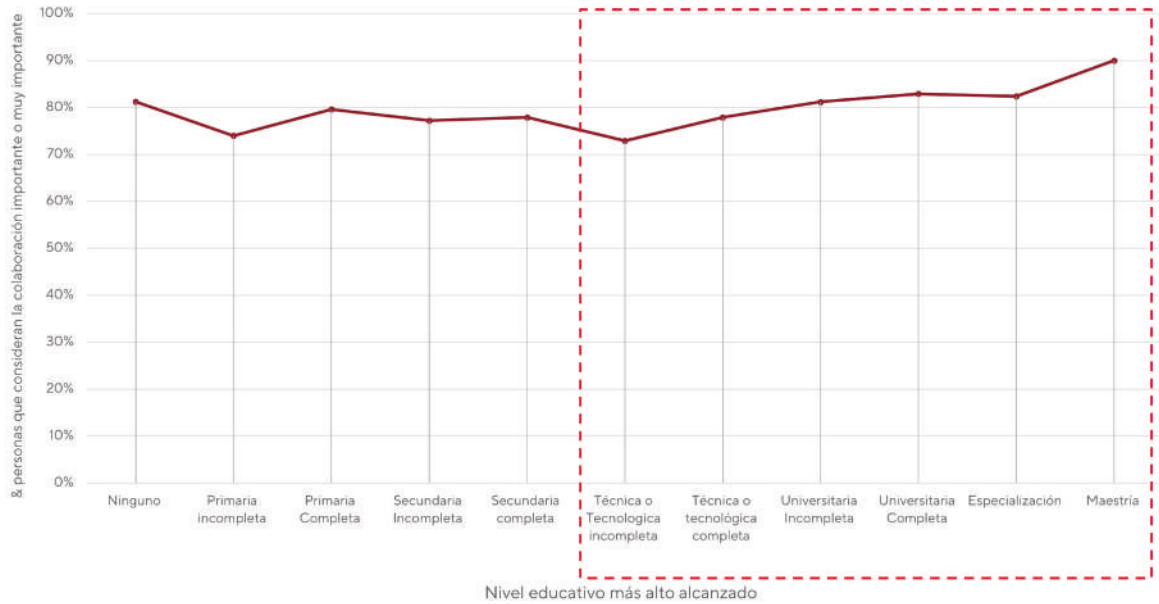


Figura 71 Variable dependiente: Califique de 1 a 4, donde 1 es nada importante y 4 es muy importante, cada uno de los siguientes valores al usar las tecnologías digitales [sólo “colaboración”]. Variable independiente: Último nivel educativo alcanzado. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, 2025.

Recomendaciones para fortalecer la ciudadanía digital

Las siguientes recomendaciones se enfocan en formas de fortalecer el tejido social para fomentar las ciudadanía digitales:

1. Reducir la brecha entre la actitud y la conducta cívica en la digitalidad: Aunque tres de cada cuatro bogotanos brindan importancia a valores como la colaboración, cuidado y sostenibilidad en la digitalidad, las motivaciones para utilizar las tecnologías con fines sociales siguen teniendo un peso reducido. Esto es especialmente bajo entre los

NSE bajos. Por ello, sería pertinente articular esfuerzos para fortalecer la actitud cívica y la apropiación de valores éticos mediante campañas, cursos y formación para la concientización dirigidas a NSE bajos.

2. Enfocar las estrategias de participación digital en los intereses de las juventudes: Dado que la población joven otorga mayor importancia a estos valores en la era digital, podría orientarse la participación ciudadana digital hacia asuntos de mayor interés para las y los jóvenes.
3. Fortalecer el tejido social digital como base para la formación de ciudadanías digitales activas: Dado que el fortalecimiento de los lazos sociales en la digitalidad se asocia con mayores niveles de participación y una mayor valoración de principios como el cuidado, la colaboración y la sostenibilidad, podría promoverse la creación de espacios digitales que faciliten la construcción de vínculos y el trabajo colectivo. Esto incluye el impulso de comunidades digitales, redes de apoyo y escenarios de interacción que favorezcan la cooperación y la acción cívica.



Foto: Andrés Piscov



5

Expansión ■



Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro





Foto: Gustavo Nacht



Nota introductoria

La transformación digital ha modificado profundamente las formas en que las personas acceden a la información, participan en la vida cultural y se relacionan con otros. En Río de Janeiro, estos cambios se reflejan en la expansión del uso de plataformas digitales, en la diversificación de prácticas culturales mediadas por la tecnología y en nuevas formas de interacción que combinan espacios presenciales con entornos digitales.

El presente capítulo analiza cómo estas transformaciones inciden en la experiencia cultural y social de la ciudad a partir de cuatro dimensiones: cultura digital; consumo y creación cultural; esfera personal; y cohesión social y ciudadanía digital. A través de estas dimensiones se examinan los usos de plataformas y dispositivos, las prácticas culturales mediadas por la tecnología, las experiencias personales asociadas a la vida conectada y las transformaciones en las relaciones sociales, y las formas de participación.

El análisis se desarrolla en dos niveles complementarios. En primer lugar, se presentan los principales resultados descriptivos de la encuesta aplicada en Río de Janeiro, que permiten identificar patrones de uso de tecnologías digitales, prácticas culturales en línea y experiencias vinculadas a la vida conectada. En segundo lugar, se propone una lectura interpretativa orientada a comprender cómo estas dinámicas están reconfigurando prácticas culturales, experiencias personales y formas de sociabilidad en la ciudad.

La información analizada proviene de una encuesta probabilística, representativa estadísticamente para la población de 14 a 28 años y para la población de 29 años en adelante. Fue aplicada a 2.287 personas entre el 17 de agosto y el 29 de septiembre de 2025. Para el cálculo de estimaciones poblacionales y estadísticas descriptivas, la encuesta cuenta con ponderadores que garantizan la representatividad de los datos frente al total de la población de la ciudad. Por su parte, los análisis de las dinámicas de ciudad se realizan sobre el total de encuestas de la muestra, dado que las pruebas estadísticas se hacen respecto al comportamiento y estructura real de la muestra.

Ficha técnica

Lugar de recolección	32 regiones seleccionadas de la ciudad de Río de Janeiro.
Universo	El universo de estudio está constituido por las personas de 14 años en adelante que habiten en las manzanas o zonas geográficas que se encuentran en la ciudad de Río de Janeiro, y que los predios sean predominantemente habitacionales.
Periodo de recolección	17 de agosto a 29 de septiembre de 2025
Periodo de referencia	2025
Población objetivo	La información recolectada es solicitada directamente a la persona seleccionada en la muestra, que cumpla con las condiciones de tener 14 a 28 años y de 29 años en adelante y que vivan desde hace 2 años o más en las ciudades priorizadas.

Diseño muestral	<p>La selección de las unidades de observación se realizó mediante un muestreo probabilístico, estratificado y polietápico, con base en el marco geográfico de área disponible para la ciudad.</p> <p>El marco muestral de Río de Janeiro se basó en la cartografía disponible que permite la identificación de regiones, sectores y barrios. Esta información, actualizada a 2025 y utilizada previamente en estudios similares por la entidad contratada, permitió delimitar las unidades geográficas de selección y garantizar la cobertura del estudio.</p>
Metodología de aplicación	Encuesta Presencial en hogares
Tipo de instrumento	Encuesta semiestructurada
Total de preguntas aplicadas	El formulario cuenta con un total de 40 preguntas, incluyendo las sociodemográficas.
Tamaño de muestra	2.287 encuestas efectivas
Confiability	95%
Error de muestreo	2,1%
Aplicada por	Contato e Instituto Ver

Los resultados muestran que las tecnologías digitales ocupan un lugar cada vez más central en la vida cotidiana. Estas herramientas facilitan la comunicación, el acceso a la información, el aprendizaje y la organización de actividades, al tiempo que amplían las posibilidades de acceso cultural y de interacción social. Sin embargo, su expansión también introduce desafíos relacionados con la privacidad, la seguridad de la información y la convivencia en entornos digitales.

Las diferencias generacionales atraviesan gran parte de los fenómenos observados. En ámbitos como la intensidad de uso de plataformas, la participación en actividades culturales digitales o las experiencias emocionales asociadas a las redes, la población joven presenta niveles más altos de participación. En la mayoría de los casos, estas diferencias se expresan principalmente en la intensidad de las prácticas, más que en cambios sustantivos en los patrones generales.

El capítulo permite observar cómo la transformación digital está reconfigurando simultáneamente prácticas culturales, experiencias personales y relaciones sociales en Río de Janeiro, generando nuevas oportunidades de acceso, interacción y participación, junto con desafíos asociados a la confianza, la seguridad y la convivencia en entornos digitales.



Foto: F. Cary Snyder

5.1 Resultados descriptivos

5.1.1 Cultura Digital

Esta dimensión examina la cultura digital en Río de Janeiro a partir de dos ejes: el uso de las plataformas digitales y el rol social y personal que la tecnología ocupa en la vida cotidiana.

El análisis del uso de plataformas describe la intensidad de conexión, las aplicaciones más utilizadas, las motivaciones que orientan estas prácticas y el grado de dependencia funcional del celular para realizar distintas actividades. A su vez, el rol social y personal de la tecnología se explora a través de las percepciones sobre la digitalidad, las expectativas sobre los ámbitos donde debería contribuir a mejorar la calidad de vida, la importancia atribuida a distintos valores en su uso y la influencia de las plataformas en proyectos educativos, laborales y personales.

Esta dimensión permite observar cómo la digitalidad se integra a la vida cotidiana de la ciudad, articulando funciones de comunicación, información y organización de la vida cotidiana, con diferencias relevantes entre jóvenes y adultos.

Uso de las plataformas digitales

Las personas jóvenes usan el celular durante más horas al día y reportan mayores dificultades para realizar varias actividades sin él.

El celular ocupa un lugar central en la vida diaria de las personas en Río de Janeiro. Una proporción importante de la población dedica varias horas al día a su uso (99,1%). Los tramos más intensivos de utilización se concentran especialmente en la población joven. En el total de la ciudad, el 31,3% reporta utilizarlo más de 9 horas al día; el 25,2% entre 4 y 6 horas; el 16,5% entre 7 y 9 horas, y el 19,5% entre 1 y 3 horas.

Entre las personas adultas, el 25,1% reporta utilizarlo entre 1 y 3 horas; el 24,2% entre 4 y 6 horas; el 14% entre 7 y 9 horas, y el 26,5% más de 9 horas al día. Entre las personas jóvenes el patrón es más intensivo: el 38,5% señala usar el celular más de 9 horas diarias, el 26,7% entre 4 y 6 horas y el 20,3% entre 7 y 9 horas, mientras que el 11% lo utiliza entre 1 y 3 horas (Figura 1). Estos resultados muestran que los tramos de uso más prolongados se concentran con mayor frecuencia en la población joven.

La centralidad del celular también se refleja al preguntar por las actividades que no podrían realizarse en caso de perder el dispositivo. La acción más mencionada es la comunicación inmediata con otras personas: el 69,7% de la población en la ciudad afirma que definitivamente no podría hacerlo, proporción muy similar entre jóvenes (71,1%) y adultos (68,7%) (Figura 2).

Uso del celular según edad

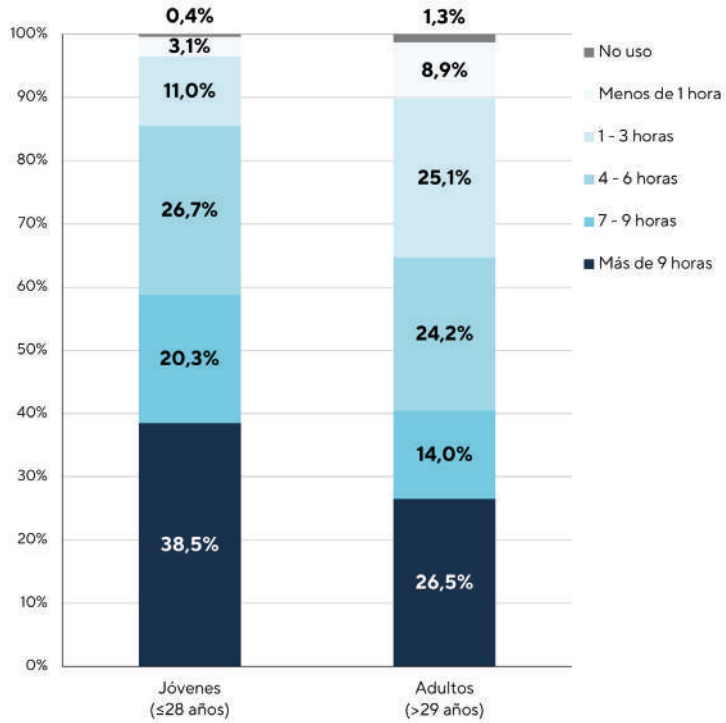


Figura 1 Pregunta: En promedio, ¿cuánto tiempo dedica al uso del celular diariamente? Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Otras funciones relevantes presentan menores niveles, pero siguen mostrando dependencia del dispositivo. El 28,8% de la población señala que no podría trabajar sin el celular, con una diferencia acotada entre adultos (29,4%) y jóvenes (27,8%). A su vez, el 25,9% afirma que no podría planear u organizar sus actividades diarias, con el mismo porcentaje en ambos grupos etarios.

Las diferencias por edad se hacen más visibles en actividades asociadas al ocio y al estudio. El 23,6% de los jóvenes afirma que no podría divertirse o pasar el tiempo sin el celular, frente al 14,2% de los adultos. Asimismo, el 19,2% de las personas jóvenes señala que no podría estudiar sin el dispositivo, mientras que en la población adulta este valor alcanza el 9,8%.

De acuerdo con los resultados, el celular no solo facilita la comunicación inmediata, sino que también estructura tareas productivas, organizativas y recreativas. La intensidad del uso es mayor entre jóvenes, quienes además dependen en mayor medida del dispositivo para actividades vinculadas al entretenimiento y la formación.

En Río de Janeiro, el uso de plataformas digitales es amplio y cumple funciones diversas en la vida cotidiana. Las plataformas no solo median la comunicación con otras personas, sino que también se integran a prácticas de información, entretenimiento, trabajo, estudio y búsqueda de bienes y servicios. El uso de estas plataformas es alto, aunque varía según el tipo de servicio y la edad de la población.

Actividades que no podría realizar si pierde su celular

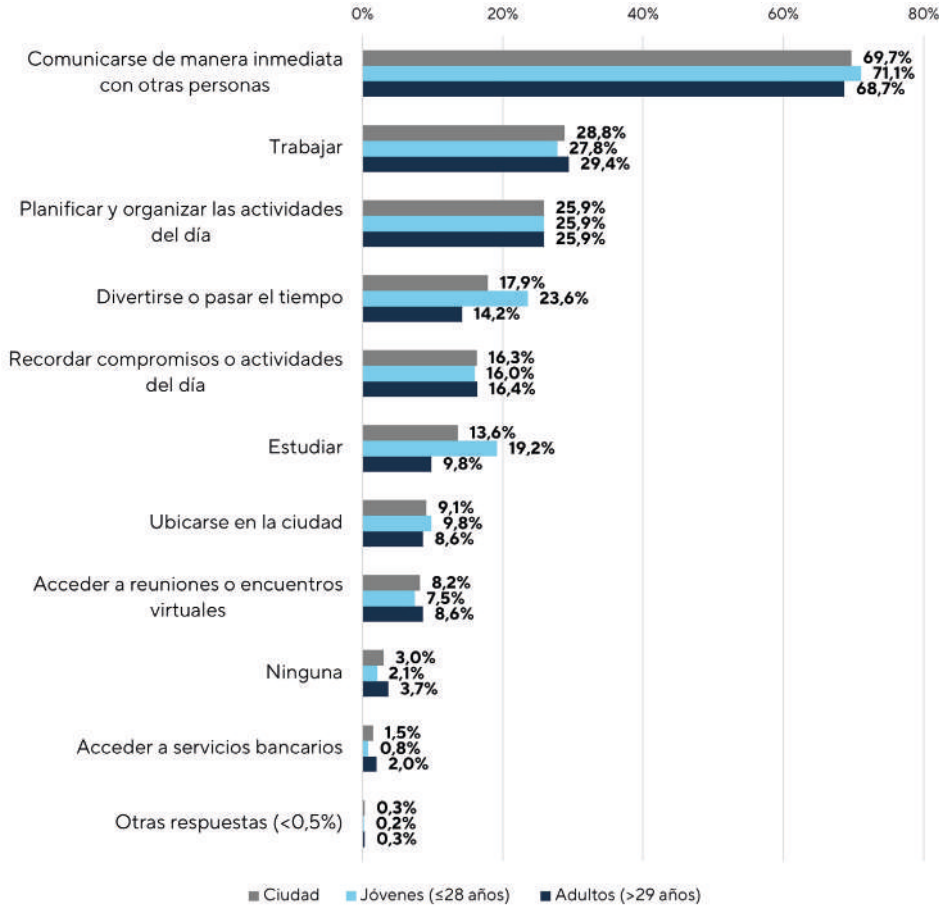


Figura 2 Pregunta: Si perdiera su celular en este momento, ¿cuáles de las siguientes actividades NO podría realizar definitivamente? [La categoría “Otras respuestas (<0,5%)” agrupa las opciones seleccionadas por menos del 0,5% de las personas encuestadas. Estas incluyen: acceso a redes sociales, usar aplicaciones e informarse sobre noticias.] Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Las plataformas digitales combinan funciones relacionales y prácticas, con diferencias generacionales visibles.

WhatsApp alcanza una cobertura casi total en la ciudad: lo utiliza el 97,2% de la población, con niveles muy similares entre jóvenes (97,7%) y adultos (96,8%). Además, su uso tiende a concentrarse en tramos intermedios y prolongados de dedicación: el 29,7% de quienes lo usan reporta entre 3 y 6 horas diarias; el 25,2% entre 6 y 12 horas, y el 12,7% entre 12 y 24 horas. Entre jóvenes, este uso intensivo es ligeramente mayor, con 33,5% entre 3 y 6 horas y 14,7% entre 12 y 24 horas, frente a 27,1% y 11,3% entre adultos.

Con respecto a las redes sociales, las diferencias generacionales son más claras. Instagram es utilizada por el 74,9% de la población, pero su uso es considerablemente más alto entre jóvenes (88,3%) que entre adultos (66%). También aquí la intensidad de uso difiere: en la ciudad, el 29,7% de las personas usuarias reporta entre 3 y 6 horas diarias; el 18,6% entre 6 y 12 horas, y el 8,9% entre 12 y 24

Plataformas que utiliza

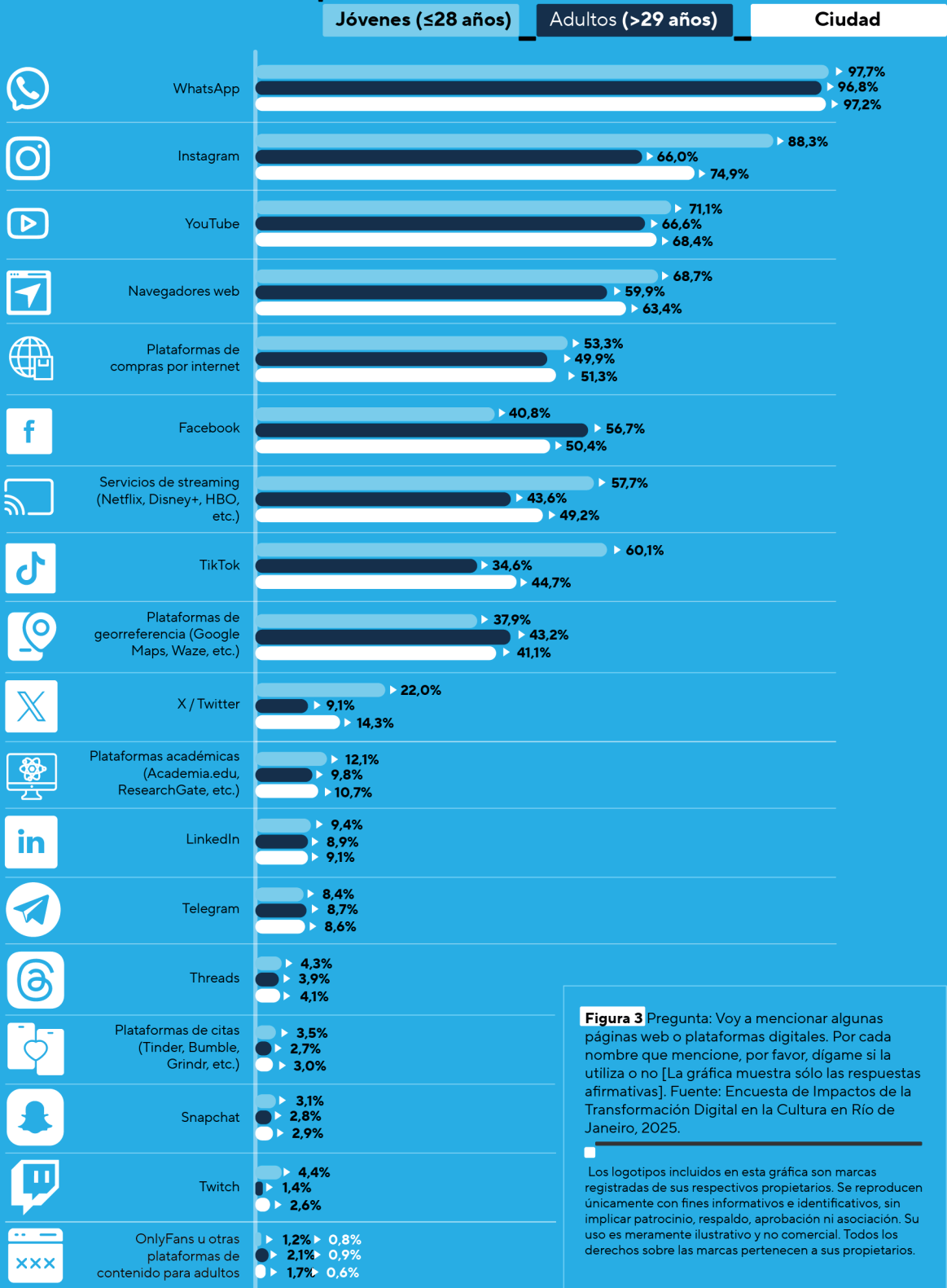


Figura 3 Pregunta: Voy a mencionar algunas páginas web o plataformas digitales. Por cada nombre que mencione, por favor, dígame si la utiliza o no [La gráfica muestra sólo las respuestas afirmativas]. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Los logotipos incluidos en esta gráfica son marcas registradas de sus respectivos propietarios. Se reproducen únicamente con fines informativos e identificativos, sin implicar patrocinio, respaldo, aprobación ni asociación. Su uso es meramente ilustrativo y no comercial. Todos los derechos sobre las marcas pertenecen a sus propietarios.

horas. Entre jóvenes, estos porcentajes ascienden a 36,3%, 22,8% y 10,8%, respectivamente, mientras que entre adultos se ubican en 23,9%, 14,9% y 7,2% (Figura 3).

Otras plataformas presentan patrones intermedios de uso. YouTube es utilizado por el 68,4% de la población de la ciudad, con una diferencia moderada entre jóvenes (71,1%) y adultos (66,6%). En esta plataforma predominan tiempos de uso bajos o intermedios: el 46% reporta entre 1 y 3 horas diarias y el 26,8% entre 3 y 6 horas.

Algo similar ocurre con TikTok, utilizada por el 44,7% de la población, con una brecha importante entre jóvenes (60,1%) y adultos (34,6%). Además, su uso es más intenso entre la población joven: el 32,4% reporta entre 3 y 6 horas diarias, el 17,8% entre 6 y 12 horas y el 8% entre 12 y 24 horas, frente a 22,8%, 13,5% y 4,3% entre adultos.

Los navegadores web alcanzan al 63,4% de la población, también con mayor uso entre jóvenes (68,7%) que entre adultos (59,9%), aunque en este caso predominan tiempos más bajos de uso: el 47,2% reporta entre 1 y 3 horas, y el 25,5% menos de 1 hora al día. Facebook, en cambio, muestra un patrón inverso: lo utiliza el 50,4% de la ciudad, pero su presencia es mayor entre adultos (56,7%) que entre jóvenes (40,8%).

Estos resultados muestran que el acceso a plataformas digitales está ampliamente extendido en la ciudad, con niveles muy altos de uso en plataformas como WhatsApp, Instagram y YouTube. Sin embargo, las preferencias varían entre generaciones: Instagram y TikTok presentan mayores niveles de uso entre jóvenes, mientras que Facebook registra una presencia relativamente mayor entre los adultos.

Las motivaciones de uso se concentran en la conexión cercana y en resolver necesidades prácticas.

Las razones para utilizar plataformas digitales en Río de Janeiro se concentran principalmente en la comunicación interpersonal y en la atención de necesidades prácticas de la vida cotidiana. Aunque existen múltiples motivaciones, algunas se destacan claramente por su frecuencia de mención y muestran variaciones moderadas entre grupos etarios.

La razón más frecuente es mantenerse conectado con amigos y familiares, mencionada por el 64,1% de la población de la ciudad. Esta motivación es más común entre jóvenes (68,3%) que entre adultos (61,3%). En segundo lugar aparece informarse sobre la actualidad y la oferta de eventos, señalada por el 37,6% de la población, con niveles muy similares entre jóvenes (38,2%) y adultos (37,2%) (Figura 4).

Motivaciones para el uso de plataformas digitales

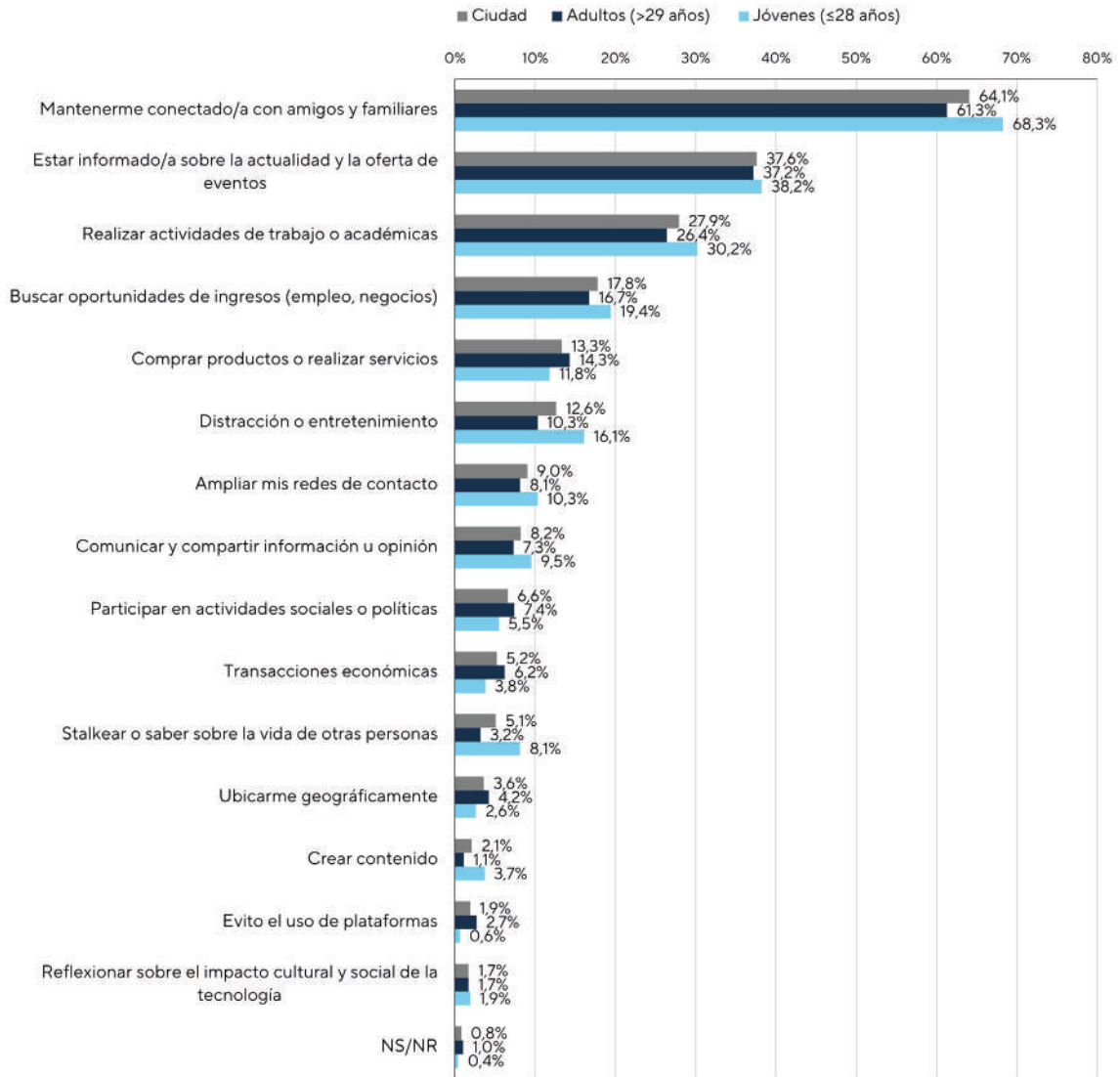


Figura 4 Pregunta: ¿Cuáles son las principales motivaciones para usar las plataformas digitales? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Las actividades laborales o académicas también ocupan un lugar importante entre las razones de uso. El 27,9% de la población menciona esta motivación, con una presencia algo mayor entre jóvenes (30,2%) que entre adultos (26,4%). De manera similar, el 17,8% señala que utiliza las plataformas para buscar oportunidades de ingreso, proporción que asciende al 19,4% entre jóvenes y se ubica en 16,7% entre adultos.

El consumo de bienes y servicios también forma parte del repertorio digital. Comprar productos o utilizar servicios es mencionado por el 13,3% de la población, con mayor presencia entre adultos (14,3%) que entre jóvenes (11,8%). Por su parte, la distracción o el entretenimiento aparece en el 12,6% de los casos, con mayor peso relativo entre jóvenes (16,1%) que entre adultos (10,3%).

Otras motivaciones presentan niveles menores, aunque ayudan a comprender la diversidad de usos. Ampliar redes de contacto es mencionado por el 9% de la población (10,3% entre jóvenes y 8,1% entre adultos), mientras que comunicar o compartir información aparece en el 8,2% de los casos (9,5% entre jóvenes y 7,3% entre adultos). Participar en actividades sociales o políticas alcanza el 6,6%, y realizar transacciones económicas el 5,2%, con mayor presencia en la población adulta.

También aparecen prácticas vinculadas a la observación de la vida de otras personas, mencionada por el 5,1% de la población, aunque con mayor frecuencia entre jóvenes (8,1%) que entre adultos (3,2%). Motivaciones como ubicarse geográficamente (3,6%), crear contenido (2,1%) o reflexionar sobre el impacto cultural y social de la tecnología (1,7%) registran niveles más bajos de mención.

Los resultados sugieren que el uso de plataformas digitales en la ciudad se orienta principalmente a mantener vínculos personales y atender necesidades informativas, laborales y de organización cotidiana, con diferencias generacionales moderadas en la mayoría de los casos.

Rol social y personal de la tecnología

Las percepciones sobre la tecnología digital se inclinan hacia su utilidad práctica, aunque también aparecen posturas ambivalentes y algunas preocupaciones.

Cuando se consulta con qué afirmación se identifican más las personas al pensar en el uso de la tecnología digital, la respuesta más frecuente describe a la tecnología como una herramienta de progreso, conexión global y productividad. Esta opción es mencionada por el 47,7% de la población de Río de Janeiro. Las diferencias por edad son muy pequeñas: el 47,4% de los jóvenes y el 47,9% de los adultos se identifican con esta afirmación (Figura 5).

La segunda respuesta más mencionada plantea una postura más ambivalente. El 21,9% considera que la tecnología tiene ventajas y desafíos, pero que los cambios tecnológicos son inevitables. También en este caso las diferencias entre grupos etarios son reducidas, pues el 22,6% de los jóvenes y el 21,5% de los adultos expresan esta visión, lo que sugiere una aceptación extendida de la transformación digital como parte del contexto contemporáneo.

En tercer lugar aparecen opiniones que enfatizan los riesgos asociados al uso de la tecnología. El 14,3% de la población afirma que ésta genera preocupaciones relacionadas con la privacidad, la dependencia o la desconexión social. Esta percepción se presenta de manera muy similar entre jóvenes (14,4%) y adultos (14,2%).

Percepción sobre el uso de la tecnología digital



Figura 5 Pregunta: Cuando se comenta sobre el uso de la tecnología digital, ¿con cuál de las siguientes afirmaciones te identificas más? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Las demás afirmaciones registran niveles menores de identificación. El 5,3% considera que la tecnología fomenta conexiones más humanas o sostenibles, mientras que el 5% opina que aumenta las desigualdades, incentiva el consumo excesivo o favorece la desinformación. Además, el 5,7% señala que no se identifica con ninguna de las afirmaciones propuestas.

De acuerdo con los resultados, la percepción predominante en la ciudad asocia la tecnología digital con beneficios relacionados con la productividad y la conexión global. Al mismo tiempo, una parte relevante de la población adopta posiciones más cautelosas o ambivalentes. En la mayoría de las afirmaciones, las diferencias entre jóvenes y adultos son muy pequeñas, lo que sugiere que estas percepciones son compartidas entre generaciones.

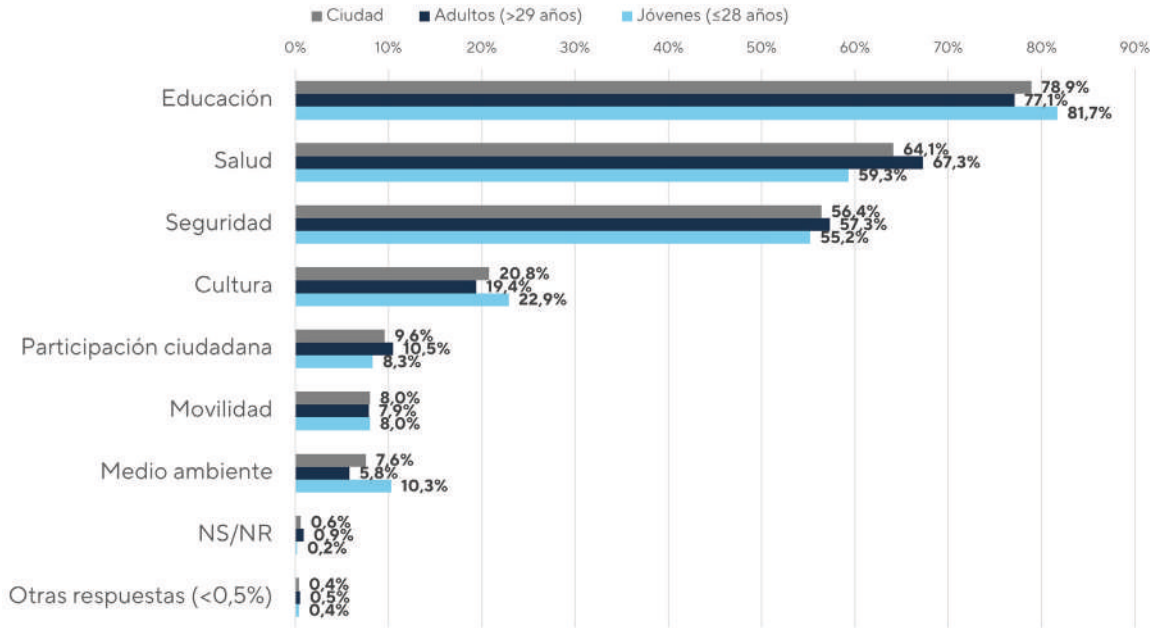
La ciudadanía prioriza educación, salud y seguridad como destinos del desarrollo digital.

Al preguntar en qué sectores debería concentrarse el uso de las tecnologías digitales para mejorar la calidad de vida, emerge una jerarquía clara de prioridades. La educación ocupa el primer lugar con amplia diferencia: el 78,9% de la población de la ciudad la menciona como un ámbito central. Esta preferencia es algo mayor entre jóvenes (81,7%) que entre adultos (77,1%) (Figura 6).

La salud aparece en segundo lugar, señalada por el 64,1% de la población. En este caso, la valoración es mayor entre adultos

(67,3%) que entre jóvenes (59,3%). La seguridad ocupa el tercer nivel de prioridades: el 56,4% de la ciudadanía considera que la tecnología debería orientarse hacia este sector, con una valoración ligeramente más alta entre adultos (57,3%) que entre jóvenes (55,2%).

Sectores prioritarios para inversión en tecnología digital



A partir de estos tres sectores principales, las menciones descienden de forma marcada. La cultura es priorizada por el 20,8% de la población (22,9% entre jóvenes y 19,4% entre adultos). La participación ciudadana (9,6%), la movilidad (8%) y el medio ambiente (7,6%) registran niveles considerablemente menores de mención, con diferencias moderadas entre grupos etarios.

Los datos indican que, aunque la tecnología digital se asocia con múltiples ámbitos de la vida social, las expectativas de impacto se concentran principalmente en sectores vinculados con servicios básicos como la educación, la salud y la seguridad. Las diferencias entre jóvenes y adultos son relativamente acotadas y no modifican la jerarquía general de prioridades.

Figura 6 Pregunta: En cuál de los sectores crees que debería concentrarse el uso de la tecnología para mejorar la calidad de vida de la ciudadanía? [La categoría "Otras respuestas (<0,5%)" agrupa las opciones seleccionadas por menos del 0,5% de las personas encuestadas. Estas incluyen: ningún sector, ocio/deporte, generación de empleo y educación financiera.] Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Los cariocas otorgan alta importancia a los valores éticos en el uso de las tecnologías digitales.

En Río de Janeiro existe una valoración extendida de distintos principios asociados al uso responsable de las tecnologías digitales. En los tres valores analizados —privacidad, sostenibilidad y participación colectiva— la mayor parte de las respuestas se concentra

en la categoría “muy importante”, lo que indica que estos criterios forman parte del marco de valores con el que la ciudadanía evalúa la vida digital.

La privacidad ocupa el lugar más destacado. En el total de la ciudad, el 70% de la población considera que es muy importante utilizar tecnologías digitales. Las diferencias por edad son prácticamente inexistentes: 69,9% de los jóvenes y 70% de los adultos la ubican en el nivel más alto de importancia (Figura 7). Este patrón sugiere que la protección de los datos personales y el resguardo de la vida privada constituyen un punto de consenso transversal en la experiencia digital.

Importancia de los valores en el uso de tecnologías digitales

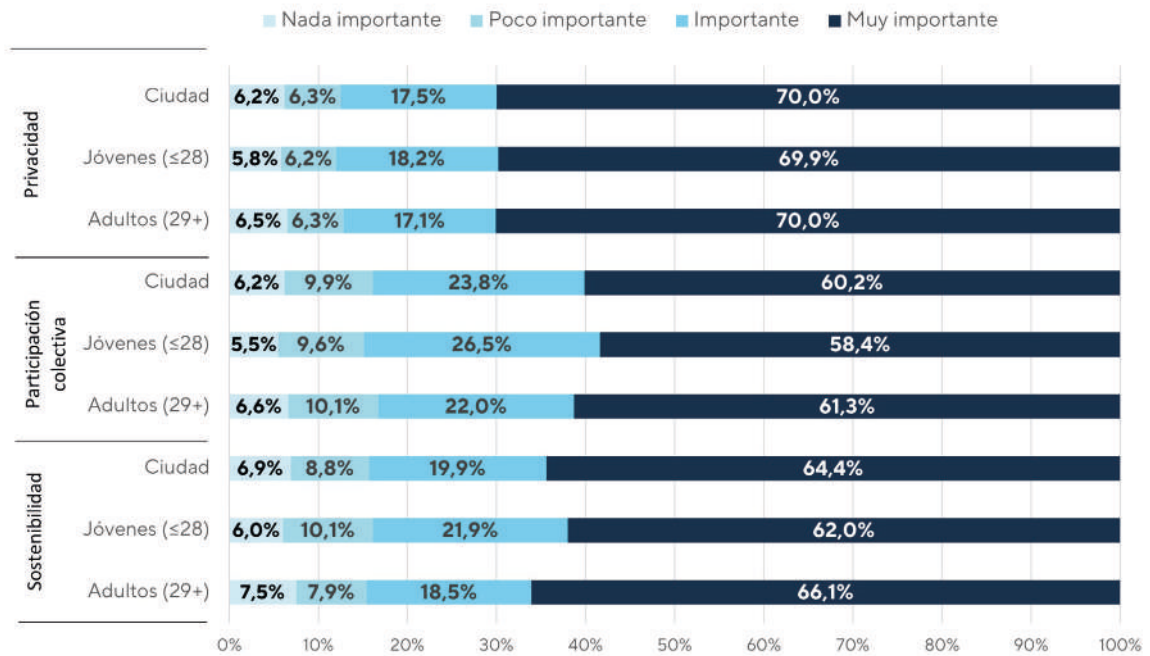


Figura 7 Pregunta: Clasifica de 1 a 4, siendo 1 nada importante y 4 muy importante, cada uno de los siguientes valores sobre el uso de las tecnologías digitales: Privacidad / Participación colectiva / Sostenibilidad. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

La sostenibilidad aparece en segundo lugar. El 64,4% de la población de la ciudad considera que este valor es muy importante en el uso de tecnologías digitales. En este caso, la valoración es ligeramente mayor entre adultos (66,1%) que entre jóvenes (62%). Aunque la diferencia es moderada, indica que las preocupaciones sobre el impacto ambiental y el consumo responsable también están presentes en la forma en que se piensa el uso de la tecnología.

En cuanto a la participación colectiva, el 60,2% de la ciudadanía la califica como muy importante. Las diferencias generacionales también son reducidas, aunque el porcentaje es algo mayor entre adultos (61,3%) que entre jóvenes (58,4%). Esto sugiere que la colaboración, la reciprocidad y la acción colectiva son reconocidas como principios relevantes para la convivencia en entornos digitales.

En términos generales, los resultados muestran que la experiencia digital en Río de Janeiro no se percibe únicamente como un espacio técnico o instrumental. La amplia concentración de respuestas en los niveles más altos de importancia indica que la ciudadanía asocia el uso de las tecnologías con responsabilidades vinculadas al respeto por los otros, el cuidado del entorno y la participación social. Las diferencias generacionales existen, pero son pequeñas y no alteran la tendencia general observada.

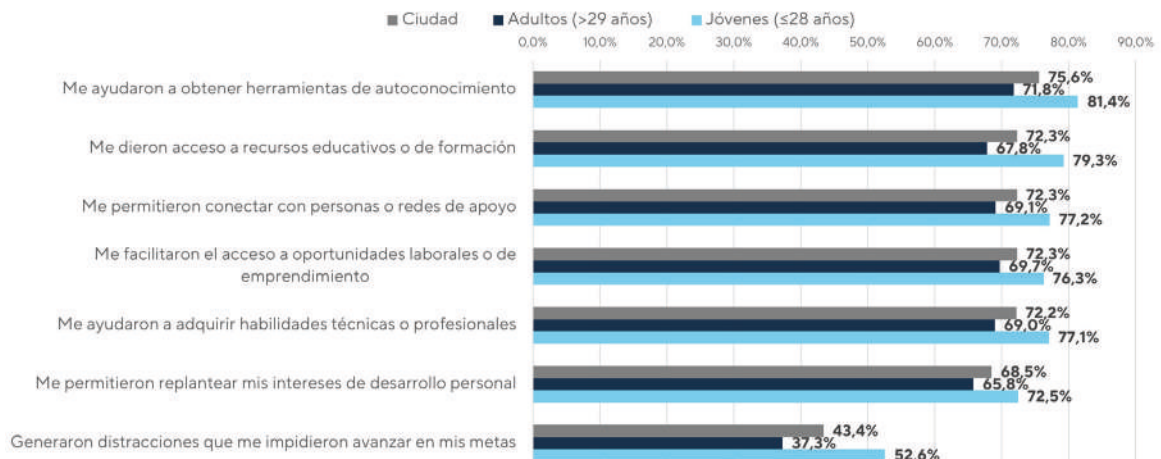
Las plataformas digitales son vistas como aliadas para el desarrollo de los proyectos de vida, especialmente entre jóvenes.

En Río de Janeiro predomina una percepción positiva sobre el papel que cumplen las plataformas digitales en las trayectorias personales. Una proporción mayoritaria de la población considera que estas herramientas contribuyen a procesos de aprendizaje, acceso a oportunidades y ampliación de redes. En la mayoría de los indicadores, además, la valoración es más alta entre la población joven.

Uno de los aportes más reconocidos es el desarrollo de herramientas de autoconocimiento. En el total de la ciudad, el 75,6% de las personas afirma que las plataformas le ayudaron en este aspecto. Entre jóvenes la proporción asciende al 81,4%, mientras que entre adultos se ubica en 71,8% (Figura 8). Esto sugiere que la experiencia digital se integra de forma relevante en procesos de exploración personal e identidad, especialmente entre las generaciones más jóvenes.

Figura 8 Pregunta: Ahora voy a leer algunas afirmaciones sobre cómo las plataformas digitales pueden haber influido en el desarrollo de tus proyectos de vida. Me gustaría saber si estás de acuerdo con cada una de ellas. [La gráfica muestra sólo las respuestas afirmativas]. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Influencia de las plataformas digitales en los proyectos de vida



Las plataformas también son percibidas como un canal de acceso a recursos educativos o de formación. El 72,3% de la ciudadanía reconoce este aporte, con una diferencia generacional marcada, 79,3% entre jóvenes frente a 67,8% entre adultos. Este patrón indi-

ca que la juventud tiende a aprovechar con mayor intensidad los entornos digitales para fortalecer procesos de aprendizaje.

Un patrón similar aparece en el acceso a oportunidades laborales o de emprendimiento. En la ciudad, el 72,3% considera que las plataformas facilitaron este tipo de oportunidades; el porcentaje alcanza 76,3% entre jóvenes y 69,7% entre adultos. De forma similar, el 72,2% de la población señala que estas herramientas le ayudaron a adquirir habilidades técnicas o profesionales, con niveles nuevamente mayores entre jóvenes (77,1%) que entre adultos (69%).

La expansión de redes personales también forma parte de estos beneficios. El 72,3% de la ciudadanía afirma que las plataformas le permitieron conectar con personas o comunidades relevantes para su desarrollo, proporción que asciende a 77,2% entre jóvenes y se ubica en 69,1% entre adultos. Asimismo, el 68,5% de la población considera que el entorno digital le permitió replantear sus intereses de desarrollo personal, con mayor presencia entre jóvenes (72,5%) que entre adultos (65,8%).

Frente a estos beneficios aparece también una dimensión de tensión. El 43,4% de la población reconoce que las plataformas generen distracciones que pueden dificultar el avance en sus metas. En este caso el patrón se invierte: la percepción es más frecuente entre jóvenes (52,6%) que entre adultos (37,3%). Esto sugiere que quienes más integran la vida digital en sus proyectos personales también perciben con mayor claridad sus posibles efectos disruptivos.

En términos generales, los resultados muestran que las plataformas digitales se perciben como recursos relevantes para el desarrollo personal, la formación y la proyección laboral. Las diferencias generacionales no cambian la dirección del fenómeno, pero sí su intensidad: la población joven incorpora con mayor fuerza tanto las oportunidades, como las tensiones asociadas a la vida conectada.

La digitalidad fortalece la productividad y el acceso a recursos para el trabajo y el estudio.

Las percepciones sobre el uso de tecnologías digitales en el ámbito educativo y profesional refuerzan la tendencia observada en otras dimensiones del análisis. En Río de Janeiro predomina una valoración positiva de las plataformas como herramientas que amplían capacidades, mejoran el desempeño y facilitan el acceso a la información. Jóvenes y adultos coinciden en esta apreciación, aunque la intensidad varía entre grupos.

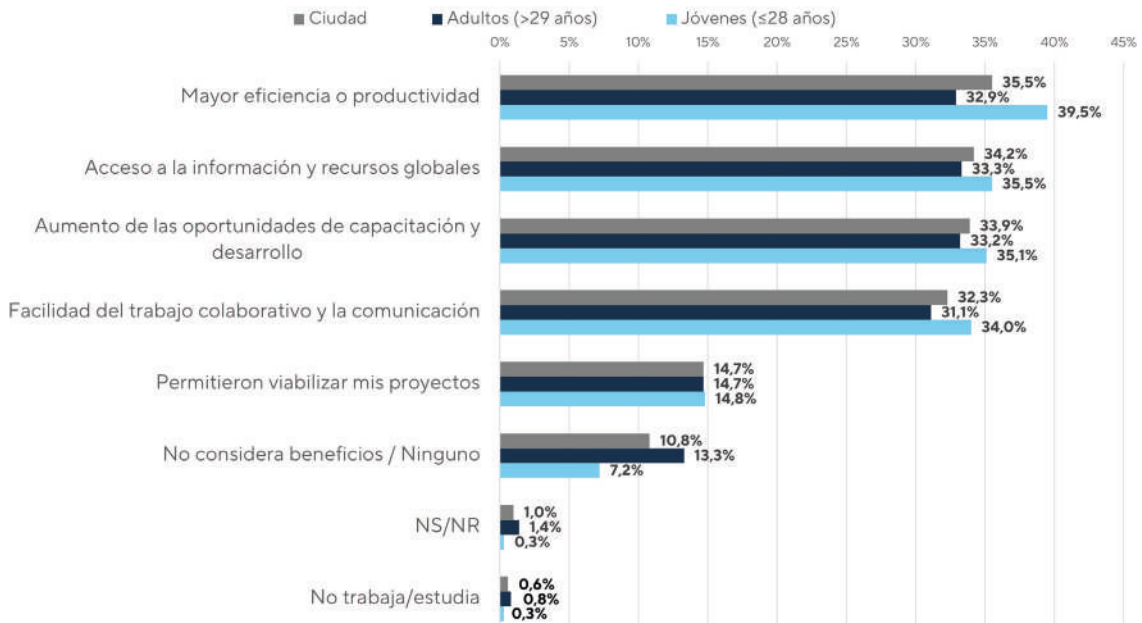
En el total de la ciudad, el 35,5% identifica como principal beneficio una mayor eficiencia o productividad. Esta proporción asciende

al 39,5% entre jóvenes y desciende al 32,9% entre adultos (Figura 9). La tecnología aparece, por tanto, como un recurso concreto para optimizar tareas y responder a las exigencias cotidianas del trabajo y el estudio.

También, se reconoce su aporte al aprendizaje y la formación. El 33,9% de la población señala el aumento de oportunidades de capacitación y desarrollo. De forma similar, entre jóvenes esta percepción alcanza el 35,1%, mientras que entre adultos se ubica en 33,2%. En una línea cercana, el 34,2% de la ciudadanía destaca el acceso a información y recursos globales, con 35,5% entre jóvenes y 33,3% entre adultos. Ambos resultados indican que la digitalidad amplía los circuitos de conocimiento y facilita la circulación de contenidos formativos.

Figura 9 Pregunta: ¿Cuál consideras el principal beneficio del uso de tecnologías digitales en tu trabajo o estudios? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Beneficios percibidos del uso de tecnología digital



El trabajo colaborativo también aparece entre los beneficios percibidos. El 32,3% de la población considera que las plataformas facilitan la comunicación y la coordinación entre personas, con porcentajes similares entre jóvenes (34%) y adultos (31,1%). Esto sugiere que las tecnologías digitales contribuyen a sostener formas de trabajo que dependen del intercambio constante de información.

Otros beneficios aparecen con menor frecuencia. El 14,7% de la ciudadanía afirma que las tecnologías han permitido viabilizar proyectos personales o profesionales. En este caso prácticamente no existen diferencias entre grupos etarios, con 14,8% entre jóvenes y 14,7% entre adultos.

La percepción negativa es minoritaria. El 10,8% de la población sostiene que no identifica beneficios en el uso de tecnologías digitales para el trabajo o los estudios⁶. Aquí la diferencia generacional es más visible, ya que esta opinión aparece en 7,2% de los jóvenes y en 13,3% de los adultos.

Los datos indican que la digitalidad se ha integrado de manera amplia en las dinámicas de trabajo y formación. La mayoría de la población reconoce que contribuye a mejorar la productividad, ampliar oportunidades de aprendizaje y facilitar el acceso a información. Aunque la evaluación es favorable en ambos grupos, la población joven tiende a identificar con mayor intensidad estos beneficios.

5.1.2. Consumo y creación cultural

Esta dimensión analiza cómo los habitantes de Río de Janeiro participan en los circuitos culturales digitales, tanto desde el consumo como desde la producción de contenidos.

El análisis comienza con las prácticas de consumo cultural mediante plataformas digitales, identificando qué actividades culturales se realizaron durante el último año y en qué formatos —presencial, virtual o mixto—. Luego se examina la creación de contenido digital, considerando qué proporción de la población produce contenidos, cuáles son las principales motivaciones para hacerlo y qué herramientas utilizan las personas que participan en estos procesos creativos. Finalmente, se analiza la relación entre contenidos de origen nacional e internacional en el consumo y la creación cultural, con el fin de observar el grado de inserción de la ciudad en circuitos culturales globales.

En conjunto, esta dimensión permite identificar cómo la digitalización amplía las posibilidades de acceso y circulación cultural, al tiempo que mantiene diferencias generacionales en los niveles de participación y producción.

Consumo cultural digital

El consumo cultural digital es amplio, pero se concentra en formatos audiovisuales y presenta diferencias generacionales claras.

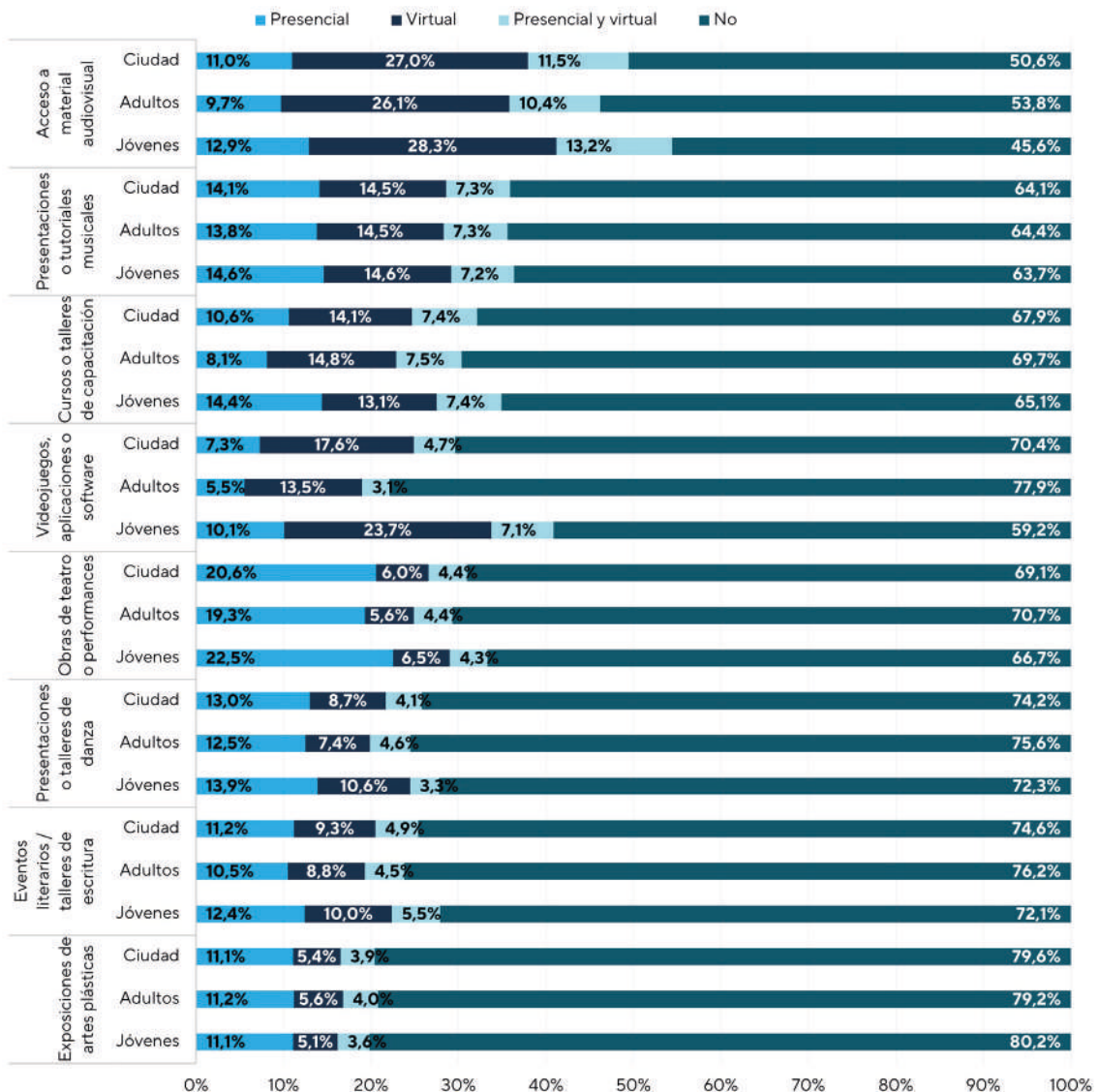
El análisis del consumo cultural digital muestra que las prácticas culturales en línea no se distribuyen de manera homogénea. En Río de Janeiro, el entorno digital amplía las posibilidades de acceso cultural, pero los niveles de participación varían según el tipo de actividad y la modalidad en que se realiza.

⁶ Esta respuesta agrupa las opciones “No considero que tenga beneficios” y “Ninguno”

El acceso al material audiovisual constituye la práctica cultural más extendida. En la ciudad, el 49,4% de la población accedió a videos, grabaciones o películas en algún formato durante los últimos doce meses. Dentro de este grupo predomina el acceso virtual, que alcanza el 27%, seguido por la combinación de formatos presencial y virtual con 11,5%, mientras que el acceso exclusivamente presencial llega al 11%. Entre jóvenes, la participación total asciende al 54,4%, con 28,3% de acceso virtual y 13,2% en modalidad mixta. Entre adultos, la participación alcanza el 46,2%, con 26,1% de acceso virtual y 10,4% en formato mixto (Figura 10). Este patrón confirma que los contenidos audiovisuales constituyen el principal punto de contacto cultural digital, y que el acceso virtual ocupa un lugar predominante.

Figura 10 Pregunta: En los últimos 12 meses, ¿ha participado en alguna de las siguientes actividades culturales como consumidor? 1- Sí, presencialmente | 2- Sí, virtualmente | 3 - Sí, presencialmente y virtualmente | 4 - No Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Actividades culturales consumidas en los últimos 12 meses



El consumo cultural relacionado con la música aparece en segundo lugar. En el total de la ciudad, el 35,9% accedió a presentaciones o contenidos musicales en algún formato. El acceso virtual representa el 14,5%, el presencial 14,1% y la modalidad mixta 7,3%. Entre jóvenes, la participación alcanza el 36,3%, con una distribución prácticamente equilibrada entre presencial y virtual, mientras que entre adultos se sitúa en 35,6%, con una estructura muy similar. La música aparece así como una práctica cultural transversal entre generaciones.

La participación en cursos o talleres culturales alcanza al 32,1% de la población. El formato virtual representa el 14,1%, el presencial 10,6% y el mixto 7,4%. Entre jóvenes, la participación llega al 34,9%, con mayor presencia del formato presencial (14,4%), mientras que entre adultos alcanza el 30,3%, con predominio del acceso virtual (14,8%). Estos resultados muestran que las actividades formativas combinan modalidades presenciales y digitales.

Las actividades escénicas también presentan niveles de participación relevantes. En el total de la ciudad, el 30,9% reporta haber asistido a obras de teatro o performances durante el último año. En este caso, el formato presencial concentra la mayor participación con 20,6%, mientras que el acceso virtual alcanza el 6% y la modalidad mixta el 4,4%. Entre jóvenes, la participación total llega al 33,3%, con 22,5% en formato presencial, mientras que entre adultos alcanza el 29,3%, con 19,3% presencial. Estos resultados indican que las artes escénicas mantienen una relación más fuerte con la experiencia presencial.

El uso de videojuegos, aplicaciones y software presenta un patrón diferente. En el total de la ciudad, el 29,6% participó en este tipo de actividades, con un claro predominio del formato virtual que alcanza el 17,6%, frente al 7,3% en modalidad presencial y 4,7% en formato mixto. Entre jóvenes, la participación asciende al 40,9%, impulsada principalmente por el acceso virtual (23,7%), mientras que entre adultos se reduce al 22,1%, con 13,5% en formato virtual. La diferencia generacional es la más marcada entre todas las actividades culturales observadas.

Las actividades relacionadas con literatura y escritura presentan niveles de participación más moderados. En el total de la ciudad el 25,4% reporta haber asistido a eventos literarios o talleres de escritura. El formato presencial concentra el 11,2%, el virtual 9,3% y el mixto 4,9%. Entre jóvenes la participación alcanza el 27,9%, mientras que entre adultos se ubica en 23,8%, manteniendo la tendencia de mayor participación juvenil.

Las exposiciones de artes plásticas registran el nivel más bajo de participación. En el total de la ciudad, el 20,4% reporta haber asistido o consultado contenidos relacionados con este campo cultural. El formato presencial representa el 11,1%, el virtual 5,4% y el mixto

3,9%. Entre jóvenes, la participación alcanza el 19,8%, mientras que entre adultos llega al 20,8%, lo que indica una presencia ligeramente mayor de la población adulta en este tipo de actividades.

Los resultados muestran que el consumo cultural digital se organiza en torno a patrones diferenciados según el tipo de actividad. Los contenidos audiovisuales concentran la mayor participación y presentan un fuerte peso del acceso virtual. Las artes escénicas y las exposiciones mantienen una presencia más asociada a la experiencia presencial, mientras que los videojuegos y aplicaciones reflejan una participación más intensa entre la población joven.

Creación de contenido digital

La creación de contenido digital es una práctica minoritaria en la ciudad, pero muestra una mayor activación entre jóvenes y una orientación predominantemente audiovisual.

La creación de contenido digital representa una forma de participación cultural distinta al consumo, pues implica intervenir activamente en la producción y circulación de contenidos. En Río de Janeiro, esta participación creativa existe, pero se mantiene en niveles mucho más bajos que el consumo cultural.

En el total de la ciudad, el 12,8% de la población declara haber creado algún tipo de contenido digital en los últimos doce meses, mientras que el 87,2% no participó en este tipo de actividades. Las diferencias generacionales son claras. Entre jóvenes la proporción asciende al 16%, mientras que entre adultos se ubica en 10,7%, lo que indica que la participación creativa es más frecuente entre la población joven.

La creación de material audiovisual constituye la práctica más extendida dentro de este universo. En el total de la ciudad, el 10,2% participó en este tipo de producción cultural en alguna modalidad. El formato virtual concentra la mayor participación con 5,6%, seguido por la producción presencial con 2,9% y la modalidad combinada con 1,7%. Entre jóvenes, la participación total alcanza el 10,7%, con mayor peso del formato virtual (6%), mientras que entre adultos llega al 9,9%, con 5,4% de producción virtual. Este patrón confirma que la producción audiovisual es la forma más frecuente de creación cultural digital.

La formación cultural aparece como la segunda actividad de creación más frecuente. En el total de la ciudad, el 7% participó en la organización o desarrollo de cursos o talleres. El formato presencial representa 3%, el virtual 2,6% y el mixto 1,4%. Entre jóvenes, la

participación alcanza el 7,9%, mientras que entre adultos se sitúa en 6,5%, manteniendo una diferencia moderada.

La creación de videojuegos, aplicaciones o software alcanza al 5,3% de la población en la ciudad. El formato virtual concentra 2,2%, seguido del presencial con 1,9% y el mixto con 1,2%. La brecha generacional es más visible en este caso. Entre jóvenes, la participación llega al 7,4%, con 3,6% en formato virtual, mientras que entre adultos desciende al 4%, con 1,3% virtual.

La producción de contenidos musicales presenta niveles similares. En el total de la ciudad el 6% declara haber dirigido presentaciones o producido análisis o tutoriales musicales. Entre jóvenes la participación alcanza el 7,4%, mientras que entre adultos se sitúa en 5%.

La organización de eventos literarios o talleres de escritura alcanza al 6,2% de la población. Entre jóvenes, la participación llega al 7,5%, mientras que entre adultos alcanza el 5,3%, manteniendo la tendencia de mayor participación juvenil.

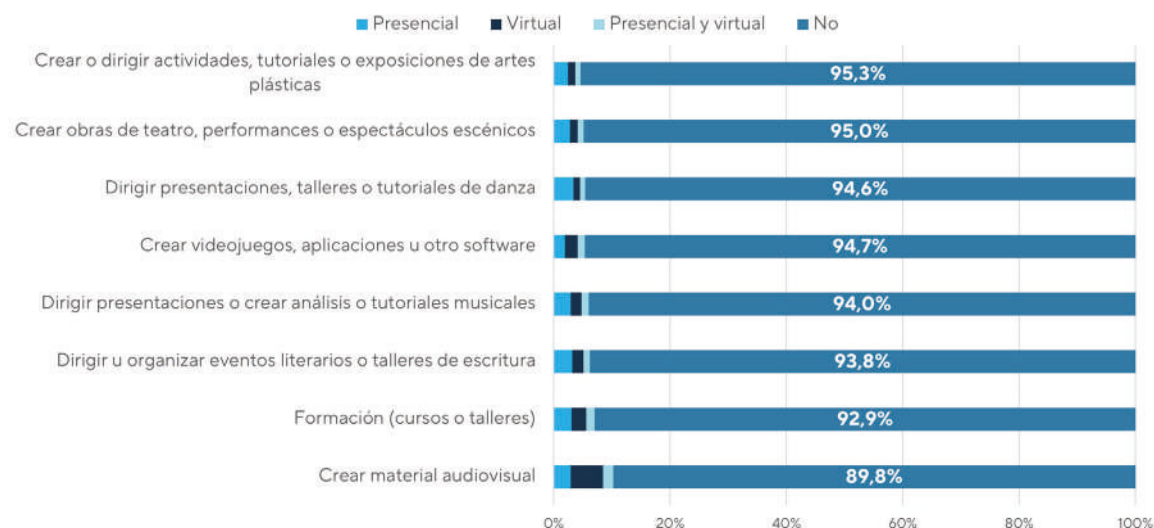
Las actividades de creación escénica, como teatro o performance, registran una participación del 5% en el total de la ciudad. Entre jóvenes la cifra asciende al 6%, mientras que entre adultos alcanza el 4,4%.

La dirección de talleres o tutoriales de danza presenta una participación del 5,4% en la ciudad, con 5,8% entre jóvenes y 5,1% entre adultos.

Finalmente, la creación de contenidos relacionados con artes plásticas alcanza al 4,6% de la población. Entre jóvenes la participación llega al 4,8%, mientras que entre adultos se sitúa en 4,7%.

Figura 11 Pregunta: En los últimos 12 meses, ¿ha realizado alguna de las siguientes actividades culturales como creador? 1- Sí, para formato presencial | 2- Sí, para formato virtual | 3 - Sí, para formato presencial y virtual | 4 - No. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Producción cultural en el último año



En términos generales, los resultados muestran que la autoría digital no está ampliamente difundida en la ciudad. En todas las actividades analizadas, más del 89% de la población declara no haber participado en procesos de creación cultural durante el último año (Figura 11). Sin embargo, las diferencias generacionales se repiten de manera consistente. La población joven presenta niveles ligeramente más altos de participación en casi todas las actividades, especialmente en aquellas vinculadas a la producción audiovisual y a la creación tecnológica.

De acuerdo con los resultados, la creación cultural digital en Río de Janeiro se mantiene como una práctica relativamente selectiva. Aunque las plataformas digitales amplían las posibilidades de producción y circulación cultural, la participación activa en estos procesos continúa concentrándose en una minoría de la población.

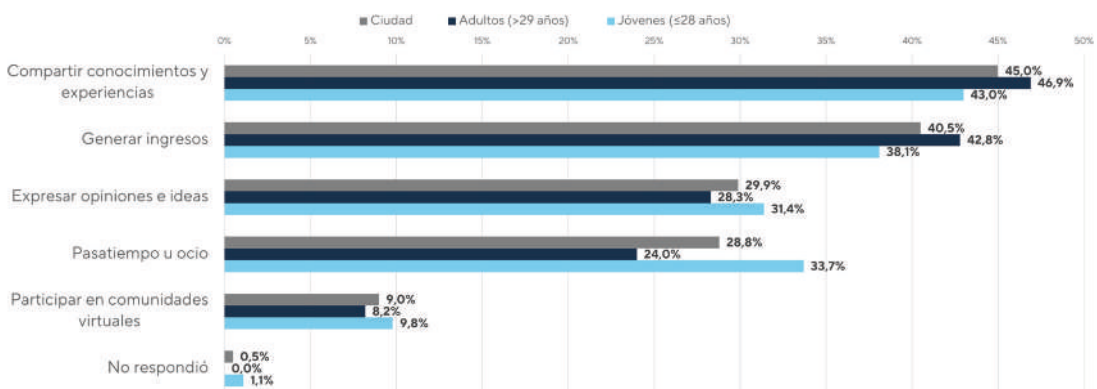
Las motivaciones para crear contenido digital combinan transmisión de conocimiento, oportunidades económicas y expresión personal.

Entre quienes afirmaron haber creado contenido digital en los últimos doce meses (12,8% de la ciudad, 16% entre jóvenes y 10,7% entre adultos), la principal motivación es compartir conocimientos y experiencias. En el total de la ciudad, el 45% de las personas creadoras menciona esta razón. La proporción es ligeramente mayor entre adultos (46,9%) que entre jóvenes (43%), lo que sugiere que en la adultez la creación tiende a vincularse con la transmisión de saberes y la circulación de experiencias acumuladas (Figura 12).

La segunda motivación corresponde a la generación de ingresos. En el total de la ciudad, el 40,5% señala esta razón para producir contenidos digitales. Las diferencias por edad son moderadas. El 38,1% de jóvenes menciona este objetivo, mientras que entre adultos la proporción alcanza el 42,8%, lo que indica que la dimensión económica atraviesa la práctica creativa digital en ambos grupos etarios.

Figura 12 Pregunta: ¿Cuáles son sus principales motivaciones para crear contenido digital? [Sólo para quienes respondieron "Sí" a la pregunta: ¿Has creado algún tipo de contenido digital en los últimos 12 meses?] Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Actividades culturales consumidas en los últimos 12 meses



El componente expresivo aparece en tercer lugar. El 29,9% de la población creadora afirma que produce contenidos para expresar opiniones e ideas. En este caso, la diferencia generacional es pequeña. Entre jóvenes, la proporción alcanza el 31,4%, mientras que entre adultos se sitúa en 28,3%, lo que muestra que la dimensión discursiva está presente en ambos grupos.

El carácter recreativo de la creación digital introduce una brecha generacional más visible. El 28,8% de las personas creadoras menciona el pasatiempo o el ocio como motivación para producir contenidos. Sin embargo, entre jóvenes, la proporción asciende al 33,7%, mientras que entre adultos desciende al 24%. Esto indica que la creación digital se vincula con mayor frecuencia al entretenimiento y la experimentación entre la población joven.

La participación en comunidades virtuales aparece con menor frecuencia. En el total de la ciudad, el 9% menciona esta razón, con valores similares entre jóvenes (9,8%) y adultos (8,2%).

Los resultados muestran que la creación digital en Río de Janeiro combina tres orientaciones principales. La transmisión de conocimientos, la búsqueda de oportunidades económicas y la expresión personal concentran la mayor parte de las motivaciones. Las diferencias generacionales no modifican esta estructura general, pero sí introducen matices. Entre adultos la creación se vincula ligeramente más con el intercambio de saberes y con objetivos económicos, mientras que entre jóvenes aparece con mayor fuerza el componente lúdico y expresivo de la producción digital.

Las redes sociales constituyen la principal herramienta para la creación de contenido digital.

Las herramientas digitales utilizadas por quienes crean contenido muestran que la producción cultural en línea se apoya, principalmente, en plataformas de redes sociales. Entre las personas creadoras de contenido en Río de Janeiro, estas plataformas aparecen como el recurso más extendido para producir y compartir material digital.

En el total de la ciudad, el 70,7% de las personas que crean contenido señala utilizar plataformas de redes sociales como Instagram o YouTube. Las diferencias por edad son reducidas. Entre jóvenes, la proporción alcanza el 72,2%, mientras que entre adultos se sitúa en 69,1%. Esto indica que las redes sociales constituyen la herramienta más generalizada para la creación y circulación de contenidos digitales.

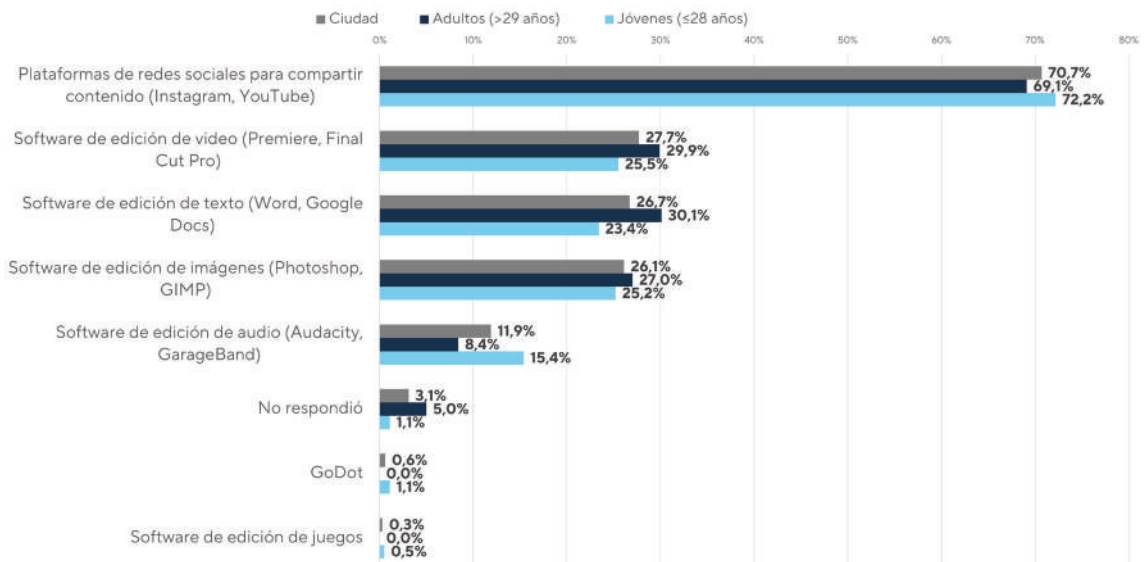
El uso de programas de edición aparece con una frecuencia considerablemente menor. El 27,7% de las personas creadoras utiliza

software de edición de video, lo que lo convierte en la herramienta técnica más frecuente después de las redes sociales. En este caso, la proporción es algo mayor entre adultos (29,9%) que entre jóvenes (25,5%).

Una proporción similar corresponde al uso de software de edición de texto, utilizado por el 26,7% de quienes producen contenidos digitales. La diferencia generacional es más visible en este caso. Entre adultos el uso alcanza el 30,1%, mientras que entre jóvenes se ubica en 23,4%.

Figura 13 Pregunta: ¿Qué herramientas digitales utiliza para crear contenido? [Sólo para quienes respondieron "Sí" a la pregunta: ¿Has creado algún tipo de contenido digital en los últimos 12 meses?] Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Herramientas para la creación de contenido digital



Los programas de edición de imágenes también forman parte del repertorio de herramientas utilizadas en la creación digital. En el total de la ciudad, el 26,1% de las personas creadoras emplea este tipo de software. Las diferencias entre grupos etarios son reducidas, con 25,2% entre jóvenes y 27% entre adultos.

El uso de software de edición de audio aparece con menor frecuencia. En el total de la ciudad, el 11,9% de quienes crean contenido declara utilizar este tipo de herramientas. En este caso, la diferencia generacional es más marcada. Entre jóvenes, la proporción alcanza el 15,4%, mientras que entre adultos se sitúa en 8,4%.

Los resultados muestran que la creación de contenido digital en Río de Janeiro se organiza en torno a una estructura de herramientas claramente jerarquizada. Las redes sociales concentran la mayor parte de la actividad creativa, mientras que el uso de programas de edición aparece en proporciones menores.

Las diferencias por edad son, en general, acotadas y no configuran un patrón único. La principal excepción aparece en el uso

de software de edición de audio, más frecuente entre jóvenes, mientras que en herramientas como edición de video y de texto la participación adulta es ligeramente mayor.

Internacionalización cultural

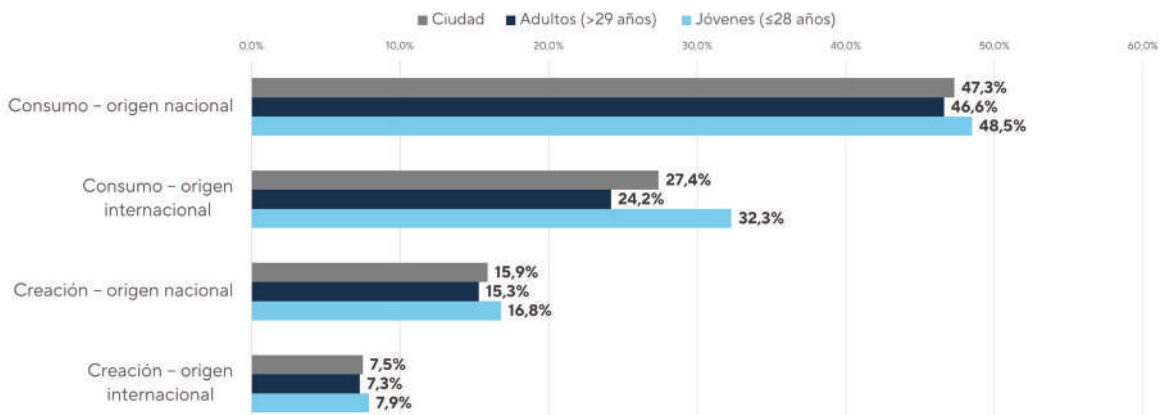
El consumo cultural digital incorpora más contenidos internacionales que la creación.

La internacionalización cultural en entornos digitales muestra que la circulación de contenidos entre países no se produce de manera uniforme entre consumo y creación. En Río de Janeiro, los datos indican que la apertura hacia repertorios culturales internacionales es más visible en las prácticas de consumo que en las de producción cultural digital. Los porcentajes presentados a continuación, corresponden al promedio de la distribución de actividades reportadas por las personas encuestadas, es decir, a la proporción promedio de contenidos de origen nacional e internacional en sus prácticas de consumo y creación.

En el total de la ciudad, el 47,3% de las actividades de consumo cultural digital corresponde a contenidos de origen nacional, mientras que el 27,4% se vincula con contenidos de origen internacional. Las diferencias generacionales son visibles. Entre jóvenes, el consumo internacional alcanza el 32,3%, mientras que entre adultos se sitúa en 24,2%. En contraste, el consumo de contenidos nacionales es ligeramente menor entre adultos (46,6%) que entre jóvenes (48,5%) (Figura 14). Estos resultados sugieren que la población joven mantiene una exposición más intensa a repertorios culturales globales.

Figura 14 Pregunta: En los últimos 12 meses, al consumir o crear contenido digital, ¿qué porcentaje de sus actividades estuvo relacionado con contenido nacional e internacional? [Resultados Promedio - (Escala entre 0% y 100%)] Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Consumo y creación de contenido digital: nacional x internacional



En el plano de la creación de contenidos digitales, la presencia internacional es más limitada. En el total de la ciudad, el 15,9% de las actividades creativas corresponde a contenidos de origen nacio-

nal, mientras que solo el 7,5% se vincula con contenidos de origen internacional. Entre jóvenes, la creación internacional alcanza el 7,9%, mientras que entre adultos se sitúa en 7,3%. La creación de contenidos nacionales alcanza el 16,8% entre jóvenes y el 15,3% entre adultos. Aunque existen diferencias generacionales, estas son moderadas y no modifican el patrón general.

Los resultados muestran que la circulación cultural digital en la ciudad presenta una asimetría clara entre consumo y creación. Mientras el acceso a contenidos internacionales forma parte de las prácticas de consumo con relativa frecuencia, la producción cultural digital continúa concentrándose principalmente en contenidos de origen nacional.

Las diferencias por edad se manifiestan con mayor claridad en el consumo. La población joven accede con mayor frecuencia a contenidos internacionales, mientras que en la creación digital las diferencias generacionales son más reducidas. Esto sugiere que la exposición a repertorios culturales globales no se traduce necesariamente en una mayor proyección internacional de la producción cultural digital.

En conjunto, los resultados indican que el entorno digital facilita el acceso a contenidos culturales de distintas procedencias, pero la producción creativa continúa orientándose principalmente hacia circuitos nacionales. El ecosistema cultural digital de la ciudad se muestra así más abierto a la recepción de contenidos globales que a la exportación de producciones propias hacia audiencias internacionales.

5.1.3. Esfera personal

Esta dimensión explora cómo la vida digital incide en las experiencias personales de los habitantes de Río de Janeiro, particularmente en su bienestar emocional y en la forma en que se organizan las interacciones cotidianas.

El análisis aborda las emociones asociadas a las interacciones digitales en comparación con las presenciales, los cambios en el estado de ánimo vinculados al uso de redes sociales y las reacciones emocionales ante la falta de acceso al celular o internet. También examina la frecuencia con la que las personas prefieren conectarse a internet en lugar de interactuar cara a cara.

Por último, se analizan las prácticas de desconexión voluntaria o "dieta digital", identificando qué tan extendidas están estas pausas en el uso de redes sociales y cuánto tiempo duran.

En conjunto, esta dimensión permite observar cómo la digitalidad atraviesa la esfera personal, influyendo en la experiencia emocional, la sociabilidad cotidiana y la organización del tiempo.

Bienestar emocional y salud digital

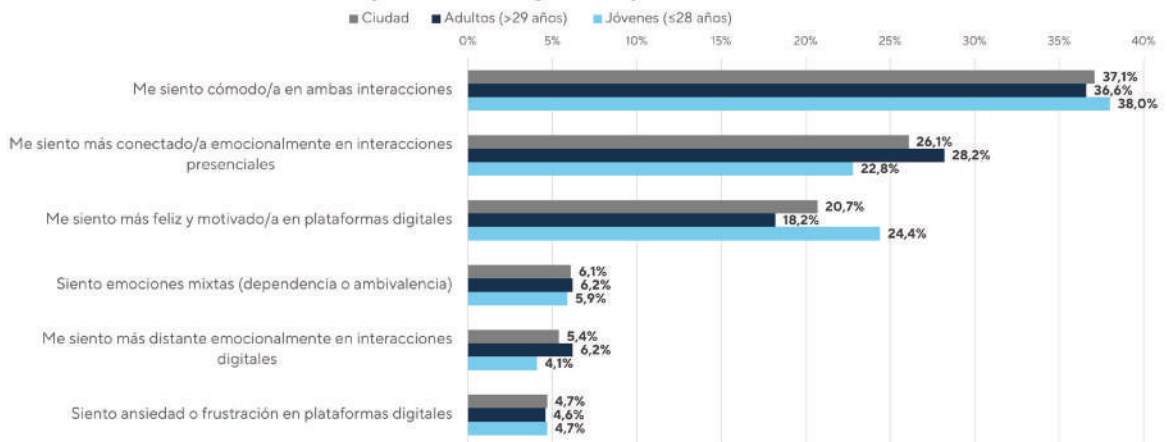
Las emociones digitales no sustituyen lo presencial, pero sí reconfiguran la experiencia afectiva.

El bienestar emocional y la salud digital permiten observar cómo las personas experimentan sus interacciones en entornos conectados. Cuando se comparan las emociones asociadas a las interacciones digitales y presenciales, el panorama que emerge no es de sustitución de un espacio por otro, sino de convivencia entre ambos.

En Río de Janeiro, la respuesta más frecuente es sentirse cómodo tanto en interacciones digitales como presenciales. En el total de la ciudad, el 37,1% se identifica con esta afirmación. La proporción es muy similar entre grupos etarios, con 38% entre jóvenes y 36,6% entre adultos. Esto sugiere que una parte importante de la población se ha adaptado a interactuar emocionalmente en ambos entornos (Figura 15).

Figura 15 Pregunta: Sobre las emociones en las interacciones en plataformas e interacciones presenciales, ¿con cuál de las afirmaciones más te identificas? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Emociones en las interacciones: plataformas digitales x presenciales



La segunda posición corresponde a quienes señalan sentirse más conectados emocionalmente en interacciones presenciales. Esta respuesta reúne al 26,1% de la ciudad. Aquí aparece una diferencia generacional clara. Entre adultos, la proporción alcanza 28,2%, mientras que entre jóvenes se ubica en 22,8%, lo que indica una mayor valoración adulta de la presencialidad como espacio de vínculo afectivo.

En contraste, 20,7% de la población afirma sentirse más feliz y motivada en plataformas digitales. En este caso, la tendencia se invierte. Entre jóvenes, la proporción asciende a 24,4%, frente a 18,2% entre adultos, lo que sugiere que la experiencia emocional positiva en entornos digitales es más frecuente entre la población joven.

Las respuestas asociadas a experiencias emocionales más problemáticas tienen menor peso, aunque no son irrelevantes. El 5,4% señala sentirse más distante emocionalmente en interacciones digitales, 4,7% afirma experimentar ansiedad o frustración con mayor frecuencia en plataformas digitales y 6,1% reporta emociones mixtas como dependencia o ambivalencia.

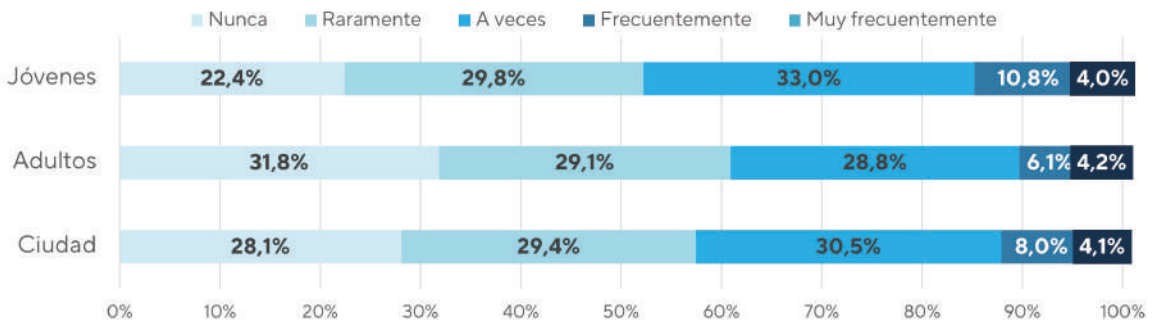
Los resultados muestran que las interacciones digitales no desplazan las presenciales, pero sí amplían el repertorio emocional de la vida cotidiana. Mientras los adultos tienden a valorar más la conexión afectiva cara a cara, los jóvenes muestran una mayor inclinación a experimentar emociones positivas en entornos digitales.

Preferencia por conexión digital frente a interacción presencial.

Cuando se indaga por la frecuencia con la que las personas prefieren conectarse a internet en lugar de compartir tiempo con otras personas, el patrón predominante en Río de Janeiro es de baja sustitución de la interacción presencial.

En la ciudad, el 57,5% declara que raramente (29,4%) o nunca (28,1%) prefiere internet sobre la interacción cara a cara (Figura 16). Esta tendencia es más marcada entre adultos, entre quienes el 60,9% se ubica en estas categorías (29,1% raramente y 31,8% nunca), frente a 52,2% entre jóvenes (29,8% raramente y 22,4% nunca).

Preferencia entre conexión a Internet con respecto a la interacción presencial



En el extremo opuesto, 12,1% de la población afirma hacerlo frecuentemente o muy frecuentemente (4,1% muy frecuentemente y 8% frecuentemente). La diferencia generacional es clara. Entre jóvenes, esta proporción alcanza 14,8% (4% muy frecuentemente y 10,8% frecuentemente), mientras que entre adultos desciende a 10,3% (4,2% muy frecuentemente y 6,1% frecuentemente).

La categoría intermedia —a veces (30,5%)— revela una zona de negociación cotidiana entre conexión digital e interacción presencial. Esta opción es más frecuente entre jóvenes (33%) que entre

Figura 16 Pregunta: ¿Con qué frecuencia prefieres estar conectado a Internet en lugar de estar con otras personas (como tu pareja, tus hijos o tus padres)? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

adultos (28,8%), lo que sugiere una mayor flexibilidad juvenil en la alternancia entre ambos espacios de interacción.

En síntesis, la conexión digital forma parte de la vida cotidiana, pero no reemplaza de manera sistemática la sociabilidad presencial. La preferencia por interactuar cara a cara sigue siendo dominante, aunque los jóvenes muestran mayor disposición a alternar entre ambos espacios de interacción.

La desconexión genera más indiferencia que angustia, pero la ansiedad es mayor entre jóvenes.

Las emociones asociadas a quedarse sin celular, internet o redes sociales ofrecen una señal clara de cómo se vive la interrupción de la conexión digital en la vida cotidiana. En Río de Janeiro, la reacción más frecuente es la indiferencia, mencionada por el 34,3% de la población. Esta respuesta presenta diferencias generacionales visibles. Entre adultos, alcanza 37,1%, mientras que entre jóvenes se sitúa en 30,2% (Figura 17). Esto indica que una parte importante de la población adulta experimenta la desconexión sin una reacción emocional marcada.

Sensaciones al quedarse sin teléfono celular, Internet o redes sociales

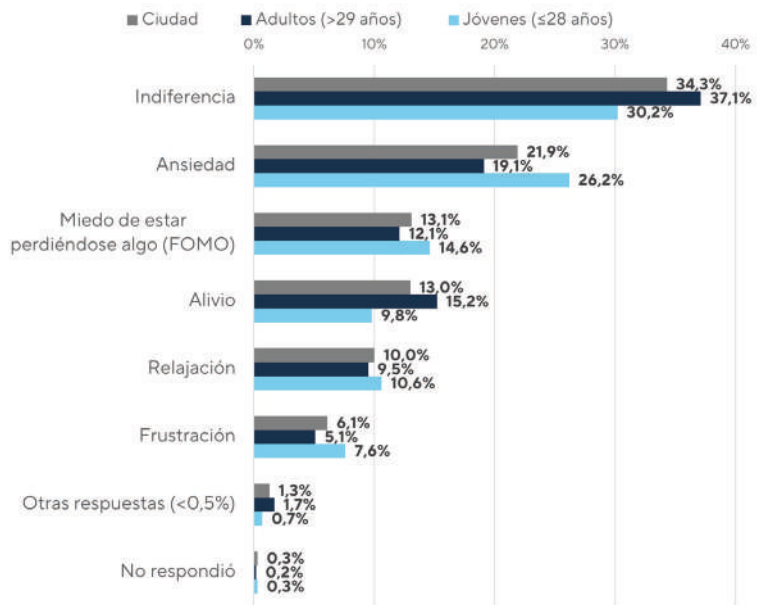


Figura 17 Pregunta: ¿Cuál es la sensación principal que experimentas cuando no tienes acceso a tu teléfono celular, Internet o redes sociales? [La categoría “Otras respuestas (<0,5%)” agrupa las opciones seleccionadas por menos del 0,5% de las personas encuestadas. Estas incluyen aburrimiento, preocupación, soledad, libertad, tranquilidad, vacío, estar desconectado, sentirse perdido, inseguridad, angustia, dependencia, nerviosismo, paz y rabia.] Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

La segunda reacción más mencionada es la ansiedad, señalada por el 21,9% de la población. Aquí aparece una brecha etaria clara. Entre jóvenes, la proporción asciende a 26,2%, mientras que entre adultos desciende a 19,1%. La interrupción digital tiende, por tanto, a generar mayor inquietud emocional entre la población joven.

Otras respuestas introducen una dimensión más ambivalente. El 13,1% afirma experimentar miedo a estar perdiéndose algo (FOMO) cuando no tiene acceso a redes o internet. Esta sensación es ligeramente más frecuente entre jóvenes (14,6%) que entre adultos (12,1%).

Las emociones asociadas al descanso también están presentes. El 13% declara sentir alivio, proporción que aumenta a 15,2% entre adultos y desciende a 9,8% entre jóvenes. A su vez, 10% menciona relajación, con diferencias menores entre grupos etarios (10,6% jóvenes y 9,5% adultos). En el otro extremo aparece la frustración, mencionada por 6,1% de la población (7,6% entre jóvenes y 5,1% entre adultos).

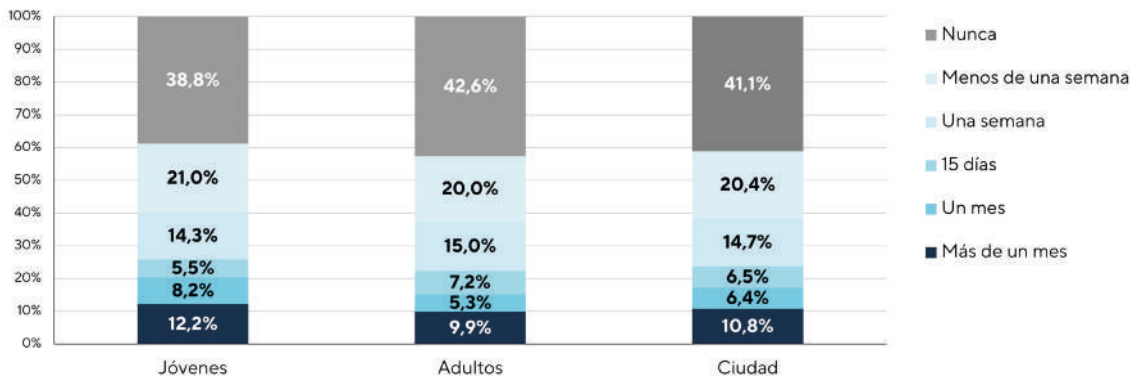
Este panorama sugiere que la desconexión digital no produce una reacción emocional única. La indiferencia es la respuesta predominante, pero convive con sensaciones de ansiedad, alivio y temor a perderse información. La diferencia generacional es consistente: los jóvenes reportan con mayor frecuencia ansiedad, frustración y miedo a perderse algo, mientras que los adultos tienden ligeramente más a experimentar indiferencia o alivio ante la interrupción digital.

La no-desconexión es la norma, pero los jóvenes ensayan pausas más prolongadas.

Las prácticas de desconexión voluntaria —o “dieta digital”— permiten observar cómo las personas regulan su relación con las plataformas. En Río de Janeiro, una proporción considerable de la población declara no haber realizado nunca este tipo de pausas. En el total de la ciudad, el 41,1% señala que nunca se ha desconectado voluntariamente de las redes sociales (Figura 18). Esta proporción asciende a 42,6% entre adultos y desciende a 38,8% entre jóvenes, lo que indica que la continuidad en el uso de plataformas es ligeramente más frecuente en la población adulta.

Figura 18 Pregunta: ¿Durante cuánto tiempo ya te desconectaste voluntariamente o hiciste una «dieta» de las redes sociales? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Tiempo de desconexión voluntaria



Si se suma a quienes nunca se desconectan (41,1%) quienes lo hacen por menos de una semana (20,4%), el 61,5% de la población no incorpora pausas prolongadas en su relación con las redes sociales.

Entre quienes sí realizan algún tipo de interrupción, los jóvenes tienden a concentrar las pausas más largas. El 12,2% declara haber realizado desconexiones de más de un mes, frente a 9,9% entre adultos. De forma similar, 8,2% de los jóvenes reporta pausas de un mes, mientras que entre adultos esta proporción se sitúa en 5,3%.

En contraste, las interrupciones de duración media presentan diferencias menores. Las pausas de una semana reúnen al 14,7% de la ciudad (14,3% jóvenes y 15% adultos), mientras que las de 15 días alcanzan 6,5% (5,5% jóvenes y 7,2% adultos).

Este patrón indica que la desconexión voluntaria no constituye una práctica ampliamente extendida. Sin embargo, cuando ocurre, la población joven tiende a realizar pausas más prolongadas, mientras que los adultos muestran trayectorias de uso más continuas y estables.

El efecto emocional de las redes es mayoritariamente estable, pero más volátil entre jóvenes.

El impacto emocional del uso de redes sociales no es uniforme, aunque una parte importante de la población declara estabilidad en su estado de ánimo después de utilizarlas. En Río de Janeiro, el 52% afirma que su humor no cambia significativamente tras pasar tiempo en redes sociales (Figura 19). Esta estabilidad es más frecuente entre adultos (56,5%) que entre jóvenes (45,3%), lo que sugiere que la experiencia emocional digital tiende a ser más intensa entre las generaciones más jóvenes.

Sin embargo, casi la mitad de la población reporta algún tipo de efecto emocional. Entre quienes describen efectos positivos, el 19,1% declara sentirse más motivado o positivo después de usar redes sociales. Esta reacción es más común entre jóvenes (23,9%) que entre adultos (15,8%).

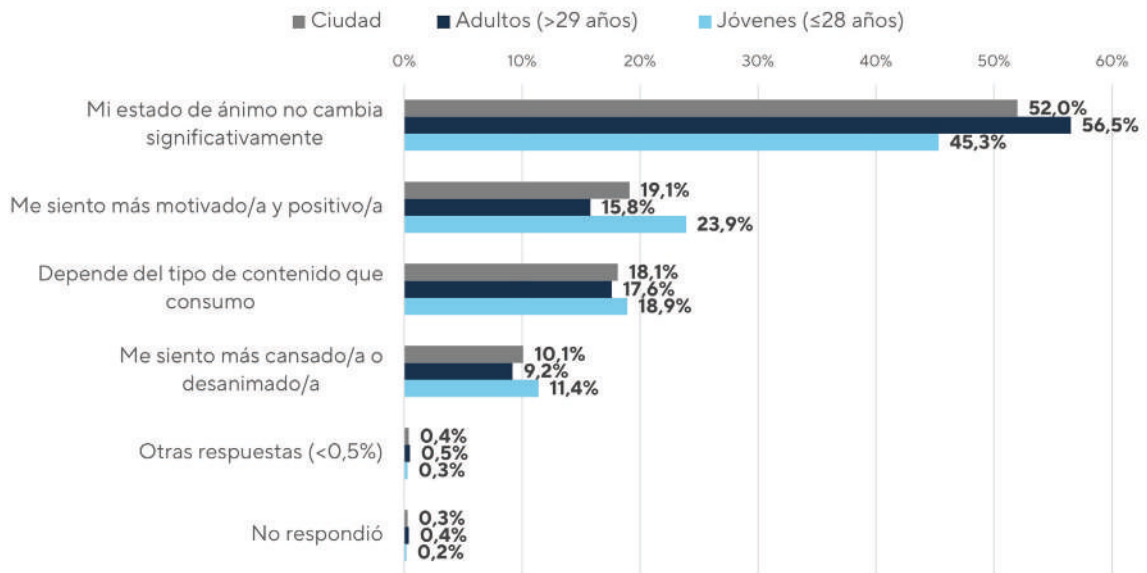
Otro 18,1% señala que su estado de ánimo depende del tipo de contenido consumido, con diferencias mínimas entre jóvenes (18,9%) y adultos (17,6%). Este resultado sugiere que el impacto emocional de las redes no está determinado únicamente por el tiempo de uso, sino también por la naturaleza del contenido que circula en ellas.

En el extremo opuesto, el 10,1% afirma sentirse más cansado o desanimado después de usar redes sociales. Las diferencias por edad son relativamente pequeñas, con 11,4% entre jóvenes y 9,2% entre adultos.

Los datos indican que la experiencia emocional asociada a las redes sociales es mayoritariamente estable, pero no completamente neutra. Una proporción importante de la población experimenta cambios anímicos vinculados al contenido consumido o a la intensidad de la interacción digital. La diferencia generacional es consistente: los jóvenes presentan mayor activación emocional, tanto en términos de motivación como de fluctuaciones en el estado de ánimo, mientras que los adultos reportan con mayor frecuencia estabilidad emocional tras el uso de redes.

5.1.4. Cohesión social y ciudadanía digital

Efecto de las redes sociales en el humor



Esta dimensión examina cómo la transformación digital incide en la vida colectiva en Río de Janeiro, particularmente en la confianza entre las personas, en la forma en que se configuran las relaciones interpersonales y en las prácticas de participación ciudadana mediadas por plataformas digitales.

El análisis aborda las preocupaciones asociadas a las interacciones en redes sociales, los cambios percibidos en la confianza hacia los demás, las razones para utilizar identidades ficticias y las experiencias de victimización digital. También examina el tamaño y la cercanía de las redes sociales, las modalidades de relación con distintos grupos —familia, amigos, vecinos y colegas— y la influencia de las plataformas en la frecuencia y calidad de estos vínculos.

Finalmente, se analizan las formas de participación en comunidades en línea, actividades comunitarias y causas sociales mediadas por plataformas digitales.

Figura 19 Pregunta: ¿Qué cambios notas en tu estado de ánimo después de pasar un tiempo en las redes sociales? [La categoría "Otras respuestas (<0,5%)" agrupa las opciones seleccionadas por menos del 0,5% de las personas encuestadas. Estas incluyen sentirse irritado/a, nervioso/a, mentalmente despejado/a, calmado/a, frustrado/a y tranquilo/a]. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

En conjunto, esta dimensión permite observar cómo la digitalidad reconfigura patrones de confianza, sociabilidad y participación en la ciudad, combinando dinámicas de acercamiento, cautela y diferencias generacionales en la forma de habitar los entornos conectados.

Confianza social

El fraude y la seguridad de la información concentran las principales preocupaciones en redes sociales, por encima de los conflictos interpersonales.

Las preocupaciones asociadas a las interacciones en redes sociales se concentran principalmente en riesgos vinculados a la seguridad y al control de la información personal. En Río de Janeiro, las situaciones que generan mayor inquietud no se relacionan primero con tensiones interpersonales, sino con posibles afectaciones materiales y con la vulneración de datos.

La principal preocupación en la ciudad son las estafas o fraudes, mencionadas por el 61,3% de la población. Esta percepción es ligeramente mayor entre adultos (63,1%) que entre jóvenes (58,6%) (Figura 20). En segundo lugar aparece el robo de información o identidad, señalado por el 38,8% de la población, con una diferencia similar entre adultos (41,1%) y jóvenes (35,3%). En ambos casos, la inquietud es alta en los dos grupos etarios, aunque más intensa entre la población adulta.

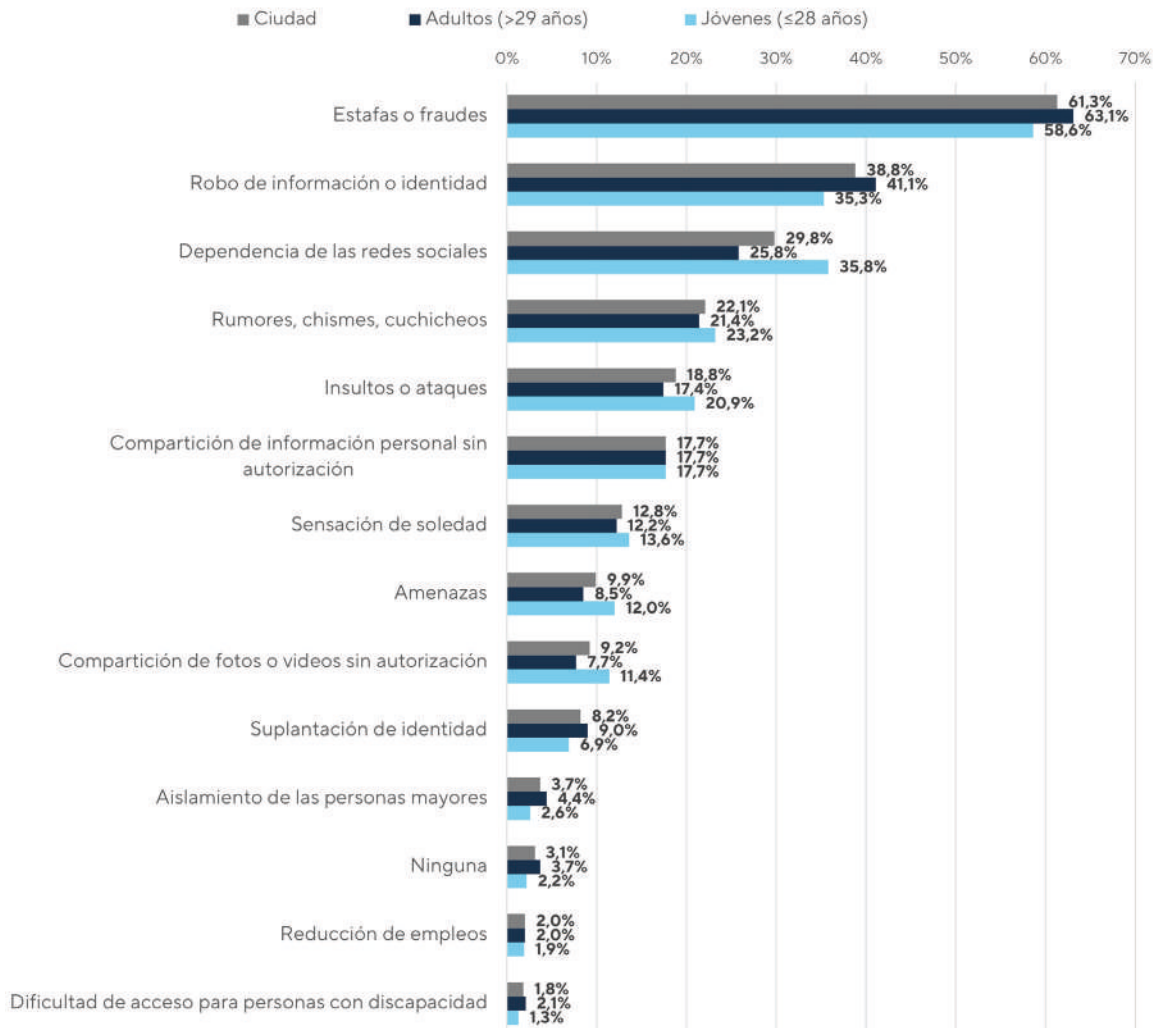
Un segundo bloque de preocupaciones se vincula con dinámicas sociales y emocionales. La dependencia de las redes sociales es mencionada por el 29,8% de la población, pero aquí el patrón se invierte. Entre jóvenes, alcanza 35,8%, mientras que entre adultos se ubica en 25,8%, lo que sugiere una mayor sensibilidad juvenil frente al uso intensivo de plataformas. Los rumores, chismes o cuchicheos preocupan al 22,1% de la ciudad, y los insultos o ataques al 18,8%, también con niveles algo más altos entre jóvenes (23,2% y 20,9%, respectivamente) que entre adultos (21,4% y 17,4%).

Las amenazas asociadas a la exposición no autorizada también tienen una presencia relevante. La compartición de información personal sin autorización es señalada por el 17,7% de la población, con proporciones iguales entre jóvenes y adultos (17,7% en ambos casos). La compartición de fotos o videos sin autorización alcanza el 9,2% en la ciudad, pero aumenta a 11,4% entre jóvenes y desciende a 7,7% entre adultos. Las amenazas reúnen al 9,9% de la población, con una preocupación más alta entre jóvenes (12%) que entre adultos (8,5%).

Otras inquietudes aparecen con menor frecuencia. La sensación de soledad alcanza el 12,8%, con niveles muy cercanos entre jóvenes (13,6%) y adultos (12,2%). La suplantación de identidad se ubica en 8,2%, aunque en este caso preocupa un poco más a los adultos (9%) que a los jóvenes (6,9%). En contraste, solo el 3,1% de la población declara no tener ninguna preocupación frente a las interacciones en redes sociales, con 2,2% entre jóvenes y 3,7% entre adultos.

Figura 20 Pregunta: ¿Cuál de las siguientes situaciones te preocupa más en relación con las interacciones en las redes sociales? ¿Alguna más? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Principales preocupaciones en las interacciones en redes sociales



Este panorama indica que la principal inquietud ciudadana no se ubica en los conflictos cotidianos entre personas, sino en riesgos asociados al fraude, la pérdida de control sobre la información y la vulneración de la privacidad. Las diferencias por edad no alteran esa jerarquía general, aunque sí muestran que la población joven expresa con mayor frecuencia preocupaciones ligadas a la dependencia, la agresión y la exposición no autorizada.

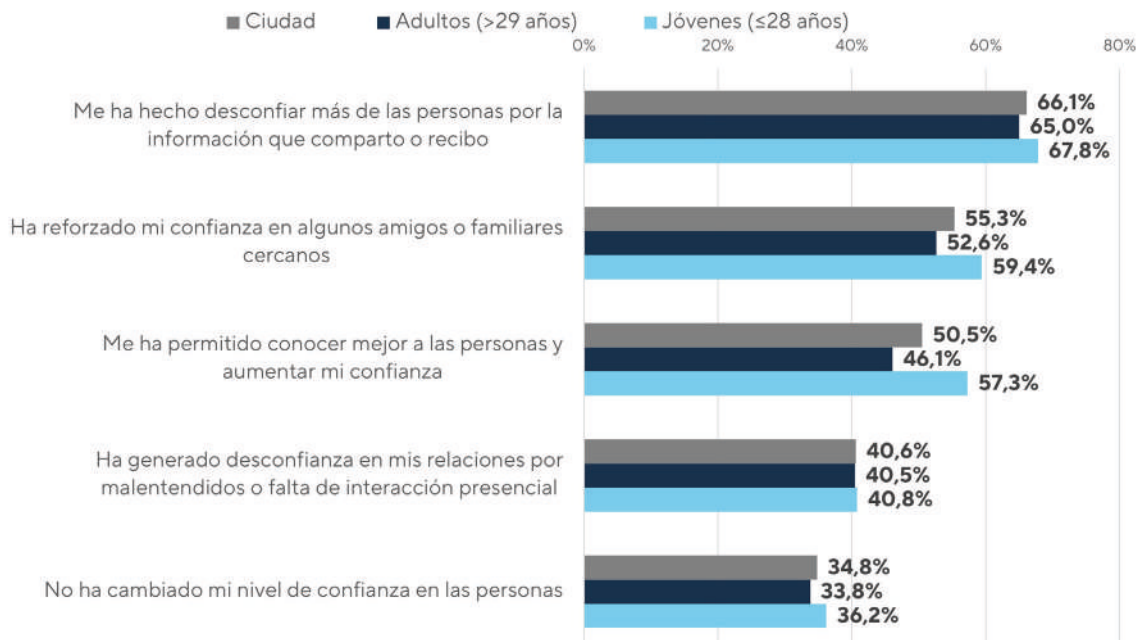
La tecnología incrementa la desconfianza hacia los desconocidos, pero al mismo tiempo fortalece la confianza en los vínculos cercanos.

Las percepciones sobre el impacto de las redes sociales en la confianza muestran un patrón dual en Río de Janeiro. Por un lado, aumenta la cautela frente a otras personas en el entorno digital; por otro, las plataformas también contribuyen a reforzar la confianza en relaciones cercanas.

Figura 21 Pregunta: Ahora voy a leer algunas afirmaciones sobre cómo tu nivel de confianza en relación con otras personas puede haber cambiado por el uso de las redes sociales y de la tecnología digital. Para cada una de ellas, me gustaría saber si estás de acuerdo. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

La reacción más extendida apunta a una mayor desconfianza frente a la información que circula en línea. El 66,1% de la población afirma que el uso de redes sociales lo ha hecho desconfiar más de las personas debido a la información que comparte o recibe. La diferencia generacional es mínima: 67,8% entre jóvenes y 65% entre adultos (Figura 21). La alerta frente a la circulación de información aparece, por tanto, como una experiencia ampliamente compartida.

Confianza en las relaciones e impacto de la tecnología digital



Al mismo tiempo, más de la mitad de la población reconoce efectos positivos en la confianza hacia personas cercanas. El 55,3% afirma que la tecnología ha reforzado su confianza en algunos amigos o familiares cercanos. Entre jóvenes, esta proporción alcanza 59,4%, mientras que entre adultos se sitúa en 52,6%, lo que indica una presencia algo mayor de este efecto entre las generaciones más jóvenes.

Un tercer resultado apunta a la posibilidad de construir confianza a partir de un mayor conocimiento de otras personas. El 50,5% de la población considera que las plataformas le han permitido conocer mejor a otros y aumentar su confianza en ellos. En este caso, la diferencia generacional es más marcada: 57,3% entre jóvenes frente a 46,1% entre adultos, lo que sugiere una mayor apertura juvenil a generar vínculos de confianza mediante interacciones digitales.

También aparece una percepción de deterioro relacional vinculada a malentendidos o a la falta de interacción presencial. El 40,6% de la ciudad afirma que las redes han generado desconfianza en sus relaciones por estas razones. Los valores son prácticamente equivalentes entre grupos etarios: 40,8% entre jóvenes y 40,5% entre adultos.

Finalmente, una parte importante de la población considera que la tecnología no ha cambiado su nivel de confianza en las personas. Esta posición reúne al 34,8% de la ciudad, con 36,2% entre jóvenes y 33,8% entre adultos.

Este conjunto de percepciones indica que la digitalidad no erosiona la confianza de manera uniforme. Al mismo tiempo que crece la cautela frente a desconocidos y frente a la información que circula en redes, las plataformas también fortalecen vínculos cercanos y facilitan nuevas formas de conocimiento interpersonal, especialmente entre jóvenes. Más que desaparecer, la confianza se reorganiza y se vuelve más selectiva dentro del entorno digital.

La mayoría de cariocas no utilizaría identidades ficticias, pero algunos recurrirían al anonimato por razones de seguridad.

Las actitudes frente al uso de perfiles ficticios permiten observar cómo las personas gestionan la confianza y la autoprotección en entornos digitales. En Río de Janeiro, la postura dominante es clara, el 57,2% de la población afirma que no cambiaría su identidad ni utilizaría un perfil ficticio bajo ninguna circunstancia (Figura 22). Esta posición es más frecuente entre adultos (62,3%) que entre jóvenes (49,4%), lo que revela una diferencia generacional en la disposición a adoptar identidades alternativas en redes sociales.

No obstante, una parte relevante de la población sí contempla esta posibilidad bajo determinadas circunstancias. El 25,4% de la ciudad señala que utilizaría un perfil ficticio por razones de seguridad. Esta proporción es mayor entre jóvenes (29,8%) que entre adultos (22,5%), lo que sugiere que las generaciones más expuestas a la interacción digital tienden a considerar el anonimato como una herramienta de protección frente a riesgos percibidos.

Otras motivaciones aparecen con menor frecuencia. El 8,2% de la población afirma que utilizaría una identidad ficticia para realizar una denuncia, con niveles similares entre jóvenes (8,8%) y adultos (7,9%). También se mencionan razones vinculadas a la expresión personal o a la prevención de conflictos. El 2,5% señala que lo haría para expresarse libremente sin ser identificado, el 2,4% para evitar ser atacado u ofendido, y el 2,1% para experimentar o divertirse. En todos estos casos, las diferencias por edad son moderadas.

Motivos para perfiles ficticios / anonimato

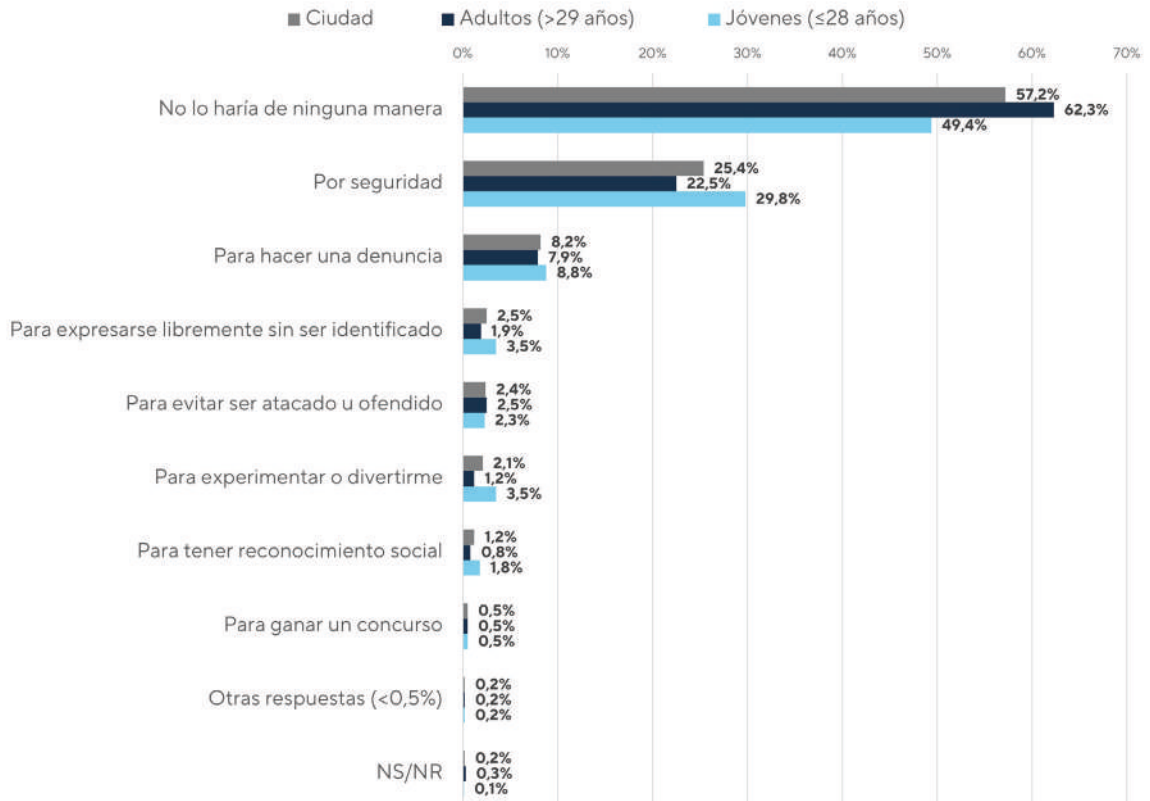


Figura 22 Pregunta: ¿Por qué motivo cambiarías tu identidad o utilizarías una identidad ficticia en las redes? [La categoría "Otras respuestas (<0,5%)\" agrupa las opciones seleccionadas por menos del 0,5% de las personas encuestadas. Estas incluyen: "stalkear", "hacerse pasar por otra persona" y "tener una personalidad artística".] Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Otros motivos aparecen de forma residual. El 1,2% menciona el reconocimiento social y el 0,5% lo haría para ganar un concurso. Las demás respuestas representan proporciones muy pequeñas dentro del total.

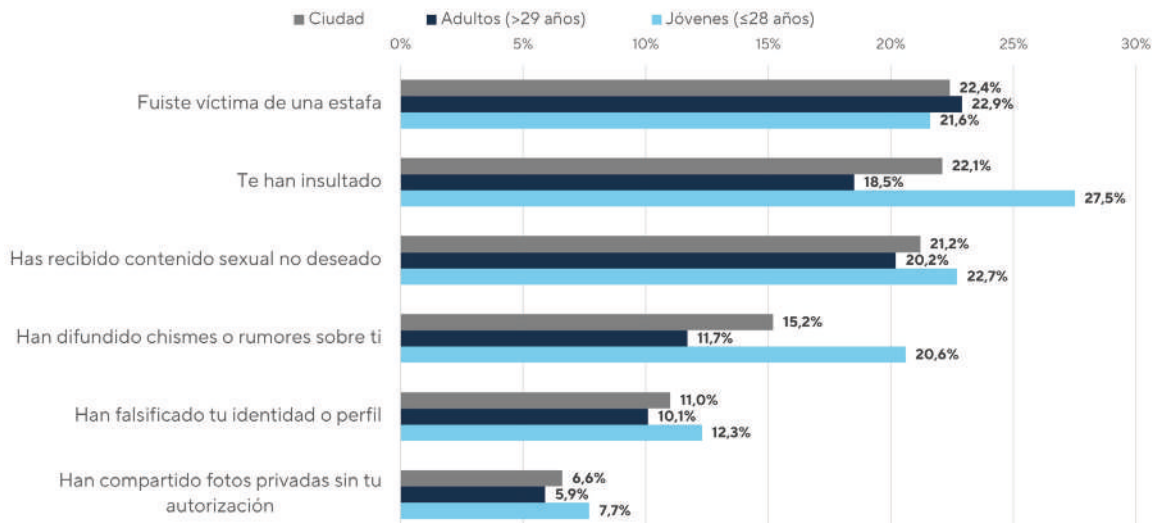
Los resultados indican que el anonimato no constituye una práctica ampliamente normalizada. La mayoría de la población privilegia el uso de la identidad real, especialmente en la adultez. Sin embargo, una fracción relevante —particularmente entre jóvenes— considera que las identidades ficticias pueden funcionar como un recurso defensivo frente a situaciones de riesgo en el entorno digital. Más que una señal de desconfianza generalizada, el anonimato aparece como una estrategia puntual de autoprotección dentro del ecosistema de interacción en redes.

La victimización digital afecta a cerca de una cuarta parte de la población, con mayor exposición entre jóvenes.

Las experiencias de agresión y vulneración en redes sociales indican que los riesgos digitales forman parte de la vida cotidiana de una fracción importante de la población en Río de Janeiro. En el total de la ciudad, el 22,1% declara haber sido insultado en redes sociales durante el último año, el 22,4% afirma haber sido víctima de una estafa y el 21,2% señala haber recibido fotos o textos con contenido sexual no deseado (Figura 23). Estas cifras muestran que alrededor de una quinta parte de la población ha experimentado alguno de estos episodios en el entorno digital.

Figura 23 Pregunta: ¿Has experimentado alguna de las siguientes situaciones en las redes sociales durante el último año? [La gráfica muestra sólo las respuestas afirmativas]. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Experiencias en las redes sociales en el último año



La exposición varía según la edad. Los jóvenes reportan mayores niveles de insultos, con 27,5%, frente a 18,5% entre adultos. También registran una mayor circulación de chismes o rumores sobre su persona, con 20,6% frente a 11,7% en adultos. Este patrón indica que las formas de agresión simbólica tienden a afectar con mayor intensidad a las generaciones más jóvenes.

Un comportamiento similar se observa en la recepción de contenido sexual no deseado. En la ciudad, el 21,2% de las personas declara haber vivido esta situación. Entre jóvenes, la proporción asciende a 22,7%, mientras que entre adultos se ubica en 20,2%.

El fraude digital muestra una distribución algo distinta. En el total de la ciudad, el 22,4% afirma haber sido víctima de una estafa. En este caso, la incidencia es levemente mayor entre adultos (22,9%) que entre jóvenes (21,6%), lo que sugiere que los perfiles de riesgo pueden variar según el tipo de interacción digital.

Otros tipos de vulneración aparecen con menor frecuencia. La falsificación de identidad o perfil alcanza al 11% de la población, con 12,3% entre jóvenes y 10,1% entre adultos. La difusión de fotos privadas sin autorización se sitúa en 6,6% en el total de la ciudad, con 7,7% entre jóvenes y 5,9% entre adultos.

Este panorama indica que la victimización digital no constituye una experiencia excepcional. Una proporción relevante de la población ha enfrentado algún tipo de agresión, fraude o exposición indebida en redes sociales. La mayor presencia juvenil en insultos, rumores y contenido no deseado ayuda a comprender por qué este grupo también expresa mayores niveles de preocupación y alerta en sus interacciones digitales.

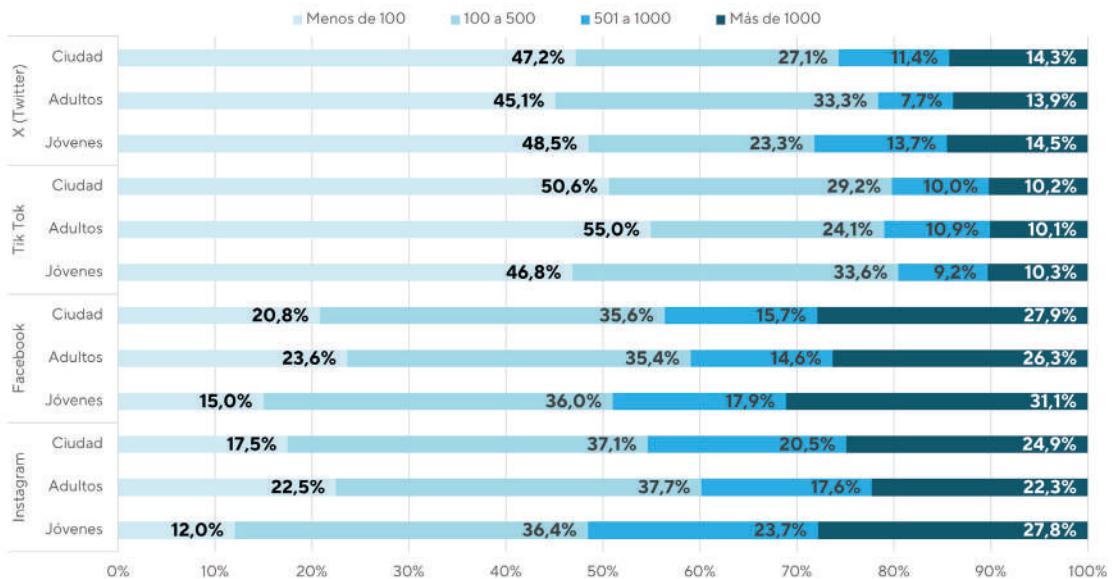
Relaciones interpersonales

Instagram y Facebook concentran las redes de seguidores más amplias, especialmente entre jóvenes, mientras que TikTok y X presentan bases más reducidas.

Figura 24 Pregunta: Para cada nombre mencionado, dime cuántos contactos y/o seguidores tienes. 1 - Menos de 100 | 2 - 100 a 500 | 3 - 501 a 1000 | 4 - Más de 1000. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Las redes digitales en Río de Janeiro muestran una expansión importante en el volumen de contactos, especialmente en plataformas como Instagram y Facebook. En Instagram, el 37,1% de la población reporta entre 100 y 500 seguidores, el 20,5% entre 501 y 1000 y el 24,9% más de 1000. Esto significa que 45,4% de la población supera los 500 seguidores en esta plataforma (Figura 24).

Dimensión de la red digital según número de seguidores



Las diferencias por edad son claras. Entre jóvenes, el 27,8% tiene más de 1000 seguidores, frente al 22,3% en adultos. En el tramo inferior ocurre lo contrario: 12% de jóvenes tiene menos de 100 seguidores, frente a 22,5% entre adultos. Esto indica que las redes juveniles tienden a ser más amplias.

En Facebook se observa un patrón similar. El 35,6% de la población tiene entre 100 y 500 contactos, el 15,7% entre 501 y 1000 y el 27,9% supera los 1000, mientras que el 20,8% se ubica por debajo de 100. Entre jóvenes, el grupo con más de 1000 contactos alcanza 31,1%, frente a 26,3% en adultos, lo que vuelve a mostrar redes ligeramente más extensas en la población joven.

En contraste, TikTok y X presentan redes de menor tamaño. En TikTok, 50,6% de la población tiene menos de 100 seguidores, el 29,2% entre 100 y 500, el 10% entre 501 y 1000 y el 10,2% más de 1000. Las diferencias generacionales son reducidas: el tramo superior alcanza 10,3% entre jóvenes y 10,1% entre adultos.

En X (Twitter), 47,2% de la población tiene menos de 100 seguidores, el 27,1% entre 100 y 500, el 11,4% entre 501 y 1000 y el 14,3% más de 1000. Entre jóvenes, el tramo superior alcanza 14,5%, frente a 13,9% entre adultos, lo que indica diferencias generacionales moderadas.

Este panorama muestra que las redes más amplias se concentran en plataformas de interacción social más consolidadas, particularmente Instagram y Facebook. En cambio, TikTok y X presentan bases de seguidores más reducidas. En las dos primeras plataformas, además, la población joven tiende a concentrarse con mayor frecuencia en los tramos superiores de tamaño de red.

La presencialidad predomina en los vínculos íntimos, mientras que las amistades operan bajo un modelo híbrido.

Las formas de relacionamiento en Río de Janeiro muestran que la interacción presencial continúa siendo predominante en los vínculos más cercanos, aunque las plataformas digitales introducen combinaciones crecientes entre modalidades presenciales y virtuales.

En la relación con la familia, el 58,4% de la población prefiere el contacto presencial, el 28,2% combina interacción presencial y virtual, y el 8,9% se relaciona principalmente de forma virtual (Figura 25). Las diferencias por edad son pequeñas. Entre jóvenes, 58,1% privilegia la presencialidad y 29% combina ambas modalidades, mientras que entre adultos la presencialidad alcanza 58,6%.

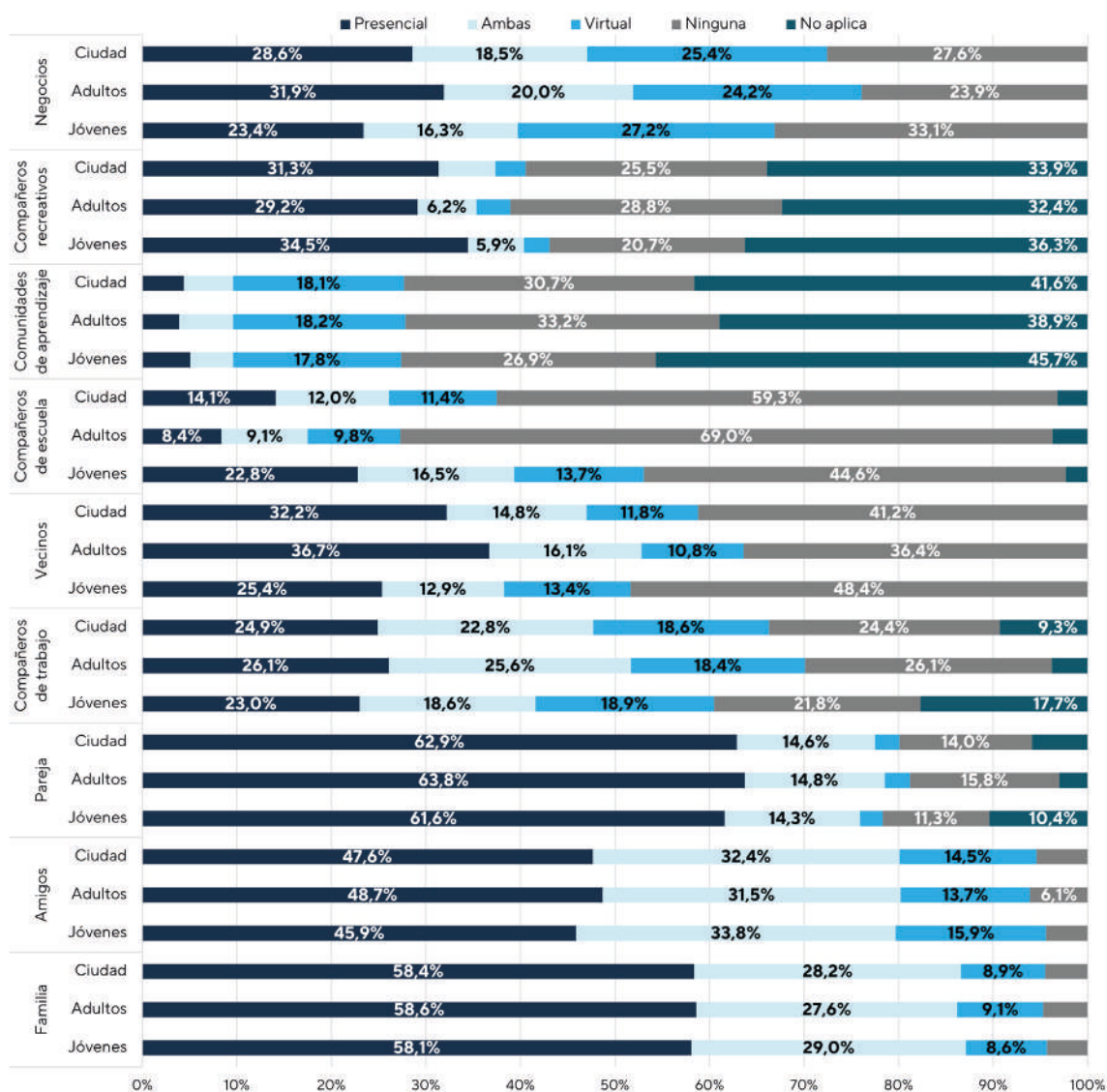
En el caso de las amistades, la presencialidad sigue siendo la modalidad dominante, pero aparece con mayor fuerza un patrón híbrido. El 47,6% de la ciudad prioriza el encuentro presencial, el

32,4% combina ambas formas de interacción y el 14,5% prefiere la comunicación virtual. Entre jóvenes, la combinación presencial-virtual alcanza 33,8%, frente a 31,5% entre adultos, mientras que los adultos concentran ligeramente más la opción exclusivamente presencial (48,7% frente a 45,9%).

La relación con la pareja muestra una centralidad aún mayor de la presencialidad. El 62,9% de la ciudad señala que prefiere el trato presencial, el 14,6% combina modalidades y solo el 2,6% privilegia la interacción virtual. Entre jóvenes la presencialidad alcanza 61,6%, mientras que entre adultos llega a 63,8%. Al mismo tiempo, el 5,9% de la población indica no tener pareja, proporción que asciende a 10,4% entre jóvenes y desciende a 3% entre adultos.

Figura 25 Pregunta: ¿De qué manera prefieres relacionarte con las siguientes personas? [La categoría "No aplica" agrupa respuestas en las que el vínculo no forma parte de la experiencia de la persona encuestada. Incluye opciones como "nunca tuvo pareja", "nunca trabajó", "nunca estudió" o "nunca participó en comunidades o actividades"] Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Formas de relacionarse



En cambio, la relación con vecinos muestra niveles de interacción considerablemente más bajos. El 41,2% de la ciudad declara no mantener relación con ellos, mientras que el 32,2% se vincula principalmente de forma presencial, el 14,8% combina ambas modalidades y el 11,8% se relaciona de forma virtual. Aquí aparece una diferencia generacional visible: el 48,4% de jóvenes indica no relacionarse con vecinos, frente a 36,4% entre adultos. En contraste, la interacción presencial es más frecuente entre adultos (36,7%) que entre jóvenes (25,4%).

En relaciones funcionales o menos íntimas, el patrón es más diverso. Con colegas de trabajo, el 24,9% de la ciudad privilegia la presencialidad, el 22,8% combina ambas modalidades y el 18,6% se relaciona principalmente de forma virtual. Al mismo tiempo, el 24,4% señala no mantener relación con colegas por estos medios y el 9,3% indica que nunca ha trabajado. Entre jóvenes, la proporción que declara no haber trabajado asciende a 17,7%, frente a 3,8% entre adultos.

En colegas de la escuela, el 59,3% de la población señala que no mantiene relación, proporción que alcanza 69% entre adultos y desciende a 44,6% entre jóvenes. Cuando existe interacción, esta se distribuye entre modalidades presencial (14,1%), virtual (11,4%) y mixta (12%).

En comunidades de aprendizaje, el 41,6% indica que nunca ha participado y el 30,7% no mantiene relación con estas redes. Entre quienes sí interactúan, la modalidad virtual es la más frecuente (18,1%), seguida de combinaciones presenciales-virtuales (5,2%) y relaciones exclusivamente presenciales (4,4%).

Finalmente, en vínculos asociados a actividades recreativas o de interés común, el 31,3% de la ciudad se relaciona presencialmente, el 6% combina modalidades y el 3,2% se vincula principalmente de forma virtual. Al mismo tiempo, el 33,9% declara no participar en este tipo de actividades y el 25,5% señala no mantener relación con estos grupos.

En conjunto, estos resultados muestran que la sociabilidad digital no sustituye la interacción cara a cara en los vínculos más cercanos. La presencialidad continúa siendo dominante en familia, pareja y amistades, mientras que las plataformas amplían las posibilidades de contacto en relaciones más funcionales o en espacios de afinidad.

Al mismo tiempo, los datos evidencian niveles relativamente altos de no relación en varios ámbitos de sociabilidad, especialmente en vínculos comunitarios o institucionales. La relación con vecinos presenta uno de los niveles más bajos de interacción —41,2% declara no relacionarse con ellos— y proporciones similares aparecen en espacios como redes escolares, comunidades de aprendizaje

o actividades recreativas. Este patrón sugiere que las relaciones sociales en la ciudad tienden a concentrarse en círculos cercanos, mientras que los vínculos comunitarios o de proximidad territorial muestran niveles más limitados de interacción.

Las plataformas digitales tienden a aumentar la frecuencia de interacción más que a generar conflictos o transformar las relaciones.

Las percepciones sobre el impacto de las plataformas digitales en las relaciones muestran que su efecto principal en Río de Janeiro no es la generación de conflictos, sino la intensificación del contacto cotidiano. En la mayoría de los vínculos analizados, las respuestas se concentran en dos opciones: el aumento en la frecuencia de las interacciones o la percepción de que las plataformas no han modificado sustancialmente la relación.

En amistades, el 35,8% de la población señala que el uso de plataformas aumentó la frecuencia de las interacciones, mientras que el 40% considera que no afectó la relación (Figura 26). Además, el 16,1% afirma que fortalecieron los lazos, el 5,8% indica que se dificultan las interacciones presenciales y el 2,4% menciona malentendidos o conflictos. La comparación por edad muestra diferencias claras: entre jóvenes, el aumento de frecuencia alcanza 39,2%, frente a 33,5% entre adultos. A la inversa, la percepción de que las plataformas no modificaron la relación es mayor entre adultos (43%) que entre jóvenes (35,5%). Esto sugiere que las generaciones más jóvenes experimentan un mayor dinamismo relacional asociado al uso de plataformas digitales.

En el ámbito familiar, el patrón es similar, aunque con niveles ligeramente mayores de estabilidad. El 33,4% de la población indica que las plataformas aumentaron la frecuencia de interacción, mientras que el 42% considera que no produjeron cambios en la relación. Además, el 17,3% señala que fortalecieron los lazos familiares, el 5,1% que dificultaron las interacciones presenciales y el 2,2% que generaron conflictos o malentendidos. Las diferencias generacionales son moderadas: entre jóvenes el aumento de frecuencia alcanza 34,1%, frente a 33% entre adultos, mientras que la percepción de continuidad es ligeramente mayor entre adultos (43,2%) que entre jóvenes (40,1%).

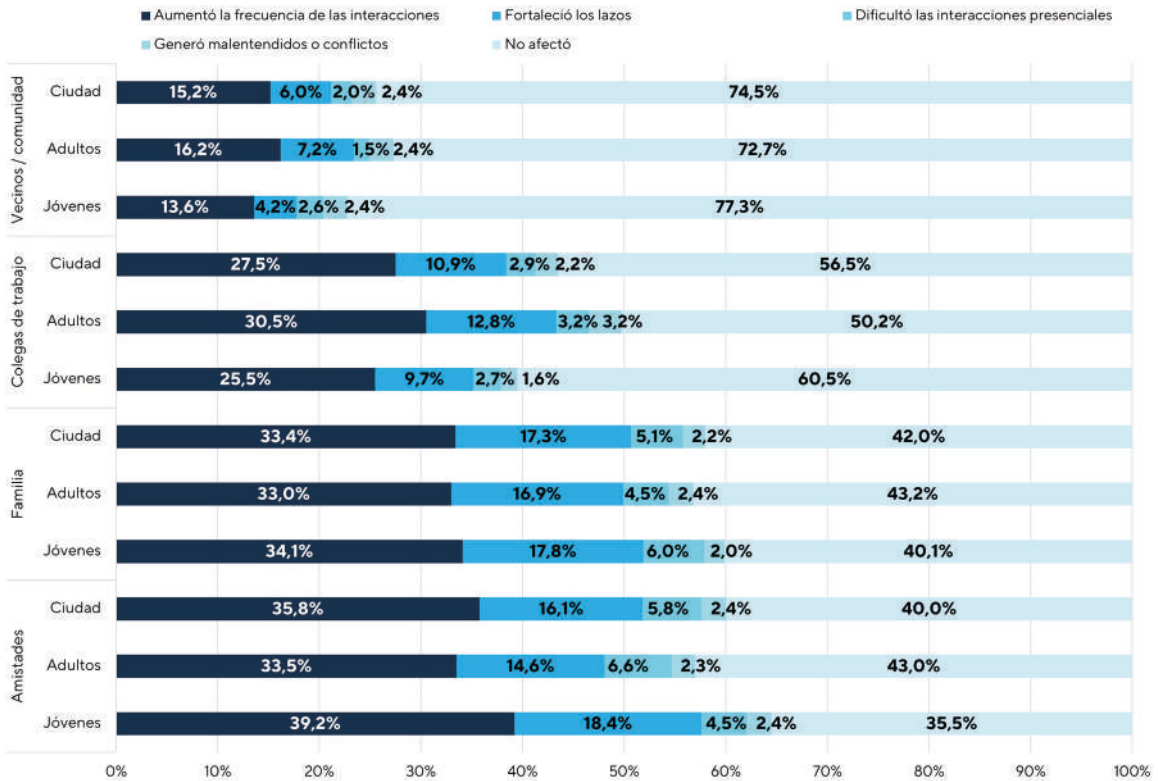
En las relaciones con colegas de trabajo, en cambio, predomina con claridad la percepción de continuidad. El 56,5% de la población considera que las plataformas no afectaron estas relaciones, mientras que el 27,5% señala que aumentaron la frecuencia de interacción y el 10,9% indica que fortalecieron los lazos. Las menciones a efectos negativos son reducidas: el 2,9% señala

dificultades en la interacción presencial y 2,2% menciona conflictos o malentendidos. En este caso, la estabilidad es incluso mayor entre jóvenes (60,5% afirma que no hubo cambios) que entre adultos (50,2%).

La percepción de estabilidad es aún más marcada en las relaciones con vecinos o comunidad. El 74,5% de la población afirma que el uso de plataformas digitales no ha afectado estos vínculos. Solo el 15,2% señala un aumento en la frecuencia de interacción y el 6% considera que las plataformas han fortalecido los lazos. Las menciones a dificultades presenciales (2%) o a conflictos (2,4%) se mantienen en niveles muy bajos. Las diferencias generacionales son pequeñas: el 77,3% de jóvenes y el 72,7% de adultos coinciden en que estas relaciones no se han visto modificadas.

Figura 26 Pregunta: ¿Cómo ha influido el uso de plataformas digitales en tus relaciones con los siguientes grupos? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Influencia digital en las formas de relacionarse



Los resultados indican que las plataformas digitales tienden a intensificar el ritmo de interacción más que a transformar la naturaleza de los vínculos. Este efecto es más visible en relaciones afectivas cercanas, como amistades y familia, y aparece con mayor intensidad entre jóvenes. En contraste, en ámbitos laborales o comunitarios predomina la percepción de continuidad, lo que sugiere que las plataformas funcionan principalmente como un canal complementario de contacto, más que como un factor de cambio estructural en las relaciones sociales.

Las plataformas digitales han permitido fortalecer lazos con personas lejanas para una amplia mayoría, con una intensidad ligeramente mayor entre jóvenes.

Cuando se pregunta si las plataformas digitales han permitido fortalecer vínculos con personas que de otra forma no sería posible ver con frecuencia, la respuesta en la ciudad es mayoritariamente afirmativa. El 57,2% de la población en Río de Janeiro señala que sí, definitivamente, y el 24,6% indica que esto ocurre en algunos casos (Figura 27). En conjunto, el 81,8% reconoce algún nivel de fortalecimiento de vínculos a distancia, frente a un 10,2% que afirma que las plataformas no lo permitieron y el 8% que señala que esto ocurre solo en pocos casos.

Fortalecimiento de vínculos a través de las plataformas digitales

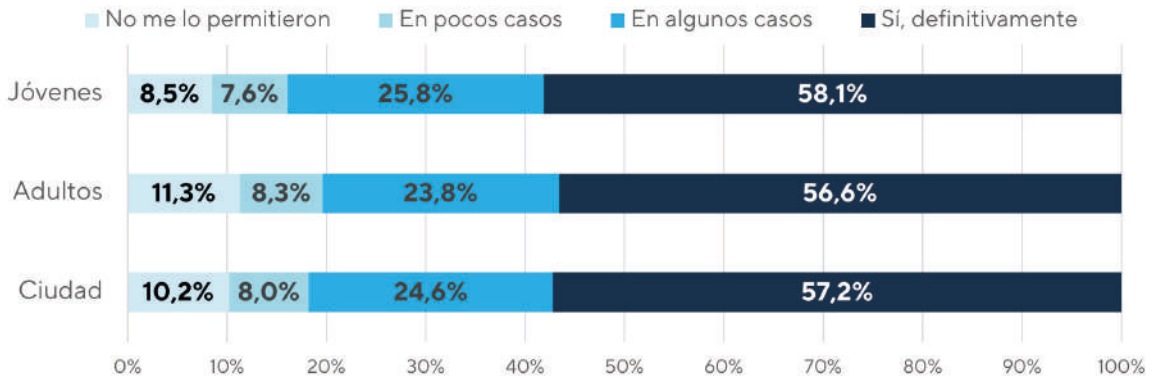


Figura 27 Pregunta: ¿Las plataformas digitales le permitieron fortalecer vínculos con personas que de otra manera no sería posible? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Entre jóvenes, el 58,1% considera que las plataformas han permitido fortalecer vínculos definitivamente y el 25,8% indica que ocurre en algunos casos, lo que suma 83,9% con una valoración positiva. Entre adultos, el 56,6% señala que definitivamente y el 23,8% que en algunos casos, alcanzando 80,4%. La proporción que afirma que las plataformas no permitieron fortalecer vínculos es ligeramente mayor entre adultos (11,3%) que entre jóvenes (8,5%).

Estos resultados muestran que el fortalecimiento de lazos a distancia es una experiencia ampliamente extendida en la ciudad. Aunque los jóvenes reportan niveles ligeramente más altos, la percepción positiva es mayoritaria en ambos grupos.

Las plataformas digitales no sustituyen la interacción presencial, pero sí amplían el alcance de las redes sociales. El contacto cara a cara continúa siendo dominante en los vínculos más cercanos, mientras que los entornos digitales facilitan mantener relaciones a distancia y sostener vínculos que, de otro modo, serían más difíciles de preservar. Más que transformar la naturaleza de las relacio-

nes, la digitalidad aparece así como un mecanismo de ampliación y mantenimiento de la red social, con una intensidad ligeramente mayor entre la población joven.

Ciudadanía digital

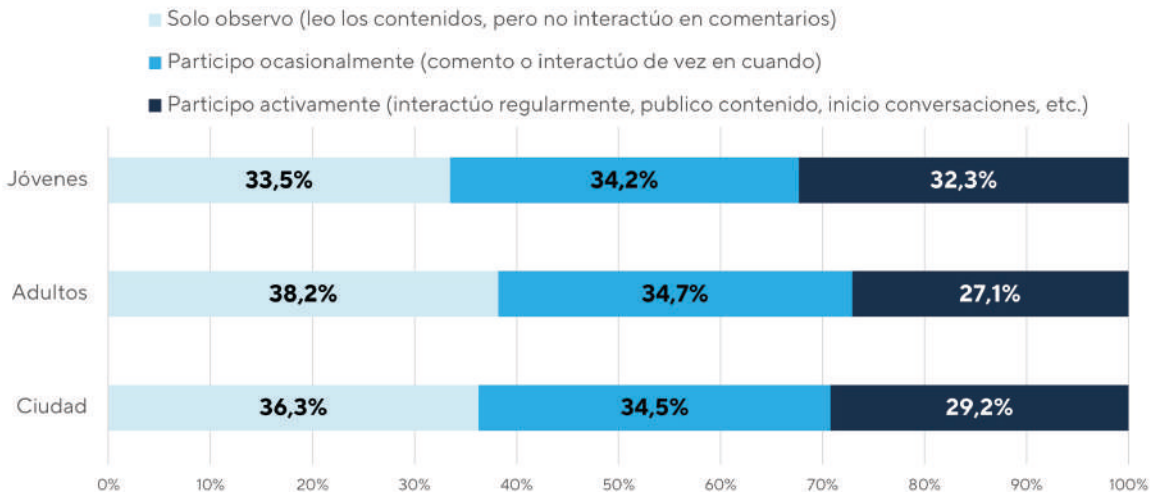
La mayoría participa en comunidades en línea, pero la intervención activa es minoritaria y más frecuente entre jóvenes.

En Río de Janeiro, la participación en comunidades digitales adopta formas diversas que van desde la observación pasiva hasta la intervención activa. En el total de la ciudad, el 36,3% de la población declara que solo observa los contenidos sin interactuar, el 34,5% participa ocasionalmente comentando o reaccionando de vez en cuando, y el 29,2% participa activamente, publicando contenido o iniciando conversaciones (Figura 28).

En términos agregados, casi dos tercios de la población (63,7%) intervienen en algún grado en comunidades digitales, aunque la mayoría lo hace de manera esporádica. Esto indica que estos espacios funcionan principalmente como entornos de circulación de información y conversación ocasional, más que como espacios de participación intensiva.

Figura 28 Pregunta: ¿Cómo describirías tu participación en comunidades digitales o grupos en línea (como foros, grupos de WhatsApp, grupos de Facebook o plataformas similares)? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Participación en comunidades digitales



Las diferencias generacionales muestran una mayor implicación entre jóvenes. Entre la población de 14 a 28 años, el 32,3% participa activamente y el 34,2% lo hace de forma ocasional, mientras que el 33,5% se limita a observar. Entre adultos, en cambio, la participación activa desciende a 27,1%, la participación ocasional alcanza 34,7% y la observación exclusiva aumenta a 38,2%.

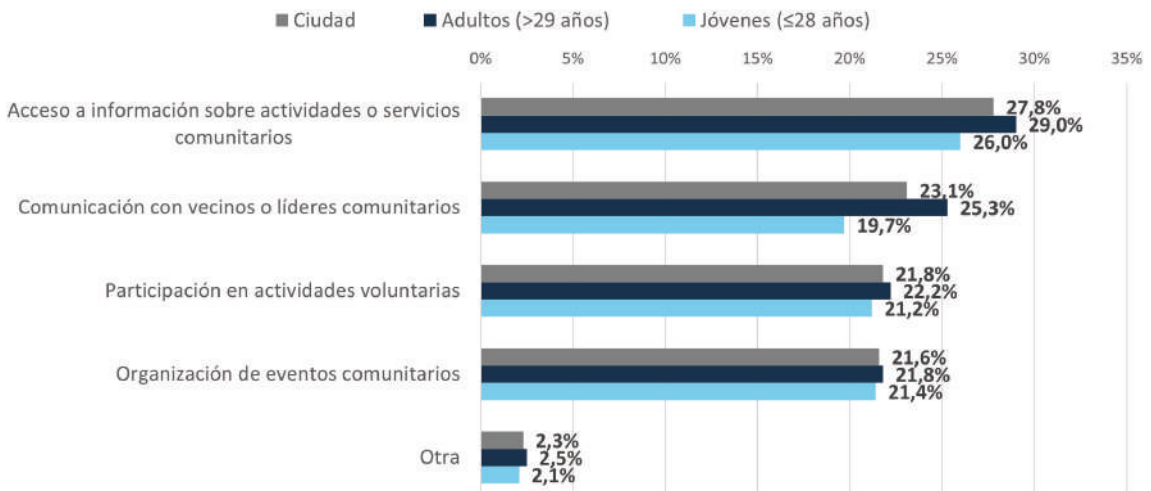
Este panorama sugiere que las comunidades digitales son espacios ampliamente utilizados en la ciudad, pero con niveles de implicación diferenciados. La mayoría de las personas participa de manera limitada o esporádica, mientras que la intervención activa —aunque significativa— sigue siendo minoritaria. La participación juvenil más intensa indica una mayor disposición a intervenir en conversaciones y dinámicas colectivas dentro de estos entornos digitales.

Las actividades comunitarias mediadas por plataformas digitales alcanzan a cerca de una cuarta parte de la población.

Figura 29 Pregunta: ¿Ha utilizado alguna vez plataformas digitales para participar en alguna de las siguientes actividades de activismo social o movimientos sociales? [La gráfica muestra sólo las respuestas afirmativas]. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Cuando se indaga por usos concretos de plataformas digitales vinculados a actividades comunitarias, los niveles de participación son moderados y se concentran en una minoría de la población. En el total de la ciudad, el 27,8% señala haber utilizado plataformas para acceder a información sobre actividades o servicios comunitarios; el 23,1% para comunicarse con vecinos o líderes comunitarios; el 21,6% para organizar eventos comunitarios, y el 21,8% para participar en actividades de voluntariado (Figura 29). En todos los casos, más de tres cuartas partes de la población declara no haber realizado estas acciones.

Fortalecimiento de vínculos a través de las plataformas digitales



Las diferencias generacionales son relativamente acotadas. El acceso a información comunitaria alcanza 26% entre jóvenes y 29% entre adultos. La comunicación con vecinos o líderes comunitarios registra 19,7% en jóvenes y 25,3% en adultos. En la organización de eventos comunitarios, las proporciones son muy similares (21,4% entre jóvenes y 21,8% entre adultos), mientras que la participación en actividades de voluntariado alcanza 21,2% entre jóvenes y 22,2% entre adultos.

En conjunto, estos resultados indican que la acción comunitaria mediada por plataformas digitales está presente en la ciudad, pero permanece concentrada en una minoría relativamente estable de la población. A diferencia de otras formas de participación digital, las diferencias generacionales son reducidas, lo que sugiere que este tipo de actividades no se encuentra fuertemente asociado a un grupo etario específico.

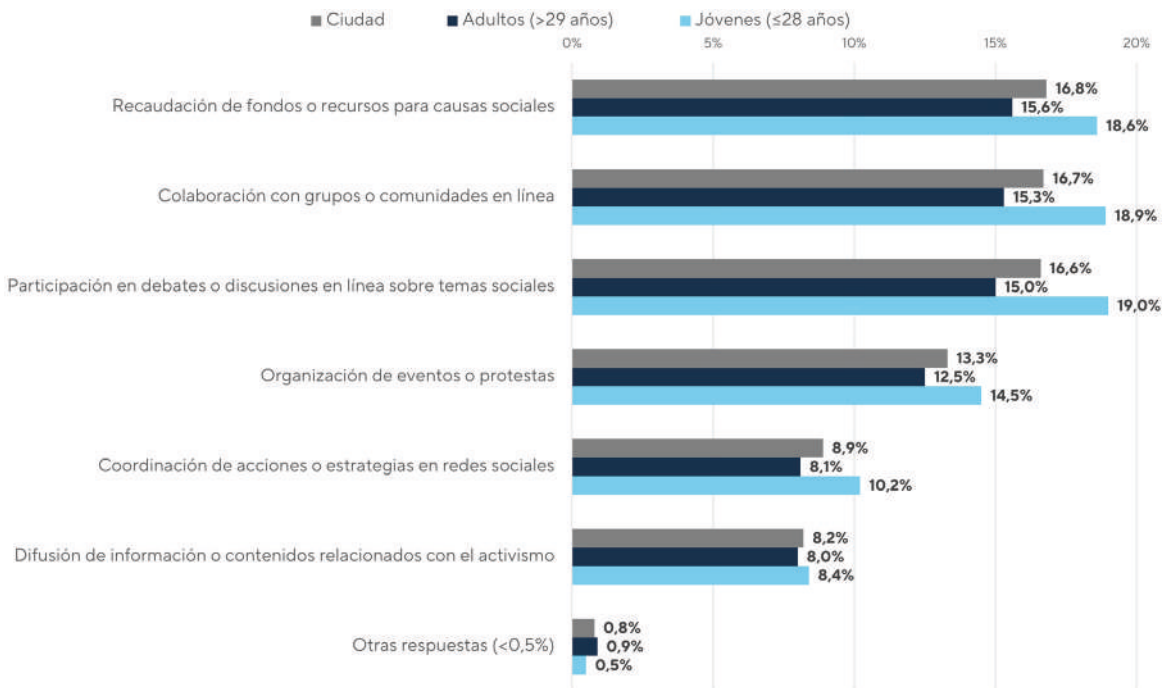
La participación en activismo y movimientos sociales en línea es minoritaria, aunque ligeramente mayor entre jóvenes.

La participación en actividades de activismo o movilización social mediadas por plataformas digitales se mantiene en niveles relativamente bajos en Río de Janeiro. En el total de la ciudad, el 16,8% declara haber participado en recaudación de fondos o recursos para causas sociales, el 16,7% señala haber colaborado con grupos o comunidades en línea y el 16,6% indica haber participado en debates o discusiones en línea sobre temas sociales.

En proporciones menores aparecen formas de participación que implican mayor grado de organización o compromiso. El 13,3% afirma haber participado en la organización de eventos o protestas, el 8,9% señala haber coordinado acciones o estrategias en redes sociales, y el 8,2% indica haber difundido información o contenidos relacionados con activismo (Figura 30).

Figura 30 Pregunta: ¿Ha utilizado alguna vez plataformas digitales para participar en alguna de las siguientes actividades de activismo social o movimientos sociales? [La gráfica muestra sólo las respuestas afirmativas. La categoría "Otras respuestas (<0,5%)" agrupa las opciones seleccionadas por menos del 0,5% de las personas encuestadas. Estas incluyen menciones residuales de participación en acciones de activismo digital no contempladas en las categorías principales del cuestionario, tales como firmar peticiones en línea, apoyar campañas puntuales o difundir iniciativas específicas de carácter social o político]. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Uso de plataformas digitales en movimientos sociales



En todos los casos, la mayoría de la población declara no haber realizado estas actividades. Dependiendo del tipo de acción considerada, entre el 83,2% y el 91,8% de las personas encuestadas no reportan experiencias de participación en activismo digital. Esto sugiere que, aunque las plataformas ofrecen oportunidades para la movilización social, su uso con estos fines sigue siendo limitado en el conjunto de la ciudadanía.

Al observar las diferencias por edad, se aprecia un patrón consistente, aunque moderado. En la mayoría de las actividades los jóvenes registran niveles de participación ligeramente superiores a los de los adultos. La colaboración con grupos o comunidades alcanza 18,9% entre jóvenes frente a 15,3% entre adultos, mientras que la participación en debates sobre temas sociales registra 19% entre jóvenes y 15% entre adultos. Un patrón similar se observa en la organización de eventos o protestas (14,5% frente a 12,5%) y en la coordinación de acciones o estrategias en redes sociales (10,2% frente a 8,1%). En la difusión de contenidos relacionados con activismo, en cambio, la diferencia es mínima, con 8,4% entre jóvenes y 8% entre adultos.

A pesar de esta mayor presencia juvenil, los niveles generales de participación continúan siendo reducidos. La movilización digital existe, pero no constituye una práctica predominante en el comportamiento ciudadano.

En conjunto, los resultados permiten identificar una gradación en las formas de participación digital en la ciudad. Por un lado, la presencia en comunidades en línea es amplia y forma parte de la experiencia cotidiana de la población. En un segundo nivel, el uso de plataformas para actividades comunitarias concretas involucra aproximadamente a una cuarta parte de los habitantes. Finalmente, la participación en acciones de activismo o movilización social se mantiene en niveles más bajos y no supera una quinta parte de la población.

En este sentido, la ciudadanía digital en Río de Janeiro no se configura como un escenario de activismo masivo, sino como un ecosistema de participación escalonada. La interacción cotidiana en espacios digitales es amplia; la acción comunitaria es más selectiva; y la movilización colectiva continúa siendo minoritaria. Las plataformas amplían las posibilidades de intervención pública, pero su apropiación depende del tipo de acción y del nivel de compromiso que exige cada práctica.



Foto: Jerome Maas

5.2. Resultados analíticos

Esta sección examina distintas dimensiones de la experiencia digital y su relación con el bienestar, los vínculos sociales, el consumo cultural y la participación en comunidades digitales. A partir de los datos de la encuesta, se analizan asociaciones entre prácticas digitales, percepciones sobre las plataformas y distintas formas de interacción social en entornos digitales.

Los cruces analíticos presentados se estimaron utilizando técnicas para encuestas complejas, incorporando los factores de expansión del diseño muestral. Para evaluar la asociación entre variables categóricas se aplicaron pruebas chi-cuadrado ajustadas por el diseño, y se reportó la magnitud de la asociación mediante el estadístico V de Cramér. En los pocos casos con variables numéricas se emplearon pruebas de diferencia de medias para comparar categorías.

En todos los casos, los resultados deben interpretarse como asociaciones estadísticas y no como relaciones causales.

5.2.1. Digitalización y bienestar

Aquí se analiza cómo la intensidad del uso de plataformas digitales y la dependencia funcional del celular se relacionan con el bienestar emocional de las personas. En particular, se exploran tres dimensiones: la asociación entre tiempo de uso y estado de ánimo, la dependencia funcional del celular para actividades cotidianas y las prácticas de desconexión voluntaria de redes sociales. El objetivo es identificar si el grado de integración de las tecnologías digitales en la vida cotidiana se asocia con variaciones en la regulación emocional y con estrategias de autorregulación frente al uso intensivo de plataformas digitales.

La intensidad de uso se asocia con variaciones diferenciadas en el estado de ánimo.

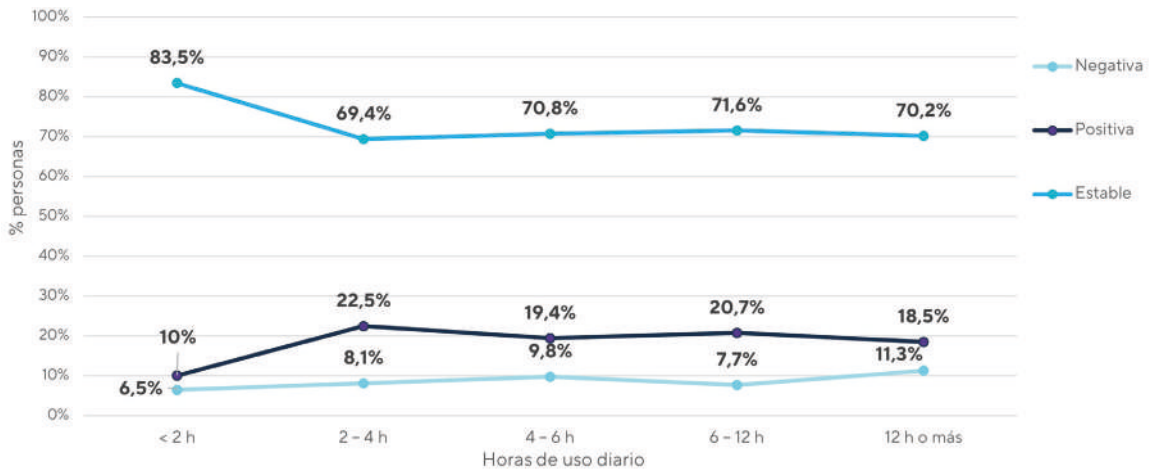
Intensidad de uso y regulación emocional

El avance de la vida digital ha redefinido la forma en que las personas se relacionan, gestionan sus rutinas y experimentan su bienestar emocional. Lejos de constituir un fenómeno marginal, la digitalización atraviesa la vida cotidiana con una intensidad que permite observar relaciones estructurales entre variables como la centralidad del celular, la dependencia tecnológica y sus efectos en la sociabilidad y el bienestar.

Existe una asociación estadísticamente significativa entre el tiempo de uso de plataformas digitales y los cambios en el estado de ánimo tras interactuar en redes sociales ($p < 0,05$). El patrón

no es estrictamente lineal, sino que muestra diferencias según el nivel de intensidad (Figura 31)

Cambios en el estado de ánimo según tiempo de uso de plataformas digitales



Las personas con uso moderado (entre 2 y 6 horas diarias) presentan mayores proporciones de estados de ánimo positivos tras el uso —con valores cercanos al 22% en el rango de 2 a 4 horas—, mientras que esta proporción disminuye entre quienes reportan más de 12 horas diarias (18,5%). De manera complementaria, el grupo de mayor intensidad concentra también la proporción más alta de estados negativos (11,3%), superando a quienes usan menos de dos horas (6,5%).

Figura 31 Variable dependiente: ¿Qué cambios ha notado en su estado de ánimo después de pasar tiempo en redes sociales? Variable independiente: Tiempo de uso en plataformas digitales. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

En contraste, quienes reportan un uso bajo muestran niveles significativamente más altos de estabilidad emocional (83,5%), lo que sugiere una menor variabilidad afectiva tras la interacción digital. En conjunto, los resultados indican que el uso moderado se asocia con mayores niveles de activación positiva, mientras que el uso intensivo se vincula con una mayor probabilidad de fluctuaciones negativas en el estado de ánimo. Estos hallazgos deben interpretarse en términos asociativos y no causales.

Dependencia funcional y malestar emocional

La dependencia funcional del celular se asocia con mayores emociones negativas ante la desconexión.

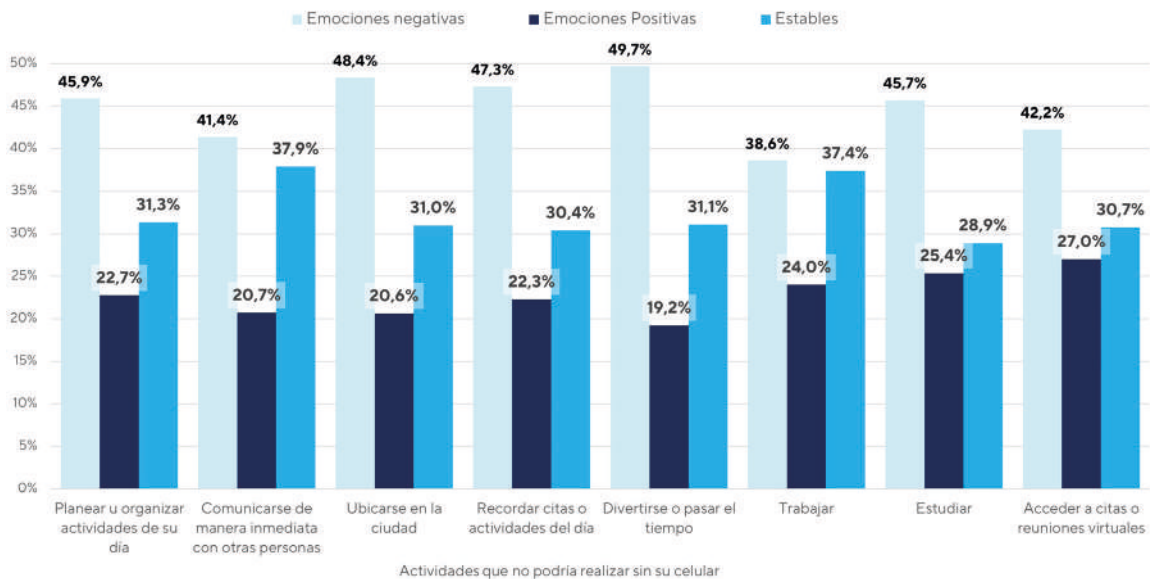
Los resultados anteriores mostraron que la intensidad de uso se asocia con variaciones en el estado de ánimo tras la interacción digital. Más allá del tiempo de exposición, sin embargo, emerge una dimensión adicional: la dependencia funcional del celular para organizar, coordinar y sostener la vida cotidiana.

Figura 32 Variable dependiente: ¿Qué emoción principalmente experimenta cuando no tiene acceso a su celular, internet o redes sociales? Variable independiente: Actividades que no podría realizar definitivamente si perdiera su celular. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025. Nota: Porcentajes ponderados. Asociaciones evaluadas mediante prueba chi-cuadrado ajustada por diseño muestral (Rao-Scott) y V de Cramér.

Los datos sugieren que lo digital se ha consolidado como un soporte central de la sociabilidad y de la coordinación cotidiana. En ese marco, la pérdida del teléfono no representa únicamente una desconexión técnica, sino una central directa de capacidades prácticas y relacionales que sostienen la vida diaria.

Los resultados muestran que la emoción experimentada ante la falta de acceso al celular o a internet se asocia de manera significativa con la dependencia funcional del dispositivo para ciertas actividades cotidianas. En particular, las asociaciones son estadísticamente significativas para actividades relacionadas con la organización diaria ($p < 0,01$), la comunicación inmediata ($p < 0,001$), el entretenimiento ($p < 0,001$) y el estudio ($p < 0,01$).

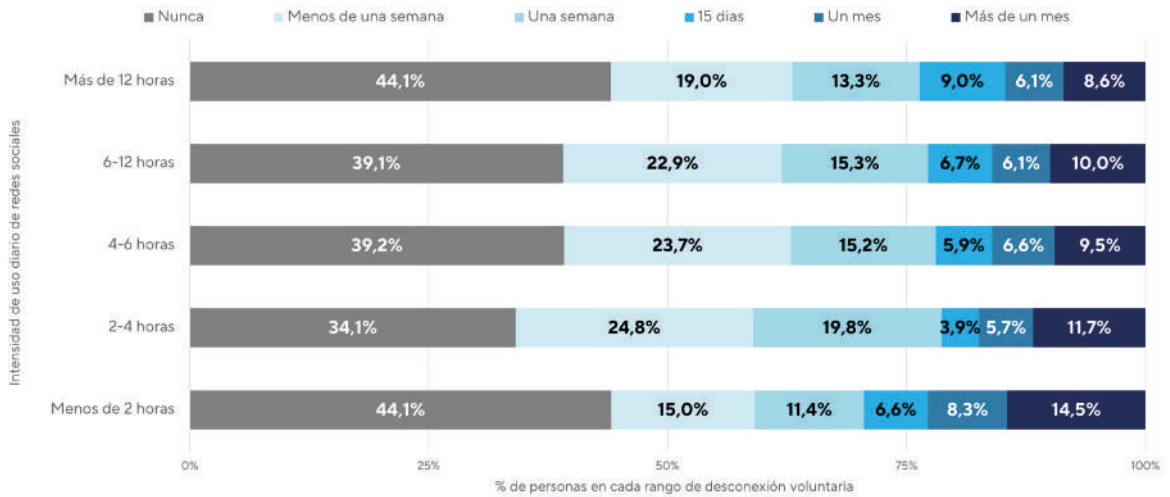
Dependencia funcional del celular y emociones ante la desconexión digital



Esta centralidad de lo digital en la vida cotidiana se hace visible en actividades como planear y organizar el día, comunicarse de manera inmediata o divertirse, donde entre el 41% y el 50% de quienes no podrían realizarlas sin su celular reportan emociones negativas ante la falta de acceso. En particular, la imposibilidad de "divertirse o pasar el tiempo" concentra el mayor nivel de afectación negativa (49,7%), seguida de la dificultad para ubicarse en la ciudad (48,4%) y recordar compromisos (47,3%) (Figura 32).

En contraste, las actividades vinculadas al trabajo formal o a reuniones virtuales no muestran asociaciones estadísticamente significativas con la emoción reportada, lo que sugiere que la vulnerabilidad emocional ante la desconexión no se distribuye de manera homogénea entre actividades. Más que una dependencia exclusivamente productiva, los datos sugieren una integración también afectiva y relacional del dispositivo móvil.

Tiempo de desconexión voluntaria de redes sociales según intensidad de uso



En conjunto, estos hallazgos refuerzan la lectura planteada previamente: cuanto más integrado está el celular a las rutinas cotidianas y a las dinámicas de contacto inmediato, se observan con mayor frecuencia asociaciones con experiencias de ansiedad o malestar. En términos analíticos, se observa una tensión entre funcionalidad —el celular como herramienta de organización y conexión— y vulnerabilidad —el malestar emocional asociado a la conectividad permanente.

Figura 33 Variable dependiente: Tiempo de desconexión voluntaria de redes sociales. Variable independiente: Tiempo de uso diario de redes sociales. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025. Nota: Porcentajes ponderados. Asociación evaluada mediante prueba chi-cuadrado ajustada por diseño muestral (Rao-Scott); V de Cramér = 0,07; p < 0,001.

Intensidad de uso y prácticas de desconexión voluntaria

El uso intensivo de redes sociales no implica necesariamente mayores prácticas de desconexión digital.

Las prácticas de desconexión voluntaria no aumentan de manera proporcional a la intensidad de uso de redes sociales. De hecho, tanto quienes reportan menos de dos horas como quienes superan las doce horas diarias concentran las proporciones más altas de personas que nunca se desconectan voluntariamente (44,1% en ambos extremos). En contraste, los usuarios con niveles intermedios de uso (entre 2 y 6 horas) presentan mayores proporciones de desconexiones breves —inferiores a una semana— alcanzando valores cercanos al 25% (Figura 33).

En términos estadísticos, se observa una asociación significativa entre la intensidad de uso y las prácticas de desconexión voluntaria (p < 0,001), aunque la magnitud de la relación es baja. El patrón no confirma una relación lineal simple entre mayor uso y mayor práctica de “detox digital”.

Las desconexiones prolongadas (15 días o más) no aumentan de manera clara entre los usuarios más intensivos, esto sugiere que el uso elevado no necesariamente se acompaña de estrategias formales de autorregulación, esto podría indicar una integración profunda del uso en la vida cotidiana.

En conjunto, los datos indican que las prácticas de desconexión no se distribuyen de manera proporcional a la intensidad de uso. Más que una respuesta directa al consumo intensivo, la desconexión voluntaria parece formar parte de estrategias intermedias de administración del tiempo digital. Esto refuerza la idea, planteada en los apartados anteriores, de que la integración digital combina exposición, dependencia y patrones diferenciados de regulación, sin que el uso intensivo implique automáticamente mayores mecanismos de autocontrol.

Recomendaciones para fortalecer el bienestar emocional en la era digital

Los resultados presentados permiten identificar algunas orientaciones para la formulación de estrategias que promuevan un uso más equilibrado de las tecnologías digitales y reduzcan posibles afectaciones en el bienestar emocional:

- Dado que el uso intensivo de plataformas digitales se asocia con mayores fluctuaciones negativas en el estado de ánimo (Figura 31), podrían promoverse estrategias de alfabetización digital orientadas a fomentar hábitos de uso más equilibrados y conscientes.
- Dado que la dependencia funcional del celular para actividades cotidianas se asocia con mayores emociones negativas ante la desconexión (Figura 32), sería pertinente fortalecer habilidades de gestión del tiempo y organización personal que no dependan exclusivamente del dispositivo móvil.
- Dado que la integración del celular en actividades recreativas y relacionales se asocia con mayores niveles de malestar cuando no hay acceso al dispositivo (Figura 32), las políticas públicas podrían promover espacios de interacción social y recreación que no estén mediados exclusivamente por plataformas digitales.
- Dado que los niveles más altos de uso no necesariamente se acompañan de mayores prácticas de desconexión voluntaria (Figura 33), las estrategias de bienestar digital podrían incluir campañas que promuevan pausas digitales y mecanismos de autorregulación del tiempo en redes sociales.

5.2.2 Digitalización y cultura

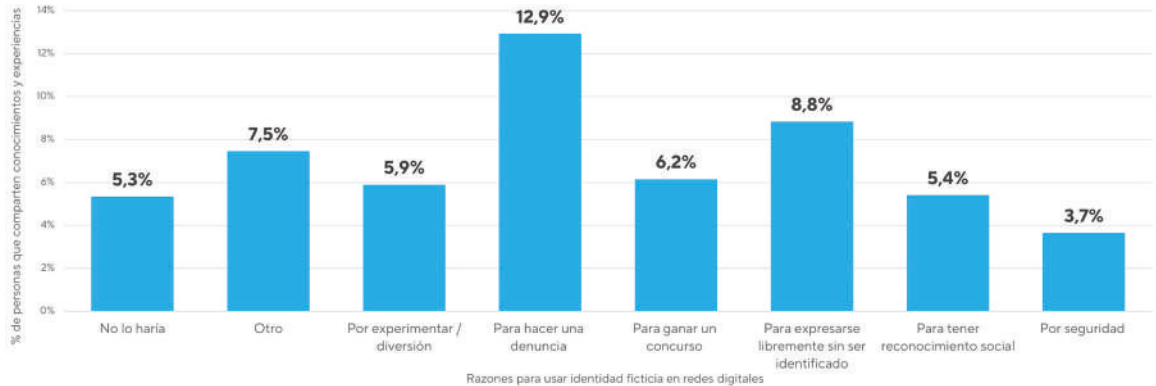
Esta sección examina cómo las dinámicas propias de los entornos digitales, tales como el anonimato y la participación en comunidades virtuales, se relacionan con distintas formas de circulación, consumo y creación cultural. El análisis busca identificar si estas prácticas digitales amplían las oportunidades de expresión y acceso cultural o si su impacto depende de condiciones específicas de participación dentro de los ecosistemas digitales.

Anonimato y circulación de conocimiento en entornos digitales

El anonimato no incrementa necesariamente la expresión directa, pero sí se asocia con otras formas de participación cultural.

Se plantea la hipótesis de que el anonimato podría facilitar la libre expresión y la participación en comunidades digitales. Sin embargo, los resultados muestran un panorama matizado. En el caso de la expresión directa de opiniones e ideas, la asociación con el uso de identidad ficticia no resulta estadísticamente significativa, lo que sugiere que el anonimato no necesariamente incrementa esta forma de participación.

Compartir conocimientos y experiencias según las razones para usar una identidad ficticia en redes digitales



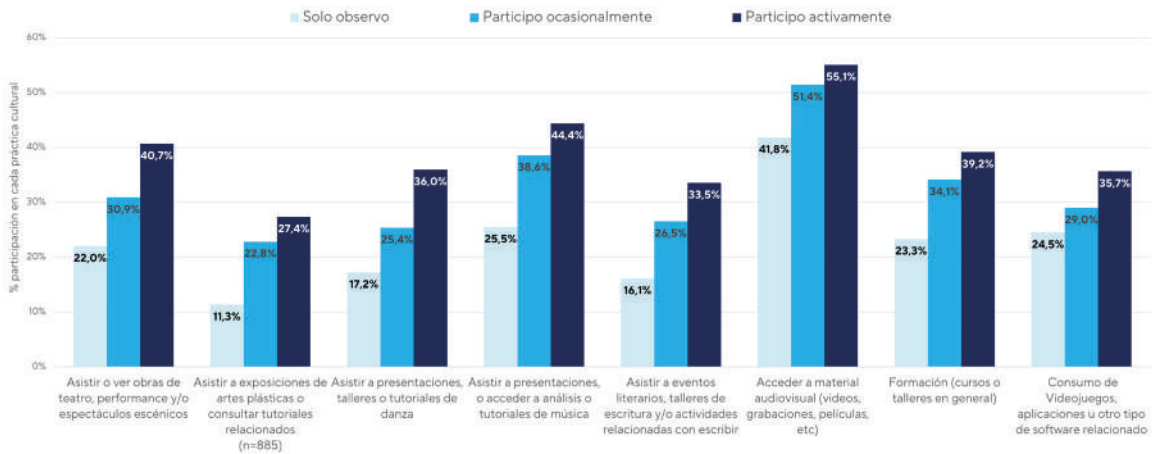
No obstante, sí se observan asociaciones significativas en otras dimensiones culturales. En particular, el anonimato se vincula con mayores niveles de participación en actividades como compartir conocimientos y experiencias ($p < 0,001$), generar ingresos a través de plataformas digitales ($p < 0,05$) y realizar actividades de ocio o pasatiempo ($p < 0,01$). Estos resultados indican que cambiar la identidad puede operar como un recurso estratégico en contextos donde la visibilidad implica riesgos, exposición o competencia simbólica.

Figura 34 Variable dependiente: Compartir conocimientos y experiencias en redes digitales. Variable independiente: Razones para usar una identidad ficticia en redes sociales. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

En contraste, no se evidencia una relación significativa entre anonimato y participación en comunidades virtuales como tal, lo que sugiere que la decisión de integrarse a comunidades digitales podría depender de factores distintos a la protección de la identidad. En conjunto, los datos no confirman plenamente que el anonimato facilite toda forma de expresión digital, pero sí muestran que puede desempeñar un papel relevante en ciertas prácticas culturales específicas.

Participación digital y dinamización del consumo cultural

Consumo cultural según grado de participación en comunidades digitales



La participación en comunidades digitales se asocia con mayores niveles de consumo cultural.

Figura 35 **Variable dependiente:** Consumo cultural (actividad específica). **Variable independiente:** Intensidad de participación en comunidades digitales. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Las comunidades digitales funcionan como espacios donde circulan recomendaciones, referencias culturales y experiencias compartidas entre usuarios. En estos entornos, la interacción no se limita al intercambio de opiniones, sino que también facilita el descubrimiento de contenidos, artistas y prácticas culturales. De este modo, la participación en comunidades digitales podría ampliar la exposición cultural de las personas y dinamizar su consumo en distintos ámbitos.

En este contexto, resulta relevante examinar si quienes participan con mayor intensidad en comunidades digitales también presentan mayores niveles de consumo cultural.

Los resultados muestran una asociación consistente entre la intensidad de participación en comunidades digitales y el consumo cultural en distintas áreas (artes escénicas, música, formación, literatura, audiovisual y videojuegos). En todos los casos, la relación

es estadísticamente significativa ($p < 0,001$), aunque de magnitud baja, con valores que en algunos casos se acercan a una intensidad moderada (V de Cramér entre 0,08 y 0,12).

Quienes participan activamente en comunidades digitales presentan sistemáticamente menores porcentajes de no consumo cultural y mayores niveles de consumo presencial, virtual o mixto en comparación con quienes participan de forma ocasional o se limitan a observar contenidos. Este patrón sugiere que la participación digital no es un comportamiento aislado, sino que se articula con mayores niveles de involucramiento cultural fuera de las comunidades mismas.

En este sentido, las comunidades digitales parecen operar como espacios de circulación simbólica que pueden favorecer la exposición, recomendación y apropiación cultural, contribuyendo a dinamizar tanto el consumo como la participación cultural en distintos formatos.

En particular, se observa un gradiente consistente de participación cultural: quienes participan activamente reportan mayores niveles de consumo que quienes participan ocasionalmente, y estos a su vez superan a quienes solo observan contenidos. La diferencia es especialmente visible en consumos de alta presencia digital, como el acceso a material audiovisual (55,1% entre participación activa frente a 41,8% entre quienes solo observan), así como en música (44,4% frente a 25,5%), artes escénicas (40,7% frente a 22%) y formación (39,2% frente a 23,3%) (Figura 35).

En conjunto, los datos sugieren que las comunidades digitales no solo funcionan como espacios de interacción, sino también como circuitos de recomendación, circulación y activación cultural, favoreciendo la exposición y la participación en diversas prácticas.

Participación digital y creación cultural

Tras analizar la relación entre participación digital y consumo cultural, el análisis se desplaza ahora hacia una dimensión más activa: *la creación*. Esto permite evaluar si las comunidades digitales funcionan únicamente como espacios de circulación y acceso, o si también operan como entornos que habilitan procesos de producción cultural.

Las comunidades digitales también se asocian con mayores niveles de creación cultural.

A diferencia del análisis previo sobre consumo cultural, en el caso de la creación cultural la participación en comunidades digitales se asocia con mayores niveles de producción en casi todas las

prácticas analizadas. Por ejemplo, la creación de material audiovisual alcanza el 15,6% entre quienes participan digitalmente, frente a 4,7% entre quienes no participan. En formación, la diferencia es de 10% frente a 3,8%, y en actividades vinculadas con escritura, 8,1% frente a 3,9% (Figura 36).

Creación cultural según grado de participación en comunidades digitales

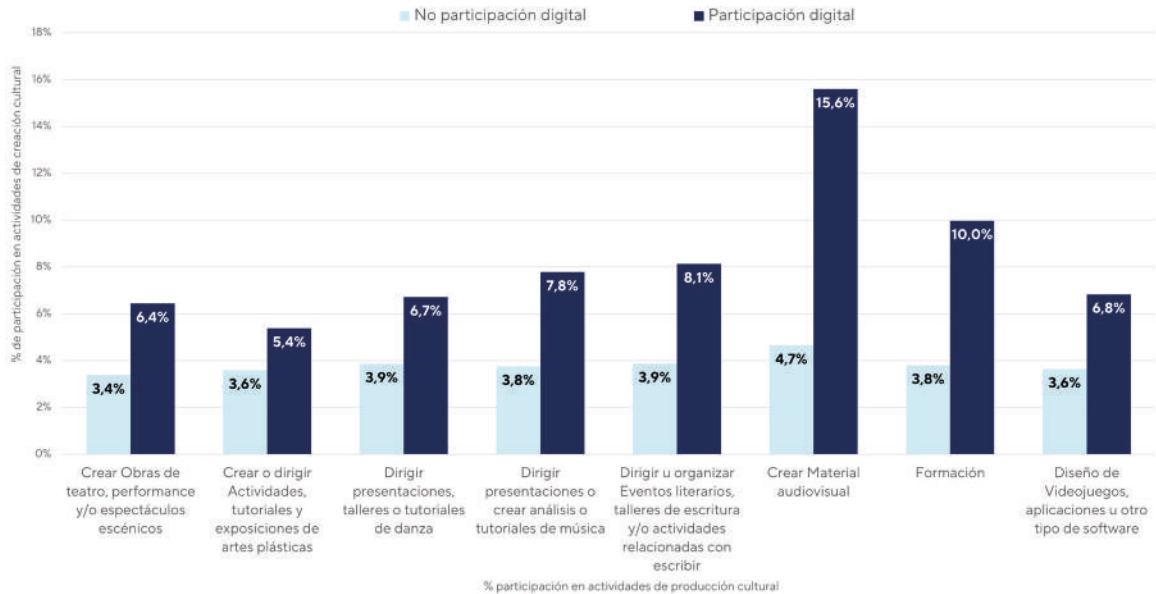


Figura 36 **Variable dependiente:** Creación cultural (participación en actividades de producción cultural en distintos formatos). **Variable independiente:** Participación en comunidades digitales (participación o no participación). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

En términos generales, la brecha oscila entre 2 y 11 puntos porcentuales según la práctica. La asociación es estadísticamente significativa en siete de las ocho actividades analizadas, con tamaños de efecto que van de pequeños a moderados (V de Cramér entre 0,04 y 0,18), siendo más fuerte en la creación de material audiovisual. La única práctica donde no se observa relación significativa es la creación o dirección de actividades y exposiciones de artes plásticas.

Aunque los efectos son de magnitud pequeña a moderada, su consistencia transversal indica que las comunidades digitales no solo amplían el consumo cultural, sino que también pueden funcionar como espacios de aprendizaje, experimentación y circulación que pueden favorecer la producción cultural.

Recomendaciones para fortalecer la participación cultural en entornos digitales

Los hallazgos de esta sección sugieren que las dinámicas de interacción en entornos digitales pueden desempeñar un papel relevante en la circulación, el consumo y la producción cultural. A partir de estos resultados, se identifican algunas orientaciones para fortalecer el ecosistema cultural en la era digital:

- Fortalecer las comunidades digitales como espacios de circulación cultural: dado que la participación activa en comunidades digitales se asocia con mayores niveles de consumo cultural, las políticas culturales podrían fomentar espacios digitales donde artistas, creadores y públicos interactúen, compartan contenidos y recomienden prácticas culturales.
- Promover entornos digitales seguros que favorezcan la expresión cultural: los resultados sugieren que el uso de identidades ficticias puede facilitar ciertas formas de intercambio cultural y circulación de conocimiento. En este sentido, fortalecer mecanismos de moderación y convivencia digital podría contribuir a crear entornos donde las personas participen sin temor a exposición o ataques.
- Aprovechar las comunidades digitales como plataformas de descubrimiento cultural: Las comunidades virtuales funcionan como circuitos de recomendación que amplían la exposición a contenidos culturales. Las instituciones culturales podrían utilizar estos espacios para difundir programación, contenidos educativos y experiencias culturales.
- Impulsar estrategias que articulen participación digital y creación cultural: Dado que la participación en comunidades digitales también se asocia con mayores niveles de producción cultural, las políticas culturales podrían promover programas de formación, colaboración y difusión que aprovechen estos entornos como espacios de aprendizaje y experimentación creativa.
- Explorar el potencial de las comunidades digitales para democratizar el acceso a la cultura: El vínculo entre participación digital y consumo cultural sugiere que estos espacios pueden ampliar las oportunidades de acceso y participación cultural. Las políticas públicas podrían fortalecer iniciativas que utilicen plataformas digitales para acercar la oferta cultural a nuevos públicos.

5.2.3 Digitalización y cohesión social

Las plataformas digitales no solo transforman las formas de acceso a la información o la participación cultural, sino también las dinámicas de interacción social entre las personas. En los entornos digitales, las comunidades virtuales pueden facilitar el mantenimiento de vínculos, ampliar las redes sociales y generar nuevos espacios de interacción. Sin embargo, estas mismas dinámicas también pueden dar lugar a tensiones, malentendidos o desconfianza. En este contexto, resulta relevante examinar cómo la participación en comunidades digitales se relaciona con la confianza interpersonal y con distintas dimensiones de la cohesión social.

La participación en comunidades digitales se asocia principalmente con efectos positivos sobre la confianza interpersonal.

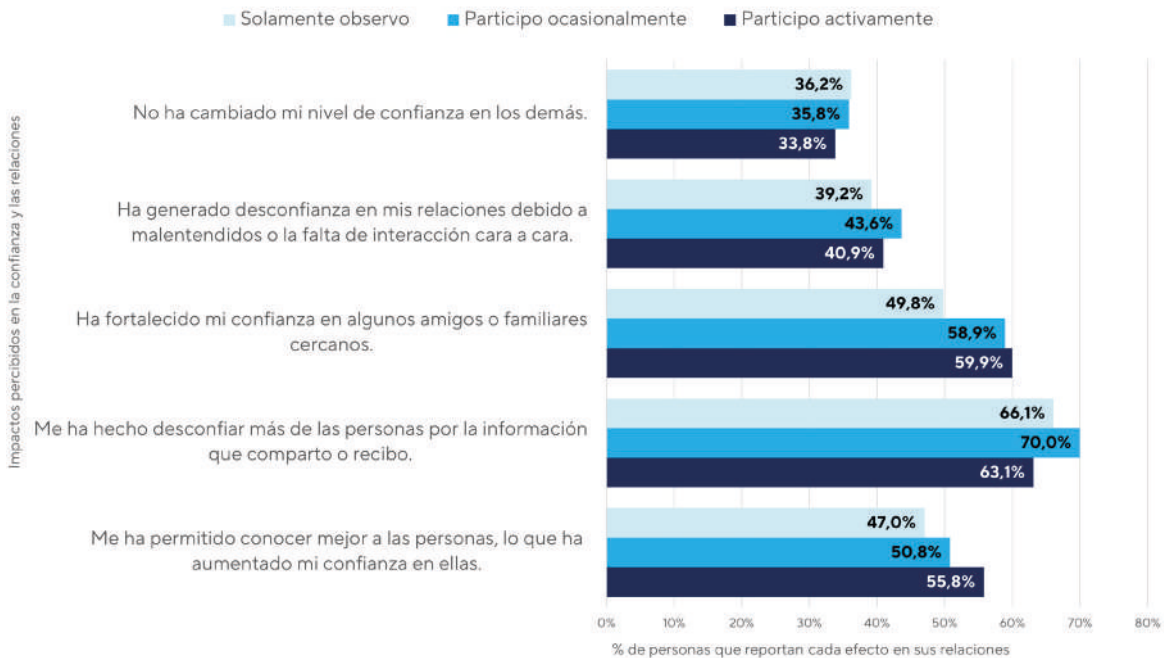
Los resultados muestran que la intensidad de participación en comunidades digitales se asocia de manera estadísticamente significativa con algunos efectos positivos sobre la confianza interpersonal.

Figura 37 **Variable dependiente:** ¿Está de acuerdo con las siguientes afirmaciones sobre cómo ha cambiado su nivel de confianza hacia los demás con el uso de redes sociales y la tecnología digital?

Variable independiente: ¿Cómo describiría su participación en comunidades digitales o grupos en línea (como foros, grupos de WhatsApp, grupos de Facebook o plataformas similares)? (Participo activamente, participó ocasionalmente, solamente observo). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

En primer lugar, la opinión de que la digitalidad ha generado impactos en la confianza interpersonal relacionados con afirmaciones como: "Me ha permitido conocer mejor a las personas, lo que ha aumentado mi confianza en ellas" presenta una asociación significativa al 1%. La proporción aumenta conforme crece la intensidad de participación: 47% entre quienes solo observan, 50,8% entre quienes participan ocasionalmente y 55,8% entre quienes participan activamente ($p < 0,01$). Esto sugiere que una mayor interacción en comunidades digitales se vincula con una mayor probabilidad de percibir un fortalecimiento de la confianza.

Participación en comunidades digitales y confianza en las relaciones sociales



De manera similar, la consideración de que el uso de redes sociales o tecnología digital "ha fortalecido mi confianza en algunos amigos o familiares cercanos" también es significativa al 1%. La participación es alta en los tres grupos de intensidad de participación, y la relación indica que la participación digital más intensa se asocia con mayores niveles de fortalecimiento relacional (Figura 37).

En contraste, los efectos negativos muestran un patrón distinto. La consideración de que el uso de redes *"me ha hecho desconfiar más de las personas por la información que comparto o recibo"* presenta una asociación marginalmente significativa al 10%, lo que sugiere una relación más débil y menos consistente. En este caso, la mayor participación es para quienes participan de manera ocasional en las comunidades digitales (70%). Por su parte, la idea de que la digitalidad *"Ha generado desconfianza en mis relaciones debido a malentendidos o la falta de interacción cara a cara"* y *"No ha cambiado mi nivel de confianza en los demás"* no muestran asociaciones estadísticamente significativas, lo que indica que estos efectos no dependen de la intensidad de participación digital.

La participación comunitaria digital intensifica la experiencia relacional: fortalece vínculos y confianza, pero también aumenta la exposición a tensiones, conflictos y desconfianza.

En conjunto, los resultados respaldan parcialmente la hipótesis: la participación más activa en comunidades digitales se asocia principalmente con efectos positivos sobre la confianza interpersonal, mientras que los efectos negativos no presentan una relación robusta con la intensidad de participación.

Más allá de la intensidad general de participación en comunidades digitales, resulta relevante examinar si la vinculación en actividades comunitarias o causas sociales dentro de estos entornos se asocia con transformaciones en la confianza interpersonal. Este tipo de participación supone una interacción más activa y orientada a objetivos colectivos, lo que podría influir de manera distinta en las dinámicas relacionales.

Los resultados evidencian asociaciones estadísticamente significativas en todas las dimensiones analizadas ($p < 0,001$ en todos los casos), con tamaños de efecto pequeños a moderados (V de Cramér entre 0,075 y 0,124). Esto indica que la participación comunitaria digital no es neutra en términos relacionales: se asocia de manera consistente con cambios en la percepción de confianza.

En el plano positivo, quienes participan en actividades comunitarias reportan con mayor frecuencia que estas plataformas les han permitido conocer mejor a otras personas y aumentar su confianza en ellas (54,9% frente a 47,3% entre quienes no participan). Asimismo, el fortalecimiento de la confianza en amigos o familiares cercanos es mayor entre quienes participan (61,1%) en comparación con quienes no lo hacen (51,3%). Estos resultados sugieren que la dimensión comunitaria de la participación digital puede funcionar como espacio de construcción y consolidación de vínculos.

Participación digital en actividades comunitarias y confianza en las relaciones sociales



Figura 38 Variable dependiente: ¿Está de acuerdo con las siguientes afirmaciones sobre cómo ha cambiado su nivel de confianza hacia los demás con el uso de redes sociales y la tecnología digital? Variable independiente: Participación en actividades comunitarias y de activismo social a través de plataformas digitales. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Sin embargo, el patrón no es exclusivamente positivo. La participación comunitaria también se asocia con mayores niveles de desconfianza vinculada a la información que se comparte o recibe (72,7% entre quienes participan frente a 61,1% entre quienes no participan). De manera similar, también se observan mayores niveles de desconfianza derivada de malentendidos o de la falta de interacción cara a cara (47,2% frente a 35,9%) (Figura 38).

En conjunto, los datos muestran que el involucramiento comunitario digital se asocia con dinámicas relacionales más intensas: se vincula con confianza y fortalecimiento de vínculos, pero también con una mayor exposición a conflictos y tensiones informacionales. La cohesión social en entornos digitales aparece, así, como un proceso ambivalente, donde la participación más activa implica mayores oportunidades de conexión, pero también mayores riesgos de fricción.

Recomendaciones para fortalecer la cohesión social en entornos digitales

Los resultados sugieren que las comunidades digitales pueden desempeñar un papel relevante en la construcción de vínculos sociales, aunque también pueden intensificar tensiones y conflictos relacionales. A partir de estos hallazgos, se identifican algunas orientaciones para fortalecer la cohesión social en la era digital:

- Promover espacios digitales que fortalezcan la interacción comunitaria: La participación en comunidades digitales se asocia con mayores niveles de confianza interpersonal y con el fortalecimiento de vínculos cercanos. Las políticas públicas podrían incentivar plataformas y espacios digitales que faciliten el intercambio, la colaboración y la organización comunitaria.

- Fortalecer capacidades de diálogo y resolución de conflictos en entornos digitales: Dado que la participación más activa también se asocia con una mayor exposición a malentendidos, tensiones y desconfianza informacional, resulta clave promover estrategias de alfabetización digital orientadas a mejorar la comunicación, la convivencia y la gestión de conflictos en plataformas digitales.
- Aprovechar las comunidades digitales como espacios de construcción de capital social: Las interacciones en comunidades virtuales pueden contribuir al conocimiento mutuo y al fortalecimiento de la confianza. Las instituciones públicas y organizaciones sociales podrían utilizar estos entornos para promover iniciativas de participación ciudadana y colaboración comunitaria.
- Desarrollar estrategias para prevenir la desinformación y se relacionan con: La mayor desconfianza asociada a la información compartida en plataformas digitales sugiere la necesidad de fortalecer mecanismos de verificación, moderación y educación mediática que permitan mejorar la calidad de las interacciones informacionales.
- Impulsar investigaciones futuras sobre cohesión social en entornos digitales: Dado el carácter ambivalente de la participación digital, que puede fortalecer vínculos, pero también intensificar tensiones; futuros estudios podrían profundizar en los mecanismos mediante los cuales las plataformas digitales influyen en las dinámicas de confianza y conflicto en las comunidades.

5.2.4 Digitalización y ciudadanías digitales

Las plataformas digitales no solo transforman las formas de interacción social y consumo cultural, sino que también pueden influir en las maneras en que las personas se involucran en la vida pública. En los entornos digitales, las relaciones sociales, las experiencias de confianza y las dinámicas de conflicto pueden asociarse con la disposición a participar en comunidades, causas sociales o iniciativas colectivas en línea. En este contexto, esta sección examina cómo distintas dimensiones de la experiencia digital —como el fortalecimiento de lazos sociales, la confianza interpersonal y las experiencias de victimización— se relacionan con las formas de participación en comunidades digitales y con la construcción de ciudadanías digitales.

El fortalecimiento de vínculos sociales a través de las plataformas se asocia con mayor participación comunitaria digital.

Las plataformas no solo conectan personas: también pueden asociarse con una mayor participación cívica cuando fortalecen vínculos sociales. Esta relación examina la hipótesis de que los beneficios relacionales asociados al uso de plataformas digitales se asocian con una mayor participación en comunidades digitales.

Participación ciudadana digital según el fortalecimiento de lazos facilitado por las plataformas

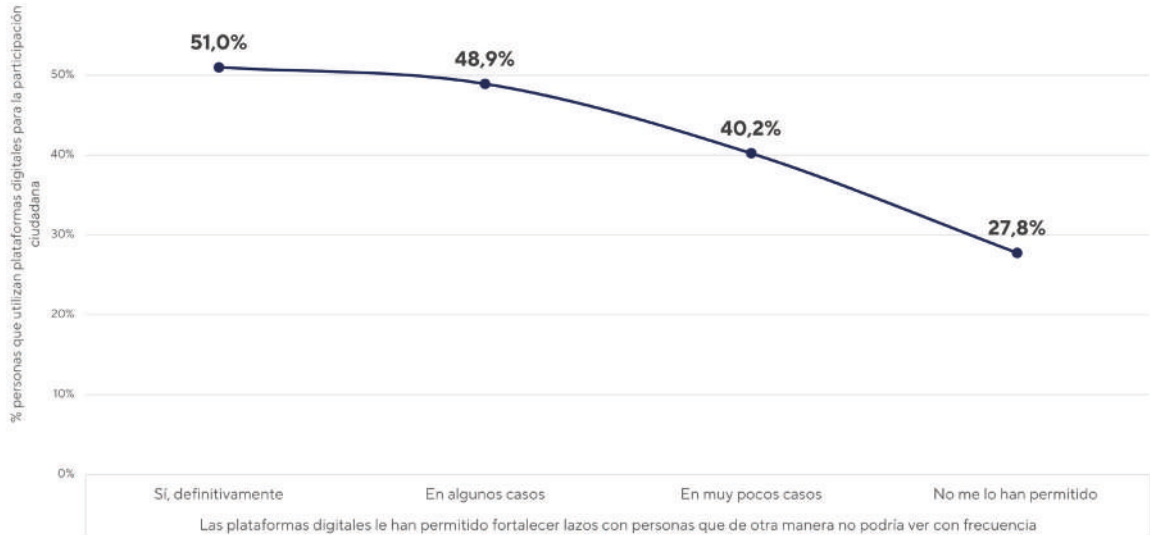


Figura 39 **Variable dependiente:** Participación digital en actividades comunitarias y causas sociales. **Variable independiente:** Fortalecimiento de lazos con personas que no se ven con frecuencia gracias a las plataformas digitales. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Los resultados muestran una asociación estadísticamente significativa entre ambas variables ($p < 0,001$), con un tamaño de efecto moderado (V de Cramér = 0,139), lo que sugiere que la percepción de que las plataformas fortalecen vínculos sociales está relacionada con mayores niveles de participación comunitaria en espacios digitales. En este sentido, los datos respaldan la hipótesis, indicando que los beneficios relacionales asociados a las plataformas digitales pueden asociarse con una mayor disposición a involucrarse en comunidades y causas colectivas.

En términos sustantivos, quienes consideran que las plataformas sí les han permitido fortalecer vínculos de manera clara presentan una mayor participación en actividades comunitarias digitales: 51% de quienes reportan “sí, definitivamente” participan, frente a 49% que no participan. Aunque la diferencia es acotada, sugiere que la percepción de utilidad relacional de las plataformas puede asociarse con una mayor disposición a involucrarse en iniciativas colectivas. (Figura 39)

El patrón se vuelve más claro cuando la percepción de fortalecimiento de vínculos es baja. Entre quienes señalan que las plataformas no les han permitido fortalecer lazos, 72,2% no participa en actividades comunitarias digitales, mientras que solo 27,8% participa, lo que indica que la ausencia de beneficios relacionales se asocia con menor involucramiento en comunidades digitales.

De manera similar, entre quienes consideran que las plataformas han fortalecido vínculos sólo en muy pocos casos, la no participación también predomina (59,8% no participa frente a 40,2% que sí participa). Este resultado refuerza la idea de que la percepción de que las plataformas facilitan conexiones significativas con otras personas se asocia de manera relevante con involucramiento en actividades comunitarias digitales.

En conjunto, los hallazgos sugieren que la dimensión relacional de las plataformas digitales —especialmente su capacidad para mantener vínculos sociales más allá de la interacción cotidiana— se asocia con mayores niveles de participación cívica en entornos digitales. A medida que aumenta la percepción de que las plataformas permiten sostener o fortalecer lazos sociales, también se observan mayores niveles de participación de participar en actividades comunitarias y causas colectivas en línea, lo que respalda la hipótesis planteada y sugiere que los beneficios relacionales de la digitalidad pueden constituir un componente relevante de la ciudadanía digital.

Los beneficios relacionales de las plataformas también se asocian con formas más activas de participación digital.

Más allá de asociarse con la probabilidad de participar en comunidades digitales, resulta relevante analizar si el fortalecimiento de vínculos sociales también se relaciona con la forma en que las personas participan en estos espacios distinguiendo entre participación activa, participación ocasional y observación pasiva.

Los resultados muestran una asociación estadísticamente significativa entre ambas variables ($p < 0,001$), con un tamaño de efecto pequeño, cercano a moderado (V de Cramér = 0,097). Esto indica que la forma en que las personas experimentan el fortalecimiento de vínculos a través de las plataformas se relaciona con cómo participan dentro de comunidades digitales, aunque la magnitud de la relación siga siendo acotada.

En términos sustantivos, quienes consideran que las plataformas sí les han permitido fortalecer vínculos de manera clara presentan mayores niveles de participación activa en comunidades digitales. En este grupo, 31,2% participa activamente, 35,4% lo hace de manera ocasional y 33,4% se limita a observar. Este patrón sugiere que cuando las plataformas cumplen una función relacional relevante, las formas de participación tienden a distribuirse de manera más equilibrada entre interacción y observación (Figura 40).

Intensidad de participación en comunidades digitales según el fortalecimiento de lazos facilitado por las plataformas digitales

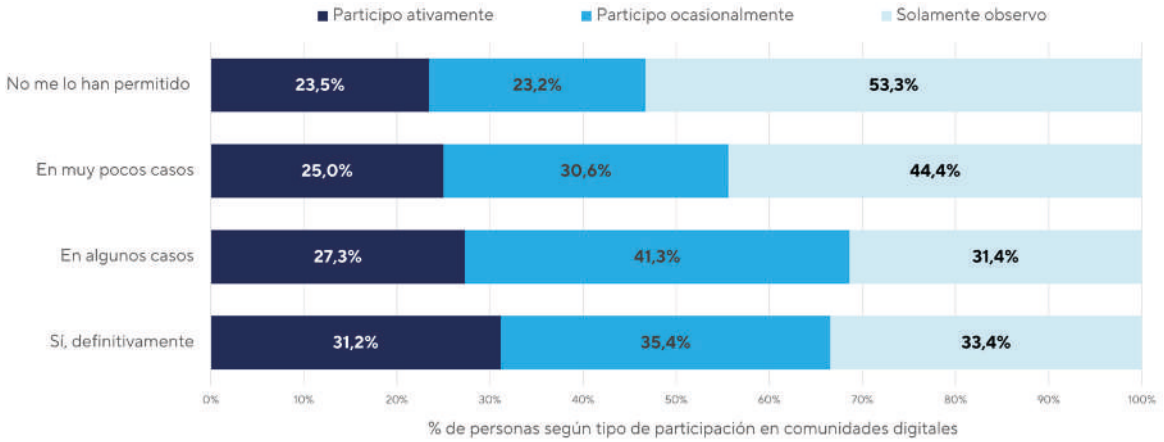


Figura 40 Variable dependiente: Intensidad de participación en comunidades digitales. Variable independiente: Fortalecimiento de lazos con personas que no se ven con frecuencia gracias a las plataformas digitales. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Por el contrario, cuando el fortalecimiento de vínculos es percibido como limitado o inexistente, aumenta la participación pasiva. Entre quienes señalan que las plataformas no les han permitido fortalecer lazos, el 53,3% se limita a observar contenidos sin interactuar, mientras que 23,5% participa activamente y 23,2% lo hace de forma ocasional. Esto sugiere que la ausencia de beneficios relacionales se asocia con una menor disposición a involucrarse activamente en comunidades digitales.

Un patrón similar se observa entre quienes consideran que las plataformas han fortalecido vínculos sólo en muy pocos casos: en este grupo 44,4% solo observa, mientras que 25% participa activamente y 30,6% participa ocasionalmente. En contraste, cuando las plataformas sí facilitan vínculos en algunos casos, la participación interactiva es mayor: 27,3% participa activamente, 41,3% participa ocasionalmente y 31,4% se limita a observar.

En conjunto, los resultados sugieren que cuando las plataformas facilitan la creación o el mantenimiento de vínculos sociales, es más probable que las personas adopten roles más interactivos dentro de los espacios digitales, mientras que la ausencia de estos beneficios relacionales se asocia con formas de participación más pasivas, centradas en la observación.

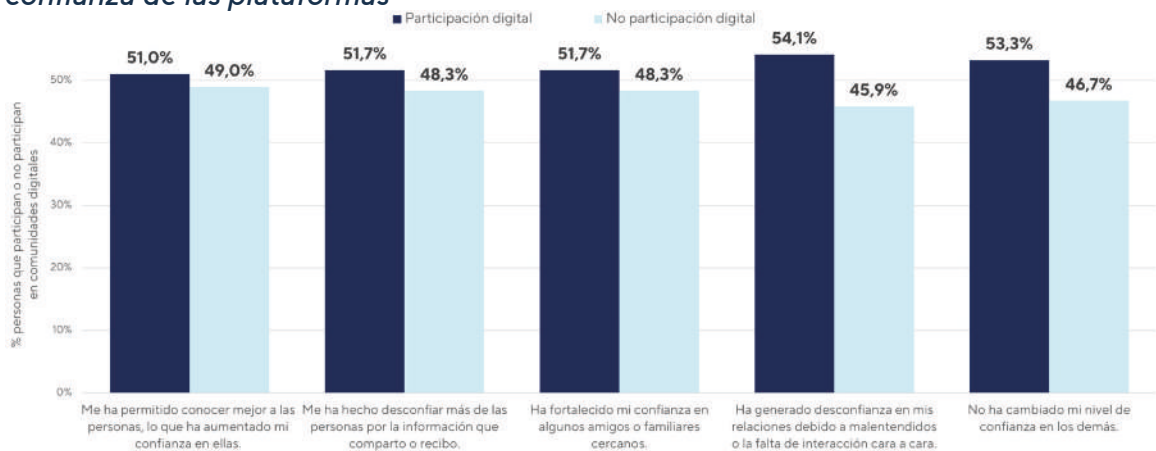
Sin embargo, la participación digital no depende únicamente de la capacidad de las plataformas para fortalecer lazos sociales. La manera en que las personas experimentan el entorno digital —particularmente en términos de confianza, credibilidad de la información y calidad de las interacciones— también puede asociarse con cómo se relacionan y participan en estos espacios. En este sentido, resulta relevante examinar cómo las experiencias de confianza o desconfianza en el entorno digital se vinculan con las distintas formas de participación dentro de las comunidades en línea.

Las experiencias de confianza y desconfianza digital se asocian con cambios en la forma de participación más que con su inhibición.

Las dinámicas de confianza en entornos digitales también pueden asociarse con la participación en comunidades en línea. En este sentido, se analizó cómo distintas experiencias vinculadas con la confianza o la desconfianza en las plataformas se asocian con la participación en actividades comunitarias digitales.

Los resultados muestran asociaciones estadísticamente significativas entre estas experiencias y la participación comunitaria digital ($p < 0,001$), con tamaños de efecto entre pequeños y cercanos a moderados (V de Cramér entre 0,075 y 0,124).

Participación digital en comunidades digitales según impactos en la confianza de las plataformas



En particular, cuando las plataformas permiten conocer mejor a otras personas y aumentar la confianza en ellas, la participación comunitaria digital tiende a ser mayor: 51% de quienes reportan este efecto participan en actividades comunitarias digitales, frente a 43,4% entre quienes no experimentan este aumento de confianza (Figura 41).

Figura 41 Variable dependiente: Participación digital en actividades comunitarias y causas sociales. Variable independiente: Impactos percibidos en la confianza interpersonal asociados al uso de plataformas digitales. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Un patrón similar se observa cuando las plataformas fortalecen la confianza en amigos o familiares cercanos. En este caso, 51,7% de quienes reportan este efecto participa en actividades comunitarias digitales, frente a 41,8% entre quienes no perciben este fortalecimiento.

La participación digital persiste incluso cuando las plataformas generan desconfianza en las relaciones o en la información compartida.

Sin embargo, los resultados también muestran que las experiencias de desconfianza no necesariamente inhiben la participación digital. Por ejemplo, entre quienes señalan que las plataformas les han hecho desconfiar más de las personas por la información que comparten o reciben, 51,7% participa en actividades comunitarias digitales, frente a 38,6% entre quienes no reportan este efecto. De manera similar, cuando las plataformas generan desconfianza en las relaciones debido a malentendidos o a la falta de interacción cara a cara, la participación también resulta mayor: 54,1% de quienes experimentan este tipo de desconfianza participa en actividades comunitarias digitales, frente a 42,5% entre quienes no lo reportan (Figura 41).

Impactos de las plataformas digitales sobre la confianza según intensidad de participación en comunidades digitales

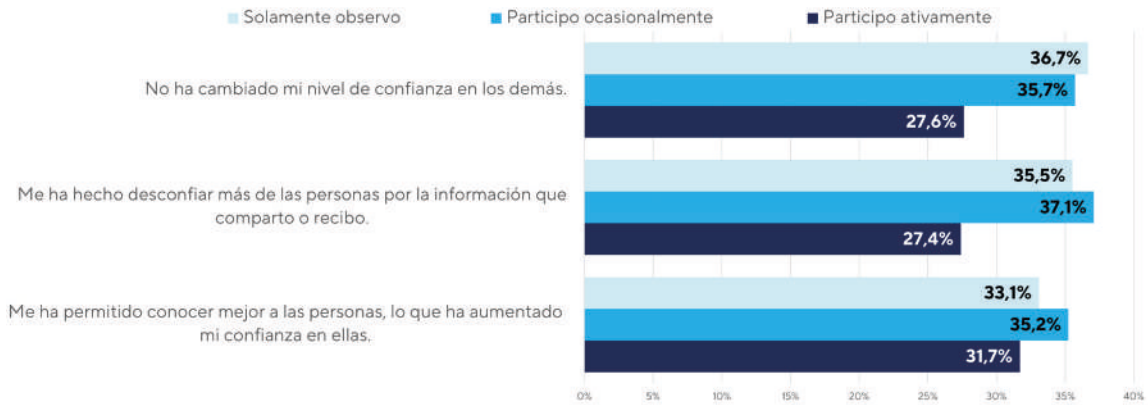


Figura 42 **Variable dependiente:** Intensidad de participación en comunidades digitales (participación activa, participación ocasional u observación). **Variable independiente:** Impactos percibidos en la confianza interpersonal asociados al uso de plataformas digitales. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Finalmente, incluso entre quienes consideran que las plataformas no han cambiado su nivel de confianza en los demás, la participación digital sigue siendo relativamente elevada: 53,3% participa en actividades comunitarias digitales, frente a 44% entre quienes sí perciben cambios en su nivel de confianza.

Tanto los efectos positivos como las tensiones derivadas de la interacción digital parecen formar parte de la experiencia de participación en comunidades en línea, lo que refuerza la idea de que la confianza y la desconfianza digital pueden coexistir con niveles significativos de involucramiento en actividades colectivas.

La confianza y la desconfianza digital también se asocian con la forma en que las personas participan en comunidades en línea.

Más allá de la probabilidad de participar o no en comunidades digitales, resulta relevante examinar si las experiencias vinculadas con la confianza interpersonal también se relacionan con la intensidad de esa participación. En este sentido, se analiza cómo distintos impactos asociados al uso de plataformas digitales sobre la confianza se vinculan con la forma de involucramiento en

comunidades digitales, distinguiendo entre participación activa, participación ocasional y observación pasiva.

Los resultados muestran que la percepción de que las plataformas han permitido conocer mejor a otras personas y aumentar la confianza en ellas se asocia de manera significativa con la forma de participación en comunidades digitales ($p < 0,01$), aunque con un tamaño de efecto pequeño (V de Cramér = 0,074). En términos sustantivos, entre quienes consideran que las plataformas les han permitido conocer mejor a otras personas, 31,7% participa activamente en comunidades digitales, 35,2% lo hace de manera ocasional y 33,1% se limita a observar.

En contraste, entre quienes no reportan este efecto, la participación activa es menor (26%) y la observación pasiva es mayor (38,6%). Este patrón sugiere que cuando las plataformas facilitan conocer mejor a otras personas y fortalecen la confianza interpersonal, también pueden favorecer formas de involucramiento más activas en comunidades digitales (Figura 42).

Por su parte, cuando las plataformas han generado desconfianza debido a la información que se comparte o recibe, la distribución de la participación se mantiene relativamente equilibrada entre los distintos niveles de involucramiento. En este grupo, 27,4% participa activamente, 37,1% lo hace ocasionalmente y 35,5% se limita a observar. Aunque se observa una ligera reducción en la participación activa respecto al grupo anterior, la asociación no alcanza significancia estadística ($p \approx 0,06$), lo que sugiere que la desconfianza digital no necesariamente inhibe la participación en comunidades en línea.

Finalmente, entre quienes consideran que el uso de plataformas no ha cambiado su nivel de confianza en los demás, la distribución de la participación también se mantiene relativamente estable, con 27,6% de participación activa, 35,7% de participación ocasional y 36,7% de observación pasiva. Este resultado indica que la ausencia de cambios en la confianza interpersonal tampoco parece modificar sustancialmente los patrones de involucramiento en comunidades digitales.

En conjunto, los hallazgos sugieren que los efectos de las plataformas sobre la confianza interpersonal pueden asociarse con cambios en la intensidad de participación digital cuando estas facilitan conocer mejor a otras personas y fortalecer vínculos. Sin embargo, incluso cuando generan desconfianza o no modifican los niveles de confianza, la participación en comunidades digitales no desaparece, sino que tiende a redistribuirse entre diferentes formas de involucramiento.

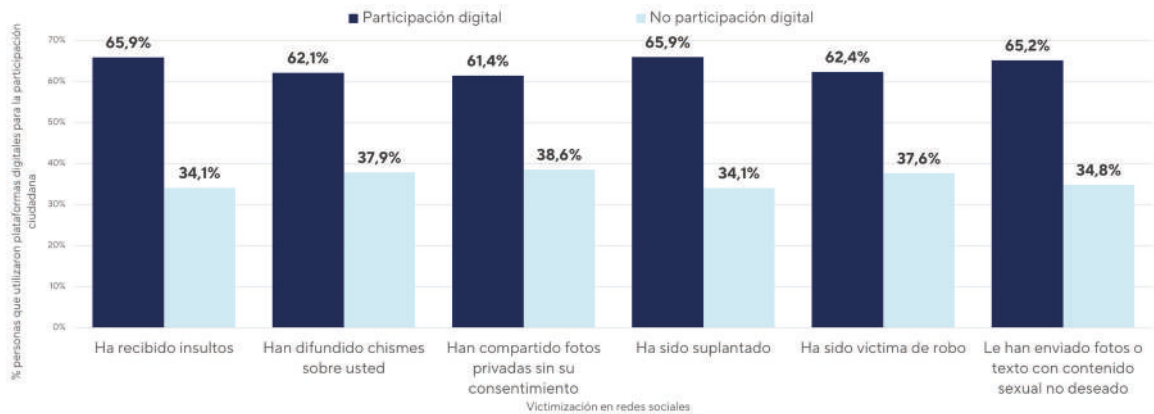
Las experiencias de victimización digital pueden coexistir con altos niveles de participación comunitaria

La participación digital también se relaciona con experiencias negativas en entornos digitales, como insultos, rumores, difusión de contenido privado, suplantación de identidad o recepción de contenido sexual no deseado.

Figura 43 **Variable dependiente:** Participación digital en actividades comunitarias y causas sociales. **Variable independiente:** Experiencias de victimización en redes sociales (insultos, rumores, difusión de imágenes sin consentimiento, suplantación de identidad, robo y recepción de contenido sexual no deseado). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Los resultados muestran asociaciones estadísticamente significativas entre las distintas formas de victimización digital y la participación en actividades comunitarias en línea ($p < 0,001$ en todos los casos), con tamaños de efecto que oscilan de bajos a moderado (V de Cramér entre 0,08 y 0,20). Esto sugiere que las experiencias negativas en entornos digitales se relacionan con cambios en la forma en que las personas se involucran en actividades colectivas a través de plataformas digitales.

Participación ciudadana digital según victimización en redes sociales



En términos generales, los datos muestran un patrón consistente: quienes han experimentado distintas formas de victimización digital presentan mayores niveles de participación en actividades comunitarias y causas sociales en línea. Por ejemplo, entre quienes han recibido insultos en redes sociales, 65,9% reporta participar digitalmente en actividades comunitarias, frente a 42% entre quienes no han vivido esta experiencia (Figura 43).

Algo similar se observa entre quienes han sido objeto de rumores (62,1% frente a 44,6%), entre quienes han sufrido la difusión de fotos privadas sin consentimiento (61,4% frente a 46,3%) y entre quienes han sido víctimas de suplantación de identidad (65,9% frente a 45%).

De manera comparable, entre quienes han experimentado robo en entornos digitales, 62,4% participa en actividades comunitarias o causas sociales en línea, mientras que entre quienes no han

vivido esta situación la proporción es de 42,9%. Asimismo, entre quienes han recibido contenido sexual no deseado, la participación alcanza 65,2%, frente a 42,5% entre quienes no reportan este tipo de experiencia.

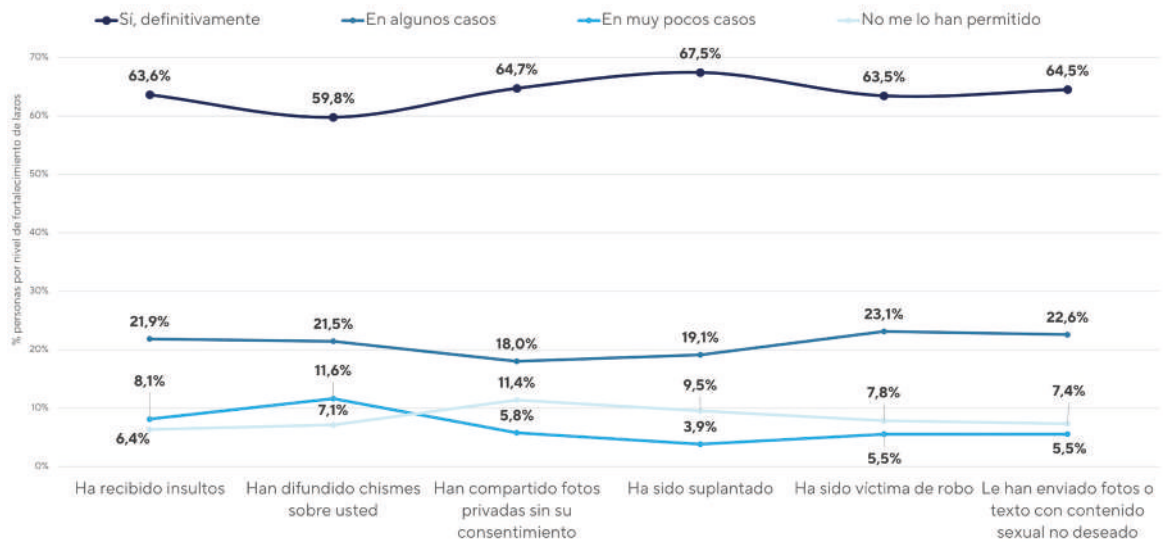
En conjunto, los resultados sugieren que las experiencias de victimización en entornos digitales no necesariamente reducen la participación en causas colectivas en línea. Por el contrario, estas experiencias parecen asociarse con mayores niveles de involucramiento en actividades comunitarias digitales, lo que podría reflejar procesos de denuncia, búsqueda de apoyo o movilización frente a situaciones de agresión o vulneración en plataformas digitales.

Las plataformas pueden ser simultáneamente espacios de conflicto y de conexión social.

Si bien las experiencias de victimización en redes sociales pueden asociarse con cambios en la forma en que las personas participan en espacios digitales, también resulta relevante explorar si estas situaciones afectan la dimensión relacional de las plataformas. En otras palabras, más allá de su posible impacto sobre la participación o la creación de contenido, es pertinente analizar si quienes han experimentado formas de agresión o vulneración en entornos digitales perciben de manera distinta la capacidad de las plataformas para fortalecer lazos con otras personas. En este sentido, el siguiente análisis examina la relación entre distintas experiencias de victimización en redes sociales y la percepción de que las plataformas digitales han permitido mantener o fortalecer vínculos con personas que de otra forma no se verían con frecuencia.

Figura 44 Variable dependiente: Fortalecimiento de lazos con personas que de otra forma no podría ver con frecuencia (Sí, definitivamente; en algunos casos; en muy pocos casos; no me lo han permitido). Variable independiente: Experiencias de victimización en redes sociales (insultos, rumores, difusión de imágenes sin consentimiento, suplantación de identidad, robo y recepción de contenido sexual no deseado). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Fortalecimiento de lazos facilitado por las plataformas según victimización en redes sociales



Los resultados muestran asociaciones estadísticamente significativas entre las experiencias de victimización digital y la percepción del fortalecimiento de lazos facilitado por las plataformas ($p < 0,05$ en la mayoría de los casos), aunque con tamaños de efecto pequeños (V de Cramér entre 0,06 y 0,08). Esto sugiere que, si bien las experiencias negativas en redes sociales se relacionan con ciertas variaciones en la percepción relacional de las plataformas, dichas diferencias no son de gran magnitud.

A nivel general, el comportamiento predominante en todos los casos es que la mayoría de las personas considera que las plataformas sí han permitido fortalecer lazos de manera clara. Esta percepción se mantiene relativamente alta incluso entre quienes han experimentado distintos tipos de victimización digital. Por ejemplo, entre quienes han recibido insultos, 63,6% afirma que las plataformas definitivamente han permitido fortalecer lazos. De manera similar, entre quienes han sido objeto de rumores la proporción alcanza 59,8%, mientras que entre quienes han sufrido la difusión de fotos privadas sin consentimiento asciende a 64,7% (Figura 44).

Por otro lado, entre quienes han sido suplantados, 67,5% considera que las plataformas han fortalecido vínculos de manera clara, mientras que entre quienes han sido víctimas de robo la proporción es de 63,5%. Asimismo, entre quienes han recibido contenido sexual no deseado, 64,5% reporta que las plataformas han permitido fortalecer lazos con otras personas.

Las categorías que reflejan percepciones más débiles del fortalecimiento de vínculos —como “en algunos casos”, “en muy pocos casos” o “no me lo han permitido”— presentan proporciones considerablemente menores en todos los tipos de victimización, generalmente por debajo de una cuarta parte de los encuestados. Esto sugiere que, incluso en contextos donde se han experimentado interacciones negativas o agresivas en redes sociales, la dimensión relacional de las plataformas continúa siendo valorada por una parte importante de los usuarios.

En conjunto, los resultados indican que las experiencias de victimización digital no parecen deteriorar de manera sustancial la percepción de que las plataformas permiten mantener o fortalecer vínculos sociales. Por el contrario, aun entre quienes han experimentado situaciones de agresión o vulneración en línea, la mayoría continúa reconociendo el papel de las plataformas como espacios que facilitan la conexión con otras personas.

Recomendaciones para fortalecer la ciudadanía digital

Los hallazgos de esta sección muestran que las plataformas digitales pueden desempeñar un papel relevante en la activación de la participación cívica y en la construcción de vínculos sociales, aunque también pueden amplificar tensiones y conflictos en los entornos digitales. A partir de estos resultados, se proponen algunas orientaciones para fortalecer las ciudadanías digitales:

- Fortalecer las comunidades digitales como espacios de participación ciudadana: La evidencia sugiere que cuando las plataformas facilitan el mantenimiento de vínculos sociales, se observan mayores niveles de participación en comunidades y causas colectivas en línea.
- Promover entornos digitales que favorezcan la confianza y la interacción constructiva: Las experiencias de confianza interpersonal se asocian con mayores niveles de participación comunitaria digital, lo que resalta la importancia de fomentar espacios de interacción basados en el respeto y la colaboración.
- Desarrollar estrategias de prevención y atención frente a la violencia digital: Las experiencias de victimización en entornos digitales se asocian con cambios en las formas de participación y generar tensiones en las comunidades en línea, por lo que resulta necesario fortalecer mecanismos de protección y acompañamiento a las personas afectadas.
- Impulsar programas de alfabetización digital orientados a la participación cívica: Las plataformas digitales pueden convertirse en espacios de organización colectiva, movilización social y construcción de ciudadanía, siempre que las personas cuenten con herramientas para participar de manera informada y responsable.
- Fomentar investigaciones futuras sobre ciudadanía digital y participación en entornos en línea: El carácter ambivalente de las plataformas —capaces de fortalecer vínculos pero también de asociarse con conflictos— sugiere la necesidad de seguir profundizando en cómo estas dinámicas se relacionan en la participación social y política en el mundo digital.



Foto: Gustavo Sánchez

■ Participación



Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México





BBVA

BBVA

Foto: Anton Lukin



Foto: Jezael Melgoza

Nota introductoria

En la Ciudad de México, la transformación digital no constituye únicamente un fenómeno tecnológico, sino que forma parte de un proceso cultural que modifica las dinámicas sociales de interacción, la participación en lo público y la circulación de la información. La cultura se entiende en un sentido amplio, como el conjunto de prácticas mediante las cuales las personas producen significados, establecen vínculos y participan en la vida cotidiana.

En un contexto urbano marcado por desigualdades territoriales de acceso a la información, la digitalización puede operar en dos vías, bien sea como un factor de integración social, o como un mecanismo que profundiza brechas, dependiendo de las condiciones de acceso, habilidades y apropiación tecnológica.

El capítulo aborda los efectos de la transformación digital en la vida cultural y social de la Ciudad de México a través de cuatro dimensiones: la cultura digital, el consumo y la creación cultural, la esfera personal, y la cohesión social y la ciudadanía digital. Desde estos ejes se examinan las formas en que las personas utilizan plataformas y dispositivos, participan en prácticas culturales mediadas por la tecnología, experimentan la vida conectada y reconfiguran sus vínculos sociales y modos de participación.

El análisis se organiza en dos niveles. Por un lado, se presentan resultados descriptivos con alcance poblacional, contruidos a partir de estimaciones ponderadas que permiten aproximar tendencias generales en la ciudad. Por otro lado, se desarrollan lecturas analíticas basadas en la muestra, orientadas a observar relaciones internas, diferencias y patrones en los datos observados. De manera transversal, se incorpora una comparación entre personas jóvenes y adultas para identificar diferencias generacionales en el acceso, uso y apropiación de las tecnologías digitales.

La información analizada proviene de 2.434 entrevistas realizadas a población de 14 años y más residente en la Ciudad de México, en el marco de la Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México. Esta corresponde a una medición probabilística representativa, cuyos resultados, mediante factores de expansión, permiten inferir la vida digital de cerca de seis millones de personas en este rango de edad en la ciudad.

El capítulo ofrece una aproximación empírica a los impactos culturales de la transformación digital en la Ciudad de México, identificando tanto las oportunidades que amplían las formas de acceso, interacción y desarrollo personal, como las tensiones asociadas a las desigualdades, los riesgos y los desafíos de la vida en entornos digitales.

Ficha técnica

Lugar de recolección	La encuesta fue aplicada en viviendas de las siguientes alcaldías: Iztacalco, Iztapalapa, Venustiano Carranza, Xochimilco, Milpa Alta, Tláhuac, Gustavo A. Madero, Azcapotzalco, Cuauhtémoc, Benito Juárez, Coyoacán, Miguel Hidalgo, Álvaro Obregón, La Magdalena Contreras, Cuajimalpa de Morelos y Tlalpan.
Universo	El universo de estudio está constituido por las personas de 14 años en adelante que habitan en las manzanas o zonas geográficas que se encuentran en Ciudad de México, y que los predios sean predominantemente habitacionales
Periodo de recolección	Del 6 de junio al 18 de julio de 2025
Periodo de referencia	2025
Población objetivo	Residentes habituales de las viviendas particulares habitadas en la Ciudad de México al mes de mayo de 2025. La información utilizada para conformar el marco de muestreo está integrada por los datos estadísticos y la información geográfica por Área Geoestadística Básica (AGEB) Urbana publicada por el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CO-NEVAL) y el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), referida al Censo de Población y Vivienda 2020.
Diseño muestral	La selección de las unidades de observación a encuestar se realizó mediante un muestreo probabilístico, estratificado polietápico, ya que cada ciudad cuenta con un marco geográfico de área para poder realizarla. En el caso de la Ciudad de México, la primera etapa correspondió a la selección de las alcaldías; la segunda, a las AGEB urbanas; la tercera, a las manzanas; y la cuarta, a las viviendas. La primera estratificación consideró la subdivisión de las alcaldías en cinco regiones con criterios geográficos y sociodemográficos.
Metodología de aplicación	Encuesta Presencial en hogares
Tipo de instrumento	Encuesta semiestructurada
Total de preguntas aplicadas	El formulario cuenta con un total de 40 preguntas, incluyendo las sociodemográficas.
Tamaño de muestra	2.434 encuestas efectivas
Confiability	95%
Error de muestreo	3%
Aplicada por	EDC Consultores



Foto: Alejandro Giraldo Ortega

6.1 Resultados descriptivos

6.1.1 Cultura digital

Esta dimensión analiza la cultura digital en la Ciudad de México considerando, por un lado, las formas de uso de las plataformas digitales y, por otro, el papel que la tecnología desempeña en la vida social y personal. En relación con el uso, se examinan la intensidad de conexión, las plataformas más frecuentes, las motivaciones que orientan estas prácticas y el grado de dependencia del celular en distintas actividades cotidianas. En cuanto al papel de la tecnología, se abordan las percepciones sobre la digitalidad, las prioridades atribuidas a la tecnología en distintos ámbitos, la importancia atribuida a ciertos valores y su influencia en procesos educativos, laborales y personales.

Esta dimensión permite comprender cómo las tecnologías digitales se integran en la vida cotidiana de la ciudad, articulando funciones prácticas y relacionales, con variaciones en su intensidad entre distintos grupos de la población.

Uso de las plataformas digitales

Las personas jóvenes en la Ciudad de México reportan un uso más intensivo del celular y una mayor dependencia.

En la Ciudad de México, el uso del celular es prácticamente universal entre la población. De acuerdo con los resultados de la encuesta, sólo una proporción muy pequeña declara no utilizar este dispositivo: 2,4% entre las personas jóvenes y 4,3% entre las personas adultas (Figura 1).

Uso de celular según edad

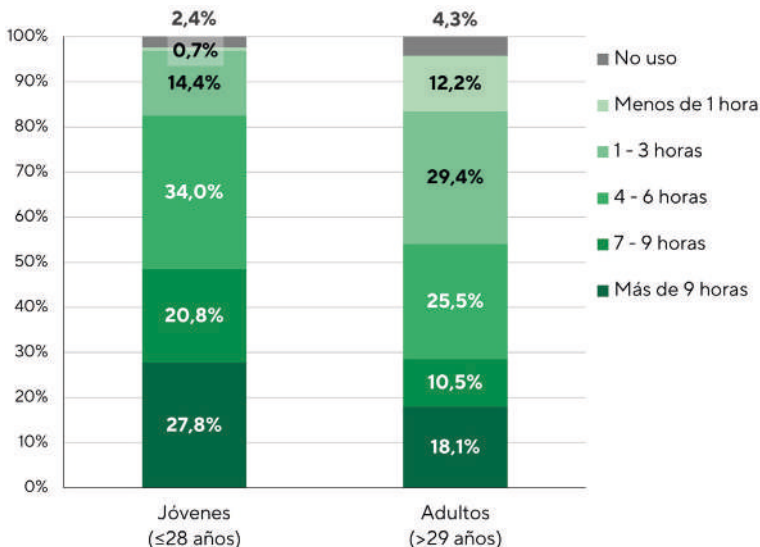


Figura 1 Pregunta: En promedio, ¿cuánto tiempo considera que destina usted al uso del celular diariamente? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

No obstante, la intensidad de uso es heterogénea en ambos grupos poblacionales. Entre las personas jóvenes, el uso del celular se concentra en rangos altos de tiempo diario: cerca de la mitad reporta utilizarlo entre 7 y 9 horas o más de 9 horas al día (48,6%), mientras que el 34% se ubica en un rango intermedio de entre 4 y 6 horas. En contraste, entre las personas adultas el uso tiende a concentrarse en niveles moderados: el 29,4% reporta utilizar el celular entre 1 y 3 horas diarias y el 25,5% entre 4 y 6 horas, mientras que una proporción menor (18,1%) declara usarlo más de 9 horas al día. En conjunto, estos resultados sugieren una mayor presencia de tiempos prolongados de uso del celular entre la población joven.

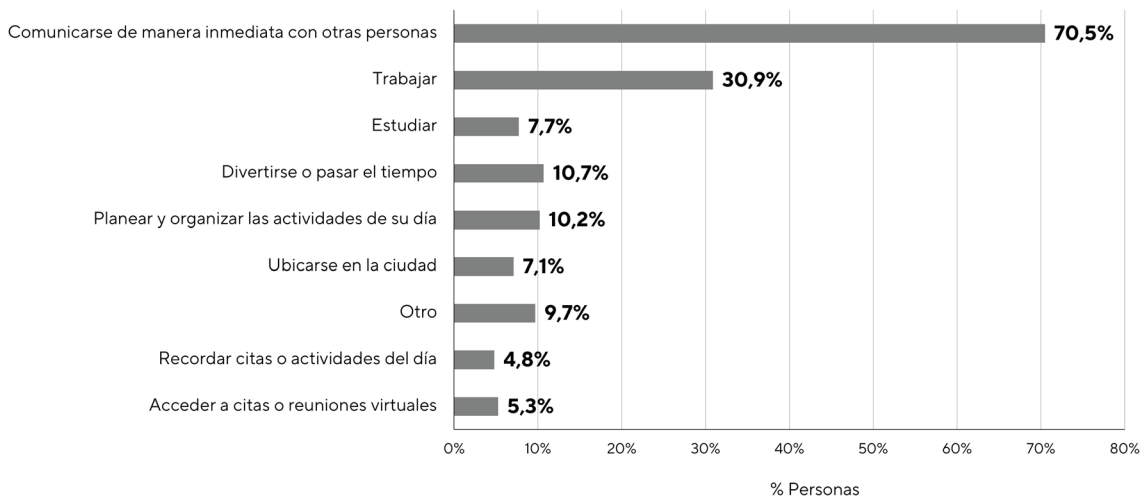
El celular cumple un papel central en la vida cotidiana, tanto en la comunicación como en la organización de actividades, con diferencias según el tipo de uso y el grupo etario.

La centralidad del celular también se refleja en las actividades que las personas consideran que no podrían realizar sin este dispositivo. En primer lugar, destaca la comunicación inmediata con otras personas: el 70,5% de la población señala que no podría comunicarse de manera inmediata con otras personas sin su celular (Figura 2). En segundo lugar, aparece el trabajo, mencionado por el 30,9% de las personas, lo que evidencia el papel del celular como herramienta de apoyo en actividades laborales y comunicativas.

Figura 2 Pregunta: Si perdiera su celular en este momento, ¿cuáles de las siguientes actividades NO podría realizar definitivamente? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Una parte de la población indica que no podría realizar otras actividades sin el celular, como divertirse o pasar el tiempo (10,7%), planear y organizar las actividades del día (10,2%); así como estudiar (7,7%) y ubicarse en la ciudad (7,1%). En menor medida se mencionan: recordar citas o actividades del día (4,8%) y acceder a citas o reuniones virtuales (5,3%).

Actividades que no podría realizar sin celular

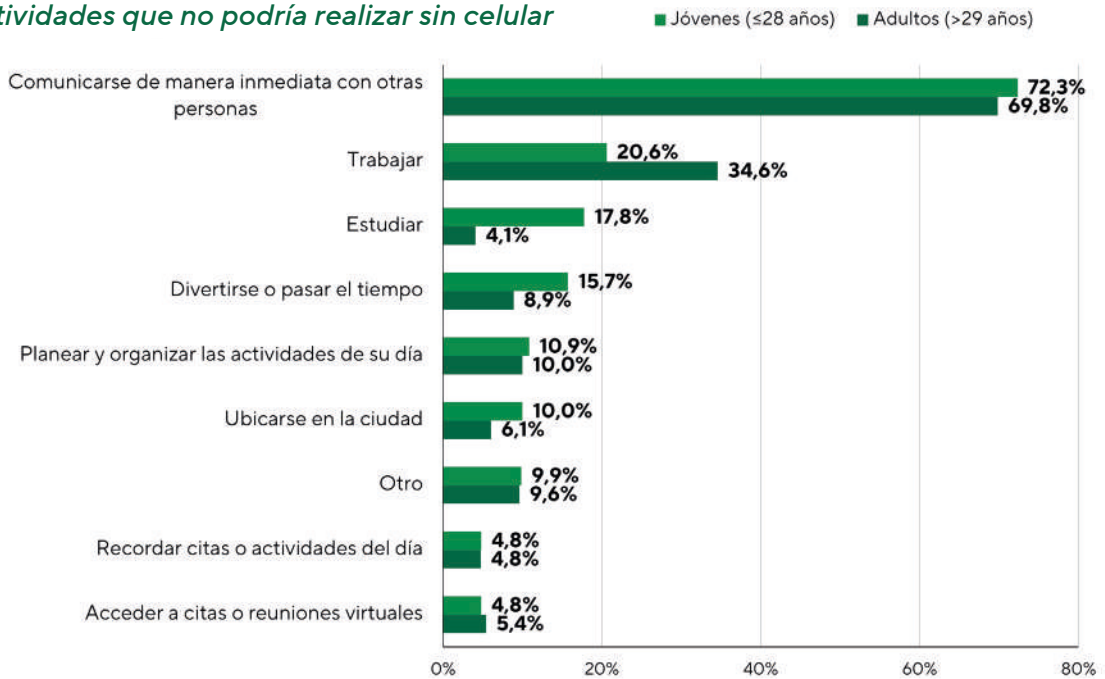


Al analizar estas actividades por grupo de edad, se observan algunas diferencias relevantes (Figura 3). En ambos grupos (jóvenes y adultos) la principal función del celular es la comunicación inmediata, reportada por 72,3% de las personas jóvenes y 69,8% de las personas adultas. Sin embargo, algunas actividades muestran contrastes generacionales.

Por ejemplo, las personas adultas reportan con mayor frecuencia que no podrían trabajar sin el celular (34,6% frente a 20,6% entre jóvenes), mientras que las personas jóvenes señalan en mayor proporción que no podrían estudiar (17,8% frente a 4,1% en adultos) ni divertirse o pasar el tiempo (15,7% frente a 8,9%) sin este dispositivo. Las diferencias observadas entre jóvenes y adultos en actividades como estudiar o trabajar muestran que el celular ocupa lugares distintos en prácticas cotidianas según el grupo etario.

Figura 3 Pregunta: Si perdiera su celular en este momento, ¿cuáles de las siguientes actividades NO podría realizar definitivamente? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Actividades que no podría realizar sin celular



En conjunto, estos resultados muestran que el celular cumple un papel central en diversas actividades en la Ciudad de México, particularmente en la comunicación y en la organización de la vida diaria, con algunos usos diferenciados entre jóvenes y personas adultas.

El ecosistema de plataformas digitales se organiza en torno a un conjunto reducido de aplicaciones de uso masivo, con diferencias generacionales tanto en la adopción como en la intensidad de uso.

El uso de plataformas digitales se concentra en un conjunto reducido de aplicaciones de mensajería y consumo audiovisual (Figura 4). WhatsApp se posiciona como la plataforma de uso más extendido con niveles de uso superiores al 90% en todos los grupos etarios (91,6% en el total, 90,8% entre adultos y 93,8% entre jóvenes). A partir de allí aparece un segundo nivel de plataformas dominado por el entretenimiento y la socialización visual. YouTube alcanza una participación del 74,4%, con valores muy similares entre adultos (76,1%) y jóvenes (69,5%), así como Facebook, que mantiene una presencia también elevada y homogénea entre generaciones, cercana al 68%.

Las diferencias generacionales se hacen evidentes en las plataformas de contenido más corto y visual. TikTok e Instagram con una presencia mucho mayor entre los jóvenes: el uso de TikTok alcanza el 77,7% en este grupo frente al 49,4% entre adultos, mientras que Instagram registra 76,6% entre jóvenes y apenas 34,3% entre adultos. Este patrón sugiere que las generaciones más jóvenes concentran su actividad digital en plataformas centradas en la creación y circulación rápida de contenido visual.

En contraste, otras plataformas presentan niveles de adopción considerablemente más bajos. Twitter (X) se sitúa alrededor del 10% de uso, mientras que Telegram, LinkedIn y Snapchat se mantienen por debajo del 8% del total de usuarios. Twitch, aunque minoritaria en el conjunto de la población (3,4%), muestra una presencia relativamente mayor entre los jóvenes (9%), lo que refuerza la idea de nichos digitales asociados al consumo de streaming y cultura gamer. En general, el panorama sugiere un ecosistema dominado por pocas plataformas de uso masivo, acompañado por otras aplicaciones de entretenimiento cuya adopción depende en gran medida de la edad y de prácticas culturales específicas.

Esta dinámica en el uso de las plataformas digitales también se refleja en la intensidad de tiempo dedicado a cada aplicación, donde emergen diferencias generacionales importantes. En general, los adultos tienden a concentrarse en rangos de uso más moderados, mientras que los jóvenes presentan una mayor presencia en los niveles de uso intensivo en varias plataformas (Figura 5).

En el caso de YouTube, por ejemplo, ambos grupos muestran una distribución bastante similar: el 43,7% de adultos y 42,2% de jóvenes reportan usar la plataforma una hora o menos al día, mientras que cerca de un tercio se ubica entre dos y tres horas. Los niveles de uso más intensivo (cuatro horas o más) aparecen en proporciones relativamente menores y comparables entre ambos grupos etarios.

Sin embargo, al igual que en el uso de plataformas, las diferencias en la intensidad de uso se vuelven más marcadas en plataformas asociadas al consumo rápido de contenido visual (Figura 5). En

Plataformas que utiliza

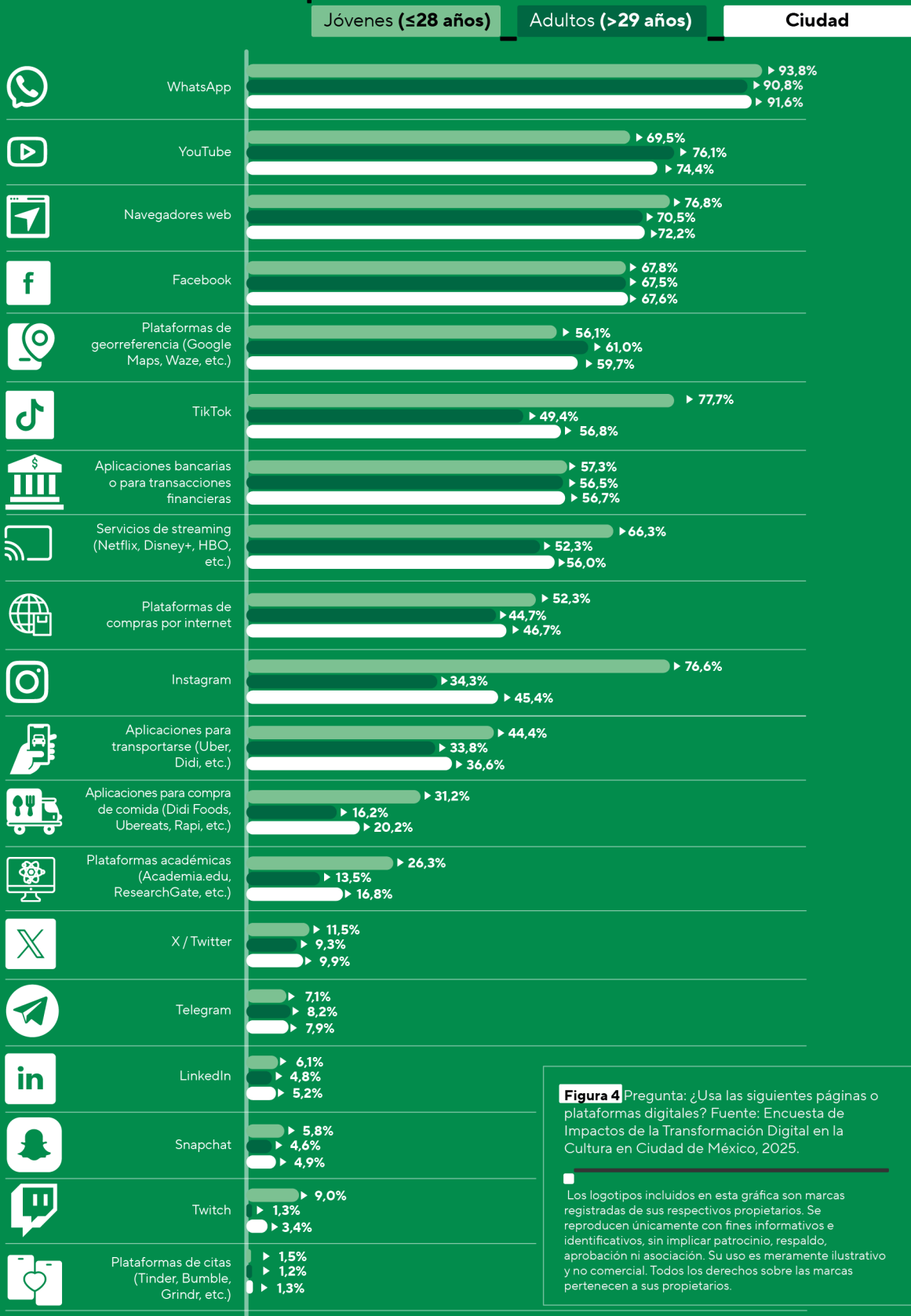


Figura 4 Pregunta: ¿Usa las siguientes páginas o plataformas digitales? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

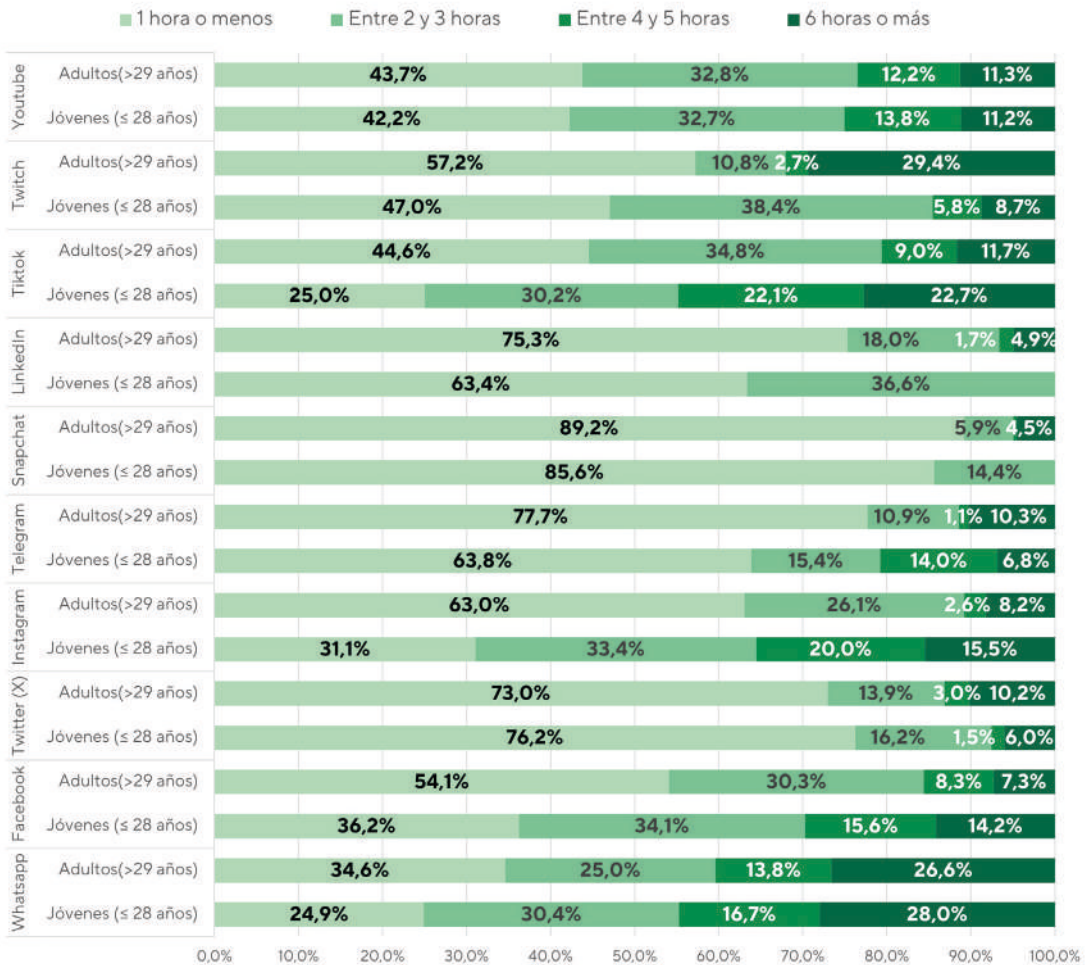
Los logotipos incluidos en esta gráfica son marcas registradas de sus respectivos propietarios. Se reproducen únicamente con fines informativos e identificativos, sin implicar patrocinio, respaldo, aprobación ni asociación. Su uso es meramente ilustrativo y no comercial. Todos los derechos sobre las marcas pertenecen a sus propietarios.

TikTok, las diferencias generacionales en la intensidad de uso son más marcadas. Entre las personas adultas, el 44,6% reporta utilizar la plataforma una hora o menos al día y el 34,8% entre dos y tres horas, mientras que el 9% la usa entre cuatro y cinco horas y el 11,7% seis horas o más. Entre las personas jóvenes, en cambio, el 25% declara usarla una hora o menos, el 30,2% entre dos y tres horas, el 22,1% entre cuatro y cinco horas y el 22,7% seis horas o más. En conjunto, estos resultados muestran una mayor presencia de uso intensivo entre las personas jóvenes.

El caso de WhatsApp muestra otra dinámica. Aunque es la aplicación más extendida entre todos los grupos etarios, también concentra niveles importantes de uso intensivo. Entre los adultos, el 26,6% reporta utilizarla seis horas o más al día, mientras que entre los jóvenes esta proporción alcanza el 28%, lo que muestra su papel central como herramienta cotidiana de comunicación y coordinación social.

Figura 5 Pregunta: ¿En promedio, al día, cuántos minutos invierte usted en las siguientes páginas o plataformas digitales? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Tiempo promedio de uso de aplicaciones según grupo etario



En contraste, plataformas como LinkedIn, Snapchat, Twitter (X) y Telegram presentan un uso reducido. En estos casos, la mayoría de los usuarios declara emplearlas una hora o menos al día, lo que sugiere que cumplen funciones más específicas —informativas, profesionales o de nicho— dentro del ecosistema digital. Aunque el acceso a las principales plataformas es amplio entre generaciones, la intensidad de uso tiende a concentrarse en aplicaciones vinculadas a la interacción cotidiana y al consumo audiovisual, especialmente entre los usuarios más jóvenes.

Rol social y personal de la tecnología

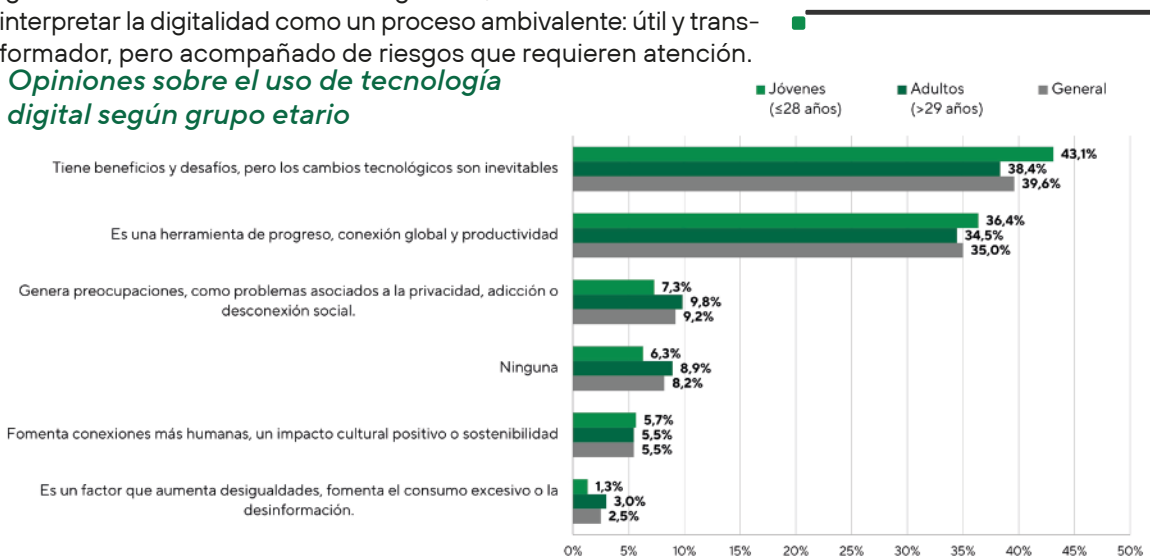
La tecnología digital es percibida como una fuente de oportunidades pero también como una fuente de riesgos sociales emergentes.

La tecnología digital se ha integrado plenamente a la vida cotidiana, operando simultáneamente como espacio de trabajo, organización social e interacción pública. En este marco, la valoración general de la tecnología digital ofrece una primera aproximación a la manera en que la ciudadanía comprende su papel en la vida cotidiana.

Predominan miradas que reconocen simultáneamente beneficios y desafíos asociados al cambio tecnológico (43,1% en jóvenes y 38,4% en adultos) y, en segundo lugar, se presenta una visión de la tecnología como herramienta de progreso, conexión global y productividad (36,4% en jóvenes y 34,5% en adultos) (Figura 6). En menor proporción aparecen percepciones asociadas a preocupaciones como problemas de privacidad, adicción o desconexión social, así como visiones más críticas que la vinculan con desigualdades o desinformación. En general, la ciudadanía tiende a interpretar la digitalidad como un proceso ambivalente: útil y transformador, pero acompañado de riesgos que requieren atención.

Opiniones sobre el uso de tecnología digital según grupo etario

Figura 6 Pregunta: Cuando escucha sobre el uso de tecnología digital, ¿con cuál de las siguientes afirmaciones se siente más identificado? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

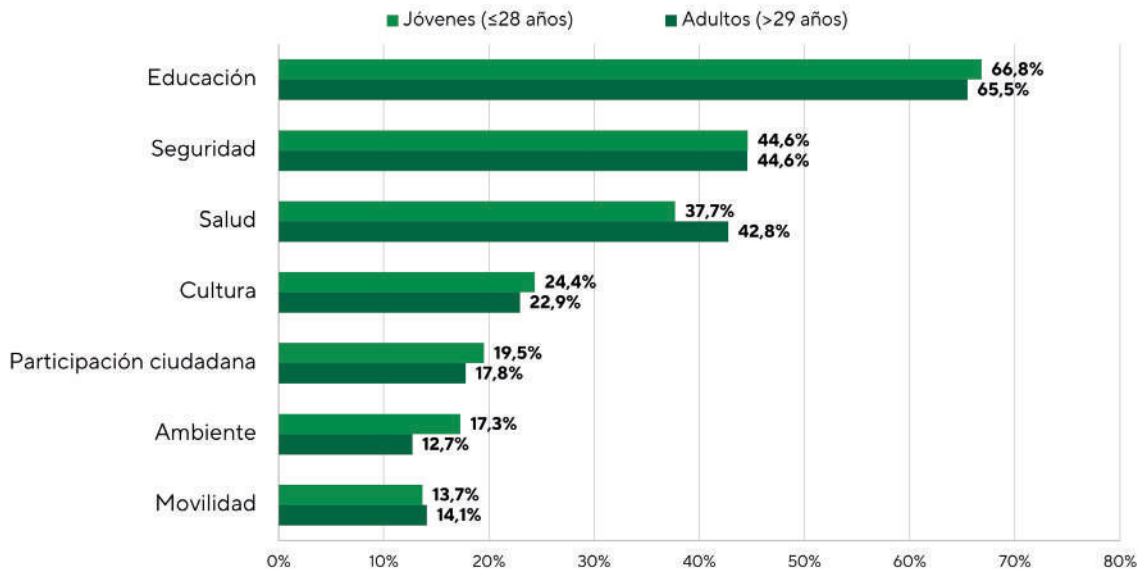


La tecnología digital ocupa un lugar central en distintos ámbitos de la vida cotidiana, tanto en términos de expectativas sociales como de beneficios concretos y motivaciones de uso.

Figura 7 Pregunta: ¿En qué sectores considera que debería enfocarse el uso de tecnologías digitales para mejorar la calidad de vida de la ciudadanía? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

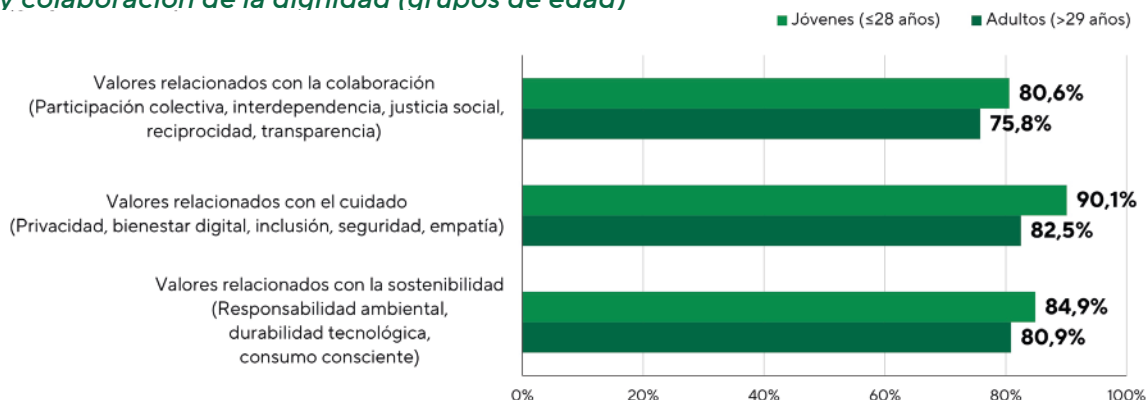
Al considerar el rol social que debería desempeñar la tecnología en la mejora de la calidad de vida, la educación aparece como la principal prioridad para ambos grupos etarios (66,8% en jóvenes y 65,2% en adultos) (Figura 7). Le siguen ámbitos como la seguridad (44,6% en jóvenes y 40,8% en adultos) y la salud (37,7% y 41,9%, respectivamente). Otros sectores mencionados incluyen cultura (24,4%), participación ciudadana (19,5%), ambiente (17,3%) y movilidad (13,7%), lo que evidencia una comprensión amplia de la capacidad de la digitalización para incidir en distintos ámbitos de la vida urbana.

Sectores en los que debería enfocarse el uso de tecnologías digitales



Así mismo, la ciudadanía considera que el uso de la tecnología digital debería estar acompañado de principios éticos que orienten su desarrollo (Figura 8). Los valores asociados con el cuidado, como la privacidad, el bienestar digital, la inclusión, la seguridad y la empatía, son considerados muy importantes para el 90,1% de las personas jóvenes y el 82,5% de las personas adultas. También destacan los valores vinculados con la sostenibilidad, como la responsabilidad ambiental, la durabilidad tecnológica y el consumo consciente (84,9% en jóvenes y 80,9% en adultos), así como aquellos principios relacionados con la colaboración, como la participación colectiva, la interdependencia y la transparencia (80,6% y 75,8%, respectivamente).

Importancia de valores como sostenibilidad, cuidado y colaboración de la dignidad (grupos de edad)



Estas percepciones sugieren que la ciudadanía espera que el desarrollo de la digitalidad esté orientado por un ambiente con principios de colaboración, cuidado y sostenibilidad. En este sentido, la construcción de entornos digitales basados en estos valores puede contribuir a promover espacios de interacción más seguros y formas de convivencia que estén a favor del desarrollo personal y profesional de las personas que las usan.

Figura 8 Pregunta: Califique de 1 a 4, donde 1 es nada importante y 4 es muy importante, cada uno de los siguientes valores al usar las tecnologías digitales [sólo 3 y 4 "importante y "muy importante"]. Pregunta recategorizada para tomar sólo 4 muy importante. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

La tecnología digital también es valorada por sus efectos concretos en el desarrollo personal, educativo y profesional.

En esta misma línea, los datos también muestran percepciones mayoritariamente positivas sobre los beneficios de la digitalización en el desarrollo personal y profesional (Figuras 9 y 10). En el ámbito profesional, el principal beneficio señalado es el acceso a información y recursos globales, mencionado por 52,3% de los jóvenes y 40,1% de las personas adultas. También destacan la facilitación del trabajo colaborativo y la comunicación (32,5% y 27,2%) y la mayor eficiencia o productividad (29,7% y 30,8%). Otros beneficios incluyen el incremento en oportunidades de capacitación y desarrollo y la visibilización de proyectos, aunque con proporciones menores.

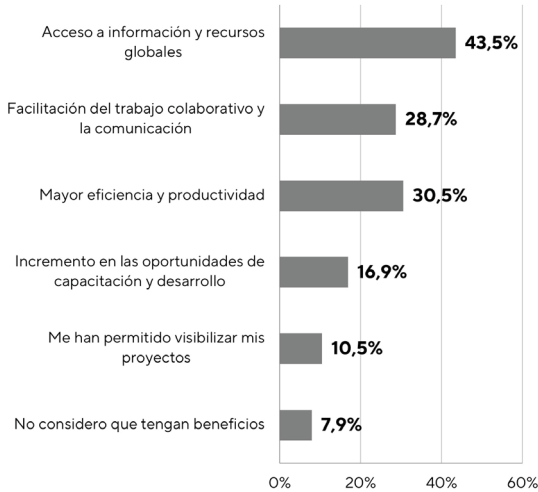
En relación con los proyectos de vida, las percepciones positivas también son predominantes. Una amplia mayoría señala que las plataformas digitales les ha permitido adquirir herramientas de conocimiento personal (77,4% en jóvenes y 76,4% en adultos), así como acceder a recursos educativos o formativos (80,8% y 64,1% respectivamente). De igual manera, 69,9% de los jóvenes y 68,6% de las personas adultas consideran que han desarrollado habilidades técnicas o profesionales gracias a estas herramientas. Asimismo, una proporción importante reconoce que las plataformas han facilitado el acceso a oportunidades laborales o de emprendimiento y la conexión con redes de apoyo (Figuras 9 y 10).

Figura 9 **Pregunta Izquierda:** ¿Cuál considera que es el principal beneficio del uso de tecnologías digitales en su trabajo o estudio? **Pregunta Derecha:** ¿Cómo han influido las plataformas digitales en el desarrollo de sus proyectos de vida? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

No obstante, estos beneficios también coexisten con algunos efectos no deseados. Una parte significativa de la población señala que las plataformas digitales pueden generar distracciones que dificultan avanzar en metas personales, percepción más frecuente entre la juventud (56,5% frente a 33,6% en adultos). Estos resultados sugieren que, si bien la digitalización amplía oportunidades de desarrollo, también introduce tensiones asociadas al uso intensivo de las plataformas, sobre todo cuando no existe un uso consciente y orientado al cumplimiento de objetivos. A pesar de estas limitaciones percibidas por la población, predomina la percepción de que la tecnología sí aporta beneficios: el 95,7% de las personas jóvenes y el 90,6% de la población adulta no comparten la afirmación de que las plataformas carezcan de beneficios (Figuras 9 y 10).

Figura 10 **Pregunta Izquierda:** ¿Cuál considera que es el principal beneficio del uso de tecnologías digitales en su trabajo o estudio? **Pregunta Derecha:** ¿Cómo han influido las plataformas digitales en el desarrollo de sus proyectos de vida? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

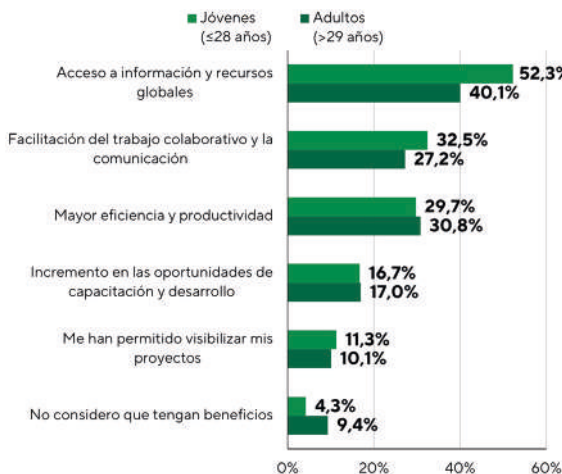
Beneficios de la digitalidad en el ámbito profesional



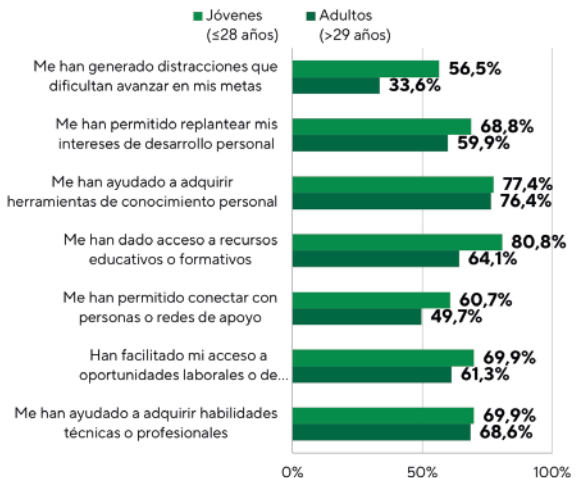
Beneficios de la digitalidad con los proyectos de vida



Beneficios de la digitalidad en el ámbito profesional según grupos de edad



Beneficios de la digitalidad en los proyectos de vida según grupos de edad



Finalmente, las motivaciones que orientan el uso cotidiano de la tecnología muestran un marcado componente relacional (Figura 11). La principal razón para utilizar plataformas digitales es mantenerse en contacto con amigos y familiares, mencionada por el 53,9% de las personas jóvenes y el 51,6% de las adultas. En segundo lugar se ubica el uso de estas plataformas para el entretenimiento, una motivación más frecuente entre la población joven (39,5%) que entre la adulta (24,3%). También destacan los usos asociados a actividades laborales o académicas (26,2% en jóvenes y 31,5% en adultos), seguidos por otras motivaciones como informarse sobre la actualidad, buscar oportunidades económicas, ampliar redes de contacto, ubicarse geográficamente o realizar transacciones.

Figura 11 Pregunta: ¿Cuáles son las principales motivaciones que le llevan a usar plataformas digitales? (Seleccione hasta 3 opciones). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Motivaciones del uso de la tecnología según grupos de edad



En síntesis, estos hallazgos muestran que la digitalidad en la Ciudad de México es percibida como una herramienta con potencial formativo y desarrollo personal, especialmente entre la población joven, donde las oportunidades asociadas al progreso, la conexión y el acceso a recursos superan ampliamente las preocupaciones vinculadas a sus efectos negativos. No obstante, sus efectos en productividad y colaboración son más acotados, lo que sugiere que el desafío no radica únicamente en el acceso, sino en fortalecer las condiciones para que el uso cotidiano se traduzca en impactos más consistentes en el desarrollo individual y social.

6.1.2. Consumo y creación cultural

Esta dimensión examina las formas en que la población de la Ciudad de México participa en los circuitos culturales digitales, tanto a través del consumo como de la producción de contenidos. Se analizan, en primer lugar, las prácticas de consumo cultural, identificando las actividades realizadas durante el último año y las modalidades en que estas se desarrollan. Asimismo, se aborda la creación de contenido digital, considerando la proporción de personas que participan en estas actividades, sus principales motivaciones y las herramientas utilizadas en los procesos de producción.

Adicionalmente, se examina la relación entre contenidos de origen nacional e internacional en el consumo y la creación cultural, con el propósito de identificar el grado de articulación de la ciudad con circuitos culturales más amplios.

Esta dimensión permite observar cómo la digitalización amplía las formas de acceso y participación cultural, aunque persisten diferencias en los niveles de involucramiento entre distintos grupos de la población.

La participación cultural en la Ciudad de México es limitada y se prefiere la presencialidad.

Consumo cultural digital

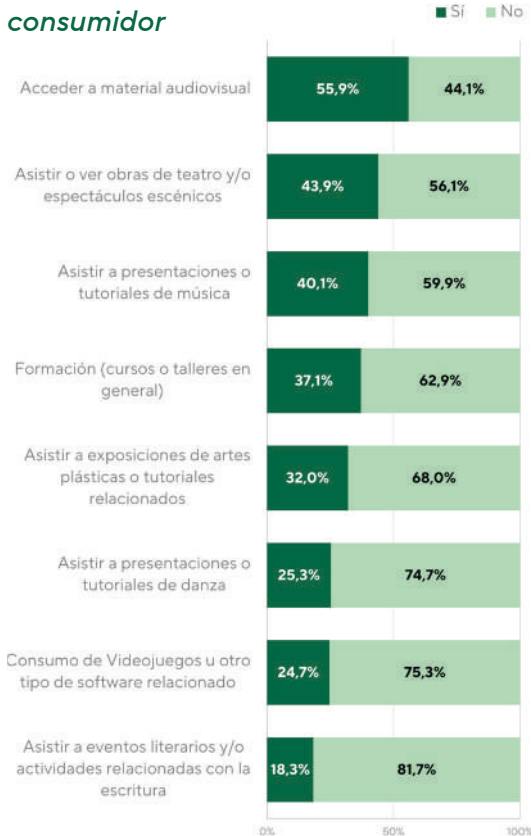
La participación cultural como consumidores de contenido muestra distintos niveles según el tipo de actividad realizada. Entre las prácticas más frecuentes se encuentra el acceso a material audiovisual, reportado por el 55,9% de las personas, seguido por asistir o ver obras de teatro o espectáculos escénicos (43,9%) y asistir a presentaciones o tutoriales de música (40,1%). También destaca la participación en actividades de formación como cursos o talleres (37,1%) y la asistencia a exposiciones de artes plásticas o tutoriales relacionados (32%). En menor proporción aparecen otras activida-

des como asistir a presentaciones o tutoriales de danza (25,3%), el consumo de videojuegos u otro software relacionado (24,7%) y la participación en eventos literarios o actividades relacionadas con la escritura (18,3%) (Figura 12).

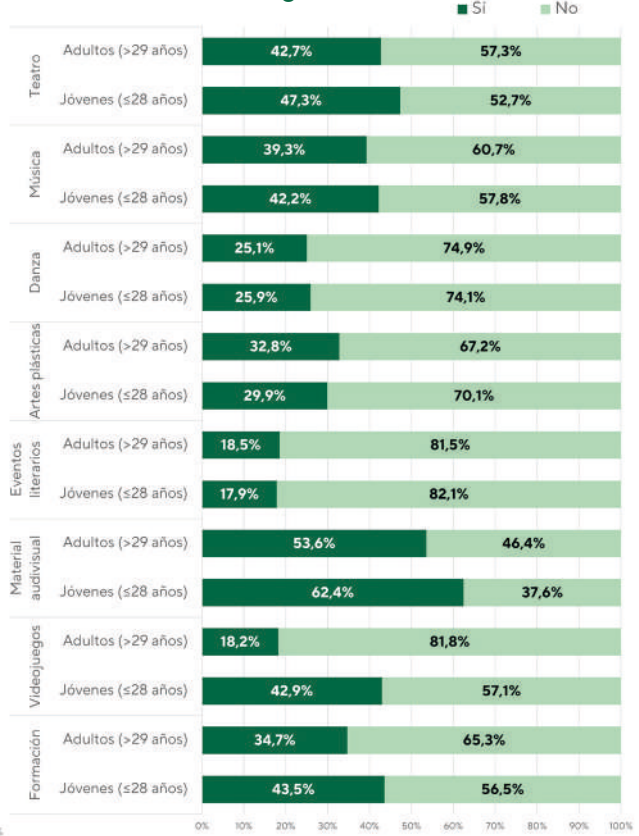
La participación cultural, ya sea como consumidores o creadores de contenido, muestra niveles moderados en la Ciudad de México, con una preferencia por el consumo sobre la creación. En actividades como teatro, danza y artes plásticas, tanto jóvenes como personas adultas presentan niveles bajos de participación. Por ejemplo, el 57,3% de los adultos y el 52,7% de los jóvenes no asistieron a obras de teatro o espectáculos escénicos en el último año. En danza, la no asistencia a eventos alcanza el 74,9% en adultos y el 74,1% en jóvenes; y en artes plásticas, el 67,2% de adultos y el 70,1% de jóvenes no participan (Figura 12).

Figura 12 Pregunta: En los últimos 12 meses, usted ha realizado las siguientes actividades culturales ya sea como consumidor y/o como creador? (Marque todas las opciones que apliquen para cada actividad). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Actividades culturales como consumidor



Consumo cultural según edad



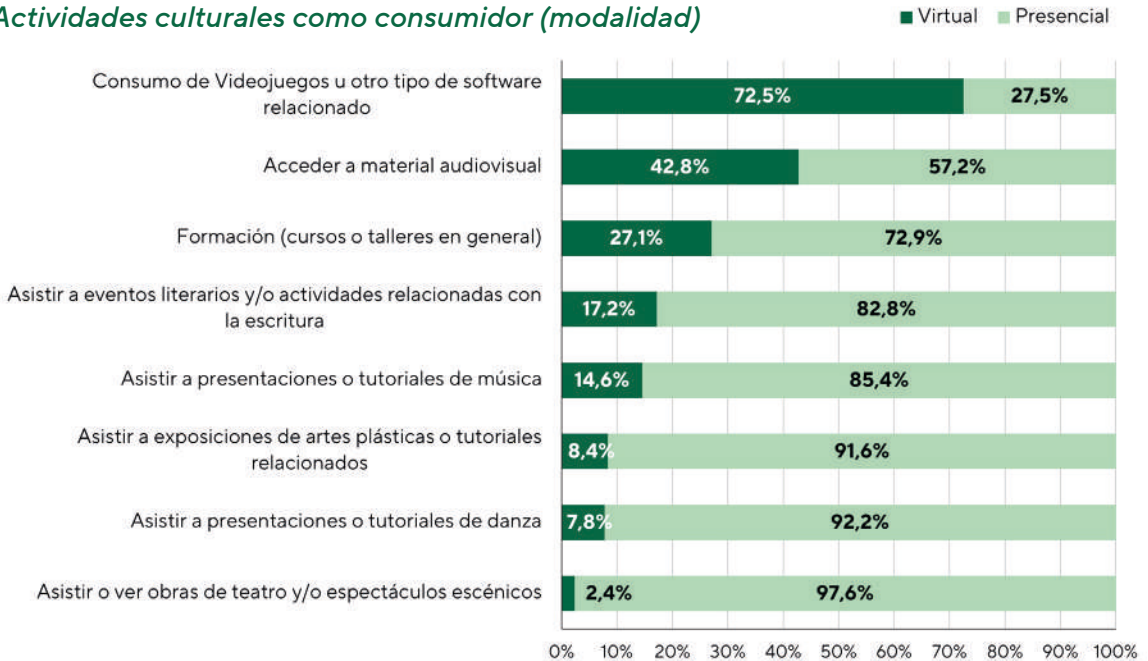
Las formas en que se desarrollan estas prácticas culturales también muestran patrones diferenciados, tanto en la modalidad de acceso como en las preferencias entre distintos grupos etarios.

En términos de modalidad, la presencialidad ocupa un lugar predominante en la mayoría de las actividades culturales (Figura 13). Las expresiones artísticas como teatro, danza, música, exposiciones de artes plásticas y eventos literarios se realizan principalmente de forma presencial, con participaciones que superan el 80% en la mayoría de los casos. Por ejemplo, el 97,6% de quienes asistieron al teatro lo hicieron de manera presencial, así como el 92,2% en danza y el 91,6% en exposiciones de artes plásticas.

Figura 13 Pregunta: En los últimos 12 meses, usted ha realizado las siguientes actividades culturales ya sea como consumidor y/o como creador? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Los formatos audiovisuales son los que muestran mayor presencia en el entorno digital. El consumo de videojuegos u otro software relacionado se realiza mayoritariamente en modalidad virtual (72,5%), mientras que el acceso a material audiovisual presenta una distribución más equilibrada, con 57,2% en modalidad presencial y 42,8% virtual. La formación a través de cursos o talleres también combina ambas modalidades, aunque con predominio de la presencialidad (72,9%).

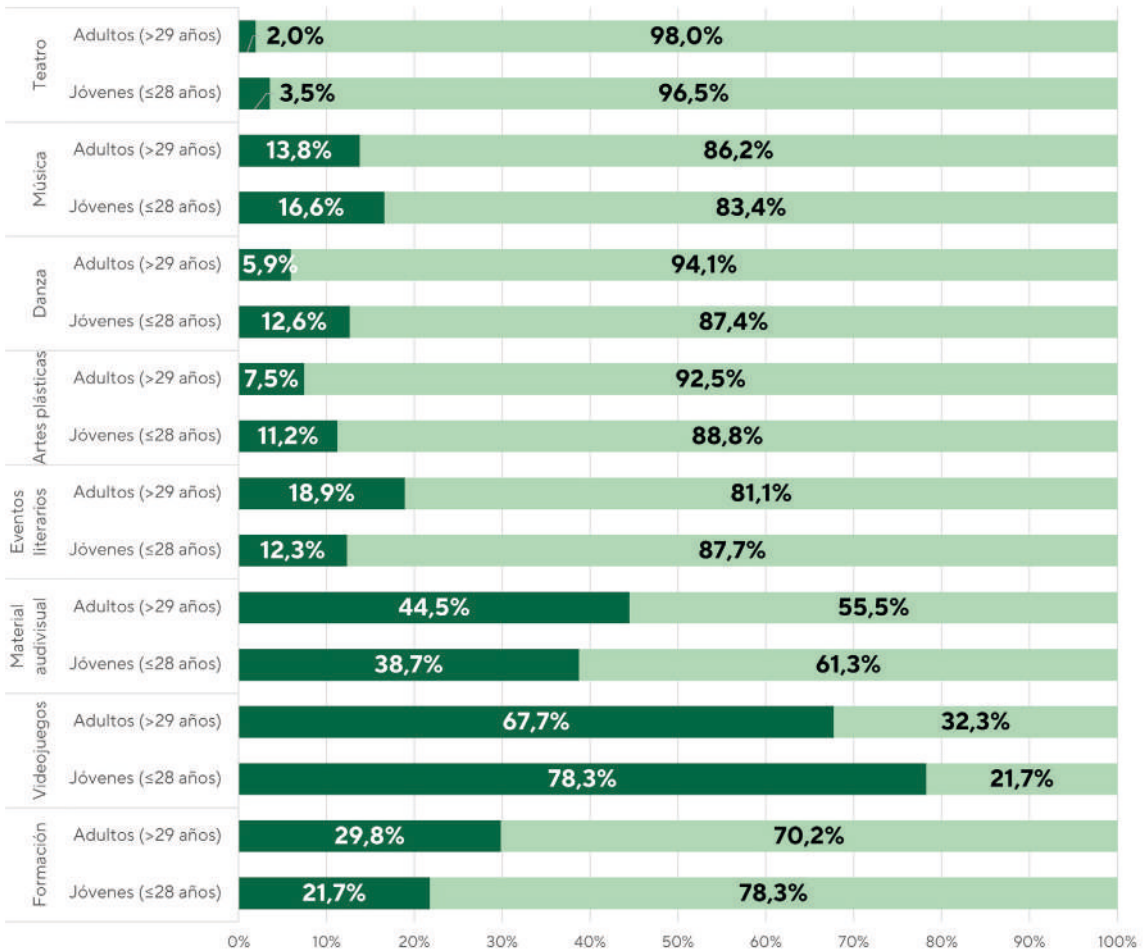
Actividades culturales como consumidor (modalidad)



Al analizar estas prácticas por grupos de edad, se observan algunas diferencias en las preferencias de modalidad de asistencia (Figura 14). En general, tanto jóvenes como personas adultas mantienen una fuerte preferencia por la presencialidad en actividades culturales tradicionales como teatro, danza, exposiciones de artes plásticas o eventos literarios. Sin embargo, las personas jóvenes muestran una mayor participación en modalidades virtuales en actividades como los videojuegos (78,3% frente a 67,7% en adultos). En cambio, en el acceso a material audiovisual la participación virtual es mayor entre las personas adultas (44,5%) que entre las jóvenes (38,7%), aunque en ambos grupos sigue predominando la modalidad presencial.

Consumo cultural según edad y modalidad

■ Virtual ■ Presencial



En conjunto, los resultados sugieren que la digitalización no parece haber transformado de manera estructural las prácticas culturales en la ciudad. El consumo continúa siendo preferido sobre la creación y la presencialidad mantiene un papel central en las artes escénicas y plásticas. La cultura digital no sustituye la experiencia física, la complementa.

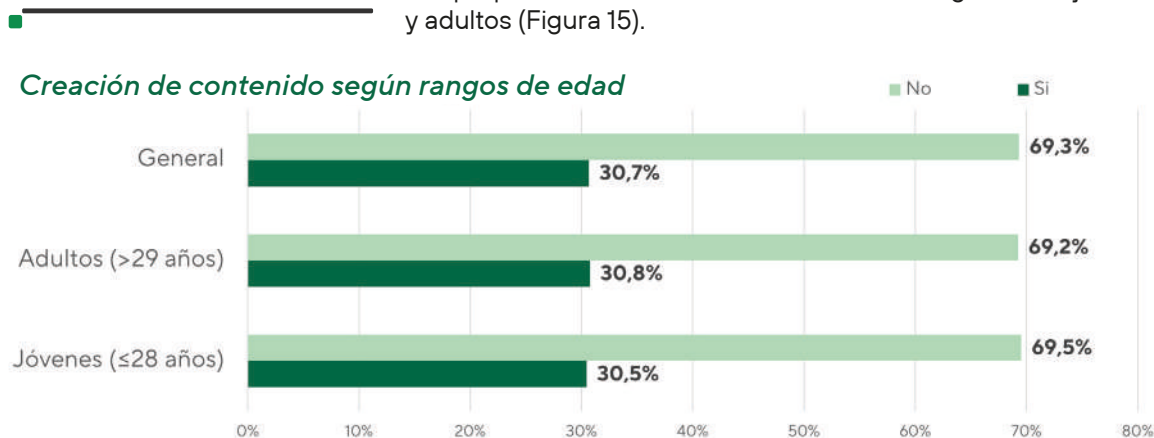
Figura 14 Pregunta: En los últimos 12 meses, usted ha realizado las siguientes actividades culturales ya sea como consumidor y/o como creador? (Marque todas las opciones que apliquen para cada actividad). Esta pregunta fue recategorizada para excluir aquellos que reportan asistir de forma presencial y virtual simultáneamente. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Creación de contenido digital

La creación digital en la Ciudad de México es minoritaria y todavía presenta niveles limitados de consolidación.

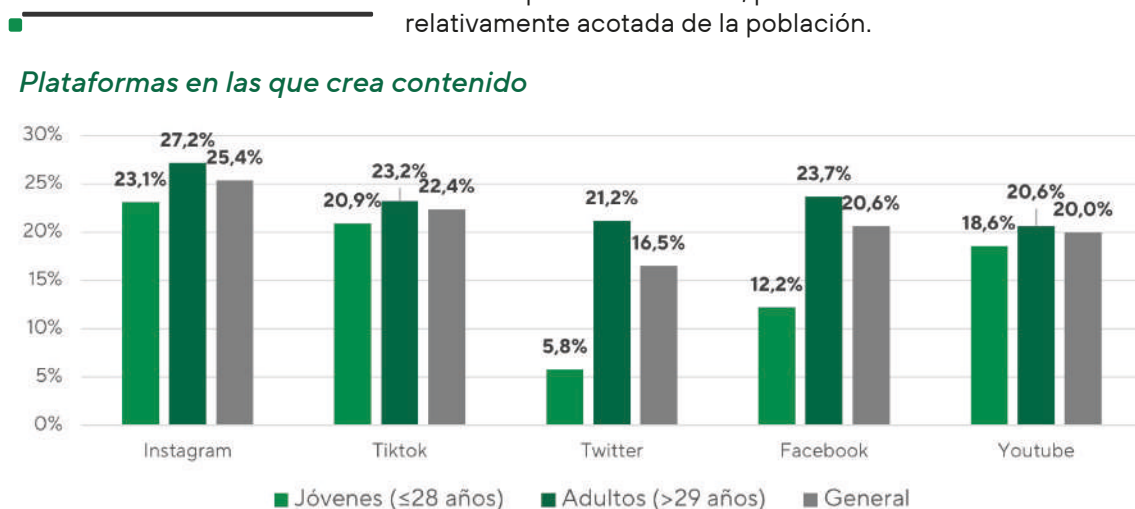
Crear contenido digital no se limita a publicar materiales en una plataforma; implica abrir canales de coordinación, solicitar apoyo y construir procesos colectivos. En el ecosistema observado, sin embargo, la creación sigue siendo una práctica minoritaria. Según

Figura 15 Pregunta: ¿Crea contenido en cualquier plataforma? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.



el indicador general de producción de contenido, aproximadamente tres de cada diez personas crean en alguna plataforma (30,7%), mientras cerca de siete de cada diez no lo hacen (69,3%). Las proporciones no cambian mucho al distinguir entre jóvenes y adultos (Figura 15).

Figura 16 Pregunta: Crea contenido en las siguientes aplicaciones. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.



La desagregación por plataforma confirma esta tendencia. En TikTok crea contenido poco más de dos de cada diez personas (22,4%); en X/Twitter, alrededor de una de cada seis (16,5%); en Facebook, una de cada cinco (20,6%); y en YouTube, también cerca de una de cada cinco (20%) (Figura 16). El tránsito del consumo a la producción existe, pero se concentra en una fracción relativamente acotada de la población.

Plataformas en las que crea contenido

Aunque el uso de plataformas es ampliamente extendido, la creación activa de contenido digital es más bien una práctica minoritaria dentro de la población analizada. Las actividades realizadas como creadores muestran niveles relativamente bajos en ambos grupos etarios (Figura 17). La práctica más frecuente es la creación de material audiovisual, realizada por el 19% de las personas jóvenes, y el 11,2% de las personas adultas. Le siguen las actividades de formación —como impartir cursos o talleres— con participaciones del 10,7% en jóvenes y 8,5% en adultos.

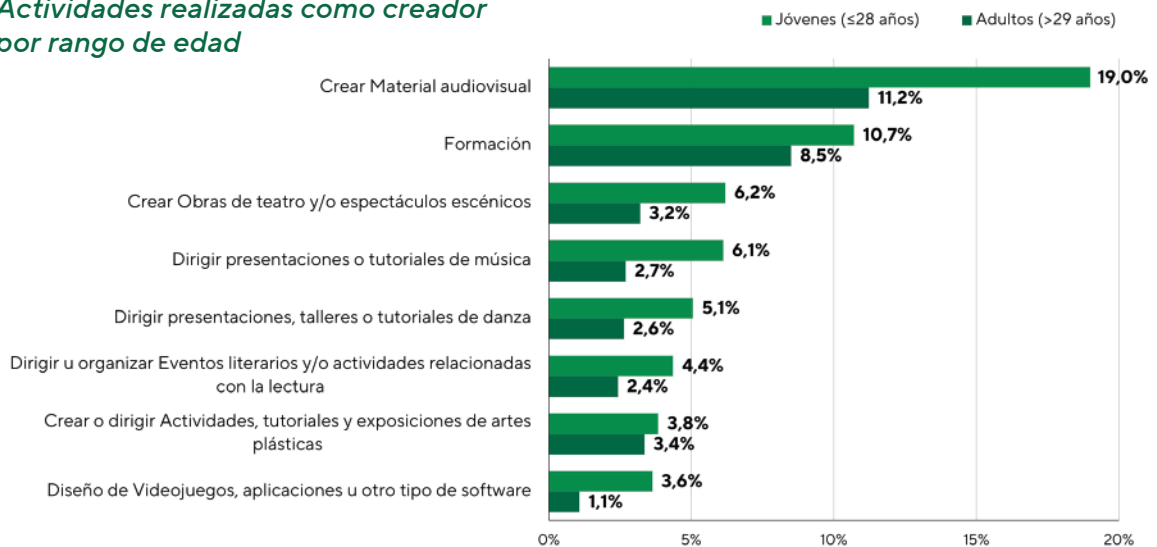
Otras formas de creación presentan niveles más reducidos de participación. Por ejemplo, la creación de obras de teatro o espectáculos escénicos alcanza el 6,2% en jóvenes y el 3,2% en adultos, mientras que dirigir presentaciones o tutoriales de música es mencionado por el 6,1% de las personas jóvenes y el 2,7% de las adultas. En actividades relacionadas con la danza, la participación alcanza el 5,1% entre jóvenes y el 2,6% en adultos. Asimismo, organizar eventos literarios o actividades vinculadas con la escritura registra niveles del 4,4% en jóvenes y del 2,4% en adultos (Figura 17)

Así mismo, se observan niveles bajos en actividades como la creación o dirección de exposiciones de artes plásticas (3,8% en jóvenes y 3,4% en adultos) y el diseño de videojuegos, aplicaciones u otro tipo de software cultural, con participaciones del 3,6% en jóvenes y apenas 1,1% en adultos. En general, estos resultados muestran que la creación cultural digital existe, pero sigue siendo una práctica relativamente limitada dentro de la población analizada.

Las motivaciones para crear contenido digital también presentan diferencias por grupos etarios (Figura 18). Entre las personas jóvenes, las razones más mencionadas son compartir conocimientos y experiencias (25%), generar ingresos (22,8%) y realizar la actividad como pasatiempo o hobby (23,2%). En la población adulta, en cambio, predomina con mayor fuerza la motivación de compartir conocimientos y experiencias, mencionada por el 39,2% de las personas.

Figura 17 Pregunta: ¿Ha creado algún tipo de contenido digital en los últimos 12 meses? (Seleccione una opción). Esta pregunta se presenta agregada para contenidos tanto virtuales como presenciales. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Actividades realizadas como creador por rango de edad



Cuando se produce contenido, las razones que motivan esta práctica combinan intereses expresivos, sociales y económicos, con variaciones entre grupos etarios.

Motivación para crear contenido digital según rango de edad

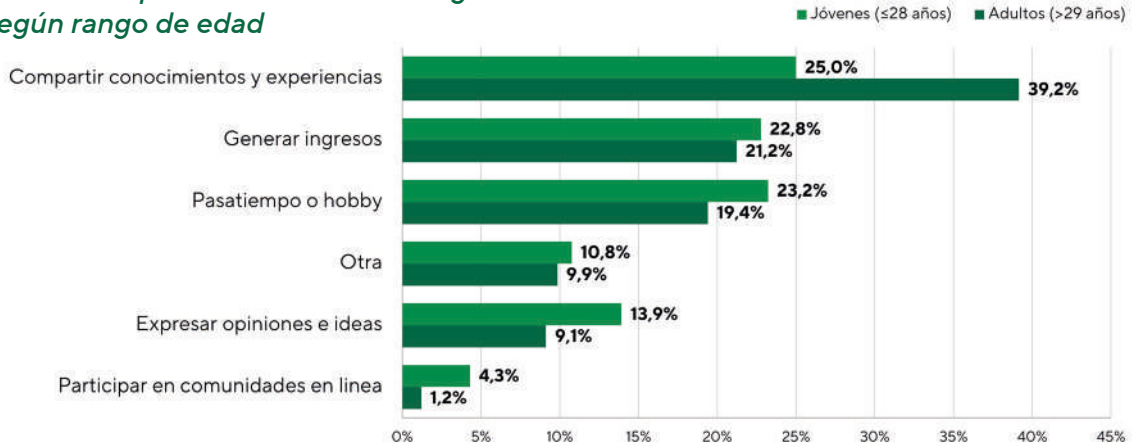


Figura 18 Pregunta: ¿Cuáles son sus principales motivaciones para crear contenido digital? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

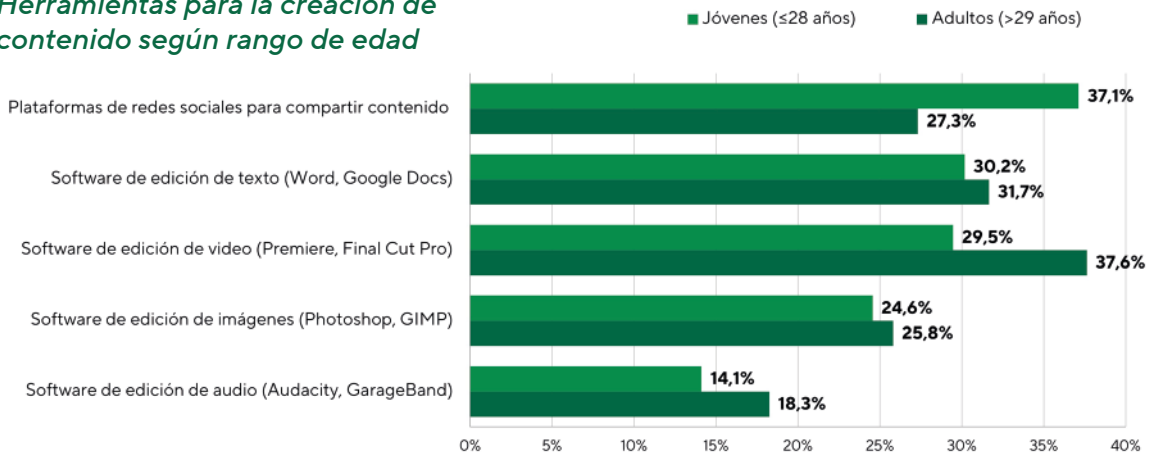
Otras motivaciones relevantes incluyen expresar opiniones e ideas (13,9% en jóvenes y 9,1% en adultos), así como participar en comunidades en línea, aunque con proporciones más reducidas (4,3% en jóvenes y 1,2% en adultos). Estos resultados sugieren que la creación digital responde tanto a intereses personales y expresivos como a expectativas económicas o de intercambio de conocimiento.

La creación de contenido digital se apoya, principalmente, en herramientas de uso accesible, con un predominio de plataformas sociales sobre software especializado.

Figura 19 Pregunta: ¿Qué herramientas digitales utiliza para la creación de contenido? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

En cuanto a las herramientas utilizadas para la creación de contenido (Figura 19), las redes sociales ocupan un lugar central, especialmente entre las personas jóvenes, donde el 37,1% señala utilizarlas como principal herramienta para compartir contenidos. Entre las personas adultas esta proporción es menor (27,3%), aunque también representa uno de los recursos más utilizados.

Herramientas para la creación de contenido según rango de edad



Además de las redes sociales, se emplean distintos tipos de software de edición. El uso de herramientas para la edición de texto (como Word o Google Docs) alcanza el 30,2% entre jóvenes y el 31,7% entre adultos. El software de edición de video también presenta una presencia importante, con 29,5% en jóvenes y 37,6% en adultos. En menor medida aparecen programas de edición de imágenes (24,6% en jóvenes y 25,8% en adultos) y software de edición de audio (14,1% en jóvenes y 18,3% en adultos) (Figura 19).

La creación digital en la Ciudad de México se apoya principalmente en herramientas de uso relativamente accesible, como redes sociales y programas de edición básicos, mientras que el uso de software especializado es menos frecuente. La cultura digital aparece así más consolidada en el consumo que en la producción, y cuando se produce contenido, suele apoyarse en herramientas ampliamente disponibles más que en procesos de producción altamente especializados.

Internacionalización cultural

El consumo cultural digital en la Ciudad de México mantiene una fuerte presencia de contenido de origen nacional, aunque con diferencias según el tipo de actividad.

Entre las personas que reportaron haber consumido actividades culturales en los últimos 12 meses, se analizó el porcentaje del contenido que corresponde a producción de origen nacional (Figura 20). Este indicador permite aproximar el peso relativo del contenido nacional dentro del consumo cultural digital según tipo de actividad y grupo etario.

El contenido cultural de origen nacional ocupa un lugar importante en el consumo digital de la población de la Ciudad de México, aunque su presencia varía según el tipo de actividad cultural y el grupo etario (Figura 20). En varias prácticas culturales se observa una fuerte predominancia de contenidos nacionales, especialmente en expresiones asociadas a las artes escénicas y a la formación.

En el caso del teatro, por ejemplo, el 75,1% de las personas adultas y el 61,2% de las personas jóvenes reportan que entre el 76% y el 100% del contenido que consumen es de origen nacional. Una situación similar se observa en las actividades relacionadas con la danza, donde el 79,5% de los adultos y el 76% de los jóvenes señalan que la gran mayoría del contenido que consumen proviene del ámbito nacional.

También en las actividades de formación se observa una presencia predominante de contenido nacional. El 78,3% de las personas

adultas y el 71,7% de las personas jóvenes indican que más de tres cuartas partes del contenido consumido en este ámbito corresponde a producción nacional. De manera similar, en los eventos literarios la mayoría de la población reporta una fuerte presencia de contenido nacional, con 69,8% en adultos y 70,1% en jóvenes ubicándose en el rango de 76% a 100%.

Origen nacional del contenido digital consumido según grupo de edad y tipo de contenido

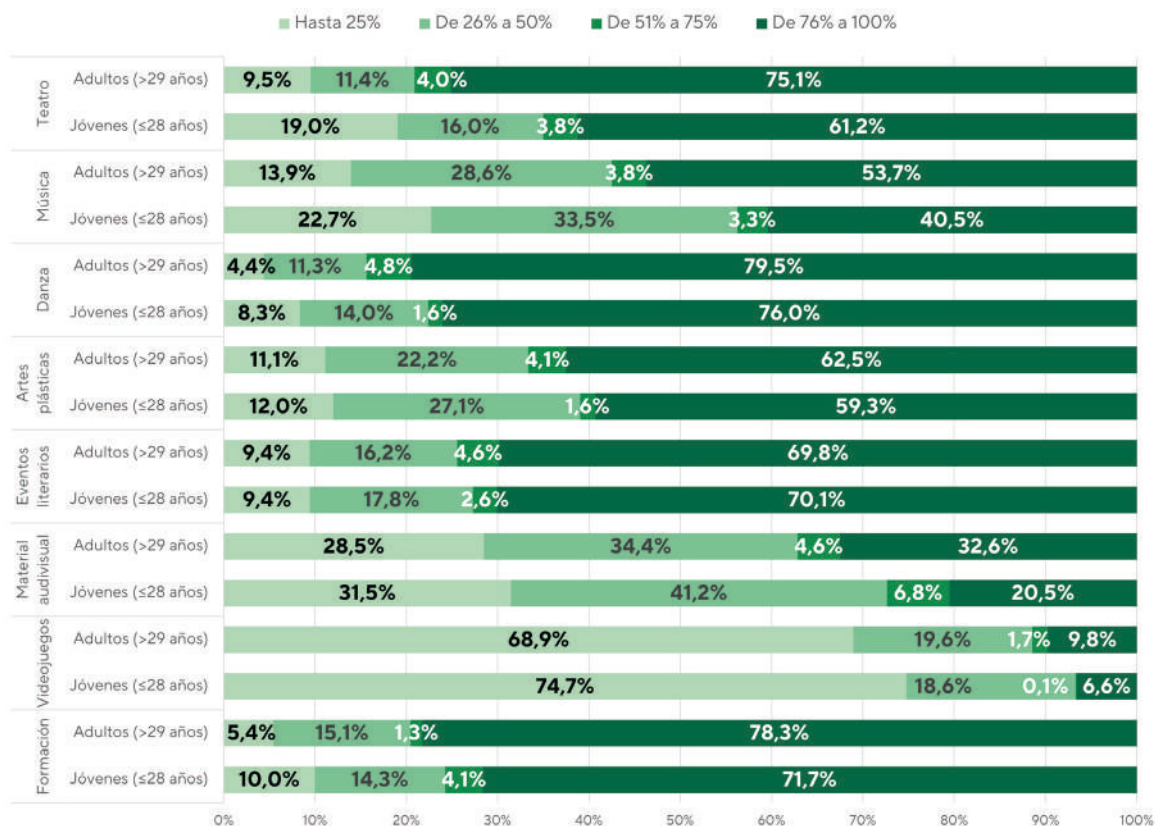


Figura 20 Pregunta: En los últimos 12 meses, cuando usted ha consumido o creado contenido digital, ¿qué porcentaje de su actividad ha sido relacionado con contenido de origen? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

En contraste, otras formas de consumo cultural presentan una mayor diversidad en el origen del contenido. El acceso a material audiovisual, por ejemplo, muestra una distribución más equilibrada entre distintos rangos de contenido nacional. Entre las personas jóvenes, el 31,5% señala que hasta una cuarta parte del contenido que consume es nacional, mientras que el 41,2% se ubica en el rango entre 26% y 50%. En la población adulta también se observa una distribución más dispersa, con participaciones en distintos rangos de contenido nacional.

Los videojuegos constituyen el caso de menor presencia de contenido nacional. En este ámbito, la mayoría de la población indica que solo una pequeña fracción del contenido consumido es de origen nacional: el 74,7% de los jóvenes y el 68,9% de los adultos señalan que solo hasta una cuarta parte del contenido corresponde a producción nacional.

De manera general, los resultados muestran que el consumo cultural digital en la Ciudad de México mantiene una fuerte presencia de contenido nacional en ámbitos vinculados con las artes escénicas, la formación y los eventos culturales, mientras que en actividades más globalizadas —como el consumo audiovisual o los videojuegos— la presencia del contenido nacional es menor.

6.1.3. Esfera personal

Esta dimensión analiza cómo la vida digital incide en las experiencias personales en la Ciudad de México, particularmente en el bienestar emocional y en la organización de las interacciones cotidianas. El análisis considera las emociones asociadas al uso de plataformas digitales, las diferencias entre las interacciones en línea y presenciales, así como los cambios en el estado de ánimo vinculados al uso de redes sociales.

Asimismo, se examinan las reacciones ante la ausencia de conectividad, incluyendo el acceso al celular o a internet, así como la frecuencia con la que las personas optan por conectarse en lugar de interactuar cara a cara. Finalmente, se abordan las prácticas de desconexión voluntaria, identificando la extensión y duración de estas pausas en el uso de plataformas digitales.

Esta dimensión permite observar cómo la digitalización atraviesa la esfera personal, influyendo en la experiencia emocional, las dinámicas de sociabilidad y la gestión del tiempo en la vida cotidiana.

Bienestar emocional y salud digital

La experiencia emocional asociada al uso de plataformas digitales no se vincula de manera predominante con malestar, sino que presenta efectos diversos según el tipo de uso.

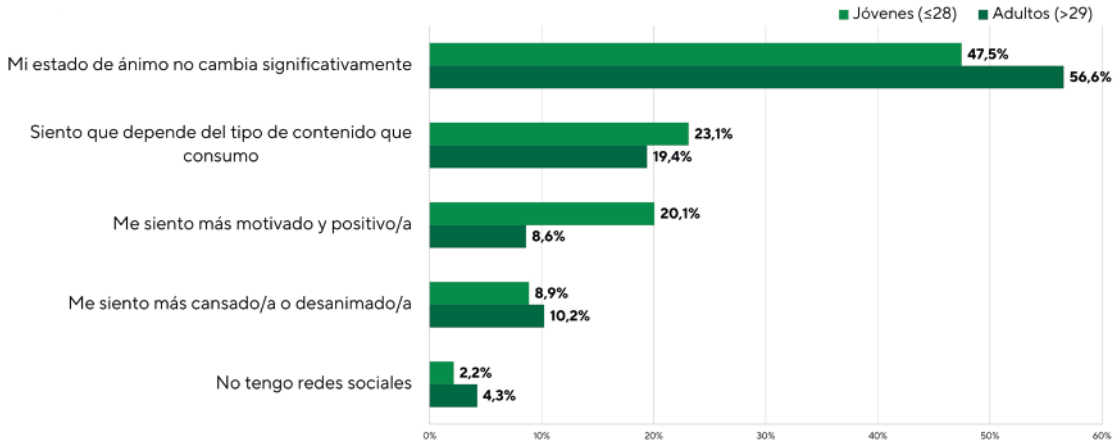
En términos generales, los resultados sugieren que la experiencia personal con la digitalidad no se asocia de manera predominante con malestar emocional (Figura 21). Una proporción importante de la población señala que el uso de redes sociales no genera cambios significativos en su estado de ánimo. Entre las personas jóvenes, el 47,5% afirma que su estado de ánimo no cambia después de pasar tiempo en redes sociales, mientras que entre las personas adultas esta proporción es mayor, alcanzando el 56,6%.

Cuando se reportan cambios emocionales, estos pueden ir en direcciones distintas. Por ejemplo, el 20,1% de los jóvenes señala sentirse más motivado o positivo después de usar redes sociales, frente a al 8,6% en la población adulta. En contraste, propor-

Figura 21 Pregunta: ¿Qué cambios ha notado en su estado de ánimo después de pasar tiempo en redes sociales? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

ciones menores indican sentirse más cansados o desanimados (8,9% en jóvenes y 10,2% en adultos), mientras que alrededor de una quinta parte de la población considera que el impacto depende del tipo de contenido consumido (23,1% en jóvenes y 19,4% en adultos) (Figura 21).

Cambios en el estado de ánimo después tiempo en redes sociales según grupos de edad

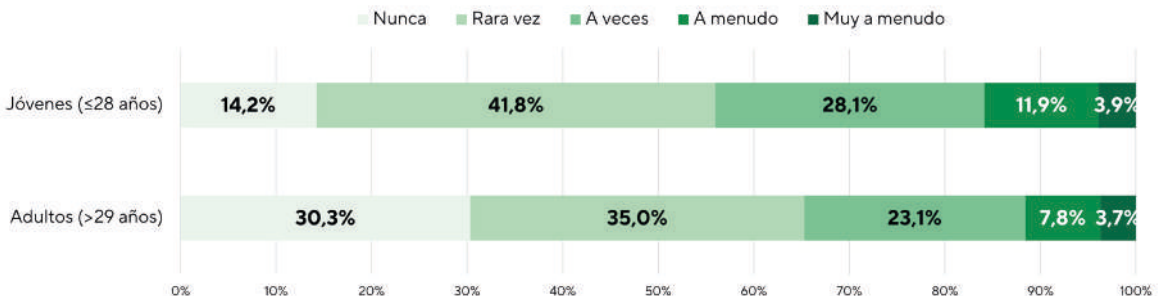


La digitalización también incide en la forma en que se organizan las interacciones sociales, especialmente en la relación entre la conectividad y la convivencia presencial.

Esta dinámica también se refleja en la forma en que la conectividad puede interferir con el tiempo compartido cara a cara. En la relación entre uso de internet y tiempo compartido con pareja, hijos o padres se observan diferencias importantes entre los dos grupos etarios (Figura 22). Entre las personas jóvenes, cerca de dos de cada cinco (41,8%) sustituyen la convivencia con sus vínculos cercanos por el uso de internet "rara vez", pero una proporción considerable lo hace con mayor frecuencia: el 28,1% lo hacen "a veces" y el 11,9% menciona hacerlo "a menudo", y tan solo el 3,9% refiere hacerlo "muy a menudo". Solo el 14,2% señala que nunca reemplaza la convivencia presencial por el uso de internet.

Figura 22 Pregunta: ¿Con qué frecuencia prefiere conectarse a internet en lugar de pasar tiempo con otras personas (como su pareja, hijos(as) o padres (padre/madre)) Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Sustitución de interacciones sociales por internet, por grupo de edad



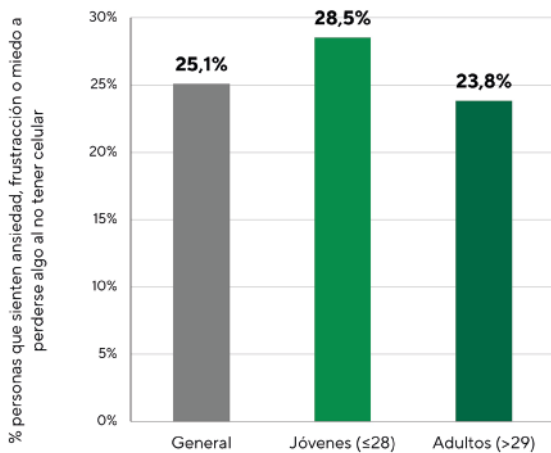
Entre las personas adultas, la sustitución es menos frecuente. Cerca de tres de cada diez (30,3%) señalan que “nunca” sustituyen ese tiempo por internet y algo más de una de cada tres (35%) que sólo lo hacen “rara vez”. Proporciones menores reportan sustitución ocasional o frecuente: el 23,1% “a veces”, el 7,8% “a menudo” y el 3,7% “muy a menudo”. Estos resultados muestran que, aunque la convivencia presencial sigue siendo predominante, la juventud presenta una mayor tendencia a sustituirla por actividades en línea.

Por otro lado, las reacciones emocionales ante la desconexión son diferentes de acuerdo con el grupo etario. Cuando las personas no tienen acceso al teléfono celular, alrededor del 28,5% de los jóvenes y el 23,8% de los adultos reportan sentir emociones negativas como ansiedad, frustración o miedo a perderse de algo (FOMO) (Figura 23).

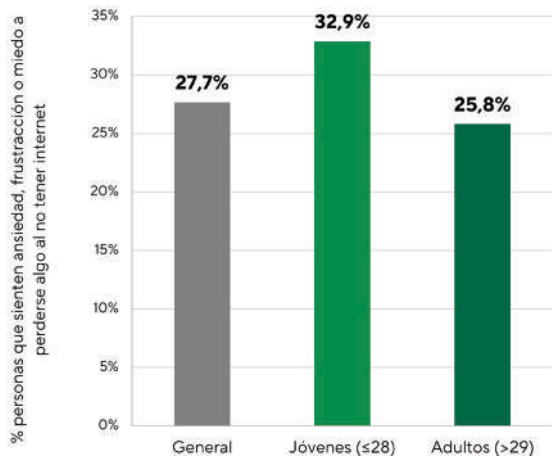
Esta reacción se intensifica ante la falta de acceso a internet: el 32,9% de los jóvenes y el 25,8% de los adultos señalan experimentar este tipo de emociones. En ambos casos, la proporción de jóvenes que reporta malestar es mayor que la de las personas adultas, lo que sugiere una mayor sensibilidad ante la desconexión digital.

Figura 23 Pregunta: Qué emoción principalmente experimenta cuando no tiene acceso al Celular - Internet.. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Ansiedad, frustración y “FOMO” al no tener celular según grupos de edad



Ansiedad, frustración y “FOMO” al no tener internet según grupos de edad



La relación con la conectividad también se expresa en las reacciones ante la desconexión y en las prácticas de uso voluntario de las plataformas.

Paradójicamente, la juventud es quien practica con mayor frecuencia la desconexión voluntaria: alrededor de cuatro de cada cinco jóvenes (81,8%) señalan que en algún momento se des-

conectan por decisión propia, frente al 69,8% de adultos. Además, los jóvenes tienden a sostener pausas más prolongadas, pues el 33,5% se desconecta por más de un mes, comparado con el 21,3% de las personas adultas (Figura 24). Al extremo se encuentran pausas más breves de desconexión: el 16,3% de los jóvenes y el 22,7% de los adultos señalan haberse desconectado por menos de una semana.

Tiempo de desconexión voluntaria de redes sociales según grupo de edad

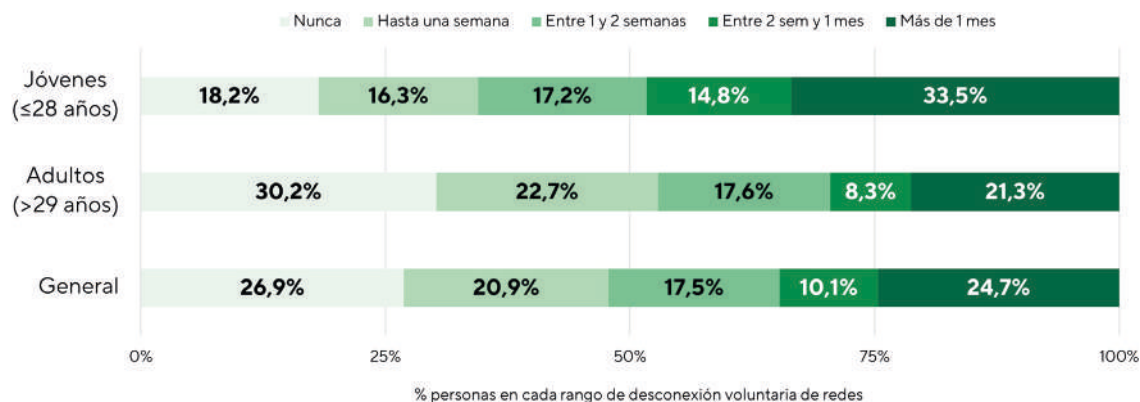


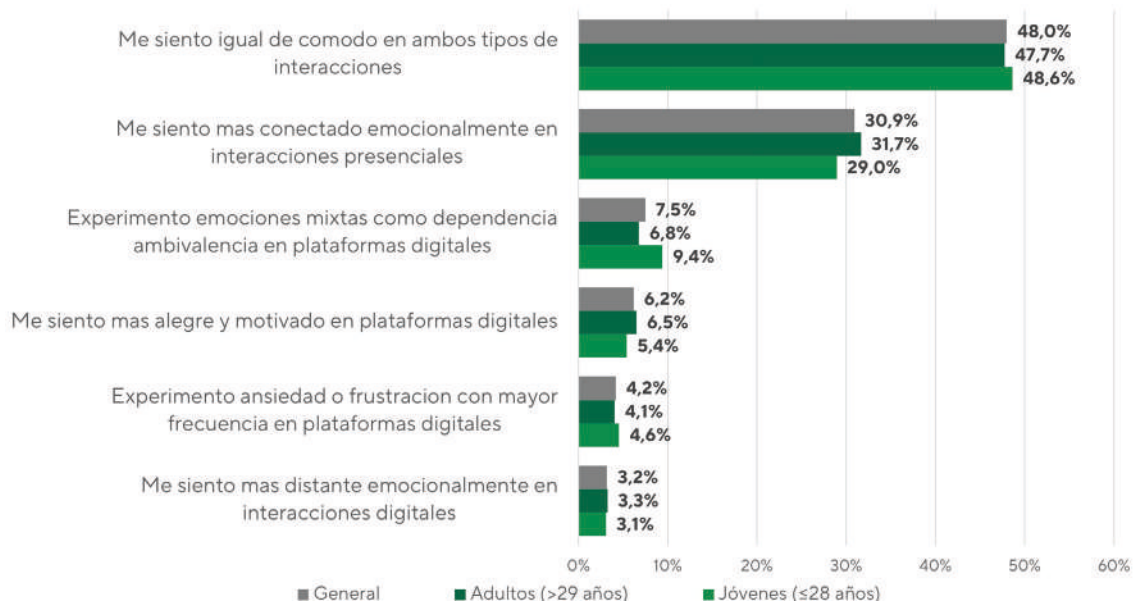
Figura 24 Pregunta: ¿Cuánto es el tiempo máximo que usted se ha desconectado voluntariamente de las redes sociales? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Más allá de estas dinámicas de sustitución y desconexión, resulta relevante observar cómo las personas experimentan emocionalmente las interacciones en entornos digitales frente a las presenciales (Figura 25). En la Ciudad de México predomina una percepción relativamente equilibrada entre ambos tipos de interacción. Casi la mitad de la población (48%) señala sentirse igual de cómoda tanto en interacciones digitales como presenciales, una proporción muy similar entre adultos (47,7%) y jóvenes (48,6%). Este resultado sugiere que, para una parte significativa de la población, las plataformas digitales se han integrado de manera natural a las formas cotidianas de interacción social.

No obstante, una proporción también considerable indica que las interacciones presenciales siguen teniendo un peso emocional mayor. El 30,9% de las personas encuestadas afirma sentirse más conectado emocionalmente en encuentros cara a cara, con valores cercanos entre adultos (31,7%) y jóvenes (29%). Esto refuerza la idea de que, aunque las plataformas facilitan la comunicación y el contacto permanente, no sustituyen completamente la profundidad emocional que se asocia con la convivencia presencial.

El 7,5% de las personas reporta experimentar emociones mixtas como dependencia o ambivalencia frente al uso de plataformas, mientras que 4,2% menciona sentir con mayor frecuencia ansiedad o frustración en interacciones digitales. Asimismo, solo 3,2% señala sentirse más distante emocionalmente cuando interactúa a través de estos medios (Figura 25).

Emociones asociadas a las interacciones en plataformas digitales



En contraste, una fracción más reducida (6,2%) indica sentirse más alegre o motivada en plataformas digitales que en interacciones presenciales. Aunque las plataformas digitales se han incorporado plenamente a las prácticas de comunicación cotidiana, la interacción presencial continúa ocupando un lugar central en la construcción de vínculos emocionales, mientras que las experiencias exclusivamente digitales tienden a percibirse como complementarias más que sustitutas.

Figura 25 Pregunta: ¿Con cuál de las siguientes afirmaciones relacionadas con las emociones sobre las interacciones en plataformas digitales comparado con interacciones presenciales, se siente más identificado?. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

6.1.4. Cohesión social y ciudadanía digital

Esta dimensión examina cómo el uso de tecnologías digitales incide en la vida colectiva en la Ciudad de México, en particular en la confianza social, la configuración de las relaciones interpersonales y las formas de participación ciudadana mediadas por plataformas digitales. El análisis aborda las preocupaciones asociadas al uso de redes sociales, las percepciones de riesgo, los cambios en la confianza hacia otras personas, así como las prácticas relacionadas con la identidad digital y las experiencias de victimización.

También se analizan las transformaciones en las relaciones interpersonales, considerando el tamaño y la cercanía de las redes sociales, las formas de interacción con distintos grupos y la influencia de las plataformas en la frecuencia y calidad de estos vínculos. Finalmente, se examinan las formas de participación en comunidades, actividades colectivas y causas sociales mediadas por entornos digitales.

Esta dimensión permite comprender cómo la digitalización incide en la cohesión social y en la construcción de ciudadanía, reconfigurando patrones de confianza, sociabilidad y participación en la ciudad.

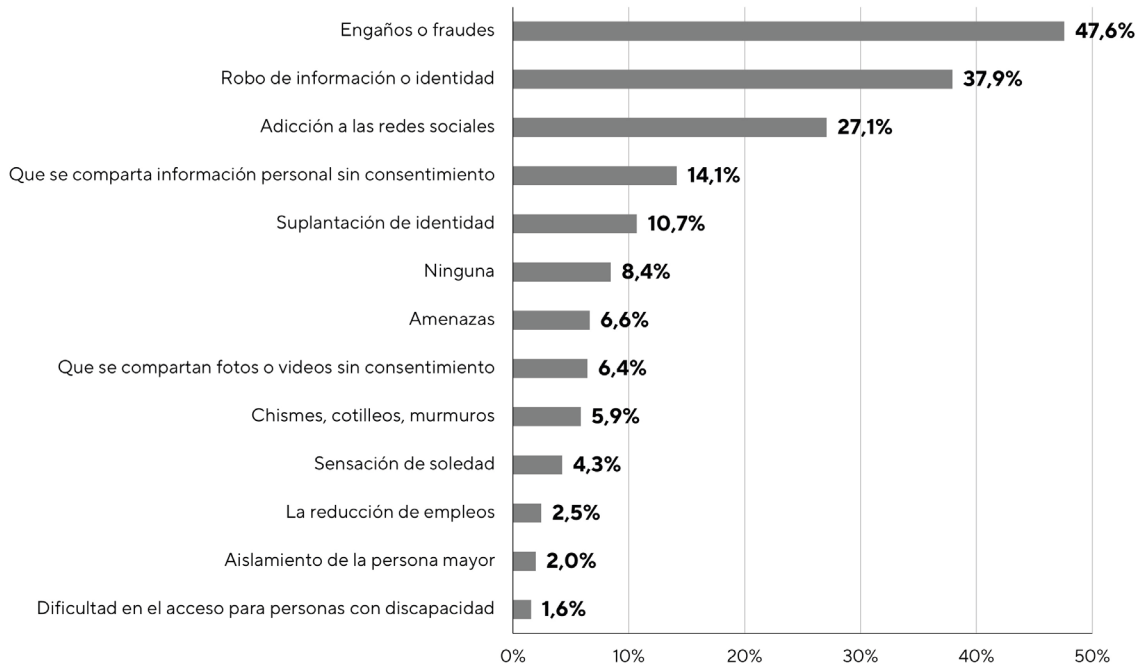
Confianza social

Las preocupaciones frente al uso de redes sociales se concentran en riesgos asociados a la seguridad digital y al uso intensivo de las plataformas.

Figura 26 Pregunta: ¿Cuál o cuáles de las siguientes situaciones le generan mayor preocupación de las interacciones en redes sociales? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Las preocupaciones asociadas a las interacciones en redes sociales se concentran principalmente en riesgos vinculados al uso intensivo y a posibles fraudes digitales, con algunas diferencias generacionales específicas (Figura 26). Entre los riesgos más mencionados se encuentran los engaños o fraudes (47,6%) y el robo de información o identidad (37,9%), seguidos por la preocupación por la adicción a las redes sociales (27,1%). Otros temores aparecen en proporciones menores, como compartir información personal sin consentimiento (14,1%) o la suplantación de identidad (10,7%).

Preocupaciones por las interacciones en redes sociales

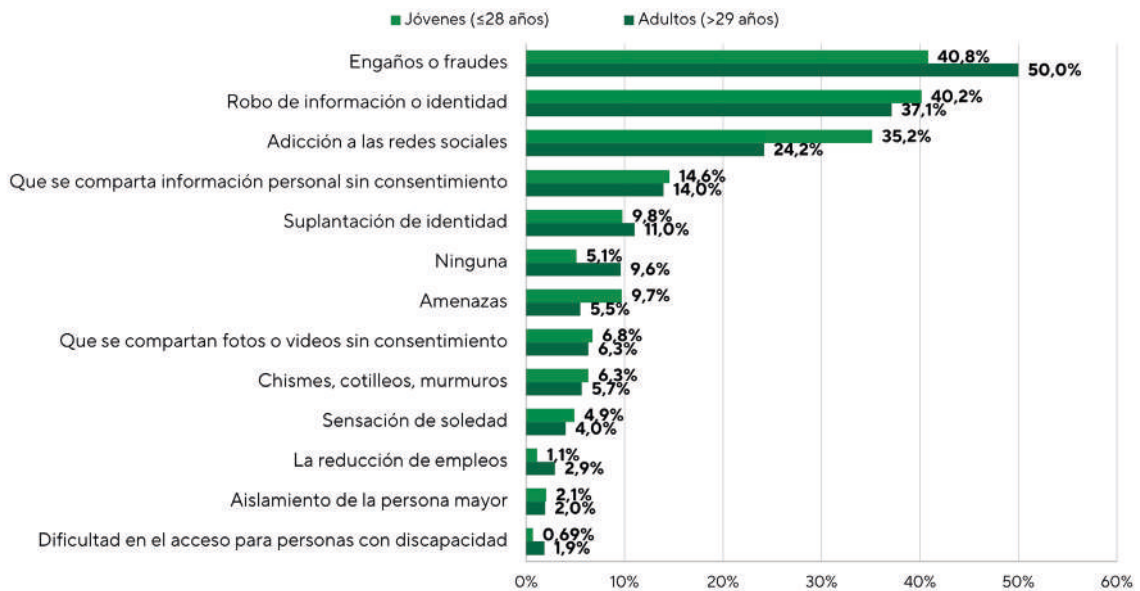


Al analizar estas preocupaciones por grupo etario se observan algunas diferencias generacionales (Figura 27). Entre las personas jóvenes, algo más de un tercio (35,2%) manifiesta preocupación por una posible adicción a las redes sociales, proporción superior a la observada en la población adulta (24,2%).

En cuanto a los riesgos asociados a la seguridad digital, los engaños o fraudes constituyen una de las principales preocupaciones en ambos grupos poblacionales, aunque con mayor intensidad en las personas adultas: el 40,8% de jóvenes y el 50% de adultos manifiestan inquietud al respecto. En contraste, otros temores como amenazas, chismes o suplantación de identidad se mantienen en niveles menores al 12% en ambos grupos etarios, lo que sugiere que si bien los riesgos están presentes y son reconocidos, no representan los principales motivos de inquietud para la mayoría de la población.

Figura 27 Pregunta: ¿Cuál o cuáles de las siguientes situaciones le generan mayor preocupación de las interacciones en redes sociales? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Preocupaciones por las interacciones en redes sociales



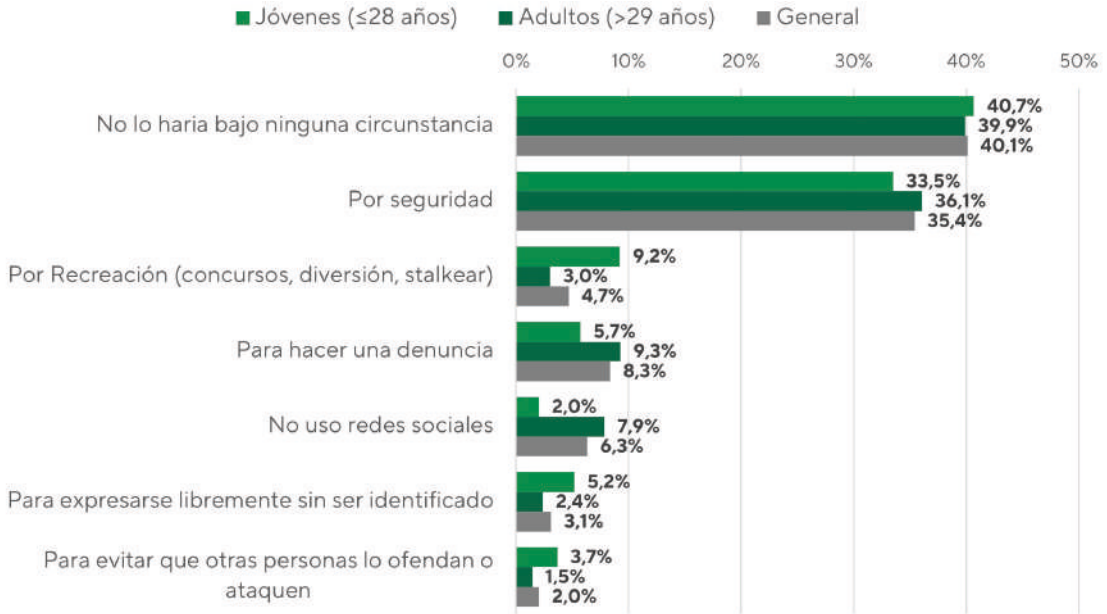
Estas preocupaciones también se reflejan en las decisiones que las personas toman respecto al manejo de su identidad en redes sociales (Figura 28). En la Ciudad de México, una proporción importante de la población señala que no cambiaría su identidad en redes sociales bajo ninguna circunstancia, opción mencionada por el 40,1% de la población, con valores prácticamente idénticos entre jóvenes (40,7%) y adultos (39,9%). Este resultado sugiere que, pese a los riesgos percibidos en el entorno digital, una parte significativa de la población mantiene una preferencia por interactuar en plataformas utilizando su identidad real.

No obstante, también se observa que el motivo más frecuente para considerar un cambio de identidad está asociado a razones de seguridad. Aproximadamente 35,4% del total señala que lo haría para proteger su información o evitar riesgos en línea, con una proporción ligeramente mayor entre las personas adultas (36,1%) que entre las jóvenes (33,5%). Este comportamiento es consistente con las preocupaciones previamente identificadas en torno a fraudes, robo de información o suplantación de identidad.

Figura 28 Pregunta: ¿Por qué razón cambiaría su identidad o utilizaría una identidad ficticia en redes? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Otras razones aparecen en proporciones considerablemente menores. Algunas personas mencionan cambiar su identidad por recreación o entretenimiento, como participar en concursos o interactuar de forma anónima (4,7% en el total), aunque esta motivación es más frecuente entre los jóvenes (9,2%) que entre los adultos (3%). De manera similar, 8,3% indica que lo haría para realizar una denuncia, mientras que proporciones más pequeñas señalan motivos como expresarse libremente sin ser identificados (3,1%) o evitar ofensas o ataques en línea (2%).

Razones para cambiar la identidad en redes sociales



En términos agregados, estos resultados sugieren que, aunque los riesgos del entorno digital son reconocidos por la población, la mayoría de las personas no recurre de manera habitual al anonimato, y cuando considera modificar su identidad, lo hace principalmente como una estrategia de protección frente a posibles amenazas en línea.

El uso de plataformas digitales incide en las percepciones de confianza hacia otras personas y en las experiencias de interacción en entornos digitales.

En la Ciudad de México, el impacto de las plataformas digitales sobre la confianza muestra un patrón ambivalente (Figura 29). Entre las personas jóvenes, prácticamente uno de cada dos (48,2%) está de acuerdo en que el uso de aplicaciones le ha permitido conocer mejor a las personas y aumentar su confianza en ellas, mientras

que una proporción muy similar, ligeramente superior a uno de cada dos (51,8%), se declara en desacuerdo. Entre las personas adultas, la percepción es más escéptica y el patrón se inclina con mayor claridad hacia el desacuerdo: alrededor de tres de cada diez (29,2%) comparten la idea de que las aplicaciones fortalecen su confianza al conocer mejor a las personas, frente a aproximadamente siete de cada diez (70,8%) que no lo consideran así.

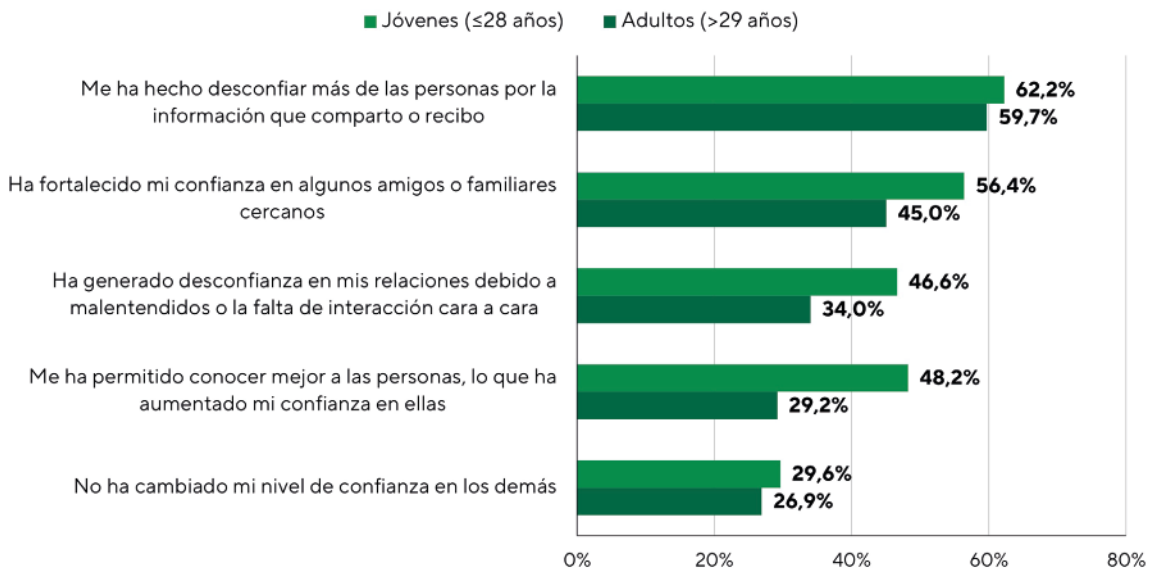
Sin embargo, cuando se analiza la dimensión de desconfianza, el patrón es más dicente. Entre las personas jóvenes, aproximadamente dos de cada tres (62,2%) están de acuerdo con que el uso de aplicaciones les ha hecho desconfiar más de las personas por la información que comparten o reciben. Entre las personas adultas la distribución es similar, aunque con una proporción ligeramente menor (59,7%).

El efecto también varía según el tipo de vínculo social. En el círculo más cercano, algo más de la mitad de los jóvenes (56,4%) considera que el uso de aplicaciones digitales ha fortalecido su confianza en algunos amigos o familiares, mientras que entre los adultos esta proporción alcanza solo el 45%.

Finalmente, cuando se pregunta si las aplicaciones digitales no han cambiado su nivel de confianza, aproximadamente tres de cada diez jóvenes (29,6%) están de acuerdo con esa afirmación, frente al 26,9% en la población adulta (Figura 29). En términos generales, la digitalización ha generado efectos importantes en términos de confianza social, que aunque puede fortalecer vínculos cercanos, tiende a intensificar percepciones de desconfianza en las interacciones sociales, particularmente entre las personas jóvenes.

Figura 29 Pregunta: ¿Está de acuerdo con las siguientes afirmaciones sobre cómo ha cambiado su nivel de confianza hacia los demás con el uso de redes sociales y la tecnología digital? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

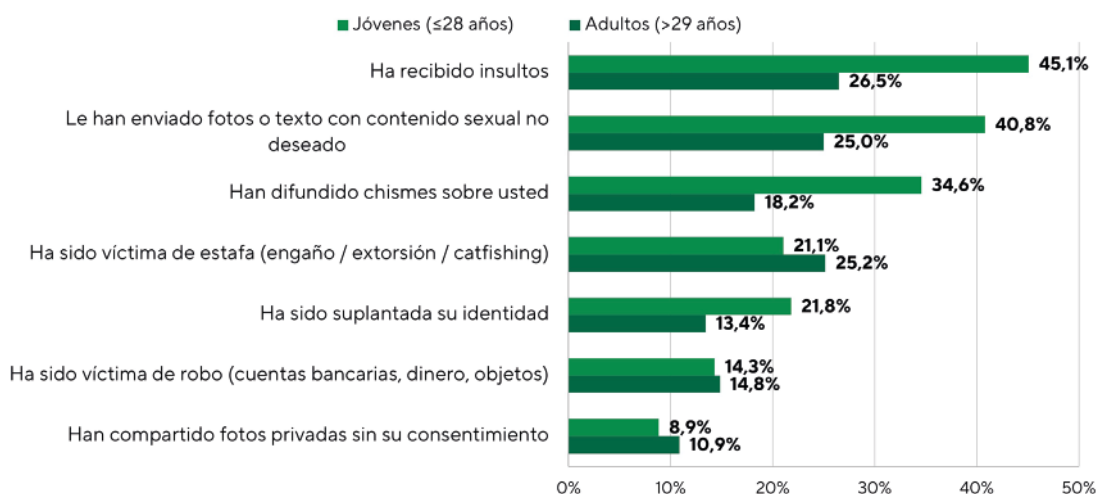
Impactos de la tecnología sobre la confianza en los demás según grupos de edad



No obstante, detrás de esta percepción positiva surgen experiencias de riesgo que afectan en mayor medida a la población más joven (Figura 30). Aunque la mayoría no ha vivido situaciones como la difusión de fotos privadas sin su consentimiento (91,1% de jóvenes y 89,1% de adultos señalan que no les ha ocurrido), la suplantación de identidad sí muestra una brecha generacional: el 21,8% de los jóvenes reporta haber sido suplantado frente al 13,4% de los adultos. En estafas digitales, el 21,1% de jóvenes declara haber sido víctima, comparado con el 25,2% de los adultos. Sin embargo, en la recepción de contenido sexual no deseado la diferencia es clara: el 40,8% de jóvenes menciona haber recibido este tipo de contenido, frente al 25% de adultos. La población joven reporta con mayor frecuencia varias de estas experiencias negativas, aunque no en todos los indicadores.

Figura 30 Pregunta: Por favor indique si ha experimentado alguna de las siguientes situaciones a través de redes sociales en el último año Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Experiencias en redes sociales según grupos de edad



A su vez, se registran otras experiencias de interacción negativa en redes sociales. El 45,1% de los jóvenes señala haber recibido insultos en redes, frente al 26,5% de los adultos. Asimismo, el 34,6% de jóvenes reporta que se han difundido chismes sobre ellos, en comparación con el 18,2% de los adultos. En el caso de robos vinculados al uso de redes sociales —ya sea de cuentas bancarias, dinero u objetos— las proporciones entre jóvenes y adultos son similares, situándose alrededor del 14% en ambos grupos.

En términos agregados, la exposición digital en la juventud es mayor: el 54,8% de jóvenes ha experimentado entre una y tres modalidades de agresión o delito digital y el 17,7% ha sufrido entre cuatro y siete modalidades. Entre adultos, la proporción es menor, el 43,9% reporta entre una y tres modalidades y el 12,8% entre cuatro y siete. Aunque el fortalecimiento relacional es ampliamente aceptado por los diferentes grupos etarios, la juventud reporta con mayor frecuencia experiencias de agresión, hostigamiento o interacciones negativas en redes sociales en comparación con la población adulta.

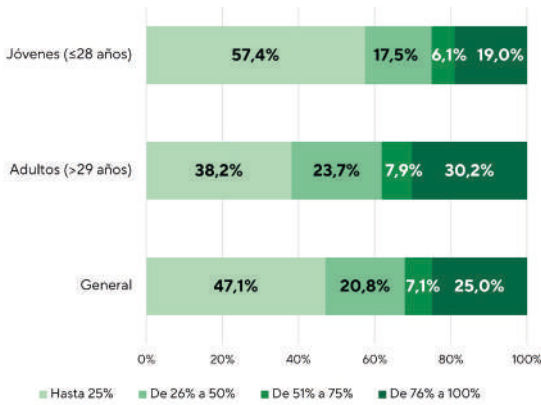
Relaciones interpersonales

Las plataformas digitales amplían las formas de interacción cotidiana, pero los vínculos que se configuran en estos entornos no necesariamente corresponden a relaciones cercanas.

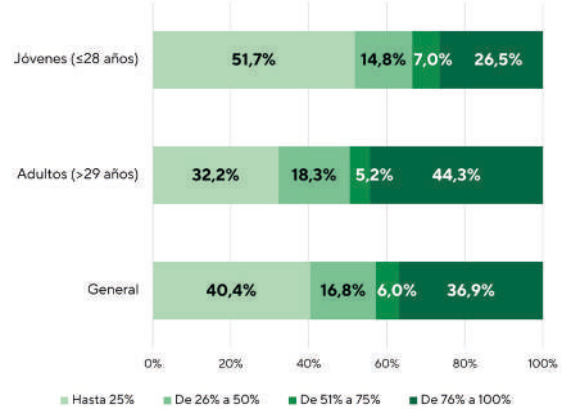
Una primera aproximación a este fenómeno se observa en la proporción de seguidores en redes sociales que las personas consideran cercanos (Figura 31). En la Ciudad de México predomina la percepción de que sólo una fracción limitada de los contactos en plataformas corresponde a vínculos personales estrechos. En Instagram, por ejemplo, 47,1% de la población señala que considera cercanos a hasta una cuarta parte de sus seguidores, mientras que solo 25% afirma que la mayoría (entre 76% y 100%) corresponde a personas de su círculo cercano. Esta tendencia es aún más marcada entre la población joven, donde 57,4% indica que solo una pequeña proporción de sus seguidores puede considerarse cercana.

Figura 31 Pregunta: ¿Cuántos contactos o seguidores tiene en las siguientes redes sociales y qué porcentaje de ellos los considera como personas cercanas? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

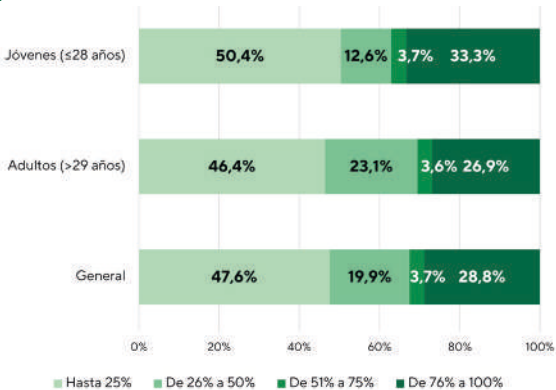
% de seguidores en instagram que considera cercanos



% de seguidores en tiktok que considera cercanos



% de seguidores en twitter que considera cercanos



% de seguidores en facebook que considera cercanos



Un patrón similar se observa en TikTok y Twitter, plataformas donde predominan redes de contacto más amplias y menos vinculadas a relaciones personales directas. En TikTok, 40,4% de la población considera cercanos a menos del 25% de sus seguidores, mientras que en Twitter esta proporción alcanza 47,6%. En contraste, Facebook muestra una estructura relacional ligeramente más cercana: aunque 43,8% de la población señala que solo hasta una cuarta parte de sus contactos son cercanos, una proporción relevante (30,6%) indica que la mayoría de sus contactos en esta plataforma corresponde a personas de su círculo social más próximo.

Estas diferencias reflejan que no todas las plataformas cumplen el mismo papel en la construcción de vínculos, pues algunas funcionan principalmente como espacios de interacción con círculos personales, mientras que otras operan como redes más abiertas de seguimiento o difusión de contenidos.

En términos de interacción, las plataformas digitales coexisten con la presencialidad y tienden a complementar, más que sustituir, las formas tradicionales de relación.

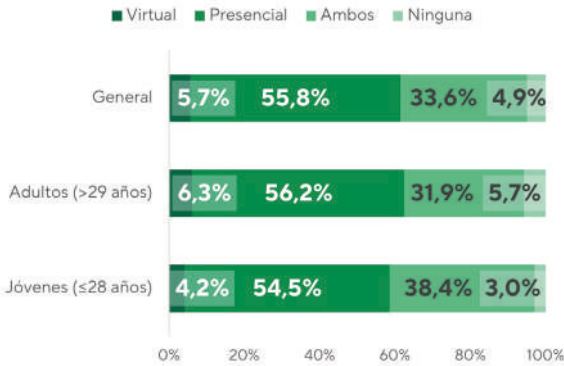
La preferencia por modalidades de interacción confirma esta tendencia (Figura 32). En la mayoría de los ámbitos relacionales predomina el contacto presencial como forma principal de interacción. En el caso de las amistades, 55,8% de la población prefiere relacionarse principalmente de manera presencial, mientras que 33,6% combina interacciones presenciales y virtuales. El contacto exclusivamente virtual aparece en proporciones reducidas (5,7%).

Una tendencia similar se observa en las relaciones de pareja, donde 65,8% de la población privilegia el encuentro presencial, seguido por 22% que combina ambos tipos de interacción. En el ámbito laboral, el patrón es comparable: 41,2% prefiere relaciones presenciales con compañeros de trabajo, mientras que 27,4% combina interacción presencial y virtual.

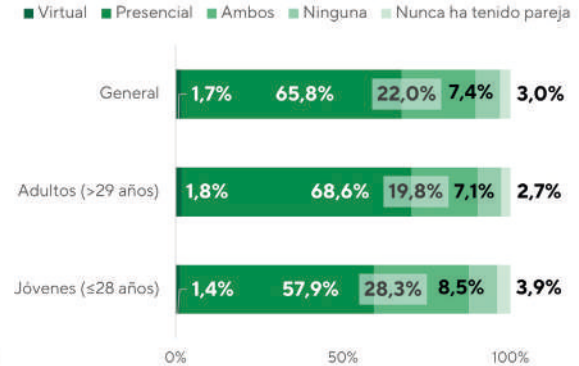
Las relaciones vecinales presentan una dinámica particular. Aunque 40,9% de la población privilegia el contacto presencial con vecinos, una proporción importante (26,1%) señala no mantener ningún tipo de interacción, lo que sugiere que estos vínculos tienden a ser más débiles o menos frecuentes dentro de las redes sociales contemporáneas.

En suma, estos resultados indican que las plataformas digitales amplían las posibilidades de interacción, pero no reemplazan el papel central de la presencialidad en la construcción de vínculos cercanos.

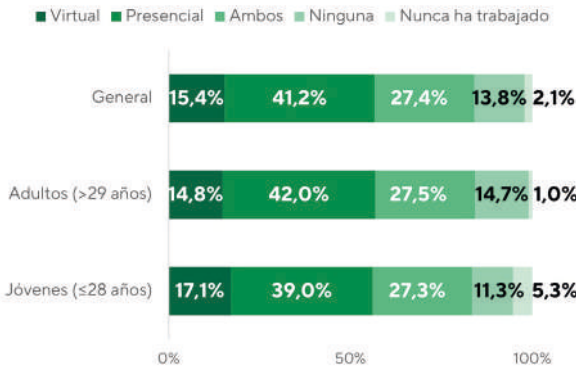
Preferencia en la modalidad de interacción con amigos



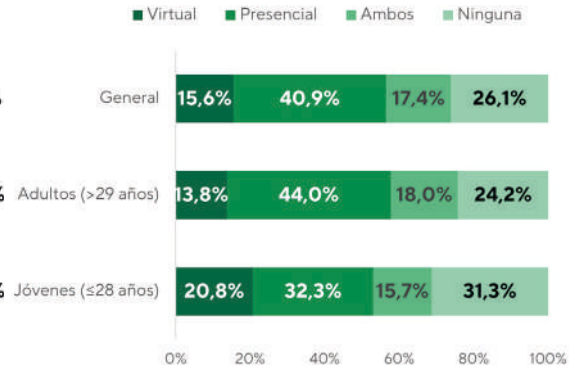
Preferencia en la modalidad de interacción con pareja



Preferencia en la modalidad de interacción con compañeros de trabajo



Preferencia en la modalidad de interacción con vecinos



En las relaciones interpersonales, predomina la percepción de estabilidad (Figura 33). En los vínculos con amistades, el 45,9% de las personas jóvenes y el 54,1% de las adultas consideran que las plataformas digitales no han generado cambios. Un patrón similar se observa en la familia (53,7% de jóvenes y 57,5% de adultos reportan no percibir cambios) y en el ámbito laboral (65,6% y 67% respectivamente). En las relaciones vecinales y comunitarias esta percepción es aún más marcada: el 78,2% de jóvenes y el 76,2% de adultos señalan que sus vínculos no se han modificado.

No obstante, a la par de relaciones estables, se observa un efecto positivo en la intensificación de las relaciones. En todos los ámbitos analizados, alrededor de uno de cada cinco reporta un *aumento en la frecuencia de interacción* (21,4% en amistades en ambos grupos etarios, 20,5% jóvenes y 19,5% adultos en familia; 16,7% jóvenes y 17,2% adultos en relaciones laborales). Por otro lado, el *fortalecimiento de los lazos* aparece en proporciones menores, como en las amistades (17,1% jóvenes frente a 11,6% en adultos) y en la familia (13,7% jóvenes y 12,4% adultos). Estos datos muestran que la digitalidad no sustituye los vínculos, pero sí puede aumentar

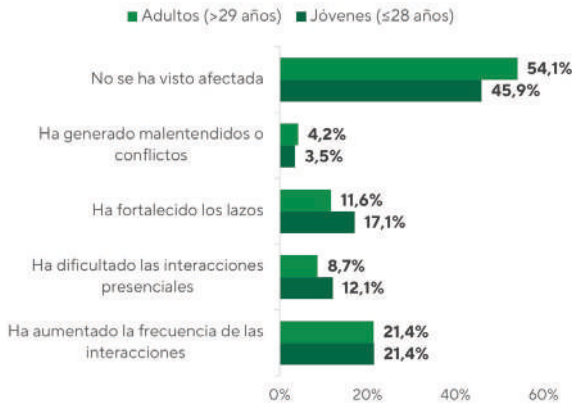
Figura 32 Pregunta: ¿De qué forma prefiere usted relacionarse con las siguientes personas? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Figura 33 Pregunta: Principalmente, ¿cómo ha influido el uso de plataformas digitales en sus relaciones con los siguientes grupos de personas? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

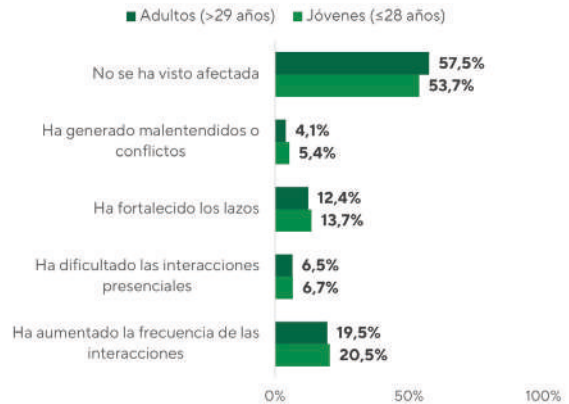
la frecuencia de comunicación y la intensidad de la misma, especialmente en la población más joven.

Además de la capacidad de mantener y fortalecer los vínculos cercanos, las plataformas digitales también facilitan la conexión con personas lejanas en términos de ubicación geográfica (Figura

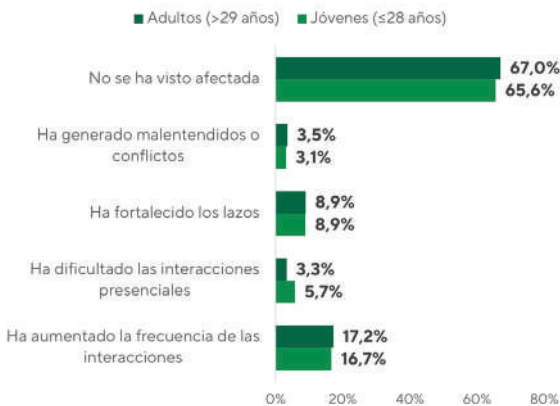
Impacto de las plataformas digitales en las relaciones con amigos



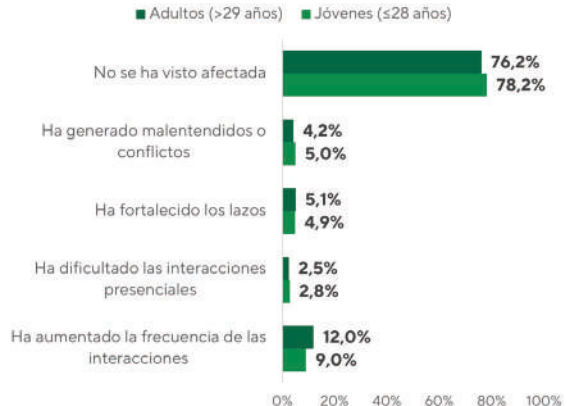
Impacto de las plataformas digitales en las relaciones con familia



Impacto de las plataformas digitales en las relaciones con colegas de trabajo

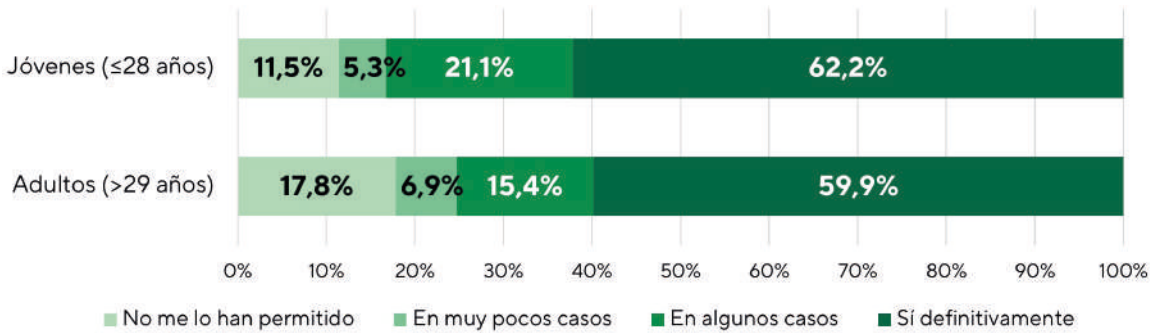


Impacto de las plataformas digitales en las relaciones con vecinos y comunidad



34). Entre las personas jóvenes, el 62,2% considera que las plataformas les han permitido definitivamente fortalecer lazos con personas que de otra forma no verían con frecuencia, mientras que el 21,1% señala que esto ocurre en algunos casos. Entre las personas adultas se observa un patrón muy similar: el 59,9% afirma que las plataformas han fortalecido claramente estos vínculos y el 15,4% indica que ocurre en algunos casos. En contraste, proporciones menores consideran que las plataformas no han permitido fortalecer este tipo de relaciones (11,5% en jóvenes y 17,8% en adultos).

Fortalecimiento de lazos con personas lejanas por las plataformas digitales por grupo etario



No obstante, el impacto de las plataformas sobre las relaciones afectivas cotidianas también muestra efectos ambivalentes (Figura 35). Por un lado, una amplia mayoría reconoce que las plataformas facilitan mantener el contacto con personas lejanas: el 93,3% de jóvenes y el 90,4% de adultos están de acuerdo con esta afirmación, lo que va en línea con los resultados analizados previamente (Figura 34). Asimismo, una proporción importante señala que gracias a las plataformas se comunican con mayor regularidad con sus seres queridos (84,8% en jóvenes y 75,9% en adultos).

Figura 34 Pregunta: ¿Las plataformas digitales le han permitido fortalecer lazos con personas que de otra forma no podría ver con frecuencia? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Cambios en las relaciones afectivas por el uso de plataformas digitales según grupo etario

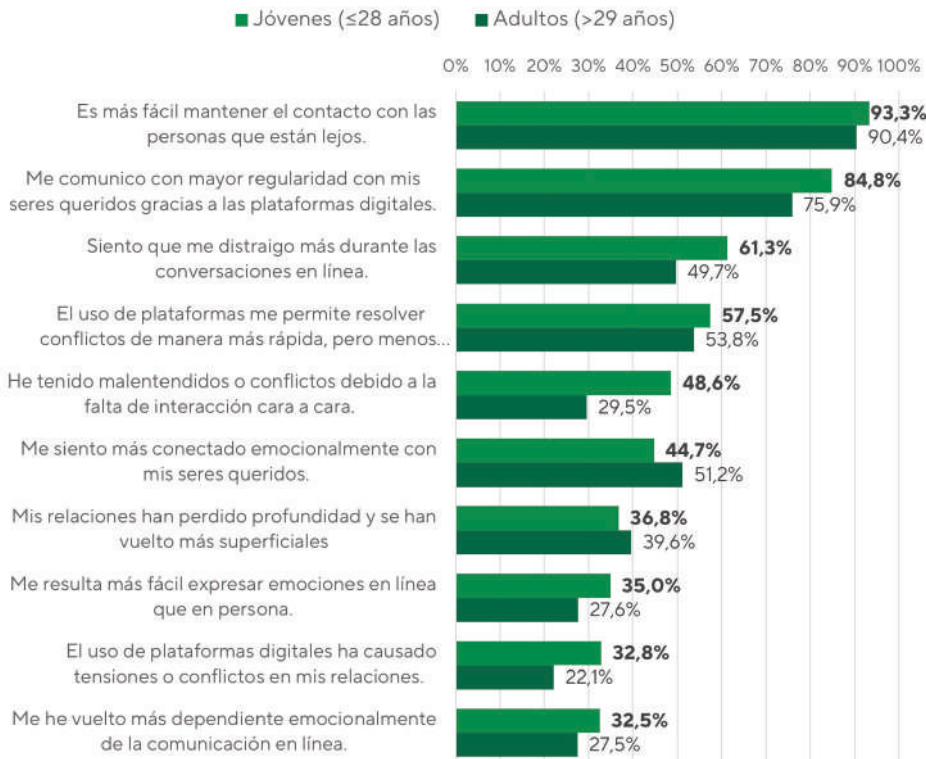


Figura 35 Pregunta: ¿Está de acuerdo con las siguientes afirmaciones sobre cómo el uso de plataformas digitales ha cambiado sus relaciones afectivas cotidianas? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Sin embargo, también emergen tensiones en la vida relacional mediada por plataformas. Entre las personas jóvenes, el 61,3% señala que las conversaciones en línea pueden distraer de las interacciones cara a cara, y el 48,6% reporta haber tenido malentendidos o conflictos asociados a la falta de interacción presencial. Además, el 32,8% considera que el uso de plataformas ha causado tensiones o conflictos en sus relaciones. En la población adulta estas percepciones también están presentes, aunque en proporciones ligeramente menores.

En síntesis, estos resultados sugieren que las plataformas digitales no sustituyen los vínculos sociales, pero sí transforman las formas de interacción cotidiana. Por un lado, facilitan mantener el contacto, especialmente con personas lejanas; por otro, introducen nuevas dinámicas de comunicación que pueden generar distracciones, malentendidos o tensiones en las relaciones interpersonales.

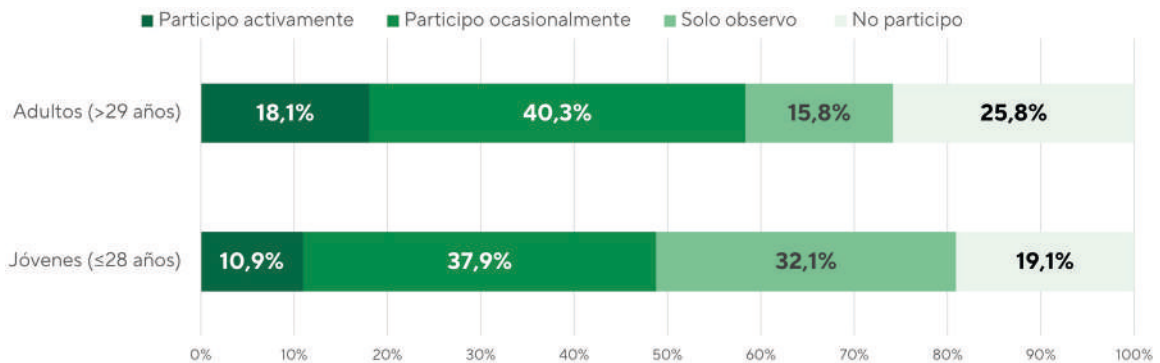
Ciudadanía digital

La participación en entornos digitales es limitada y se concentra principalmente en formas de interacción comunitaria cotidiana, más que en una implicación activa y sostenida.

La participación en comunidades digitales muestra niveles moderados y formas diferenciadas de implicación según el grupo etario (Figura 36). Entre las personas adultas, el 18,1% afirma participar activamente en comunidades digitales y el 40,3% lo hace de manera ocasional, mientras que el 15,8% señala que solo observa y el 25,8% no participa. Entre las personas jóvenes la participación activa es menor (10,9%), aunque una proporción importante participa ocasionalmente (37,9%) o se mantiene como observadora (32,1%), mientras que el 19,1% no participa. En este sentido, las comunidades digitales funcionan en muchos casos como espacios de seguimiento o interacción ocasional más que como ámbitos de participación activa y sostenida.

Figura 36 Pregunta: ¿Cómo describiría su participación en comunidades digitales o grupos en línea (como foros, grupos de WhatsApp, grupos de Facebook o plataformas similares)? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

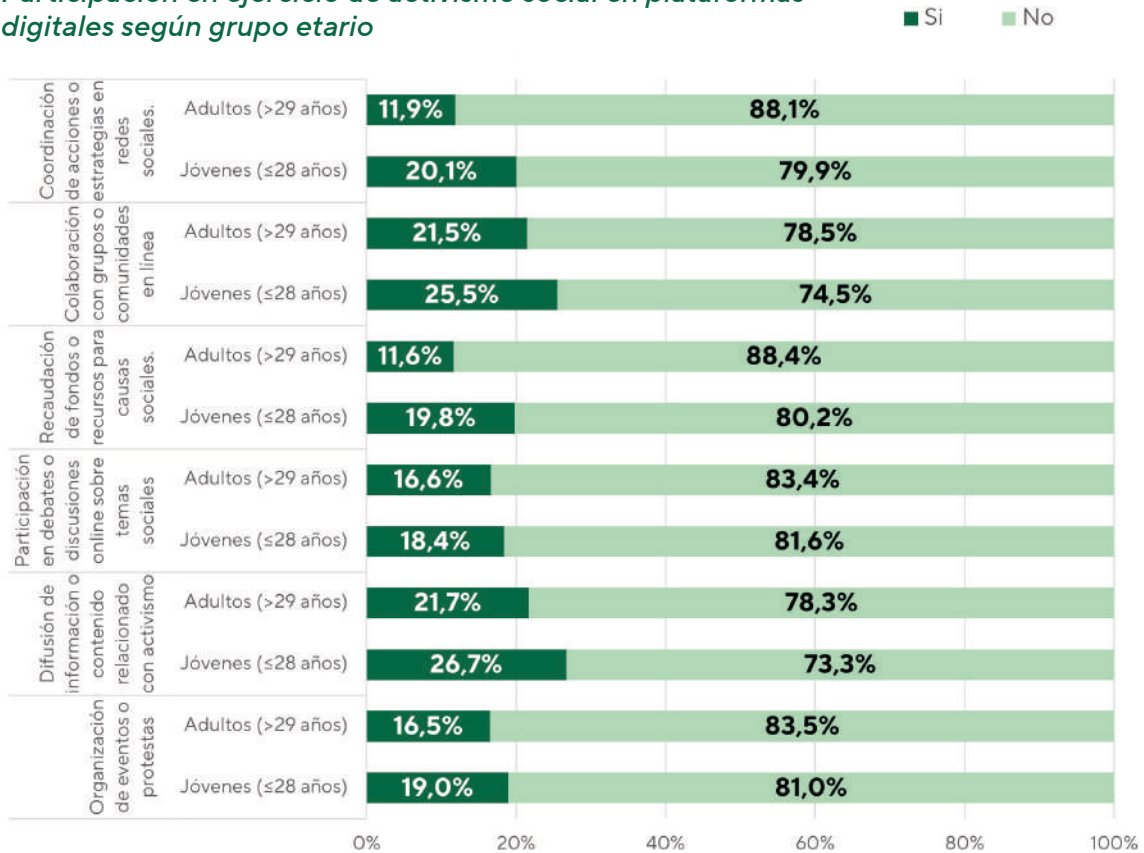
Participación en comunidades digitales



En el ámbito comunitario y cívico, la participación digital es minoritaria en ambos grupos etarios (Figura 37). Por ejemplo, el 81% de los jóvenes y el 83,5% de los adultos no utilizan plataformas para organizar eventos o protestas. De manera similar, en debates sobre temas sociales, el 81,6% de los jóvenes y el 83,4% de adultos no participan, y en la recaudación de fondos, el 80,2% de jóvenes y el 88,4% de adultos tampoco intervienen. Estos resultados muestran que la acción colectiva mediada por lo digital no constituye una práctica extendida en la población analizada.

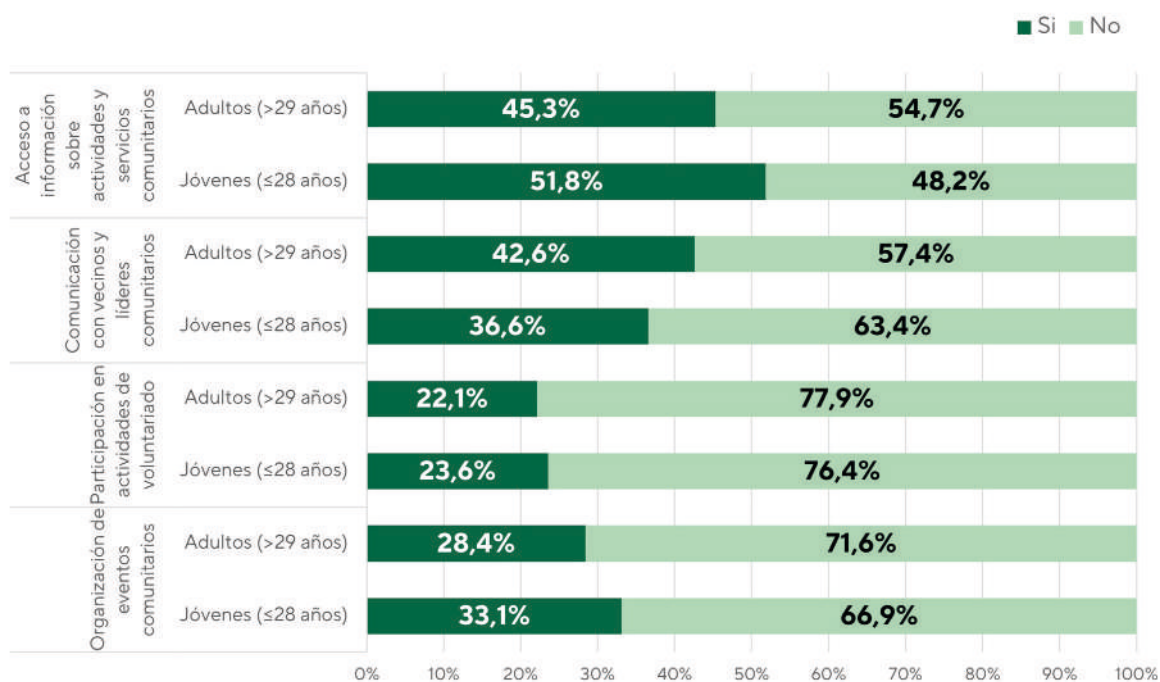
Figura 37 Pregunta: ¿Ha utilizado o utiliza plataformas digitales para participar en ejercicios de activismo social o movimientos sociales como...? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Participación en ejercicio de activismo social en plataformas digitales según grupo etario



Por otro lado, en las formas de participación comunitaria y cívica mediadas digitalmente se observa una implicación limitada en ambos grupos etarios, aunque con ciertas diferencias (Figura 38). En actividades de voluntariado, casi una de cada cuatro personas jóvenes (23,6%) utiliza plataformas digitales con ese fin, proporción similar a la población adulta (22,1%). En la comunicación con vecinos y líderes comunitarios, la participación aumenta; el 36,6% de jóvenes y el 42,6% de adultos recurren a los canales digitales para interactuar con actores comunitarios. Asimismo, para recibir información de actividades o servicios en la comunidad, más de la mitad de las personas jóvenes (51,8%) reporta utilizar plataformas digitales, frente al 45,3% de las adultas.

Actividades comunitarias con el uso de plataformas digitales según grupo etario



Las formas de participación digital vinculadas a la acción colectiva y al involucramiento cívico son menos frecuentes que aquellas asociadas a la interacción comunitaria cotidiana.

Figura 38 Pregunta: ¿Ha utilizado o utiliza plataformas digitales para realizar alguna de las siguientes actividades comunitarias? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Cuando se trata de acciones más deliberantes o que impliquen movilización social o activismo, la participación es menor (Figura 37). En la difusión de contenido relacionado con activismo, solo el 26,7% de jóvenes y el 21,7% de adultos lo hacen; en debates o discusiones en línea sobre temas sociales participan el 18,4% de jóvenes y el 16,6% de adultos. También, la colaboración con grupos o comunidades digitales alcanza el 25,5% de los jóvenes y el 21,5% de los adultos, mientras que la coordinación de acciones o estrategias en redes sociales involucra al 20% de jóvenes y tan solo al 11,9% de las personas adultas.

En perspectiva, los resultados sugieren que la digitalidad en la Ciudad de México facilita acceder a la información y tener mayor contacto con la comunidad, pero su potencial para la acción colectiva organizada y la movilización social podría ser mayor. Aunque la juventud se muestra más activa en algunas dimensiones, las diferencias generacionales no son muy grandes.



Foto: Carolina Serrano

6.2. Resultados analíticos

Más allá de la descripción de prácticas y percepciones, resulta relevante examinar cómo distintas dimensiones de la vida digital se relacionan entre sí. Con este propósito, la sección analítica del capítulo explora asociaciones entre variables de la encuesta con el fin de evaluar algunas hipótesis sobre los efectos sociales de la digitalización en la ciudad.

El análisis se enfoca en cuatro ámbitos centrales: el bienestar personal —particularmente en relación con el estado de ánimo—; las prácticas culturales digitales; las formas de participación y cohesión social en entornos digitales; y las ciudadanías digitales. A través de estos cruces, se busca identificar si la intensidad, el tipo y el propósito del uso de tecnologías digitales se asocian con diferencias en estas dimensiones.

Para ello, se emplean técnicas de análisis estadístico que permiten identificar asociaciones entre variables categóricas. En particular, se utilizan pruebas de independencia X^2 para evaluar la significancia estadística de las relaciones observadas, complementadas con el coeficiente V de Cramer como medida de la magnitud de la asociación. Este enfoque permite distinguir entre relaciones que responden a patrones sistemáticos en los datos y aquellas que podrían explicarse por variaciones aleatorias.

A partir de estas herramientas, el capítulo examina diferentes hipótesis sobre cómo la digitalización se vincula con dimensiones clave de la vida social contemporánea.

6.2.1. Digitalización y bienestar

Esta sección examina la relación entre el uso de tecnologías digitales y el bienestar emocional de las personas. En particular, se analiza cómo la intensidad de uso de plataformas digitales —especialmente redes sociales— y la dependencia del celular para actividades cotidianas se asocian con variaciones en el estado de ánimo.

Asimismo, se consideran las prácticas de desconexión voluntaria, con el fin de explorar si estas estrategias se relacionan con formas de autorregulación frente al uso intensivo de plataformas digitales. El análisis busca identificar si distintos niveles de uso y apropiación de la digitalidad se vinculan con diferencias en la experiencia emocional.

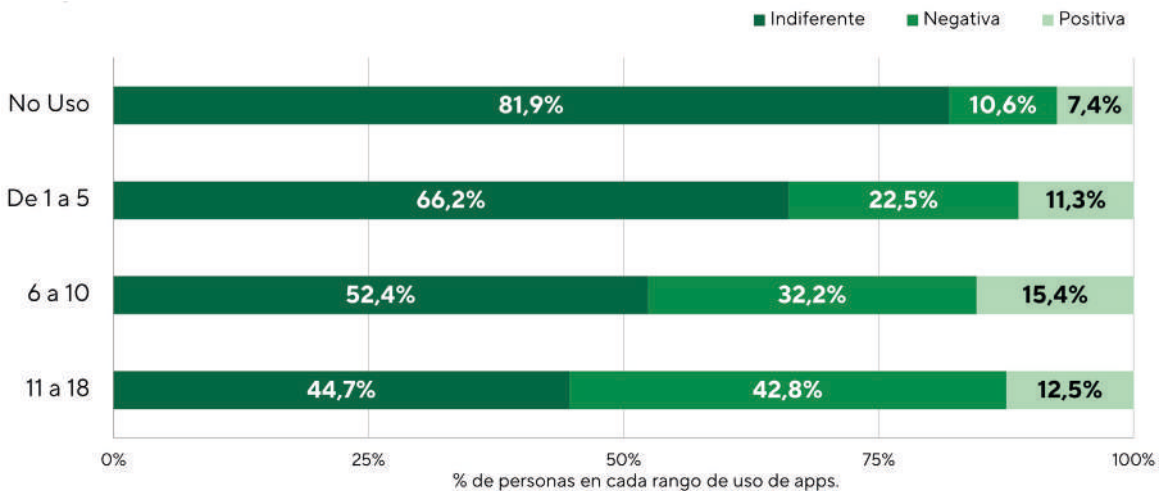
Mayor número de aplicaciones utilizadas se asocia con menor tolerancia a la desconexión.

La tecnología digital funciona hoy como un entorno cotidiano en el que se organizan interacciones sociales, actividades laborales y dinámicas de información. En este contexto, la desconexión temporal permite observar cómo reaccionan las personas cuando ese entorno digital se interrumpe. Los resultados descriptivos muestran que la mayoría de la población reporta indiferencia ante la ausencia de conexión, aunque una minoría relevante experimenta emociones negativas como ansiedad o frustración, especialmente cuando lo que falta es el acceso a internet o al teléfono móvil. Estos patrones sugieren que el impacto emocional de la digitalización no es uniforme y depende tanto del tipo de conexión como de los hábitos de uso. En este sentido, analizar los impactos de la digitalización sobre la salud mental resulta relevante para la formulación de políticas públicas.

Inicialmente se plantea que entre mayor sea el número de aplicaciones utilizadas por el usuario, se observan reacciones emocionales más intensas ante la desconexión. El patrón es claro y fácil de visualizar en proporciones simples. Entre quienes no utilizan aplicaciones, apenas uno de cada 10 reporta emociones negativas cuando se queda sin internet (10,6%); en el extremo de mayor uso (11 a 18 apps), esa proporción se cuadruplica: alrededor de cuatro de cada 10 declaran malestar o ansiedad (42,8%). En paralelo, la indiferencia —la sensación de que “no pasa nada”— cae casi a la mitad: de ocho de cada 10 entre quienes no usan aplicaciones (81,9%) a cuatro de cada 10 en el grupo más intensivo (44,7%) (Figura 39). En síntesis, a medida que aumenta la presencia de plataformas en la vida cotidiana, también crece la probabilidad de que la desconexión llegue a generar incomodidad. La evidencia estadística confirma que la relación no es al azar (X^2 significativo; V de Cramer $\approx 0,14$), aunque su magnitud es modesta: se trata de una tendencia consistente, no de un efecto determinante.

Figura 39 Variable dependiente: Emoción principal cuando no tiene acceso a internet (positiva / negativa / indiferente). Variable independiente: Rango de uso de aplicaciones. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Emoción principal ante la falta de internet según rango de uso de aplicaciones



Este comportamiento resulta coherente con el papel que las plataformas han adquirido como espacios de interacción, organización y pertenencia. En ellas se coordinan actividades, se sostienen vínculos y se participa en conversaciones públicas y privadas. Desde esta perspectiva, la pérdida de conexión no implica únicamente un problema técnico, sino una interrupción temporal del acceso al espacio donde transcurre buena parte de la vida social. Por ello, cuanto mayor es el grado de involucramiento con múltiples aplicaciones, menor es la indiferencia frente a la desconexión y mayor la sensación de quedar excluido de intercambios relevantes. Además, la simultaneidad de contactos, mensajes y notificaciones comprime el tiempo social y difumina las fronteras entre ámbitos personales, laborales y públicos, lo que incrementa la carga emocional asociada a estar —o no estar— en línea.

No obstante, el fenómeno presenta matices. La cultura digital amplía oportunidades de comunicación y participación, pero también convive con tensiones conocidas: hiperconectividad acompañada de aislamiento percibido, exposición constante a estímulos emocionales intensos y entornos informativos que pueden amplificar el conflicto. Cuando estos factores se combinan con dinámicas algorítmicas que priorizan la atención y la reacción inmediata, la desconexión puede experimentarse como pérdida de pertenencia o control. Así, la incomodidad ante la ausencia de conexión no depende únicamente del tiempo de uso, sino de la centralidad que lo digital ocupa en la vida cotidiana y de la calidad de las interacciones que allí se sostienen.

La respuesta no pasa por reducir la conectividad, sino por fortalecer las capacidades para gestionarla de manera equilibrada. Esto incluye alfabetización digital crítica, normas de convivencia en línea, habilidades de regulación emocional y prácticas de cuidado de la atención, como pausas planificadas o límites de disponibilidad. Desde una perspectiva pública y pedagógica, el objetivo es mantener los beneficios de la conectividad —comunidad, información, coordinación— sin que la ausencia temporal de acceso se traduzca en malestar significativo.

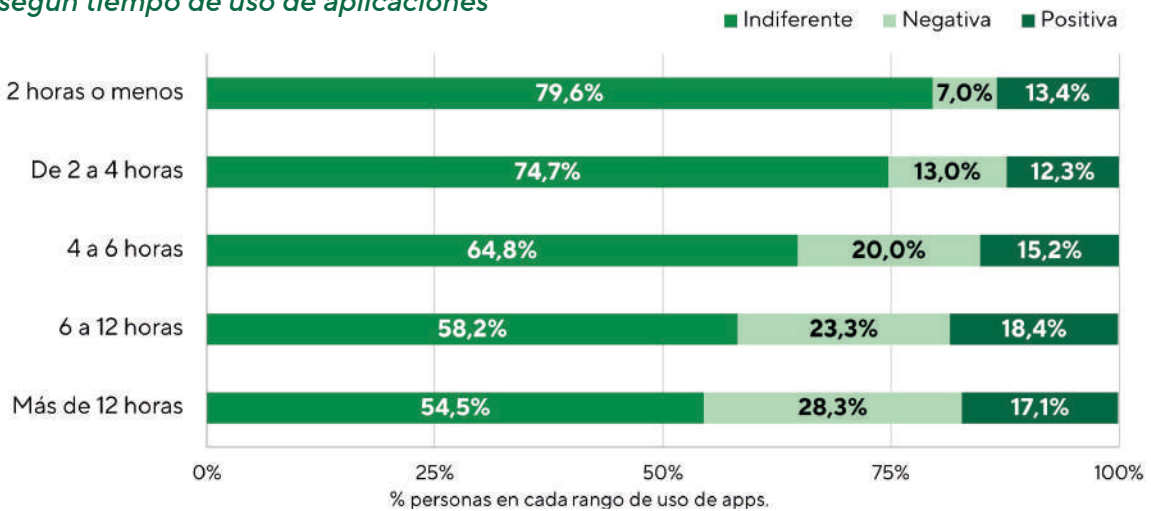
En conjunto, la evidencia empírica y los marcos conceptuales convergen en una conclusión en la misma dirección: el uso intensivo de múltiples aplicaciones se asocia con menor tolerancia a la desconexión. Este resultado no responsabiliza a las plataformas por sí mismas, sino que subraya la necesidad de construir entornos digitales y hábitos de uso que permitan sostener vínculos y oportunidades sin depender emocionalmente de la conexión permanente. La cuestión central no es si se debe estar en línea, sino cómo habitar ese espacio de manera que la ausencia temporal de señal no implique la pérdida del equilibrio personal ni de la participación social.

Uso intensivo del teléfono móvil y menor tolerancia a la desconexión.

Los datos muestran una asociación entre el tiempo de uso del teléfono móvil y la reacción emocional ante su ausencia. Entre quienes utilizan aplicaciones dos horas o menos al día, apenas alrededor de uno de cada 14 reporta malestar al quedarse sin el dispositivo (7%); en el extremo opuesto —más de 12 horas diarias— esa proporción se eleva a cerca de uno de cada tres o cuatro (28,3%). En paralelo, la indiferencia disminuye de cuatro de cada cinco personas (79,6%) a poco más de la mitad (54,5%). En el conjunto de la población, tres de cada cinco indican que la situación les resulta indiferente (59,7%), mientras que cerca de uno de cada cuatro experimenta emociones negativas (23,6%) (Figura 40). Estos resultados sugieren que, a medida que el teléfono se integra de forma más intensiva en la vida cotidiana, la desconexión deja de percibirse como una pausa neutra y pasa a vivirse con mayor frecuencia como pérdida o incomodidad.

Figura 40 Variable dependiente: Emoción principal cuando no tiene acceso al teléfono celular (positiva / negativa / indiferente). Variable independiente: Tiempo de uso de aplicaciones (rango de horas diarias). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Emoción principal ante la falta de teléfono celular según tiempo de uso de aplicaciones



Este hallazgo se entiende mejor considerando el papel funcional del teléfono móvil en la vida social. Más que un dispositivo de comunicación, actúa como punto de acceso a múltiples esferas de interacción: trabajo, coordinación familiar, información, pagos, navegación y sociabilidad. Las aplicaciones están diseñadas para sostener rutinas de participación continua mediante notificaciones, actualizaciones permanentes y expectativas de respuesta inmediata. Cuando estas dinámicas estructuran el día a día, la ausencia del teléfono implica una interrupción simultánea de múltiples actividades y vínculos, lo que explica la disminución de la indiferencia y el aumento del malestar conforme crece el tiempo de uso.

Sin embargo, el mismo patrón revela una ambivalencia relevante. En los niveles intermedios de uso (entre seis y 12 horas diarias), cerca de uno de cada cinco usuarios reporta emociones positivas ante la desconexión (18,4%), como alivio o tranquilidad. Esto indica que la relación con el dispositivo combina dependencia funcional con necesidad de descanso. Para algunas personas, la desconexión implica pérdida de coordinación o acceso a información; para otras, representa una oportunidad de reducir estímulos y recuperar concentración. La calidad de las interacciones y los propósitos del uso digital parecen modular este efecto emocional.

Conviene subrayar que la asociación observada es significativa pero de magnitud limitada. El tiempo de uso no explica por sí solo las reacciones emocionales, que también dependen de factores como la edad, los motivos de uso (laborales, educativos o recreativos), la configuración de notificaciones, la estabilidad de la conexión y las características del entorno social. En consecuencia, los datos no permiten establecer relaciones causales directas, sino una tendencia consistente entre mayor intensidad de uso y menor tolerancia a la desconexión.

En términos de bienestar digital, estos resultados sugieren la necesidad de intervenciones en tres niveles complementarios. En el plano individual, destacan prácticas de autorregulación como la planificación de pausas, la gestión de notificaciones y el establecimiento de horarios de disponibilidad. En el plano colectivo, las normas de convivencia digital —por ejemplo, expectativas realistas de respuesta y respeto por los tiempos de desconexión— contribuyen a reducir la presión de estar permanentemente en línea.

Finalmente, en el plano del diseño tecnológico, configuraciones menos intrusivas y orientadas a usos con propósito pueden disminuir la percepción de pérdida asociada a la desconexión. El objetivo no es eliminar la conectividad, sino promover un uso que fortalezca la vida cotidiana sin generar dependencia emocional excesiva.

Exposición a redes sociales y distracción autoreportada.

Si bien los análisis anteriores se centraron en las emociones que emergen ante la ausencia de conexión, la digitalización también puede afectar procesos cognitivos cotidianos como la atención y la concentración. En este contexto, se examina la relación entre la exposición a redes sociales y la distracción autoreportada en el logro de metas personales.

En este sentido, la evidencia muestra una asociación clara entre el uso de redes sociales y la percepción de distracciones que dificultan el avance en objetivos personales. Entre quienes no utilizan

estas plataformas, aproximadamente uno de cada cinco reporta que las redes han interferido con sus metas (20,8%); entre quienes sí las usan, la proporción se duplica hasta cerca de dos de cada cinco (41,3%). En el total de la población, casi cuatro de cada 10 personas reconocen este tipo de interferencia (38,7%) (Figura 41). La diferencia es estadísticamente significativa ($X^2 = 42,73$; V de Cramer = 0,139), lo que sugiere que no responde al azar, aunque el tamaño del efecto sea limitado.

Asociación entre uso de redes sociales y generación de distracciones en el logro de metas

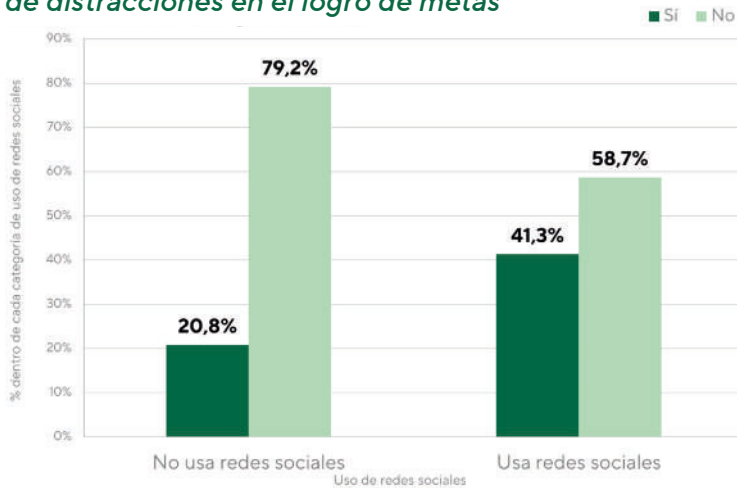


Figura 41 Variable dependiente: Generación de distracciones que dificultan avanzar en metas personales (Sí / No). Variable independiente: Uso de redes sociales (Facebook, X/Twitter, Instagram y TikTok) – Usa / No usa. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Este resultado es consistente con las características de diseño de las plataformas actuales, que incorporan mecanismos orientados a prolongar la permanencia del usuario, como reproducción automática, desplazamiento infinito y recomendaciones personalizadas. Estos elementos configuran entornos altamente competitivos por la atención, en los que los contenidos se presentan de manera continua y con recompensas variables. Cuando estas dinámicas se insertan en rutinas diarias compuestas por tareas fragmentadas —mensajes, consultas breves, trabajo o estudio— aumentan las interrupciones y la dificultad para sostener períodos prolongados de concentración.

Desde la perspectiva del bienestar digital, el hallazgo plantea responsabilidades distribuidas entre distintos actores. En el plano tecnológico, configuraciones menos intrusivas por defecto — como desactivar la reproducción automática, limitar notificaciones o permitir feeds cronológicos— pueden reducir la presión por la permanencia continua. En el ámbito educativo y laboral, el desarrollo de habilidades de gestión de la atención, junto con expectativas realistas sobre tiempos de respuesta, contribuye a proteger los períodos de trabajo profundo. En el plano individual, estrategias como horarios definidos de consulta, silenciamiento selectivo de aplicaciones y uso con propósito permiten convertir las redes en herramientas y no en fuentes permanentes de interrupción.

Es importante señalar que la asociación observada es de magnitud limitada y no implica causalidad directa. La percepción de distracción también depende de factores como la edad, las demandas académicas o laborales, los hábitos de estudio y las condiciones del entorno. Además, se trata de una medida autoreportada, lo que introduce variabilidad subjetiva. Sin embargo, aun siendo moderado, el efecto resulta relevante a escala poblacional: una proporción cercana al 40% implica un impacto potencial significativo sobre la productividad, el bienestar y la consecución de metas personales.

En conjunto, los datos respaldan la hipótesis según la cual una mayor exposición a entornos digitales diseñados para captar atención se asocia con una mayor distracción. El desafío no consiste en prescindir de las redes sociales, sino en promover condiciones que permitan compatibilizar su uso con el logro de objetivos personales. Esto requiere la acción simultánea de tres niveles: configuraciones tecnológicas que no incentiven la permanencia ilimitada, normas colectivas que protejan el tiempo de concentración y hábitos individuales orientados al uso intencional. De este modo, las plataformas pueden seguir cumpliendo funciones de información, aprendizaje y conexión social sin erosionar la capacidad de sostener proyectos personales.

Rol social y personal de la tecnología digital.

Se intuye que la digitalización es percibida principalmente como un recurso funcional y necesario, más que como una amenaza. Sin embargo, su impacto depende en gran medida de las competencias de uso, las redes sociales disponibles y las normas de convivencia que regulan la interacción en línea. La evidencia permite distinguir dos dimensiones interrelacionadas: las capacidades técnicas que habilitan la acción y la colaboración en entornos digitales, y las prácticas de autocuidado que moderan los efectos de la conectividad sobre el bienestar.

En primer lugar, el desarrollo de habilidades de creación digital se asocia con mayor disposición a la colaboración. El dominio de funciones de edición, coautoría u organización en plataformas como Instagram o YouTube incrementa la probabilidad de percibir que estas herramientas facilitan el trabajo conjunto. Estas competencias no solo permiten producir contenido, también socializan prácticas de coordinación (comentarios, revisión de versiones, acuerdos sobre decisiones) que pueden trasladarse a otros ámbitos de interacción social.

En segundo lugar, las prácticas de regulación personal del uso digital –como silenciar notificaciones o programar pausas– contribuyen a aliviar la sobrecarga cotidiana, aunque no modifican por sí solas la interpretación general de la tecnología. El bienestar

digital depende no sólo de decisiones individuales, sino también de normas compartidas que ordenen la comunicación y prevengan la saturación. En este sentido, la evidencia sugiere que los entornos digitales funcionan de manera más saludable cuando combinan herramientas adecuadas, competencias de uso y reglas de convivencia claras.

De la edición al acuerdo: competencias creativas y colaboración digital.

El dominio de aplicaciones orientadas a la creación de contenido, como Instagram o YouTube, se asocia con una mayor percepción de que estas plataformas facilitan la colaboración. Entre quienes utilizan estas herramientas, alrededor de dos de cada cinco personas (40,1%) consideran que favorecen la comunicación y el trabajo conjunto, mientras que entre quienes no las usan esta proporción desciende a tres de cada diez (30,3%). En el total de la muestra, aproximadamente una de cada tres personas reconoce esta utilidad (Figura 42). Aunque la diferencia no es amplia, sugiere que la práctica creativa introduce dinámicas de coordinación que pueden trasladarse a otras formas de interacción social.

Asociación entre uso de redes sociales y facilitación del trabajo colaborativo y la comunicación

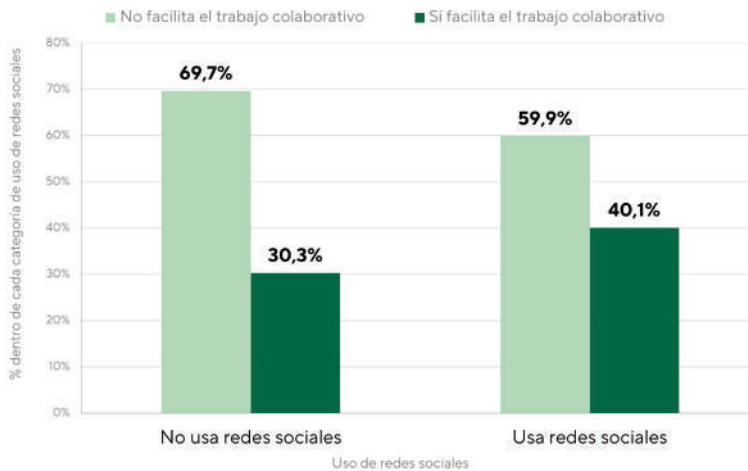


Figura 42 Variable dependiente: Percepción de que las redes sociales facilitan el trabajo colaborativo y la comunicación (Sí / No). Variable independiente: Uso de redes sociales (Facebook, X/Twitter, Instagram y TikTok) – Usa / No usa. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Estos resultados son coherentes con la idea de “arquitectura de la participación”: las plataformas digitales incorporan funciones orientadas a la co-creación —como edición compartida, comentarios, remixes o listas colaborativas— que socializan habilidades de producción colectiva. Aprender a generar contenido implica también aprender a solicitar y ofrecer retroalimentación, gestionar versiones, coordinar tareas y establecer acuerdos mínimos sobre tiempos y resultados. En este sentido, las competencias técnicas

asociadas a la creación digital actúan como puentes hacia prácticas de colaboración más estructuradas.

No obstante, el efecto observado es modesto (p -valor = 0,024; V de Cramer = 0,093), lo que indica que estas habilidades constituyen una condición facilitadora, pero no suficiente, para una colaboración sostenida. La coordinación efectiva también depende de competencias cívicas digitales, como la comunicación clara, la escucha activa, la verificación básica de información y el respeto de normas de convivencia. En ausencia de estas capacidades, las mismas herramientas que permiten organizar proyectos colectivos pueden amplificar conflictos interpersonales o desacuerdos sobre autoría y decisiones editoriales.

Asimismo, el contexto de uso resulta determinante. Las plataformas centradas en la atención algorítmica priorizan la visibilidad del contenido más que la deliberación estructurada, lo que limita su potencial como espacios de coordinación. Sin mecanismos explícitos para planificar, distribuir tareas o registrar acuerdos —como documentos compartidos, tableros de trabajo o normas claras de crédito y autoría— la interacción suele permanecer en intercambios puntuales más que en procesos organizados.

En términos prácticos, estos hallazgos sugieren que la colaboración digital se fortalece cuando las competencias creativas se complementan con reglas operativas simples, tales como criterios de edición, plantillas de trabajo, calendarios compartidos o protocolos para resolver desacuerdos. Bajo estas condiciones, las plataformas dejan de funcionar únicamente como vitrinas de contenido y pueden convertirse en entornos de coordinación productiva.

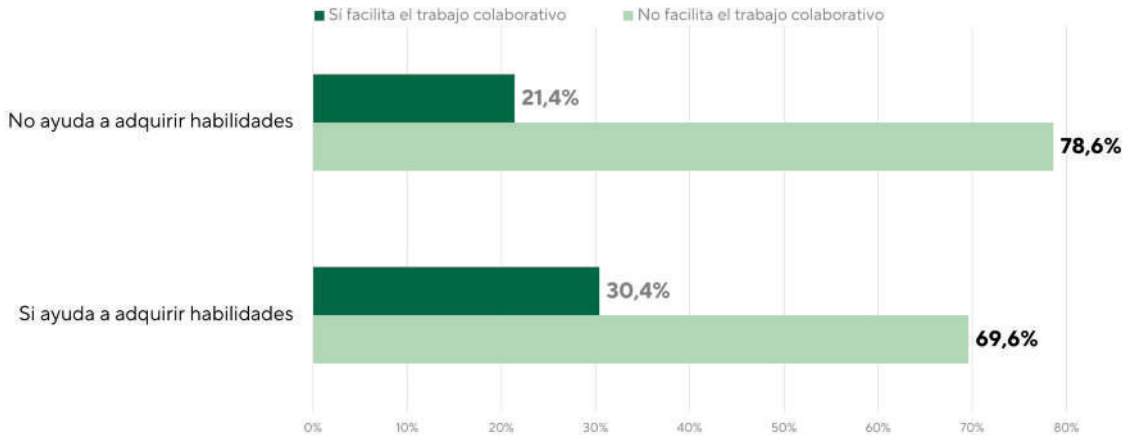
En conjunto, la evidencia indica que una mayor experiencia en creación digital se asocia con una mayor disposición a colaborar y gestionar conflictos de manera constructiva. Sin embargo, el potencial de estas herramientas depende de la interacción entre tres factores: las funcionalidades disponibles, las habilidades de los usuarios y las normas de convivencia que estructuran el trabajo colectivo.

Del aprendizaje digital a la colaboración: competencias técnicas y coordinación social.

La adquisición de habilidades técnicas o profesionales a través de plataformas digitales se asocia con una mayor percepción de que estas herramientas facilitan el trabajo colaborativo. Entre quienes reportan haber desarrollado este tipo de competencias, alrededor de tres de cada diez personas (30,4%) consideran que las aplicaciones favorecen la comunicación y la coordinación con otros, mientras que entre quienes no identifican ese aprendiza-

je esta proporción se reduce a aproximadamente una de cada cinco (21,4%). En el conjunto de la muestra, algo más de una de cada cuatro personas (27,5%) reconoce estas facilidades (Figura 43). Aunque la diferencia es moderada, sugiere que el aprendizaje práctico incrementa la capacidad de identificar oportunidades de coordinación digital.

Adquisición de habilidades y facilitación del trabajo colaborativo y la comunicación



Este patrón es coherente con dos dimensiones clave de la competencia digital: la capacidad productiva —es decir, saber crear utilizando herramientas específicas— y la arquitectura de participación en las plataformas, que incorpora funciones orientadas a la coedición, el intercambio y la organización de tareas. El dominio de funcionalidades como comentarios, control de versiones, plantillas o edición compartida permite visibilizar la dimensión organizativa de los entornos digitales. En términos prácticos, aprender a producir contenido implica también aprender a coordinar procesos.

Sin embargo, la magnitud del efecto es limitada (p -valor = 0,001; V de Cramer = 0,093), lo que indica que las competencias técnicas constituyen un factor facilitador, pero no determinante, de la colaboración sostenida. La coordinación efectiva depende también de marcos de convivencia y reglas explícitas —como criterios de autoría, tiempos de entrega, estándares de calidad o mecanismos para resolver desacuerdos— que permitan gestionar conflictos sin afectar el funcionamiento del grupo. El hecho de que cerca de siete de cada diez personas no perciban aún a las plataformas como facilitadoras del trabajo colaborativo (72,5%) sugiere que la ausencia de estos marcos organizativos limita el potencial de las herramientas digitales.

Desde una perspectiva práctica, estos resultados indican que el fortalecimiento de las competencias técnicas debe complementarse con protocolos de coordinación dentro de los propios entornos digitales, tales como acuerdos de autoría, listas de tareas,

Figura 43 Variable dependiente: Percepción de que las redes sociales facilitan el trabajo colaborativo y la comunicación (Sí / No). Variable independiente: Haber ayudado a adquirir habilidades técnicas o profesionales (Sí / No). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

calendarios compartidos o mecanismos de retroalimentación estructurada. La combinación de habilidades individuales y normas operativas permite transformar el aprendizaje técnico en procesos colaborativos predecibles y sostenibles.

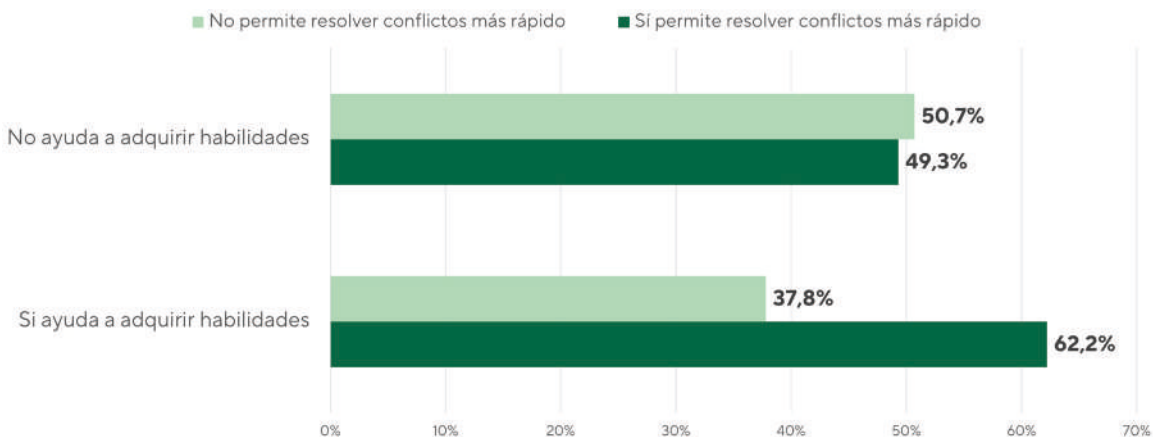
En síntesis, la evidencia respalda la idea de que el aprendizaje digital favorece la disposición a colaborar y la capacidad de gestionar proyectos colectivos, aunque el impacto observado es aún moderado. Las habilidades técnicas abren la posibilidad de coordinación, pero su consolidación depende de la existencia de normas de convivencia y cultura organizativa que orienten el trabajo conjunto.

Velocidad con costo: aprendizaje digital, eficiencia y distancia relacional.

Figura 44 Variable dependiente: Percepción de que el uso de plataformas permite resolver conflictos de manera más rápida, pero menos personal (Sí / No). Variable independiente: Haber ayudado a adquirir habilidades técnicas o profesionales (Sí / No). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

La adquisición de habilidades técnicas o profesionales mediante plataformas digitales se asocia con una mayor preferencia por resolver conflictos de forma rápida, aunque con menor interacción personal. Entre quienes reportan haber desarrollado estas competencias, alrededor de dos de cada tres personas consideran que las herramientas digitales permiten resolver desacuerdos con mayor rapidez, aún a costa de la cercanía interpersonal (66,2%), mientras que entre quienes no reportan ese aprendizaje, la proporción desciende a aproximadamente la mitad (49,3%). En total, cerca de tres de cada cinco personas (58,1%) privilegian la eficiencia sobre el trato personal (Figura 44).

Adquisición de habilidades y percepción sobre resolución de conflictos en plataformas digitales



Este diferencial, aunque moderado, es consistente con la hipótesis general del capítulo: las competencias digitales productivas favorecen formas de coordinación más ágiles y estructuradas. Las habilidades asociadas a la creación digital —control de versiones,

uso de comentarios, etiquetado, asignación de tareas o edición colaborativa— hacen visibles mecanismos organizativos como la asincronía, la trazabilidad de cambios y la toma de decisiones basada en registros escritos. Desde esta perspectiva, la interacción entre competencias digitales y arquitectura participativa transforma los espacios de deliberación en entornos orientados a la resolución operativa.

Ahora bien, los resultados también muestran un costo relacional. La resolución acelerada de conflictos suele implicar menor intercambio emocional, reducción de señales contextuales y mayor riesgo de malentendidos derivados de comunicaciones breves o impersonales. La literatura sobre convivencia digital subraya que gestionar un desacuerdo no implica únicamente cerrar un asunto operativo, sino preservar las condiciones para la cooperación futura. En este sentido, la eficiencia puede resolver el problema inmediato sin necesariamente fortalecer el vínculo interpersonal.

Los hallazgos sugieren la conveniencia de mecanismos de escalamiento del canal comunicativo. Las plataformas digitales pueden resultar adecuadas para clarificar información, ordenar opciones o establecer plazos, mientras que los desacuerdos de fondo, las percepciones de injusticia o los conflictos interpersonales requieren, con frecuencia, interacciones más directas —como llamadas, videollamadas o reuniones breves— que permitan restituir matices comunicativos. La adopción de pautas básicas de cortesía digital, estructuras de retroalimentación y protocolos para el manejo de tensiones contribuye a mitigar los efectos negativos de la comunicación exclusivamente mediada por texto.

En síntesis, las competencias digitales facilitan formas de gestión del conflicto más rápidas y estructuradas, pero no eliminan la necesidad de normas de convivencia que protejan la calidad de las relaciones. Las plataformas constituyen un instrumento de eficiencia, mientras que la sostenibilidad de la colaboración depende de prácticas culturales que equilibren rapidez y cuidado interpersonal.

Límites del autocontrol digital en ausencia de cambios culturales.]

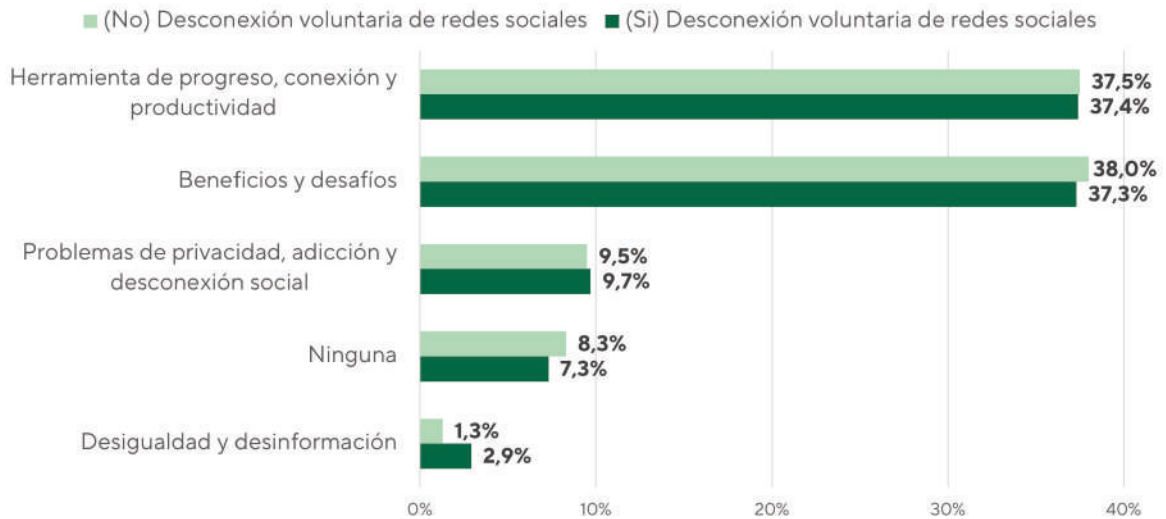
La evidencia sugiere que la desconexión voluntaria de redes sociales no modifica de manera significativa la percepción general sobre la tecnología. Entre quienes reportan haberse desconectado por decisión propia y quienes no lo han hecho, la valoración predominante es prácticamente idéntica: alrededor de cuatro de cada diez en ambos grupos la consideran principalmente una herramienta de progreso y productividad (37,4% y 37,5%), y proporciones similares la perciben como un ámbito con beneficios y desafíos (37,3% y 38%) (Figura 45). Las posturas abiertamente críticas o indiferentes son minoritarias y presentan variaciones marginales.

En términos generales, las pausas individuales no alteran el marco interpretativo desde el cual se evalúa lo digital.

Este resultado matiza la expectativa de que el autocontrol del uso —como silenciar notificaciones o cerrar sesión temporalmente— reduzca por sí mismo la dependencia emocional o transforme la relación con la tecnología. Lo que se observa es que las percepciones globales funcionan como esquemas culturales relativamente estables, construidos a partir de trayectorias prolongadas de uso, experiencias laborales, narrativas sociales y vínculos interpersonales. La desconexión opera más como un mecanismo de cuidado inmediato —reduce ruido y recupera la atención— que como un factor capaz de reconfigurar creencias profundas sobre el papel de la tecnología en la vida cotidiana.

Figura 45 Variable dependiente: Percepción sobre la tecnología digital (herramienta de progreso, problemas de privacidad, beneficios y desafíos, desigualdad y desinformación, ninguna). Variable independiente: Haber desconectado voluntariamente de las redes sociales (Sí / No). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Desconexión voluntaria de redes sociales y tipos de percepción sobre la tecnología digital



El efecto del autocontrol parece limitado cuando no está respaldado por condiciones estructurales.

La reducción sostenida del desgaste emocional requiere indicadores más específicos —como ansiedad ante la desconexión, urgencia por responder o dependencia de la retroalimentación digital— y, sobre todo, entornos que no penalicen la pausa. En ausencia de normas compartidas, las personas regresan a dinámicas que privilegian la disponibilidad constante y la respuesta inmediata.

Desde una perspectiva normativa, los hallazgos indican que el bienestar digital no depende exclusivamente de decisiones individuales, sino también de acuerdos colectivos. Prácticas como establecer horarios de comunicación no urgente, diferenciar canales

según el tipo de asunto o trasladar temas sensibles a interacciones más personales pueden amortiguar la presión de la conectividad permanente. Estas medidas reducen la necesidad de que la autorregulación sea un esfuerzo aislado y la convierten en un hábito socialmente sostenido.

Es así como los datos ofrecen una importante lección: la desconexión voluntaria contribuye a aliviar la sobrecarga inmediata, pero no modifica por sí sola la narrativa dominante sobre la tecnología ni las condiciones que generan dependencia emocional. La mejora del bienestar digital requiere la combinación de autocuidado, diseño de entorno y normas de convivencia que permitan sostener la pausa sin costos sociales o laborales.

Recomendaciones para promover el bienestar en entornos digitales

Los hallazgos de esta sección muestran que la intensidad y las condiciones de uso de las tecnologías digitales influyen en el bienestar emocional, la capacidad de concentración y la tolerancia a la desconexión. A partir de estos resultados, se identifican orientaciones para fomentar un uso más equilibrado y sostenible de la tecnología:

- Promover prácticas de autorregulación digital en la vida cotidiana: Dado que el uso intensivo de aplicaciones y dispositivos se asocia con menor tolerancia a la desconexión, resulta clave fomentar hábitos como la programación de pausas, la gestión de notificaciones y la definición de horarios de disponibilidad.
- Fortalecer normas colectivas que legitimen la desconexión: La evidencia sugiere que el bienestar digital no depende únicamente de decisiones individuales. Establecer acuerdos en entornos laborales, educativos y familiares —como tiempos de respuesta razonables o respeto por momentos de no conexión— puede reducir la presión de disponibilidad constante.
- Fomentar el desarrollo de habilidades de gestión de la atención: Dado que la exposición a redes sociales se asocia con mayores niveles de distracción, es importante impulsar estrategias educativas y pedagógicas orientadas a proteger períodos de concentración, como el uso con propósito, la organización del tiempo y el silenciamiento selectivo de aplicaciones.
- Articular competencias técnicas con habilidades de convivencia digital: El aprendizaje de herramientas digitales facilita la coordinación y la eficiencia, pero también puede generar dinámicas más impersonales. Por ello, es importante complementar estas competencias con habilidades de comunicación asertiva, manejo de conflictos y construcción de acuerdos.

- Promover el uso estratégico de canales de comunicación según el tipo de interacción: Dado que la resolución rápida de conflictos en entornos digitales puede afectar la calidad del vínculo, se recomienda fomentar el uso de canales más directos (llamadas, encuentros) para situaciones que requieren mayor carga emocional o negociación.
- Fortalecer la alfabetización digital crítica como componente del bienestar: Los resultados muestran que la desconexión individual no modifica por sí sola las percepciones sobre la tecnología. En este sentido, es necesario promover una comprensión más amplia del uso digital que permita gestionar sus beneficios y riesgos de manera informada.

6.2.2. Digitalización y cultura

Esta sección analiza cómo el uso de tecnologías digitales se relaciona con las prácticas culturales en entornos digitales. En particular, se examina la asociación entre el uso de plataformas, la participación en comunidades digitales y distintas formas de consumo y creación cultural.

El análisis busca identificar si mayores niveles de uso y participación en entornos digitales se vinculan con un mayor involucramiento en actividades culturales, o si estas relaciones dependen de las formas específicas de uso de las tecnologías digitales.

Consumo y creación en entornos digitales.

La producción de contenido digital representa una práctica minoritaria dentro del ecosistema cultural analizado. Aunque las plataformas facilitan publicar, editar y difundir contenidos, la mayoría de las personas permanece principalmente en el rol de consumidoras, mientras que sólo una fracción relativamente menor participa activamente en procesos de creación. Esta asimetría entre consumo y producción constituye un punto de partida relevante para analizar cómo la digitalización puede incidir en dinámicas culturales y de participación social.

En conjunto, los resultados muestran que la creación digital —aunque practicada por una minoría— se asocia con procesos de generación de capital social y acción colectiva. Su impacto depende menos de la monetización o del talento individual que de la interacción entre habilidades, herramientas y normas de uso. La pregunta central no es sólo cuántas personas crean contenido, sino bajo qué condiciones esa producción se convierte en cooperación sostenida y participación social significativa.

Cuando crear en redes se vuelve proximidad comunitaria.

Las personas que se limitan a consumir contenidos en plataformas digitales participan significativamente menos en la organización de eventos comunitarios que aquellas que también producen y comparten contenido. En términos proporcionales, entre quienes no crean contenidos participa aproximadamente una de cada cuatro personas (26,3%), mientras que entre quienes sí lo hacen la participación se acerca a dos de cada cinco (42,1%) (Figura 46). Esto sugiere que las personas creadoras son alrededor de 1,6 veces más propensas a involucrarse en la organización de actividades locales.

Organización de eventos comunitarios según creación de contenido digital



Figura 46 Variable dependiente: Organización de eventos comunitarios (Sí / No). Variable independiente: Creación de contenido digital (Sí / No). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Este desplazamiento del consumo a la producción resulta relevante porque la práctica de crear —seleccionar temas, editar, solicitar retroalimentación y coordinar publicaciones— no sólo expresa una identidad digital, sino que también desarrolla habilidades sociales transferibles al ámbito comunitario, como la comunicación efectiva, la convocatoria y la coordinación colectiva. En línea con la literatura sobre cultura participativa, las plataformas con arquitectura orientada a la interacción facilitan el tránsito desde la recepción pasiva hacia la co-creación y, posteriormente, hacia la acción colectiva. A través de estas prácticas, las personas construyen capital social digital —redes de contacto, normas de convivencia y reputación— que puede movilizarse fuera de la pantalla.

No obstante, la relación observada es significativa pero no determinante. Aun considerando el mayor involucramiento de quienes crean contenidos, sólo tres de cada 10 personas reportan haber utilizado plataformas para organizar eventos comunitarios (30,8%), mientras que siete de cada 10 no lo han hecho (69,2%). Esto sugiere que la creación digital funciona como un facilitador importante, pero no suficiente por sí mismo. Factores como la confianza interpersonal, la disponibilidad de tiempo, las competencias digitales básicas y la percepción de utilidad de la participación influyen de manera importante. Asimismo, el diseño de las plataformas puede limitar la coordinación sostenida, especialmente cuando privilegia contenidos inmediatos o polémicos por encima de procesos organizativos de largo plazo.

Desde la perspectiva de la cohesión social, los datos indican que las redes digitales contribuyen a la vida comunitaria principalmente cuando activan vínculos útiles y recíprocos. La producción de contenidos favorece estas dinámicas al promover prácticas de cooperación, solicitud de apoyo y reconocimiento mutuo. Sin embargo, persisten barreras relevantes, como las brechas de habilidades digitales, la desinformación —que puede afectar la credibilidad de las convocatorias— y la fatiga digital, que reduce la continuidad de la participación. En este sentido, el fortalecimiento del tejido comunitario requiere no sólo la existencia de creadores activos, sino también infraestructuras cívicas accesibles que faciliten la organización, como herramientas simples de convocatoria, espacios moderados con reglas claras y mecanismos de reconocimiento a la participación.

En síntesis, la evidencia muestra que la creación de contenidos digitales se asocia con mayores niveles de participación comunitaria al convertir a las personas en nodos activos de redes de confianza y coordinación. No obstante, ampliar este efecto más allá de la minoría que produce contenidos exige reducir las barreras de entrada y fortalecer las condiciones que permiten transformar la actividad digital en acción colectiva sostenida.

■ Aprender a hacer vs. aprender a colaborar: cuando las habilidades impulsan la co-creación.]

Quienes perciben que las plataformas digitales —como editores en línea, redes sociales o nubes colaborativas— les han permitido adquirir habilidades técnicas o profesionales tienden también a considerarlas herramientas favorables para el trabajo en equipo. Entre quienes reportan aprendizaje, aproximadamente tres de cada diez personas señalan que estas plataformas facilitan la colaboración y la comunicación (30,4%); entre quienes no reportan ese aprendizaje, esa percepción desciende a cerca de una de

cada cinco (21,4%) (Figura 47). Aunque la diferencia no es muy amplia, sí es consistente: el aprendizaje práctico se asocia con una visión más cooperativa del uso tecnológico.

Facilitación del trabajo colaborativo según adquisición de habilidades digitales

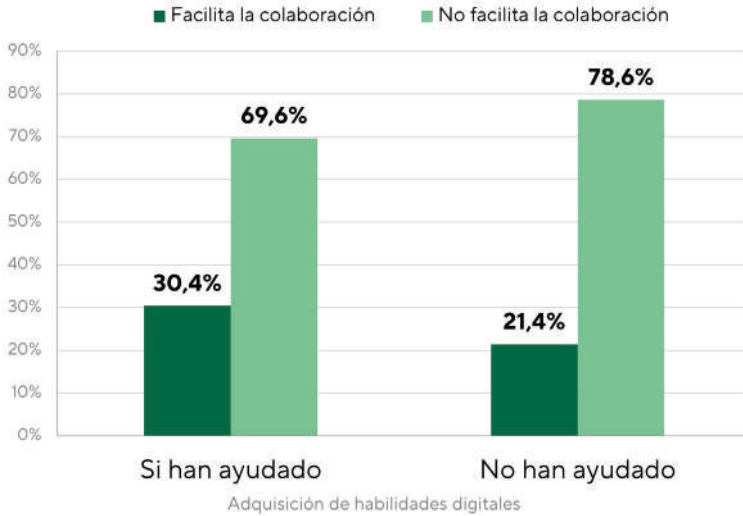


Figura 47 Variable dependiente: Facilitación del trabajo colaborativo y la comunicación Variable independiente: Adquisición de habilidades técnicas o profesionales mediante plataformas digitales. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Este patrón sugiere que las competencias digitales no se limitan a destrezas instrumentales, sino que también incorporan capacidades relacionales como documentar procesos, compartir materiales, coordinar tareas o dar seguimiento a cambios en proyectos colectivos. En este sentido, la colaboración se apoya en lo que puede denominarse arquitecturas de participación: configuraciones tecnológicas y normativas que facilitan el trabajo conjunto. Cuando una persona domina las funciones básicas de una aplicación y se mueve con mayor soltura entre formatos digitales, disminuye el costo de integrar a otras personas en el proceso, lo que favorece que las plataformas sean percibidas como espacios de trabajo compartido y no únicamente como medios de difusión individual.

No obstante, la asociación observada parece limitada. El aprendizaje técnico incrementa la probabilidad de colaboración, pero no la garantiza. Factores estructurales como el acceso a dispositivos, la conectividad, la alfabetización digital de base, la disponibilidad de tiempo y la claridad de las reglas de uso influyen significativamente. Sin repositorios accesibles, acuerdos de atribución, protección de datos y condiciones de coordinación razonables, las habilidades adquiridas pueden quedar confinadas a logros individuales sin traducirse necesariamente en prácticas colectivas.

En conjunto, los resultados indican que las competencias de creación y el uso consciente de herramientas digitales están asociados con una mayor disposición hacia la colaboración. La diferencia

entre el 30,4% y el 21,4% sugiere que el aprendizaje técnico puede funcionar como un factor habilitante para el trabajo colaborativo, aunque aún existe una brecha importante para consolidar dinámicas de co-creación más extendidas.

Recomendaciones para fortalecer la participación cultural en entornos digitales

Los hallazgos de esta sección muestran que, aunque la creación de contenido digital es una práctica minoritaria, está asociada con mayores niveles de participación comunitaria y colaboración. A partir de estos resultados, se proponen orientaciones para potenciar el papel de la digitalización en la vida cultural y colectiva:

- Reducir las barreras de entrada a la creación digital: Dado que la producción de contenidos se asocia con mayor participación comunitaria, es clave promover estrategias de formación accesibles que faciliten el paso de consumidores a creadores, especialmente mediante herramientas simples y acompañamiento práctico.
- Desarrollar infraestructuras digitales que faciliten la organización comunitaria: Los resultados sugieren que la creación digital se traduce en acción colectiva cuando existen herramientas claras de convocatoria, coordinación y seguimiento. Promover plataformas o funcionalidades orientadas a estos fines puede ampliar el impacto comunitario.
- Incorporar normas de uso y mecanismos de confianza en espacios digitales: La participación sostenida depende de condiciones como la credibilidad, la claridad de reglas y el reconocimiento de aportes. Establecer acuerdos básicos de convivencia y validación de información puede fortalecer la cooperación.
- Articular el aprendizaje digital con prácticas de co-creación: Dado que el aprendizaje técnico se asocia con mayor disposición a colaborar, es importante promover entornos donde las habilidades adquiridas se apliquen en proyectos colectivos concretos.
- Reconocer y visibilizar la creación digital como forma de participación social: Más allá de su dimensión cultural, la producción de contenidos puede funcionar como mecanismo de articulación comunitaria. Iniciativas que reconozcan estas prácticas pueden incentivar una participación más activa.
- Abordar las limitaciones estructurales de la participación digital: Factores como la brecha de habilidades, la disponibilidad de tiempo y la fatiga digital limitan la transición hacia la acción colectiva. Las estrategias deben considerar estas

condiciones para evitar que la participación quede concentrada en una minoría.

6.2.3. Digitalización y cohesión social

Esta sección examina cómo la participación en comunidades digitales se relaciona con distintas dimensiones de la cohesión social. En particular, se analiza el vínculo entre la interacción en estos entornos y la frecuencia y calidad de las relaciones interpersonales.

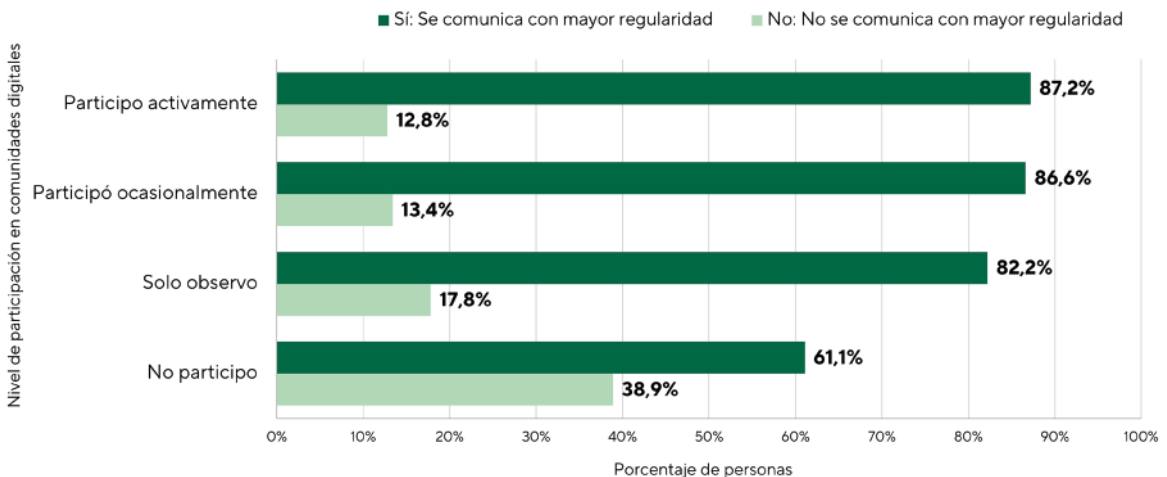
El análisis se centra en la comunicación con personas cercanas y en el fortalecimiento de la confianza en el entorno social, con el fin de identificar si la participación en comunidades digitales contribuye a sostener o transformar los vínculos sociales.

Participación en comunidades digitales y fortalecimiento de la comunicación con personas cercanas.

Los datos muestran una asociación entre la participación en comunidades digitales —foros, grupos de mensajería, grupos en redes sociales u otras aplicaciones similares— y la frecuencia de comunicación con familiares y amistades. En el conjunto de la población, casi cuatro de cada cinco personas reportan que actualmente hablan más con sus seres queridos gracias a las plataformas digitales (79,9%). Esta proporción aumenta entre quienes participan activamente (87,2%) u ocasionalmente (86,6%) en comunidades en línea, y se mantiene elevada incluso entre quienes se limitan a observar sin intervenir (82,2%). En contraste, entre quienes no participan en estos espacios, la proporción desciende a cerca de tres de cada cinco (61,1%) (Figura 48).

Figura 48 Variable dependiente: Percepción de que se comunica con mayor regularidad con sus seres queridos gracias a las plataformas digitales (Sí / No). Variable independiente: Nivel de participación en comunidades digitales o grupos en línea (Participó activamente / Participó ocasionalmente / Solo observó / No participó). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Participación en comunidades digitales y comunicación frecuente con seres queridos (%)



Este gradiente sugiere que la participación comunitaria digital funciona como un facilitador de contacto cotidiano. No garantiza por sí misma una comunicación más intensa, pero sí incrementa la probabilidad de que esta ocurra con mayor frecuencia. La diferencia más marcada se observa entre quienes no participan y quienes lo hacen, aunque sea de forma mínima, lo que indica que el simple hecho de integrarse a un espacio compartido —incluso sin intervenir activamente— reduce las barreras para mantener el vínculo.

Desde la perspectiva de la cohesión social, estos resultados son consistentes con la sensación de pertenecer y de estrechar lazos con otros. Las comunidades digitales permiten coordinar actividades, intercambiar información relevante y ofrecer apoyo cotidiano de manera inmediata, lo que contribuye a mantener activos los vínculos existentes. En este sentido, las plataformas operan como infraestructuras de comunicación que facilitan la presencia continua en la vida de otros, aun cuando no exista proximidad física.

Los resultados estadísticos evidencian que la magnitud del efecto es moderada, lo que indica que la participación digital no sustituye factores estructurales del vínculo, como la cercanía previa, la etapa de vida o los hábitos familiares. El canal facilita la interacción, pero no determina por sí mismo la calidad de la relación. La frecuencia de contacto no equivale necesariamente a apoyo efectivo o intimidad emocional, dimensiones que dependen también de normas de convivencia, confianza y reciprocidad.

En este punto adquiere relevancia el papel de las reglas implícitas o explícitas que organizan la interacción dentro de los grupos. Espacios que promueven prácticas de comunicación respetuosas —como responder con oportunidad, evitar contenidos intrusivos o respetar momentos de silencio— tienden a transformar la conectividad en capital social, es decir, en relaciones caracterizadas por confianza y disponibilidad para el apoyo mutuo. Por el contrario, dinámicas caóticas o invasivas pueden generar saturación y debilitamiento del vínculo.

En conjunto, la evidencia indica que las comunidades digitales constituyen un mecanismo eficaz para sostener la comunicación interpersonal cuando se integran a rutinas cotidianas de interacción. La diferencia entre quienes no participan (61,1%) y quienes sí lo hacen activamente (87,2%) sugiere que reducir las barreras de entrada a estos espacios puede contribuir a fortalecer los lazos sociales. Estrategias como promover participación ligera, facilitar la moderación básica y fomentar prácticas de autocuidado digital pueden potenciar estos efectos sin generar sobrecarga comunicativa.

En conclusión, las plataformas no crean por sí mismas las relaciones, pero sí facilitan su mantenimiento. Cuando se utilizan de

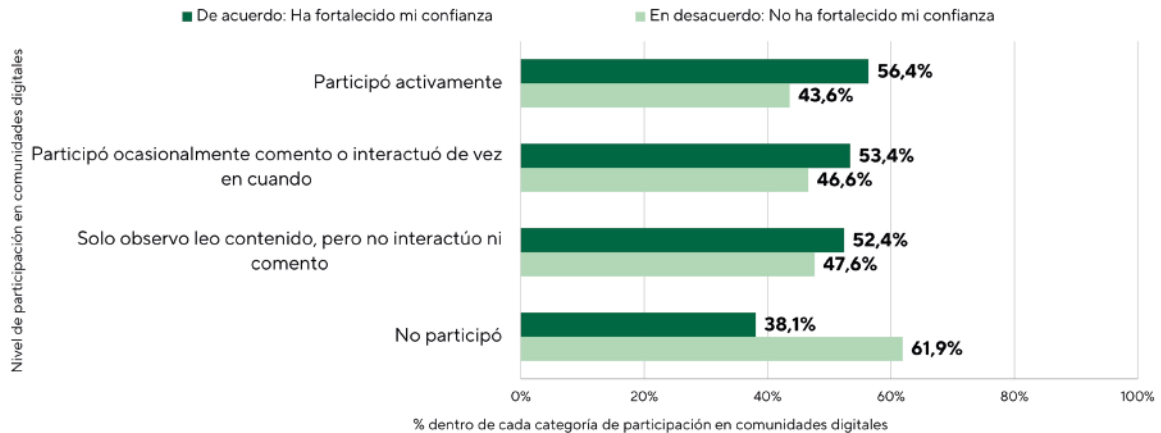
manera habitual y bajo normas de convivencia claras, pueden contribuir a una mayor cohesión interpersonal y a una comunicación más frecuente entre personas cercanas.

Del grupo al vínculo: cómo las comunidades digitales hacen crecer la confianza.

Si se conciben las comunidades digitales —foros, grupos de WhatsApp o Facebook y otras aplicaciones— como pequeñas plazas públicas portátiles, el dato central resulta claro: entre quienes participan en estos espacios, aproximadamente uno de cada dos afirma que su confianza en amigos o familiares cercanos se ha fortalecido (56.4% entre usuarios activos y 53.4% entre participantes ocasionales), mientras que entre quienes no participan esta percepción cae a cerca de cuatro de cada diez (38.1%) (Figura 49). La diferencia no es abrumadora, pero sí consistente: participar —incluso de manera pasiva o como lector— inclina la balanza hacia mayores niveles de confianza. La relación es estadísticamente significativa y de magnitud modesta ($p < 0.001$; V de Cramer = 0.135), lo que sugiere que no se trata de un efecto al azar, sino de un patrón estable.

Figura 49 Variable dependiente: Acuerdo con la afirmación “ha fortalecido mi confianza en algunos amigos o familiares cercanos” (De acuerdo / En desacuerdo). Variable independiente: Nivel de participación en comunidades digitales o grupos en línea (Participó activamente / Participó ocasionalmente / Solo observó / No participó). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Participación en comunidades digitales y percepción de mayor regularidad en la comunicación con seres queridos



Una explicación plausible se encuentra en la arquitectura participativa de estas plataformas. Están diseñadas no sólo para consumir información, sino para facilitar la expresión, la coordinación y la colaboración cotidiana. Esa lógica habilita intercambios prácticos —organizar actividades familiares, coordinar tareas escolares, resolver necesidades del barrio— que generan experiencias reiteradas de apoyo mutuo. Desde la perspectiva de la ciudadanía digital, estos entornos permiten fases continuas de información, deliberación y acción entre pares en tiempo real, ampliando las

oportunidades para la participación horizontal y la rendición de cuentas informal. Cuando estas interacciones se vuelven habituales, la cooperación deja de ser excepcional y la confianza encuentra bases concretas sobre las cuales consolidarse.

Las comunidades en línea también funcionan como espacios de pertenencia de baja barrera. No requieren proximidad física, pero sí pequeñas reciprocidades frecuentes. La literatura sobre comunidades virtuales señala que la interacción sostenida en torno a intereses compartidos permite construir vínculos afectivos graduales y probar la confiabilidad de otros sin una exposición total. Ese proceso —intercambios útiles, respuestas oportunas, apoyo cotidiano— genera una experiencia de pertenencia que puede trasladarse a las relaciones fuera de la pantalla. Así, aproximadamente la mitad de quienes participan perciben que estos microgestos fortalecen la confianza en su entorno cercano, mientras que entre quienes permanecen al margen esta sensación es considerablemente menor.

Desde la perspectiva del capital social, el patrón es coherente. La confianza se alimenta de cooperación, reciprocidad e incidencia compartida, y las plataformas digitales reducen los costos de coordinar esas acciones cotidianas. Cuando estos intercambios se estabilizan —por ejemplo, mediante grupos familiares, redes vecinales o comunidades de apoyo— se produce un aprendizaje práctico de colaboración que refuerza la cohesión social. No obstante, el potencial positivo no es automático: los mismos espacios pueden amplificar conflictos, desinformación o desgaste emocional. Por ello, la alfabetización digital crítica y las habilidades de comunicación asertiva resultan claves para transformar la conversación en confianza y la confianza en acción colectiva.

La evidencia sugiere que el mecanismo no es una “magia tecnológica”, sino una mecánica relacional: la pertenencia a comunidades digitales aumenta la probabilidad de experiencias repetidas de coordinación y apoyo que reducen la incertidumbre sobre los otros. Participar de manera activa (56,4%), ocasional (53,4%) o incluso pasiva como observador (52,4%) se asocia con que cerca de la mitad de las personas perciba un fortalecimiento de la confianza, mientras que entre quienes no participan predomina la ausencia de ese efecto (Figura 49). Se trata de una relación significativa pero moderada, que no convierte a las plataformas en soluciones universales, sino en entornos potenciales cuyo impacto depende de las prácticas que se desarrollen en su interior.

En conjunto, los datos apuntan a un patrón robusto y coherente con los marcos conceptuales del estudio: las plataformas con diseño participativo facilitan oportunidades de encuentro y cooperación; la repetición de esos intercambios genera expectativas de comportamiento confiable, y dichas expectativas se traducen en una percepción de mayor confianza hacia el entorno cercano. La

“plaza portátil” funciona cuando se cultiva con propósito y normas implícitas de convivencia. Considerar los grupos digitales como espacios cívicos de uso cotidiano —y no sólo como canales informativos— permite comprender por qué, en determinadas condiciones, estos entornos pueden contribuir a fortalecer los vínculos sociales más inmediatos.

Recomendaciones para fortalecer la cohesión social en entornos digitales

La participación en comunidades digitales se asocia con mayores niveles de comunicación interpersonal y fortalecimiento de la confianza, aunque estos efectos dependen de las condiciones de uso y de las normas que regulan la interacción. A partir de estos resultados, se proponen orientaciones para potenciar el papel de las plataformas en la cohesión social:

- Promover la participación en comunidades digitales como mecanismo de integración social: Dado que incluso niveles bajos de participación se asocian con mayor comunicación y confianza, resulta clave incentivar el acceso y la vinculación a espacios digitales compartidos, especialmente entre quienes actualmente no participan.
- Fomentar prácticas de participación ligera que faciliten la inclusión: La evidencia muestra que no es necesario un involucramiento activo para obtener beneficios relacionales. Estrategias que permitan formas de participación gradual —como observar o interactuar ocasionalmente— pueden ampliar la base de integración social.
- Fortalecer normas de convivencia digital en comunidades en línea: La calidad de los vínculos depende en gran medida de reglas implícitas o explícitas de interacción. Promover acuerdos sobre respeto, tiempos de respuesta, manejo de información y resolución de conflictos puede transformar la comunicación en capital social.
- Aprovechar las comunidades digitales como espacios de coordinación cotidiana: Las plataformas pueden facilitar la organización de actividades familiares, vecinales o comunitarias. Integrar estos usos en estrategias sociales puede fortalecer la cooperación y el apoyo mutuo.
- Prevenir los efectos negativos de la interacción digital sobre los vínculos sociales: Dado que dinámicas invasivas o caóticas pueden debilitar la cohesión, es importante fomentar prácticas de autocuidado digital y uso equilibrado que eviten la sobrecarga comunicativa.

6.2.4. Digitalización y ciudadanías digitales

Esta sección analiza la relación entre el uso de plataformas digitales y las formas de participación pública en la Ciudad de México. En particular, se examina cómo la intensidad, diversidad y propósito del uso digital se asocian con distintas formas de involucramiento en comunidades, causas sociales y espacios de acción colectiva en entornos digitales.

El análisis busca identificar si la experiencia digital amplía el repertorio de participación, entendiendo este como la capacidad de las personas para informarse, deliberar, coordinarse y actuar sobre asuntos de interés común mediante herramientas digitales.

El ecosistema de plataformas digitales configura nuevas formas de acción pública.

En la Ciudad de México, la vida pública cotidiana se encuentra cada vez más mediada por dispositivos móviles y aplicaciones digitales. Más que una simple conectividad, se observa la conformación de un ecosistema de plataformas que habilita distintas formas de interacción social y de participación. Como se mencionó previamente, el uso del celular es prácticamente universal, lo que sitúa a estos dispositivos como infraestructura básica de la comunicación social contemporánea.

Las redes abiertas y participativas tienden a facilitar mayores niveles de acción pública, mientras los entornos centrados en mensajería privada o consumo algorítmico presentan dinámicas distintas, incluyendo menores niveles de coordinación colectiva o mayores tensiones relacionales. La arquitectura de las plataformas influye de manera importante: los entornos que facilitan la conversación abierta y la coordinación colectiva favorecen mayores niveles de participación cívica, mientras que aquellos basados en dinámicas de consumo continuo, como el desplazamiento infinito, tienden a incrementar la fricción social.

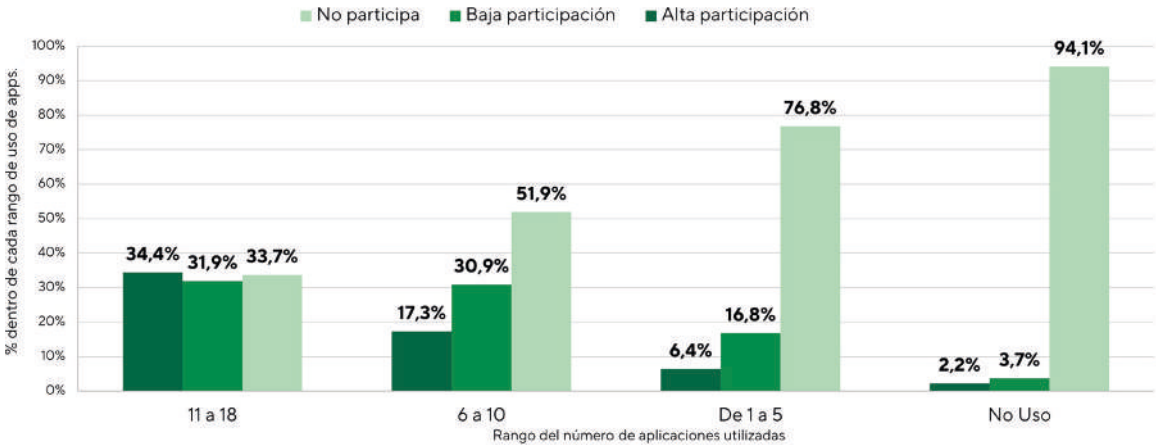
La diversidad de plataformas amplía el repertorio cívico digital.

Los resultados muestran una asociación clara entre la amplitud del ecosistema digital personal y la participación en actividades cívicas en línea. Entre las personas que no utilizan aplicaciones, la participación es prácticamente inexistente; en contraste, entre quienes emplean entre 11 y 18 aplicaciones, aproximadamente dos de cada tres realizan algún tipo de acción cívica digital y cerca de una tercera parte lo hace con alta intensidad (Figura 50).

Este patrón sugiere que la apropiación tecnológica —entendida como el uso estratégico de herramientas digitales— amplía las capacidades para informarse, coordinarse y expresar demandas colectivas. A medida que aumenta el número de plataformas utilizadas, las personas pasan de prácticas básicas como leer o reaccionar a contenidos hacia acciones más complejas, como reportar problemas, convocar iniciativas, moderar espacios de discusión o dar seguimiento a asuntos de carácter público.

Figura 50 Variable dependiente: Índice de Repertorio Cívico (No participa / Baja participación cívica / Alta participación cívica). Variable independiente: Rango del número de aplicaciones utilizadas (No uso, 1-5, 6-10, 11-18). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Rango de uso de aplicaciones y participación cívica (IRC)



El fenómeno puede interpretarse desde el enfoque de sociedad-red, según el cual la relevancia no radica únicamente en el acceso, sino en la densidad y diversidad de las conexiones. Un mayor repertorio de aplicaciones amplía las fuentes de información, los espacios de interacción y las posibilidades de ejercer derechos ciudadanos. Así, las plataformas operan no sólo como medios de transmisión de contenidos, sino como infraestructuras que permiten a los usuarios producir, seleccionar y coordinar la conversación pública.

Sin embargo, esta relación no es determinista. Factores como la edad, el nivel educativo, las habilidades digitales, el tiempo disponible y el capital social influyen en la probabilidad de participación. La disponibilidad de herramientas digitales aumenta las oportunidades de acción, pero no garantiza su ejercicio.

Desde la perspectiva de la esfera pública, estos resultados sugieren que ampliar y diversificar el acceso a plataformas cívicas como aplicaciones para peticiones, presupuestos participativos, mapeo de problemas, datos abiertos y/o foros moderados, puede fortalecer la deliberación democrática, al ampliar el número de personas que participan como interlocutores activos en los asuntos públicos.

Cuando una proporción significativa de la ciudadanía utiliza más de una aplicación con fines cívicos, aumenta la probabilidad de que las interacciones digitales se traduzcan en procesos delibe-

rativos orientados a la acción, como la priorización de problemas, la formulación de propuestas, la votación o el seguimiento a decisiones públicas. Para ampliar la fracción de población con altos niveles de participación, resultan clave tres dimensiones interrelacionadas: el fortalecimiento de competencias digitales (búsqueda, contraste de información, argumentación y coordinación), la construcción de confianza mediante reglas claras de interacción (moderación, protección de datos y mecanismos de denuncia), y la apertura de canales institucionales que reconozcan la participación digital y la vinculen con resultados verificables.

El análisis por tramos también revela una tensión estructural: a mayor diversificación de plataformas y espacios de interacción, mayor exposición a desinformación, hostigamiento, y conflictos. Esta condición no implica necesariamente retraimiento, sino la necesidad de fortalecer la gobernanza digital y el diseño institucional de las plataformas. Sin mecanismos adecuados, como reglas de convivencia, curaduría comunitaria, transparencia algorítmica y herramientas de seguridad al alcance; la infraestructura digital puede ampliar el ruido y la polarización. En cambio, cuando estos elementos están presentes, la apropiación digital puede transformarse en participación ciudadana efectiva.

En síntesis, la evidencia empírica confirma que un uso más amplio e intensivo de las plataformas digitales se asocia con mayores niveles de participación cívica digital. Sin embargo, el factor determinante no es el número de aplicaciones utilizadas en sí mismo, sino las capacidades, vínculos y oportunidades que dicho uso habilita: acceso a información confiable, espacios de deliberación y herramientas para canalizar demandas colectivas. Desde la perspectiva de política pública, estos resultados sugieren la conveniencia de invertir en el desarrollo de competencias digitales, entornos seguros de interacción y mecanismos institucionales que transformen la participación en línea en incidencia efectiva. De ello depende que el incremento observado en la participación no sea un fenómeno coyuntural, sino un proceso sostenible de fortalecimiento de la vida cívica.

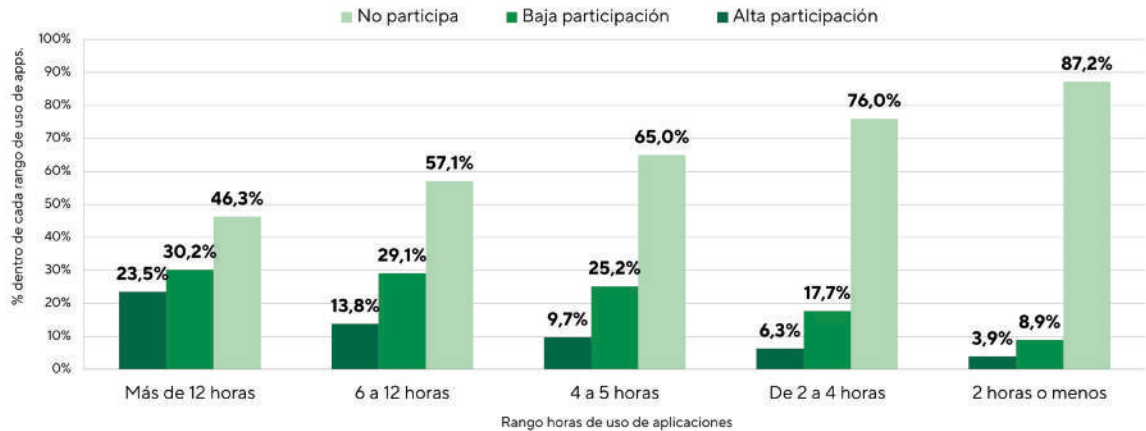
El tiempo de uso también se asocia con mayor participación cívica digital.

La intensidad temporal del uso digital muestra un gradiente similar. A medida que aumentan las horas diarias dedicadas a las aplicaciones, crece la proporción de personas que participan activamente en asuntos públicos en línea. Mientras que entre quienes usan apps dos horas o menos la participación intensiva es marginal (3,9%), esta aumenta progresivamente hasta alcanzar casi una cuarta parte entre quienes superan las 12 horas diarias (23,5%) (Figura 51).

Ese patrón puede interpretarse como un proceso de apropiación progresiva. El incremento del tiempo de uso no implica únicamente consumo pasivo, sino también aprendizaje de funcionalidades, ampliación de redes de contacto y desarrollo de prácticas de coordinación colectiva. En este sentido, el tiempo digital se convierte en un recurso que, bajo ciertas condiciones, puede traducirse en capacidad de acción pública.

Figura 51 Variable dependiente: Índice de Repertorio Cívico (No participa / Baja participación cívica / Alta participación cívica). Variable independiente: Rango de horas diarias de uso de aplicaciones digitales. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Intensidad de uso de aplicaciones y participación cívica (IRC)



El incremento del tiempo de uso de aplicaciones digitales se traduce en un mayor repertorio cívico porque no constituye únicamente tiempo de ocio, sino tiempo de apropiación. En el plano conceptual, la “apropiación digital” se entiende como el tránsito desde un consumo pasivo hacia un uso estratégico de las herramientas tecnológicas con fines colectivos. Este proceso se refleja en la curva observada: a medida que aumentan las horas de uso, no solo se amplía el número de canales disponibles (más redes, servicios de mensajería y foros), sino que también se intensifican las prácticas, pasando de actividades básicas como leer o compartir información a acciones más complejas como mapear problemas, reportar fallas, organizar firmas, participar en consultas o dar seguimiento a compromisos públicos.

Desde la perspectiva de la sociedad-red, tal como anticipa la teoría, el aumento de nodos e interacciones expande las oportunidades para ejercer derechos —como la libertad de expresión, la asociación y el acceso a la información— así como deberes cívicos vinculados con la deliberación informada, la rendición de cuentas en el ámbito local y el cuidado del espacio común. La evidencia estadística respalda este patrón y permite dimensionar adecuadamente. La probabilidad de que la asociación observada sea producto del azar es prácticamente nula ($p < 0.0001$), y su magnitud es intermedia, lo que permite afirmar que un mayor tiempo de uso de aplicaciones digitales incrementa la probabilidad de participación cívica, aunque no la determina de manera automática.

Esa distinción es consistente con los marcos normativos que enfatizan condiciones de posibilidad para una participación significativa, tales como la igualdad de acceso, alfabetización digital y protección de datos personales. En este sentido, el tiempo de conexión por sí solo no garantiza resultados cívicos: la calidad del entorno digital es el factor que habilita o limita dichas posibilidades. Cuando el aumento de horas de uso expone principalmente a cámaras de eco, desinformación o acoso, el potencial participativo puede verse erosionado. En ausencia de reglas claras, mecanismos de moderación proporcionales, transparencia algorítmica y rutas efectivas de denuncia, un mayor uso puede traducirse en ruido o riesgo, más que en fortalecimiento ciudadano.

Asimismo, los datos permiten identificar un umbral práctico relevante para la política pública. El incremento más significativo en los niveles de alta participación se observa a partir de las seis horas diarias de uso, cuando la proporción pasa de uno de cada diez (9,7%) a aproximadamente uno de cada siete (13,8%) y posteriormente a cerca de uno de cada cuatro (23,5%). Este hallazgo no implica promover jornadas extensas frente a la pantalla, sino reconocer que, a partir de cierto grado de inmersión, las personas tienden a descubrir y utilizar funciones cívicas de las plataformas (como formular peticiones, monitorear obras, organizar brigadas o contrastar información), incorporándose así a los circuitos de colaboración sostenidos.

En conjunto, la evidencia confirma y matiza la hipótesis central: un mayor uso e intensidad de las plataformas se asocia con repertorios cívicos más amplios, en la medida en que expande capacidades, vínculos y herramientas para transformar información en acción colectiva. Sin embargo, el factor determinante no es el tiempo de conexión en sí mismo, sino lo que dicho tiempo habilita cuando se combina con reglas claras, entornos seguros.

Quando la arquitectura de las plataformas facilita la interacción, aumenta la participación cívica digital.

El contraste entre personas usuarias y no usuarias de redes sociales es marcado. Entre quienes no utilizan plataformas como Facebook, X/Twitter, Instagram o TikTok, apenas una de cada 19 personas reporta niveles altos de participación cívica digital (5,3%), mientras que entre quienes sí las usan la proporción asciende a casi una de cada cinco (18,7%). De forma inversa, la inactividad cívica en línea alcanza a cuatro de cada cinco personas sin redes, pero se reduce a cerca de una de cada dos entre quienes sí participan en estos entornos digitales (Figura 52).

Estos resultados sugieren que las plataformas con funcionalidades de interacción pública como comentarios, reacciones, com-

partición de contenidos, creación de grupos, transmisión en vivo o herramientas de coordinación amplían el repertorio de acción cívica al transformar el consumo individual en participación visible. La diferencia no radica únicamente en el acceso a internet, sino en las posibilidades de acción que ofrece cada aplicación.

La arquitectura participativa de las redes sociales incorpora mecanismos que reducen los costos de coordinación y facilitan el ejercicio de derechos como la expresión, la asociación y la petición. En este contexto, la proporción de personas con baja participación cívica se incrementa de uno de cada ocho entre quienes no usan redes (13%) a casi uno de cada tres entre quienes sí las usan (28,5%), mientras que la participación alta se triplica (de 5,3% a 18,7%) (Figura 52). Esto sugiere que herramientas cotidianas de interacción digital pueden convertirse en canales efectivos para acciones colectivas, desde visibilizar problemáticas locales hasta movilizar apoyo social.

Uso de redes sociales y participación cívica (IRC)



Figura 52 Variable dependiente: Índice de Repertorio Cívico (No participa / Baja participación cívica / Alta participación cívica). Variable independiente: Uso de redes sociales (Facebook, Twitter, Instagram y TikTok) – Usa / No usa. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

El análisis estadístico respalda esta relación. La asociación entre uso de redes sociales y nivel de participación cívica resulta significativa y de magnitud moderada (Chi-cuadrado $[X^2]$ igual a 137.64, con una V de Cramer de 0.238), lo que indica que el uso de estas plataformas aumenta la probabilidad de involucramiento cívico, aunque no lo determina. La participación depende también de factores contextuales como habilidades digitales, confianza institucional, tiempo disponible y entornos seguros de interacción.

Asimismo, se identifica una brecha relevante entre personas usuarias y no usuarias. Mientras que cerca de una de cada dos personas con presencia en redes participa en alguna acción cívica, entre quienes no la utilizan solo una de cada cinco lo hace. Esta diferencia implica no solo desigualdades tecnológicas, sino también desigualdades en acceso a información, redes de apoyo y canales de incidencia pública.

Reducir esta brecha requiere estrategias complementarias. Por un lado, el fortalecimiento de competencias digitales que permitan transformar el consumo pasivo en participación informada; por otro, el diseño de plataformas con herramientas claras de reporte, seguimiento y protección frente al abuso; y, finalmente, la integración de canales institucionales que reconozcan las interacciones digitales como insumos válidos para la gestión pública.

La mensajería digital facilita la coordinación, pero tiene efectos limitados sobre la participación cívica visible.

El uso de aplicaciones de comunicación como WhatsApp o Telegram se asocia con mayores niveles de participación cívica digital, aunque con una intensidad menor que la observada en plataformas abiertas. Entre las personas usuarias de mensajería, alrededor de una de cada seis reporta alta participación cívica (16,7%), mientras que entre quienes no utilizan estas aplicaciones la proporción desciende a cerca de una de cada nueve (11,3%). Asimismo, la inactividad cívica se reduce de siete de cada diez personas sin mensajería (70,4%) a cerca de seis de cada diez entre quienes sí la utilizan (56,8%). Estos resultados indican que la mensajería contribuye a la participación, pero no constituye por sí sola un detonante de acción cívica intensiva (Figura 53).

Uso de aplicaciones de mensajería y participación cívica (IRC)

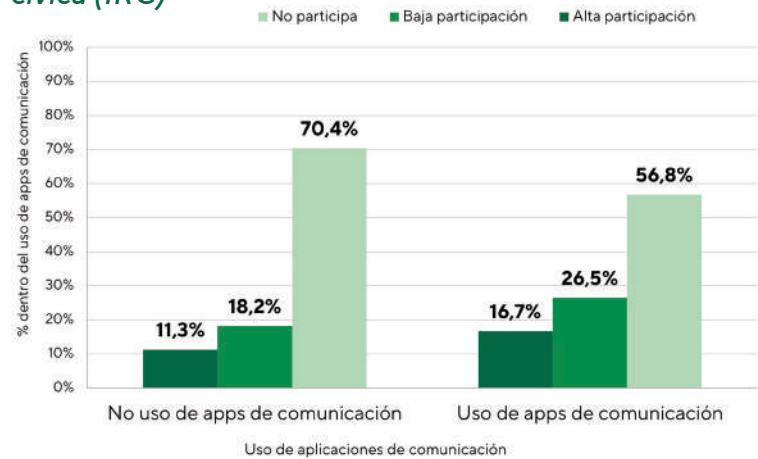


Figura 53 Variable dependiente: Índice de Repertorio Cívico (No participa / Baja participación cívica / Alta participación cívica). Variable independiente: Uso de aplicaciones de mensajería (WhatsApp o Telegram) – Usa / No usa. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

La explicación se encuentra en la arquitectura comunicativa de estas plataformas. A diferencia de las redes sociales abiertas, las aplicaciones de mensajería operan principalmente en círculos privados de confianza —familia, amistades, vecinos o equipos de trabajo— donde predominan interacciones orientadas a la coordinación cotidiana. Este entorno favorece acuerdos logísticos y organización de baja fricción, pero limita la visibilidad pública, la trazabilidad y la capacidad de incidencia más amplia. En conse-

cuencia, la mensajería suele funcionar como una etapa inicial de coordinación que requiere mecanismos adicionales para traducirse en acciones públicas verificables.

Desde una perspectiva institucional, estos hallazgos sugieren que la mensajería digital tiene potencial como puerta de entrada a la participación, especialmente si se integra con canales formales que permitan escalar las iniciativas surgidas en espacios privados. La evidencia muestra incrementos modestos pero consistentes en los niveles de participación —la participación baja pasa de 18,2% a 26,5% y la alta de 11,3% a 16,7%—, lo que confirma que estas herramientas reducen costos de coordinación y fortalecen redes de confianza.

La asociación estadística es pequeña pero significativa (p -valor de <0.001 , V de Cramer de 0.078), lo que indica que el diseño de las plataformas resulta relevante: funcionalidades propias de la mensajería —reenviar información, fijar contenidos, reaccionar o votar en encuestas— facilitan microacciones de coordinación, mientras que la existencia de pasarelas hacia lo público —formularios oficiales, sistemas de seguimiento o reportes con folio— define si dichas acciones logran escalar hacia formas de incidencia cívica más amplias. Sin embargo, su impacto depende de la existencia de mecanismos que conecten las conversaciones privadas con procesos institucionales abiertos, garantizando seguridad, seguimiento y resultados verificables.

Conexiones que potencian la acción cívica digital.

La evidencia muestra una asociación clara entre la percepción que las plataformas permiten conectar con redes de apoyo y los niveles de participación cívica digital. Entre quienes reconocen este potencial relacional, cerca de tres de cada diez reportan alta participación (27,2%) y un tercio se ubica en niveles bajos (33%), mientras que cuatro de cada diez no participan (39,8%). En contraste, entre quienes no perciben esta capacidad de conexión, la inactividad predomina ampliamente: siete de cada diez no participan (70,6%) y solo uno de cada catorce alcanza niveles altos (7,3%) (Figura 54).

Este patrón es consistente con la literatura sobre agencia colectiva y capital social. Las plataformas digitales no generan ciudadanía por sí mismas, pero amplían las posibilidades de acción al facilitar la coordinación, la difusión de información y la movilización de recursos. Cuando las personas se insertan en redes que intercambian información verificable, distribuyen tareas y sostienen procesos colaborativos, los costos de participación disminuyen y aumenta la percepción de eficacia colectiva. La magnitud de la

diferencia observada sugiere un efecto sustantivo en la activación del repertorio cívico, que incluye acciones como informar, firmar, donar, organizar o deliberar.

Ahora bien, la conexión a redes constituye una condición habilitante, no suficiente. En el total de la población analizada, más de la mitad de las personas no participa activamente, lo que indica la presencia de barreras adicionales. La evidencia apunta a la importancia de marcos de convivencia digital que ofrezcan seguridad para la expresión, transparencia en la circulación de información y accesibilidad en términos de lenguaje, canales y tiempos de respuesta. Sin estos elementos, la existencia de redes no necesariamente se traduce en participación efectiva.

Conexión con personas o redes de apoyo y participación cívica (IRC)

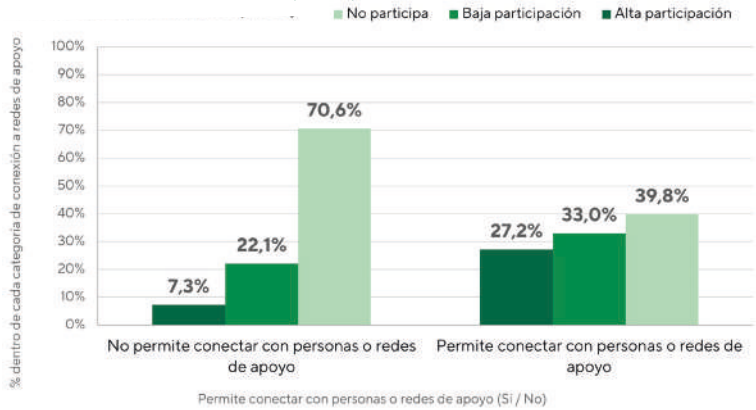


Figura 54 Variable dependiente: Índice de Repertorio Cívico (No participa / Baja participación cívica / Alta participación cívica). Variable independiente: Percepción de que las redes sociales han permitido conectar con personas o redes de apoyo (Sí / No). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Desde una perspectiva operativa, los resultados sugieren que la sociabilidad digital requiere mecanismos de organización para convertirse en acción pública. La estructuración de tareas, la definición de roles y la existencia de protocolos de seguimiento pueden transformar espacios de interacción informal en procesos de incidencia sostenida. Asimismo, la dimensión emocional resulta relevante: la percepción de contar con apoyo reduce el desgaste asociado a la exposición pública, el conflicto o la crítica, favoreciendo la continuidad de la participación.

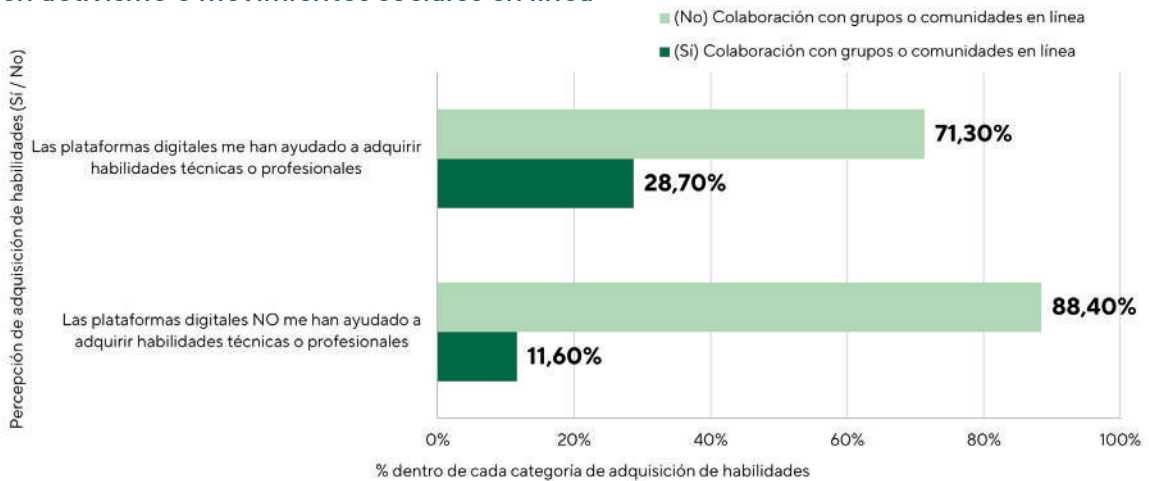
En términos generales, percibir que la tecnología facilita la conexión con redes de apoyo se asocia de manera consistente con repertorios cívicos más amplios y frecuentes. Para el diseño de iniciativas públicas y comunitarias, los hallazgos subrayan la importancia de fortalecer las redes como infraestructura básica de participación, complementada con normas claras y mecanismos de coordinación que conviertan la interacción social en resultados colectivos verificables.

Del taller digital a la plaza pública: cuando aprender a crear se asocia con activismo a arquitectura de las plataformas influye de manera decisiva.

La participación en activismo digital no depende de impulsos aislados, sino de procesos acumulativos de aprendizaje. Las personas que consideran que las plataformas digitales —como herramientas para editar, alojar y compartir contenidos— les han permitido adquirir habilidades técnicas o profesionales participan en colaboración con comunidades en línea casi uno de cada tres casos (28,7%); entre quienes no reportan ese aprendizaje, la proporción desciende a aproximadamente uno de cada nueve (11,6%). En el conjunto de la muestra, la participación alcanza cerca de uno de cada cuatro (23,2%) (Figura 55). Estos resultados sugieren que el dominio de habilidades básicas de producción digital —redacción, edición audiovisual, organización de archivos o gestión de documentos— reduce las barreras de entrada para integrarse a iniciativas colectivas y sostener procesos de coordinación en línea.

Figura 55 Variable dependiente: Participación en activismo o movimientos sociales mediante colaboración con grupos o comunidades en línea (Sí / No). Variable independiente: Percepción de que las plataformas digitales han ayudado a adquirir habilidades técnicas o profesionales (Sí / No). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Adquisición de habilidades técnicas y colaboración en activismo o movimientos sociales en línea



La diferencia observada respalda la hipótesis central según la cual las competencias de creación favorecen la co-creación. Dichas competencias no se limitan al manejo técnico de herramientas, sino que incluyen habilidades relacionales como documentar acuerdos, distribuir tareas, reconocer autorías y solicitar retroalimentación. Cuando estas prácticas se consolidan, las plataformas dejan de operar únicamente como vitrinas individuales y se transforman en espacios de trabajo colaborativo. El contraste entre “casi uno de cada tres” (28,7%) y “uno de cada nueve” (11,6%) evidencia que aprender a producir contenidos facilita también la capacidad de producir colectivamente. En términos normativos, esto se vincula con el ejercicio efectivo de derechos como la li-

bertad de expresión, la asociación y la participación cultural, que requieren condiciones materiales adecuadas —acceso, conectividad— y reglas claras de interacción.

Sin embargo, la asociación observada es de magnitud moderada. Existen personas con altos niveles de habilidad técnica que no participan debido a limitaciones de tiempo, desconfianza o temor al conflicto, así como personas con escasas destrezas digitales que logran involucrarse gracias a entornos comunitarios inclusivos que asignan roles concretos. Este hallazgo pone de relieve la importancia de las denominadas arquitecturas de participación: diseños organizativos y tecnológicos que facilitan la entrada, clarifican las tareas y ofrecen apoyo durante el proceso. Cuando los espacios de interacción priorizan la confrontación o dificultan la coordinación, el potencial colaborativo disminuye independientemente del nivel de habilidades individuales.

Las implicaciones prácticas apuntan a la necesidad de combinar formación técnica con infraestructura organizativa. Para ampliar la participación más allá del nivel actual, se requieren herramientas de coordinación accesibles —plantillas de roles y tareas, protocolos de seguridad y privacidad, licencias claras para compartir contenidos— así como mecanismos de reconocimiento que valoren los procesos colectivos. Asimismo, es necesario abordar brechas estructurales relacionadas con dispositivos, conectividad, accesibilidad para personas con discapacidad y acompañamiento a grupos que enfrentan mayores obstáculos de participación, como niñas, mujeres, personas mayores o comunidades vulnerables.

A modo de síntesis, los datos muestran que el aprendizaje en competencias de creación digital se asocia con mayores niveles de activismo colaborativo en línea al proporcionar confianza, lenguaje común y rutinas de coordinación. El espacio de formación tecnológica funciona como antesala de la participación pública digital, siempre que existan condiciones institucionales y sociales que faciliten el tránsito desde la producción individual hacia la acción colectiva.

Impactos sobre la confianza

En el marco de las ciudadanías digitales, la confianza constituye un recurso central para la cooperación, la participación y la sostenibilidad de las comunidades en línea. Aunque la confianza no se origina exclusivamente en los entornos digitales, las plataformas donde se conversa cotidianamente pueden reforzar o tensionar según el tipo de interacción que facilitan. En este sentido, más que el tamaño de la audiencia o el número de contactos en redes sociales, parece ser la participación en espacios de intercambio frecuente —como grupos de mensajería, foros o comunidades en línea— lo que influye en la percepción de confianza entre las personas.

Desde la perspectiva del capital social, la confianza se construye a partir de intercambios repetidos, reciprocidad y expectativas compartidas. Las comunidades digitales pueden favorecer este proceso al facilitar la coordinación de actividades, el intercambio de información y el apoyo cotidiano entre sus miembros. Al mismo tiempo, la comunicación mediada por pantallas también puede introducir tensiones cuando se pierden matices propios de la interacción cara a cara, lo que abre la posibilidad de malentendidos o interpretaciones ambiguas.

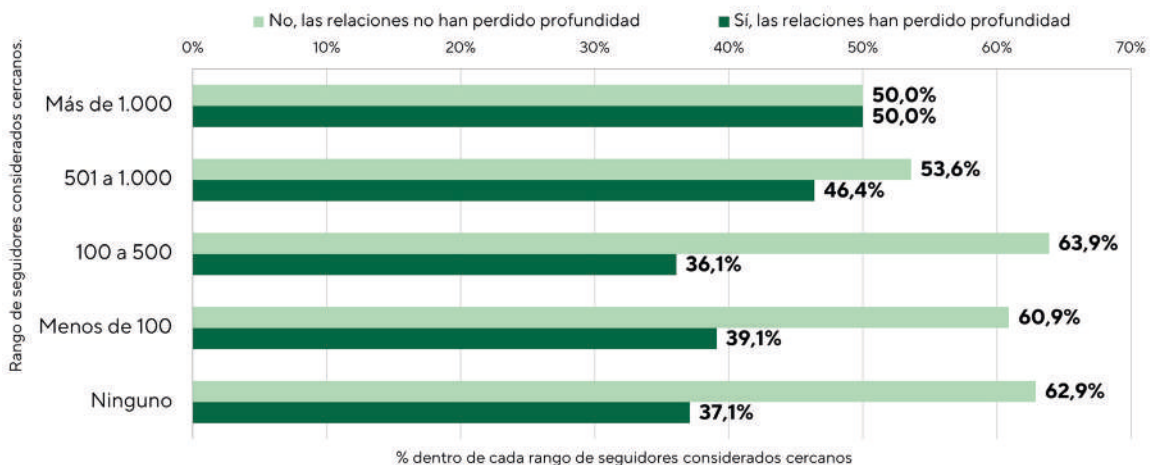
Así, la esfera digital no actúa como un simple canal neutral de interacción, sino como un entorno que reorganiza las condiciones bajo las cuales se construye la confianza. El análisis que sigue examina hasta qué punto distintos patrones de uso de plataformas digitales —como la participación en comunidades o el tamaño de las redes personales— se asocian con cambios en la percepción de confianza en el entorno cercano.

Mucho ruido, mismos lazos: cuando el tamaño de la red no dice la profundidad del vínculo.

A primera vista, podría suponerse que una red muy extensa —miles de seguidores en aplicaciones como Instagram, TikTok, X/ Twitter o Facebook— se asocia con vínculos más superficiales, como si la multiplicación de contactos diluyera la atención disponible. Sin embargo, los datos describen una realidad más sobria: alrededor de tres de cada cinco personas (61,4%) afirman que sus relaciones no se han vuelto más superficiales, y esa proporción se mantiene prácticamente constante sin importar el número de “cercaos”: quienes no tienen (62,9%), quienes tienen menos de cien (60,9%) o quienes cuentan con varios cientos (63,9%). En sentido contrario, cerca de dos de cada cinco reportan pérdida de

Figura 56 Variable dependiente: Acuerdo con la afirmación “Las relaciones han perdido profundidad y se han vuelto más superficiales” (Sí / No). Variable independiente: Rango de seguidores considerados cercanos en Instagram/TikTok/Twitter/ Facebook (Ninguno / Menos de 100 / 100-500 / 501-1.000 / Más de 1.000). Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Ciudad de México, 2025.

Número de seguidores considerados cercanos y percepción de superficialidad en las relaciones



profundidad (38,6%), también con una estabilidad notable entre los distintos rangos (Figura 56). Cuando las diferencias no varían pese a cambios importantes en el tamaño de la red, resulta razonable concluir que el número de contactos no está explicando la sensación de superficialidad.

Este hallazgo cuestiona la intuición inicial según la cual redes amplias con pocos vínculos estrechos erosionan la profundidad relacional, y desplaza el foco hacia la calidad de la interacción. La teoría del capital social sugiere que la confianza y el cuidado se construyen mediante intercambios repetidos, recíprocos y con propósito. Las plataformas digitales pueden facilitar estos microencuentros —mensajes directos, grupos pequeños, canales de coordinación— independientemente del tamaño del público visible. Cuando lo cotidiano consiste en pedir y ofrecer ayuda, coordinar tareas simples o sostener conversaciones que se retoman con regularidad, el vínculo adquiere espesor incluso en medio de entornos altamente ruidosos. La cuestión relevante deja de ser cuántas personas figuran en la lista y pasa a ser cómo se interactúa con ellas.

Existen, no obstante, matices que merecen atención. En los rangos más altos —más de 500 (46,4%) o más de 1.000 “cercaños” (50%)— aumenta la proporción de quienes perciben mayor superficialidad (Figura 56). Sin embargo, estos grupos concentran pocos casos, lo que impide generalizar el resultado. Podría tratarse de un indicio de umbrales: a partir de cierto volumen, la gestión de la atención se vuelve más compleja o emergen dinámicas propias de exposición pública que favorecen vínculos menos densos. Para confirmar esta hipótesis se requerirían mediciones más finas, como frecuencia de interacción, duración de los intercambios, reciprocidad o balance entre comunicación pública y privada. En otras palabras, contar contactos no basta; es necesario observar la textura de las relaciones.

Otro rasgo característico del entorno digital contemporáneo es la segmentación de espacios. Muchas personas distinguen entre el ámbito público del feed y los espacios privados de conversación —chats, grupos cerrados, mensajes directos—, lo que permite mantener vínculos estrechos aún en redes amplias. Así, alguien puede interactuar superficialmente con cientos de contactos y, simultáneamente, sostener conversaciones profundas con un pequeño núcleo que se comunica de manera cotidiana. Desde esta perspectiva, la profundidad relacional depende más de la continuidad, la escucha y la resolución conjunta de asuntos que del tamaño de la audiencia.

En conjunto, la evidencia no respalda la idea de que redes extensas con pocos “cercaños” conduzcan necesariamente a relaciones más superficiales. Más bien sugiere que la calidad de los vínculos en entornos digitales depende de las prácticas de interacción y de las normas informales que las sostienen. Para preservar el espesor relacional, resulta más útil centrar la atención en el cuidado de los

espacios de conversación —reglas claras, tiempos razonables de respuesta, reciprocidad y pausas que eviten el desgaste— que en el número de seguidores o contactos. La lección principal es pragmática: no es la magnitud de la red lo que determina la profundidad de los vínculos, sino lo que ocurre cuando se pasa del ruido del feed a la conversación significativa.

Recomendaciones para fortalecer la ciudadanía digital

En general, los resultados muestran que la participación cívica digital se asocia con la diversidad, intensidad y tipo de uso de las plataformas, así como con las capacidades y condiciones que permiten transformar la interacción en acción colectiva. A partir de allí, se proponen orientaciones para fortalecer las ciudadanía digital:

- Ampliar el acceso y la diversidad de plataformas con fines cívicos: Dado que el uso de múltiples aplicaciones se asocia con repertorios cívicos más amplios, resulta clave promover el acceso a herramientas que faciliten la información, la deliberación y la acción colectiva.
- Fortalecer las competencias de ciudadanía digital: Más allá del acceso, es necesario desarrollar habilidades para buscar, contrastar información, argumentar, coordinar acciones y participar de manera informada en asuntos públicos.
- Promover entornos digitales seguros y con reglas claras de interacción: La participación sostenida depende de condiciones de confianza. Mecanismos de moderación, protección frente al abuso, transparencia algorítmica y rutas de denuncia son fundamentales para reducir riesgos como la desinformación y el hostigamiento.
- Aprovechar la mensajería digital como puerta de entrada a la participación cívica: Dado su potencial para la coordinación cotidiana, estas plataformas pueden funcionar como espacios iniciales de organización, siempre que se articulen con canales públicos que permitan escalar las iniciativas.
- Articular el desarrollo de habilidades digitales con procesos de participación colectiva: El aprendizaje técnico se asocia con mayores niveles de activismo colaborativo. Promover espacios de formación vinculados a proyectos concretos puede facilitar este tránsito.
- Reducir las brechas de acceso y participación en entornos digitales: Las desigualdades en conectividad, habilidades y tiempo disponible limitan la participación cívica. Las políticas

deben considerar estas condiciones para evitar que la ciudadanía digital se concentre en ciertos grupos.

- Fortalecer la calidad de la interacción como base de la confianza digital: Los resultados muestran que la profundidad de los vínculos no depende del tamaño de las redes, sino de la calidad de los intercambios. Promover prácticas de interacción significativa puede fortalecer la cooperación y la participación sostenida.






7

Cohesión





**Ciudadanía
digital, cohesión
social, salud
mental y cultura
en tres ciudades
conectadas**






Foto: Andrés Piscov

Nota introductoria

La vida urbana contemporánea transcurre simultáneamente en dos escenarios: el presencial, compuesto por espacios físicos como calles, hogares, lugares de trabajo y recintos culturales; y el digital, conformado por plataformas, aplicaciones y entornos en línea que median interacciones, información y prácticas sociales. La *Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura* en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro (2025) permite examinar cómo estos dos planos se articulan e inciden conjuntamente en el ejercicio de la ciudadanía, la cohesión social, el bienestar personal y la vida cultural.

Los capítulos precedentes examinaron los impactos de la transformación digital desde la perspectiva de una ciudad. Este capítulo opera en una escala distinta: pone en diálogo a las tres ciudades para identificar coincidencias y particularidades que permitan comprender cómo la experiencia digital se expresa en contextos urbanos que comparten condiciones estructurales, pero presentan trayectorias históricas, institucionales y sociales diferenciadas.

Los capítulos por ciudad organizaron el análisis en torno a cuatro dimensiones: cultura digital, consumo y creación cultural, esfera personal, y cohesión social y ciudadanía digital. Este capítulo adopta una lectura distinta: la cultura digital no es una dimensión más junto a las otras, sino que funciona como un marco para analizarlas.

En efecto, las formas en que las personas usan las plataformas, construyen confianza, sostienen vínculos, regulan sus emociones y participan en la vida cultural son expresiones de un mismo proceso de transformación digital que opera de manera transversal en la vida urbana. Por ello, el análisis comparado examina cómo ese proceso se manifiesta en cuatro planos interrelacionados: la ciudadanía digital, la cohesión social, la esfera personal y las prácticas culturales.

El análisis comparado se construyó en dos etapas. En la primera, se identificaron asociaciones entre variables mediante pruebas de chi-cuadrado de Pearson y razón de verosimilitud, aplicadas por separado en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, según las variables dependientes e independientes definidas en cada caso. En la segunda, el equipo investigador puso en diálogo los hallazgos de las tres ciudades, seleccionó las asociaciones más significativas y generó las hipótesis analíticas que estructuran el presente capítulo. Al igual que en las secciones anteriores, los resultados deben leerse como asociaciones estadísticas y descriptivas, y no como relaciones causales.

La ciudadanía digital concentra la mayor parte de las hipótesis examinadas porque, en el análisis comparado, fue la dimensión que produjo el mayor número de asociaciones estadísticamente significativas y la que tuvo mayor relevancia directa para los objetivos que motivaron esta investigación. Los hallazgos en cohesión social, esfera personal y prácticas culturales son más acotados, pero igualmente relevantes: muestran cómo la experiencia digital toma formas similares o distintas según el contexto urbano.

Por cuenta de lo anterior, la organización de este capítulo invierte la secuencia de los capítulos por ciudad: comienza por la ciudadanía digital, conecta con la cohesión social, pasa por la esfera personal y finaliza en las prácticas culturales.

En la primera dimensión, *Ciudadanía digital*, se explora la relación entre beneficios percibidos, confianza, victimización y niveles de participación tanto en comunidades digitales como en acciones cívicas en línea. Los resultados muestran que la participación no depende únicamente del acceso a tecnología, sino también de la percepción de retornos personales y profesionales, de la valoración de principios éticos en línea y del capital educativo.

La segunda dimensión, *Cohesión social*, examina cómo los efectos cotidianos del uso de plataformas digitales inciden sobre los vínculos afectivos y las redes personales. El análisis comparado muestra que **la participación en entornos digitales** amplía los canales disponibles para comunicarse y sostener relaciones, principalmente con personas cercanas y con quienes viven lejos, sin sustituir del todo la interacción presencial. A su vez, las diferencias entre ciudades indican que estos efectos no son homogéneos: dependen de las dinámicas familiares, laborales y comunitarias propias del contexto de cada ciudad.

La tercera dimensión, *Esfera personal y salud mental*, analiza la relación entre la intensidad de uso de plataformas digitales y los estados emocionales asociados tanto al uso como a la desconexión. Los datos comparados muestran que un mayor tiempo de exposición y una mayor dependencia autorreportada se asocian con emociones negativas como ansiedad, frustración o miedo a quedarse fuera de la conversación cuando el dispositivo móvil no está disponible.

Finalmente, la sección *Participación digital y prácticas culturales* examina la relación entre el uso de plataformas digitales y las prácticas de consumo cultural. Los resultados muestran que la relación entre digitalidad y cultura no es de sustitución, sino que adopta una lógica de complementariedad cuya intensidad y forma varían entre ciudades. La participación en entornos digitales se asocia con mayores niveles de vinculación a prácticas de consumo y creación cultural, y se amplía mediante mecanismos de búsqueda, interacción y circulación de contenidos.

Miradas en conjunto, estas cuatro dimensiones confirman que la transformación digital no produce efectos homogéneos ni operan de manera independiente, sino que se expresa como un conjunto de prácticas interrelacionadas con oportunidades, tensiones y efectos diferenciados según las características sociodemográficas e institucionales de cada ciudad. A continuación, se presentan los resultados del análisis comparado para cada una de las dimensiones señaladas.



Foto: Oscar Reygo

7.1. Ciudadanía digital

La transformación digital incide simultáneamente en las relaciones personales y en las formas de participación pública. Sin embargo, que ambos procesos ocurran en los mismos dispositivos y plataformas no significa que vayan necesariamente de la mano. Una persona puede fortalecer sus vínculos familiares mediante una aplicación específica sin que eso la lleve a coordinarse en torno a una causa colectiva, o percibir beneficios profesionales sin involucrarse en debates públicos. Tampoco la confianza en las redes garantiza participación activa, ni la exposición a agresiones digitales la inhibe necesariamente.

Esta sección examina bajo qué condiciones la transformación digital se traduce en formas activas de ciudadanía, y cómo esas condiciones varían según el contexto urbano. El análisis se organiza en torno a cuatro ejes. El primero examina si la experiencia cotidiana con las plataformas se asocia con mayor participación cívica y comunitaria digital. El segundo explora la relación entre la confianza en las plataformas y la forma en que las personas participan en entornos digitales. El tercero analiza si la victimización en entornos digitales modifica la intensidad y las modalidades de participación en lo digital. El cuarto examina si la escolaridad incide en los niveles de participación y en los valores que las personas consideran deseables en los entornos digitales.

Para desarrollar ese análisis, la sección se apoya en dos indicadores complementarios que resulta necesario distinguir. El primero es la participación cívica digital, que mide el involucramiento en acciones de carácter colectivo y público en línea. Este indicador se construye a partir de seis actividades cívicas digitales: organización de eventos o protestas, difusión de contenido activista, participación en debates sobre temas sociales, recaudación de fondos para causas sociales, colaboración con grupos en línea y coordinación de acciones en redes sociales. Según el número de actividades reportadas, las personas se clasifican en tres niveles:

- Sin participación: no participa en ninguna actividad.
- Baja participación cívica: participa en una o dos actividades.
- Alta participación cívica: participa en tres a seis actividades.

El segundo indicador es la participación en comunidades cotidianas digitales, que captura el grado de involucramiento en espacios grupales cotidianos como foros, grupos de mensajería, redes sociales y plataformas similares. Las respuestas clasifican a las personas en cuatro categorías:

- Participación activa: quienes administran grupos, crean contenido o sostienen conversaciones con frecuencia.

- Participación ocasional: quienes comentan o interactúan de vez en cuando.
- Solo observa: quienes solo leen contenido sin interactuar.

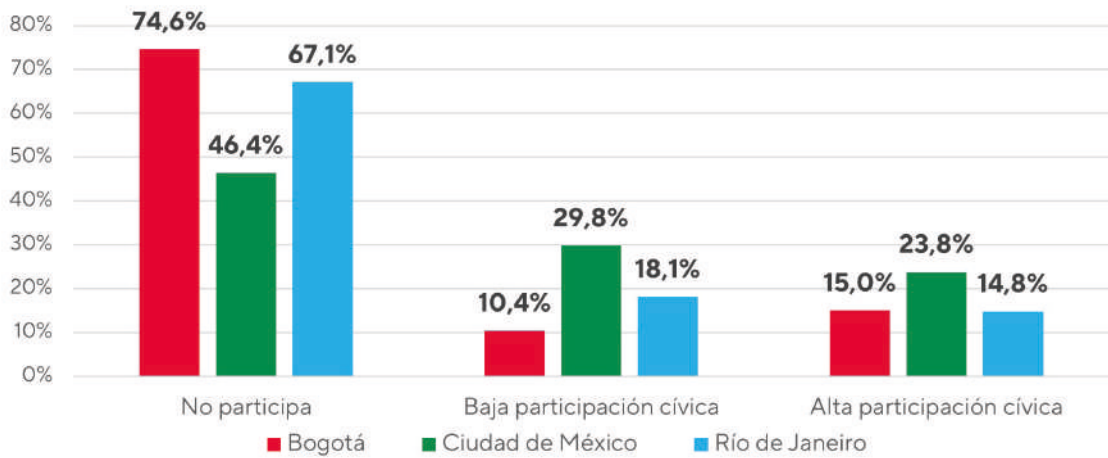
Aunque relacionados, los dos indicadores miden dimensiones distintas de la vida digital: el indicador de participación cívica digital captura la orientación hacia la acción pública colectiva, mientras que la participación en comunidades digitales se centra en el nivel de involucramiento en interacciones grupales cotidianas. A lo largo de esta sección ambos operan como variables dependientes, es decir, como expresiones de ciudadanía digital cuya variación se examina en función de distintas características y experiencias de las personas con las plataformas. El primero se utiliza principalmente en los dos primeros ejes de análisis, mientras que la participación en comunidades digitales es transversal a los cuatro.

Del chat familiar a la esfera pública: el lugar de las plataformas en la participación cívica digital.

La experiencia cotidiana con las plataformas digitales adopta formas muy distintas según las personas: algunas las usan principalmente para sostener vínculos familiares o gestionar el trabajo, otras para informarse o entretenerse, y otras incluso para coordinarse en torno a causas colectivas. La pregunta que organiza este primer eje es si la percepción relacional, es decir, la manera en que las personas evalúan el efecto de las plataformas sobre sus relaciones personales y los beneficios que les atribuyen, se asocia con mayor involucramiento en actividades cívicas digitales.

Antes de examinar esa relación, es importante situar dos puntos de partida: el primero es cómo se distribuye en general ese involucramiento cívico en las tres ciudades. Al sumar quienes participan con baja y alta intensidad en el indicador de participación cívica digital, Ciudad de México es la única ciudad donde más de la mitad de las personas tiene algún involucramiento cívico digital, mientras que en Río de Janeiro y Bogotá ese involucramiento es minoritario. En Ciudad de México el 53,6% tiene algún involucramiento cívico y el 46,4% no participa. En Río de Janeiro el 67,1% no participa y el 32,9% tiene algún involucramiento. En Bogotá el 74,6% no participa y el 25,4% se involucra en alguna medida (Figura 1).

Involucramiento en actividades cívicas digitales



En ese contexto, la hipótesis según la cual quienes sienten que las plataformas han fortalecido sus lazos tienden a involucrarse más en actividades cívicas digitales solo encuentra confirmación en Río de Janeiro. En Ciudad de México la diferencia entre quienes perciben fortalecimiento y quienes perciben dificultad es prácticamente inexistente, y en Bogotá la dirección se invierte: quienes perciben dificultad tienen mayor involucramiento cívico que quienes perciben fortalecimiento (Figura 2).

Figura 1 Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.

En Río de Janeiro la percepción relacional sí marca una diferencia. Entre quienes perciben dificultad el 29,8% tiene algún involucramiento cívico; entre quienes perciben fortalecimiento esa proporción sube a 40,3%, casi 11 puntos porcentuales más. Quienes sienten que las plataformas han fortalecido sus relaciones no solo participan más en actividades cívicas digitales, sino que lo hacen con mayor intensidad. En el grupo de baja participación la relación es de 20,3% frente al 17,1% de quienes sienten dificultad, y en el grupo de alta participación es de 20% frente al 12,6%, donde la brecha es más pronunciada con una diferencia de 7,4 puntos porcentuales.

En Ciudad de México la diferencia entre los dos grupos es mínima. El 51,4% de quienes perciben dificultad tiene algún involucramiento cívico frente al 54,4% de quienes perciben fortalecimiento, apenas una diferencia de 3 puntos. Quienes sienten que las plataformas han fortalecido sus relaciones no muestran una participación notablemente distinta: en el grupo de baja participación es de 30,3% frente al 28,2% de quienes sienten dificultad, y en el grupo de alta participación es de 24,1% frente al 23,2%, diferencias de apenas 2 y 1 puntos porcentuales respectivamente.

En Bogotá, a diferencia de las otras dos ciudades, sentir que las plataformas han fortalecido los lazos no se asocia con mayor participación cívica. Entre quienes perciben fortalecimiento el 24,5%

tiene algún involucramiento cívico, mientras que entre quienes perciben dificultad esa proporción sube a 28,5%. Entre quienes reportan alta participación cívica, la dirección se mantiene en tanto que el 14,1% percibe fortalecimiento de sus relaciones, frente al 18,3% de quienes perciben dificultad, una diferencia de 4,2 puntos. Entre quienes reportan baja participación las proporciones son prácticamente iguales, 10,4% frente a 10,2%.

Influencia de relacionaciones sociales en plataformas en la participación cívica digital

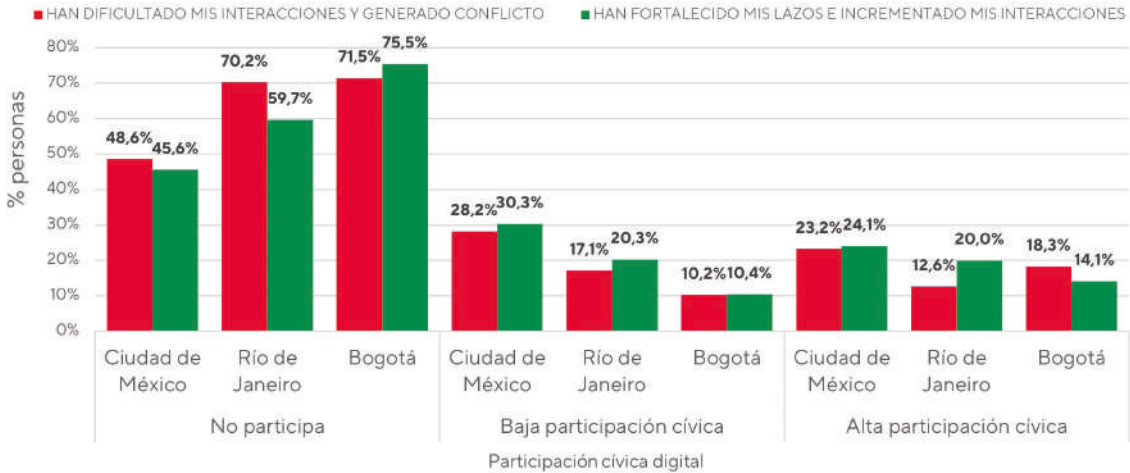


Figura 2 Variable dependiente: ¿Está de acuerdo con las siguientes afirmaciones sobre cómo el uso de plataformas digitales ha cambiado sus relaciones afectivas cotidianas? Variable independiente: Índice de Repertorio Cívico “¿Ha utilizado plataformas digitales para actividades comunitarias o sociales?” Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.

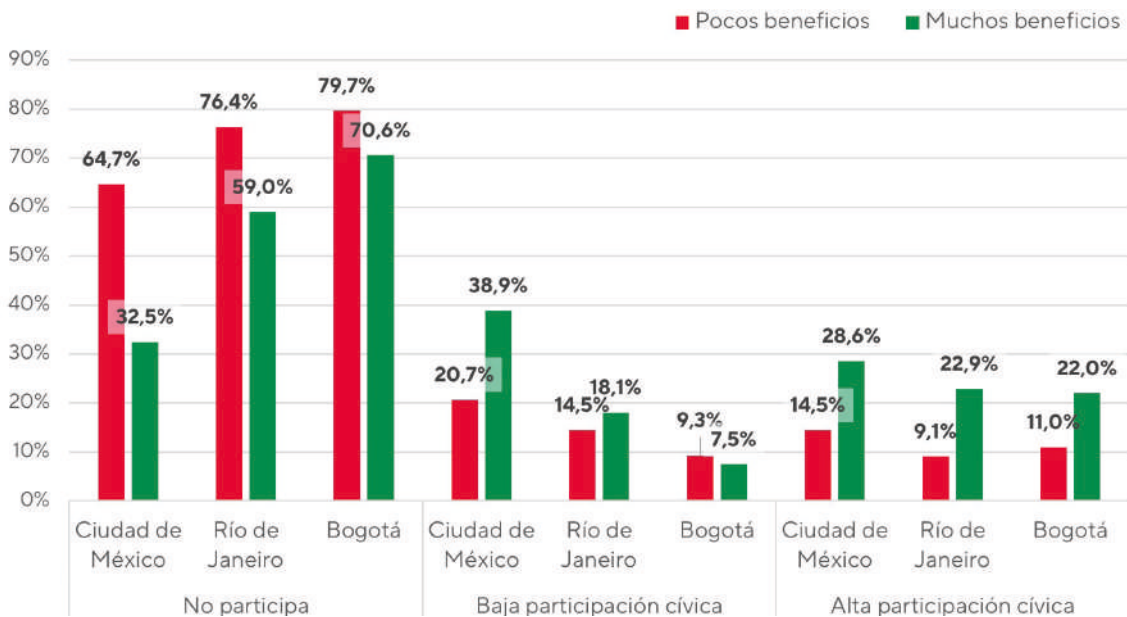
La relación entre beneficios percibidos de las plataformas digitales y el indicador de participación cívica digital se organiza alrededor de un punto de partida común en las tres ciudades: a mayor percepción de beneficios, mayor participación. El patrón es más claro entre las personas que reportan alta participación cívica, donde la diferencia entre los dos grupos es de casi el doble en los tres contextos: en Ciudad de México el 28,6% de quienes perciben muchos beneficios tiene alta participación cívica, frente al 16,8% de quienes perciben pocos. En Río de Janeiro 22,9% frente a 9,1%; y en Bogotá 22% frente a 11% (Figura 3). Cuando las plataformas se perciben como una herramienta que produce beneficios concretos en el trabajo, en la formación y/o en la ampliación de redes, la participación en actividades cívicas digitales tiende a crecer.

La misma tendencia aparece entre quienes no participan cívicamente. En las tres ciudades, la proporción de no participantes es mayor entre quienes perciben pocos beneficios que entre quienes perciben muchos. En Ciudad de México 64,7% frente a 32,5% – una brecha de 32 puntos. En Río de Janeiro 76,4% frente a 59%. En Bogotá 79,7% frente a 70,6%, apenas 9 puntos, aunque ambos grupos parten de niveles elevados. En el caso de Bogotá, los datos sugieren que los beneficios percibidos pueden consolidarse como recursos individuales contactos, oportunidades, visibilidad sin traducirse necesariamente en una orientación hacia la acción colectiva.

En suma, las tres ciudades muestran trayectorias diferenciadas, pero apuntan en la misma dirección. En Ciudad de México el aumento en los beneficios percibidos se acompaña de una expansión visible de la participación cívica. En el grupo de personas que reportan la alta participación, esta casi se duplica entre quienes perciben pocos y muchos beneficios – de 16,8% a 28,6%. En Río de Janeiro ese tránsito es más pronunciado: la alta participación casi se triplica entre los dos grupos – de 9,1% a 22,9%. En Bogotá, donde la no participación es más extendida en ambos grupos, la alta participación también casi se duplica, esto es, de 11% a 22%, pero los beneficios percibidos conviven con niveles amplios de no participación, lo que sugiere que en ese contexto los beneficios individuales no se traducen de manera equivalente en orientación hacia lo colectivo.

Figura 3 Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.

Beneficios personales y profesionales de las plataformas percibidos según participación cívica digital



En conjunto, los dos hallazgos muestran trayectorias distintas. Que las plataformas hayan fortalecido o generado dificultad en los lazos personales no define si alguien se vincula a actividades cívicas digitales. En efecto, la diferencia entre los dos grupos es mínima en Ciudad de México, apunta en la dirección esperada en Río de Janeiro y se presenta en sentido contrario en Bogotá. La percepción de beneficios, en cambio, muestra una asociación más clara que se repite en los tres contextos, pues quienes consideran que las plataformas les aportan más en su vida tienden a involucrarse más cívicamente, y entre quienes reportan alta participación cívica esa diferencia supera los 11 puntos porcentuales.

En este sentido, que las plataformas funcionen como infraestructura útil en la vida individual no garantiza por sí solo el tránsito hacia la acción colectiva, pues los recursos pueden acumularse en el plano personal sin orientarse hacia causas compartidas. Lo que parece importar en las tres ciudades no es si las plataformas han fortalecido o tensionado los vínculos personales, sino qué tan útiles consideran las personas que son en su vida cotidiana.

Así, cuando las plataformas se perciben como una herramienta que produce beneficios concretos en el trabajo, en la formación y/o en los proyectos personales, tiende a crecer también su involucramiento en actividades cívicas digitales, configurándose como marcos de acción que las personas adoptan incluso sin vínculos previos con quienes se coordinan.

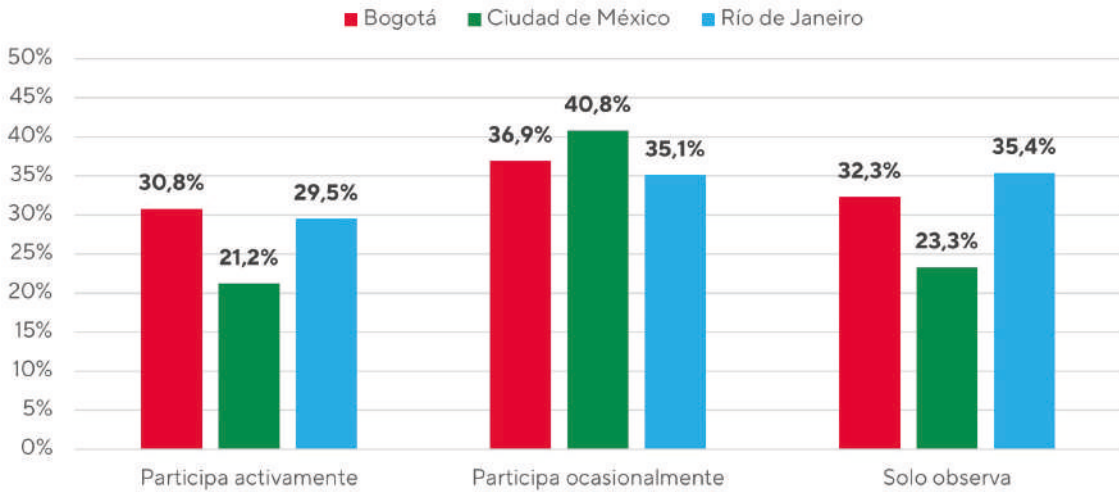
El análisis siguiente examina esta misma asociación desde un ángulo complementario: en lugar del involucramiento en actividades cívicas, observa cómo la percepción relacional y los beneficios percibidos se asocian con la participación en comunidades digitales cotidianas.

Presentes pero sin involucrarse: vínculos, beneficios y participación en comunidades digitales.

La transformación digital, además de abrir canales para la participación en actividades cívicas, reconfigura los espacios cotidianos de socialización de las personas. Los grupos de mensajería, los foros temáticos y las comunidades de interés en entornos digitales son escenarios donde se sostienen vínculos, se comparte información y se construye pertenencia. La vinculación a comunidades digitales es, por tanto, una expresión más de ciudadanía digital, de ahí que sea relevante entender si quienes perciben que las plataformas han fortalecido sus relaciones o les han aportado beneficios concretos también tienden a participar más activamente en esos espacios.

En conjunto, en las tres ciudades aproximadamente siete de cada diez personas están presentes en comunidades digitales, pero sin un involucramiento activo sostenido. Leen, se mantienen al tanto, ocasionalmente interactúan, pero no sostienen conversaciones ni crean contenido con regularidad. En Río de Janeiro esa distribución es prácticamente uniforme entre los tres niveles: 29,5% de participación activa, 35,1% de participación ocasional y 35,4% solo observa. En Bogotá ocurre algo similar: 30,8%, 36,9% y 32,3% respectivamente. En Ciudad de México el peso recae sobre la participación ocasional, con un 40,8%, mientras que la participación activa (21,2%) y la observación pasiva (23,3%) tienen proporciones menores y similares entre sí (Figura 4).

Participación en comunidades digitales por ciudad



En las tres ciudades, quienes perciben que las plataformas han fortalecido sus relaciones participan más activamente en comunidades digitales que quienes perciben dificultad, aunque la magnitud varía. En dos ciudades la experiencia relacional positiva se asocia con mayor participación activa con cierta consistencia, mientras en Bogotá esa asociación existe, pero es débil. En Ciudad de México la brecha es de 9,5 puntos (23,8% frente a 14,3%) y en Río de Janeiro de 9,2 puntos (36% frente a 26,8%). En Bogotá la diferencia es más estrecha, apenas de 5 puntos (31,9% frente a 26,7%).

El patrón es menos uniforme cuando se observa la participación ocasional. En Río de Janeiro quienes perciben fortalecimiento superan en 5,7 puntos a quienes perciben dificultad, 39,1% frente a 33,4%, pero en Ciudad de México y Bogotá la dirección se invierte con diferencias de 2,4 y 3,7 puntos respectivamente. Si bien estas magnitudes son mínimas, el patrón sugiere que la participación ocasional responde a una lógica distinta a la de la participación activa, operando más como una forma de acceso a información y recursos sin necesidad de construir vínculos.

La diferencia más relevante aparece entre quienes solo observan y solo en Río de Janeiro. Allí el 39,8% de quienes perciben dificultad se limita a observar, frente al 24,9% de quienes perciben fortalecimiento, casi 15 puntos. Cuando la experiencia relacional con las plataformas es negativa, la observación pasiva parece una forma de mantenerse presente en las comunidades sin asumir los costos de la interacción activa. Así mismo, quienes perciben conflicto en sus vínculos digitales pueden haber desarrollado expectativas más bajas sobre los retornos de participar, lo que reduce la probabilidad de involucrarse activamente. En Ciudad de México y Bogotá las diferencias son de 1 y 1,4 puntos, demasiado leves para indicar alguna interpretación relevante. (Figura 5).

Figura 4 Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025. *Nota: El análisis comparado incluye solo los tres niveles de participación comunes a las tres ciudades (participa activamente, participa ocasionalmente, solo observa). En Ciudad de México el 14,7% de las personas señaló que no participa en comunidades digitales. Esta categoría no está disponible en Río de Janeiro ni en Bogotá, por lo cual los porcentajes de Ciudad de México no suman 100%

Influencia de plataformas y relaciones sociales en la participación en comunidades digitales

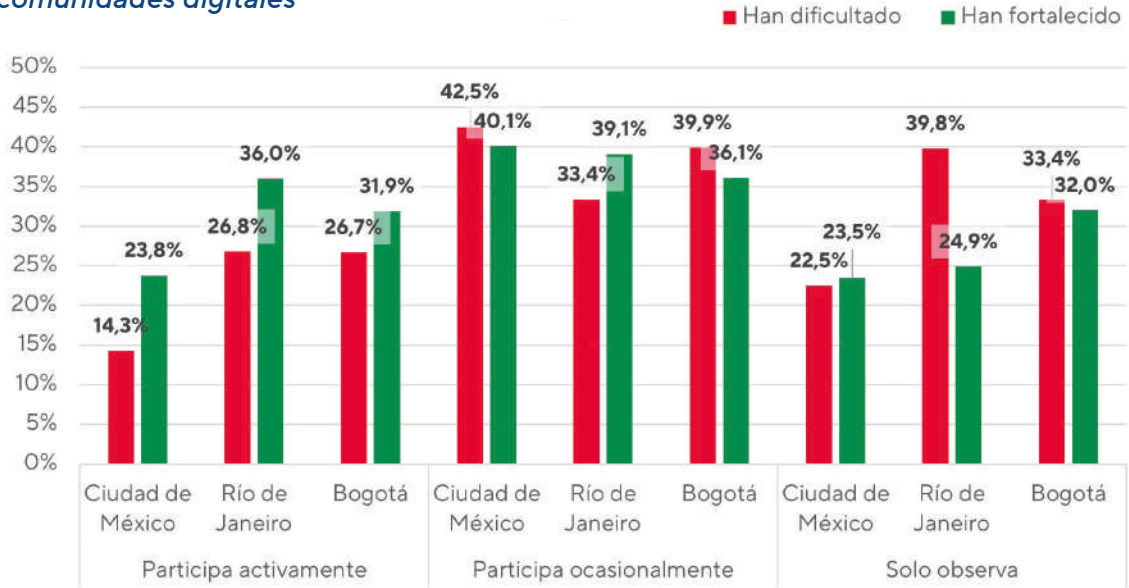


Figura 5 Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.

La asociación entre beneficios percibidos y participación activa es heterogénea entre ciudades. En Bogotá y Río de Janeiro se expresan con más fuerza. En la primera, quienes perciben muchos beneficios reportan participación activa en proporción casi del doble que quienes perciben pocos – 43% frente a 23,1%, una brecha cercana a los 20 puntos. En la segunda, la diferencia también es notable, 30,8% frente a 16,9%, casi 14 puntos. En Ciudad de México la asociación es más modesta – 20,2% frente a 17,2%, apenas 3 puntos –, lo que sugiere que en ese contexto los beneficios percibidos no distinguen con claridad a quienes participan activamente de quienes no lo hacen (Figura 6).

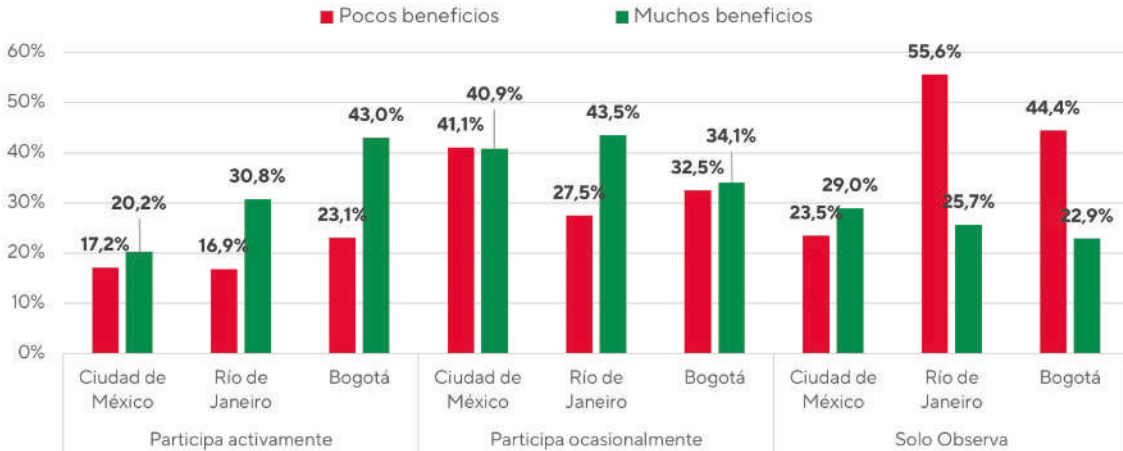
En la participación ocasional, los beneficios percibidos muestran un patrón heterogéneo. En Río de Janeiro quienes perciben muchos beneficios participan ocasionalmente en mayor proporción que quienes perciben pocos, 43,5% frente a 27,5%, una diferencia de 16 puntos. En Ciudad de México y Bogotá esa diferencia prácticamente desaparece, 40,9% frente a 41,1% y 34,1% frente a 32,5%, respectivamente. En esos dos contextos los beneficios percibidos no distinguen a quienes participan ocasionalmente de quienes no lo hacen; en Río de Janeiro sí lo hacen, aunque con menor fuerza que en la observación pasiva.

El contraste más nítido y robusto aparece en la observación pasiva, y en la misma dirección en dos de las tres ciudades. En Río de Janeiro, el 55,6% de quienes perciben pocos beneficios solo observa, frente al 25,7% de quienes perciben muchos, casi 30 puntos. En Bogotá la brecha es de 21,5 puntos, 44,4% frente a 22,9%. En estas dos ciudades, los beneficios percibidos no parecen operar principalmente impulsando la participación activa sino

concentrando la observación pasiva entre quienes perciben poca utilidad. Cuando las plataformas no producen retornos concretos, las personas tienden a quedarse en los márgenes de las comunidades digitales. En Ciudad de México la dirección se invierte, quienes perciben muchos beneficios observan más (29%) que quienes perciben pocos (23,5%), una distancia de 5,5 puntos que no sigue el patrón de las otras dos ciudades.

Figura 6 Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.

Beneficios personales y profesionales de las plataformas y participación en comunidades digitales



En conjunto, los datos muestran que percepción relacional y los beneficios percibidos operan de maneras distintas sobre la participación en comunidades digitales. Por un lado, la percepción relacional se asocia principalmente con la participación activa: quienes sienten que las plataformas han fortalecido sus vínculos participan más en las tres ciudades, pero esa diferencia no se mantiene con la misma claridad en la participación ocasional ni en la observación pasiva. Ciudad de México vuelve a ser la excepción en este caso: la brecha entre quienes perciben fortalecimiento y quienes perciben dificultad es mínima en los tres niveles de participación.

Los beneficios percibidos muestran un patrón diferente. En Río de Janeiro y Bogotá operan en los dos extremos: quienes perciben muchos beneficios impulsan la participación activa y quienes perciben pocos beneficios se concentran en la observación pasiva. Esto sugiere que la utilidad percibida de las plataformas en estas dos ciudades opera principalmente como umbral de entrada a las comunidades digitales: por debajo de ese umbral las personas permanecen presentes, pero sin involucrarse. En Ciudad de México, en cambio, los beneficios percibidos no distinguen con claridad los perfiles de participación en ningún nivel, lo cual sugiere que en ese contexto la utilidad percibida de las plataformas no es un factor diferenciador del involucramiento en comunidades digitales.

Que las plataformas generen beneficios concretos se asocia, entonces, con formas más activas de involucramiento en comunidades digitales – pero no de manera automática ni uniforme. Lo que los datos no permiten ver todavía es si esos mismos retornos se traducen en una orientación distinta hacia la propia experiencia digital, esto es, si quienes perciben más beneficios también valoran más la colaboración como principio del entorno en el que participan. Esa es la pregunta que organiza el análisis de la siguiente sección.

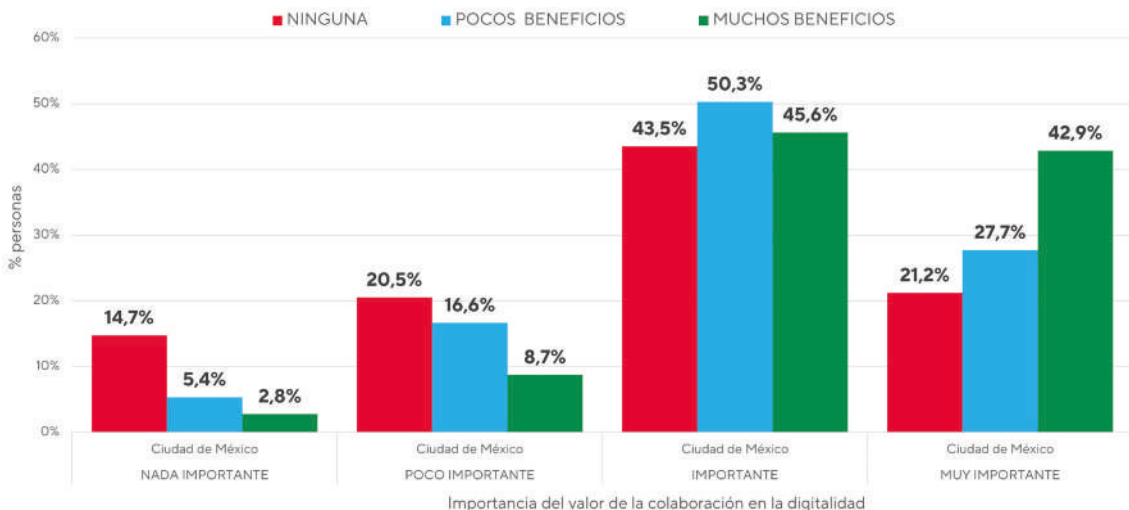
Colaborar importa: beneficios y valoración de la colaboración en la digitalidad.

Cuando se examina la relación entre los beneficios personales y profesionales percibidos y la importancia atribuida a la colaboración en los entornos digitales aparece una dimensión adicional de la experiencia en línea: no solo importa cuánto aportan las plataformas, sino también cómo se interpreta normativamente esa experiencia. La pregunta ya no es únicamente si las aplicaciones generan beneficios sino si esos retornos se asocian con una valoración más alta de la colaboración como principio del entorno digital. Los datos confirman esa asociación en Ciudad de México y Río de Janeiro, y no en Bogotá.

Figura 7 Variable dependiente: ¿Cómo han influido las plataformas digitales en su proyecto de vida o en su trabajo y estudio? Variable independiente: ¿Qué tan importante considera el valor de la colaboración en la digitalidad? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.

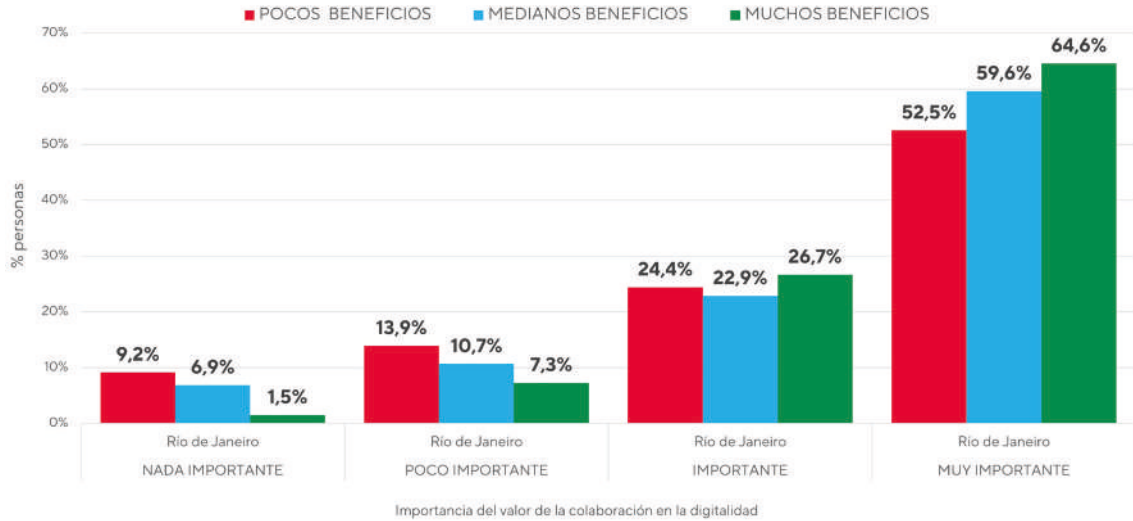
En Ciudad de México la valoración positiva de la colaboración aumenta conforme se incrementan los beneficios, percibidos. Entre quienes perciben muchos beneficios, el 42,9% considera la colaboración muy importante y solo el 2,8% nada importante. Entre quienes perciben pocos beneficios, esas proporciones son 27,7% y 5,4%, y entre quienes no perciben ningún beneficio llegan a 21,2% y 14,7%. (Figura 7).

Cantidad de beneficios y profesionales de las plataformas percibidos según importancia de la colaboración en la digitalidad - CDMX



En Río de Janeiro, la relación entre beneficios percibidos y valoración de la colaboración muestra una asociación positiva directa. Entre quienes perciben muchos beneficios, el 64,6% considera

Cantidad de beneficios y profesionales de las plataformas percibidos según importancia de la colaboración en la digitalidad - Río de Janeiro



la colaboración muy importante y solo el 1,5% nada importante. Entre quienes perciben beneficios, medianos esas proporciones son 59,6% y 6,9%, y entre quienes perciben pocos llegan a 52,5% y 9,2%. A más beneficios percibidos, más centralidad de lo cooperativo y menos indiferencia hacia la colaboración (Figura 8).

Figura 8 Variable dependiente: ¿Cómo han influido las plataformas digitales en su proyecto de vida o en su trabajo y estudio? Variable independiente: ¿Qué tan importante considera el valor de la colaboración en la digitalidad? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.

Bogotá presenta una configuración distinta puesto que la obtención de beneficios personales o profesionales no coincide con una mayor valoración de la colaboración como principio central de la digitalidad. Entre quienes perciben muchos beneficios, el 16,8% considera la colaboración muy importante y el 57,0% nada importante. Entre quienes perciben beneficios medianos esas proporciones son 13,6% y 57,8%, y entre quienes perciben pocos son 18,2% y 52,4%. Las proporciones no siguen ningún gradiente reconocible: "nada importante" domina en todos los grupos de beneficios sin moverse, y "muy importante" permanece bajo e igual en toda la escala (figura 9).

En conjunto, la relación entre beneficios percibidos y valoración de la colaboración no adopta una forma única entre las tres ciudades. En Río de Janeiro, los mayores beneficios coinciden con una mayor centralidad de la colaboración en la digitalidad. En Ciudad de México, la valoración positiva de la colaboración se mantiene extendida, pero se intensifica entre quienes reportan mayores retornos. Bogotá, en cambio, muestra que la obtención de beneficios personales o profesionales puede coexistir con una baja valoración de la colaboración como principio del entorno digital.

Cantidad de beneficios y profesionales de las plataformas percibidos según importancia de la colaboración en la digitalidad - Bogotá

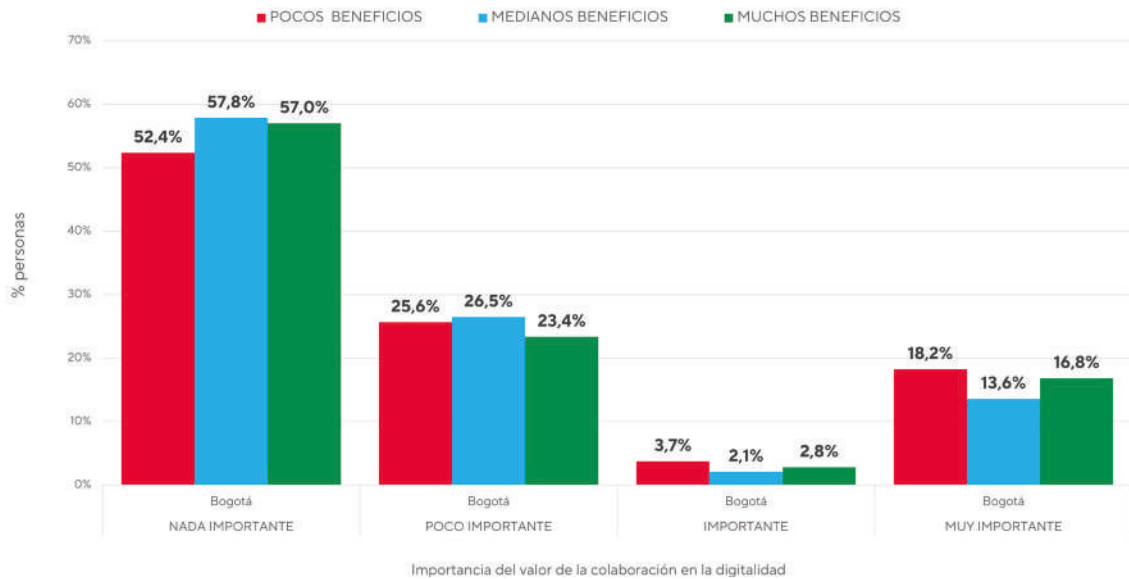


Figura 9 Variable dependiente: ¿Cómo han influido las plataformas digitales en su proyecto de vida o en su trabajo y estudio? Variable independiente: ¿Qué tan importante considera el valor de la colaboración en la digitalidad? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.

Estos resultados indican que la percepción de beneficios no opera de manera automática sobre la dimensión normativa de la experiencia digital. En algunos contextos, los beneficios individuales se articulan con una orientación cooperativa; en otros, ambos planos aparecen parcialmente desvinculados. La relación entre experiencia digital y valoración de la colaboración depende, por tanto, de configuraciones locales de uso y de las formas en que se interpreta el sentido de participar en línea.

Participar sin importar cuánto se confía: involucramiento ciudadano en entornos digitales.

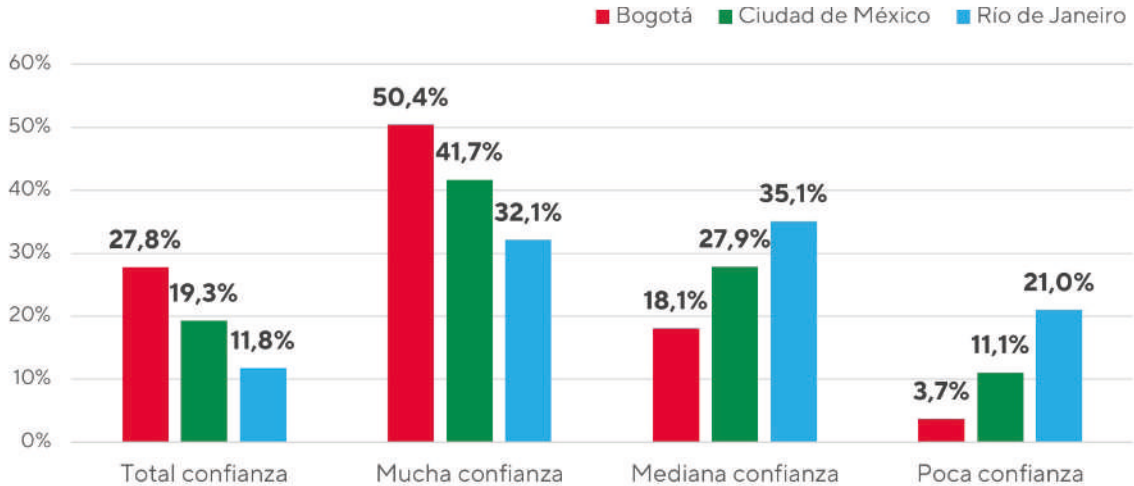
La confianza es una condición que estructura la interacción social en los entornos digitales. Determina en parte con quién se comparte información, en qué espacios se participa y con qué intensidad se sostiene el involucramiento. La expectativa más intuitiva es que, a mayor confianza en las redes sociales, mayor disposición a participar en comunidades digitales y en actividades cívicas, y que la desconfianza llevaría a reducir ese involucramiento. Los datos permiten examinar si esa relación se sostiene cruzando el gradiente de confianza con los niveles de participación en cada ciudad.

En las tres ciudades, la relación entre confianza y participación en comunidades digitales no sigue una trayectoria lineal. En Bogotá, el 78,2% declara mucha o total confianza en las redes sociales y plataformas digitales, y solo el 3,7% declara poca confianza. En Ciudad de México, la mayoría también confía, aunque en menor proporción, el 61% tiene mucha o total confianza y el 11,1% declara

poca. Río de Janeiro presenta el perfil más crítico pues solo el 43,9% declara mucha o total confianza, el 35,1% tiene mediana confianza y el 21% declara poca confianza la proporción más alta de desconfianza entre las tres ciudades (Figura 10).

Figura 10 Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.

Confianza en redes sociales y plataformas digitales por ciudad



En las tres ciudades, la confianza en las redes sociales y plataformas digitales no opera como generador de participación en comunidades digitales. La relación es estadísticamente significativa en los tres contextos, pero débil y en ninguno sigue la dirección esperada señalada.

En Ciudad de México ocurre lo contrario, puesto que quienes menos confían en las redes participan más activamente en comunidades digitales. Entre quienes declaran total confianza, el 12,1% participa activamente, proporción que crece de manera progresiva hasta el 21,6% entre quienes declaran poca confianza. Al mismo tiempo, quienes tienen poca confianza registran la proporción más baja de no participación (15,7%) de todas las categorías. La desconfianza, en este contexto, no aleja a las personas de las comunidades digitales, sino que parece asociarse con un involucramiento más deliberado en ellas, lo que es consistente con la idea de que quienes perciben riesgos en las plataformas pueden desarrollar formas más activas y estratégicas de uso, seleccionando con mayor cuidado cómo y dónde participar. (Figura 11).

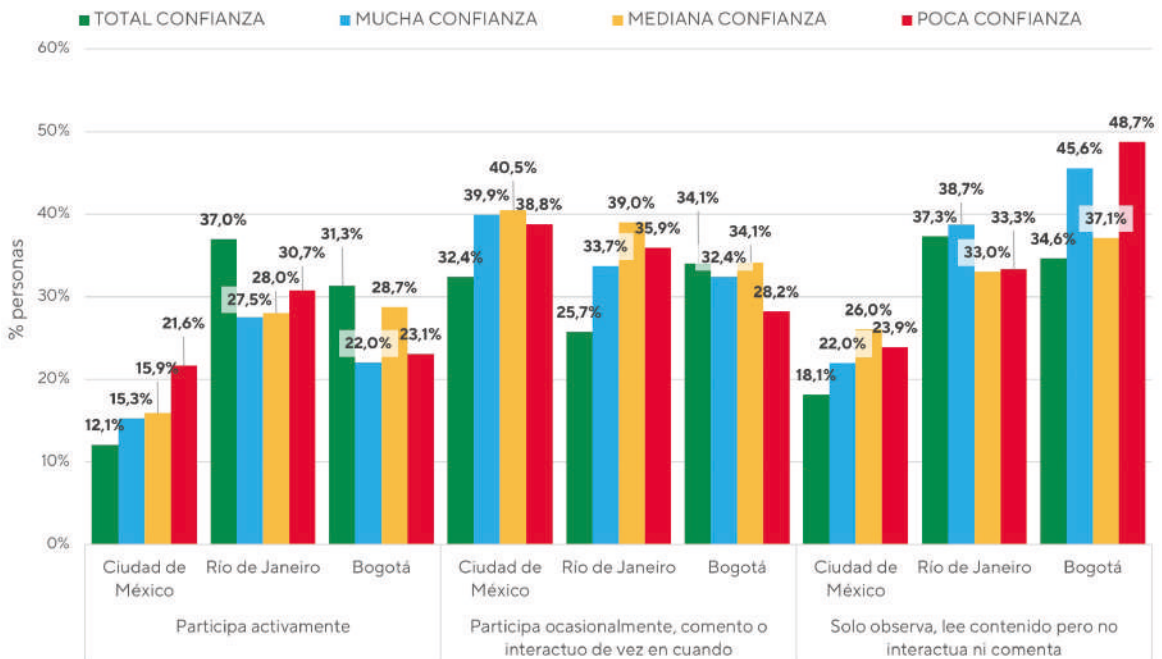
En Río de Janeiro, la confianza tampoco genera mayor participación en comunidades digitales, pero por una razón distinta: quienes confían mucho y quienes confían poco participan de maneras similares. La participación activa oscila entre 27,5% y 37% a lo largo de la escala de confianza, sin seguir ningún gradiente consistente, y lo mismo ocurre en los otros niveles de participación. En este contexto el nivel de confianza no es un factor que diferencie cómo las personas se involucran en comunidades digitales.

En Bogotá, la relación adopta una forma más compleja. Ni la alta ni la baja confianza generan participación activa, de tal manera que ambos extremos de la escala se asocian principalmente con observación pasiva, esto es, 45,6% entre quienes tienen mucha confianza y 48,7% entre quienes tienen poca. En cambio, la participación activa alcanza sus valores más altos entre quienes declaran confianza total (31,3%) y confianza intermedia (28,7%), mientras que desciende entre quienes tienen mucha confianza (22,0%) y poca confianza (23,1%).

Figura 11 Variable dependiente: ¿Qué tanto confía en las redes sociales? Variable dependiente: ¿Cómo describiría su participación en comunidades digitales o grupos en línea? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.

Este patrón sugiere que en Bogotá la relación entre confianza y participación no es lineal: ni confiar plenamente ni desconfiar activa el involucramiento. Quienes tienen confianza total pueden asumir que otros participarán sin necesidad de hacerlo ellos mismos, mientras quienes desconfían pueden percibir que los costos de participar superan los beneficios, por lo que permanecen en los márgenes como observadores.

Participación en comunidades digitales según nivel de confianza en redes sociales y plataformas digitales



En las tres ciudades, la confianza en las redes sociales y plataformas digitales tampoco opera como generadora de participación en actividades cívicas digitales. La asociación en dos de las tres ciudades no es significativa o es muy leve (Figura 12).

En Río de Janeiro, la confianza no genera ni inhibe la participación cívica digital, puesto que no se asocia con ella de manera estadísticamente significativa. Los niveles de alta participación cívica oscilan entre 13,7% y 16,1% a lo largo de toda la escala de confianza sin seguir ningún gradiente. En este contexto, el nivel

de confianza en las redes no es un factor que diferencie el involucramiento cívico digital.

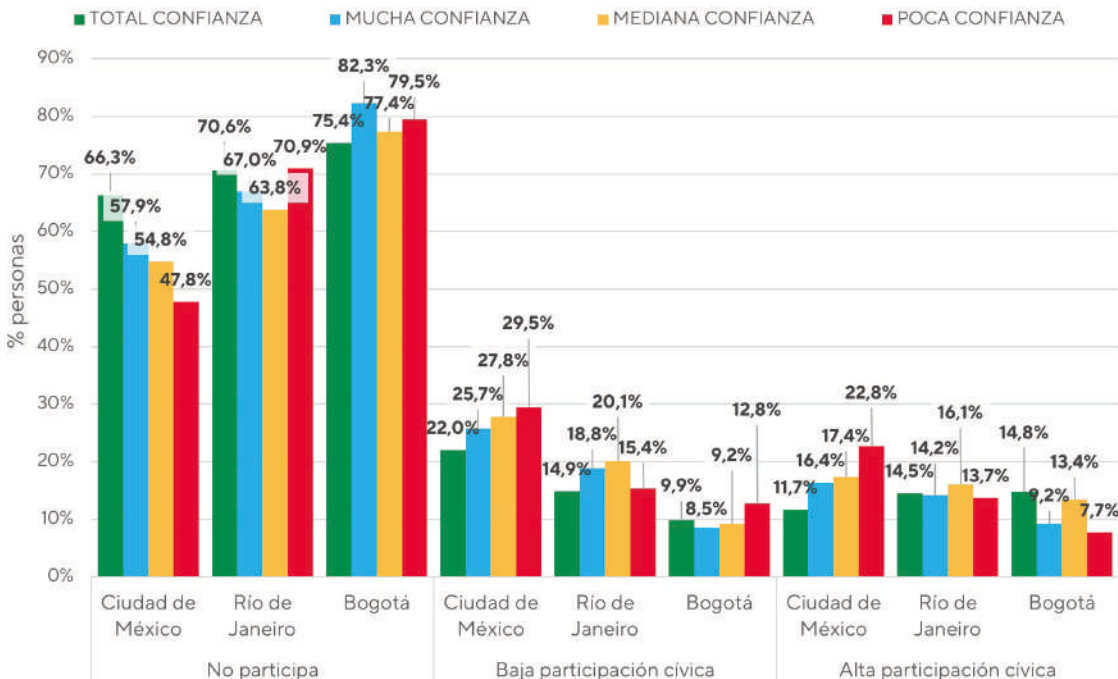
En Bogotá, la asociación es significativa pero la dirección no es clara. La no participación cívica es elevada en todos los niveles de confianza, con valores que van de 75,4% entre quienes declaran total confianza a 82,3% entre quienes declaran mucha confianza. y la alta participación cívica es baja en todos los grupos, sin un gradiente consistente. La confianza, alta o baja, convive con niveles amplios de no participación cívica en Bogotá.

En Ciudad de México, la relación vuelve a ser inversa: quienes menos confían participan más en actividades cívicas. Entre quienes declaran poca confianza, el 22,8% tiene alta participación cívica digital, frente al 16,4% entre quienes declaran mucha confianza, una diferencia de 6,4 puntos. En sentido contrario, la no participación es más baja entre quienes tienen poca confianza (47,8%) que entre quienes tienen mucha (57,9%). Como en el caso de las comunidades digitales, la desconfianza en Ciudad de México no inhibe la participación cívica; por el contrario, parece asociarse con un mayor involucramiento

En conjunto, los datos de las tres ciudades señalan que la confianza en las redes sociales y plataformas digitales no es el factor que determina si las personas se involucran en actividades cívicas digitales. En Ciudad de México, la desconfianza se asocia paradójicamente con mayor participación cívica. En Río de Janeiro,

Figura 12 Variable dependiente: ¿Qué tanto confía en las redes sociales? Variable dependiente: Indicador de participación cívica digital "¿Ha utilizado plataformas digitales para actividades comunitarias o sociales?" Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.

Participación en actividades cívicas digitales según nivel de confianza en las redes sociales y plataformas digitales



la confianza no distingue el involucramiento cívico en ninguna dirección. En Bogotá, la participación cívica es minoritaria independientemente del nivel de confianza.

Como se ha mencionado, los resultados de las tres ciudades muestran que la participación cívica digital no depende únicamente de niveles altos de confianza en las plataformas. El involucramiento puede coexistir con percepciones críticas sobre el propio entorno digital.

Así mismo, la ciudadanía digital no se sostiene únicamente en la percepción de seguridad, sino también en la valoración de las plataformas como herramientas para coordinar, deliberar y organizar acciones colectivas. La evidencia sugiere que la confianza no funciona como una condición previa indispensable para participar, sino como una dimensión que interactúa con otros factores en la configuración de la experiencia cívica digital.

En este sentido, la desconfianza no necesariamente conduce a abandonar las plataformas. En algunos contextos se asocia con formas distintas de involucramiento, como muestra con mayor claridad el caso de Ciudad de México. Las personas pueden ajustar cómo participan, en qué espacios lo hacen y con qué intensidad según los riesgos que perciben.

Estos hallazgos abren una discusión relevante sobre las condiciones que facilitan la participación en entornos digitales. Factores como el diseño de las plataformas, las políticas de moderación o los procesos de alfabetización digital podrían mediar esa relación, aunque los datos disponibles no permiten confirmarlo directamente. La relación entre confianza y participación parece estar mediada por factores institucionales y culturales que varían entre contextos urbanos.

Victimización digital: agresión en entornos digitales y vinculación a comunidades en línea.

La victimización digital abarca un conjunto de experiencias negativas que las personas pueden enfrentar en redes sociales: insultos, difusión de chismes, compartir fotos o videos privados sin consentimiento, suplantación de identidad, robo, estafa o extorsión y recepción de contenido sexual no deseado. Estas experiencias no son equivalentes en su gravedad ni en sus efectos, algunas implican violaciones a la privacidad, otras afectan la reputación y otras tienen consecuencias económicas o de seguridad personal. Lo que tienen en común es que ocurren en el mismo espacio donde las personas construyen vínculos, se informan y participan colectivamente.

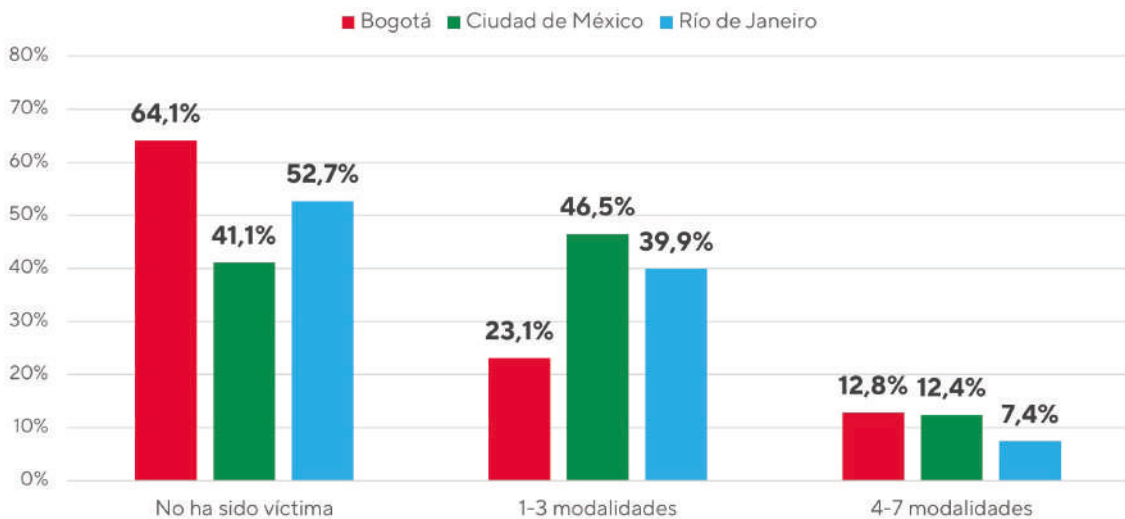
Lo anterior convierte a la victimización en una dimensión relevante para entender cómo se habita lo digital: no como un entorno neutral, sino como uno que puede ser simultáneamente un espacio

de conexión y de conflicto. Para explorar la asociación entre estas experiencias y la participación en comunidades digitales, se construyó un índice que suma las modalidades de agresión o delito experimentadas en el último año y las agrupa en tres niveles: quienes no han sido víctimas de ninguna, quienes han experimentado entre una y tres modalidades, y quienes han experimentado entre cuatro y siete, permitiendo fijar una escala desde una exposición puntual a una exposición acumulada.

Los perfiles de victimización varían notablemente entre ciudades. Ciudad de México es la más expuesta, pues solo el 41,1% no ha sido víctima de ninguna modalidad, mientras que el 46,5% ha experimentado entre una y tres y el 12,4% entre cuatro y siete. Río de Janeiro presenta un perfil intermedio en donde el 52,7% no ha sido víctima, el 39,9% reporta entre una y tres modalidades y el 7,4% entre cuatro y siete. Bogotá concentra la mayor proporción de no víctimas con un 64,1%, aunque también registra una proporción relevante de victimización múltiple con 23,1% que ha experimentado entre una y tres modalidades y un 12,8% entre cuatro y siete (Figura 13).

Figura 13 Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.

Victimización en redes sociales/plataformas digitales por ciudad



La expectativa más extendida sobre la victimización digital es que opera como un freno: quienes han sido insultados, suplantados o han recibido contenido no deseado en redes sociales tenderían a retirarse o a reducir su involucramiento en comunidades digitales. Los datos de las tres ciudades no confirman esa expectativa, pues a pesar de la exposición a agresiones digitales, la victimización no reduce la participación en comunidades digitales. Por el contrario, quienes han experimentado más modalidades de agresión tienden a involucrarse más activamente.

En Ciudad de México, el patrón es claro y progresivo: a mayor exposición a agresiones digitales, mayor tendencia a participar

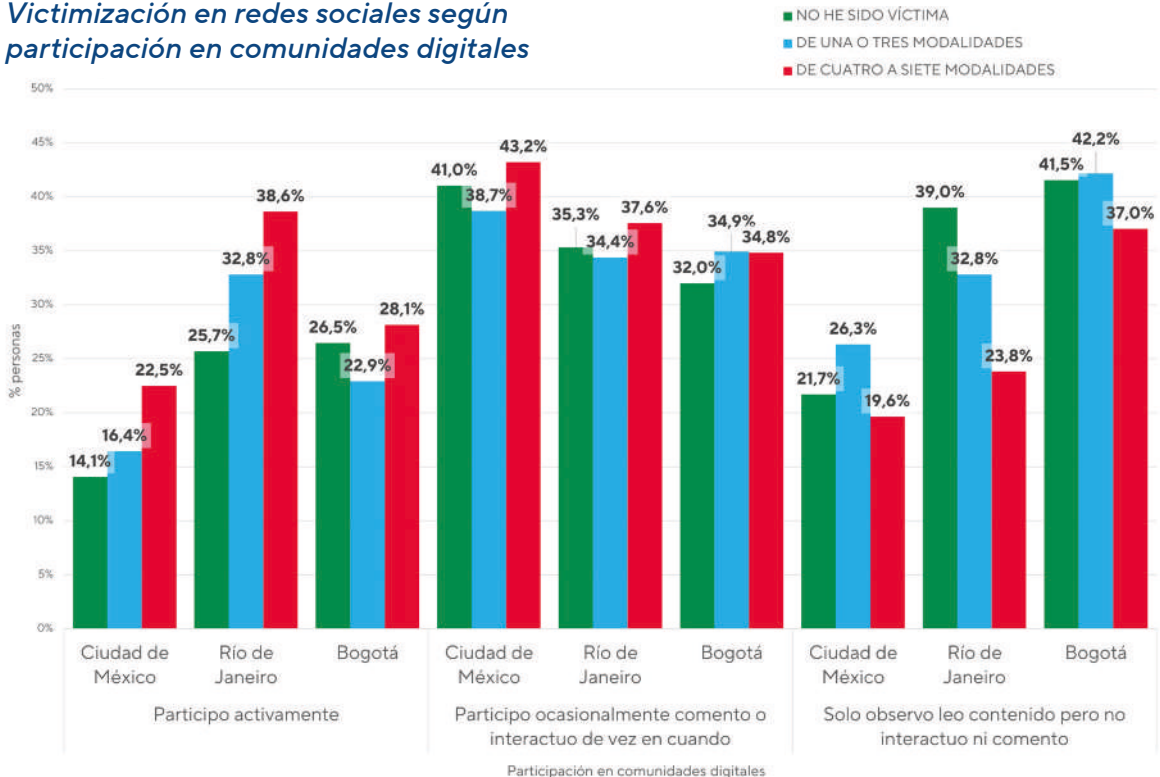
activamente, no a retirarse. Entre quienes no han sido víctimas, el 14,1% participa activamente en comunidades digitales. Esa proporción sube a 16,4% entre quienes han experimentado entre una y tres modalidades y llega a 22,5% entre quienes han experimentado entre cuatro y siete, una diferencia de 8,4 puntos entre los extremos. En sentido contrario, la observación pasiva disminuye levemente a medida que aumenta la victimización: 21,7% entre no víctimas y 19,6% entre quienes tienen más modalidades.

En Río de Janeiro, la victimización múltiple se asocia con mayor involucramiento activo y menor observación pasiva. Entre quienes no han sido víctimas, el 25,7% participa activamente, mientras que entre quienes han experimentado entre cuatro y siete modalidades esa proporción sube a 38,6%, casi 13 puntos más. Al mismo tiempo, la observación pasiva cae de manera marcada: de 39,0% entre no víctimas a 23,8% entre quienes tienen más modalidades, una diferencia de 15,2 puntos (Figura 14).

En Bogotá, las diferencias entre niveles de victimización son leves, aunque los datos apuntan en la misma dirección que las otras dos ciudades. Quienes han experimentado entre cuatro y siete modalidades participan activamente en mayor proporción (28,1%) que quienes no han sido víctimas (26,5%), una diferencia de 1,6 puntos. La victimización en Bogotá no frena la participación, pero tampoco la activa con la misma claridad que en Ciudad de México y Río de Janeiro.

Figura 14 Variable dependiente: ¿Ha experimentado alguna de las siguientes situaciones en redes sociales? Variable dependiente: ¿Cómo describiría su participación en comunidades digitales o grupos en línea? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025

Victimización en redes sociales según participación en comunidades digitales



En conjunto, los datos muestran que quienes más han sido agredidos participan más activamente, lo que sugiere que la exposición a agresiones puede activar formas de respuesta colectiva más que inhibir el involucramiento. Los datos matizan así la idea de que el activismo digital implica únicamente visibilidad y capacidad de incidencia asociándose la participación más activa también con mayor exposición a experiencias de violencia en línea.

Esto plantea un desafío relevante para el debate sobre ciudadanía digital. Más allá de sancionar la violencia digital, resulta relevante considerar las condiciones que permiten sostener la participación sin que ello implique costos desproporcionados para quienes se involucran activamente. La victimización puede tener efectos acumulativos sobre cómo las personas habitan lo digital, no necesariamente alejándolas, pero sí modificando las condiciones desde las que participan.

La participación en entornos digitales no es un asunto de acceso, sino de nivel de escolaridad.

En las tres ciudades se observa un patrón general. El nivel de escolaridad se asocia con diferencias en la forma de participación en comunidades digitales. En Bogotá, Río de Janeiro y Ciudad de México, las personas con menor nivel educativo tienden con mayor frecuencia a adoptar un rol de observación, mientras que quienes cuentan con estudios medios o superiores registran mayores niveles de interacción activa.

En Bogotá, por ejemplo, más de la mitad de quienes sólo cursaron primaria o menos se limita a observar sin interactuar (54,3%). Entre quienes alcanzaron educación universitaria o de posgrado, esta proporción se reduce a valores cercanos a dos de cada cinco, con proporciones entre 37,9% y 41,4%.

En Río de Janeiro, el patrón es similar. Entre las personas con educación básica incompleta, el 55,5% adopta un rol predominantemente observador, mientras que entre quienes cursaron universidad esta cifra desciende a 24,3% (Figura 16). Estos datos sugieren que las diferencias en la participación digital no se explican únicamente por el acceso a internet, sino también por el capital educativo, que puede influir en la disposición o en la confianza para intervenir en espacios digitales.

La relación también se observa en los niveles de participación activa. En Bogotá, entre quienes cuentan con educación técnica, universitaria o de posgrado, entre 26,1% y 28,1% participa activamente en comunidades digitales. Entre quienes sólo alcanzaron primaria, la proporción es menor, con 21,3% (Figura 15). Aunque la diferencia no es muy amplia, indica una asociación consistente entre mayor escolaridad y mayor involucramiento en dinámicas colectivas en línea.

Participación en comunidades digitales según nivel de escolaridad en Bogotá

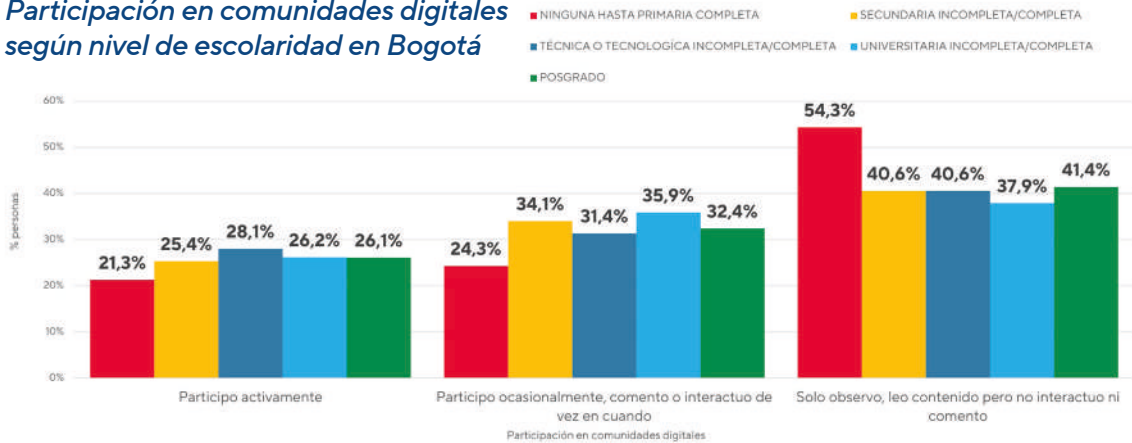


Figura 15 Variable dependiente: ¿Cuál fue el nivel educativo más alto alcanzado por usted? Variable independiente: ¿Cómo describiría su participación en comunidades digitales o grupos en línea? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025

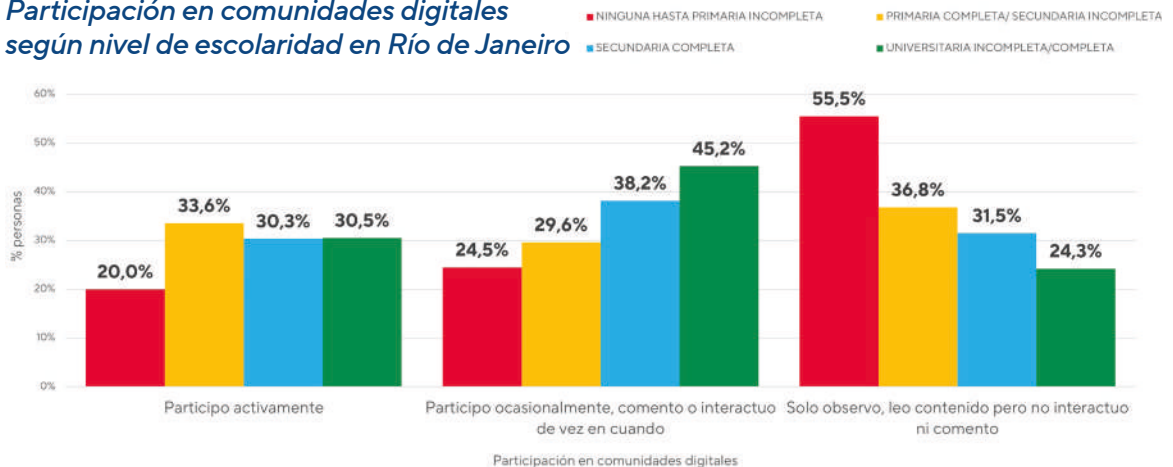
En Río de Janeiro, la diferencia por nivel educativo es más marcada. Entre quienes completaron secundaria o universidad, entre 30,3% y 33,6% participa activamente en comunidades digitales, mientras que entre quienes tienen escolaridad baja la proporción se reduce a 20,0% (Figura 16). Este patrón sugiere una relación más fuerte entre mayor nivel educativo y participación activa.

Figura 16 Variable dependiente: ¿Cuál fue el nivel educativo más alto alcanzado por usted? Variable independiente: ¿Cómo describiría su participación en comunidades digitales o grupos en línea? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025

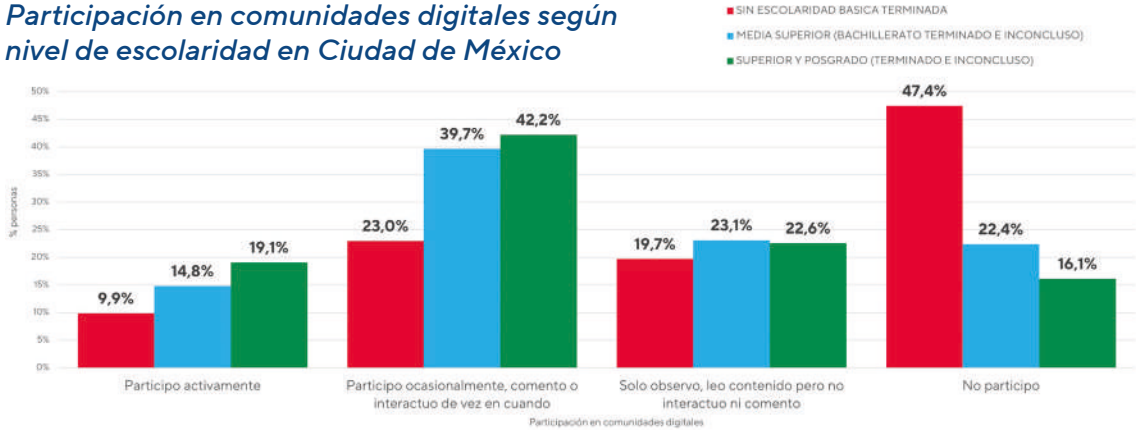
En Ciudad de México, la relación adopta una configuración distinta. La mayor diferencia aparece en la participación ocasional. El 42,2% de quienes cuentan con estudios superiores o de posgrado participa de manera intermitente en comunidades digitales. Esta proporción es cercana a la registrada entre quienes cursaron bachillerato, con 39,7%, y considerablemente mayor que la de quienes no completaron la educación básica, con 23,0%

La no participación también se concentra con mayor intensidad en los niveles educativos más bajos. Entre las personas con menor escolaridad, el 47,4% declara no participar en comunidades digitales. Esta proporción desciende a 22,4% entre quienes cursaron bachillerato y a 16,1% entre quienes cuentan con estudios supe-

Participación en comunidades digitales según nivel de escolaridad en Río de Janeiro



Participación en comunidades digitales según nivel de escolaridad en Ciudad de México



riores. Estos datos indican que la escolaridad influye no sólo en la intensidad de la participación, sino también en la probabilidad de incorporarse a estos espacios.

Las comparaciones entre ciudades permiten observar algunos matices. En Bogotá, todos los niveles educativos registran proporciones relevantes de participación ocasional, con valores que oscilan entre 24,3% y 35,9%. Esto sugiere una presencia relativamente distribuida entre los distintos tramos educativos.

En Río de Janeiro, en cambio, la participación ocasional se concentra con más fuerza en los niveles medios y superiores, con valores entre 38,2% y 45,2%. Entre quienes tienen menor escolaridad, las proporciones son menores, oscilan entre 24,5% y 29,6% (Figura 17).

En Ciudad de México, la brecha se expresa con mayor claridad en la no participación, especialmente entre los niveles educativos más bajos. En este caso, la desigualdad educativa aparece asociada con diferencias más marcadas en la incorporación a comunidades digitales.

Los datos sugieren que la brecha digital se expresa menos en el acceso a dispositivos o conectividad, y más en las diferencias asociadas a la escolaridad y a las formas de participación. Las personas con mayor trayectoria educativa tienden a registrar niveles más altos de participación activa y ocasional, mientras que quienes cuentan con menor escolaridad adoptan con mayor frecuencia roles de observación o no participación.

Estos resultados también abren una discusión para las políticas de ciudadanía digital. Más allá de la infraestructura tecnológica, resulta importante considerar estrategias de formación que reduzcan las brechas en la participación y fortalezcan las capacidades para intervenir en comunidades digitales. La evidencia comparada muestra que la desigualdad educativa continúa asociándose con diferencias en la incorporación a espacios de interacción y colaboración en línea.

Figura 17 Variable dependiente: ¿Cuál fue el nivel educativo más alto alcanzado por usted? Variable independiente: ¿Cómo describiría su participación en comunidades digitales o grupos en línea? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025



Foto: Andrés Piscov

7.2 Cohesión social

Una de las promesas más extendidas sobre las plataformas digitales es que acortan distancias, pues permiten mantener vivos vínculos con personas que, de otra forma, quedarían fuera del alcance cotidiano y facilitan la resolución más rápida de tensiones relacionales. Esta sección examina si esa relación se cumple en las tres ciudades y si el nivel de involucramiento en comunidades digitales distingue quiénes perciben esos beneficios y quiénes no. El análisis se apoya en dos indicadores: la percepción de que las plataformas permiten mantener contacto con personas lejanas, y la percepción de que permiten resolver conflictos más rápidamente, aunque de forma menos personal.

Percepción de la utilidad de las plataformas en el sostenimiento de vínculos a distancia.

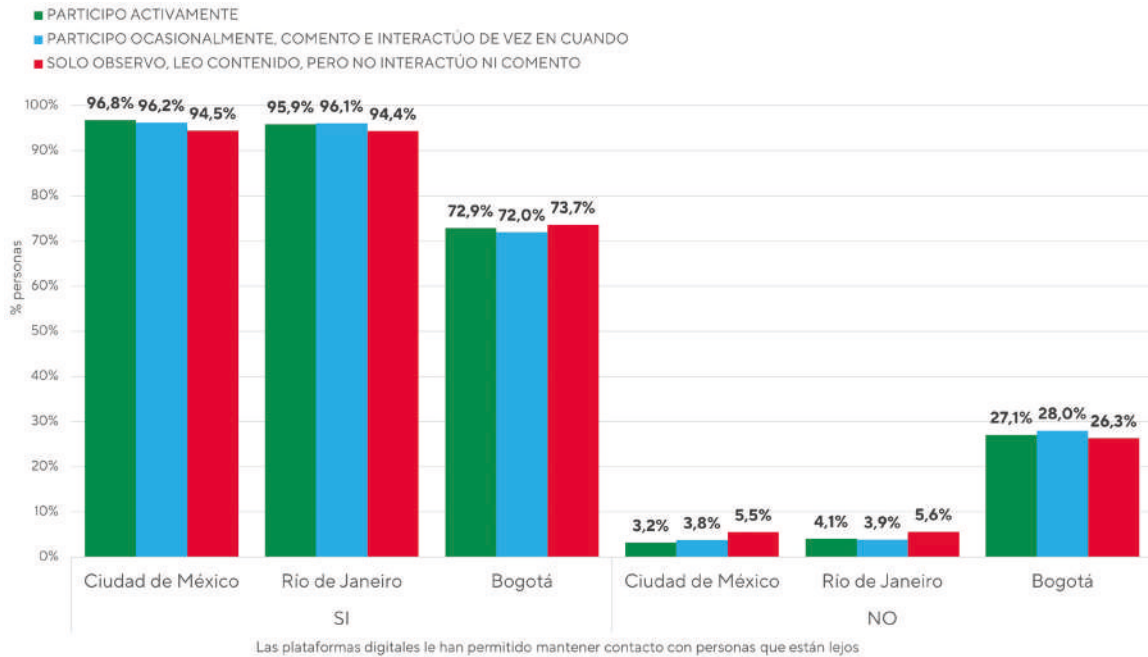
En Ciudad de México y Río de Janeiro existe un consenso amplio sobre la utilidad de las plataformas digitales para mantener contacto con personas que viven lejos, independientemente del nivel de participación en ellas. Las proporciones se mantienen prácticamente iguales entre quienes participan activamente, quienes participan ocasionalmente y entre quienes solo observan, con valores que oscilan entre 94,4% y 96,8% en ambas ciudades (Figura 18).

En Bogotá, el perfil es distinto. La percepción de que las plataformas favorecen el fortalecimiento de los lazos a distancia se expresa en un rango entre el 72% y el 73,7% en todos los niveles de participación. A diferencia de las otras dos ciudades, aproximadamente uno de cada cuatro bogotanos, independientemente de cómo participa en comunidades digitales, no percibe que las plataformas sean útiles para mantener contacto con personas lejanas, una diferencia que supera los 20 puntos al compararse.

Estas diferencias sugieren que el uso de comunidades digitales puede estar asociado con finalidades distintas según el contexto urbano. Mientras que en Ciudad de México y Río de Janeiro el mantenimiento del contacto a distancia aparece como una función ampliamente reconocida de las plataformas, en Bogotá la experiencia digital parece menos asociada a este tipo de beneficio relacional. La valoración del papel relacional de las plataformas puede variar según las condiciones de uso y las experiencias digitales en cada ciudad.

Ahora bien, de manera simultánea, que la percepción generalizada de los beneficios de las plataformas para mantener contacto con personas lejanas no dependa del tipo de vinculación, puede ser un reflejo de que las plataformas se han integrado como parte de la infraestructura cotidiana del vínculo a distancia en estas tres ciudades.

Participación en comunidades digitales según efecto percibido de las plataformas de mantener contacto con personas que están lejos



Percepción de la utilidad de las plataformas en la resolución de conflictos interpersonales.

Figura 18 **Variable dependiente:** ¿Las plataformas digitales le han permitido fortalecer lazos con personas que de otra forma no podría ver con frecuencia?
Variable independiente: ¿Cómo describiría su participación en comunidades digitales o grupos en línea? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.

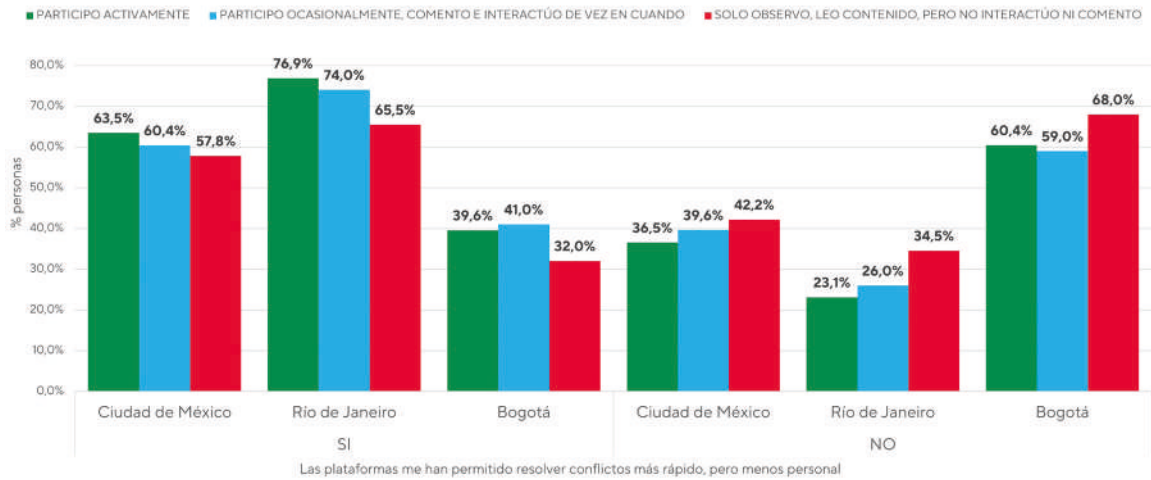
El segundo indicador muestra un patrón diferente. La percepción de que las plataformas permiten resolver conflictos más rápidamente, aunque de forma menos personal, sí varía según el nivel de participación en comunidades digitales en al menos dos de las tres ciudades.

En Río de Janeiro, a mayor involucramiento en comunidades digitales, mayor percepción de que las plataformas facilitan la gestión de conflictos. El 76,9% de quienes participan activamente percibe ese efecto, frente al 74% entre quienes participan ocasionalmente y el 65,5% entre quienes solo observan, una diferencia de 11,4 puntos entre los extremos. En Ciudad de México, la dirección es la misma pero más moderada, esto es, 63,5% entre activos, 60,4% entre ocasionales y 57,8% entre observadores reportan dicha tendencia, una diferencia de 5,7 puntos.

En Bogotá, el patrón se invierte de tal manera que la mayoría de las personas no percibe ese efecto en ningún nivel de participación. El 60,4% de quienes participan activamente, el 59% de quienes participan ocasionalmente y el 68% de quienes solo observan dicen que las plataformas no les han permitido resolver conflictos más rápidamente.

En este indicador, a diferencia del primero, la mayor participación en comunidades digitales no se traduce en una mayor percepción de utilidad de las plataformas para gestionar tensiones relacionales.

Participación en comunidades digitales según efecto de las plataformas de resolver conflictos más rápidamente pero menos personal



En conjunto, estos resultados permiten matizar la hipótesis central. La participación en comunidades digitales sí se asocia con beneficios positivos, como mantener contacto con personas lejanas o resolver conflictos con mayor rapidez. Sin embargo, el alcance de estos efectos depende de cada contexto urbano. (Figura 19).

En Ciudad de México y Río de Janeiro, donde la percepción positiva sobre el mantenimiento de vínculos es prácticamente generalizada, ese reconocimiento se extiende también a la percepción de utilidad para la gestión de conflictos con mayor fuerza entre quienes participan más activamente. En Bogotá, donde una proporción significativa no percibe ese primer beneficio, tampoco se observa una asociación clara entre mayor participación y mayor percepción de utilidad relacional de las plataformas.

Desde una perspectiva comparada, los datos muestran que la transformación digital no sólo incrementa la conectividad, sino que también influye en la manera en que se construyen y mantienen relaciones sociales. En contextos donde esta dimensión relacional está más extendida, el debate puede orientarse hacia las condiciones que permiten sostener esos vínculos de forma segura y estable.

En las tres ciudades, la evidencia sugiere que la dimensión relacional de las plataformas constituye un punto de partida relevante para comprender cómo se configuran las comunidades digitales y sus posibles proyecciones hacia formas más amplias de interacción colectiva.

Figura 19 Variable dependiente: ¿Las plataformas digitales le han permitido resolver conflictos de manera más rápida, pero menos personal? Variable independiente: ¿Cómo describiría su participación en comunidades digitales o grupos en línea? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.



Foto: Juan Santacruz

7.3 Esfera personal y salud mental

Las plataformas digitales no solo median prácticas sociales y culturales, sino que también inciden en la experiencia emocional de quienes las usan. En las sociedades contemporáneas, la vida digital experimenta una paradoja persistente según la cual las personas están más conectadas que nunca, pero esa conectividad convive con formas de malestar que emergen tanto durante el uso como cuando la conexión se interrumpe. Los capítulos de ciudad confirman que esa paradoja tiene expresiones concretas y medibles, pues el uso intensivo de redes sociales se asocia con desgaste emocional posterior al uso, y la ausencia del dispositivo activa reacciones emocionales diferenciadas según el contexto urbano y el perfil de uso.

Esta sección examina tres dimensiones de esa relación desde perspectiva comparada. La primera es si el tiempo de uso de redes sociales se asocia con emociones negativas, tanto tras el uso como ante la abstinencia. La exposición prolongada a entornos de alta estimulación, como los que ofrecen las redes sociales, puede generar un estado de activación emocional que no desaparece cuando el uso termina, sino que se prolonga o se transforma en malestar cuando el acceso se interrumpe.

La segunda se concentra en si ese uso intensivo genera mayor necesidad de pausas digitales deliberadas. La intuición detrás de esta hipótesis es que quienes más usan las plataformas también perciben con mayor claridad los efectos de ese uso y, en respuesta, desarrollan estrategias de autorregulación, como el detox digital. Sin embargo, esa lógica supone que el uso intensivo genera conciencia del problema y capacidad de respuesta, dos condiciones que no son automáticas. El uso elevado puede acompañarse tanto de mayor autorregulación como de mayor integración estructural del dispositivo en la vida cotidiana, lo que hace difícil o incluso innecesaria la pausa deliberada.

La tercera se preocupa por si la pérdida de acceso al celular o a las redes produce frustración, y con qué intensidad y distribución aparece esa emoción en cada ciudad. La hipótesis parte de una observación cotidiana extendida, esto es, que el dispositivo móvil ha dejado de ser un instrumento de comunicación para convertirse en un organizador de la vida cotidiana, un espacio de sociabilidad y un canal de acceso a información, entretenimiento y trabajo. Cuando ese acceso se interrumpe, incluso de forma temporal, la interrupción no es solo operativa sino también emocional.

Las tres preguntas comparten una inquietud de fondo acerca de en qué medida el uso de plataformas digitales se integra en la regulación emocional cotidiana de las personas, y qué ocurre cuando esa integración se interrumpe. El análisis comparado entre Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro permite observar si esos efectos siguen patrones comunes o si adoptan configuraciones distintas según el contexto urbano.

Uso intensivo de redes sociales y emociones negativas ante la desconexión.

El uso intensivo de plataformas digitales no es un fenómeno neutral desde el punto de vista emocional. Las redes sociales operan bajo lógicas de estimulación continua, comparación social y retroalimentación inmediata que pueden generar estados de activación emocional que persisten más allá del momento de uso. Cuando ese ciclo se interrumpe, ya sea porque el acceso desaparece o porque la persona decide desconectarse, la experiencia emocional no necesariamente regresa a un estado de equilibrio.

Lo que varía entre personas y contextos es si esa interrupción se vive como malestar, como indiferencia o como alivio, y en qué medida el tiempo de exposición explica esa variación. Para examinar esa variación el análisis asocia cinco rangos de uso diario de redes sociales (dos horas o menos, de dos a cuatro horas, de cuatro a seis horas, de seis a doce horas y más de doce horas) con la emoción principal que las personas reportan cuando no tienen acceso al celular, internet o redes, clasificada en tres categorías: emoción negativa, emoción positiva e indiferencia.

Los resultados muestran que a mayor intensidad de uso aumenta la proporción de personas que reporta emociones negativas y disminuye la indiferencia emocional cuando pierde acceso al dispositivo. La tendencia es consistente en todos los casos, aunque su intensidad varía de manera notable según el contexto urbano. Río de Janeiro y Bogotá muestran perfiles similares entre sí y más marcados que Ciudad de México (Figura 20).

En Río de Janeiro, el 31,9% de quienes usan redes dos horas o menos al día experimenta emociones negativas ante la desconexión, mientras que la indiferencia alcanza el 42,7% en ese mismo grupo. Al pasar al rango de dos a cuatro horas, el malestar sube levemente a 33% y la indiferencia baja a 39%. Entre cuatro y seis horas el malestar da un salto más pronunciado hasta 43% y la indiferencia continúa descendiendo a 35,2%. En el rango de seis a doce horas el malestar se mantiene en 41,7% y la indiferencia sigue bajando a 34,6%. En el grupo de mayor uso, quienes superan las doce horas diarias, el malestar llega a 57,8% y la indiferencia desciende a 24,3%. La diferencia entre el primer y el último rango es de casi 26 puntos en malestar y de más de 18 puntos en indiferencia, ambos moviéndose en direcciones opuestas.

En Bogotá, el patrón sigue la misma dirección que Río de Janeiro. El 34,5% de quienes usan redes sociales dos horas o menos al día reporta emociones negativas, mientras la indiferencia alcanza el 51,2% en ese grupo. Entre dos y cuatro horas el malestar sube a 38,5% y la indiferencia baja levemente a 51,5%. Entre cuatro y

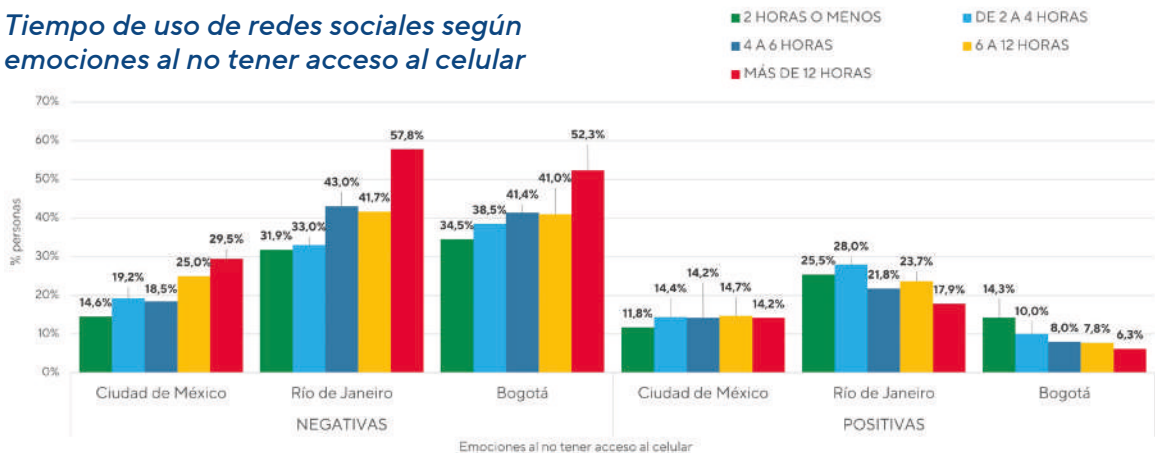
seis horas el malestar alcanza 41,4% y la indiferencia desciende a 50,6%. En el rango de seis a doce horas ambas categorías se mantienen prácticamente estables, con 41% de malestar y 51,1% de indiferencia. El cambio más notable ocurre entre quienes superan las doce horas, en tanto que el malestar sube a 52,3% y la indiferencia cae a 41,5%. Es en ese punto donde la emoción negativa supera por primera vez a la indiferencia en Bogotá, a diferencia de Río de Janeiro donde ese cruce ocurre antes, desde el rango de cuatro a seis horas de uso.

En Ciudad de México, la dirección es la misma, aunque menos personas sienten malestar en cada rango y la indiferencia se mantiene como respuesta mayoritaria incluso en el uso más intensivo. El 14,6% de quienes usan dos horas o menos reporta emociones negativas, mientras la indiferencia alcanza el 73,7%. Entre dos y cuatro horas el malestar sube a 19,2% y la indiferencia baja a 66,3%. Entre cuatro y seis horas el malestar se mantiene en 18,5% y la indiferencia en 67,3%. En el rango de seis a doce horas el malestar sube a 25% y la indiferencia desciende a 60,3%. Entre quienes superan las doce horas, el malestar llega a 29,5% y la indiferencia desciende a 56,4%.

Ahora bien, si centramos la mirada en las emociones positivas, el patrón refuerza la lectura señalada. Entre quienes reportan emociones positivas ante la desconexión, los niveles de uso tienden a ser menores. En Bogotá, esa asociación es la más clara: el 14,3% de quienes usan dos horas o menos reporta emociones positivas, proporción que desciende progresivamente hasta 6,3% entre quienes superan las doce horas. En Río de Janeiro, la tendencia apunta en la misma dirección, aunque con menos regularidad: las emociones positivas son más frecuentes en los rangos bajos de uso y menos frecuentes en el extremo superior, donde alcanzan el 17,9%. En Ciudad de México, en cambio, las emociones positivas se mantienen prácticamente estables en todos los rangos, entre 11,8% y 14,7%, sin que el tiempo de uso modifique de manera sustantiva esa distribución.

Figura 20 Variable dependiente: ¿Qué emoción principalmente experimenta cuando no tiene acceso a su celular, internet o redes sociales? [positivas: alivio o relajación; negativas: frustración, ansiedad, o miedo a perderse algo]. Variable independiente: ¿Cuánto tiempo en promedio usa al día las redes sociales? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.

Tiempo de uso de redes sociales según emociones al no tener acceso al celular



Considerados en conjunto, los datos muestran que la relación entre uso intensivo y experiencia emocional ante la desconexión no es idéntica en las tres ciudades, pero sigue una dirección común. Cuando el acceso se interrumpe, algunas personas experimentan emociones que van más allá de una simple incomodidad operativa. Ese efecto es más pronunciado donde el dispositivo ocupa un lugar más central en la vida cotidiana, como muestran los capítulos de Río de Janeiro y Bogotá, donde la distribución emocional se desplaza con mayor fuerza hacia el malestar a medida que aumenta el uso. En Ciudad de México ese desplazamiento existe, pero es más moderado, y la indiferencia permanece dominante incluso en los rangos de mayor exposición.

Esa integración emocional plantea dos preguntas que las siguientes subsecciones abordan directamente: si quienes más usan las plataformas también desarrollan estrategias para regular ese vínculo emocional y qué ocurre cuando la interrupción no es gradual sino abrupta e involuntaria.

Mayor uso de redes sociales no implica más detox: desconexión voluntaria y tiempo de exposición.

La subsección anterior mostró que el uso intensivo de redes sociales se asocia con mayores emociones negativas ante la desconexión. Una pregunta natural que surge de ese hallazgo es si quienes más usan dichas redes también desarrollan estrategias deliberadas para contrarrestar ese efecto. La idea que sustenta esta hipótesis es que a mayor exposición cabría esperar mayor conciencia del impacto emocional y, en respuesta, mayor necesidad de pausas voluntarias o detox digital.

Para examinar esta idea, el análisis asocia los mismos cinco rangos de uso diario de redes sociales mencionados en la sección previa con las prácticas de desconexión voluntaria reportadas por las personas, clasificadas según el tiempo de duración de esa pausa en cuatro categorías: nunca haberse desconectado, pausas de una semana o menos, pausas de más de una semana y menos de un mes, y pausas de más de un mes.

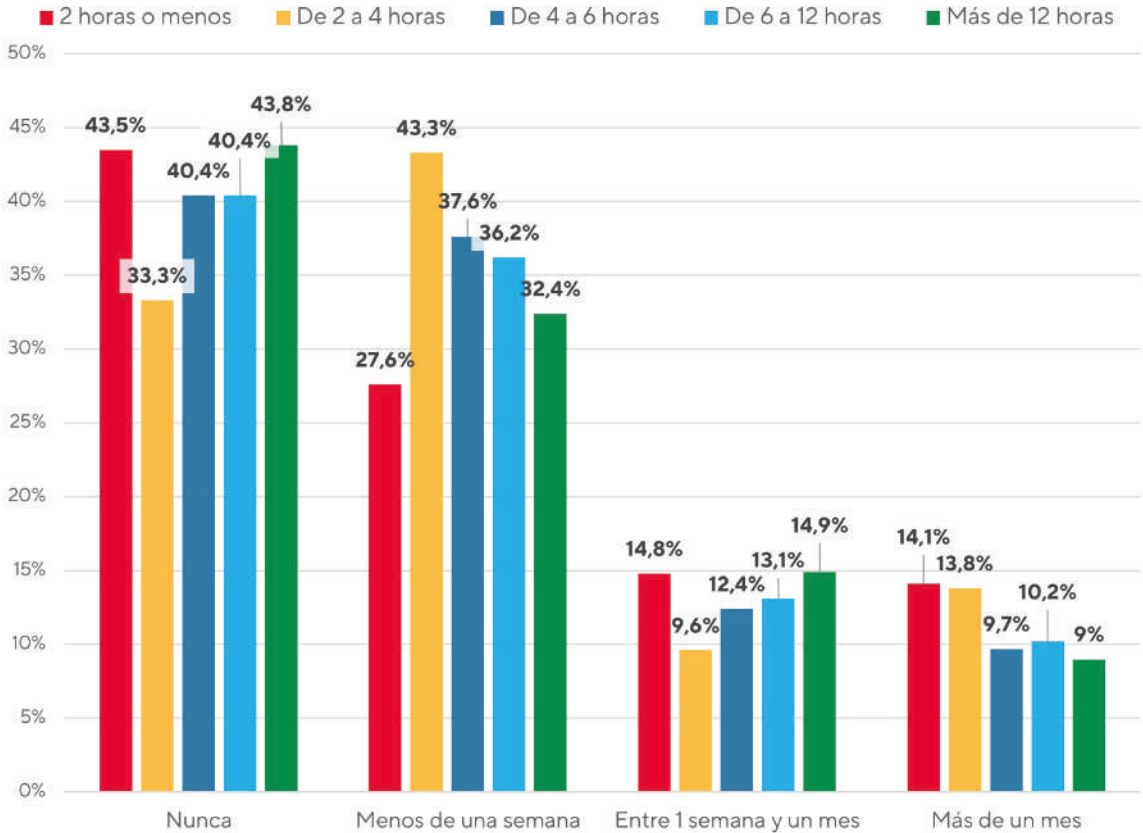
En las tres ciudades, los datos señalan que quienes más usan las redes no son quienes más se desconectan voluntariamente y, aunque la asociación entre tiempo de uso y detox digital existe, no sigue una dirección lineal en ninguna ciudad.

En Río de Janeiro, el patrón muestra que tanto quienes menos usan las redes como quienes más las usan coinciden en no desconectarse, mientras que son los usuarios intermedios quienes más pausas reportan. El 43,5% de quienes usan dos horas o menos nunca se ha desconectado voluntariamente, proporción similar al

43,8% que se registra entre quienes superan las doce horas diarias. En los rangos intermedios, la desconexión es más frecuente pues entre quienes usan de dos a cuatro horas el 43,3% reporta pausas de una semana o menos, entre cuatro y seis horas ese porcentaje baja a 37,6%, entre seis y doce horas a 36,2%, y en el grupo de mayor uso desciende a 32,4% (Figura 21).

Figura 21 Variable independiente: Tiempo de uso diario de redes sociales. Variable dependiente: práctica de desconexión voluntaria. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Desconexión voluntaria según tiempo de uso diario de redes sociales - Río de Janeiro



En Bogotá, lo más característico no es quién se desconecta, sino por cuánto tiempo lo hace. En todos los rangos de uso de redes sociales, incluido el más intensivo, quienes realizan alguna pausa la mantienen, casi siempre, por una semana o menos: entre el 53,8% y el 63,5% de quienes se desconectan en cada grupo elige pausas cortas. Las desconexiones prolongadas, de más de una semana, son minoritarias en todos los rangos y no crecen con el uso. Así, entre quienes superan las doce horas diarias, apenas el 7,9% reporta pausas de más de una semana y menos de un mes, y el 8,4% pausas de más de un mes, proporciones similares a las de quienes usan dos horas o menos (Figura 22).

Desconexión voluntaria según tiempo de uso diario de redes sociales - Bogotá

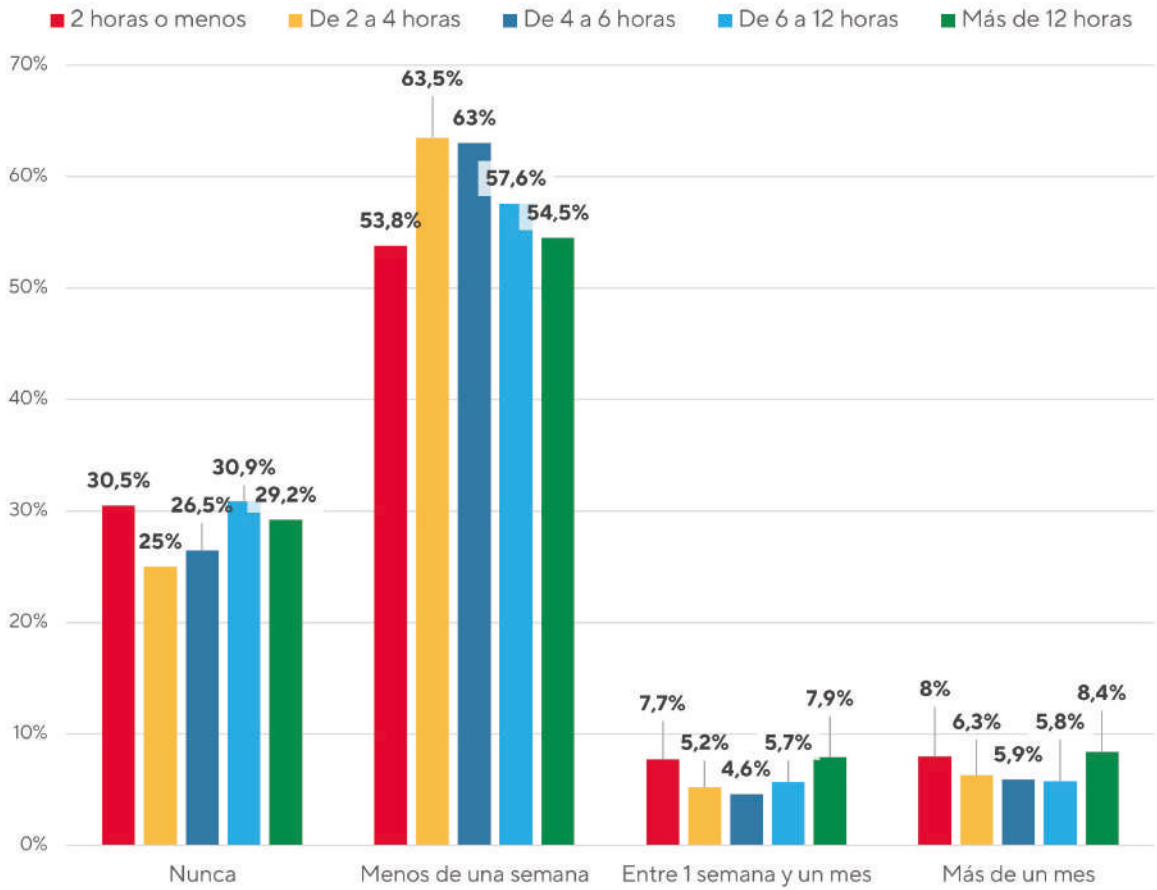
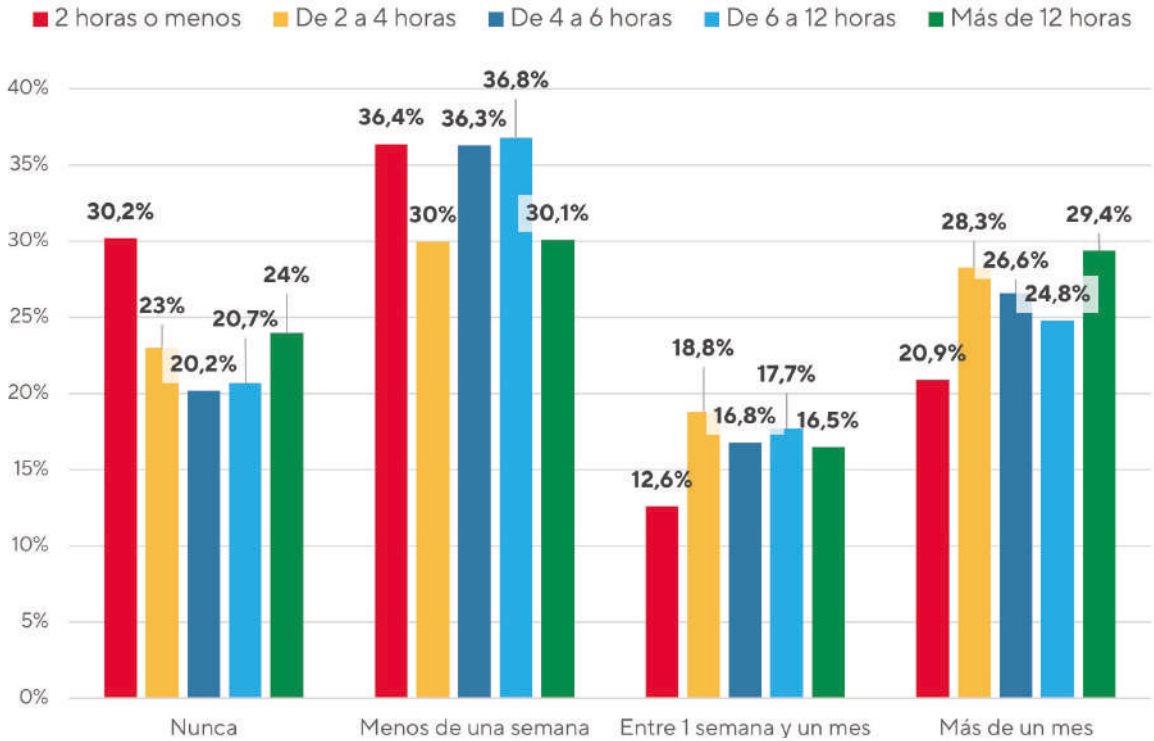


Figura 22 Variable independiente: tiempo de uso diario de redes sociales. Variable dependiente: práctica de desconexión voluntaria. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

En Ciudad de México la desconexión voluntaria es una práctica extendida en todos los rangos de uso. El 69,8% de quienes usan dos horas o menos reporta haberse desconectado alguna vez, proporción que sube al 77% entre dos y cuatro horas, al 79,8% entre cuatro y seis horas, baja levemente al 79,3% entre seis y doce horas, y desciende al 76% entre quienes superan las doce horas. Lo que sí varía con el uso es la duración de las pausas, dado que, cuando los usuarios de mayor intensidad se desconectan, tienden a hacerlo por períodos más largos. El 32,1% de quienes superan las doce horas y se han desconectado reporta pausas de más de un mes y hasta un año, frente al 24,2% entre quienes usan dos horas o menos. El uso intensivo no genera más desconexiones, pero sí parece asociarse con pausas de mayor duración cuando estas ocurren (Figura 23).

Desconexión voluntaria según tiempo de uso diario de redes sociales - CDMX



En las tres ciudades, quienes más usan las redes no son necesariamente quienes más se desconectan. Río de Janeiro muestra que el uso elevado coexiste con altas proporciones de personas que nunca han hecho una pausa, como si la intensidad de uso consolidara una forma de habitar lo digital en la que la desconexión se vuelve prescindible. Bogotá revela que cuando las pausas ocurren, son casi siempre breves, independientemente de cuánto se use el dispositivo. En Ciudad de México, la desconexión es una práctica generalizada pero su frecuencia no crece con el uso, aunque sí lo hace la duración de las pausas entre quienes más usan las redes.

Lo que estos perfiles tienen en común es que la desconexión voluntaria no sigue la lógica de una respuesta proporcional al desgaste. Más que una estrategia de autorregulación que crece con la exposición, parece responder a condiciones personales, contextuales y culturales que varían según cada ciudad. Esa complejidad conecta con la pregunta que cierra esta sección: si el detox voluntario no es la respuesta predominante ante el uso intensivo, ¿qué ocurre entonces cuando la interrupción no es elegida sino impuesta? La siguiente subsección examina justamente qué emociones emergen cuando el acceso al dispositivo desaparece de manera abrupta e involuntaria.

Figura 23 Variable independiente: tiempo de uso diario de redes sociales. Variable dependiente: práctica de desconexión voluntaria. Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Río de Janeiro, 2025.

Perder el acceso al dispositivo móvil: entre la indiferencia y la ansiedad.

El dispositivo móvil y las redes sociales han dejado de ser simples instrumentos de comunicación. Para una proporción creciente de las personas en las ciudades, estos dispositivos son organizadores de la vida cotidiana, espacios de sociabilidad y canales de acceso permanente a información. Cuando ese acceso se interrumpe, aunque sea de forma temporal e involuntaria, la reacción no es uniforme. Algunas personas declaran experimentar ansiedad, frustración o miedo a perderse algo; otras sienten alivio o relajación; y hay quienes simplemente son indiferentes. Esta tercera dimensión desplaza la mirada hacia un escenario distinto al de las subsecciones anteriores: no la reacción emocional frente al uso, sino frente a una interrupción abrupta e involuntaria del acceso al dispositivo móvil y las redes sociales.

Para examinarla, el análisis registra las emociones que las personas reportan cuando no tienen acceso al celular o redes sociales, clasificadas en emociones negativas (ansiedad, frustración y miedo a perderse algo), emociones positivas (alivio y relajación) e indiferencia (quienes declaran no experimentar ninguna reacción emocional particular). En las tres ciudades, la indiferencia es la respuesta más frecuente ante la pérdida de acceso, pero las emociones negativas tienen una presencia relevante que varía en cada contexto urbano, aunque la ansiedad es la que más proporción de personas concentra (Figura 24).

Río de Janeiro es donde menos personas son indiferentes a la pérdida de acceso, alcanzando el 31,7%. Las emociones negativas suman el 41,2%, encabezadas por la ansiedad con 22,2%, seguida del miedo a perderse algo con 12,9% y la frustración con 6,1%. Lo que también distingue a Río de Janeiro es la presencia significativa de emociones positivas en tanto que el alivio alcanza el 12,9% y la relajación el 10,1%, lo que significa que cerca del 23% de las personas experimenta una emoción positiva ante la pérdida de acceso.

En Bogotá, la indiferencia es declarada como reacción ante la pérdida de acceso por el 42,4% de las personas. Lo que distingue a esta ciudad de las otras dos es que las emociones negativas y positivas presentan la menor brecha entre sí. Por un lado, las negativas suman 29,3%, siendo la ansiedad la más frecuente, con 13,1% seguida de la frustración con 10,6% y el miedo a perderse algo con 5,6%. Por otro lado, las positivas alcanzan el 25,4%, con la relajación en 16,4% y el alivio en 9%.

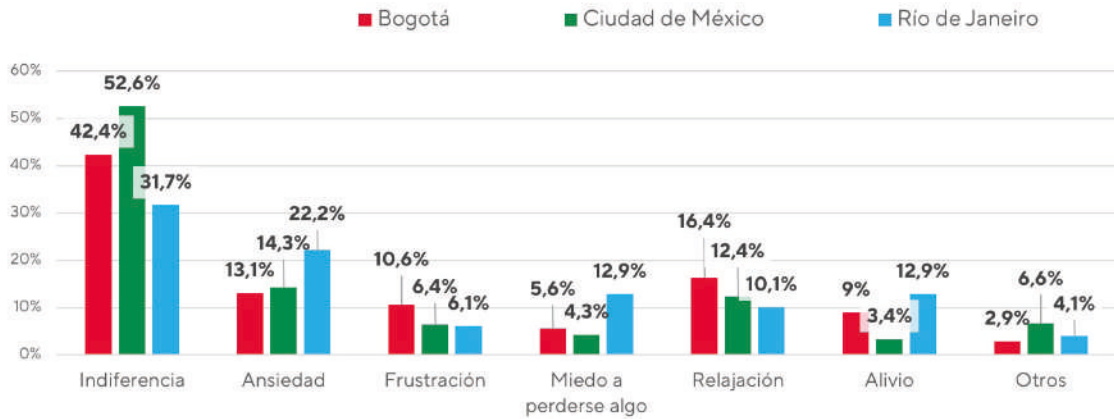
En Ciudad de México, la indiferencia es la respuesta claramente dominante con 52,6%, la proporción más alta de las tres ciudades. Las emociones negativas suman el 25%, siendo la ansiedad

la más frecuente, con 14,3% más frecuente con 14,3%, seguida de la frustración con 6,4% y el miedo a perderse algo con 4,3%. Las emociones positivas alcanzan el 15,8%, con la relajación en 12,4% y el alivio en 3,4%. Lo que distingue a Ciudad de México de Bogotá, con quien comparte un perfil de indiferencia alta y emociones negativas moderadas, es que quienes no sienten malestar tienden simplemente a no sentir nada, mientras que en Bogotá quienes no sienten malestar tienden a experimentar algo positivo.

Sumado a lo anterior, Ciudad de México es la única ciudad donde se dispone de una pregunta adicional que desagrega la reacción ante la pérdida específica de las redes sociales. En este caso, la indiferencia sube al 65,6% y la ansiedad baja al 9,5%, la relajación del 12,4% al 9,5%, la frustración del 6,4% al 4,7%, el miedo a perderse algo del 4,3% al 4,2% y el alivio del 3,4% al 3,6%. Casi todas las emociones, tanto negativas como positivas, disminuyen cuando la pérdida se refiere solo a las redes sociales, mientras la indiferencia crece y el alivio se mantiene prácticamente estable. El dispositivo, con todo lo que organiza y sostiene en la vida cotidiana, puede generar mayor vulnerabilidad emocional que las plataformas consideradas de manera aislada.

Figura 24 Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.

Emoción ante pérdida de acceso a celular, internet o redes sociales



En suma, lo que estos perfiles sugieren es que la reacción emocional ante la pérdida de acceso no depende únicamente de si el dispositivo está integrado en la vida cotidiana, sino de cómo está integrado y con qué intensidad emocional.

En Río de Janeiro, esa integración parece más cargada emocionalmente en ambas direcciones: genera más malestar, pero también más alivio cuando desaparece. En Ciudad de México la integración es más funcional que emocional, puesto que el dispositivo organiza la vida cotidiana pero su ausencia no activa reacciones intensas en ninguna dirección. Bogotá ocupa un lugar intermedio, donde el equilibrio entre emociones negativas y positivas sugiere una relación con el dispositivo más ambivalente que en las otras dos ciudades.

Las plataformas digitales han transformado las condiciones en que las personas acceden, consumen y producen cultura. Lo que antes requería desplazamientos físicos, infraestructura especializada o redes de contacto presenciales, hoy puede ocurrir a través de una aplicación, una comunidad en línea o una recomendación en redes sociales. Esa transformación no es unidireccional. Las personas que participan activamente en comunidades digitales tienden a involucrarse más en prácticas culturales presenciales, y quienes tienen una vida cultural activa tienden a usar más las plataformas digitales para extender, compartir y ampliar esa experiencia. La relación entre participación digital y vida cultural es bidireccional y se refuerza en ambos sentidos.

Esta sección examina esa relación desde dos ángulos complementarios. El primero analiza si quienes más asisten a actividades culturales también participan más activamente en comunidades digitales. El segundo examina si quienes más usan las plataformas, medido ese uso tanto por el número de aplicaciones como por el tiempo en redes sociales también presentan mayores niveles de asistencia cultural. Los dos ángulos responden a la misma pregunta desde lados distintos y permiten construir una lectura más completa de cómo se articulan la vida digital y la vida cultural en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro.

Participación cultural presencial y comunidades digitales.

La relación entre asistencia a actividades culturales y participación en comunidades digitales muestra patrones diferenciados entre las tres ciudades. Entre quienes no han asistido recientemente a actividades culturales se observan diferencias claras. En Ciudad de México y Río de Janeiro, entre el 16,8% y el 21,7% de quienes participan activamente en comunidades digitales no han asistido a actividades culturales, mientras que entre quienes adoptan un rol predominantemente observador estas proporciones son mayores. En Bogotá, la distribución es distinta. La no asistencia se concentra especialmente entre quienes solo observan contenido sin interactuar (53,4%), seguida de quienes participan activamente (41,8%) y de quienes lo hacen de manera ocasional (39,4%) (Figura 25).

En las tres ciudades existe un grupo de personas cuya participación cultural se concentra principalmente en entornos digitales. Sin embargo, esta situación aparece con mayor peso en Bogotá. Los datos indican que la presencia en comunidades digitales no siempre se traduce en asistencia a actividades culturales. En algunos casos, el consumo cultural parece mantenerse principalmente en la esfera digital, sin una articulación equivalente con la oferta presencial.

Participación en comunidades digitales según asistencia a actividades culturales

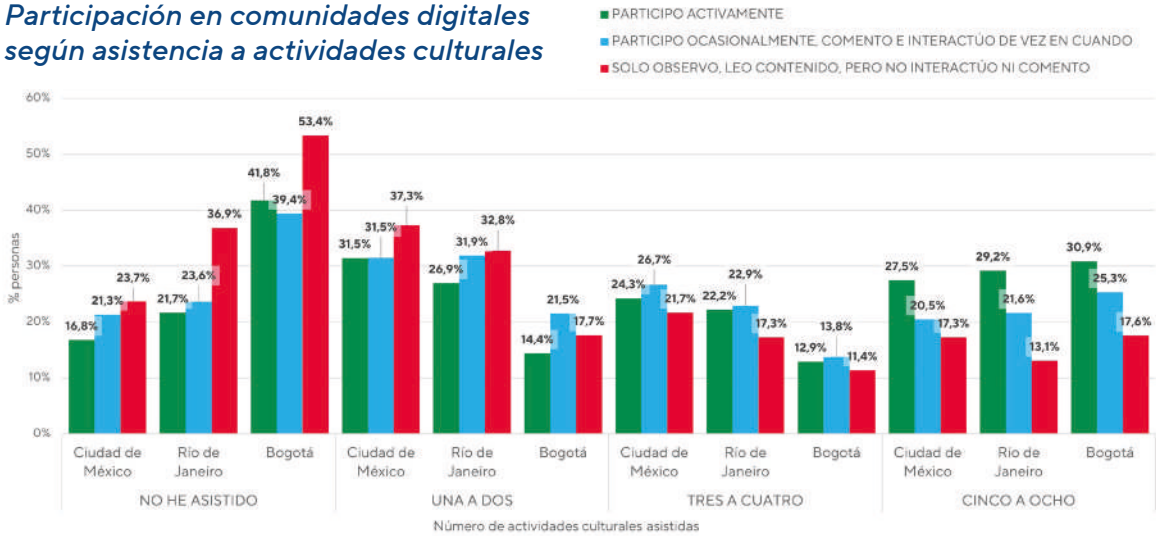


Figura 25 Variable dependiente: En los últimos 12 meses, ¿ha realizado las siguientes actividades culturales ya sea como consumidor y/o como creador? Variable independiente: ¿Cómo describiría su participación en comunidades digitales o grupos en línea? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.

Al observar a quienes asistieron a una o dos actividades culturales, la distribución se vuelve más equilibrada. En Ciudad de México, el 31,5% participa activamente en comunidades digitales y el 31,5% lo hace de manera ocasional, mientras el 37,3% adopta un rol observador. En Río de Janeiro, las proporciones son 26,9% de participación activa, 31,9% de participación ocasional y 32,8% de observación. En Bogotá, los valores alcanzan 14,4%, 21,5% y 17,7%, respectivamente.

Este patrón permite observar la interacción entre la participación cultural presencial y la actividad en comunidades digitales. Las personas con algún nivel de asistencia cultural tienden también a registrar mayores niveles de involucramiento en espacios digitales. La asistencia a actividades culturales aparece asociada con un uso más activo de las aplicaciones, mientras que la presencia en comunidades digitales puede contribuir a sostener o ampliar el interés por la oferta cultural.

Entre quienes reportan haber asistido a tres o cuatro actividades culturales, la participación activa en comunidades digitales se mantiene relevante en Ciudad de México y Río de Janeiro, con valores entre 21,7% y 24,3%, mientras que la observación pasiva se reduce a aproximadamente una de cada cinco personas. Bogotá muestra una configuración distinta. Aunque la asistencia cultural es significativa, la participación activa en comunidades digitales es menor, con 12,9%, mientras que la participación ocasional y la observación presentan valores cercanos entre sí, 13,8% y 11,4%.

El patrón se intensifica entre quienes asistieron a cinco a ocho actividades culturales. En las tres ciudades, este grupo concentra las proporciones más altas de participación activa en comunidades digitales. En Ciudad de México y Río de Janeiro, entre el 27,5% y el 29,2% participa activamente, mientras que la observación pasiva se

reduce a entre 13,1% y 17,3%. En Bogotá, la asociación es aún más marcada. El 30,9% participa activamente y el 25,3% lo hace de manera ocasional, con una menor proporción de observadores, del 17,6%

En este punto se observa con mayor claridad la interacción entre participación cultural presencial y actividad en comunidades digitales. Las plataformas pueden operar como espacios de difusión y discusión de la oferta cultural, mientras que la asistencia a eventos presenciales se asocia con una mayor producción e intercambio de contenidos en línea.

En conjunto, los resultados muestran que la relación entre vida cultural y participación digital no es completamente lineal, pero sí presenta una asociación consistente. **A mayor nivel de asistencia cultural aumenta la probabilidad de involucramiento activo en comunidades digitales.** Las diferencias entre ciudades sugieren que la articulación entre esfera cultural y digital adopta configuraciones específicas según el contexto urbano.

Desde una perspectiva de política cultural, los datos indican que las comunidades digitales pueden operar como espacios complementarios a la experiencia cultural presencial. Sin embargo, la intensidad y la forma de esa complementariedad varían entre ciudades y niveles de participación cultural.

Uso de aplicaciones digitales y asistencia cultural.

La relación entre el uso cotidiano de aplicaciones digitales y la asistencia a actividades culturales permite observar cómo se articulan los hábitos digitales con la participación cultural presencial. En las tres ciudades aparece una primera pauta clara. Entre quienes no han asistido a ninguna actividad cultural reciente predominan los niveles bajos o inexistentes de uso de aplicaciones.

En Ciudad de México, el 59,6% de este grupo declara no utilizar aplicaciones, mientras que en Río de Janeiro la proporción asciende al 72,4%. En Bogotá, el 53,8% reporta no usar aplicaciones, y también aparece una proporción importante en niveles de uso moderado, entre una y cinco horas diarias (50,5%). En este grupo, el uso intensivo es minoritario. Solo el 9,2% en Ciudad de México y el 18,3% en Río de Janeiro declara utilizar aplicaciones entre once y dieciocho horas al día, mientras que en Bogotá esta proporción desciende a 4,3% (Figura 26).

Cuando el uso de aplicaciones digitales es limitado o inexistente, también es menor la probabilidad de exposición a contenidos, recomendaciones o información cultural difundida a través de estos canales. En este nivel, la relación entre digitalidad y asistencia cultural aparece restringida por la intensidad del uso de plataformas.

Tiempo de uso de aplicaciones según asistencia a actividades culturales

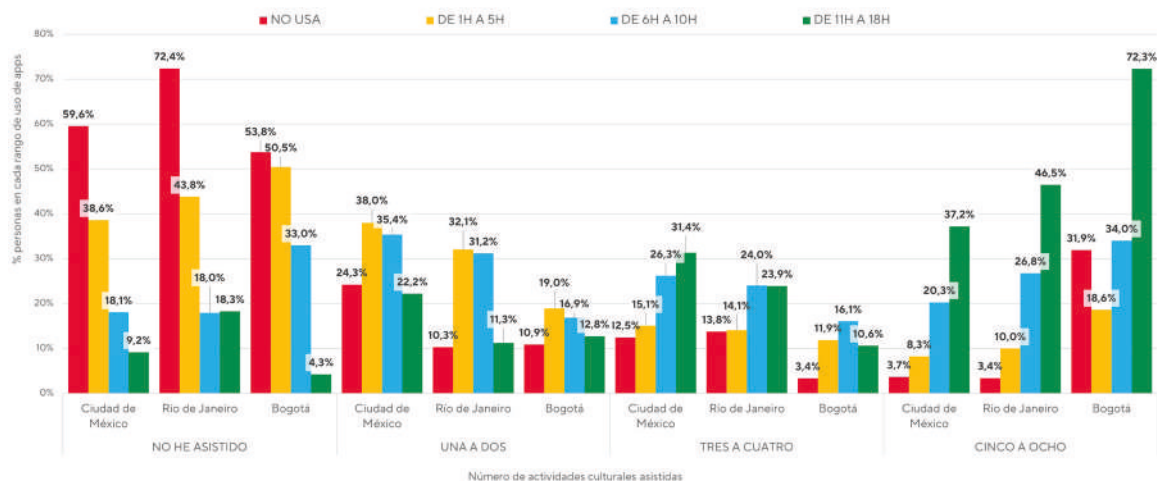


Figura 26 Variable dependiente: En los últimos 12 meses, ¿ha realizado las siguientes actividades culturales ya sea como consumidor y/o como creador? Variable independiente: ¿Cuántas horas usa al día aplicaciones del teléfono? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.

Entre quienes han asistido a una o dos actividades culturales, se observa un cambio en la distribución del uso de aplicaciones. En Ciudad de México, la proporción de no usuarios se reduce a 24,3%, mientras aumenta el peso de los niveles cotidianos de uso. El 38,0% utiliza aplicaciones entre una y cinco horas al día, el 35,4% entre seis y diez horas y el 22,2% entre once y dieciocho horas.

En Río de Janeiro, el grupo de no usuarios representa el 10,3%, mientras que el 32,1% utiliza aplicaciones entre una y cinco horas, el 31,2% entre seis y diez horas y el 11,3% entre once y dieciocho horas. En Bogotá, el 10,9% declara no usar aplicaciones, el 19,0% utiliza entre una y cinco horas, el 16,9% entre seis y diez horas y el 12,8% entre once y dieciocho horas.

Estos resultados sugieren una asociación bidireccional entre asistencia cultural y uso de aplicaciones digitales. **La participación cultural puede apoyarse en herramientas digitales para informarse y coordinar, mientras que el mayor uso de aplicaciones puede incrementar la exposición a contenidos culturales.**

Entre quienes han asistido a tres o cuatro actividades culturales, la relación entre vida cultural presencial y uso de aplicaciones digitales se mantiene. En Ciudad de México, el 12,5% se declara no usuario de aplicaciones, el 15,1% utiliza entre una y cinco horas, el 26,3% entre seis y diez horas y el 31,4% entre once y dieciocho horas.

En Río de Janeiro, la distribución se reparte entre 13,8% de no usuarios, 14,1% de uso entre una y cinco horas, 24,0% entre seis y diez horas y 23,9% entre once y dieciocho horas. En Bogotá, el 3,4% se declara no usuario, el 11,9% utiliza aplicaciones entre una y cinco horas, el 16,1% entre seis y diez horas y el 10,6% entre once y dieciocho horas.

El patrón se intensifica entre quienes han asistido a cinco a ocho actividades culturales. En Ciudad de México, el 8,3% se declara no usuario de aplicaciones, el 20,3% utiliza entre una y cinco horas, el 37,2% entre seis y diez horas y el 27,5% entre once y dieciocho horas. En Río de Janeiro, los valores alcanzan 3,4%, 10,0%, 26,8% y 46,5%, respectivamente.

En Bogotá, en cambio, la relación adopta una forma distinta. Entre quienes han asistido al mayor número de actividades culturales, el 3,4% declara no usar aplicaciones, el 31,9% utiliza entre una y cinco horas, el 18,6% entre seis y diez horas y el 72,3% reporta utilizar aplicaciones entre once y dieciocho horas al día.

En Ciudad de México y Río de Janeiro, el uso entre los asistentes culturales se concentra principalmente en rangos intermedios de uso diario, entre una y diez horas. En Bogotá, en cambio, aparece un grupo de usuarios con niveles considerablemente más altos de uso digital.

Desde una perspectiva comparada, los datos muestran una asociación progresiva entre nivel de asistencia cultural y uso de aplicaciones digitales. Quienes no participan en actividades culturales tienden a registrar niveles bajos de uso, mientras que quienes asisten con mayor frecuencia presentan también mayores niveles de uso de aplicaciones.

El vínculo entre digitalidad y vida cultural adopta configuraciones distintas según el contexto urbano. Desde una perspectiva de política cultural y digital, los resultados sugieren que las herramientas digitales pueden facilitar el acceso a la información cultural y la coordinación de actividades, aunque la intensidad de este vínculo varía según las dinámicas de uso digital en cada ciudad.

Asistencia cultural y tiempo de uso de redes sociales.

La relación entre asistencia a actividades culturales y tiempo de uso de redes sociales permite observar cómo se distribuye el tiempo digital en distintos niveles de participación cultural. En las tres ciudades aparece un primer patrón común. Entre quienes no han asistido a ninguna actividad cultural reciente, el uso de redes sociales se concentra principalmente en los rangos más bajos de uso diario.

En Ciudad de México, el 46,9% de este grupo utiliza redes sociales dos horas o menos al día y el 36,6% entre dos y cuatro horas. Los rangos de uso más intensivo son menores, aunque presentes. El 27,0% declara usar redes entre cuatro y seis horas, el 22,2% entre seis y doce horas y el 16,6% más de doce horas (Figura 27).

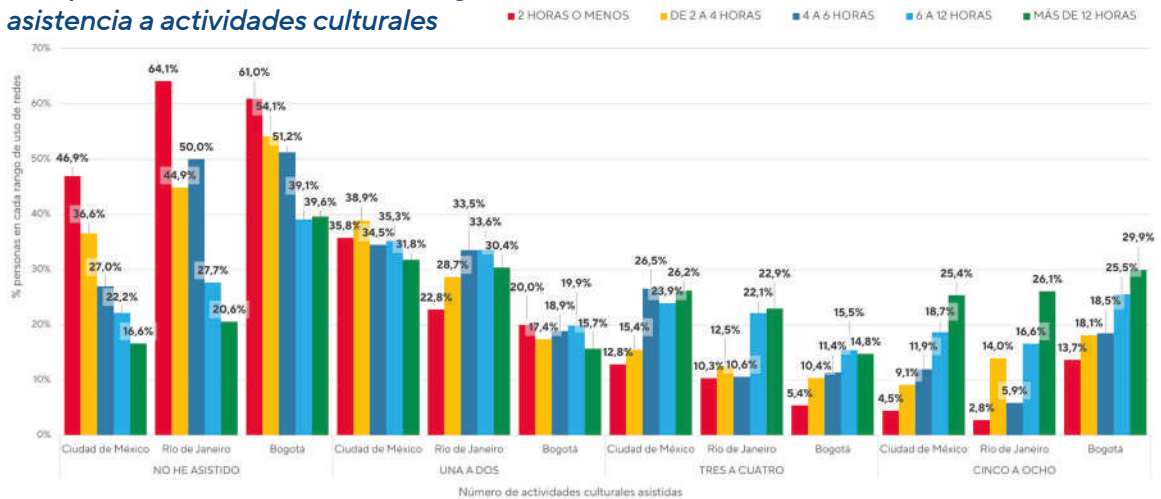
En Río de Janeiro, la distribución se inclina también hacia los rangos iniciales de uso. El 64,1% utiliza redes dos horas o menos al día y el 44,9% entre dos y cuatro horas. Al mismo tiempo, aparecen proporciones importantes en rangos intermedios, con 50% entre cuatro y seis horas y 27,7% entre seis y doce horas. El uso superior a doce horas alcanza el 20,6%.

Bogotá muestra una distribución más extendida a lo largo de todos los rangos de uso. El 61,0% utiliza redes dos horas o menos al día y el 54,1% entre dos y cuatro horas, pero también aparecen proporciones relevantes en niveles más intensivos. El 51,2% declara usar redes entre cuatro y seis horas, el 39,1% entre seis y doce horas y el 39,6% más de doce horas.

Figura 27 Variable dependiente: En los últimos 12 meses, ¿ha realizado las siguientes actividades culturales ya sea como consumidor y/o como creador? Variable independiente: ¿Cuántas horas usa al día redes sociales? Fuente: Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura en Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro, 2025.

Estos datos permiten plantear que, cuando la vida cultural presencial es limitada, las redes sociales pueden concentrar una parte importante del tiempo cotidiano. Informan, entretienen y generan una sensación de actividad cultural sin requerir desplazamientos físicos. Al mismo tiempo, también fragmentan el tiempo disponible y tienden a capturar una porción creciente de la atención diaria.

Tiempo de uso de redes sociales según asistencia a actividades culturales



Al pasar al grupo que ha asistido a una o dos actividades culturales, el tiempo de uso comienza a redistribuirse. En Ciudad de México, el 35,8% utiliza redes dos horas o menos al día y el 38,9% entre dos y cuatro horas. Los rangos intermedios adquieren mayor presencia, con 34,5% entre cuatro y seis horas y 35,3% entre seis y doce horas, mientras que el uso superior a doce horas alcanza 31,8%.

En Río de Janeiro, la distribución también se desplaza hacia los rangos intermedios. El 22,8% utiliza redes dos horas o menos, el 28,7% entre dos y cuatro horas y el 33,5% entre cuatro y seis horas. Los niveles de uso más intensivo alcanzan 33,6% entre seis y doce horas y 30,4% más de doce horas.

En Bogotá, la transición adopta otra forma. Quienes registran al menos una participación cultural reciente reducen su presencia en los rangos de uso más intensivo y se concentran con mayor fuerza en consumos intermedios. El 20,0% utiliza redes dos horas o menos, el 17,4% entre dos y cuatro horas y el 18,9% entre cuatro y seis horas, mientras que el 19,9% se ubica entre seis y doce horas y el 15,7% supera las doce horas.

Entre quienes han asistido a tres o cuatro actividades culturales, el patrón se mantiene. En Ciudad de México el uso entre cuatro y seis horas alcanza 26,5% y el rango entre seis y doce horas 23,9%, mientras que el uso superior a doce horas llega a 26,2%. En Río de Janeiro el 22,1% utiliza redes entre seis y doce horas y el 22,9% más de doce horas. En Bogotá los niveles de uso intensivo son menores, con 15,5% entre seis y doce horas y 14,8% por encima de doce horas.

Entre quienes han asistido a cinco a ocho actividades culturales, los patrones vuelven a diferenciarse. En Ciudad de México, el uso se concentra principalmente en rangos intermedios, con 20,3% entre dos y cuatro horas, 37,2% entre cuatro y seis horas y 18,7% entre seis y doce horas. En Río de Janeiro ocurre algo similar, con predominio de rangos moderados de uso. En Bogotá, en cambio, aparece un patrón distinto. Entre los asistentes más frecuentes a actividades culturales, el 29,9% reporta utilizar redes sociales más de doce horas al día.

En conjunto, los resultados muestran que la relación entre cultura presencial y tiempo en redes sociales no es lineal. En algunos casos, una mayor participación cultural coincide con configuraciones de uso digital más moderadas. En otros, ambos fenómenos pueden coexistir con niveles elevados de conexión.

Desde una perspectiva comparada, el desafío consiste en comprender cómo articular políticas culturales y digitales que fortalezcan el acceso, la circulación y la creación cultural sin desatender los efectos asociados a patrones de uso prolongado. En las tres ciudades, la cultura se desarrolla tanto en espacios presenciales como en entornos digitales, y la interacción entre ambos ámbitos adopta formas diferenciadas.

Consideraciones finales: La vida urbana en entornos digitales y presenciales

El análisis comparado entre Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro muestra que las plataformas digitales forman parte estable de distintas dimensiones de la vida urbana. Las interacciones cotidianas, la participación ciudadana, los vínculos personales y las prácticas culturales se desarrollan cada vez más en entornos donde lo digital y lo presencial se combinan, aunque esa combinación adopta formas distintas en cada ciudad. Lo que los datos revelan no es una digitalización uniforme, sino un conjunto de procesos diferenciados que dependen de las condiciones sociales, culturales y urbanas de cada contexto.

En la dimensión de ciudadanía digital, los resultados exponen que el uso cotidiano de las plataformas para comunicación personal se asocia con una mayor participación en comunidades digitales y en actividades cívicas en línea. La confianza digital no inhibe la participación, sino que transforma su forma, pues quienes desconfían de las plataformas participan de manera distinta, no necesariamente menos. La victimización en entornos digitales, en cambio, sí modifica las conductas de participación y puede frenar la creación de contenido, configurando un escenario donde la seguridad en los entornos digitales no es solo una condición técnica sino también una condición para la participación.

La escolaridad aparece como un factor que amplía tanto los valores digitales como los niveles de participación, lo que confirma que la brecha digital no se agota en el acceso a dispositivos o conectividad sino que persiste, y a veces se profundiza, en las formas en que las personas usan, valoran e interpretan los entornos digitales. Las diferencias entre ciudades en esta dimensión sugieren que el fortalecimiento de la ciudadanía digital requiere intervenciones que vayan más allá de la infraestructura y atiendan también las condiciones de confianza, seguridad y formación en las que ocurre la participación.

En relación con la cohesión social, las plataformas cumplen un papel relevante en el mantenimiento de vínculos a distancia, aunque con intensidades distintas según la ciudad. En Ciudad de México y Río de Janeiro existe un consenso amplio sobre esa función, mientras que en Bogotá la percepción aparece más dividida. Esa diferencia no es insignificante, pues indica que el potencial relacional de las plataformas no se activa de manera automática por el simple hecho de tener acceso a ellas, sino que depende de experiencias de uso, dinámicas sociales previas y condiciones urbanas específicas. En la resolución de conflictos, el patrón es más claro en Río de Janeiro, leve en Ciudad de México, y no significativo en Bogotá.

Estas diferencias sugieren que el rol de las plataformas como infraestructura social varía según el contexto y que las políticas orientadas a fortalecer la cohesión social a través de medios digitales deben considerar esas especificidades en lugar de asumir efectos universales.

El análisis sobre salud mental revela tres dimensiones articuladas que en conjunto ofrecen una imagen más compleja de la relación entre uso digital y bienestar emocional. La primera muestra que a mayor uso diario de redes sociales aumenta la proporción de personas que experimenta emociones negativas cuando el acceso se interrumpe, aun que la intensidad de esa asociación varía entre ciudades.

La segunda dimensión matiza ese hallazgo al mostrar que el uso intensivo no genera automáticamente mayor necesidad de pausas voluntarias. La desconexión no sigue una lógica proporcional al desgaste, sino que responde a condiciones personales, contextuales y culturales distintas en cada ciudad; en algunos casos el uso intensivo consolida una integración del dispositivo que hace la pausa innecesaria o difícil, y en otros las pausas ocurren, pero son casi siempre breves, independientemente del nivel de uso.

La tercera dimensión muestra que la pérdida de acceso al celular o las redes activa reacciones emocionales en ambas direcciones, desde el malestar hasta el alivio, con perfiles distintos en cada ciudad. En todas ellas, la indiferencia es la respuesta más frecuente, pero la intensidad y la distribución de las demás emociones varían de manera sustantiva.

Dentro de este marco, estas tres dimensiones de la esfera personal y la salud mental indican que la experiencia digital no involucra únicamente prácticas de comunicación o información, sino también dinámicas emocionales vinculadas a la continuidad del acceso y al lugar que el dispositivo ocupa en la vida cotidiana. Desde una perspectiva de política pública, esto implica que las estrategias de salud digital no deberían limitarse a regular el tiempo de pantalla, sino también atender el tipo de vínculo emocional que las personas construyen con sus dispositivos y plataformas.

En el ámbito cultural, los resultados muestran que la participación en comunidades digitales y la asistencia a actividades culturales presenciales tienden a coexistir y reforzarse mutuamente. Quienes participan más activamente en comunidades digitales también tienden a asistir con mayor frecuencia a actividades culturales, y quienes tienen una vida cultural activa tienden también a involucrarse más en entornos digitales. Esa relación es consistente en las tres ciudades, aunque su intensidad varía.

En Ciudad de México y Río de Janeiro, la articulación entre vida digital y vida cultural es más fluida y las diferencias entre niveles de participación son más pronunciadas. En Bogotá, la asociación

existe, pero es más débil, lo que sugiere que la articulación entre ambas dimensiones no se produce de manera espontánea y puede requerir condiciones específicas de mediación, oferta cultural y acceso que no están igualmente presentes en todos los contextos urbanos. Las comunidades digitales parecen operar en los tres casos como espacios de circulación simbólica que potencian tanto el consumo como la producción cultural, aunque con distintos niveles de efectividad según el contexto.

Considerados en conjunto, los resultados indican que la digitalidad urbana no actúa de manera uniforme en las ciudades latinoamericanas. Su impacto depende de las condiciones sociales, educativas y culturales de cada ciudad, configurando formas distintas de participación, relación y experiencia cotidiana en entornos digitales. Las diferencias observadas entre Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro muestran que estos procesos adoptan configuraciones específicas que no pueden comprenderse únicamente desde marcos generales sobre la transformación digital.

Desde una perspectiva de política pública, los hallazgos sugieren que los desafíos de la transformación digital no se limitan a ampliar la conectividad. También implican fortalecer las capacidades de participación en entornos digitales, promover interacciones más seguras, comprender cómo las plataformas se integran emocionalmente en la vida cotidiana de las personas, y reconocer que la articulación entre cultura digital y cultura presencial requiere condiciones específicas que no se generan de manera espontánea en todos los contextos urbanos. El análisis comparado muestra, en suma, que la transformación digital no es un fenómeno homogéneo, sino un conjunto de procesos diferenciados cuya comprensión exige atender las particularidades de cada ciudad y cada dimensión de la vida social.



8

**Ciudades
conectadas: 12
claves sobre
transformación
digital y cultura en
Iberoamérica**

Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro comparten algo más que su condición de grandes ciudades iberoamericanas: la experiencia de una transformación digital que atraviesa de manera cada vez más profunda la vida cotidiana de sus habitantes. Cómo se informa la gente, cómo se entretiene y accede a la cultura, cómo cuida su bienestar, cómo se relaciona y construye vínculos, y cómo participa son preguntas que ya no pueden responderse sin considerar el papel que las plataformas y los dispositivos digitales juegan en ellas.

Los capítulos anteriores documentaron esa realidad generando evidencia sobre cómo su expresión tiene elementos comunes y adquiere matices particulares de acuerdo a la realidad de cada contexto urbano y población. Esta sección interpreta los hallazgos de los capítulos anteriores desde sus implicaciones para la cultura y la acción, yendo más allá de la descripción para señalar lo que significan.

Así, se presentan doce ideas organizadas en cuatro dimensiones que, leídas en conjunto, permiten identificar dónde están las tensiones más relevantes y dónde están las oportunidades más concretas para orientar decisiones sobre la transformación digital y la cultura en las ciudades iberoamericanas.

Lo que esa evidencia muestra es que la transformación digital amplía capacidades y genera tensiones a la vez. Este capítulo trabaja sobre esas dos dimensiones. En primer lugar, se sintetizan los hallazgos centrales por dimensión, con atención a las tensiones, las oportunidades y las diferencias generacionales relevantes. En segundo lugar, se formulan orientaciones para la acción dirigidas a cinco actores: gobiernos, plataformas tecnológicas, organizaciones sociales y culturales, ciudadanía y comunidades, y academia y centros de pensamiento.

Los hallazgos provienen de la Encuesta de Impactos de la Transformación Digital en la Cultura, aplicada simultáneamente en las tres ciudades durante 2025 bajo un marco metodológico común. Las muestras son probabilísticas y representativas de la población de 14 a 28 años y de 29 años en adelante, lo que permite inferencias estadísticas válidas y comparaciones entre ciudades y grupos de edad.

Las ideas que se presentan a continuación no son prescripciones universales sino puntos de partida que buscan convocar nuevas conversaciones en todas las ciudades de Iberoamérica. El capítulo no busca cerrar debates sino abrir una conversación sobre cómo la cultura puede entender los propios cambios que experimenta en el marco de la transformación digital y aprovechar el potencial de esta en beneficio de la calidad de vida de las personas. Así son, sobre todo, una invitación a que otras ciudades de la región se sumen con sus propios datos y sus propias experiencias, porque las preguntas y respuestas que este estudio no puede dar son precisamente las que una conversación más amplia puede construir.

8.1 Cultura digital y usos de las plataformas

La transformación digital no produce un mismo tipo de ciudadano digital en todas las ciudades sino experiencias y capacidades distintas según el entorno urbano en que ocurre. En las tres ciudades estudiadas el celular y las plataformas digitales funcionan como infraestructura de la vida cotidiana pues organizan la comuni-

cación, el acceso a información, el trabajo, el entretenimiento y la orientación en el espacio público.

Esa diversidad de ecosistemas coexiste con una constante en donde la dependencia funcional del celular atraviesa generaciones en las tres ciudades. Lo que varía no es si las personas dependen del dispositivo sino para qué lo usan y qué relación emocional y práctica han construido con él. Esa distinción, entre la universalidad de la dependencia y la especificidad de su contenido, es el punto de partida de los hallazgos de esta dimensión.

Los tres mensajes clave que siguen documentan cómo esa diversidad opera en la práctica: en los perfiles de uso que diferencian a jóvenes y adultos, en los ecosistemas que distinguen a cada ciudad, y en las brechas que persisten no por falta de acceso sino por diferencias en las capacidades para participar de manera activa en entornos digitales.

1

En las tres ciudades estudiadas, aunque los jóvenes reportan con mayor frecuencia que no podrían realizar actividades cotidianas sin su dispositivo, la dependencia no es exclusiva de ese grupo. Los adultos también organizan aspectos centrales de su vida a través del celular, con especial énfasis en la comunicación inmediata y el trabajo. Lo que cambia entre generaciones no es la dependencia sino su contenido.

Ambas generaciones han integrado el dispositivo porque les resuelve necesidades concretas. Eso es una señal de apropiación real, no de vulnerabilidad, y una base más sólida para construir capacidades que la mirada centrada exclusivamente en el riesgo. La apropiación tiene sin embargo contenidos distintos según la generación, y esa diferencia indica que los instrumentos de formación y bienestar digital no pueden tratar a ambos grupos como si tuvieran la misma relación con el dispositivo.

Los perfiles de ecosistema también difieren entre ciudades, lo que refuerza la misma dirección. Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro han construido relaciones distintas con las plataformas, y esas diferencias documentadas son el argumento más consistente para que cada ciudad parta de su propio diagnóstico antes de adoptar agendas digitales diseñadas en otros contextos.

Para los gobiernos, este hallazgo es relevante en dos decisiones concretas de política digital. La primera es el punto de entrada de la agenda de formación: una ciudad cuyas plataformas se usan principalmente para sostener vínculos cercanos tiene condiciones distintas para esa agenda que una ciudad donde las plataformas median servicios públicos o producción de contenido, y partir del ecosistema real produce intervenciones más pertinentes que adoptar marcos diseñados en otros contextos. La segunda es el alcance por grupo de edad puesto que la dependencia adulta tiene contenidos y riesgos propios, un elemento clave que los pro-

gramas existentes pueden incorporar para dejar de tratarla como extensión de una agenda pensada para jóvenes.

Las organizaciones sociales y culturales que trabajan en territorio están en condiciones de identificar algo que los diagnósticos institucionales más agregados no siempre capturan: que dentro de una misma comunidad coexisten relaciones muy distintas con el dispositivo según la generación. Esa lectura situada es un insumo directo para diferenciar sus propios programas de acompañamiento y para interlocutar con instituciones que diseñan políticas desde una visión más homogénea de sus comunidades.

Este estudio documenta que los perfiles de ecosistema digital difieren entre ciudades y que la dependencia funcional del celular atraviesa generaciones con contenidos distintos, señalando a la academia y centros de pensamiento, al menos, dos líneas de profundización relevantes: cómo esas diferencias producen distintas formas de vulnerabilidad según el contexto urbano, y qué ocurre con esa dependencia funcional cuando la infraestructura se interrumpe, se encarece o cambia de condiciones de uso.

2

La diferencia generacional no es de acceso sino de repertorio: jóvenes y adultos habitan plataformas distintas con propósitos distintos. Los jóvenes concentran una parte importante de su actividad en plataformas donde la identidad se construye públicamente y la participación es visible, como TikTok e Instagram. Los adultos tienen mayor presencia en plataformas donde los vínculos son más privados y la comunicación más directa, como Facebook y WhatsApp.

Esa divergencia no es solo una diferencia de preferencias sino, por un lado, el reflejo de ecosistemas digitales distintos que producen formas diferenciadas de sociabilidad, participación y exposición al contenido dentro de una misma ciudad y, de otro lado, que distintos grupos ya están apropiando las plataformas con propósitos distintos, y esa apropiación diferenciada es una base sobre la cual construir intervenciones más pertinentes.

Que los riesgos de exposición pública en plataformas de alta visibilidad no sean los mismos que los riesgos de aislamiento relacional en plataformas privadas es información relevante para los gobiernos frente al diseño de programas de formación, participación ciudadana digital y protección. Esa distinción permite diferenciar intervenciones que de otro modo tratan como equivalentes experiencias digitales que no lo son. Desde la política cultural, entender cómo cada ecosistema modera la transmisión de valores y prácticas entre generaciones añade una dimensión que los diagnósticos centrados solamente en la tecnología no capturan.

Las plataformas tecnológicas toman de manera rutinaria decisiones de diseño, de herramientas de autorregulación y de mecanismos de protección. Los repertorios diferenciados por generación que este estudio documenta son información relevante para esas decisiones. Compartir esos patrones de manera agregada con instituciones públicas, bajo marcos de colaboración, contribuye además al diseño de políticas más pertinentes para cada contexto urbano.

Las organizaciones sociales y culturales que trabajan en territorio disponen de un conocimiento sobre los repertorios digitales de sus comunidades que los diagnósticos institucionales no siempre capturan con la misma granularidad. Ese conocimiento es relevante tanto para su propio trabajo de mediación cultural como para su interlocución con instituciones que diseñan políticas desde diagnósticos más agregados.

Este estudio documenta la divergencia de repertorios digitales entre generaciones y abre con ello dos preguntas para la investigación comparada en la región: cómo esas diferencias inciden en la construcción de identidad cultural y qué implican para la transmisión intergeneracional de valores y prácticas en contextos urbanos latinoamericanos. Ambas son oportunidades de profundización que la investigación comparada en la región puede abordar con mayor especificidad.

3

La brecha digital en estas ciudades ya no tiene que ver principalmente con el acceso a dispositivos y plataformas, sino con las capacidades para usarlos de manera activa, crítica y participativa. La escolaridad es el factor que define quién participa activamente en entornos digitales y quién no. A mayor nivel educativo, mayor participación activa en comunidades digitales y mayor involucramiento en actividades cívicas en línea, siendo el patrón similar en jóvenes y adultos con el mismo nivel de escolaridad.

Superado el problema del acceso, lo que determina la calidad de la participación digital es el capital educativo y cultural que cada persona trae a ese acceso. Para los gobiernos, eso tiene una implicación directa: los indicadores habituales de las políticas de inclusión digital, como hogares conectados o cobertura de infraestructura, no capturan la dimensión donde la brecha persiste con mayor claridad.

La escolaridad no es un dato fijo sino una condición sobre la que la política educativa y cultural puede actuar, la primera desde la formación formal y la segunda desde la alfabetización mediática, el pensamiento crítico y las capacidades de creación. Esa articulación entre ambas agendas es una de las direcciones más concretas que este hallazgo abre.

Las organizaciones sociales y culturales que trabajan con poblaciones de menor escolaridad disponen de un conocimiento sobre las prácticas culturales, los referentes y los modos de aprendizaje de esas comunidades que los programas institucionales de formación digital no siempre incorporan. Ese conocimiento es relevante para el diseño de sus propios programas de acompañamiento y para su interlocución con instituciones que diseñan agendas de inclusión digital.

Para la ciudadanía y las comunidades, saber que la escolaridad define quién participa activamente en entornos digitales y quién solo observa es información con consecuencias prácticas. Quienes buscan ampliar su propia participación digital o la de su comunidad tienen en este hallazgo un argumento concreto para valorar la formación como condición de esa participación, no como un requisito burocrático.

Para la academia y los centros de pensamiento, la asociación entre escolaridad y participación digital activa encontrada en este estudio abre dos preguntas para la investigación comparada en la región: qué competencias concretas se desarrollan en cada nivel educativo y cuáles son los umbrales a partir de los cuales ese efecto se activa con mayor fuerza. Ambas son oportunidades de profundización que pueden orientar el diseño de intervenciones formativas con mayor precisión.



8.2. Consumo y creación cultural

En las tres ciudades la experiencia cultural combina lo presencial y lo digital, pero no de manera uniforme ni equivalente. Las artes escénicas, la música en vivo, la danza y las artes plásticas siguen siendo predominantemente experiencias físicas, mientras que lo audiovisual y los videojuegos tienen mayor preferencia desde lo virtual. Para las primeras, la experiencia presencial mantiene un valor que el formato digital no reemplaza.

Lo mismo ocurre entre el consumo y la creación. Mientras el consumo cultural es una práctica extendida en las tres ciudades, la creación de contenido digital sigue siendo minoritaria y responde a motivaciones distintas según el contexto. Esa asimetría entre quienes consumen y quienes crean, y entre lo que se vive de manera presencial y lo que se prefiere en formato digital, es el hilo conductor de las tres ideas centrales que se presentan a continuación:

4

El consumo cultural de artes escénicas y prácticas artísticas sigue siendo predominantemente presencial en las tres ciudades, mientras lo audiovisual y los videojuegos tienen mayor preferencia desde lo virtual. Quienes asisten a una obra de teatro, una exposición o un concierto lo hacen en su gran mayoría de manera presencial. Lo digital no ha desplazado esas prácticas, sino que las complementa según el tipo de actividad. Esa preferencia por la presencialidad es una señal de que la experiencia cultural física tiene un valor que los entornos digitales no replican.

Los resultados muestran que lo digital no cumple la misma función que una obra a la que se asiste. Dado que lo presencial y lo digital se complementan, promoverlos de manera articulada potencia el aporte que cada uno hace: lo digital como canal de difusión, descubrimiento y convocatoria, y lo presencial como núcleo de la experiencia cultural.

Para los gobiernos, este hallazgo tiene implicaciones directas para la política cultural. Con frecuencia, la digitalización de la oferta se asume como sinónimo de ampliación del acceso. Sin embargo, la preferencia por la presencialidad en las tres ciudades sugiere que esa apuesta, cuando se formula bajo una lógica de sustitución, no coincide con lo que las personas efectivamente valoran y buscan.

A la luz de estos resultados, una estrategia más consistente sería fortalecer y expandir la infraestructura y la programación presencial, utilizar los canales digitales para acercar públicos a esa oferta y evaluar estas inversiones en función del acceso efectivo, la participación y la experiencia cultural, y no únicamente del volumen de oferta disponible.

Las organizaciones sociales y culturales que utilizan canales digitales para difundir, convocar y dar visibilidad a su programación presencial están actuando en una dirección consistente con los resultados del estudio. Su cercanía con las comunidades les permite identificar con mayor precisión las barreras económicas, de movilidad, de tiempo, de información o de cuidado, entre otras, que limitan el acceso presencial incluso entre quienes lo prefieren. Esa capacidad de lectura situada convierte a estas organizaciones en actores clave no solo para ampliar públicos, sino también para producir información valiosa para el diseño de políticas de acceso cultural más pertinentes y efectivas.

Para la academia y los centros de pensamiento, este estudio abre dos preguntas estratégicas que permiten continuar generando nuevo conocimiento. Por un lado, qué dimensiones específicas de la experiencia presencial no encuentran equivalente en los entornos digitales y, de otro, en qué condiciones lo digital puede funcionar como puerta de entrada a experiencias culturales presenciales a las que ciertos públicos no accederían de otra manera.

Profundizar en esa distinción puede ofrecer criterios más específicos para orientar decisiones sobre qué contenidos, formatos o funciones conviene digitalizar y cuáles deben sostenerse en formato presencial.

5

La creación de contenido digital es minoritaria en las tres ciudades, pero no de manera uniforme. Río de Janeiro triplica a Bogotá y Ciudad de México en proporción de creadores. Donde ocurre, la creación se apoya principalmente en redes sociales y está motivada por compartir conocimientos y experiencias, no por producir contenido de manera profesionalizada. Se trata de una práctica más espontánea que sistemática y más relacional que comercial. Los jóvenes crean más que los adultos en las tres ciudades, pero incluso entre ellos la creación sigue siendo una práctica de minorías.

El hecho de que la creación ocurra principalmente por motivaciones relacionales cuestiona la idea de que el objetivo es avanzar siempre hacia la profesionalización. Dado que la creación espontánea y la profesionalizada responden a lógicas distintas, una agenda de fomento que solo reconoce una de las dos podría estar dejando fuera a la mayoría de quienes ya crean. Asimismo, la base más amplia de creadores en Río de Janeiro sugiere que algo en ese ecosistema, cultural, institucional o de diseño de plataformas, facilita el tránsito del consumo a la producción de una manera que las otras dos ciudades aún no han logrado en la misma medida. Identificar esas condiciones tiene valor directo para el diseño de política en ciudades que buscan ampliar su base de creadores.

Para los gobiernos, estos resultados son relevantes en el diseño de programas de fomento a la creación digital. Una agenda que parte de las motivaciones de quienes ya crean, principalmente compartir conocimiento y experiencias, y que ofrece acompañamiento técnico y formativo sin exigir como condición una producción profesionalizada, está más ajustada a la diversidad de perfiles que existe en estas ciudades. Eso no implica abandonar el apoyo a la profesionalización sino complementarlo con instrumentos que reconozcan y fortalezcan la creación tal como existe. Ambas tienen valor cultural y merecen condiciones de desarrollo distintas.

Las organizaciones sociales y culturales están en condiciones de reconocer y acompañar a creadores digitales en sus comunidades, articulando lo espontáneo con lo profesional, lo comunitario con lo orientado a industria, sin establecer jerarquías entre esas formas de producción. Su presencia en el territorio las posiciona para identificar qué tipo de acompañamiento necesita cada creador y para ampliar el acceso a instrumentos de fomento disponibles que beneficien tanto a quienes operan en los formatos de profesionalización como a quienes desarrollan un formato distinto.

La ciudadanía y las comunidades pueden valorar la creación digital espontánea como una forma de producción cultural con valor propio, independientemente de su escala o formato. Compartir, recomendar y participar activamente en torno a los contenidos que sus pares crean es una forma de sostener ese ecosistema creativo desde abajo.

Para la academia y los centros de pensamiento, la diferencia entre ciudades en la proporción de creadores digitales es una de las preguntas comparadas más estratégicas que este estudio deja abierta. Qué condiciones del ecosistema local explican por qué la base de creadores es tres veces más amplia en Río de Janeiro, y qué factores de ese contexto podrían ser relevantes para otras ciudades de la región, son oportunidades de profundización que la investigación futura puede abordar con mayor especificidad.

6

Participar activamente en comunidades digitales se asocia de manera consistente con mayor consumo y mayor creación cultural en las tres ciudades. Quienes interactúan, comentan y producen en entornos digitales también asisten más a actividades culturales presenciales y crean más contenido. Lo digital y lo cultural no compiten entre sí, sino que se refuerzan mutuamente, configurando un círculo virtuoso que beneficia principalmente a quienes ya participan en ambas esferas.

La existencia de ese círculo virtuoso para quienes ya están dentro, pero que no se active de manera espontánea entre quienes están al margen de uno o de los dos sistemas es el reto más relevante en este hallazgo. La brecha no es de acceso sino de participación, y eso exige pensar intervenciones distintas a las que se diseñan para resolver brechas de conectividad. Al mismo tiempo, que la participación digital y la vida cultural se refuercen mutuamente indica que fortalecer una de las dos dimensiones tiene efectos sobre la otra, lo que amplía las posibilidades de entrada al círculo para quienes están fuera.

Para los gobiernos, este hallazgo invita a continuar explorando qué se considera un resultado de la política cultural en el contexto de la transformación digital. En la actualidad, además de los eventos, contenidos y programación que se deben seguir promoviendo, la promoción de las comunidades digitales que rodean y sostienen esa vida cultural es no solo un resultado complementario sino uno en sí mismo. Si la participación en esas comunidades se asocia con mayor consumo y creación cultural, fortalecerlas puede hacer parte de la política cultural y de los criterios de elegibilidad de los instrumentos de apoyo dispuestos para estos propósitos.

Las plataformas tecnológicas toman decisiones rutinarias sobre visibilidad y recomendación que inciden directamente en qué

comunidades culturales digitales prosperan y cuáles permanecen invisibles. Los resultados de este estudio muestran que esas comunidades son un eslabón relevante en la cadena que conecta lo digital con la vida cultural más amplia. Esa información es pertinente para decisiones de colaboración con instituciones culturales orientadas a ampliar la visibilidad de comunidades culturales locales.

Las organizaciones sociales y culturales ocupan una posición que ningún otro actor tiene en este hallazgo: pueden operar simultáneamente en lo presencial y lo digital con legitimidad comunitaria. Esa doble presencia las convierte en una bisagra que puede activar el círculo virtuoso para quienes están fuera de él, identificando en sus territorios qué comunidades digitales están activas, cómo se conectan con la oferta cultural local y qué hace falta para que quienes hoy solo observan comiencen a participar.

Para la academia y los centros de pensamiento, la asociación entre participación en comunidades digitales y vida cultural activa que este estudio documenta abre preguntas sobre los mecanismos que la producen y sobre los cuales vale la pena profundizar: bajo qué condiciones ese vínculo se fortalece o se debilita, qué intervenciones han logrado activar ese círculo virtuoso entre poblaciones que hoy están al margen, y si los patrones observados en estas tres ciudades se replican en otros contextos urbanos de la región.



8.3. Esfera personal y salud mental

La relación entre el uso de plataformas digitales y el bienestar emocional no sigue una lógica directamente proporcional según la cual a mayor uso corresponde mayor malestar, ni que la desconexión produzca necesariamente alivio. Lo que muestra el estudio es un conjunto de patrones diferenciados según la intensidad del uso, el tipo de interrupción y la generación a la que pertenece la persona.

Asimismo, esa complejidad tiene implicaciones directas para las agendas de bienestar digital, pues los resultados muestran que este puede depender menos del tiempo de exposición que de las condiciones en que ese uso ocurre y de los recursos emocionales, culturales y relacionales disponibles para dinamizarlo. Estos elementos constituyen el núcleo de los tres mensajes clave sobre esta dimensión que se precisan a continuación:

7

El uso intensivo de redes sociales se asocia con mayor malestar emocional ante la desconexión en las tres ciudades, pero no genera automáticamente mayor necesidad de pausas voluntarias. Quienes más usan las redes no son quienes más se desconectan deliberadamente. En algunos casos el uso intensivo consolida una integración del dispositivo que hace la pausa innecesaria o difícil; en otros las pausas ocurren, pero son casi siempre breves, independientemente del nivel de uso.

La diferencia generacional varía según el contexto. En Ciudad de México los jóvenes realizan desconexiones más prolongadas que los adultos; en Río de Janeiro son los adultos quienes en mayor proporción nunca se han desconectado; en Bogotá la brecha generacional es mínima y las pausas son breves en todos los grupos. La desconexión voluntaria responde a condiciones personales y contextuales distintas en cada ciudad, no a una respuesta proporcional al tiempo de exposición.

Estos patrones muestran que la relación entre uso intensivo y autorregulación no es lineal. El bienestar digital no depende solo de reducir el tiempo de exposición a pantallas, sino de las condiciones en que ese uso ocurre y de los recursos emocionales, culturales y relacionales disponibles para modularlo. Las prácticas culturales, los espacios de encuentro presencial y la participación en comunidades son parte de esos recursos, lo que conecta esta dimensión con la agenda cultural de una manera que pocas veces se considera de forma explícita.

Para los gobiernos, este hallazgo es relevante frente al diseño de políticas de bienestar digital. Incorporar la dimensión emocional del vínculo con los dispositivos en los diagnósticos locales, y reconocer que las prácticas culturales, los espacios de encuentro presencial y la participación comunitaria son recursos que dinamizan esos efectos, abre una agenda donde la política cultural y la política de salud pública se articulan de manera concreta. Esa articulación rara vez ocurre de manera espontánea, y los resultados de este estudio ofrecen un fundamento para promoverla.

Las plataformas tecnológicas toman decisiones de diseño que inciden directamente en cómo las personas regulan su propio uso. Que quienes más usan las redes no sean quienes más se desconectan deliberadamente es información relevante para el desarrollo de herramientas de autorregulación, cuya pertinencia aumenta cuando responden a los patrones reales de uso de cada grupo poblacional.

Las organizaciones sociales y culturales que trabajan en territorio disponen de un conocimiento situado sobre sus comunidades que los diagnósticos generales no capturan. Los resultados de este estudio muestran que el malestar digital varía entre ciudades y entre grupos, lo que indica que las prácticas culturales y de relaciona-

miento que funcionan como recursos protectores también varían. Esa variación es un insumo concreto para que cada organización diseñe sus programas de bienestar desde las condiciones reales de su comunidad, sin asumir que lo que funciona en un contexto es transferible directamente a otro.

Para la academia y los centros de pensamiento, la variación entre ciudades en los patrones de desconexión voluntaria invita a explorar qué condiciones personales, sociales y culturales explican por qué algunas personas realizan pausas digitales sostenidas mientras otras no lo hacen, independientemente de su nivel de uso. Esa pregunta, abordada con una perspectiva comparada entre ciudades y generaciones, puede orientar el diseño de intervenciones de bienestar digital con mayor precisión que la que permiten los enfoques centrados exclusivamente en el tiempo de exposición.

8

La pérdida de acceso al dispositivo móvil activa reacciones emocionales en ambas direcciones, tanto malestar como alivio. En Río de Janeiro la reacción emocional es más intensa en ambos sentidos, con mayor ansiedad, pero también mayor alivio ante la desconexión. En Ciudad de México domina la indiferencia, lo que sugiere una integración más funcional que emocional del dispositivo. Bogotá muestra el perfil más equilibrado, con la menor brecha entre emociones negativas y positivas de las tres ciudades. En todas ellas, sin embargo, la indiferencia es la respuesta más frecuente.

Perfiles emocionales tan distintos ante el mismo fenómeno en ciudades que comparten muchos rasgos urbanos indican que la experiencia digital está culturalmente mediada. Las condiciones de vida, los modos de relacionamiento y los sistemas de valores de cada ciudad regulan cómo las personas viven la interrupción digital, de tal manera que los marcos de bienestar digital diseñados en otros contextos no necesariamente corresponden con lo que ocurre en estas ciudades, y un diagnóstico propio es el punto de partida más sólido para cualquier intervención pertinente.

Para los gobiernos, la variación entre ciudades en los perfiles emocionales ante la desconexión es información relevante para diferenciar sus estrategias de bienestar digital por contexto urbano. Asimismo, avanzar en la conversación sobre prescripción social en el ámbito de la salud pública urbana es un elemento clave en la intersección entre salud y cultura. Si las prácticas culturales, los espacios de encuentro presencial y la participación comunitaria definen la experiencia emocional con los dispositivos, entonces la oferta cultural local, los programas artísticos y los espacios de encuentro son recursos no clínicos con potencial de bienestar digital que los sistemas de atención primaria que las ciudades pueden incorporar de manera explícita en sus estrategias.

Las organizaciones sociales y culturales que trabajan en territorio encuentran en este hallazgo un criterio concreto para ajustar sus programas de bienestar digital. El perfil emocional predominante en cada contexto, ya sea indiferencia, ansiedad o alivio ante la desconexión, define el tipo de intervención más pertinente. Una estrategia de bienestar digital diseñada para comunidades donde domina la indiferencia tiene requerimientos distintos a una diseñada para comunidades donde predomina la ansiedad, y ese es el tipo de distinción que este estudio pone a disposición de quienes trabajan directamente con esas comunidades.

Las plataformas tecnológicas toman decisiones sobre el diseño de la experiencia de usuario que inciden en cómo las personas viven la interrupción de acceso. La marcada variación entre ciudades en esos perfiles emocionales es información relevante para esas decisiones, en particular para el desarrollo de funcionalidades que reconozcan que la experiencia de sus usuarios no es uniforme entre contextos urbanos.

Para la academia y los centros de pensamiento, la variación en los perfiles emocionales ante la pérdida de acceso entre ciudades tan distintas como Bogotá, Ciudad de México y Río de Janeiro abre una pregunta sobre qué factores culturales y urbanos explican esas diferencias. Profundizar en esa dirección, conectando la psicología digital con las condiciones específicas de cada contexto urbano, es una oportunidad que este estudio pone de relieve y que la investigación comparada en la región puede abordar con mayor especificidad.

9

Jóvenes y adultos viven la relación con el dispositivo en direcciones opuestas. Los jóvenes reportan más ansiedad ante la desconexión y mayor nomofobia, mientras que los adultos experimentan mayor desgaste emocional tras el uso de redes sociales. Ese contraste generacional indica que los riesgos para el bienestar digital no se concentran en un solo grupo ni se expresan de una sola manera, sino que adoptan formas distintas según la etapa de vida y la forma en que cada generación se ha relacionado con las plataformas.

El supuesto más extendido en las agendas de bienestar digital es que los riesgos se concentran en los jóvenes. Los datos muestran que esa lectura es parcial: el desgaste emocional acumulado tras el uso prolongado es más frecuente en adultos, posiblemente porque han integrado las plataformas en contextos laborales y relacionales de los que no pueden desconectarse con facilidad. Reconocer esa inversión generacional no significa minimizar los riesgos para los jóvenes sino ampliar el alcance de las agendas de bienestar digital para que respondan a lo que efectivamente ocurre en ambos grupos.

Para los gobiernos, este hallazgo es relevante para el diseño de estrategias diferenciadas de bienestar digital. Para los jóvenes, fortalecer la capacidad de regular la ansiedad asociada a la desconexión y desarrollar una relación más autónoma con los dispositivos es una prioridad que puede articularse con los sistemas educativo y cultural. Para los adultos, el desgaste emocional acumulado tras el uso prolongado de redes sociales es una dimensión que los programas de bienestar laboral y de salud pública pueden incorporar de manera explícita, reconociendo que esa acumulación no siempre es visible ni reconocida como tal por quienes la experimentan.

Las plataformas tecnológicas toman decisiones sobre el diseño de herramientas de bienestar digital para distintos perfiles de usuario. Los patrones documentados en este estudio, ansiedad ante la desconexión en jóvenes y desgaste tras el uso prolongado en adultos, son información relevante para esas decisiones. La asimetría entre los dos perfiles sugiere que herramientas diferenciadas por grupo generacional responden mejor a experiencias que, aunque ambas se expresan en la relación con el dispositivo, tienen naturalezas y requerimientos distintos.

Las organizaciones sociales y culturales que trabajan simultáneamente con jóvenes y adultos encuentran en este hallazgo un criterio para diferenciar sus programas de bienestar digital. La ansiedad ante la desconexión y el desgaste acumulado tras el uso prolongado son experiencias distintas que requieren puntos de entrada distintos, y reconocer esa diferencia es el primer paso para diseñar acompañamientos más pertinentes para cada grupo. Su presencia en el territorio las posiciona además para facilitar que esa diferencia se nombre y se entienda dentro de las propias familias y comunidades, donde jóvenes y adultos conviven con experiencias digitales que rara vez se comparan o se discuten entre sí.

Para la academia y los centros de pensamiento, la inversión generacional documentada en este estudio abre una pregunta longitudinal de alta relevancia estratégica: si los jóvenes de hoy, que reportan más ansiedad ante la desconexión, desarrollarán el patrón de desgaste cuando lleguen a la adultez, o si se trata de perfiles distintos que coexistirán. Responder esa pregunta requiere estudios de seguimiento a lo largo del tiempo y sus conclusiones tienen implicaciones directas para anticipar las tendencias de bienestar digital en la región.

8.4. Cohesión social y ciudadanía digital

Las plataformas digitales han transformado las condiciones en que las personas sostienen vínculos, construyen confianza y participan en la vida colectiva, pero ese efecto no es uniforme ni unidireccional. Los resultados del estudio muestran que las plataformas pueden fortalecer ciertos tipos de relaciones mientras debilitan otros, y que la participación ciudadana digital depende menos del acceso tecnológico que de condiciones sociales previas educativas, culturales y de experiencia digital acumulada, que no se modifican por el solo hecho de tener acceso al dispositivo móvil.

Lo que esta dimensión muestra es que la cohesión social y la ciudadanía digital operan con una lógica más compleja que la de la conectividad pues las mismas plataformas producen efectos distintos y a veces opuestos según quién las usa, cómo las usa y en qué condiciones sociales lo hace. Sobre estos elementos se desarrollan las siguientes tres ideas centrales de esta dimensión:

10

Las plataformas fortalecen los vínculos cercanos y a distancia, pero producen simultáneamente mayor desconfianza hacia desconocidos. Esa doble dirección no es una contradicción sino el reflejo de cómo operan en la práctica: son eficaces para sostener y profundizar relaciones que ya existen, y esa misma eficacia genera un efecto de distanciamiento hacia quienes están fuera de esos círculos. La confianza en las plataformas no determina si las personas participan sino la forma en que lo hacen: quienes desconfían no se retiran, sino que ajustan su participación, actúan con mayor cautela o restringen sus interacciones a propósitos más específicos.

El estudio muestra una tensión estructural en cómo se construye la cohesión social en entornos digitales. Las plataformas refuerzan principalmente los vínculos que ya existen, mientras que la construcción de confianza con personas distintas parece requerir condiciones que los entornos digitales por sí solos no producen. En ese sentido, los espacios de encuentro presencial que reúnen a personas de distintos orígenes no son un complemento prescindible sino una dimensión simultánea del relacionamiento y la interacción de las personas.

Para los gobiernos, este hallazgo abre dos direcciones complementarias. Por un lado, las plataformas son un canal eficaz para fortalecer comunidades locales existentes, y las políticas culturales y de convivencia pueden aprovechar esa capacidad de manera deliberada. Por otro, la construcción de confianza más allá de los círculos cercanos requiere condiciones que los entornos digitales no producen de manera espontánea, y los espacios de encuentro presencial que reúnen a habitantes de distintos orígenes y comunidades son un recurso sobre esa construcción de confianza

que es necesario sostener y ampliar como estrategia de cohesión social en la era digital.

Las plataformas tecnológicas toman decisiones rutinarias sobre sus mecanismos de recomendación y sus dinámicas algorítmicas que inciden directamente en cómo se forman y sostienen los vínculos sociales de sus usuarios. Los resultados de este estudio sobre la relación entre uso de plataformas y desconfianza hacia desconocidos son información relevante para esas decisiones, en particular en contextos urbanos latinoamericanos donde esa desconfianza tiene efectos sobre la cohesión social más amplia.

Las organizaciones sociales y culturales tienen en este hallazgo dos direcciones de acción. Las plataformas son un recurso eficaz para fortalecer y sostener los vínculos dentro de sus comunidades, y usarlas con ese propósito de manera deliberada potencia su trabajo de cohesión interna. Al mismo tiempo, su capacidad de convocar encuentros presenciales entre personas de distintos orígenes es la condición que permite ampliar esa cohesión más allá de los círculos que las plataformas por sí solas refuerzan.

Para la academia y los centros de pensamiento, el mecanismo por el que las plataformas producen simultáneamente mayor cohesión interna y mayor desconfianza hacia afuera es una de las preguntas más relevantes que este estudio deja abierta. Comprender cómo ese mecanismo opera en contextos urbanos latinoamericanos, qué condiciones lo orientan y bajo qué circunstancias puede revertirse, es una línea de investigación con implicaciones relevantes para el diseño de políticas de cohesión social en la región.

11

La seguridad en los entornos digitales no es solo una condición para la protección personal sino una condición para el ejercicio activo de la ciudadanía. La victimización digital coexiste paradójicamente con mayor participación. Quienes han experimentado agresiones en entornos digitales no se retiran sino que en muchos casos participan más activamente, como es el caso de los jóvenes, quienes son el grupo más victimizado en las tres ciudades y también el más participativo. El único grupo consistentemente menos victimizado en las tres ciudades es el de quienes no participan en ninguna comunidad digital.

Este hallazgo rompe con el supuesto de que la victimización digital inhibe la participación. La exposición al riesgo es una consecuencia de la participación activa, no una barrera previa. Eso tiene una implicación directa para el diseño de política: los marcos de seguridad digital que se plantean exclusivamente como objetivos de protección personal están perdiendo una dimensión central. Entornos más seguros no son solo aquellos donde las personas

están más protegidas sino donde más personas pueden participar activamente en la vida digital y ciudadana.

Para los gobiernos, este hallazgo es relevante para repensar la agenda de seguridad digital desde una perspectiva de ciudadanía. Reducir la victimización no es solo un objetivo de seguridad pública sino una condición para ampliar la base de participación ciudadana digital. En este contexto, los jóvenes, el grupo más victimizado y más participativo, merecen una atención específica en esa agenda en la que protegerlos es crear las condiciones para que su participación sea sostenible en el tiempo.

Las plataformas tecnológicas toman decisiones sobre moderación, herramientas de denuncia y mecanismos de protección de identidad que determinan en buena medida quién puede participar activamente en sus entornos. Los resultados de este estudio muestran que esas decisiones tienen efectos sobre la diversidad y la intensidad de la participación ciudadana digital, lo que las convierte en información relevante para esas decisiones en contextos urbanos latinoamericanos.

Las organizaciones sociales y culturales que trabajan con comunidades expuestas a la victimización digital, especialmente con jóvenes, tienen en este hallazgo un argumento concreto para articular sus programas de acompañamiento con una perspectiva de derechos digitales. Acompañar a quienes han sido victimizados no es solo una respuesta al daño sino una forma de sostener su participación activa, que los datos muestran que no desaparece, sino que en muchos casos se intensifica tras la experiencia de agresión.

Para la academia y los centros de pensamiento, este hallazgo abre, al menos, dos preguntas de alta relevancia: la primera es si la mayor participación de quienes han sido victimizados responde a una lógica de respuesta organizada, de búsqueda de comunidad, de denuncia o de otros mecanismos, lo que conecta este estudio con la literatura sobre activismo digital y movimientos sociales. Otra es si la victimización digital se concentra en quienes más participan y la participación activa está asociada con mayor escolaridad y capital cultural, lo que indicaría que la exposición al riesgo digital no es aleatoria, sino que puede encontrarse socialmente distribuida.

12

La intensidad de la participación ciudadana digital en actividades cívicas y comunidades digitales no depende del acceso sino de condiciones sociales. La escolaridad es una de ellas puesto que, a mayor nivel educativo, mayor involucramiento en comunidades digitales y en actividades cívicas en línea, siendo ese patrón consistente en jóvenes y adultos con el mismo nivel de escolaridad. Donde la escolaridad es baja, los datos muestran no solo menor participación activa sino en algunos contextos ausencia de participación.

Los beneficios percibidos de las plataformas son la segunda condición. Quienes perciben que las plataformas les aportan valor concreto en su vida personal y profesional participan más activamente, y ese efecto opera de manera independiente al nivel educativo. Ambas condiciones inciden sobre la intensidad de la participación ciudadana digital y tienen palancas de intervención distintas que deben abordarse de manera articulada.

De manera complementaria y al igual que en otras dimensiones de este estudio, la participación ciudadana digital activa no se produce por el solo hecho de tener acceso a dispositivos y plataformas. Lo que muestra la evidencia es que las condiciones que realmente la determinan, la escolaridad y los beneficios percibidos, operan en un plano distinto al de la conectividad, y eso tiene consecuencias directas para cómo se diseñan y evalúan las políticas de inclusión digital.

Para los gobiernos, este hallazgo señala que articular las agendas de ciudadanía digital con el sistema educativo formal es una prioridad estructural, no un complemento opcional. Al mismo tiempo, fortalecer los beneficios percibidos de la participación digital a través de programas que conecten la vida cultural con el ejercicio de la ciudadanía en entornos digitales es una línea de acción concreta que actúa sobre esa condición sin depender de los tiempos del sistema educativo. Ambas direcciones son complementarias y pueden avanzar en paralelo.

Las organizaciones sociales y culturales que trabajan con comunidades de menor escolaridad tienen en los beneficios percibidos una palanca de acción inmediata. Lograr que sus comunidades experimenten de manera reconocible el valor concreto de participar digitalmente, sea en términos de acceso a información, de vínculos, de oportunidades o de incidencia, es actuar directamente sobre uno de los factores que este estudio identifica como determinantes de la participación activa. Igualmente, su conocimiento del territorio les permite identificar qué formas de participación digital generan ese valor de manera más reconocible para cada comunidad específica.

La ciudadanía y las comunidades que reconocen en estos hallazgos su propia experiencia tienen en ellos una herramienta concreta. Saber que la escolaridad y los beneficios percibidos son los factores que más inciden en quién participa activamente puede motivar a buscar formación, a involucrarse en comunidades digitales y a exigir entornos más seguros y equitativos. La participación ciudadana digital no es solo un derecho sino también una práctica que se construye y se fortalece con información y con acción colectiva.

Para la academia y los centros de pensamiento, este hallazgo abre dos preguntas de alta relevancia estratégica. La primera es si la

participación digital activa puede funcionar como una palanca de movilidad social para quienes tienen menor escolaridad, ampliando sus oportunidades y reduciendo brechas, o si por el contrario es un resultado de condiciones sociales previas que la anteceden y la explican. La segunda es si intervenir sobre los beneficios percibidos puede modificar la participación ciudadana digital de manera independiente a los cambios en el sistema educativo, lo que tendría implicaciones concretas para políticas de corto plazo en contextos donde la transformación educativa opera en horizontes de tiempo más largos.

8.5. Un mensaje final

Una lectura transversal de las cuatro dimensiones revela algo que rara vez aparece en las agendas digitales: la cultura no es solo un sector que se ve afectado por la transformación digital sino el núcleo de su desarrollo y efectos. Las prácticas culturales, los espacios de encuentro presencial y las comunidades culturales aparecen en dimensiones tan distintas como el bienestar emocional, la cohesión social y la ciudadanía digital como condiciones que amplifican lo positivo y amortiguan lo negativo. Esa intersección entre cultura y digitalización no es periférica sino central, y es uno de los aportes más estratégicos de este estudio para las políticas públicas de la región.

La transformación digital no produce un ciudadano digital universal. Lo que este estudio documenta en las cuatro dimensiones es que la experiencia digital está profundamente diferenciada por contexto urbano, generación, escolaridad y condiciones culturales. Esa diferenciación no es ruido ni excepción: es la realidad desde la cual cualquier política, programa o investigación debe partir. El hilo conductor de los doce hallazgos es que las condiciones culturales y educativas pesan más que el acceso tecnológico en casi todas las dimensiones estudiadas, lo que tiene implicaciones profundas para cómo se diseñan las agendas digitales en ciudades iberoamericanas.

Los doce hallazgos de este estudio no cierran preguntas sino que las abren con mayor precisión. Tres ciudades, dos generaciones, cuatro dimensiones: es un punto de partida, no un punto de llegada. Lo que este estudio aporta a la conversación iberoamericana sobre transformación digital y cultura es evidencia empírica con la que afinar las preguntas, no respuestas definitivas. Las ciudades que se sumen a esa conversación con sus propios datos encontrarán aquí un espejo en el que reconocerse y un conjunto de preguntas con las que orientar su propio diagnóstico.

Bibliografía

- Ansari, S., Iqbal, N., Azeem, A., & Danyal, K. (2024). Improving well-being through digital detoxification among social media users: A systematic review and meta-analysis. *Cyberpsychology, Behavior, and Social Networking*. <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/39348315/>
- Banco Interamericano de Desarrollo (BID). (2023). *Transformación digital y competitividad en América Latina y el Caribe*. https://sim-metrologia.org/wp-content/uploads/2023/06/01_BID-Transformacion-digital-y-competitividad-en-ALC-1.pdf
- Baricco, A. (2019). *The Game*. Barcelona: Anagrama.
- Bautista, L. (1998). *Diseños de Muestreo Estadístico*. Universidad Nacional de Colombia.
- Bian, M., & Leung, L. (2014). *Linking loneliness, shyness, smartphone addiction symptoms, and patterns of smartphone use to social capital*. *Social Science Computer Review*, 33(1), 61–79. https://pgp.com.cuhk.edu.hk/pgp_nm/projects/2012/BIANMengweiCasey-linking.pdf
- Boyd, D. (2010). Social network sites as networked publics. En Z. Papacharissi (Ed.), *A networked self* (pp. 39–58). Routledge. <https://www.taylorfrancis.com/chapters/edit/10.4324/9780203876527-8/social-network-sites-networked-publics-affordances-dynamics-implications-danah-boyd>
- Calderón, E. (2024). *Ética y tecnología: Reflexiones sobre un uso responsable y transformador en América Latina*. *Revista CUHSO*, 34(1), 35–56. <https://cuhsu.uct.cl/index.php/CUHSO/article/view/662/713>
- Castells, M. (2009). *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza Editorial.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2024). *Una transformación digital real y efectiva puede ayudar a América Latina y el Caribe a superar trampas del desarrollo*. <https://www.cepal.org/es/comunicados/transformacion-digital-real-efectiva-puede-ayudar-america-latina-caribe-superar-trampas>
- Council of Europe. (2022). *Digital citizenship education handbook*. <https://www.coe.int/en/web/education/-/digital-citizenship-education-handbook>
- Cusicanqui, S. R. (2015). *Sociología de la imagen: Miradas chixi desde la historia andina*. Tinta Limón Ediciones.
- Danielsbacka, M., Tammissalo, K., & Tanskanen, A. O. (2023). Digital and traditional communication with kin: Displacement or reinforcement? *Journal of Family Studies*, 29(3), 1270–1291. <https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/13229400.2022.2040575>
- Durkheim, É. (2005). *La división del trabajo social*. Madrid: Akal.
- Escobar, A., Osterweil, M., & Sharma, K. (2024). *Relacionalidad: Una política emergente de la vida más allá de lo humano*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Eyal, N. (2014). *Hooked: How to build habit-forming products*. Portfolio.
- Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI Editores.
- Fundación Karisma. (2024). *Derechos culturales en entornos digitales*. <https://web.karisma.org.co/wp-content/uploads/2024/08/Publicacion-derechos-culturales-en-entornos-digitales.pdf>

- Jenkins, H. (2008). *Convergence culture: La cultura de la convergencia de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Kurniawan, W., Arham, M., & Muluk, H. (2024). *Social media's influence on political participation: Insights from a systematic review and meta-analysis in Indonesian psychology*. *Jurnal Psikologi*, 51(3), 336–355. https://www.researchgate.net/publication/387547655_Social_Media's_Influence_on_Political_Participation_Insights_from_a_Systematic_Review_and_Meta-Analysis_in_Indonesian_Psychology
- Lembke, A. (2023). *Generación dopamina*. Barcelona: Urano.
- Lessig, L. (2004). *Cultura libre: Cómo los grandes medios usan la tecnología y la ley para encerrar la cultura y controlar la creatividad*. Madrid: Traficantes de Sueños. <https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Cultura%20libre-TdS.pdf>
- Lévy, P. (2004). *Cibercultura: La cultura de la sociedad digital*. Anthropos Editorial.
- Nieborg, D., & Poell, T. (2018). The platformization of cultural production. *New Media & Society*, 20(11), 4275–4292. https://www.researchgate.net/publication/324755330_The_platformization_of_cultural_production_Theorizing_the_contingent_cultural_commodity
- O'Reilly, T. (2007). *What is Web 2.0: Design patterns and business models for the next generation of software*. https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=1008839
- Organisation for Economic Co-operation and Development (OECD). (2025). *How's Life for Children in the Digital Age?* https://www.oecd.org/en/publications/how-s-life-for-children-in-the-digital-age_0854b900-en/full-report.html
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). (2019). *Cómo medir la transformación digital: una hoja de ruta para el futuro*. https://www.oecd.org/content/dam/oecd/es/publications/reports/2019/03/measuring-the-digital-transformation_g1g9f08f/af309cb9-es.pdf
- Organización de las Naciones Unidas (ONU). (2023). *Our Common Agenda: Policy brief 8. Information integrity on digital platforms*. https://digitallibrary.un.org/record/4012857/files/%5EEOSG_2023_8%5E-EOSG_2023_8-EN.pdf
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura - UNESCO. (2012). *Measuring cultural participation*. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000219213>
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura - UNESCO. (2022). *The digital transformation and the cultural sector*. https://www.unesco.org/sites/default/files/medias/fichiers/2022/09/4.MONDIACULT_EN_BACKGROUND%20DOCUMENT.pdf
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2025). *Fuertes por fuera, luchando por dentro: El deterioro de la salud mental en América Latina y el Caribe*. <https://www.undp.org/es/latin-america/blog/fuertes-por-fuera-luchando-por-dentro-el-deterioro-de-la-salud-mental-en-america-latina-y-el-caribe>
- Ramadhan, R. N., Rampengan, D. D., Yumnanisha, D. A., Setiono, S. B., Tjandra, K. C., Ariyanto, M. V., & Empitu, M. A. (2024). *Impacts of digital social media detox for mental health: A systematic review and meta-analysis*. *Narra Journal*, 4(2), e786. <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/39280291/>
- Ramos Chávez, H. A. (2019). *Ciudadanía e información en ambientes digitales*. *Biblios*, 77, 143–160. <https://rev-ib.unam.mx/index.php/ib/article/view/58045/51972>
- Sen, A. (2000). *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Planeta.

Simon, H. A. (1971). Designing organizations for an information-rich world. En M. Greenberger (Ed.), *Computers, communications, and the public interest* (pp. 37–72).

Turkle, S. (2011). *Alone together: Why we expect more from technology and less from each other*. New York: Basic Books.

Valkenburg, P. M., van Driel, I. I., & Beyens, I. (2022). *The associations of active and passive social media use with well-being: A critical scoping review*. *New Media & Society*, 24(2), 530–549. <https://journals.sagepub.com/doi/10.1177/14614448211065425>

van Dijck, J., Poell, T., & de Waal, M. (2018). *La sociedad de la plataforma*. Oxford University Press
Vilchez Galarza, N. D., et al. (2025). *Análisis del impacto de las redes sociales en la salud mental de adolescentes*. *Arandu UTIC*, 12(1), 2856–2872. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/10338620.pdf>

Villoro, J. (2024). *No soy un robot: La lectura y la sociedad digital*. Barcelona: Anagrama.

Vogels, E. A. (2021). *The state of online harassment*. Pew Research Center. <https://www.pewresearch.org/internet/2021/01/13/the-state-of-online-harassment/>

Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia*. Barcelona: Paidós.

Conoce los resultados
de la Encuesta



BOGOTÁ
MI CIUDAD
MI CASA

BOGOTÁ



ISBN: 978-958-5559-33-2



9 789585 559332

OEI

**ACCIÓN CULTURAL
IBEROAMERICANA**